Luis Rojas Núñez

De la rebelión popular a la sublevación imaginada

Antecedentes de la Historia Política y Militar del Partido Comunista de Chile y del FPMR 1973-1990

Obteniendo velocidad de lectura
0%

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA **SOL**

© LOM Ediciones

Primera edición, 2011

ISBN: 978-956-00-0235-8

Diseño, Composición y Diagramación

LOM Ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

Fono: (56-2) 688 52 73 · **Fax:** (56-2) 696 63 88

www.lom.cl

lom@lom.cl

Introducción

Esta aproximación a la reconstrucción de nuestra historia reciente tiene como sujeto principal a un sector de chilenos que bajo diversas formas resistieron o combatieron a la dictadura del general Augusto Pinochet durante los diecisiete años que este se mantuvo en el poder.

Decenas de miles de compatriotas lucharon permanentemente contra la dictadura. En las grandes protestas y paros nacionales no es exagerado señalar que, aunque fuera por un solo día, eran millones a lo largo de casi todo el país. En ese devenir de la lucha decantaron claramente dos grandes proyectos de oposición al régimen, formados por sendos conglomerados de partidos políticos: un proyecto de "centro" o "concertación", encabezado por el Partido Demócrata Cristiano (PDC), y otro de "izquierda" o "de confrontación", liderado por el Partido Comunista (PC).

Al echar una mirada casi treinta años después de estos acontecimientos, es indiscutible el triunfo del proyecto de concertación. Numerosas investigaciones del tema califican el paulatino acercamiento de la oposición de centro hacia los intereses más permanentes del sistema político y económico neoliberal impuesto por la dictadura, ocurrido en la última mitad de la década de los ochenta, como una "brillante" fórmula de solución a la existencia del dictador, que mantuvo en esencia su modelo de país.

El proyecto popular y sus posibilidades de triunfo desempeñaron un indiscutido papel en el término del régimen dictatorial. A pesar de ello, apenas se menciona, y cuando se hace, salvo excepciones, es con múltiples acentos y matices que distorsionan su papel o, simplemente, se pretende borrarlo de la historia. En otros casos, existe evidente desconocimiento de la dilatada incubación y acelerada puesta en práctica del proyecto popular en la primera mitad de los ochenta. Por tratarse de un proyecto perseguido y en permanente clandestinidad, resulta un

reto recorrer sus orígenes y desarrollo, sus múltiples éxitos, contradicciones y fracasos.

Es un hecho histórico el que este proyecto popular, y más precisamente el Partido Comunista, no logró sus objetivos en su lucha contra la dictadura. La Rebelión Popular de Masas es la línea política del PC y la guía principal del proyecto. Esta se fue gestando tal vez desde el mismo golpe de Estado de 1973, para recién cristalizar en septiembre de 1980, con un impetuoso desarrollo y crecimiento hasta 1986 y una acelerada involución y fracaso hasta 1988. Desde su nacimiento, el proyecto fue desbordado por ambos extremos; para algunos, nunca fue suficiente ni auténticamente revolucionario, como para otros fue un extremismo irresponsable al que este partido nunca debió acudir.

En el proceso de investigación para este libro, traté de recoger y analizar la mayor cantidad de antecedentes políticos que influyeron en el itinerario de este proyecto, concentrando los esfuerzos principales en el "elemento militar" por tratarse de la novísima incorporación a la política del PC, centro de la discordia durante todos estos años.

La lucha antidictatorial es un acontecimiento político-histórico y como tal no se presenta de forma lineal, no muestra con claridad su hilo conductor ni están a la vista, de forma organizada, las múltiples causas y razones que la sustentan; tiene tantos grupos, organizaciones y hombres que le dan vida, como fórmulas para llevarla a cabo en esos largos diecisiete años de gobierno militar.

La primera parte de esta investigación comienza en la cúspide del proyecto popular, que, en mi opinión, se extiende desde inicios de 1985 hasta julio de 1986, etapa en la que se observa su verdadero potencial y posibilidades de encabezar una solución a la existencia de la dictadura. Es en este breve pero intenso período cuando el Partido Comunista logra la mayor capacidad de organización y conducción político-militar en toda su historia como organización política. De manera casi simultánea, en ese

mismo período se fragua el proyecto de concertación en medio de presiones e injerencia de los Estados Unidos y la inmutable voluntad del dictador de perpetuarse en el poder.

Culmina esta primera parte del libro en las mismas fronteras del ocaso del proyecto popular hacia el último tercio del año 86, cuestión que solo la comodidad de una investigación realizada a veinte años de esos sucesos me permite organizarla de esta manera. A fines de 1986 y comienzos de 1987, conviven con el ocaso del Proyecto Popular un impulso manifiesto a la fórmula de concertación liderada por el PDC y un atrincheramiento e inmovilismo de la dictadura, como protagonistas finales de esta historia que culminaría con la solución a la existencia de la dictadura en 1990.

La imposibilidad de alcanzar los objetivos del Proyecto Popular obliga a buscar causas y encontrar algunas razones del fracaso en los años de su incubación y construcción. Con ese propósito, la segunda parte del libro comienza intentando reconstruir la historia combativa internacionalista del Partido Comunista, cuyo centro es la formación de centenares de especialistas militares y una cifra indeterminada de combatientes que se instruyeron en el exterior y participaron en dos guerras en Centroamérica. Comenzar este recorrido por ella responde a la necesidad de entender y explicar las siguientes contradicciones.

Esta historia combativa nació, se construyó y creció en el exterior a partir de 1975, precisamente en los mismos años del casi total desmantelamiento del PC a manos de los aparatos represivos de la dictadura en Chile. Ese contingente de comunistas participó en dos guerras antes y durante la construcción y enunciado de la Política de Rebelión Popular del PC en 1980, en la cual se aceptó de forma explícita y por primera vez el empleo de la violencia, en sus componentes militares, como arma política. En la etapa de franca recuperación del PC, ocurrida después de 1980, la misión internacionalista se mantuvo en el exterior con una gran cantidad de estos especialistas, precisamente en los años de

mayor enfrentamiento en Chile.Las razones de estas realidades y de sus contradicciones están incluidas en las extraordinarias circunstancias que le dieron origen, y aparecen tras el develo de su propia historia.

La tercera parte de esta investigación retrotrae a los inicios del prolongado período de dictadura, a los primeros años posteriores al golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 en Chile, porque, en mi opinión, las ideas más elementales del proyecto de Rebelión del PC nacieron entonces, en los momentos de la dramática derrota del Gobierno Popular de Salvador Allende; al menos, nació la disposición al cambio, nació su espíritu.

En muchos de los presos, torturados y de los más cercanos a este acontecimiento, renació el sentimiento de rebeldía, emergió una dignidad renovada. Era imposible que nada pasara después de tanto vejamen e impotencia acumulados. Muchos de los que estaban convencidos de que "hasta con piedras si fuera necesario defenderemos el Gobierno Popular", comenzaron un lento giro en sus arraigadas convicciones con relación a la violencia y las formas armadas de lucha, mientras otros mantuvieron inalterables esas profundas tradiciones de la política del PC.

Esta manera esquemática de presentar dos extremos de una compleja y añeja contradicción entre revolucionarios, en la que existe entre ambos polos un abanico impresionante de colores y matices que se entretejerían en el tiempo, permite, no obstante, comprender por dónde cursó la elaboración y puesta en práctica del Proyecto de Rebelión Popular de Masas del Partido Comunista de Chile.

En esa prolongada etapa de gestación de la Política de Rebelión, que va desde septiembre de 1973 hasta septiembre de 1980, y durante su etapa de desarrollo y éxito, que se extiende hasta mediados de 1986, sus protagonistas estuvieron bajo la influencia de una convulsa época de dictaduras latinoamericanas y los procesos de liberación que estas provocaron, en la cual los revolucionarios centroamericanos, y en particular la Revolución

Cubana, desempeñaron un destacado papel. No menos importancia tuvieron en los hombres y sus concepciones ideológicas los "socialismos reales" de Europa del Este, que en el último período de la lucha antidictatorial, por coincidencia, comenzaban su desaparición como sistema político y social en esa región del mundo.

La cuarta parte y última del libro aborda los años 1987 y 1988, en los que se produjo el paulatino retroceso en las aspiraciones y propuestas del proyecto de concertación, que finalmente aprovecharía la propia fórmula de la dictadura para desplazarla del gobierno, mediante un plebiscito celebrado en octubre de 1988 y las elecciones presidenciales en diciembre de 1990.

En ese mismo período tuvo lugar la "adecuación táctica" del PC ante los cambios ocurridos y el aislamiento e involución del proyecto popular, la crisis al interior del conglomerado de partidos de la izquierda, la separación del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) del PC,[1] su breve vida independiente y su trágico y fallido intento de "atravesarse en el itinerario de perpetuación de la dictadura".

Como es el proceder en este tipo de trabajos, reuní información obtenida de libros, revistas y periódicos conocidos, pero debido al carácter del sujeto investigado, otras fuentes escritas escapan a lo tradicional. Se trata de documentos que fueron "limitados" en su momento, "*no secretos*" pero nunca publicados. También he rescatado documentos internos que fueron "secretos" en tiempos de dictadura, pero que es imposible reproducirlos en su totalidad ni dar referencia de consulta más allá de su título y circunstancias de elaboración. A pesar de este inconveniente, por lo pronto no existe otra posibilidad para abordar estas fuentes so pena de que irremediablemente desaparezcan aspectos de gran valor testimonial de una época tan convulsa y decisiva de nuestra historia.

La información obtenida a través de entrevistas a participantes de estos acontecimientos aparece hasta donde consideré

aconsejable o los propios protagonistas lo permitieron. La mayoría de los nombres con que se identifica a éstos son los seudónimos o "chapas" que empleaban en esos tiempos. Existen otros, los menos, que son totalmente ficticios, cambiados por voluntad de los entrevistados. Esta aclaración es sobre todo para los participantes que conocieron a quienes ocuparon cargos y sus correspondientes "chapas". Aparecerán identidades reales principalmente de los fallecidos, y de algunos protagonistas que expresamente lo permitieron. De no ser así, todos los nombres, datos y lugares reales están tomados de trabajos y libros publicados, en particular de diarios y revistas de la época.

Como se verá, es sorprendente la gran cantidad de cuadros de dirección que formaron parte de esta historia en los más variados niveles de las estructuras del PC. Solo ese motivo habría hecho imposible entrevistar a todos los que potencialmente podían participar, a pesar de lo cual lamento y me excuso por no haber podido encontrarlos a todos, en particular a quienes jugaron papeles relevantes.

Hubo otros factores que me impidieron contar con todas las potenciales vivencias. Algunos, muy pocos por cierto, evadieron las entrevistas o se negaron rotundamente a entregar sus experiencias y opiniones. Existe un número determinado que aún se mantiene en el anonimato en algún rincón del país, otros están dispersos por el mundo expulsados por sus acciones en tiempos de dictadura. Encontré contados casos, que con toda razón y derecho, se negaron a aparecer, obligados por la imperiosa necesidad de sobrevivir y permanecer al interior de un sistema donde un increíble currículo pleno de actos honrosos, labrado durante casi veinte años, puede ser empleado para excluirlos.

La forma en que se solucionó la existencia de la dictadura, la permanencia de sus grupos de poder y, principalmente, la supervivencia de los aparatos represivos al interior de las mismas Fuerzas Armadas que asesinaron y torturaron a miles de chilenos, limita en extremo la libertad en la entrega de la información. No

obstante, ojalá que la publicación de estos antecedentes convoque a ofrecer nuevos testimonios, a corregir o enriquecer lo expuesto en estas páginas, y cambiar todo lo que deba ser cambiado.

Quiero dejar constancia de tener absoluta certeza sobre la existencia de otras fuerzas y organizaciones y de sus proyectos contra la dictadura. Otros hombres y mujeres, bajo diversas concepciones, lucharon todos estos años por sus convicciones, cerca o no del PC. Muchos entregaron la vida en tales propósitos. La amplitud de esos proyectos contra la dictadura y la complejidad de su estudio desbordan los objetivos y posibilidades de esta investigación.

Al hurgar en los laberintos de complejas políticas y densas y agobiantes posiciones, sobresalen porfiadamente esos hombres y mujeres militantes de la izquierda en general, que fueran cuales fuesen las formas y corrientes que los animaron, abandonaron proyectos personales para dedicar los mejores años de su vida a esta fatigosa y temeraria empresa. Todos esos años produjeron magníficas y sorprendentes experiencias personales plagadas de amores, temores y valentías sin límites, que conviven en una enmarañada madeja con lealtades honorables y otras ciegas, que se suman a quiebres sorprendentes y abandonos dolorosos. Muchos de ellos son notables, los menos son excepcionales, la inmensa mayoría es como la vida misma, multifacética y de mil colores.

A todos los caídos, honor y gloria eterna, y con esto sentencio el imposible de la imparcialidad del que investiga. Nadie lo es cuando se aborda un tema como este.

1 Siempre que se haga referencia al Partido Comunista en general, en él están incluidos los miembros del FPMR hasta julio de 1987.

Primera parte

1985-1986: Los años urgentes

Capítulo 1.
Combatientes en la Jornada de Protesta Nacional del 2 y 3 de julio de 1986

Una mano empuñando un viejo revólver 38 fue lo único que asomó Renato[1] desde la esquina para realizar dos o tres disparos hacia donde la policía desarmaba la barricada. El inconsistente parapeto construido con ramas de árboles, los clásicos neumáticos en llamas y trozos de escombros entremezclados con algunas señales de tránsito arrancadas de raíz, era defendido por cientos de jóvenes con piedras y bombas molotov. Mientras, una decena de uniformados portando fusiles de combate y otros tantos protegidos por grandes y gruesos escudos, arremetían con decisión, disparando en dirección a la población.

Pobladores y milicianos corrían por los estrechos pasajes hacia el interior del barrio popular, custodiados por la noche y los cientos de habitantes que por miedo, indecisión o a causa de la edad, permanecían en sus casas, en espera expectante, muchos acostados sobre colchones en el suelo. "Era una costumbre bien generalizada –comenta Miriam que vivió la experiencia en una población distante a la de Renato–, que los vecinos ayudaran a los cabros cuando llegaban corriendo a esconderse".

"Eran veinte o treinta pacos", recuerda Renato al intentar rehacer en su población de la zona sur de Santiago la Protesta y Paro Nacional de los días 2 y 3 de julio de 1986, emblemática entre todas las realizadas desde 1983 hasta 1987 contra la dictadura de Augusto Pinochet.[2]

Uno o dos disparos más del viejo 38, y los policías, en maniobras aparatosas, se tiraban al suelo desordenando el impetuoso ataque. Envalentonados por el retroceso, los jóvenes volvieron con lluvias de piedras y las molotov, hasta provocar la huida desordenada de los policías hacia la micro que los esperaba en la avenida principal que flanqueaba el barrio.

Renato ha olvidado en cuál de las incontables protestas, las

ruedas delanteras de una micro quedaron atascadas en la trampa. "En los mejores años, era casi una protesta por mes" –afirma sonriente y exagera para justificar su olvido–. "Tuvieron que venir las tanquetas a sacarla..., ni un solo paco podía salir de ella, la molimos a piedrazos".

Después que se fue la policía, salió mucha gente de todos lados, demasiados niños para la preocupación de Renato. No eran aún las diez de la noche y las fogatas rompían intermitentes la casi completa oscuridad que reinaba en el barrio. Un "apagón" había dejado sin luz eléctrica a toda la capital y la mitad principal del país. Los pobladores, aplaudiendo, se fueron juntando cerca de las fogatas, al tiempo que coreaban a todo dar una consigna, breve y precisa, que por años exigió el fin del dictador.

Tal vez nunca antes en la historia del país una consigna política había calado tanto en tantos, unificando la voluntad y deseos de la mayoría de los chilenos. Su pura entonación musical con silbidos y hasta con las bocinas de los automóviles, escondía el mismo propósito de rechazo al dictador. "Y va a caer..., y va a caer..., y va a caer" repetían una y otra vez en un canto interminable. Nadie sabe quién le puso melodía al simple, monótono e inolvidable estribillo.

Pasado algún tiempo, casi todos los jóvenes y niños desfilaban por el interior de la población gritando diversas consignas, mientras ciertos grupos organizados y disciplinados que lucían pañoletas y un remedo de uniforme, intentaban poner orden y conducir a los pobladores intrínsecamente desorganizados. Las organizaciones sociales y políticas, sin grandes contradicciones en los momentos del combate callejero, se repartían las tareas desdibujando su pertenencia en una suerte de promiscuidad militante azuzada por la urgencia de los enfrentamientos y obligados por el enemigo común: la dictadura militar.

Como siempre, aparecían los líderes naturales de la población, a veces militantes políticos, otras no. "De repente había muchos comandantes en la pobla", reclamaba Miriam ante tanto alarde de mando que exhibían ciertos jóvenes a la hora de dar órdenes. Ella,

dirigente social poblacional, gracias a su carisma y capacidad de organización, era considerada "mayor" entre sus pares a pesar de que solo tenía veintidós años.

La noche avanzaba, el frío obligaba al encierro, y se fueron quedando los grupos de jóvenes más comprometidos. Muchos fumaban aprovechando la generosidad de algunos pequeños comerciantes, otros tomaban té caliente preparado por alguna vecina encargada de la "olla común" del barrio, y alguno que otro cigarrillo de marihuana circulaba furtivo ante la exasperación de Miriam y otros dirigentes sociales más conservadores y adultos, que presenciaban preocupados cómo la droga se metía lentamente entre los jóvenes de la población.

Se dividieron la guardia nocturna y la población permaneció custodiada por los milicianos, distribuidos en todos sus accesos. "Y de verdad que hacíamos guardia toda la noche. Es que era mucho el entusiasmo, mucha mística..., mucho corazón y solidaridad en todo lo que hacíamos", recuerda Miriam con un tono de añoranza, en una suerte de comparación con un presente individualista en extremo.

El lumpen también participaba en las guardias y las contiendas contra la policía, y muchas veces se mostraba más decidido que los propios milicianos. Fue casi una regla que durante los años de dictadura apoyara a las organizaciones políticas en los barrios más combativos y organizados o se subordinara a ellas, mucho más cuando esa subordinación fue asegurada por la posesión de armas cortas y, en contadas ocasiones, de fusiles de guerra en manos de los combatientes. El conflicto se generaba cuando en algunas protestas reinaba el descontrol y los "patos malos" aprovechaban para cometer desmanes, cobrar peaje a los automovilistas y desvalijar hasta a sus propios vecinos.

Cuenta Miriam que ese jueves 3 de julio terminaron de armar la barricada bien temprano, cortando la arteria principal colindante con la población. "De todo tenía la barricada. Con un carretón de mano recogíamos cualquier cosa de las casas de los vecinos, y ellos

contentos porque aprovechaban para limpiar sus patios".

Sostener y defender la barricada la mayor cantidad de tiempo posible era la misión principal que tenían los grupos organizados.[3] Fue una tarea de combatientes y milicianos, todos muy jóvenes, más algunos pocos hombres de mediana edad, quienes apostados tras su barricada esperaban hasta con ansiedad la llegada de "la repre", como acostumbraban a llamar indistintamente a militares, policías o agentes de civil. En ocasiones, los más impetuosos se exasperaban porque pasaban horas y los uniformados no aparecían por ningún lado; ignoraban que cientos de "focos insurreccionales" estaban esparcidos por toda la ciudad.[4]

Esa mañana, mucha gente caminaba por la avenida en distintas direcciones. La mayor parte de los choferes habían acatado el paro en todo Santiago y en las principales ciudades del país; otros, simplemente, se veían obligados a hacerlo. La escasa locomoción colectiva no se atrevía a llegar hasta la barricada. Recuerda Miriam que una micro "de esas chicas", intentando vadear estos obstáculos en la avenida principal, se metió por callejuelas de una población contigua y cayó hasta por ingenuidad en medio de otro foco de protesta popular, donde una lluvia de piedras la detuvo. Mientras los pocos pasajeros que viajaban en ella pedían a gritos que los dejaran bajar, alguien puso orden y todos descendieron, incluido al chofer. La micro fue quemada al instante.

En la avenida contigua a la población de Renato, la resistencia resultó fugaz, "digamos intermitente", se defiende al evocar esos combates. A media mañana llegó la policía y arremetió con carros lanzaguas, bombas lacrimógenas y disparos a discreción. Solo tuvieron algunos heridos leves que fueron atendidos en la parroquia al interior de la población contigua, en cuyo patio varias mujeres se afanaban en una olla común.

Fue la cantidad de barricadas levantadas en distintos puntos de las avenidas principales lo que demoraba el trabajo de las fuerzas represivas, más que la solidez de los obstáculos y la capacidad de

resistir de manera permanente. Los agentes de la Central Nacional de Informaciones (CNI) solo atinaban a llegar en camionetas de doble cabina o en furgones cerrados y desde lejos, con absoluta impunidad, disparaban a discreción, muchas veces empleando ametralladoras con trípode situadas en la parte posterior de sus vehículos. Unas cuantas ráfagas cortas y rápidamente, sin apreciar sus efectos, se perdían en dirección a otra barricada donde repetirían su accionar a la vista de los policías uniformados y con su complicidad.

El saldo general de los días 2 y 3 de julio fue de ocho pobladores muertos y más de cincuenta heridos en diversos focos poblacionales,[5] entre ellos una niña de trece años asesinada en la comuna de La Florida por una patrulla de "carapintadas"[6] y dos jóvenes hechos arder cual hogueras humanas. Ambos, que no participaban de un foco de resistencia específico, avanzaban cerca de la Estación Central, contiguo a la Avenida General Velásquez, cuando fueron interceptados por una patrulla militar que se desplazaba en una camioneta sin placas.

Uno de los militares les vació encima la gasolina de un bidón plástico y les prendió fuego ante el estupor de numerosos testigos. Los militares los dejaron arder. Pasado un tiempo otros uniformados los apagaron con frazadas, los subieron en la parte posterior de la camioneta y los lanzaron muy lejos de allí, en el camino vecinal de una comuna suburbana al norte de Santiago. Días después, Rodrigo Rojas Denegri, fotógrafo con residencia en los Estados Unidos, recién ingresado al país, moría por quemaduras generalizadas en todo el cuerpo. Carmen Gloria Quintana, estudiante de Ingeniería, quedaba con graves y crueles secuelas de por vida.[7]

La noche del tres de julio en el foco poblacional de Renato, los milicianos esperaban dispersos y medio escondidos en las entradas a la población junto a otros muchos jóvenes. En algún momento los policías regresan y, empleando un vehículo lanzagases, arremeten contra los milicianos. En ese instante dos

de ellos se aproximaron corriendo hasta la esquina más cercana a los policías. "*Eran dos estudiantes universitarios* –recuerda Renato– *que se habían quedado con nosotros esa noche. Aunque no se acercaron mucho a los pacos, les lanzaron dos granadas de mano de fabricación casera que ellos mismos trajeron*".

Solo una estalló con gran estruendo pero sin consecuencias para los policías. Estos, enardecidos, realizaron algunos disparos contra los agresores, varios salieron tras ellos, que habían desaparecido por la entrada del pasaje más cercano, pero no alcanzaron a llegar: una andanada de piedras salidas hasta de los patios de las casas los paró en seco y volvieron a retirarse hacia la avenida.

Así, en un ir y venir que se repetía a ratos, transcurría la resistencia, hasta que los policías, medio restablecido el paso por la arteria principal, se retiraban exhaustos ante reclamos desde otro sector de la ciudad desorganizada. Al instante, todos estallaban en gritos creyéndose ganadores e intentaban recobrar la confianza; hasta los menos osados, que atisbaban desde lejos, poco a poco se reunían otra vez, y vuelta al grito y las palmas con las consignas interminables.

Al aproximarse la noche, las calles principales y las avenidas de los barrios periféricos iban quedando desiertas. Con el apagón provocado, solo las camionetas o camiones militares y vehículos policiales se atrevían a patrullar la periferia. De cuando en cuando, se encontraban con grupos dispersos, que porfiadamente y en medio de la penumbra restablecían barricadas y fogatas, cuyas llamas, indiscretas, resaltaban sus siluetas contra el fondo oscuro de la noche. En las jornadas más intensas, los principales focos poblacionales quedaban temporalmente como verdaderos territorios liberados, recuerdan con indisimulado regocijo y orgullo los entrevistados. El centro de la ciudad, fuertemente custodiado, con escaso tránsito vehicular y el comercio cerrado desde temprano, parecía un tenso y extraño día dominical. Solo a ratos se divisaba algún despistado transeúnte, que con pasitos rápidos y medio corriendo intentaba desaparecer del lugar. A

ningún bufón, actor o cantante callejero se le ocurrió presentarse en esos días de protesta en los tradicionales paseos peatonales.

Decenas de bombas, con más ruido que poder destructivo, explotaron esa noche en bancos extranjeros, entidades gubernamentales y postes del tendido eléctrico. Poco después de las nueve, el apagón oscurecía la ciudad y, cual absurda batuta sincronizando una orquesta desafinada, daba inicio al estruendoso "caceroleo", término que abarcaba las más diversas formas de provocar ruido; innumerables barrios de sectores medios e incluso edificios nada populares participaron del bullicio descomunal.

Doce torres de alta tensión derribadas entre el 2 y el 3 de julio habían provocado el corte de luz que abarcaba desde la Tercera Región del país hasta la Octava. Un helicóptero de las Fuerzas Armadas sobrevoló Santiago aquilatando la magnitud de los enfrentamientos y el cordón de fuego que la envolvía, del cual escapaban solo los barrios altos al este de la ciudad.[8] En última instancia, del control de la capital dependía la estabilidad del gobierno militar.

La simultaneidad y magnitud de estos acontecimientos, de tantas voluntades unidas, donde no faltó la paralización de sectores de la industria, educación, salud y comercio, evidenció que la lucha en contra de la dictadura los cohesionaba, pero como se verá más adelante, muy lejos estaban los participantes, fundamentalmente los partidos políticos, de tener coincidencia en los objetivos, formas y métodos de lucha. De la misma manera, existen muy opuestas visiones acerca del papel jugado por estas luchas populares en el fin de la dictadura militar.[9]

1 Testimonio de Renato, jefe de una pequeña unidad de combate de las Juventudes Comunistas, y Miriam, de militancia socialista y dirigente social de base en 1986. También se empleó el Informe Evaluación que hizo el Partido Comunista de la capital para el paro del 2 y 3 de julio de 1986.

2 Francisco Herreros contabiliza dos paros nacionales y 14 jornadas de

protestas entre 1983 y 1989 en "Del Gobierno del Pueblo a la Rebelión Popular". Ediciones Siglo XXI, 2003. Veintidós "jornadas de protesta" entre 1983 y 1987 señala Gabriel Salazar en *Violencia Política Popular en las Grandes Alamedas*. Ediciones Sur, 1990.

3 Así aparece en documento interno "Evaluación del Paro Nacional" por el Mando Zonal de Santiago. Máxima estructura de la dirección del PC para la capital.

4 La mayoría de los diarios de ese entonces viven la contradicción de exagerar el "vandalismo y el terror del extremismo" en oposición a un país que funciona "con absoluta normalidad" como aseguró el Ministro de Defensa en los días inmediatos al paro. Diferencia sustancial con el enfoque de tres revistas semanales, *Cauce, Análisis y Hoy*, más algunas radioemisoras. Cuatro de ellas y dos semanarios fueron sancionados por entregar noticias de "conductas terroristas". Semanario Revista *Hoy*, Nº 468 de julio 1986.

5 En los días posteriores al 2 y 3 de julio no hay coincidencia en las cantidades de heridos y muertos informados por la prensa de ese entonces. El Informe de la Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación (Comisión Rettig), de 1983 a 1988 contabiliza 429 muertos por violación a los derechos humanos y violencia política. En todos los años de dictadura, de 1973 a 1990, son 3197 muertes por igual causa, de las cuales 173 eran de las FFAA y Carabineros, cifra que representa el 5,4% del total.

6 El Ejército hizo debutar ese año las UFA, Unidad Fundamental Antisubversiva. Bautizados popularmente como los "carapintadas" que salían a la calle ante la "ineficacia" de carabineros en el control callejero, como lo señala en el capítulo 46 Ascanio Cavallo en su *Historia Oculta del Régimen Militar*, donde aparecen detalles de las competencias de poder entre aparatos represivos.

7 Revista *Hoy* Nº 469 de julio de 1986. Más adelante veremos la actitud de los EEUU ante este episodio.

8 El término "cordón de fuego" en torno a la capital denota la magnitud de las protestas y es utilizado al menos por Gabriel Salazar en *Violencia Política Popular en las Grandes Alamedas* y por Jorge Arrate en *Memorias de la Izquierda Chilena*.

9 De estas manifestaciones populares se han ocupado cientistas,

académicos y políticos de todas las tendencias por ser hechos históricos innegables. La pormenorizada y erudita investigación *El Régimen de Pinochet* de Carlos Huneeus entrega una visión desde las cúpulas y élites de los sectores en disputa, valorando muy tangencialmente la participación popular en la salida del dictador. Incluso llega a comparar estas protestas de enfrentamientos paramilitares y barrios tomados, con las refinadas protestas y caceroleos que la derecha organizó contra el gobierno popular de Salvador Allende. Para Gabriel Salazar (obra citada), son "revueltas de los pobladores" inconexas de un proyecto político global y carentes de toda dirección centralizada. Lo único que necesitaban, afirma el autor, era "una señal de simultaneidad y arranque con capacidad para hacerla llegar a todo el país".

Capítulo 2.
Los clandestinos. El Partido Comunista

En ese julio de 1986, aún no se cumplían seis años desde que el secretario general del Partido Comunista, Luis Corvalán, anunciara la Política de Rebelión Popular de Masas (PRPM) en un conocido discurso de septiembre de 1980 en Moscú. Para muchos comunistas que hacía años trabajaban el tema militar, este enunciado no fue un cambio radical a la tradicional política "no armada" del PC, pero sí todo un acontecimiento el escuchar que por primera vez se alentaba a emplear "todas las formas de lucha", incluso la "violencia aguda", y se reconocía el "derecho del pueblo a la rebelión"[1] después de casi sesenta y ocho años de vida como organización política y siete de la derrota del gobierno popular de Salvador Allende y del golpe militar ocurrido el 11 de septiembre de 1973.

Esta significativa inflexión en la línea política del PC dejaba una puerta abierta por donde se introducirían concepciones, estructuras y tareas militares nunca antes vistas en su historia. Sebastián, miembro de la máxima dirección del PC, fue el jefe de su Comisión Militar y de todos los militares comunistas en tiempos de dictadura. Entrevistado para esta investigación, reconoce sin ambigüedad que "fue un largo proceso con muchas contradicciones en la Comisión Política –máxima autoridad política del PC entre congresos–, donde se entendía de diversas formas el contenido de esta rebelión [...] En realidad, nunca se llegó a una posición única y eso le restó mucha fuerza a esta política".[2]

Esas contradicciones internas previas al nuevo rumbo se prolongarían en el tiempo. Haber definido una línea general que señalaba el "derecho del pueblo a la rebelión" no solucionaba ni entregaba un contenido concreto al cómo y al qué debían hacer los comunistas para cumplir con el "supremo recurso de rebelión contra la tiranía".

Es muy difícil precisar fechas en la reconstrucción de estos acontecimientos cuando no quedan –por razones obvias– actas ni documentos que los precisen. "Tiene que haber sido a fines de 1981 o comienzos de 1982, intenta recordar Sebastián, el trascendental momento en que la Comisión Política formalizó la creación en el interior del país de una Comisión Militar como órgano de dirección, conducción y realización de su política militar".[3]

Esa decisión y las estructuras militares diseñadas tendrían un enorme significado en los años venideros, no solo para los comunistas; revisten especial importancia al intentar comprender esta particular historia. Como se verá en capítulos posteriores, durante años en distintos países, incluido el propio Chile, colectivos de comunistas investigaban y proponían fórmulas y concepciones en el terreno político y militar antes de que se arribara a estas definiciones.

Para la mejor comprensión de lo que ocurría entre 1985 y 1986, es preciso conocer el grado de organización y desarrollo alcanzado por el Trabajo Militar en esos años.[4] El aparato militar del PC al comenzar el año 1985 contaba con dos estructuras adheridas al PC y una organización no reconocida públicamente por este partido, todas de carácter nacional pero absolutamente independientes una de otra, "cortadas entre sí", se decía en la jerga del conspirador, y estaba prohibido el "cruce", intercambio de hombres y estructuras a cualquier nivel.

1. El Trabajo Militar de Masas (TMM)
2. El Trabajo Hacia el Ejército (THE)
3. La Fuerza Militar Propia (Frente Patriótico Manuel Rodríguez)

Las tres se subordinaban a la Comisión Militar y solo allí se encontraban sus respectivos jefes. Todos bajo el mando de un encargado o jefe máximo de esta comisión, quien respondía por todo este andamiaje inédito en la historia del PC. Sebastián fue el jefe de esta Comisión Militar en todo el período de 1982 a 1987, años de trascendente y significativa incidencia en la política del

PC y en la lucha contra la dictadura[5]. La determinación de la dirección del PC de dejar en manos de una "comisión de especialistas" una tarea tan relevante y no asumirla como propia por todo el centro y alma de su estructura piramidal, traería no pocas consecuencias en distintas direcciones y en el futuro inmediato.

Las rigurosas normas de funcionamiento que contenía este diseño, muy pronto serían sobrepasadas y violentadas ante las exigencias y urgencias del combate cotidiano, por la absoluta inexperiencia de los comunistas en desconocidos derroteros de "sublevaciones o insurrecciones" y, sobre todo, por razones nacidas de la subjetividad humana imposibles de prever desde un escritorio.

El Trabajo Militar de Masas **(TMM)** es, injustamente, el "pariente olvidado" y desconocido de esta historia reciente. Por definición y perspectivas, era la estructura principal de la tríada. No fue una línea de acción o una nueva orientación de cómo debían combatir los militantes y el pueblo, sino una estructura jerarquizada, un instrumento orgánico del PC.

No tuvo fecha de fundación ni acto de trascendencia en su origen. Nació para ser parte, adicionarse a esa estructura territorial clásica y conocida del PC que no cambió nunca, ni siquiera en los primeros años del golpe militar (1973-1976), cuando desaparecieron direcciones enteras del Partido Comunista y de sus Juventudes Comunistas (JJCC) o la Jota, como son conocidas. El TMM no era independiente. Su singularidad estuvo dada porque se creaba junto a cada una de las estructuras de base "civiles" que siempre ha tenido el PC.

Cada secretario regional o local debía tener subordinado un "encargado militar", quien era el responsable de todo lo concerniente al "tema militar" en el territorio. No era un "asesor o especialista de apoyo". Estos encargados del TMM a niveles regionales y locales recibían, al mismo tiempo, la atención e indicaciones del especialista militar o encargado del nivel

superior. La cúspide de la pirámide de esta novísima estructura de mandos militares en el PC terminaba en un encargado o jefe del TMM a nivel nacional, que pertenecía a la mencionada Comisión Militar, cuya denominación en clave era "Mensaje". Con este nombre, "Mensaje", se identificaba a los jefes y las estructuras militares del TMM.

Las "fuerzas combativas" del TMM debían formarse, inicialmente, con los militantes comunistas y su misión consistía en realizar acciones, tal como estaba implícito en el nombre de la estructura, "trabajo militar de masas". Eran las acciones de sabotaje menores, con iniciativa e ingenio pero sin complejidades. Actuaban en cualquier lugar donde fuera necesario "paralizar", "detener" a las fuerzas represivas en el combate callejero, podían llegar al enfrentamiento violento y hasta armado con éstas, pero su "rasgo distintivo" era la "autodefensa de masas" y sus armas, las piedras, hondas, cadenas, molotov y armas de construcción casera, aunque la frontera hacia el empleo de las armas de fuego fue constantemente sobrepasada. Esta estructura debía tratar de incorporar e influir en las mayorías populares no militantes, a luchar contra la dictadura empleando formas paramilitares de enfrentamiento. Eran parte del propósito general del PC de organizar al pueblo para la lucha contra la dictadura.

"El TMM –asegura Sebastián– de todo el nuevo diseño, era lo más relevante que se debía construir. Se formaba junto a todo el partido y su jefe era el segundo hombre de la Comisión Militar". Salvador, el líder indiscutido de la misión internacionalista del PC en Centroamérica, ocuparía esta responsabilidad. Grande era el reto y no pocas dificultades tendrían para ganarse a toda la estructura partidaria para la "tarea militar". No fue fácil encontrar, preparar y contar con especialistas para cada cargo, construir una gigantesca infraestructura y una logística en cada nivel, preparar y organizar pequeñas "unidades de combate" o "unidades operativas" a partir de militantes de base y luego masificar nuevas "formas de lucha" en las mayorías opositoras al

régimen militar. En múltiples ocasiones, estas estructuras cumplieron el papel inverso, generalizando ingeniosas formas de lucha y armas caseras nacidas de la experiencia popular en el enfrentamiento con las fuerzas represivas.

Indagando sobre los orígenes del TMM, localicé a uno de sus iniciadores y del trabajo militar del partido. "Manuel" era su "chapa" más usada en esos tiempos. Lo encontré perdido en las últimas oficinas de una municipalidad periférica de Santiago. Según recuerda, todo se empezó a organizar a fines de 1983 y comienzos de 1984, más o menos, con los propios "viejos" del antiguo "equipo" del partido. "En verdad, estos equipos venían organizándose y realizando acciones menores desde 1981, pero sin una estructura, eran subordinados del secretario local o regional. En todo ese tiempo no había una definición clara de tareas, y en las primeras protestas y manifestaciones, los militantes de la Jota y el partido simplemente trabajaban en todo lo que fuera posible, desde una marcha pública hasta un cadenazo".

Manuel poco a poco recuerda nombres y "chapas" de esos pioneros y el de un primer jefe en Santiago al cual nunca pude encontrar. Entre relatos siempre surgió el legendario Viejo Pablo, de quien Pellegrin hablaba como ejemplo del "nuevo comunista".

Manuel guarda el recuerdo de esos orígenes como un peregrinar por los regionales de la capital junto a Salvador, el especialista militar recién nombrado jefe del TMM a nivel nacional. Había que explicar, convencer, para formar grupos de combate de autodefensa, formar logística, construir depósitos, fabricar armas caseras, en fin, se trababa de argumentar y descubrir el cómo traducir de manera organizada las "nuevas formas de lucha", la "violencia en toda la línea" que los regionales venían impulsando desde 1981 de acuerdo con sus propias capacidades e interpretación de las orientaciones generales bajadas desde la dirección.

El *Trabajo Hacia el Ejército (THE)* fue la menos desarrollada de

estas estructuras. En la misma medida que se construye y realiza tareas semipúblicas hacia las Fuerzas Armadas, fue siendo separada de la Comisión Militar y atendida directamente por un miembro de la Comisión Política del PC. No hemos podido establecer fechas precisas de este proceso. En su creación se percibía la nítida definición política del PC con respecto a las Fuerzas Armadas: cualquier solución a la dictadura debía ser con el Ejército o con parte de él, pero nunca en contra de él.[6] En el Informe de la Comisión Política al Pleno del Comité Central del Partido Comunista[7] caratulado como realizado en enero de 1985, se dedica todo un capítulo a la definición de esta línea, que contiene claras definiciones y tareas cuando señala:

Las Fuerzas Armadas "son cautivas de una 'Doctrina de Seguridad Nacional' que les es ajena y las ha conducido a cometer los más horrendos crímenes que se recuerden en nuestra Patria. La caída del régimen no pasa por la derrota de las Fuerzas Armadas, sino que depende de cómo las fuerzas sociales y políticas produzcan un "quiebre" al interior de las instituciones militares".

> Un cambio de actitud de las Fuerzas Armadas será, ante todo, resultado de un mayor ascenso en la lucha del pueblo, de una mayor presión de masas, de la creación de una situación insostenible para la dictadura. Pero no puede caber duda que ayudará también, en tal sentido, el trabajo específico y la actividad que el Partido y todo el movimiento popular realicen en dirección a ellas. [...] Es urgente establecer una nueva doctrina para las Fuerzas Armadas, una doctrina que sea garantía para la convivencia democrática de los chilenos. Ello presupone, primero que todo, el término de la dictadura de Pinochet y la erradicación de la doctrina de seguridad nacional y de todas sus consecuencias [...] nuestras ideas de democratización están dirigidas a la integración de las Fuerzas Armadas a la vida democrática, a posibilitar su ligazón con el pueblo, a sacarlas de su papel reaccionario y opresor, a convertirlas de enemigas en amigas de sus connacionales [...] Debemos luchar para que cambien de conducta las Fuerzas Armadas. Hay que

promover en ellas la conciencia de que persistir en la defensa y apoyo al actual sistema dictatorial represivo, que ha ejercido la violencia indiscriminada contra todos los chilenos, significa perseverar en el camino de la ignominia, de su descomposición moral y de su propia desintegración.

Como muchas indicaciones y partes de la Política de Rebelión, estas orientaciones fueron elaborándose al mismo tiempo que se luchaba contra la dictadura. De aquí surgen dos grandes grupos de misiones hacia las FFAA; una es de carácter político-ideológica y la otra de tipo combativo militar. En esta última se estimuló y orientó el uso de la fuerza y el combate paramilitar, desplegado en acciones masivas en paros y protestas, así como acciones armadas dirigidas principalmente contra las fuerzas represivas. Estas "misiones combativas" eran propias de las otras dos direcciones del aparato militar del partido, el TMM y el FPMR.

La otra misión contiene la línea de trabajo para esta estructura del THE; es una labor de carácter político-ideológica, de propaganda, de convencimiento que tiene estrecha relación con la definición hecha de las FFAA. La Rebelión no sería contra todas las FFAA, se contaba en teoría con parte de ellas, con su quiebre, o, en el peor de los casos, con su neutralización política. A nivel nacional existía una dirección del THE, una comisión de trabajo hacia las Fuerzas Armadas que debía dirigir esta actividad en todo el partido a través de un encargado en cada Comité Regional y un activista en cada Comité Local. Las labores de tipo político hacia los militares eran supuestamente para todos los militantes con vínculos y espacios de contacto con las Fuerzas Armadas.

En consecuencia, con su misión político-propagandística, el THE poseía estructuras de difusión y un equipo creativo de guerra sicológica a nivel central. También contaba con un equipo de atención a uniformados en retiro y en activo.

Queda la percepción, y así lo sentían algunos cuadros de dirección de las otras estructuras militares del PC, que el THE era el "hermano menor" de la tríada. No parecía ser dirección

principal de la Comisión Militar, reflejándose aquí otro de los "acentos" que se ponían al implementar los contenidos de la Política de Rebelión. Como era de esperar, otros cuadros de dirección apostaban a este trabajo como fundamental en la política militar del PC.

A mediados de 1986, el THE estaba lejos aún de consolidarse como una estructura nacional, padecía de una carencia crónica de cuadros intermedios de dirección. Su denominación conspirativa: "Clarín".

La Fuerza Militar Propia es una organización del PC de carácter nacional. Nació con el propósito de transformarse en el "brazo armado del pueblo" y tuvo un largo proceso de gestación que comenzó en 1980. En diciembre de 1983 adoptó el nombre de **Frente Patriótico Manuel Rodríguez** pero siguió siendo una organización plena y totalmente del PC,[8] aunque desde el inicio quedó establecido que no reconocería públicamente su pertenencia a éste. "Autonomía" era su carácter político y organizativo principal. Sebastián señala algunas razones de esta decisión: "Después de muchas discusiones, la dirección lo decidió así por el peligro que representaba para el partido; era una medida de protección tomada por un partido demasiado conocido, demasiado público; se buscaba dar fuerzas a la política del partido pero desde afuera".

Raúl Pellegrin fue su jefe máximo e histórico, quien a su vez era el tercer integrante de la mencionada Comisión Militar. Se trataba de crear una organización con capacidad técnico-militar para enfrentarse a los aparatos represivos en su mismo terreno, que pusiera coto a la absoluta impunidad y alevosía con que éstos operaban ante poblaciones inermes. La lucha armada sería su forma principal de enfrentamiento, pero jamás se concibió construir un tipo de fuerzas armadas paralelas, enfrentadas de igual a igual con el ejército. Constantemente se reiteró que el FPMR era un apoyo a la lucha de masas, no la sustituía. En la lucha de masas era donde realmente gravitaba la posibilidad de derrotar

al dictador.

El surgimiento y el accionar inmediato del FPMR generó todo tipo de reacciones en la dirección comunista. Una cosa fue lo que en un principio se pensó y otra lo que se produjo en la realidad. Por primera vez en su historia, el PC contaba, aunque de forma encubierta, con una organización que emplearía abiertamente las formas armadas de lucha. Tanto los temores y reticencias como los buenos augurios, en muy poco tiempo quedaron sobrepasados con creces. El FPMR no solo sorprendió a la dictadura y a sus aparatos represivos, también fue toda una revelación para la dirección del PC.

La vertiginosa y compleja dinámica de los acontecimientos en esos "años urgentes", como alguien los llamó, demostró muy pronto que era imposible manejar con diligencia la complejidad, simultaneidad y urgencia de las tareas del momento, que además experimentaron un increíble crecimiento. Desde la "lejana" Comisión Militar era imposible manejarlo todo y responder con prontitud a cada problema surgido desde los territorios. Por añadidura, este jefe nacional, para solucionar conflictos de cierta importancia, debía reunirse antes con la Comisión Política, donde radicaba la máxima autoridad del PC. Todo en medio de una labor clandestina y constantemente perseguida por los aparatos represivos.

Por ese motivo, a fines de 1985, con el propósito de agilizar, optimizar y unificar la dirección, se decidió unir los mandos políticos y militares en un "Mando Zonal", en cada una de las tres principales ciudades del país, Santiago, Concepción y Valparaíso. Su misión principal era planificar, organizar y conducir la política de Rebelión Popular del partido en cada una de estas ciudades. De esta manera se intentaba solucionar las contradicciones crecientes ante las distintas interpretaciones del contenido militar de la Rebelión Popular. En este "Mando Zonal" (MZ), por primera vez se unificaban en un eslabón intermedio los tres componentes del aparato militar con la estructura tradicional del partido. El Jefe

del Mando Zonal era un cargo eminentemente político designado por la máxima dirección del PC, y a él se le subordinaban los representantes de las estructuras militares y políticas. El Jefe del Mando Zonal respondía directamente a la Comisión Política del PC.

* * *

Semanas previas al paro del 2 y 3 de julio de 1986, el Mando Zonal de Santiago se reunió en una casa de la Comuna de La Reina. Por primera vez, la Región Metropolitana –donde la ciudad capital jugaba el papel principal– planificaba, organizaba y dirigía de manera centralizada todo el quehacer para antes, durante y después de esas jornadas. Su mirada debía abarcar todo lo que los comunistas pudieran hacer o influir en Santiago y sus alrededores a fin de cumplir la "misión" o "tarea", que, en julio de 1986, era "paralizar la capital".

Al comenzar la reunión, Víctor[9] abrió un mapa de la ciudad lleno de símbolos y flechas con sentido de movimiento. Al jefe del MZ, un conocido dirigente que no era especialista en asuntos militares, le costó a primera vista entender todo ese simbolismo. Víctor, que era jefe del Trabajo Militar de Masas del PC para Santiago, explicaba con diligencia su contenido. En el mapa y en documento anexo estaban detalladas las propuestas de tareas para cada uno de los doce comités regionales en que se dividía la Región Metropolitana. Cada comité aparecía sobre su territorio con un nombre en clave escrito en ordenados y grandes rótulos: Jaspe, Rubí, Martillo y otros más, recuerda Víctor, y se sorprende por la frescura con que afloran los nombres de ficción.

La elaboración del plan general del Mando Zonal no era antojadiza ni fruto de inútil voluntarismo, era el resultado de una experiencia acumulada desde la primera protesta popular en mayo de 1983 y de las particulares comprobaciones que hacía en el terreno Ignacio, jefe del Trabajo Militar de Masas de la Juventud Comunista para Santiago. En las Juventudes Comunistas, se reproducían exactamente las mismas estructuras que en el

Partido. Existía una singularidad, la juventud tenía formado un Comité Regional con militantes de todo el estudiantado secundario y universitario que no correspondía a una concepción territorial como el resto.

Los comités regionales de la capital y del país poseían varios focos poblacionales principales y otros cuantos de carácter secundario.

–Era una concepción territorial de la lucha –enfatiza Víctor–. En el Regional radicaba toda la fuerza y capacidad de organización que poseía el partido. Se instaba al sentido de propiedad y responsabilidad territorial de cada secretario. La gran mayoría de ellos conocía profundamente sus territorios y esto se debía reproducir hacia abajo con cada uno de los secretarios locales, que respondían por territorios más pequeños.

"Cada uno de los secretarios regionales tenía un encargado del Trabajo Militar de Masas, que en muchos casos fueron su principal apoyo para cumplir con tantas tareas que tenían en esos años, y empujaban las misiones militares sin ninguna contradicción. Claro que no en todos los regionales sucedía igual".

Esta aparente complejidad orgánica nunca fue un conflicto para los comunistas, el problema venía de la mano con su propio diseño. Las orientaciones, tareas, misiones, indicaciones y los inevitables énfasis en cada una de ellas "bajaban" por dos direcciones paralelas. "Vía Uno" le llamaban a la principal y tradicional fórmula de dirección política en la estructura partidista, y "vía militar" a la que procedía de los jefes o encargados militares de cada una de las estructuras del partido.

La tradicional pirámide de organización terminaba en su base en innumerables "células" de militantes distribuidos por todo el territorio, aunque en muchos lugares, como industrias, reparticiones de diferente índole o en los mismos focos poblacionales podía apenas existir un solo militante comunista. "Con esto bastaba para llegar con la orientación –recuerda Víctor–, aunque en muchas ocasiones se organizaban pequeñas unidades

operativas a las que les asignaban una tarea especial en ocasión de las protestas".

Víctor asegura que Pablo fue uno de los cuatro primeros especialistas militares que ocupó la responsabilidad de encargado del TMM en un Comité Regional de Santiago; los demás eran cuadros de los antiguos grupos de autodefensa del PC, algunos de ellos preparados en cursos de seis meses en Cuba. Los primeros meses mantuvieron a Pablo al margen de la dirección política del regional, pero tiempo después llegó a ser imprescindible y junto a su secretario regional formó una dupla insustituible que influyó decisivamente en los acontecimientos políticos y paramilitares de su territorio, al menos así lo recuerda el jefe del TMM de la capital. Pablo se fue a vivir al mismo Pudahuel, que era centro de su Regional.

Al mirar el mapa de Santiago lleno de trazos multicolores, cualquiera se percataba de que la mayoría de los barrios emblemáticos en la lucha contra la dictadura estaban concentrados en la zona sur y en el poniente de la capital. Arterias principales como Américo Vespucio, Vicuña Mackenna, Gran Avenida y San Pablo tenían innumerables símbolos que indicaban cortes y barricadas, responsabilidad de focos poblacionales que tenían por misión lograr ser en esos días "territorios liberados".

El MZ sabía de la especial importancia que tenía este paro nacional y protesta nacional de julio de 1986. Después de tres años de experiencias en enfrentamiento y lucha popular, desde la primera Jornada de Protesta Nacional en mayo de 1983, todos eran testigos del desarrollo ascendente de los enfrentamientos. En esta oportunidad los combatientes y pobladores debían salir y terminar con esa especie de "enclaustramiento" que ocurría al tomarse la población por dos o tres días, situación que la policía y el régimen podían resistir.

En los focos poblacionales más decididos y organizados, se pretendía, como misión principal, "mantener liberados sus territorios y salir a cortar una o más arterias principales y

avenidas con barricadas capaces de resistir el embate de las fuerzas represivas el mayor tiempo posible. San Pablo, Maipú y Cerrillos en el poniente; Dorsal y Recoleta en el norte; Grecia y Macul en el oriente", señala Víctor algunos nombres de manera rápida recordando con gran facilidad.

No eran de poca importancia las tareas de paralización de la locomoción colectiva, instituciones diversas o industrias, donde los encargados del trabajo sindical cumplían el papel principal. En ese entonces, Andrés[10] ocupaba la responsabilidad como segundo jefe nacional del TMM, y asegura que donde mayor resistencia encontró para incorporar las nuevas formas de combate proclamadas por el PC, fue en los dirigentes sindicales. "El TMM –precisa– tenía poca o ninguna influencia en los obreros a través de sus organizaciones sindicales".

En sectores industriales, servicios, instituciones administrativas, educación, salud, construcción, etcétera, existían células de militantes comunistas, pero hacia 1986 –con excepciones–, el PC aún estaba lejos de lograr la organización de grupos operativos en cada uno de ellos, para buscar con nuevos métodos la paralización empleando sabotajes incruentos de carácter miliciano como insistían los dirigentes del TMM a nivel nacional. En esos sectores, asegura Andrés, era donde mayor arraigo tenía la idea de que las acciones de masas no podían ser armadas ni de un carácter violento ajenas a las luchas tradicionales de la clase obrera; por consecuencia, insistían algunos dirigentes sindicales, cualquier acción de este tipo era en sí misma contraria a la lucha de masas.

Sobre estos sabotajes novedosos e incruentos, Víctor aclara:

–Aunque se hicieron, estuvimos muy lejos de generalizarlos. El trabajador, el obrero, prefería manifestarse peleando en su área poblacional. Nunca pudimos superar el temor a la pérdida del trabajo ni entendimos en ese momento los profundos cambios que se habían producido en el campo laboral. En verdad, creo que no tuvimos tiempo.

Ignacio, jefe del Trabajo Militar de Masas de las Juventudes Comunistas en Santiago, sin ser un especialista en cuestiones militares, conocía cada detalle del plan para el dos y tres de julio. Sus temerarios recorridos por los principales focos de resistencia en un viejo vehículo de los arriesgados "ayudistas y colaboradores", sorteando calles y avenidas cortadas "de verdad", permitieron precisar en el mapa los informes de las estructuras regionales. "Yo verificaba personalmente en el terreno las tareas planteadas y su cumplimiento". Ignacio sabía que algunos secretarios "inflaban" resultados de tareas cumplidas[11].

Todos los militantes del PC debían participar en los preparativos de las protestas según las tareas asignadas –en sindicatos industriales, instituciones públicas, con los choferes de locomoción colectiva, comercio, entre otros–, pero quienes peleaban al pie de la barricada eran principalmente los miembros de la Jota, los "jotosos". "Como jefe del TMM de la Jota –asegura Ignacio–, nunca tuve contradicciones a la hora de impulsar las tareas de carácter paramilitar. Los secretarios regionales de la Jota junto a su "mensaje" impulsaban sin problemas todas las tareas por igual".

A esas alturas de la lucha contra la dictadura, ya existían las Milicias Rodriguistas, la más nueva organización paramilitar de masas, una creación del PC a partir de la experiencia en las primeras protestas y del prestigio del FPMR. Existían solo en barrios populares y algunas en centros estudiantiles; las dirigían indistintamente y con no pocas contradicciones dirigentes poblacionales comunistas o jefes menores del Frente.

Agrupaban casi exclusivamente a jóvenes, la gran mayoría sin militancia política, aunque se podía ser miliciano y militar en cualquiera de las múltiples organizaciones opositoras a la dictadura. La única condición para pertenecer a ellas era tener voluntad de combatir contra los órganos represivos.

Por su carácter miliciano, eran los que asumían todas las tareas que planteaba el TMM; eran de barricadas, piedras, hondas y

bombas molotov. Cavaban zanjas, juntaban recursos donados por vecinos, preparaban los neumáticos viejos, mantenían la hoguera encendida, hacían guardia y combatían con tesón queriendo emular al Frente Patriótico Manuel Rodríguez, del que habían adoptado el nombre.

Aunque en 1986 estas milicias ya eran significativas, estaban lejos de agrupar a todos los jóvenes que combatían en los barrios populares. Seguía existiendo una masa protagonista de otras organizaciones tradicionales de la izquierda chilena, como los innumerables grupos socialistas, los pertenecientes al legendario Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), y no era extraño encontrar algunos del Partido Demócrata Cristiano. Pero un número considerable de jóvenes que se sumaron al combate nunca perteneció a orgánica alguna.

Los pocos periodistas extranjeros que por esos años se aventuraban a personarse en algún acto político en las poblaciones o incluso en los clásicos actos centrales convocados para el Primero de Mayo, raras veces pudieron distinguir tal diversidad de organizaciones y, mucho menos, descifrar tantos nombres y siglas en centenares de carteles.

En la reunión del Mando Zonal en La Reina también participaba el jefe del FPMR para la capital. En los pocos años de existencia de esta estructura de mando, el miembro del Frente fue el cargo de mayor inestabilidad por detención, persecución o muerte de la persona designada.

Esta misma realidad del Mando Zonal de Santiago se repitió con evidentes particularidades en Valparaíso y Concepción. Entre sus numerosas diferencias, destacaban las características de las ciudades, el nivel
organizativo alcanzado, la experiencia y las cantidades de cuadros destinados profesionalmente a esas estructuras. La prensa de la época muestra un alto nivel de enfrentamientos poblacionales y lucha antidictatorial en estas dos grandes ciudades, pero las magnitudes y peso sustancial radicaban en la capital.

Para la dirección del PC y su Comisión Militar, la dirección principal de su trabajo seguía siendo eminentemente urbana y centralista. Al resto de las ciudades con determinada relevancia las dirigía con la clásica estructura de comités regionales con sus correspondientes comités locales.

1 *De lo vivido y lo peleado*. Memorias de Luis Corvalán en el capítulo "El derecho a la rebelión contra la tiranía". Santiago: LOM ediciones, 1999.

2 Detalles de estas contradicciones los narra Francisco Herreros en el capitulo "Anatomía de un debate", donde se explaya en contradicciones entre las direcciones interior y exterior. Estos desacuerdos que escapan a una "connotación geográfica" reflejan profundas diferencias de concepciones políticas que "explotarían" en toda su magnitud en el XV Congreso del PC realizado en 1989. Detalles en Iván Ljubetic "La crisis que comenzó en los años ochenta".

3 Desde 1977 existía una Comisión Militar en La Habana. Desde 1978 existió otra Comisión Militar en la ex RDA. La dirección del PC desde el Gobierno Popular tuvo un "encargado" del tema militar.

4 Luis Corvalán hace referencia a estas estructuras en sus Memorias, pág. 328.

5 Sebastián, de familia comunista por convicción y tradición, fue dirigente a nivel de Regional del PC bajo el Gobierno Popular. Profesor primario, estuvo detenido desde 1974 a 1977. A los pocos meses de su liberación formó parte del Equipo de Dirección Interior del PC que pondría fin a las caídas en cascadas de dirigentes comunistas a manos de los aparatos represivos.

6 A lo largo de este trabajo, tal como ocurría en esos años, se emplea indistintamente "Ejército" o "Fuerzas Armadas", a pesar de conocer la estructura y funciones de cada una de las ramas de las Fuerzas Armadas.

7 Informe al Pleno del Comité Central del PC. Enero de 1985. Realizado en diciembre de 1984.

8 Muchos años después de todos estos acontecimientos, tanto Luis Corvalán en sus memorias (pág. 298) como Gladys Marín en su último libro *Testimonios. La vida es hoy* (pág. 170) seguían sosteniendo una suerte de vínculo relativo con el FPMR, distorsionando su origen y composición militante. En adelante precisaremos detalles de esta

pertenencia.

9 Víctor, oficial especialista en artillería, René en Nicaragua, fue el jefe del TMM del PC en Santiago desde su fundación hasta julio de 1987. Participó activamente en la reconstrucción de estos hechos.

10 Andrés, oficial del PC, pionero en el origen de la Tarea Militar del PC, destacado en la elaboración teórica del tema militar entre estos especialistas.

11 "Inflar o inflar globos", se le llamaba a entregar informes irreales, abultados con datos ficticios.

Capítulo 3.
Clandestinos Dos. El FPMR

Exactamente a las once y quince de la mañana, Alberto[1] llegó a la parada de la locomoción colectiva de Vicuña Mackenna. Era el paradero 24 esquina en dirección a Puente Alto. Tenía la tarea de recoger allí los explosivos que utilizaría para derribar una torre de alta tensión. Conocía al "logístico" que le entregaría el explosivo, la mecha lenta y los detonadores, pero ignoraba si éste atendía todo Santiago o solo la zona sur. Aunque habían hecho unos cuántos "pases" de materiales, solo hablaron en el primer "vínculo", cuando se conocieron.

No recuerda qué tuvo que responder ni cuál pregunta le hizo el logístico después que lo identificó gracias a esas "señas" medio absurdas que a veces acordaban los jefes para los encuentros con alguien desconocido en un "punto" en la calle. Todos en el Frente sabían de patrullas de carabineros y vehículos con desaliñados agentes de la CNI que pasaban lentamente por plazas, paradas o conocidísimas esquinas buscando algún joven con cara de preocupación y señales como "una coca cola en la mano izquierda y el periódico *La Tercera* en la derecha".

En el 86, como Alberto ya conocía al "hermano" –así empezaron a llamarse los rodriguistas entre ellos–, todo se reducía a ser puntual y subirse a la misma micro que aquél había abordado. Al igual que en ocasiones anteriores, el "pase" salió bien. En definitiva, era una tarea sencilla pero no le gustaba delegar en ninguno de los combatientes de su grupo la misión de recoger los explosivos, ni siquiera en su propio logístico.

El logístico siempre era puntual y escogía horas de poca congestión de pasajeros. Cuando Alberto subió al autobús, lo vio acomodado con su mochila llena de explosivos en los asientos del centro; él se sentó al final con la suya en el regazo y la habitual sensación opresiva en el estómago que siempre le causaba este tipo de tarea.

En apariencia sereno, estaba atento a su compañero. Nunca fijaban el lugar donde se bajarían; simplemente, el logístico caminaba hasta la puerta trasera, en espera de la próxima parada; Alberto hacía lo mismo, con lentitud, y se situaba detrás de él. Momentos antes de bajarse, al descender los escalones, el logístico extendía con disimulo, levemente y hacia atrás, la mano de donde colgaba la mochila y él, con rapidez, la sustituía por la suya. Por más detalles que se planificaban, los bolsos nunca coincidían en tamaño ni en color.

–En realidad –confiesa Alberto–, hicimos el pase de esa forma no más de dos o tres veces. La última vez terminamos haciéndolo ya en la calle porque otro pasajero se interpuso entre los dos justo en el momento de bajarnos. Después pasamos a intercambiar los bolsos en la micro, sentados uno al lado del otro o estando de pie, y era mejor, la gente ni se percataba de lo que ocurría. Hoy me doy cuenta que la gente común no tiene por qué ver lo que hay delante de sus ojos si no es de su interés. Un chancho [agente de la CNI] sí se hubiera percatado al instante de la maniobra.

"Cuando la situación apretaba y el tiempo no existía, que era lo cotidiano, se rompían las normas de seguridad. Me pasaron materiales hasta en bolsas de compras a la salida de un supermercado o en una calle cualquiera dentro de un bolso grande, que de solo verlo me parecía que se sabía que tenía fusiles. Los logísticos y los jefes inventaban miles de pases espectaculares en lugares increíbles.

"A la larga, las urgencias y también la confianza excesiva nos llevaban a cometer errores que después nos costaban caro. La mayoría de las veces, los pases de los "iniciadores" eléctricos o pirotécnicos y del explosivo mismo se hacían por separado, pero esto no siempre se cumplía. Yo nunca quise transportarlos juntos. Nosotros a nivel de grupo hacíamos todos los traslados en micro.

"No sé si fue en esa protesta del 86 o en otra, pero para esa fecha nosotros ya éramos 'torreros', creo que fue en unos 'fundos' en la salida sur de Santiago, yo siempre operaba más o menos de la

misma manera.[2] Conocíamos casi todas las torres de esa zona por exploraciones que se hicieron en los primeros años, pero siempre se actualizaban; íbamos unos días antes a explorar, sin explosivos ni armas, a veces con alguna "leyenda", otras así no más. El día de la operación caminábamos mucho a campo abierto, a veces por los cerros, siempre alertas. Todos sabían que ese día de protesta teníamos que apagar la luz de cualquier manera porque una protesta sin apagón no era protesta, y lo mismo valía para los paros; eso lo sabíamos nosotros y también el enemigo.

"Mandaba a dos exploradores que avisaban sobre las patrullas de pacos o de milicos que recorrían las torres. Algunas veces los esperábamos, los mirábamos desde lejos y cuando se iban, poníamos las cargas. Creo que les era imposible cuidar cada una de las torres de forma permanente, pero algunas veces encontramos milicos de guardia fija, entonces teníamos que alejarnos más de la ciudad, y a seguir caminando. Me imagino que en más de una oportunidad encontraron cargas puestas, pero ¿quién iba a atreverse a subir a sacar una carga que no sabía cuándo explotaría?

"Siempre me ordenaban una hora precisa para "botar" las torres. Yo sabía que en todas partes, en Concepción, Rancagua, Valparaíso y el propio Santiago, otros hermanos debían cumplir la misma misión a la misma hora. Muchas veces nos retrasamos, pero al final siempre cumplíamos.

"Entre dos poníamos las cargas, de un kilo cada una, en las patas de la torre, y las amarrábamos bien, a veces reforzándolas con cable detonante. Al principio las colocábamos a la misma altura y la torre con las patas cortadas solo se movía del lugar un poco, quedaba suspendida por la tensión de los cables y apoyada en el suelo. Por eso después pusimos las cargas a distinta altura, dos a más de dos metros de altura y las otras dos mucho más abajo en las patas opuestas. Sabíamos de varias torres que no cayeron y apenas se les doblaron las patas por cargas mal puestas o explosivos con bajo poder.

"Muchas veces teníamos que sobrepasar un enrejado de alambre de púas que ponían cerca de la base; era como una malla protectora de la torre; la ponían exactamente para impedir que nosotros nos subiéramos. Casi siempre la cortábamos o simplemente entrábamos y subíamos por los huecos que quedaban. Si subíamos mucho, sentíamos que los pelos se paraban como tirados desde arriba. Cualquiera podría decir que era de puro miedo, y puede que en parte fuera verdad, pero en realidad era a causa del alto voltaje que corría por esos cables, nunca he olvidado el zumbido que producen.

"Siempre usamos mecha lenta para iniciar la explosión. Dejábamos hasta un rollo de una o dos horas o más para estar lo suficientemente lejos al momento de la explosión. La mejor torre para botarla era la que estaba en una curva de la línea de torres, la que hacía como de "esquina"; con dos patas que se cortaran, se venía abajo tirada por el inmenso peso de las torres y del tendido de cables, que la arrastraban.

"Al principio no íbamos con armas, después usábamos armas cortas, y en ocasiones, al final casi, usamos fusiles M16 de "contención" por si venían pacos o chanchos. Ya sabíamos que si nos pillaban, o nos mataban a tiros, como ocurrió en una oportunidad en Valparaíso, o nos dinamitaban amarrados a la misma torre. Siempre cumplimos esa misión estimulados por el inmenso impacto que tenía en los barrios populares. Cada año que pasaba era más probable el enfrentamiento con la repre, ese era el costo".

A mediados de 1986, la Dirección Nacional del Frente Patriótico Manuel Rodríguez había logrado una relativa estabilidad en su composición. Era una característica del FPMR su crecimiento constante y los continuos acondicionamientos estructurales, promociones de nuevos jefes ante un desarrollo vertiginoso. Los conflictos permanentes de seguridad que sufrían jefes y combatientes afectaban de manera significativa a la estabilidad de la organización.

En esa mitad del año 1986, Raúl Pellegrin, o Rodrigo como le llamaban al interior del Frente Patriótico, se había reunido en una o dos ocasiones con una suerte de dirección ampliada que integraban los principales jefes territoriales del país, quienes tenían la responsabilidad de "apagar la luz" en la mayor parte del territorio nacional. En esas escasas reuniones analizaron la situación del frente, su crecimiento constante y desarrollo, el impacto en la lucha antidictatorial, nuevos diseños y la situación política, esta última en términos bien generales. "No eran grandes discusiones políticas las que había en nuestra dirección –recuerda Daniel Huerta[3], *el Político* de la Dirección Nacional del FPMR–. Nuestro trabajo estaba más pegado a lo cotidiano, a las tareas ingentes de una organización en constante crecimiento".

Marcelo era el jefe operativo; en la práctica, el segundo jefe del Frente.[4] Existía esa dirección ampliada –precisa–, pero Rodrigo prefería las consultas y reuniones más constantes con una dirección reducida de no más de dos o tres miembros. Él tenía como método revisar las tareas operativas con cada jefe por separado, era detallista y meticuloso en extremo, preguntaba hasta cerciorarse de cada paso de la operación. Para esa fecha, todo el Frente tenía misiones que cumplir y cada jefe en su territorio respondía por ellas: volar torres, hostigar a fuerzas represivas, realizar sabotajes con cargas explosivas en dependencias del régimen.

Para cumplir con sus misiones, el Frente contaba en ese momento con una estructura de carácter territorial desde la tercera hasta la novena región del país, cuya base eran los grupos operativos, organizados en "columnas", las que a su vez se subordinaban a "destacamentos". En Santiago existían dos de esos destacamentos, uno en el norte y otro en el sur, y un "destacamento o fuerza especial" que a la postre se quedaría con el apelativo de El Destacamento.

Este Destacamento estaba subordinado directamente a Rodrigo y lo encabezaba Ramiro, considerado uno de los mejores jefes

operativos de la organización. El Destacamento era capaz de realizar acciones combativas espectaculares e inéditas en la historia de la lucha política del país. Rodrigo impuso en todo el Frente un particular estilo de combate, con acciones originales y sorpresivas realizadas en momentos de gran efervescencia popular.

Estas Fuerzas Especiales eran las que realizaban las tomas de radios; secuestros incruentos a personajes del régimen siempre devueltos una vez cumplidos los objetivos propagandísticos; ocupación de camiones que transportaban gas, pollo, cigarrillos o leche y el posterior reparto de estas mercancías en los barrios populares, donde eran esperados hasta con ansiedad; hostigamientos y ataques a fuerzas represivas en cuarteles de la CNI o de la policía con el empleo de explosivos o armas largas.

La estructura político-propagandista dirigida por Daniel Huerta en ese entonces ya aseguraba de forma permanente la revista mensual *El Rodriguista.* Confeccionaban miles de panfletos alusivos a la lucha popular o con instrucciones para la fabricación de armamento casero, y poseía un equipo técnico con un número significativo de emisoras en FM que interferían las señales de televisión.

A pesar de su corta vida, para julio de 1986 el FPMR era una impresionante organización de hombres y mujeres tensionados y urgidos por la relevancia dada a esa inmensa operación simultánea de carácter nacional. Eran semanas de preparativos; de exploración en busca de objetivos, en la que las mujeres jugaban un papel principal; cientos de kilos de explosivos y armamento moviéndose por todas partes simulados en los más increíbles "embutidos"; innumerables reuniones conspirativas de preparación e instrucción en incontables casas y locales del más diverso tipo, distribuidos a lo largo del país, pertenecientes a los imprescindibles colaboradores, donde también se guardaban medios y recursos o aseguraban el acuartelamiento de combatientes que se preparaban y esperaban la hora precisa de

salir a cumplir su misión.

Sin ese fragmentado tejido de colaboradores y ayudistas de todas las edades, muchos pertenecientes a otros partidos de izquierda o sin militancia política, cuya inmensa mayoría sabía bien el riesgo que corría, hubiese sido prácticamente imposible sostener este magno empeño de lucha contra la dictadura.

Esas semanas previas al 2 y 3 de julio fueron de una actividad febril en el núcleo reducido de la Dirección Nacional del FPMR. Armando, el jefe de la infraestructura de Rodrigo era quien más sufría sus consecuencias. En determinadas ocasiones debía asegurar hasta reuniones de la Comisión Militar en las casas más seguras con que contaba, donde Rodrigo daba cuentas de los preparativos para el paro en su organización.

Pellegrin sabía que debía hacer énfasis en el apagón, como tarea principal, además de una o dos acciones contra fuerzas represivas que venía planificando con su Destacamento Especial. En la paralización de las industrias, el Frente no tenía posibilidades de participación, en realidad nunca pudo organizarse al interior de ese sector de la clase obrera. Aunque estaban en los planes del PC, las acciones de sabotaje en el interior de fábricas y minas, en este paro nacional y jornadas de protesta del 2 y 3 de julio se mantendrían los métodos tradicionales de lucha.

Las reuniones de la DN ampliada eran las de mayor complejidad y tiempo de preparación. Los jefes territoriales principales llegaban con uno o dos días de anticipación, y entraban al lugar de la reunión con intervalos de algunas horas uno de otro. Los recogía el jefe de infraestructura en persona; una vez en el auto los hacían tenderse en el piso del vehículo e inmediatamente los tapaban, o sentados como cualquier pasajero, les cubrían los ojos con tela adhesiva y les colocaban lentes oscuros para ocultarlas. Así permanecían mientras daban varias vueltas antes de llegar a la casa escogida para la reunión. Algunos jefes se molestaban porque no creían ser merecedores de este trato, pero Rodrigo jamás transó ni hizo concesiones en asuntos de seguridad.

El Frente poseía una poderosa logística central estrictamente "cortada" del resto de la organización. Contaba con vínculos exteriores y nacionales de aprovisionamiento y numerosos depósitos o "barretines" seguros donde permanecían los medios. La logística debía garantizar el avituallamiento de toda la organización a través de unidades de distribución, que contaban con un sistema de transporte hacia las estructuras inferiores. Pellegrin atendía personalmente al jefe de la logística de la DN.

En los momentos de preparación de una jornada de protesta, Rodrigo puntualizaba y controlaba a diario a sus subordinados a través de múltiples vínculos en los lugares más inverosímiles. Los encuentros en las esquinas con o sin semáforos llegaron a ser milimétricos. El jefe de logística llegaba caminando a la esquina determinada en el minuto exacto en que lo hacía el auto de Rodrigo, se subía a éste y en breve recorrido puntualizaban los traslados y las entregas de medios materiales a las logísticas subordinadas. El logístico era el único miembro del FPMR que conocía el vehículo del jefe. Como se trataba de saber lo menos posible, hoy no puede recordar su modelo ni mucho menos el color.

Rodrigo casi siempre se reunía con el Político de la Dirección Nacional en casas de ayudistas, aunque también empleaban puntos de encuentro en refinados lugares donde nunca los aparatos de seguridad –aun en ese entonces– pensaron hallarlos. Se veía a diario con Marcelo, su segundo jefe, quien controlaba casi todas las unidades territoriales y le aseguraba la marcha de los preparativos de casi todas las misiones planificadas para el paro nacional.

1 Entrevista a un jefe de grupo operativo territorial del FPMR.

2 "Torreros" o Torreras, nombre que se les daba a los combatientes que derribaban torres de alta tensión en el campo.

3 Antiguo dirigente de la Juventud Comunista desde los tiempos de la Unidad Popular, designado en 1983 como miembro de la Dirección Nacional del FPMR. Fue, hasta 1987, el responsable del trabajo político de

la organización.

4 Marcelo era un fundador de la tarea militar y destacado oficial del PC. Es "Evaristo" en Nicaragua. En 1984 forma parte de la Dirección Nacional del FPMR como el segundo jefe de la organización hasta fines de 1986.

Capítulo 4.
El enfrentamiento decisivo

El 6 de noviembre de 1984, el gobierno militar decretó el estado de sitio, que se prolongaría hasta el 13 de junio de 1985. Si la sola existencia de la dictadura hacía muy difícil cualquier actividad política, es fácil imaginar el nivel de complejidad que significó esa situación excepcional para toda la oposición. Dentro de un amplio abanico de atribuciones que otorgaban "legalidad" al control absoluto del Estado sobre el ciudadano, destacaban el toque de queda, las relegaciones de opositores hacia apartados lugares del país y la censura y cierre total de los pocos medios de difusión que se atrevían a oponerse a la dictadura.[1]

La limitación de la actividad política incluyó todos los espacios públicos con presencia de los partidos de izquierda. Los más afectados fueron los sectores de la oposición "moderada", que realizaban casi toda su actividad de forma pública. Esa sensación de inmovilismo que provocó el acatamiento de la oposición "de centro" al estado de sitio la reflejan hasta la actualidad quienes la padecieron. Para algunos analistas, durante este período se habría producido la pérdida del protagonismo y de la movilización social de las mayorías en el país. El estado de sitio habría marcado el fin de la participación masiva de la oposición en la lucha contra la dictadura.

Lo que no varió fue la violencia y la omnipotencia de los aparatos represivos, que en los diecisiete años de dictadura cometieron crímenes atroces con independencia del estatus jurídico vigente en el país. El 7 de noviembre, un día después de la imposición del estado de sitio, los organismos de seguridad allanaron en el centro de Santiago las oficinas públicas de los bloques políticos de oposición; poco después, tres poblaciones emblemáticas en la lucha barrial sufrieron el mismo tratamiento: el campamento Raúl Silva Henríquez y las poblaciones La Legua y La Victoria. En los primeros cinco días detuvieron a más de

cuatrocientas personas y relegaron a cuarenta y seis.[2]

El estado de sitio fue el recurso a que apeló la dictadura ante su incapacidad para controlar la situación en el país. Desde la primera protesta en mayo de 1983 hasta las realizadas en octubre y noviembre de 1984, el movimiento de protestas nacionales había alcanzado un nivel de organización y capacidad tal, que, de continuar por ese camino, podía llegar a poner en riesgo la estabilidad del régimen militar. La jornada de protesta de fines de noviembre de ese año 85 fue realizada en pleno estado de sitio.

A esta acumulación de fuerzas crecientes, se sumaban las impactantes acciones combativas imputadas al FPMR a comienzos de noviembre de 1984 contra un bus de carabineros en Valparaíso y una comisaría de La Cisterna, en la capital, con un saldo total de seis carabineros muertos.[3] La reacción que desataron esas acciones en esta institución culminaría en marzo de 1985 con el conocido asesinato por degüello de tres dirigentes comunistas públicos que nunca estuvieron relacionados con las estructuras militares o paramilitares del PC. Una acuciosa investigación conducida por el ministro José Cánovas Robles demuestra la participación de Carabineros en los hechos, donde se hilvanan las acciones que causaron la muerte de seis miembros de esa institución, los allanamientos de Noviembre a las oficinas públicas del MDP en 1984, la detención y secuestro de un profesional militante comunista público en febrero de 1985 al cual le habrían ocupado una agenda con decenas de direcciones y teléfonos de militantes y dirigentes comunistas, los secuestros a dirigentes del gremio de profesores (AGECH) en marzo de 1985 y, finalmente, con el caso de los tres dirigentes comunistas degollados.[4]

Lo cierto es que fue en ese período de estado de sitio y en todo 1985 cuando más avanzaron y se fortalecieron las estructuras políticas y militares del PC. En el mismo instante en que la dictadura decretó ese estado de excepción, el Partido preparaba la realización de una reunión plenaria de su Comité Central. El

Informe de la Comisión Política a este Pleno de 1985 está plagado de precisiones a su Política de Rebelión. Lo más significativo fue la "decisión" de "terminar" con la dictadura en el más breve plazo.

No se trataba de consignas políticas ni eran especulaciones sin fundamento, se apostaba al probable término de la dictadura y para conseguir tal propósito, de manera precisa y concreta se dieron indicaciones para elaborar un plan político militar; este fue el **Plan de la Sublevación Nacional**.

A pesar de las críticas que recibió este Pleno del 85, tanto de la derecha como de la izquierda, es preciso detenerse en este documento por las consecuencias que tuvo en los siguientes dos años y porque, de los elaborados por la dirección del PC, es el que muestra el mayor grado de combatividad concreta y real de los militantes y pueblo en general a lo largo de los diecisiete años de lucha antidictatorial.

Nadie ignoraba entonces que portar un ejemplar de ese documento era tan peligroso como andar cargando una granada. La mayoría de los militantes recibieron solo resúmenes bajados por la vía tradicional, casi siempre de forma oral. Consultados sobre este particular, algunos militantes de base, sumidos en el combate cotidiano, no lo recuerdan de manera especial. No sucede igual con los cuadros de direcciones intermedias, a quienes les significó un cúmulo de tareas inmediatas y perentorias.

El ambiente se tensionó al máximo en todos los comunistas de alguna responsabilidad y en los círculos cercanos de la izquierda que conocieron la decisión del PC de llegar a un "enfrentamiento decisivo", señalado en dos ocasiones en este informe de la máxima dirección del PC. En este documento del Pleno de 1985 no aparece donde se califique precisamente al año 1986 como "decisivo", cuestión causante hasta hoy de controversias al interior y fuera de los comunistas. Aparece "enfrentamiento decisivo", sin relacionarlo específicamente con 1986. No obstante, conservamos "la cuenta política", como se les denominaba en el PC a las orientaciones periódicas que bajaban de la dirección del partido,

de fines de diciembre de 1985, donde se fundamenta el carácter "decisivo" que tendría este apremiante e inolvidable año de 1986.[5]

La determinación de que 1986 fuera "el año decisivo" para terminar con la dictadura, es resultado de la "apreciación de la situación" del país realizada por la Comisión Política y, principalmente, por el Equipo de Dirección Interior (EDI), acerca de las luchas populares desde 1983 y en particular de los últimos meses de 1984.

La dirección del PC consideraba que existía un significativo aislamiento internacional de la dictadura y demostraba con datos el reciente cambio en la política de los Estados Unidos, de apoyo a los partidos de centro para una salida "concertada", en la que quedaban fuera los comunistas pero que incidía ciertamente en un mayor aislamiento del régimen.

No era nuevo en los análisis del PC calificar la situación con la manida frase de "la dictadura vive una crisis política y económica que aún no ha tocado fondo". Sin embargo, los datos acerca del cuadro económico y político del momento,[6] las últimas protestas y el accionar paramilitar que obligó a imponer el estado de sitio, parecían asegurar que esta vez en realidad existía una crisis de innegable gravedad y solo faltaban algunos elementos para que fuera de carácter terminal.

La diferencia en esta ocasión radicaba en el evidente ascenso de la lucha popular y la manera como gravitaba decisivamente en toda la situación. La aceptación popular a las nuevas formas de lucha, con el accionar paramilitar, determinaba una calidad distinta en ese estado de ánimo.

En el informe, al apreciar las fuerzas del PC, la Comisión Política reconoce un salto cualitativo y cuantitativo en la capacidad tanto del TMM como del FPMR y de las estructuras tradicionales del Partido; aunque no hace alusión explícita al nombre del TMM, es una de las razones que explican el desconocimiento que hasta hoy existe acerca de él, incluso para muchos comunistas. Al FPMR se le reconoce su encomiable papel pero siempre como organización

ajena al PC.

Un capítulo entero está dedicado a las Fuerzas Armadas y a fundamentar la tesis del THE, descrita aquí en páginas anteriores. Se hace destacada mención a precisos acontecimientos de "confraternización" de militares con la población y se destacan algunas contradicciones en la cúpula de la Junta Militar, con la intención de fundamentar el posible quiebre de las Fuerzas Armadas.

Un pormenorizado análisis de la clase obrera y del Comando Nacional de Trabajadores concluye que los obreros de sectores productivos estratégicos de la economía tienen vital importancia en la luchas que se avecinan, a la par que reconoce los golpes recibidos por las organizaciones sindicales y la incapacidad del partido de "trasladar a los centros de producción un estado de rebelión como existe en otros sectores", a diferencia de lo que ocurría con los pobladores semiproletarios y el estudiantado universitario.

Sobre el estado de efervescencia en el país, se concluye que "existen condiciones que permiten a las fuerzas revolucionarias y democráticas proponerse el paso a una etapa superior de lucha que puede culminar con la caída de la dictadura", para finalmente sentenciar que "madura rápidamente una situación revolucionaria pues están presentes y se desarrollan los elementos fundamentales que la caracterizan, aunque no se manifiestan todos con la misma evidencia".

Esta conclusión en la que se habla de "situación revolucionaria", toda una categoría política en la práctica leninista, se transformó, hasta hoy, en centro de polémicas para los marxistas vinculados con esa lucha. Fuese cierta o no, la conclusión obligaba a potenciar como tarea de primer orden el papel del factor subjetivo, el papel del PC y de todas las fuerzas políticas, sociales y militares involucradas. De ser así, había que jugársela por entero, no cabían medias tintas.

A partir de ese momento, se determinó un conjunto de tareas y

misiones a todos los sectores donde el PC pudiera llegar. Así surgió la indicación de elaborar un plan para la Sublevación Nacional, que diera contenido muy concreto e inmediato a la manera, la forma más probable en que la dirección del PC preveía el combate final, "el *enfrentamiento decisivo*".

Esta indicación política, dice así:

> Lo prevemos (el enfrentamiento decisivo) como un levantamiento o sublevación de masas que involucre a toda la población, a la mayor parte de las fuerzas políticas y sociales y ojalá también parte de las FFAA, que estén contra la dictadura, que logre la paralización real del país: alzamientos populares en los principales centros urbanos, con participación decidida del proletariado industrial, de los estudiantes, de las capas medias y del campesinado. Tales acciones se verán fortalecidas por golpes efectivos en apoyo a la paralización que ayuden a acelerar el desmoronamiento político-moral de las fuerzas represivas. La culminación de este proceso debiera ser el copamiento por las masas de los principales centros políticos del país.

¿De qué dependería el éxito de este probable enfrentamiento decisivo? El documento lo señala y puede esquematizarse como sigue:

1. De lo que se hiciera en adelante para lograr la unidad con toda la oposición al régimen más allá de la izquierda.

2. De mantener y elevar la calidad de la participación de las masas.

3. De la capacidad en cuanto al desarrollo del elemento militar, poniendo especial énfasis en la autodefensa de masas, las Milicias Rodriguistas, nuestra fuerza propia (se refiere al FPMR) y el armamento que genere el propio pueblo.

4. De la neutralización de las Fuerzas Armadas o un cambio de actitud en ellas.

Estos factores, profundamente interrelacionados, se agrupaban en una categoría política empleada con reiteración por el PC: "mejorar la correlación de fuerzas a nuestro favor". Todos ellos podían ser estimulados por el trabajo concreto de los comunistas,

algunos más que otros dependían directamente del trabajo partidario inmediato. Esta "correlación de fuerzas" se podía mejorar a partir del convencimiento y el trabajo decidido y constante de todos los militantes comunistas, sobre todo en la calidad en la participación de las masas y el "desarrollo" del "elemento militar".

Nunca antes en un Pleno del PC se había prestado tanta atención al elemento militar. En la propia dirección surgieron voces críticas ante el privilegio que recibían las tareas de carácter militar en desmedro, supuestamente, de la lucha de masas. Sebastián, jefe de la Comisión Militar, asegura que siempre en algunos cuadros se mantuvo esa contradicción aparente.

–Los que se equivocan son los que creen que la cuestión militar es ajena a la masa y a su lucha. Por el contrario, solo las masas, haciendo uso de las más variadas formas de lucha, incluidas las paramilitares, eran las que podían volcar la correlación de fuerzas a su favor, las que podían llevar adelante la Sublevación Nacional.

1 Cuatro radios fueron censuradas y todas las revistas opositoras de opinión política fueron cerradas, excepto la revista *Hoy*, de tendencia democratacristiana que debía pasar previamente por la censura para salir a la circulación.

2 Revista *Hoy* número extra de final de estado de sitio del 10 al 16 de junio de 1985.

3 La acción contra el bus de carabineros en Valparaíso nunca fue reivindicada por ninguna estructura dentro o fuera del PC. Suponemos que se debió al negativo impacto que ésta tuvo en sectores de la oposición.

4 Un completo relato de estos acontecimientos aparece en la revista *Hoy* Nº 420 de agosto de 1985.

5 Como lo hemos señalado, el Pleno de 1985 se realizó en diciembre de 1984. La Cuenta Política donde aparece el "año decisivo" es de diciembre de 1985.

6 El informe cuenta con datos que son consecuencia de la gran crisis económica de los años precedentes. Grandes sectores sumidos en la pobreza, incluyendo a los aún existentes planes de empleo mínimo y

para jefes de hogar, conocidos como PEM y POJ, que empleaban a más de 300 mil trabajadores, un invento de la dictadura que trataba de paliar una crónica cesantía. A fines de ese año cambiaban al ministro de Economía y pocos meses después, en febrero de 1985, renunciaba Onofre Jarpa como ministro del Interior ante el fracaso de su plan de "apertura" boicoteado por el mismo dictador.

Capítulo 5.
Rebelión con Sublevación del PC

Para elaborar el Plan de la Sublevación se creó un grupo de trabajo especial. La Comisión Política responsabilizó al encargado de la Comisión de Organización para encabezar el equipo, integrado además por el jefe del TMM y el del FPMR, un miembro de la Comisión Sindical Nacional, el jefe del Mando Zonal de Santiago y un alto dirigente de las Juventudes Comunistas. La propia elaboración del Plan fue dirigida por Mauricio, uno de los oficiales del PC con mayor experiencia y preparación.[1]

Una vez elaborado, el Equipo de Dirección Interior (EDI) decidió que el oficial Mauricio se incorporara a la Comisión Nacional de Organización. Este especialista debía facilitar la comprensión de los componentes militares de la sublevación en las estructuras de dirección política del PC, además debía mantener una visión única de estos componentes a través de todo el país y de todo el partido. Esta decisión permitiría hacer extensivo el Plan de la Sublevación a todos los regionales del país a través de la Comisión Nacional de Organización.

El plan se elaboró a partir de las decisiones políticas entregadas por la dirección del partido contenidas en el Pleno de 1985. El punto de partida para su elaboración fue el concepto de Sublevación Nacional que hace en ese evento. Según el especialista militar que dirigió la elaboración del Plan de la Sublevación Nacional, en él aparecieron estructuradas y de forma coherente, por vez primera, las definiciones políticas de la Rebelión Popular que dieron vida a una incipiente doctrina militar del PC, la cual, a su vez, determinó un diseño estratégico para ese "enfrentamiento decisivo".

Esta relación de subordinación de la doctrina y estrategia a la "línea política" se ajusta estrictamente a la metodología marxista que integra en un "todo" la política, la economía, la sociedad y sus clases en conflicto, las fuerzas contendientes y su estado político,

técnico y moral, los factores internacionales y la guerra.

La estructura y diseño del plan respondían a formas y métodos de la estrategia militar; sus contenidos y esencia, a la singularidad dada por las definiciones fundamentales que hizo la dirección del PC sobre el conflicto de clases que se vivía en Chile. Dicho de otra manera, el marxismo estaba en la metodología de la elaboración y en los instrumentos del análisis de la sociedad; la esencia, el alma del proyecto, respondía a la particular interpretación que hizo la dirección del PC de la realidad chilena. El marxismo aportó los instrumentos a políticos y especialistas militares, el resultado fue creación propia.

El plan se hizo para una Sublevación Nacional, no para una insurrección ni una guerra popular; su propósito era provocar la caída de la dictadura a partir de la tesis del "desmoronamiento y quiebre de las Fuerzas Armadas", no de la derrota de éstas. Para lograr tales objetivos, el documento incluye una "apreciación de las fuerzas del enemigo" y el "probable curso de sus acciones" en las etapas previas a la Sublevación y en su momento de definición.

Era imprescindible que el Partido Comunista, en todos los niveles, previera las probables acciones de las Fuerzas Armadas en los lugares geográficos donde se pensaba que se desarrollarían los enfrentamientos principales. La misión, la tarea de todos, era llegar a un paro general sostenido e indefinido, a un clima ascendente y generalizado de rebelión, y lograr que las masas organizadas, aprovechando un accionar paramilitar y miliciano, conducido por el Partido y el TMM, coparan los principales centros políticos y administrativos del país mientras la "fuerza propia", golpeaba principalmente a las fuerzas represivas en su desplazamiento e impedía el cumplimiento de sus misiones combativas.

Según el plan, la perspectiva menos cruenta de la Sublevación Nacional y su mayor posibilidad de triunfo dependían de su carácter masivo, popular, rápido, coordinado, de una sólida y amplia unidad y voluntad de lucha colectiva, de una intensa y

favorable lucha diplomática, de una dirección político-militar centralizada, capaz de conducir enfrentamientos paramilitares masivos hasta provocar el "desmoronamiento político moral" de la columna vertebral de las Fuerzas Armadas, neutralizándolas e impidiendo el empleo de su técnica y su poder de fuego. La Sublevación dependía de que "todo el partido trabajara en su preparación".

A comienzos de marzo de 1985 estaba listo el plan, incluido un mapa para su realización a nivel nacional. Muchos de los que participaron en la preparación de la Sublevación en Santiago recuerdan un mapa de todo el país y uno de la capital, con la ubicación de las fuerzas represivas y sus probables misiones, así como ordenados trazos que delimitaban "zonas y áreas de sublevación" que envolvían a los barrios más combativos, desde donde salían símbolos que representaban columnas desplazándose hacia nudos de avenidas principales y centros políticos y administrativos. Era la "idea general de las acciones".

Esta idea, asegura Mauricio, el especialista militar que hizo aquellos trazos multicolores, se sustentaba en una práctica concreta, nacía de dos años de paros y protestas, principalmente de las realizadas en octubre de 1984, que para unos cuántos jefes y dirigentes fue un primer atisbo de cómo podían ocurrir las cosas en una Sublevación Nacional.

Los miembros del equipo se sintieron satisfechos cuando terminó su trabajo al finalizar el verano de 1985. De este proceso de elaboración, Mauricio señala:

–Fue una profunda apreciación y análisis político militar de las FF AA y de las fuerzas políticas de la dictadura. En ello reside el acierto al comprobar que lo apreciado previamente en el 83 y 84, se reprodujo en la práctica en el paro del 2 y 3 de julio de 1986. Fuimos capaces de descubrir y poner en evidencia las debilidades del aparato militar de la dictadura, de sus planes operacionales, como también de aprovechar las ventajas que ofrece el estudio del Sistema General del Teatro de Operaciones Militares, y muy

especialmente, de la aplicación creadora de las singularidades que propone la Estrategia.

Los integrantes del grupo no eran ajenos a los distintos grados de convencimiento y posturas acerca de la Rebelión Popular y su contenido militar que existían al interior del PC. Mauricio recuerda que se tomaban como normales y lógicas por tratarse de un proceso de cambios. "No podía ser de otra manera, los cuadros políticos no podían entender de buenas a primeras un lenguaje extraño y preciso que les recordaba el 'ordeno y mando' empleado en el mundo de los militares".

Pero las diferencias de matices e intenciones se mantendrían por largo tiempo, y las tareas resultaban doblemente complejas, porque en el mismo proceso de preparación de la Sublevación había que ganarse a todo el partido para ella, al menos en su grado de mayor y más crudo enfrentamiento. Siempre existió la "esperanza" de una sublevación incruenta (similar a la Revolución de los Claveles acaecida en Portugal), en la que cientos de miles de chilenos coparan masiva e indefinidamente ciudades principales y cuya presencia arrolladora provocara el quiebre o neutralización de las Fuerzas Armadas con el consiguiente desplome de la dictadura.

El especialista militar de la Comisión de Organización es categórico: "Toda solución lograda con menos costo y violencia era ganancia neta, pero había que prepararse para las variantes más complejas. Aún estaba fresca la lección de la derrota del Gobierno Popular".

Esta "rebelión de las masas" había que prepararla. Por tal razón, en el Pleno de 1985 se precisaron tareas públicas a fin de llegar a los imprescindibles acuerdos con otras fuerzas políticas, y se habló de otras tareas más reservadas, como el incremento de unidades combativas en el Partido y en el Frente, la fabricación de armamento casero y la preparación de los cuadros para tamaño desafío.

Las tareas orgánicas de fortalecimiento del PC en todos los

frentes, principalmente entre los obreros de sectores estratégicos de la economía, se consideraban imprescindibles para, al menos, comenzar la paralización del país. Nadie apostaba a poner fechas de inicio de la Sublevación Nacional, pero se preveía que podía ser en cualquier oportunidad. La etapa de preparación comenzó en el mismo momento en que finalizó el Pleno. Surgieron múltiples tareas particulares para cada una de las direcciones de trabajo del partido, sus comisiones nacionales, cuadros, comités regionales y locales, y todos sus militantes.

El Plan de la Sublevación Nacional estaba concebido para los momentos de su realización, para su puesta en práctica. Su preparación era ese trabajo urgente y permanente que reclamaba la dirección del partido a todas las direcciones de su organización.

El FPMR y su Plan de la Sublevación

A fines del año 1985, Raúl Pellegrin, *Rodrigo,* reunió a los principales jefes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez en una casa en las playas del litoral central, donde durante cinco días discutieron y elaboraron su propio plan.[2] No hubo discusiones sobre esa suerte de "franja móvil" en que andaba la sublevación con relación al papel de la lucha armada. El Frente, como "fuerza militar propia" del PC, cumplía misiones y su discusión principal era cómo realizarlas, buscar las mejores variantes para ello. El Plan del FPMR era correspondiente y dependiente del Plan de la Sublevación del PC.; esto implicaba que la relación de misiones del Frente se desprendía, obedecía al Plan Nacional del PC, la valoración de esta definición confirma que el elemento determinante es de carácter político. La especificidad "técnica" de las misiones del Frente no se puede interpretar o concluir que el Plan de la Sublevación era un plan eminentemente militar.

Todos los participantes de la reunión eran militantes del PC; los demás, de las JJCC, todos ahora miembros del FPMR. Así estaba conformada la Dirección Nacional del Frente. Todos tenían preparación militar: algunos como especialistas con años de instrucción como oficiales del PC y otros con cursos cortos en

Cuba. Hablaron de columnas de combate por cada zona en que se dividía el país, columnas suburbanas para las regiones apartadas y columnas territoriales urbanas en las grandes ciudades. Santiago, Valparaíso y Concepción debían formar, además, destacamentos o comandos para las misiones especiales. El plan del Frente contiene misiones concretas: "Golpes y hostigamientos a cuarteles, puntos de control y patrullas de fuerzas represivas", "sabotajes y cortes a las vías de acceso en las regiones de sublevación" Su misión principal: "apoyo al desarrollo con éxito de la Sublevación de Masas y garantizar su permanencia y continuidad".

Aunque no todos los que estaban allí comprendían la misión del Frente de la misma manera, para la mayoría de los jefes rodriguistas, y principalmente para Pellegrin, estaba claro que las masas sublevadas eran quienes jugaban el papel principal.

A medida que transcurría la reunión, José, un oficial que permaneció poco tiempo como jefe de Santiago, pensaba en los combatientes con que contaba, menos de dos centenas de jóvenes entusiastas y valerosos, con mínima instrucción militar, escaso armamento y repartidos por casi todos los barrios populares de la capital. Al evocar esos azarosos momentos, confiesa sin ambigüedad lo que pensó entonces: "Todo aquello me parecía una locura inalcanzable. Mi esperanza sobre la capacidad de la organización se refugiaba en esa aura de 'fuerzas especiales' que ya rodeaba al Destacamento". Esta enigmática estructura, atendida directamente por el jefe del Frente, tenía a su haber hostigamientos y emboscadas a fuerzas represivas, toma de radios, sabotajes mayores y limpios secuestros.

En un momento de descanso y para no aparecer "tirando pa` la cola" ante sus compañeros, como coloquialmente se les decía en la organización a quienes rehuían el enfrentamiento, el jefe de Santiago le confesó a Pellegrin sus temores ante tamaña empresa. Recuerda la respuesta del jefe del Frente más o menos así:

–En el año 81 y 82, los primeros combatientes eran menos

hombres que los reunidos aquí. Cuando el Frente adoptó su nombre en diciembre de 1983, no había más de cinco o seis grupos operativos en Santiago. ¿Imaginas cuántos somos hoy? (Era noviembre del 85) Si trabajamos convencidos de lo que estamos haciendo, ¿cuántos combatientes preparados podríamos llegar a tener?

José insistió y le hizo una acotación relacionada con la gigantesca desproporción entre el Frente y las Fuerzas Armadas. La respuesta de Rodrigo fue categórica: "La Sublevación no es de nosotros, es de todos, no solo de todos los comunistas; para ganar debe participar la mayoría del pueblo".

Carlos, el jefe del Frente en Valparaíso, también presente en la reunión y con muchos menos combatientes que el de Santiago, asegura que Raúl Pellegrin puso especial énfasis en el marco político de la Sublevación y a él le quedó perfectamente claro que con sus grupos "no haría la revolución ni se tomaría Valparaíso", como también entendió el papel que debía jugar en momentos claves de la Sublevación. Carlos había sido un destacado dirigente de la Juventud Comunista de Concepción, fundador de las estructuras militares del PC en esa ciudad.

Al final de la reunión, el jefe del Frente había logrado trasmitir a sus subordinados una fe inquebrantable en la posibilidad real del éxito de la Sublevación Nacional si una mayoría del pueblo se incorporaba y el PC cumplía con las múltiples tareas de preparación. En los próximos dos años, Raúl Pellegrin sería uno de sus más fieles defensores.

Pellegrin ordenó a su pequeño pero eficiente equipo de documentación, dirigido por una combatiente a quien muy pocos conocieron en ese entonces, que fotografiara el Plan de la Sublevación del FPMR. "La Negra", jefa de documentación, contaba con un joven y minucioso fotógrafo en su equipo que realizaría el trabajo. El documento original desapareció y solo quedaría un rústico microfilm que permitiría conservar el plan hasta hoy. Además de lo expuesto, en él aparece la organización del mando

para la sublevación, de las comunicaciones, la logística y la cooperación entre todos los participantes por etapas de la sublevación. Al final, los anexos muestran las tablas de fuerzas y medios para cumplir las misiones. La cantidad necesaria de "personal" calculado fue de 3.632. Además de las columnas de combatientes, había pelotones y grupos de aseguramientos de diversa índole.

Para Raúl Pellegrin, que conocía en detalle las Fuerzas Armadas, era evidente que con la cantidad, armamento y preparación de los contingentes de éstas, comparadas con las fuerzas aún por construir del FPMR, no se podía estar pensando únicamente en "correlaciones de fuerzas militares favorables". El conflicto era mucho más complejo que un puro enfrentamiento armado. En esos momentos, José confiesa que él, como muchos combatientes y jefes, no sabía hacer este tipo de disquisiciones.

El Frente Patriótico Manuel Rodríguez había irrumpido en el escenario político chileno en 1983 con no más de diez grupos operativos y apenas dos años más tarde, a fines de 1986, la cantidad de integrantes rondaba los dos mil, según las *Memorias* de Corvalán, aunque en una información entregada por Raúl Pellegrin a uno de sus subordinados poco antes de que el FPMR se separara del PC en junio de 1987, aquél aseguró que eran menos de mil combatientes efectivos. Para algunos, aun esta cifra está sobredimensionada. Uno de los informes de la Comisión Militar en 1986 que se guardaron en las oficinas del FPMR y del PC en Cuba, indican con precisión que en ese año de 1986 el FPMR contaba con 940 integrantes. Creemos que se refiere a todos, donde están las fuerzas combativas y todas las personas que eran parte de los aseguramientos. La diferencia en las cantidades puede deberse a lo que el jefe del Frente consideraba "círculos concéntricos" con relación a los militantes, colaboradores y ayudistas de la organización; todos eran imprescindibles, pero siempre había un núcleo central como su columna vertebral. Fuese una cantidad u otra, su calidad, organización y capacidad combativa distaban

mucho de las requeridas por el Plan de la Sublevación.

Como organización creada por el PC, en su origen todos sus miembros eran militantes de ese partido. De forma organizada se establecían "cuotas" o "pases" de militantes que el PC y la Juventud Comunista debían entregar cada cierto período de tiempo, método de crecimiento, que, aunque muy irregular en su cumplimiento, se mantendría hasta el final. A poco andar, se produjo un método de reclutamiento paralelo al que llamaron "por la ventana": el militante del Frente "captaba" al militante familiar, amigo o conocido de su entorno más cercano; así, poco a poco, se fueron incorporando jóvenes "*pirateados*" al PC, como solía calificárseles.

De forma similar comenzaron a reclutar jóvenes de otras organizaciones políticas o sin militancia conocida. Esta práctica poco rigurosa en la selección de los miembros del Frente, ajena a las disposiciones de la Comisión Militar, trajo negativas consecuencias de seguridad en el futuro inmediato. Hasta la separación del Frente Patriótico del PC, todos los miembros de su dirección eran militantes del Partido.

Con independencia de las formas de reclutamiento, se produjo un impresionante crecimiento del FPMR desde diciembre de 1983 hasta diciembre de 1986. El hecho parecía darle la razón al jefe del Frente sobre las posibilidades de incremento en combatientes para la Sublevación, y le permitía combatir los temores e incredulidad de algunos de sus subordinados y otros cuadros del PC. Estos, por primera vez, veían aspectos puntuales de la lucha política traducidos en ordenadas tablas de fuerzas y medios, en las que la "cooperación"[3] no eran "acuerdos políticos", sino estrictas medidas que sus diversas fuerzas debían cumplir en las etapas por las que transcurriría la Sublevación Nacional.

Al finalizar 1985, el diario *El Mercurio,* en sendos editoriales del 6 y 7 de diciembre, acusó el notable crecimiento de las acciones combativas, que promediaban "un atentado terrorista cada dos horas en el último fin de semana", reconoció el nivel superior que habían alcanzado y la ineficacia de las medidas aplicadas hasta

entonces.

Los resúmenes anuales del Frente sobre las acciones de sabotaje de todo tipo hechas en el país daban cuenta de cerca de mil quinientas ese año; el total incluía las de las Milicias, las unidades combativas del PC y las del Frente Patriótico. Las más complejas las realizó este último, principalmente su Destacamento, como la toma de emisoras de radio y agencias informativas y el rescate de Fernando Larenas, un destacado jefe del FPMR, de una clínica donde permanecía detenido y herido. El Frente empezaba a dar serias señales de un nuevo estilo de organización.

El FPMR realizó numerosos secuestros en su corta existencia, todos con un claro fin propagandístico, hasta donde me fue posible averiguar. Sin excepción, las personas fueron liberadas con vida y nunca sufrieron malos tratos; era una exigencia terminante de Pellegrin y de la dirección del PC y estaba en el espíritu de los combatientes del Frente.

Uno de los secuestros más espectaculares fue el de Sebastiano Bertolone, subdirector del diario oficialista *La Nación*, el 18 de diciembre de 1984, quien fue liberado el día 26, después que se cumplió la exigencia de publicar en la prensa por dos días consecutivos fotografías suyas con banderas y logotipos del FPMR. A pesar de que no se satisfizo la demanda de hacer pública una proclama del Frente, éste, en comunicado posterior, reconoció que se habían cumplido los objetivos propagandísticos debido a la resonancia del hecho.

En entrevista de prensa concedida el día de su liberación, Bertolone narró que sus captores lo dejaron en la vía pública y le exigieron que se dirigiera a la parroquia de la población La Victoria, donde lo recibió el conocido sacerdote Pierre Dubois, quien lo llevó hasta la casa del cardenal Juan Francisco Fresno.[4]

En todas las acciones de este tipo, a los secuestrados se les daban indicaciones precisas antes de ponerlos en libertad. Nunca debían presentarse a las autoridades policiales, primero tenían que ser vistos por personas o instituciones de connotación pública y

probada honestidad. La Iglesia Católica o medios de prensa cumplían ese papel, todos, incluso los militares, siguieron al pie de la letra las indicaciones de sus captores.

La voladura de automóviles cargados con explosivos, como la realizada frente al diario *La Nación* el 27 de marzo de 1985 y en áreas contiguas a academias y unidades militares, las podían cumplir grupos operativos territoriales. La voladura de torres de alta tensión fueron las acciones de envergadura más numerosas realizadas por esos grupos, en las que llegaron a especializarse. Tenían la particularidad de mostrar una capacidad a nivel nacional; desde La Serena y Coquimbo pasando por las regiones centrales, se botaban torres en Chillán, Valparaíso, Talca, Linares, hasta Concepción, Talcahuano y Temuco en el sur del país. Como señala el jefe del TMM de Santiago, "la protesta con apagón era una mezcla explosiva para los barrios populares. Sin apagón no había protesta".

El PC prohibió los sabotajes al interior de sedes municipales de la dictadura a raíz de dos atentados fallidos realizados el 14 de mayo de 1985 en sendas municipalidades de la capital. El dramático saldo de estos graves errores fue de tres personas fallecidas y veintiocho heridos, entre ellos un niño de cinco años. Una de las bombas explotó en momentos en que era trasladada por Tatiana Fariña, joven universitaria y combatiente del Frente Patriótico que pereció despedazada. La otra detonó en los instantes en que se producía la evacuación de la municipalidad donde fue instalada.[5] También se prohibió la quema de autobuses, salvo en los días de paro o protesta, y los sabotajes a postes locales del alumbrado público situados en barrios populares. Siempre fue una exigencia de la dirección del PC, y del Frente en particular, no provocar víctimas inocentes en la lucha contra la dictadura. Sebastián asegura que nunca se aceptó el concepto de "efectos indeseados" ni de "consecuencias secundarias" o "colaterales" de la lucha.

Otras acciones de cierta importancia eran los sabotajes a vías férreas y puentes y los hostigamientos a cuarteles y dependencias

de las fuerzas represivas. La mayor cantidad de sabotajes menores, con explosivos de baja potencia, "de ruido", estaban dirigidos a entidades de gobierno, bancos extranjeros y reconocidos soplones de los barrios populares y eran realizados generalmente en altas horas de la noche.

Esa era la capacidad combativa del Frente, tal vez inédita en la historia de Chile, pero a fines de 1985 el Frente Patriótico Manuel Rodríguez estaba lejos de contar con la fuerza, capacidad y organización requeridas por el Plan de la Sublevación Nacional.

Hasta ese momento se vivían tiempos de "sorpresa estratégica", como le llamó Raúl Pellegrin a ese período de los primeros años, en que las fuerzas represivas estaban "sorprendidas" ante la capacidad y forma de operar de esta organización y aún no le asestaban golpes de consideración, como sí ocurriría en los años siguientes.

El año decisivo, 1986

Justo al finalizar 1985, exactamente un año después del Pleno de 1985, la dirección del PC lanzó su "cuenta política", como le llaman los comunistas chilenos a este instrumento periódico y tradicional de orientación a sus militantes. No fue una más de ellas, las recomendaciones finales del documento eran elocuentes: "*Debemos organizar la entrega de la cuenta en forma textual, sin reducirla, sin cortarla y esforzarse por realizar reuniones especiales para entregar la cuenta [...] Los compañeros que entreguen el informe deben recoger por escrito las opiniones de los militantes y entregarlas a los organismos superiores*".

A mi entender, cuatro elementos la hicieron trascender: se decidió "*echar a la dictadura en 1986*"; se afirmó que "*en los aliados hay coincidencia en esto*"; se hizo una evaluación del estado del PC para la Sublevación a partir de las decisiones del Pleno de 1985, y se orientaron múltiples tareas a todas las direcciones del trabajo del Partido.

¿Por qué 1986? Se afirmaba que existía una "*situación revolucionaria*" dada por una "crisis en todo terreno", el "estado de

ánimo de las masas se ha desarrollado a niveles superiores" y existía "un extremo aislamiento y debilitamiento de Pinochet" porque se encontraban "resentidos" los tres pilares donde se sustentaba la dictadura: el imperialismo, la reacción interna y las Fuerzas Armadas.

A continuación se argumentaba esta tesis: los evidentes cambios en la política norteamericana de los Estados Unidos, que presionaban a Pinochet para obligarlo a una solución pactada con los sectores de centro y evitar así el peligro inminente de una solución popular encabezada por el PC; el aislamiento del dictador hasta de los partidos políticos de la derecha tradicional, con excepción de la UDI, partido pinochetista por excelencia, y finalmente, las "diferencias de opiniones" entre Pinochet y los miembros de la Junta de Gobierno respecto al proyecto Acuerdo Nacional de la oposición burguesa encabezada por el Partido Demócrata Cristiano, así como la actitud de algunos generales –cuyos nombres reseña– que estarían por "algún tipo de entendimiento con la oposición burguesa".

La conclusión a que se llegaba a partir de estas "desavenencias" al interior del pilar principal de la dictadura, las Fuerzas Armadas, son de especial interés para comprender la decisión de "echar" al dictador en 1986. Según el PC, existiría "una pérdida de cohesión, lo que es sumamente importante", "las contradicciones dentro de la dictadura en algunos casos aparecen como irreconciliables", "por primera vez dentro del ejército surgen voces discrepantes". El final del acápite "Fuerzas Armadas" es concluyente: "la pérdida de esta cohesión está comenzando". Era diciembre de 1985.

Todos estos elementos llevaron al PC a considerar que había un cambio favorable en la "correlación de fuerzas", principalmente "como resultado directo de la lucha del pueblo". Ante esta apreciación de la situación del estado del país, era hasta de sentido común que se concluyera, como se hizo, que "Entran por lo tanto a jugar plenamente su papel *los factores subjetivos y en primer lugar el Partido*" (El destacado es del original.)

Un año después del Pleno de 1985, se mantenía la misma conclusión. Lo novedoso era que la Sublevación estaba acotada a un tiempo preciso: "Hemos planteado al partido y a los aliados ordenar la discusión para echar a la dictadura en 1986, avanzando resueltamente los primeros meses de este año". No obstante, se reconocía una demora ante tan urgente momento, "estamos con retraso en relación a las tareas planteadas por el Pleno, a pesar de todo el inmenso avance alcanzado".

Las exhortaciones reiteradas a cumplir con tantas tareas procuraban trasmitir la seriedad y gravedad de la decisión tomada. En las evaluaciones por sectores se insistía en los atrasos en la clase obrera organizada, pilar de la Sublevación y garantía de la continuidad del proceso.

El Frente Militar recibió un claro reconocimiento, que incluyó esta vez el papel jugado por el FPMR e hizo una referencia a "nuestro aparato de autodefensa", pero solo los más allegados al tema sabían que se trataba del TMM. No obstante, planteaba múltiples y urgentes tareas de construcción en este terreno, reclamaba por "talleres", "depósitos", "más unidades de combate", etcétera, y exigía prestar "mayor atención al trabajo de Clarín", es decir, al THE.

En ese momento de fines de 1985 y comienzos de 1986, dos grandes operaciones ultrasecretas y de singular importancia que estaban en marcha gravitaban en la Dirección del PC y deben ser responsables de ese entusiasmo y optimismo en esta "cuenta política" que parecía no tener razón justificada.

Ambas operaciones podían influir de forma decisiva en el curso de los acontecimientos. Una, organizada y realizada por la logística estratégica del PC, que creó una poderosa estructura exclusivamente para ella, con una rama nacional y otra internacional, se encontraba en medio de los ajustes finales para internar al país, como nunca antes en su historia, una gran cantidad de armas y pertrechos destinados a la Sublevación. La otra operación en marcha era el plan de ajusticiamiento al

dictador, preparada y realizada exclusivamente por el FPMR. En cumplimiento de la cuenta del PC de diciembre de 1985, 1986 comenzaba para muchos comunistas con un intenso y extenso verano de instrucción política y militar, todos sus cuadros debían prepararse para la Sublevación. El "equipo de instructores" estaba formado por los mejores especialistas militares de los numerosos con que contaba en ese momento el partido.[6] Una casa de considerables proporciones situada en el exclusivo barrio de Las Condes sirvió de improvisada escuela para los miembros del Comité Central, de sus comisiones nacionales y secretarios regionales. Germán, un experimentado especialista militar, fue designado jefe de ella.

Otra escuela se organizó en una casa en las costas del litoral central para cuadros y dirigentes intermedios de regionales y secretarios locales. Las Juventudes Comunistas organizaron la suya, de nivel nacional con otro grupo de instructores. El FPMR tenía como labor permanente la instrucción de sus cuadros y combatientes, y ese verano no fue la excepción.

No pocos dirigentes del partido habían pasado cursos militares en tiempos de exilio en la URSS y otros países del campo socialista, pero eran solo de carácter teórico y acerca de experiencias de otros pueblos y revoluciones distantes. Por vez primera, la inmensa mayoría de los dirigentes nacionales del PC asistían a una escuela en Chile, clandestina, con instructores chilenos y comunistas y un temario que se ajustaba estrictamente a la Política de Rebelión, a su Plan de Sublevación, con evidente atención principal en el contenido militar.

Para algunos dirigentes de las diversas comisiones nacionales, acostumbrados a tratar el tema militar de forma esporádica y teórica, era un curso inédito, diferente a todos los entregados por el partido. Los secretarios regionales con mayor estabilidad en sus cargos tenían casi dos años de lidiar con la construcción militar en el mismo proceso de enfrentamiento; el contacto directo con especialistas militares o jefes de este trabajo en sus regionales les

permitía un acercamiento natural al tema, muchos con inquietudes y experiencias sacadas de la propia lucha en los barrios populares. Algo similar ocurría en la escuela nacional de la Juventud Comunista.

Por vez primera también, muchos dirigentes conocieron del TMM, su estructura y papel, y escucharon al encargado de este en Santiago insistir en que el trabajo militar era de todo el partido y no solo de su estructura. Mauricio, el propio oficial que encabezó la elaboración del Plan de la Sublevación, fue quien les trasmitió sus objetivos y organización, la "idea de las acciones" reflejados en un gran mapa del país y otro de la capital. De igual manera recibieron las metodologías y formas para elaborar esos mismos planes a cada nivel. Algunos se estrenaron con un fusil en las manos y aprendieron los rudimentos del tiro. Otros temas de aseguramiento completaron el breve curso.

Mauricio asegura que fue una exposición del Plan de la Sublevación Nacional completo, en su concepción política y de los componentes militares...

–Quedó la impresión de que se logró una clara comprensión política y militar del concepto de Sublevación, de la viabilidad de ésta. Es relevante la compresión sobre la apreciación de las FF AA y de la posibilidad de materializar la sublevación. Se entendió claramente que el papel principal correspondía a la lucha política de masas.

Según Germán, pasaron más de 100 dirigentes del PC por esa escuela, incluidos los dirigentes públicos. Era el verano del "año decisivo".

Así se iba construyendo sobre la marcha esta política de Rebelión Popular de Masas con su proyecto de Sublevación Nacional. Los alumnos de las dos escuelas del PC y la de su Juventud, con el mismo empeño, bajo una misma voluntad y militancia, reflejaban el grado de desarrollo y contradicciones de un proyecto político de reciente creación. Terminaba el verano de 1986 y con él las escuelas; los alumnos se iban a cumplir una

fenomenal y titánica tarea con fecha fija. El fin de la dictadura debía ser en 1986.

Al pasar los días, muchos de los que salieron de allí sintieron la magnitud de la obra empeñada. Muy escasos vínculos tenían entre sí estos hombres y mujeres en el trabajo cotidiano; no obstante, la impresionante sublevación imaginada los hacía sentirse acompañados. Era como una suerte de trama invisible y sorda que conectaba a una increíble organización, cuya real magnitud en números concretos apenas contados dirigentes podían saber.

Al FPMR se sumaba todo el armazón, también clandestino, de las direcciones "civiles" del PC, que contaban con muchos más combatientes en su TMM e infraestructura que el Frente. Si se añade lo sumado en clandestinidad de otras organizaciones políticas, no es exagerado hablar de miles de chilenos inmersos en una peligrosa labor conspirativa cotidiana, involucrados, en mayor o menor medida, en una vasta y multifacética operación simultánea.

Al revisar la actividad general del Partido Comunista es imposible obviar esa inmensa cantidad de personas y recursos que flotaban en un ambiente de tensa espera por un combate anunciado que ya tenía elegido el "terreno" de los enfrentamientos; las direcciones principales de lucha eran ciudades enteras y los barrios populares.

El enemigo también se preparaba. Desde el dictador hasta el último de sus soldados tenían la misión planteada. En las reuniones evaluativas de la Junta, el gabinete y los altos mandos militares calculaban junto a sus especialistas, con bastante exactitud, las fuerzas, recursos y tiempo necesarios para neutralizar y destruir ese andamiaje de los comunistas constreñido por su propia existencia urbana y clandestina, que jamás podría superar en número ni las capacidades técnicas de las Fuerzas Armadas.

Pero les era mucho más difícil intentar prever ese aspecto más subjetivo, más político que tenía que ver con la cuantía, calidad,

tiempo, violencia y extensión en todo el país de la participación popular en las Jornadas de Protesta Nacional o en un paro nacional. Por allí andaban algunas de las razones que motivaban los temores de quienes tenían mucho que perder ante una salida popular.

1 Para el lector no familiarizado con la estructura del PC de Chile: históricamente la organización y el trabajo se estructuran en "comisiones". La máxima autoridad del PC es la Comisión Política. La segunda en importancia es la Comisión de Organización. Después, una larga lista de "Comisiones" que atienden a diversos sectores que van desde "sindical", "campesina", "pobladores", "mujeres", etc. La estructura de militantes se organiza territorialmente por "Comités Regionales" a su vez divididos en "Comités Locales", atendidos y dirigidos por la Comisión de Organización. En este esquema es que aparece finalmente la Comisión Militar.

2 Algunos de los participantes señalan que esta reunión se realizó en noviembre de 1985.

3 Mauricio señala que "la cooperación", en este caso, debe ser entendida como concepto militar que permite organizar las acciones por misión, regiones, áreas, líneas, puntos y tiempo.

4 Datos principales obtenidos del semanario *Hoy* Nº 389 de la primera semana de enero de 1985.

5 No pude encontrar a nadie relacionado con estos hechos, pero supuestamente todo indica que se debió a desperfectos técnicos en los mecanismos de iniciación de los explosivos. Los datos puntuales son obtenidos de la Revista *Hoy* Nº 409 de fines de mayo de 1985.

6 La dirección del PC, y en particular su Comisión Militar, podía disponer de estos especialistas donde quiera que estuviesen dentro de los tres componentes de su aparato militar. En 1986 aún existía un considerable número de ellos fuera del país.

Capítulo 6.
Públicos y semipúblicos

Para entender la complejidad de la puesta en práctica de la Política Militar del PC, es imprescindible otear qué ocurría con su cara más pública y los puntos de contacto con esa imprescindible unidad que requería este partido con todas las fuerzas opositoras a la dictadura.

La Asamblea de la Civilidad fue la mayor expresión de unidad de la oposición en toda la existencia del régimen dictatorial. Nació en enero de 1986 y agrupó en su seno a numerosas organizaciones sociales del más diverso tipo: colegios profesionales, gremios de comercio y de transporte, organizaciones sindicales, estudiantiles, de mujeres, de la cultura, de derechos humanos y de minorías étnicas.

Esta asamblea, de relevancia nacional, cumplió con la tarea más importante de su fugaz existencia al convocar al paro y protesta del 2 y 3 de julio de 1986. No alcanzó a estructurarse como organización, apenas fue una expresión de unidad momentánea compelida abruptamente al protagonismo ante la situación en que quedaron las fuerzas opositoras al finalizar 1985.

Durante casi todo ese año los partidos del centro político, liderados por la Alianza Democrática –conglomerado de partidos en que el Demócrata Cristiano era el de mayor relevancia–, más la mayor parte de los sectores socialistas "renovados" y hasta segmentos de la derecha, trabajaron con afán en una operación política encabezada públicamente por la Iglesia Católica. En agosto de 1985 lograron consolidar un proyecto unitario conocido como Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia.

La singularidad del Acuerdo Nacional estuvo dada por la renuncia a las demandas básicas que hasta ese momento identificaban a todo el arco opositor, desde cristianos a comunistas, que a partir de 1983 exigían la renuncia del dictador, desconocían la ilegítima Constitución de 1980 y planteaban la

creación de una Asamblea Constituyente como fórmula para democratizar al país. En el documento del Acuerdo Nacional desapareció esa tríada unificadora.

El Acuerdo Nacional era un conjunto de propuestas políticas, económicas y sociales que debían ser tratadas con el régimen, una fórmula negociadora, dialogante. El rasgo medular y "más radical" de sus reivindicaciones constitucionales era la propuesta de realizar elecciones libres y directas para elegir al presidente y el Congreso nacional. Este fue el principal obstáculo del Acuerdo, el dictador no iba a permitir, negociación de por medio, que se cambiara su plan sucesorio establecido en la Constitución de 1980.

En esencia, con esta "bajada de la tríada unificadora" del Partido Democratacristiano, se alejaba mucho más de las políticas confrontacionales del PC y entraba en total antagonismo con su Plan de Sublevación Nacional.

Apenas faltaban tres años para el plebiscito de 1988, en el que la ciudadanía iría a aceptar o rechazar a un solo candidato a la presidencia, propuesto por los órganos de la propia dictadura. Esta singular fórmula para elegir al presidente, único en la historia chilena, pronto tendría el nombre de Augusto Pinochet como solitario candidato. En los últimos meses de 1985, por distintos medios, éste hizo saber su rechazo tajante al proyecto político Acuerdo Nacional.

Una de las consecuencias del Acuerdo fue la fractura de esa oposición de centro e izquierda que se había unido en el rechazo al dictador y su Constitución. El PC, líder del conglomerado conocido como Movimiento Democrático Popular, rechazaba el proyecto, aunque jamás fue invitado a participar. La marginación de los comunistas era una condición indispensable para poder negociar con las Fuerzas Armadas o, si fuera necesario, con el dictador.

Desde los primeros días posteriores a la firma del Acuerdo Nacional,[1] los líderes del proyecto y sus principales operadores, llamados "coordinadores", realizaron ingentes esfuerzos para

hacer llegar su propuesta al gobierno. Era condición imprescindible de la fórmula tener un interlocutor válido: Pinochet con las Fuerzas Armadas o, como algunos pretendían, las Fuerzas Armadas sin Pinochet.

A comienzos del año 1986, los participantes del Acuerdo Nacional intentaron darle vitalidad pública a éste a través de una campaña de firmas y de su promoción en las organizaciones sociales ante la inmovilidad en que había quedado la posibilidad del diálogo por la tajante negativa de Pinochet.[2] Había que retomar el camino de la movilización aunque esta fuese potencialmente riesgosa para el Partido Demócrata Cristiano, incapaz de controlarla y conducirla en la mayoría de los barrios populares.

En las protestas precedentes había quedado clara la imposibilidad de "moderarlas" limitándolas a manifestaciones "cívicas", ajenas a la violencia. Los comunistas, sin lugar a dudas, tenían el peso fundamental en los enfrentamientos poblacionales y además, por mucho que el PC lo negara públicamente, era un secreto a voces su autoridad sobre el FPMR.[3]

El primer acto para la reactivación de la participación social, popular, como instrumento de las políticas del Acuerdo Nacional fue una movilización autorizada que se efectuó en el Parque O'Higgins en noviembre de ese 1985, a la que asistió toda la oposición sin distinción alguna, incluido el PC, que dio estrictas indicaciones a su Comisión Militar de abstenerse de realizar acciones violentas de cualquier índole. El acto resultó memorable por su carácter unitario y masividad. Como ha sido siempre en este tipo de eventos, el número de asistentes calculado por el régimen fue diez veces menor que el estimado por los organizadores. Las agencias extranjeras y los organizadores calcularon entre cuatrocientos mil y medio millón de participantes. El gobierno en sus medios señaló cifras de entre cincuenta y cien mil.[4]

El segundo elemento en aras de la movilización se explica por

una carta respuesta de la Democracia Cristiana al PC. Por enésima vez rechazaba todo acuerdo con los comunistas a causa de la política de violencia de estos, pero añadía que lo que hicieran las organizaciones sociales no era de la "incumbencia" de los democratacristianos;[5] es decir, la DC dejaba en libertad de acción a sus dirigentes sociales para participar en la Asamblea de la Civilidad donde también participarían dirigentes del PC. La DC necesitaba la "participación popular masiva", pero no podía aparecer ligada a los comunistas en tales propósitos. La Asamblea de la Civilidad daba la cara pública para las convocatorias y las exigencias al dictador.

Para resolver la conducción política de esta Asamblea de la Civilidad, crearon un órgano de encuentro llamado **Comité Político Privado,** en el que clandestinamente se reunían los conglomerados de oposición: la Alianza Democrática y el Movimiento Democrático Popular. Allí se veían conocidos y públicos dirigentes democratacristianos con semipúblicos dirigentes comunistas. Corvalán asegura en sus *Memorias* que la DC aceptaba el Comité pero como un órgano estrictamente secreto. El PC admitía el secreto, aunque deseaba infructuosamente que todo fuera público y muy publicitado, en aras de su eterna política de unidad hacia los democratacristianos.

En el Comité Político Privado se discutieron variadas fórmulas de consenso que no llegaron a ningún acuerdo. Pero era en él donde estaba el "núcleo de todas las decisiones".[6] En estas condiciones nació la Asamblea de la Civilidad. Se dio a conocer a través de un documento convocante y unitario que tuvo gran resonancia en los medios de difusión, en el cual se exigió "un nuevo gobierno con amplio respaldo popular y con incuestionable legitimidad democrática". Era todo un programa de "desobediencia patriótica" que culminaba con un llamado a la paralización de actividades para el 2 y 3 de julio de 1986.

Los estudiantes universitarios terminaron el año 1985 en un momento alto de sus luchas reivindicativas, una de cuyas

banderas primordiales era la "democratización" de los centros de altos estudios, intervenidos por rectores delegados de la dictadura. La participación de las principales sedes universitarias a lo largo del país en las protestas de septiembre y noviembre del 1985 se caracterizaron por la violencia de los asaltos de tropas del ejército a varios de esos centros.

A principios de noviembre, el triunfo de la oposición al régimen en las elecciones de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile fue arrollador y se manifestó claramente en la extensión y participación de los estudiantes en esas jornadas de lucha contra la dictadura. El año finalizó con cientos de ellos expulsados, decenas de académicos exonerados, dirigentes presos y puestos en libertad por la presión estudiantil.

En abril de 1986 se reanudó la movilización de los estudiantes con un paro que convocó el Consejo de Federación de Estudiantes para el 15 y 16 de ese mes y paralizó el 80% de los ciento veinte mil alumnos de todo Chile. Los enfrentamientos de los estudiantes organizados contra las fuerzas represivas marcó la tónica de lo que se esperaba para ese año. La respuesta fue con tropas del régimen preparadas y avitualladas para el combate con el empleo de tanquetas y camiones, los comandos Boinas Negras entraron en son de guerra a la universidad con sus rostros pintados de negro.[7] La jornada terminó con más de quinientos estudiantes detenidos y casi todos sus dirigentes presos. La participación junto a los trabajadores en el Primero de Mayo de 1986 sería el siguiente paso.

A los trabajadores organizados les fue imposible realizar el acto convocado para ese día de mayo en los alrededores de la Plaza Los Héroes. Fuerzas militares tomaron toda el área con el lógico resultado de una "batalla campal", cientos de detenidos y golpeados, los dirigentes del Comando Nacional de Trabajadores presos y varios locales sindicales allanados. La masividad de los participantes desbordó la capacidad policial y otra vez debieron entrar en acción soldados con las caras pintadas.

Hechos similares ocurrieron simultáneamente en otras ciudades del país. Los heridos fueron numerosos y la jornada terminó en la noche con protestas en algunos barrios populares de la capital. Un grupo operativo del FPMR cumplió con el consabido apagón. El pequeño destacamento debió caminar decenas de kilómetros de ida y muchos más de regreso para evitar un encuentro con patrullas militares en los campos de Melipilla.

Así comenzaba "el año decisivo".

1 Ascanio Cavallo hace un pormenorizado relato de los rumbos del Acuerdo en los capítulos 43 y 45 de su obra citada.

2 En Cavallo, Ascanio. Capítulo 54.

3 Al interior del PC en ese tiempo se conoció que en cierta oportunidad en que un dirigente comunista le señaló a un congénere democratacristiano que el PC tenía su Fuerza Militar Propia, este dirigente con absoluto apego a lo que pensaba y sentía le respondió: "Nuestra Fuerza Militar Propia son las Fuerzas Armadas".

4 Revista *Hoy*, Nº 436 del 1 de diciembre de 1985.

5 Herreros, Francisco, pág. 446.

6 Herreros, Francisco, pág. 466.

7 Revista *Hoy* 456 y 457 entrega amplios detalles de las violentas actuaciones de los militares en los diversos campus universitarios.

Capítulo 7.
¿A qué se enfrentaban los comunistas con su Rebelión Popular?

No escudriñar a los enemigos acérrimos de los comunistas y de sus planes de sublevación es negar o aceptar a priori el papel que tienen esas fuerzas en la derrota del proyecto de Rebelión del PC.

Al arribar 1986, Pinochet enfrentaba diversos conflictos que arrastraba de los años precedentes. Tal vez el asunto del Acuerdo Nacional no era el más importante, pero sí el más inmediato por la presión multilateral que originaba hasta en el mismo centro del poder, principalmente en la Junta de Jefes de las distintas ramas de las Fuerzas Armadas, devenida en Poder Legislativo, y en los diversos comités de asesores civiles. Los cuatro miembros del Legislativo, con distintos acentos, habían manifestado su anuencia al puente de plata tendido desde la oposición.

El general Matthei, comandante en jefe de la Fuerza Aérea, a través de uno de los operadores políticos del Acuerdo, hizo saber su aceptación a la necesidad de hacer algunas reformas a la Constitución de 1980 y modificar el mecanismo de sucesión establecido por ésta; ponía reparos a unas elecciones con candidato único respaldado por las Fuerzas Armadas.

Más parco y cauto fue el representante del Ejército, general César Benavides, quien apenas señaló tener "buena disposición" para con el Acuerdo. El almirante Merino, representante de los marinos y presidente del "Poder Legislativo", aprobó la idea de estudiar posibles reformas constitucionales, en las que se podía incluir el polémico mecanismo sucesorio.[1]

La Constitución de 1980 establecía que el Poder Legislativo presentaba al país un solo candidato, que podía ser aprobado o rechazado por los electores en un plebiscito fijado para 1988. Si el "ungido" era aprobado, automáticamente pasaría a gobernar el país por un período de ocho años. Si era rechazado, un año más tarde, en 1989 se realizarían elecciones abiertas y competitivas con diversos candidatos. Este mecanismo era como un "traje a la

medida" para Pinochet, según solían señalar los más acérrimos opositores al régimen. A esas alturas, después de trece años de gobierno dictatorial, no era ninguna especulación fantasiosa deducir que el candidato único para el plebiscito de 1988 sería el general Augusto Pinochet.

Para el general Pinochet, la etapa del "diálogo" con los partidos políticos de centroderecha realizada en 1983 –como se verá más adelante– había sido una maniobra necesaria producto de la peor crisis económica y política que vivía el país desde 1981. Fue en 1984 cuando hizo creer a muchos en un proceso de "apertura política" conducido por el ministro del Interior Sergio Onofre Jarpa, conocido y tradicional político de derecha.

Para 1985, la situación venía cambiando sustancialmente a los ojos de Pinochet. En febrero de ese año había realizado una reestructuración del gabinete, con Hernan Büchi en la cartera de economía y Ricardo García como ministro del Interior, y puso fin a la breve "apertura".

Los Chicago Boys, con este nuevo ministro de Economía, retoman el control de las finanzas intentando reflotar una economía aún en crisis. Büchi logró la renegociación de la deuda externa chilena, considerada todo un éxito de acuerdo con los cánones económicos y políticos del modelo neoliberal.

En febrero de 1985 renuncia Jarpa y sustituido por Ricardo García, un desconocido abogado que cumpliría instrucciones precisas del dictador: cumplimiento, sin ninguna posibilidad de cambios, del itinerario trazado por la Constitución de 1980. En esencia, su tarea era realizar el plebiscito en 1988 y promulgar un conjunto de leyes complementarias necesarias para poder implementar el mecanismo de sucesión diseñado. Durante todo el año 85, tanto el nuevo ministro del Interior como el secretario general de la Presidencia reiterarían esa férrea voluntad del gobierno.

El Acuerdo Nacional se firmó el 24 de agosto de 1985 y el 3 de septiembre, a través de la Dirección de Comunicaciones, el

gobierno manifestó un contundente rechazo al proyecto. Pinochet, en su discurso del 11 de septiembre de ese año, invalidó el acuerdo profundizando en las diferencias de los participantes y reiteró la divisa central de sus diecisiete años de gobierno: "no podemos aceptar que tras el pretendido objetivo democrático se exprese y avance el comunismo totalitario". Como siempre, acudía al anticomunismo como bandera del terror aunque sabía con exactitud que los comunistas estaban marginados del Acuerdo. El asunto de fondo tenía que ver con las propuestas de éste, que afectaban directamente el propósito de prolongar su mandato.

En los meses finales del año 1985, Pinochet apostó al desgaste del proyecto y prohibió todo contacto de sus ministros con los del Acuerdo. A escasos días del nuevo año, recibió al cardenal Juan Francisco Fresno, de intachable moderación y prestigio nacional, quien aparece hasta hoy como el principal gestor y creador del Acuerdo Nacional. Después de tratar las cuestiones referidas a la probable visita del Papa, antes de que Fresno terminara con la introducción del asunto Acuerdo Nacional, en una de sus frases célebres Pinochet le dijo: "Demos vuelta la hoja".

El general Benavides fue llamado a retiro sorpresivamente. En una tensa reunión con el Legislativo, sus ministros y asesores, el dictador hizo que el nuevo representante del Ejército en el "Parlamento" leyera los hechos ocurridos con los militares argentinos procesados y encarcelados por la justicia del gobierno civil de Raúl Alfonsín.[2] El mensaje era amenazador y claro. Para Pinochet, ese era el costo de cualquier solución tratada con los "señores políticos", como usualmente los llamaba en claro tono despectivo. Por allí no habría diálogo por el momento.

El 3 de agosto de 1985 renunció el general César Mendoza,[3] jefe de la policía uniformada y cuarto miembro del "Poder Legislativo". Por esa misma fecha fueron llamados a retiro un grupo de altos oficiales y miembros de ese cuerpo. Casi cinco meses habían transcurrido desde los últimos días de marzo, cuando uno de los aparatos de Inteligencia de Carabineros de Chile, la DICOMCAR,

Dirección de Comunicaciones de Carabineros, secuestró, torturó, degolló y arrojó en un camino rural del área norte de la capital a tres dirigentes públicos del Partido Comunista.

Pocas horas después, campesinos del lugar encontraron los cadáveres y voces anónimas avisaron a los policías del sector sobre el hallazgo. No hubo voluntad de desaparecerlos, de lo contrario no habrían sido hallados; los aparatos represivos tenían vasta experiencia en ese tipo de prácticas. Debían ser vistos. Era todo un mensaje.[4]

Al parecer la "etapa de la dictadura terrorista", concebida por el sociólogo Tomás Moulian en su conocida obra *Anatomía de un Mito*, no había concluido en 1980. En 1986 sus agentes continuaban con su *disposición de corazón y mente* para *provocar dolor-hacer doler, como condición del bien.*

El trasfondo de este lúgubre suceso estaba en la competencia de intereses y espacios de poder entre las instituciones armadas y sus órganos de seguridad. El juez a cargo del sumario difícilmente hubiese llegado a esclarecer los hechos a no ser por los antecedentes puestos en sus manos por la CNI, que aunque órgano de seguridad suprainstitucional, respondía a los intereses del Ejército.[5]

En torno a este conflicto fue que nacieron las Unidades de Fuerzas Antiterroristas (UFA), los carapintadas del Ejército, jóvenes oficiales, suboficiales, sargentos y soldados, todos necesariamente solteros y pertrechados de los recursos técnicos necesarios. Su explícito objetivo era luchar por el control de las ciudades en las crecientes protestas populares, el "enemigo interno" que la Doctrina de Seguridad Nacional señalaba que era necesario neutralizar.

Por el momento, el dictador seguía "atrincherado". Con tales fuerzas, recursos y disposiciones no tenía por qué sentarse a dialogar. Al comenzar 1986, tal vez los problemas más preocupantes para la dictadura eran la violencia y extensión alcanzada por las protestas populares, y el creciente papel del

estudiantado universitario en estas lides.

El régimen se preparó. Con todas sus fuerzas en completa disposición combativa, decidió que antes del primero de mayo 1986 saldría a buscar a su "enemigo" en el mismo terreno de los "combates", los barrios populares, y cumplir la "misión" en momentos que la población no lo esperaba. Tenía todas las posibilidades para "neutralizarlo" antes de los "enfrentamientos", se trataba de provocar un efecto "disuasivo" con solo mostrar su omnipotencia.

En los meses iniciales de 1986, la dictadura planificó la operación de guerra urbana contrainsurgente más importante de toda la década de los ochenta en cuanto a recursos, medios, personal y extensión territorial. Desde los primeros días de mayo, veintitrés poblaciones de las más combativas de la capital y de todo el país fueron allanadas por fuerzas conjuntas del ejército, policías uniformados y de civil y agentes de la CNI. En algunas poblaciones del sector sur de Santiago, participaron militares de la Fuerza Aérea. En Valparaíso y Concepción, el papel principal lo llevaron los marinos.

El procedimiento fue más o menos similar en todo el país. El "territorio seleccionado" era cercado en horas de la madrugada por uniformados situados uno al lado del otro, separados por escasos metros. Desde ese minuto nadie podía abandonar el lugar sitiado. Los oficiales a cargo daban las órdenes y repartían a sus soldados por secciones en pasajes y calles; unos soldados o policías avisaban del allanamiento a los moradores y otros entraban casa por casa y revisaban habitación por habitación sin descuidar rincón alguno. Un Puesto de Mando en el terreno coordinaba con el Estado Mayor las incidencias de la operación y le comunicaba oportunamente si las instituciones civiles habían cumplido con los cortes de teléfonos y electricidad planificados con anticipación.

Una vez tomado el "control del territorio", los hombres de dieciséis años hasta sesenta eran conminados a reunirse en la cancha de fútbol más cercana. Cercados y apiñados en

desordenado amasijo, esperaban horas para ser interrogados brevemente por oficiales o sargentos que hacían preguntas rutinarias de identidad y ubicación laboral. Mientras esto ocurría, decenas de agentes de la CNI o policías de civil luciendo en sus antebrazos brazaletes de color, repasaban la multitud o escuchaban atentos las respuestas y "estado de ánimo" de los pobladores al llegar a la mesa de identificación. Terminado el trámite, al "procesado" le estampaban un "cuño" en la mano, señal de que había finalizado el procedimiento, y lo autorizaban a regresar a su hogar.[6]

En cada operación, encontraron decenas de indocumentados, delincuentes y gente requerida por la justicia ordinaria; en todo el operativo, que se extendería casi todo el mes, y a todo el país. El 9 de mayo encontrarían un solo depósito de armas, que ciertamente era un "barretín" de estructuras territoriales del FPMR del sector de Maipú, en la capital.

Algunos dirigentes locales y jefes del TMM de ese nivel, milicianos, jefes de pequeñas unidades de combate del PC y del Frente y de otras organizaciones políticas fueron "censados" entre los cientos de miles de pobladores controlados en todo el país; los agentes no tenían forma de saber cargos o grado de compromiso de cada uno de los censados. El objetivo podía ser "encontrar terroristas", pero todos calculaban que la esencia era amedrentar a esos sectores populares. El régimen sabía perfectamente que por espectaculares que fueran las acciones de propaganda armada, éstas no ponían en peligro su estabilidad. Otra cosa eran esas mismas acciones sumadas a poblaciones enteras organizadas y conducidas en un proceso de lucha ascendente como se perfilaba con nitidez para ese año 1986.[7]

El Gobierno de los EE.UU. fue el otro implacable enemigo de los comunistas y su proyectada Rebelión; tempranamente descubre la relación entre la permanencia obcecada del dictador en el gobierno y las posibilidades de éxito de los planes de sublevación del PC. De allí sus urgentes reclamos de un "pronto regreso a la

democracia".

Connotados políticos elogiaron la forma hábil en que los Estados Unidos habían contribuido a este proceso de transición, citándola como un buen ejemplo de como una diestra y atinada intervención extranjera puede contribuir positivamente a apoyar los procesos de democratización en los países que luchan por salir del autoritarismo.[8] Langhorne Motley, secretario de Estado adjunto para Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado de los Estados Unidos y conocido por sus simpatías hacia el gobierno de Pinochet, llegó a Santiago a mediados de febrero de 1985. El enviado gubernamental se reunió con alrededor de cuarenta personalidades de la vida política nacional, incluido el cardenal Juan Francisco Fresno.

En marzo, bajo la tutela del cardenal comenzaron las reuniones bilaterales entre políticos y operadores que darían origen al Acuerdo Nacional. En noviembre llegó a Santiago Harry Barnes, el nuevo embajador norteamericano, sacado temporalmente, como se vería después, de la representación en la India.

En poco tiempo, Barnes daría muestra de un evidente matiz y reorientación de la política del gobierno de los Estados Unidos para Chile, particularmente hacia el dictador. Después de los sucesos que provocaron la muerte por quemaduras de Rodrigo Rojas a manos de una patrulla militar en julio de 1986, las declaraciones condenatorias del embajador al respecto y su asistencia a los funerales del joven asesinado, se abrió una profunda brecha entre la embajada norteamericana y el gobierno militar. Barnes, sin la moderación diplomática que podía esperarse de un experimentado funcionario de carrera, mostraba una inusual "ofensiva" contra el dictador, en franco apoyo a los políticos de la centroderecha agrupados en torno al Acuerdo Nacional.

El 5 de diciembre de 1985, Eliott Abrams había expuesto ante un subcomité de Finanzas de la Cámara de Representantes la política de los Estados Unidos hacia Chile, que en esencia consistía en un

explícito apoyo al conglomerado y a las políticas del Acuerdo Nacional. En sus palabras, los Estados Unidos "patrocinan una pronta transición a la plena democracia pero con moderación porque la violencia impide un proceso ordenado de aquella".

Al finalizar la primera quincena de marzo de 1985, los Estados Unidos patrocinaron por primera vez, en la ONU, un proyecto de resolución que condenaba al gobierno militar por "serias violaciones a los derechos humanos". En declaraciones de su representante ante ese organismo internacional, el mensaje era claro: "la diplomacia silenciosa del presidente Ronald Reagan fracasó con el gobierno chileno..., ahora hacemos públicas nuestras gestiones".

A fines de ese mismo mes, el propio Reagan envió una carta al dictador y le exigió "una rápida solución a los conflictos que vive el país". Esta "definición" del presidente norteamericano unificó la política hacia Chile de los distintos departamentos del gobierno de los Estados Unidos. Hasta entonces, Pinochet se favorecía de ciertas simpatías que mostraba el Departamento de Defensa hacia el gobierno militar.[9]

Toda la prensa chilena reflejó el 14 de julio del precipitado año 1986 la imprevista visita a Santiago de Robert Gerbart, subsecretario adjunto para Asuntos Interamericanos, quien repitió el programa del destituido Motley seis meses atrás. En apenas cinco días se reunió afanosamente con las mismas personalidades del centro y la derecha, sin olvidar al cardenal Fresno, que aún era considerado la figura pública del Acuerdo Nacional.

Para esa fecha, todavía permanecían en el ambiente político las evaluaciones y consecuencias del paro del 2 y 3 de julio y, sobre todo, estaban frescas en la totalidad del espectro político del país las declaraciones realizadas por Pinochet el día 10 de ese mes ante el "*voluntariado femenino*" en Concepción. Entre otras cuestiones, el dictador señaló: "Esto va a continuar más allá de 1989 [...] Nosotros no vamos a entregar el gobierno por puro gusto". Fue un

golpe desmoralizador y destructor para los espíritus "dialogantes" y eran obvias las implicaciones futuras de tales declaraciones.

Robert Gerbart llegó en el mismo epicentro del conflicto, precedido por gruesas declaraciones del Departamento de Estado acerca de su preocupación por el grado de violencia durante el paro reciente y principalmente por el caso de los jóvenes quemados, acerca del cual contaba con datos suficientes porque, según se conoció poco tiempo después, la embajada norteamericana en Chile captó todas las conversaciones radiales de la patrulla militar involucrada en el horrendo crimen.

El enviado de la cancillería estadounidense también mostró su preocupación por los tiempos políticos. Siempre habló de una solución "rápida" y "pronto", como si la prolongación del conflicto fuera en detrimento de sus intereses. El Departamento de Estado estaba consciente de que el modelo político y económico chileno posterior a la dictadura estaría determinado, en gran medida, por el carácter que adoptara la solución a la existencia del régimen militar y, principalmente, por las fuerzas dirigentes de esta solución.

El personero regresó el día 18 a su país. Momentos antes de su partida, en conferencia de prensa precisó: "Estados Unidos apoya una transición pacífica a la plena democracia en Chile a través de los medios más rápidos y efectivos [...] una transición a la democracia solo puede ocurrir mediante la creación de un ámbito de más libertades, lo que permite la toma de decisiones democráticas". Era, sin lugar a dudas, un mensaje al gobierno que no pudo entregar personalmente. Pinochet, conociendo sus propósitos, no lo recibió.

Para los democratacristianos y socialistas renovados, que aún mantenían precarios contactos con los comunistas en la Asamblea de la Civilidad, fue más preciso: "*Aquellos que otorgan legitimidad a los comunistas y otros extremistas, no están contribuyendo a un Chile estable y democrático*". Y, finalmente, una advertencia para todos: "*En los meses venideros el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos*

observarán los acontecimientos en Chile con gran interés".[10]

Todo esto ocurría antes del descubrimiento de las armas internadas por la Caleta Corrales en Carrizal Bajo y previo al intento de ajusticiamiento al dictador.

1 Cavallo, Ascanio, pág. 412.

2 Cavallo, Ascanio. Capítulo 46.

3 El general Mendoza estuvo marcado por el noveno mes del año. Nació el 11 de septiembre de 1918, fue formalmente ascendido al cargo máximo de la institución y nombrado miembro de la Junta de Gobierno el 12 de septiembre de 1973 y falleció de cáncer, sin responder a la justicia por sus muchos crímenes, el 13 de septiembre de 1996.

4 En Revista *Hoy* Nº 420 del 15 al 11 de agosto de 1985 aparece un amplio reportaje del caso con los pormenores de la investigación y proceso judicial dirigido por el ministro José Cánovas Robles.

5 Revista *Hoy* Nº 420, en la parte VII del amplio artículo sobre el caso.

6 La UDI, el partido pinochetista por excelencia, justificó y llamó a continuar los allanamientos en declaraciones al diario *Las Últimas Noticias* del 15 de Mayo de 1986. Pinochet, en un contacto con la prensa el 22 de Mayo, dijo que "no se llega a todas las casas, porque ya tenemos fichadas las viviendas que son donde se puede guardar armamento y se actúa sobre esas casas. No se actúa sobre todas y la gente queda feliz porque se les da un sándwich y una bebida gaseosa a toda la población" El dictador sabía perfectamente que los hechos no eran así.

7 Los chilenos poco se enteraron de este procedimiento nunca antes visto ni tan siquiera en otras dictaduras de la región. La TV jamás mostraría imágenes de los hechos y la prensa en su mayoría adicta al régimen los silenciaba. La prensa extranjera no podía acercarse al lugar de los allanamientos. Para investigar estos hechos, además de las insustituibles entrevistas a participantes, quedan los semanarios opositores donde invariablemente destaca la revista democratacristiana *Hoy* por ser la menos censurada o cerrada y la que en todas sus crónicas políticas cita a invalorables "fuentes de gobierno".

8 "El difícil camino a la democracia en Chile", pág. 24. Serie de artículos de destacados académicos y politólogos reunidos por FLACSO. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1993.

9 El contenido de la carta es secreto, pero como ocurre a casi todo lo largo de este período, los "informantes" que tiene el semanario político *Hoy* revelan parte de su contenido. Revista *Hoy* Nº 454.

10 Herreros, Francisco, pág. 475.

Capítulo 8.
Julio, agosto y septiembre de 1986.
El trimestre decisivo de la Rebelión

Saber cómo estaba la capacidad de conducción del PC en el pueblo organizado, a mitad del *"año decisivo"*, *"las masas"*, su fuerza principal de donde dependía el éxito de la proyectada Sublevación, apunta a encontrar alguna de las causas de su derrota.

Los mandos zonales de Valparaíso, Concepción y Santiago, las direcciones regionales del resto del país, las distintas comisiones "civiles" del PC y la dirección del FPMR se reunieron casi simultáneamente en los días y semanas posteriores al paro del 2 y 3 de julio para realizar una detallada evaluación. Todos entregaron informes escritos; el FPMR, por su conocida especificidad, obligaba a que Rodrigo informara verbalmente de la situación al jefe de la Comisión Militar en persona.

La evaluación del Mando Zonal Santiago,[1] entusiasta y optimista, es un resumen de los informes de cada uno de los doce regionales en que el PC dividía la Región Metropolitana. A pesar de tratarse de un sintético informe dirigido a la dirección del partido, sin querer se escapaban entre líneas esos apremiantes momentos que vivían todos los involucrados en una lucha medida en éxitos, avances y retrocesos día por día, cargada de voluntad, incomprensiones y enormes esfuerzos, en la que obligadamente se vencían temores cotidianos.

El trabajo sindical en el sector industrial reflejaba una combinación y tránsito desde el tradicional y decimonónico trabajo de los comunistas con la clase obrera hacia un estilo nuevo aparecido al calor de la propia lucha. Primaba aún ese trabajo infatigable del convencimiento, de las *"asambleas sindicales combativas"*, del éxito en la unidad por la base con dirigentes de otros partidos –con énfasis en los sindicatos del Partido Demócrata Cristiano que se sumaban– y el papel de los dirigentes sindicales nacionales y los secretarios regionales intentando convencer hasta al más simple de los obreros.

Pero también mostraba un nuevo enfoque territorial con Coordinadoras Sindicales Zonales, Asambleas de la Civilidad Comunales, y la nueva organización integral territorial de "tres patas", donde se unían localmente trabajadores, estudiantes y pobladores bajo el paraguas unificador del territorio. Un par de ejemplos incipientes en el Cordón Cerrillos anunciaban esta variante, que en última instancia apuntaba a crear estos contingentes en la perspectiva del paro permanente con "*misiones específicas*" de estas agrupaciones en el proyectado Plan de la Sublevación Nacional. En realidad, y de acuerdo con el contenido de la evaluación, esto recién comenzaba.

No muchos fueron los casos de paralización por el empleo de la violencia; sus principales formas de ejecución fueron solo algunas bombas de ruido y amenazas de ellas por teléfono. Había un expreso reclamo de la carencia de recursos y medios para realizar este tipo de acciones.

La paralización de la locomoción colectiva, clave en estos acontecimientos, fue casi total. La utilización de los "mercurios", como les llamaban a los "miguelitos", no fue la causa fundamental, aunque se fabricaron en cantidades considerables. Se reconocía expresamente que "la paralización general mayoritaria en mucho se debió a la paralización de la locomoción colectiva". No era un elemento nuevo, en protestas pasadas había ocurrido más o menos igual.

El comercio, la salud, los profesionales, la administración central, vivían momentos similares de cambios en sus formas de paralizar, con éxitos relativos en los que convivían la tradición sindical y las nuevas formas de organización y métodos novedosos de enfrentamiento y combatividad. El problema principal ya no era la cantidad de los parados; después del mediodía del 2 y 3 de julio todo el comercio cerró, de manera voluntaria o no, pero cerró; la paralización en universidades, educación en general y en sectores profesionales fue casi total.

En esta ocasión se trataba de un cambio en la calidad de la

organización, en la calidad del enfrentamiento. No se luchaba por una justa reivindicación salarial o por demandas laborales, se estaba perfilando la Sublevación Nacional. La paralización pasiva y rutinaria podía ser tolerada por el régimen y no provocaría la caída del dictador.

En toda la evaluación se menciona como un hecho destacable y positivo la participación conjunta con dirigentes y militantes del MIR, socialistas y democratacristianos vinculados a cada uno de los sectores donde se organizó el paro y protesta. En el sector industrial y minero, tradicional del trabajo del PC, aparece la mayor resistencia a incorporar "todas las formas de lucha, incluso la violencia aguda", como señalaba el discurso de la Rebelión Popular. Es aquí donde se hace tangible la contradicción aparente entre la lucha de masas en general y las formas armadas de combate. En las industrias no se llegaron a constituir pequeñas unidades combativas de autodefensa del PC ni de su Juventud, mucho menos del Frente.

En los paros y protestas en las poblaciones populares se encontraba la dirección principal de la lucha antidictatorial. Allí estaban los "trabajadores, los obreros con y sin trabajo", como acostumbraba señalar Rodrigo, el jefe del FPMR. Era en ese escenario donde habían alcanzado mayor relevancia los combates populares y donde se sustentaban las fuerzas principales en la perspectiva de la Sublevación Nacional. Las manifestaciones de organización y lucha eran múltiples. Iban desde ollas comunes, actos culturales, petitorios masivos a las municipalidades, marchas, mítines, organización de puestos médicos y guardias nocturnas hasta la construcción de zanjas, defensa de barricadas y ejecución de emboscadas a las fuerzas represivas, el punto más alto de la autodefensa de masas.

En muchos lugares, las actividades comenzaron el primero de julio y no terminaron hasta pasado el día 4. El balance era notoriamente positivo, pero las insuficiencias, tareas incumplidas y los problemas por solucionar eran complejos y numerosos. El

Mando Zonal acusaba la carencia de recursos combativos y, sobre todo, la incapacidad de cambiar el carácter defensivo que aún predominaba hasta en los focos más combativos. Los milicianos y pobladores todavía preferían combatir en su propia población protegida y era difícil que salieran masivamente hacia las arterias principales colindantes a las barriadas. En los lugares que lo intentaron, las fuerzas represivas, como si supieran que ese era un paso superior en el combate popular urbano, arremetían con todas sus fuerzas y empleaban sus armas de fuego sin consideración.

La apreciación del Mando Zonal es elocuente: "Los cortes en las arterias principales se logran pero no se consigue la mantención ininterrumpida de ellos [...] Esto tiene que resolverse con los organismos de masas y tiene que ver con dar protección a las barricadas dotando de medios ofensivos que vayan más allá de la piedra y la molotov".

En el informe queda claro que el PC y su TMM iban a la zaga de las crecientes demandas de organización, recursos, medios logísticos y cuadros de dirección en los combates en las poblaciones y avenidas de las grandes ciudades del país.

El concepto de territorialidad todavía no cristalizaba. Aún se carecía de la dirección efectiva de los combates con la instalación de "puestos de mando" nacionales, regionales o locales con capacidad y recursos para incidir en las acciones, en el terreno mismo de los acontecimientos en los precisos instantes en que se sucedían los combates populares. Todavía prevalecía el concepto de seguridad y protección para los cuadros de dirección, y la indicación del PC a sus dirigentes era mantenerse bajo condiciones seguras en los días de protesta. "Guardarse" era la indicación normal para esos momentos.

Marcelo, el segundo jefe del FPMR, no puede recordar la cuantía de las acciones a nivel nacional, pero asegura que todas las fuerzas de la organización fueron exigidas al máximo y en general cumplieron con sus misiones. Muchos de sus Grupos Operativos se sumaron a la lucha poblacional y emplearon armas cortas en

los enfrentamientos con las fuerzas represivas.

El jefe del FPMR debe haber informado del asesinato de tres integrantes del Frente, ejecutados por el Grupo de Operaciones Especiales de Carabineros, GOPE, el primero de julio, en el asalto y allanamiento a una clínica sanitaria clandestina que poseía la organización en la calle Mamiña 150 de la comuna de La Cisterna, en Santiago. La prensa reprodujo con grandes titulares la declaración de Carabineros, en la cual se aseguraba que había sido "un suicidio colectivo de los propios terroristas al verse rodeados por las fuerzas policiales". Para justificar el crimen, Carabineros añadió otra mentira: en la misma casa-clínica existía un "poderoso arsenal de armamentos y municiones".

El Informe sobre las violaciones a los derechos humanos cometidos en dictadura elaborado por la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, bajo el patrocinio del gobierno de Patricio Aylwin, dado a la publicidad el 12 de marzo de 1991 y más conocido como el Informe Rettig, expresa sobre este caso:

> La comisión, considerando los antecedentes reunidos, estima que no es verdadera la información oficial, por cuanto al menos dos de los presuntos suicidas presentaban dos impactos de bala y las armas en su poder se encontraban en regular estado, por lo que ha llegado a la convicción de que Isidro Salinas y las hermanas Margarita Eliana y María Paz Martín no se suicidaron, sino que fueron ejecutadas por efectivos de Carabineros considerando sus muertes violaciones a los derechos humanos, responsabilidad de agentes estatales.

En el balance, Rodrigo también debió informar acerca de una operación de "hostigamiento" a un retén de las fuerzas represivas de Carabineros situado en la calle Polobanda 1941, comuna de Las Condes a las ocho de la noche del 4 de julio. Participaron tres combatientes más los de aseguramiento. De inmediato, la prensa acusó que se trataba de una venganza por los hechos de la clínica de la calle Mamiña y las innumerables agresiones y muertes ocurridas en la jornada de protesta del 2 y 3 de julio. No ha sido

posible conocer interioridades de esa operación, pero es sabido que una acción de este tipo requería semanas de preparación y era parte de la misión general del FPMR más que una "respuesta vengativa", que sí caracterizaba la conducta de las fuerzas represivas.

Para el PC, el 2 y 3 de julio de 1986 fue un momento, un instante en el desarrollo del proyecto de Rebelión Popular. Fue toda una virtud, en medio de tan convulsos acontecimientos, el saber dónde había que trabajar y qué problemas resolver. Los avances eran notorios, y al término de la jornada se percibía un encomiable estado de ánimo en la inmensa mayoría de los combatientes, militantes y dirigentes en general.

Pero todos aquellos que tenían conciencia de la magnitud y complejidad que implicaba "poner fin" o "derrotar a la dictadura", sabían que faltaba mucho para que trabajadores, pobladores y estudiantes paralizaran el país y fueran capaces de consolidar sus territorios, resistir las embestidas de las fuerzas represivas y salir en columnas organizadas a copar al mismo tiempo, en todas las grandes ciudades del país, los principales centros políticos, administrativos, económicos y de comunicación vial de los que dependía la estabilidad del régimen, mientras fuerzas organizadas y pertrechadas del FPMR, dispuestas en lugares previamente establecidos, provocaban la dispersión e inmovilización de las fuerzas represivas del dictador.

En el ambiente de los militantes comunistas relacionados con los enfrentamientos poblacionales, y más aún en los del Frente Patriótico, se estimaba casi imposible que después de doce años de preparación, adoctrinamiento, control y purgas internas, algún sector de las Fuerzas Armadas se pudiera fracturar y sumar a la lucha contra el dictador. Muchos especialistas militares apuntaban a que esto podría ocurrir solo cuando el soldado o clase de las Fuerzas Armadas percibiera un adversario como fuerza real y suficientemente sólido, que le diera garantías objetivas de seguridad y probable triunfo. Y para eso, en julio de 1986, faltaba

mucho. Estas, entre otras, eran también percepciones distintas de la política dentro del PC.[2]

La posibilidad cierta del triunfo, y no un probable fracaso, animaba a la inmensa mayoría de los que combatían. Muchos cuadros de dirección sabían que nunca antes el PC, la izquierda en general y los sectores populares habían tenido tal capacidad de organización, realización y conducción efectiva de combates populares masivos con fuerzas paramilitares como expresión de un proyecto político nacional. En esa realidad descansaba la viabilidad del Plan de la Sublevación Nacional.

A las pocas semanas del emblemático paro del 2 y 3 de julio, la Comisión Política del PC aprobaba la idea presentada por la Comisión Militar para las jornadas de septiembre de 1986. Pero los acontecimientos ocurrirían de la forma que menos esperaban los analistas del PC.

Cambios rápidos y bruscos de la situación

El jueves 17 de julio de 1986, la directiva nacional del Partido Demócrata Cristiano entregó a la prensa una declaración cuyo inciso número cuatro decía: "El Partido Demócrata Cristiano expresa una vez más su rechazo a estas posiciones y confirma su línea de no contemplar ni acuerdos ni alianzas políticas con el Partido Comunista".

Tres días después, en un artículo de *El Mercurio*, apareció el retiro de la DC del Comité Político Privado: "Aquí se rompió un acuerdo de caballeros. Habíamos dicho que este era un comité privado. Los comunistas faltaron a su palabra y lo hicieron público. Así que por instrucciones de nuestro partido, la DC se retira". A continuación, el artículo relataba cómo dos conocidos dirigentes democratacristianos, encomendados para mantener contactos hasta dos veces por semana con dirigentes comunistas junto a otros del MDP, se retiraron "dejando con un palmo de narices" a éstos.[3]

En efecto, solo cuatro días antes, el 13 de julio, en una entrevista concedida al diario *El Mercurio* por el dirigente comunista José

Sanfuentes, secretario general del MDP, se reveló públicamente la existencia de los vínculos del PC con el PDC en el Comité Político Privado. En la entrevista, la periodista le aseguró a Sanfuentes que el dirigente democratacristiano Gabriel Valdés "niega cierto comité privado para la movilización" del que Volodia Teitelboim habría hablado a un grupo de periodistas chilenos en Roma.

La respuesta de Sanfuentes fue:

> Yo creo que él [Valdés] no niega que haya concertación, que haya encuentros. Lo que él no ha estimado prudente, pero que para nosotros sería una gran noticia para el pueblo de Chile, es que esto se exprese públicamente. Él tendrá sus razones. Nosotros no compartimos esas razones y creemos que sería una gran noticia que públicamente y de cara al pueblo, las fuerzas democráticas se juntaran, conversaran y llegaran a acuerdos políticos concretos. Porque igualmente existe coordinación de todas las fuerzas políticas, encuentros y discusiones de cómo se da la lucha democrática.

Más adelante, ante la insistencia de la periodista, que preguntó si se podía deducir que la DC quería ocultar los acuerdos con el MDP, Sanfuentes insistió, sin dejar margen a posibles dudas: "Nosotros no estimamos que sea ocultar, porque tienen un carácter privado que es distinto a ocultar, y por lo demás, todo el mundo lo sabe".

Difícil es pensar que dos dirigentes comunistas, Sanfuentes y Volodia, de vasta experiencia en estas tramas políticas, actuaran por ingenuidad o impulsados por el entusiasmo en que quedó el PC ante los resultados de las jornadas del 2 y 3 de julio. Cuesta creer que Sanfuentes haya sido conducido o compelido a decir lo que no quería y mucho menos a un periódico especialista en montajes y manipulaciones.

Es en la historia pasada y reciente de las relaciones entre estos dos partidos donde se puede encontrar el por qué de estas conductas. No cabe dudas de que las declaraciones de Sanfuentes fueron un pretexto, no para renunciar a un acuerdo de unidad

sólido y público al que la Democracia Cristiana siempre se negó, sino para disolver ese Comité Privado al que acudió la DC entre bambalinas por la necesidad de contar con la capacidad de movilización del MDP en momentos de férreo inmovilismo a fines de 1985 y comienzos de 1986, cuando el dictador y las Fuerzas Armadas rechazaron de plano el proyecto de negociación del Acuerdo Nacional con el famoso "demos vuelta la hoja" de Pinochet al cardenal Juan Francisco Fresno.

Desde que la DC asumió claramente una línea política contra la dictadura en 1977, se negó a formar parte del llamado Frente Antifascista que el PC postulaba por entonces. Desde 1979, cuando aparecieron las bases ideológicas más lejanas de su proyecto de "concertación" y solución negociada a la dictadura, hasta la declaración de 1986, siempre rechazó "toda posibilidad de alianzas con los partidos marxistas leninistas", aunque en su seno continuamente aparecieron voces proclives a la unidad hacia la izquierda.[4]

Las declaraciones de Sanfuentes y Teitelboim, realizadas cuando aún se mantenían tibias las fogatas del 2 y 3 de julio, parecen ser más una voluntaria intención del PC de forzar la unidad aprovechando los éxitos alcanzados. Fue un instante cúlmine de aislamiento del dictador y el mejor momento político y de franca fuerza logrado por el PC en todos los años de lucha contra la dictadura.

El Comité Privado fue consecuencia de la capacidad de movilización del MDP. Aunque se trató de una frágil y "escondida" unidad, nació de capacidades objetivas, principalmente del PC. Fue una unidad "precaria" pero que se sustentó en la fuerza y no en reflexiones y cambios de líneas de la DC a partir de encendidos llamados a la unidad que siempre realizó el PC. Este Comité y la Asamblea de la Civilidad fue, quizás, el único y precario éxito de unidad del PC con la DC, construido a partir de un nuevo estilo y forma de lograrla.

Espontáneo o premeditado, el "desliz" de los dirigentes

comunistas, sin ser la causa de fondo, dio comienzo al aislamiento del proyecto popular.

La esencia de clases y los intereses de sectores de la burguesía media y media alta que representaban los líderes del PDC de ese momento –si bien tenía una gran masa militante proveniente de sectores populares–, predominaron en las decisiones inmediatas de este partido, que se alejó rápidamente de todo aquello donde estuvieran los comunistas. Esta misma condición ideológica explica la enorme influencia del gobierno norteamericano y sus enviados en los líderes del PDC.

Fue en medio de este complejo cuadro que llegó a Santiago Robert Gelbard el 14 de julio y advirtió claramente el 18 del mismo mes, que "aquellos que otorgasen legitimidad a los comunistas y a otros extremistas no están contribuyendo a un Chile estable y democrático". Dos días después, *El Mercurio* afirmó: "Algunos palos le habría lanzado Gelbard a Gabriel Valdés en la reunión que sostuvo con algunos presidentes de partidos firmantes del Acuerdo, por su indefinición respecto al tema de los comunistas".[5]

EL PDC hizo lo que tenía que hacer en consecuencia con los sectores que defiende. No había razón, ni por sentido común, que de forma voluntaria o a partir de llamados y reflexiones trabajara a favor de un proyecto ajeno a sus intereses, sin su hegemonía. Habían perdido claramente el control de las jornadas de protesta y conocían muy bien la idea del Plan de la Sublevación Nacional. Debían probar fuerza y realizar un brusco giro de timón en dirección contraria a la movilización popular.

Según se informó en la Comisión de Organización del PC inmediatamente después del Paro, que el propio día 2 de julio, a las tres de la tarde, las organizaciones convocantes decidieron no continuar el Paro. Ese mismo día, el PDC y el PS precipitadamente se dan cuenta de la envergadura de la movilización y de la actividad política y militar en los territorios, en los cuales desde el punto de vista de dirección político-militar, nada tenían que

hacer; además se percibió claramente la verdadera influencia y capacidad del PC en esas circunstancias, y de manera especial, esos partidos se percataron del posible rumbo que podrían tomar los acontecimientos en el caso de materializar una Sublevación.

Es en este momento que comienza un cambio trascendental y un camino sin retorno en la lucha contra la dictadura, caracterizado por un rápido aislamiento del proyecto de confrontación del Movimiento Democrático Popular (MDP) –en particular del PC– y, en consecuencia, un franco fortalecimiento del proyecto de concertación dirigido por el Partido Demócrata Cristiano. Todo mucho antes del descubrimiento de la internación masiva de armas por Carrizal, acaecido el 8 de agosto, y del intento de ajusticiamiento al dictador el 7 de septiembre.

A pesar de los hechos descritos, que ocurrieron en el abigarrado 1986, muchos, sin ninguna disquisición, consideran ambas operaciones fallidas las únicas y determinantes causas de la derrota del proyecto popular. Como se verá oportunamente, el fracaso de las dos operaciones más importantes realizadas por el PC en la lucha contra la dictadura tuvo múltiples consecuencias y en no pocas direcciones fue parte de la debacle del proyecto, pero no fue el origen ni, mucho menos, la causa principal de su derrota.

El MDP, y el PC en particular, realizaron ingentes esfuerzos por cumplir con el itinerario de las protestas y paros mensuales hasta llegar a la paralización sostenida y de allí a la Sublevación Nacional. Pero las cosas no ocurrieron así. Nunca más se logró un nivel de participación popular igual o superior al de julio de 1986. Así lo asegura el propio Luis Corvalán en sus *Memorias* acerca del paro-protesta del 4 de septiembre de 1986. Allí comenzaba a gravitar la falta de una de las condicionantes básicas que establecía el Pleno del 85 para el éxito de la Sublevación, "la unidad más amplia de todas las fuerzas políticas".

Pocos días después del fallido atentado a Pinochet, el PC atisbó este instante político y Corvalán lo recoge así en sus *Memorias*:

En la Comisión Política del Partido consideramos una y otra vez los

acontecimientos de julio, agosto y septiembre, el paro, el intento de tiranicidio, la internación de armas, las brutales medidas represivas de la dictadura y la tendencia de un sector de la oposición a dejar de lado el camino de la movilización social. En la reunión que la Comisión Política celebró el 15 de septiembre, sostuve que había surgido una nueva situación, una situación difícil, que debíamos analizar objetivamente y esforzarnos por remontar.

No se puede poner en duda toda la intención de las palabras del secretario general del PC, pero la historia posterior es inequívoca. Desde ese minuto nunca más "se remontó" esta situación y los acontecimientos hasta 1989, con la solución negociada a la existencia del dictador, ocurrieron muy lejanos a la voluntad y al proyecto de Rebelión y el Plan de La Sublevación del PC.

Una mirada

¿Qué había ocurrido? Cabe preguntarse las razones del fracaso e indagar en todos los actores que tuvieron relación con el proyecto popular, que al parecer se hundió de manera precipitada desde julio a septiembre de 1986. Con una mirada apurada de los hechos es posible repasar algunos de los factores señalados por Corvalán.

Es objetivo el carácter intrínsecamente violento y perseverante de la dictadura en su conducta con el "enemigo interno", su cohesión institucional y férrea voluntad de continuar al frente de su proyecto fundacional, que trastrocó a la nación entera.

También las causas de la derrota podrían estar en las transformaciones de la DC y de los socialistas renovados, como alma de un proyecto dúctil que habrían interpretado a la "mayoría" pacífica de los chilenos con su proyecto. De la misma forma, otro "culpable" se puede encontrar en los Estados Unidos y su política exterior hacia Chile, finalmente de franco apoyo a la burguesía opositora al dictador. ¿No era esperable tal conducta de todos estos actores?

¿Qué había ocurrido? Que las causas de la derrota no solo deben de haber estado en los actores externos al Proyecto de Rebelión ni en los pocos meses de julio a septiembre en que se hizo visible su

fracaso, también podrían encontrarse en sus propios creadores, en el propio PC, en su diseño, en su ejecución. La Dictadura y la derecha política y económica que la apoyó, la burguesía opositora, los intereses norteamericanos, por más que aparecen nuevos conceptos de "clase política" y "sociedad civil" que desfiguran la lucha de las clases, al final todos actuaron en concordancia con sus intereses y sus concepciones ideológicas, e hicieron lo que consideraron más acertado, hicieron lo que tenían que hacer, no se apartaron en esencia de la lucha de clases.

El "carácter de masas" en la política del PC se ha mantenido inalterable desde sus lejanos orígenes como organización política junto a un rechazo permanente hacia las formas armadas de lucha. La incorporación de la "violencia aguda" fue el cambio más revelador en la Política de Rebelión, y como se ha visto, significó la incorporación de formas abiertamente armadas de lucha y toda una estructura y organización militar para implementarla. El "carácter de masas" era y siguió siendo pilar de la nueva política y se reiteró con insistencia a manera de compensación por la incorporación de este "elemento militar", tan ajeno a la tradición comunista y principalmente ante los peligros de una deformación de "ultra izquierda".

Para no pocos sectores dentro del PC y de la izquierda, el solo hecho de considerar "una rebelión" y "todas las formas de lucha, incluso las formas armadas" en el proyecto popular, fueron la causa y esencia de su fracaso. Para otros, el PC nunca logró resolver estas contradicciones y el propio diseño de la Política de Rebelión impidió o limitó que el PC en su conjunto la asumiera con total decisión. Otras opiniones son tajantes: "*la Política de Rebelión Popular nunca fue una estrategia de poder y estaba condenada al fracaso*".

Lo históricamente cierto es que existió en el PC un origen, un largo camino plagado de contradicciones y diversas posiciones de cómo enfrentar una dictadura. Poco a poco se fueron gestando estas políticas por diversos grupos de dirigentes y militantes

comunistas. Unos, en años de exilio, repartidos por el mundo, principalmente en los países del campo socialista, otros, como decisiva fuente de los cambios, fueron los que soportaron durante años una feroz persecución en clandestinidad. Un grupo no menos importante fueron los especialistas militares, resultado de una rigurosa y prolongada preparación militar y de la participación en guerras en otras latitudes.

Del mismo modo, es históricamente cierto que tras esta política se movilizaron y lucharon miles o cientos de miles de chilenos y que sin lugar a dudas mantuvo su "carácter de masas". También es innegable que nunca el PC había contado con capacidad militar para ejecutar operaciones como el tiranicidio o realizar cientos de sabotajes simultáneos con ciudades incontrolables en las poblaciones populares durante dos o tres días, tal cual prolegómenos de una sublevación que algunos entendieron que se trataba de una "insurrección disfrazada".

Habrá que hurgar entonces en esa historia para conocer el origen y construcción de la política de Rebelión y sus protagonistas, con el propósito de encontrar o descubrir algunas causas de su fracaso y comprender lo ocurrido con este proyecto a fines de 1986, y así entender este comienzo de la involución y posterior fracaso del proyecto de Rebelión Popular de los comunistas chilenos.

1 Uno de los integrantes del Mando Zonal Santiago cometió "felizmente" una violación a las medidas de seguridad, conservando hasta hoy la evaluación que hizo esta estructura de aquellos acontecimientos.

2 Con relación al tema acerca de las profundas transformaciones dentro de las FFAA chilenas durante la dictadura, consultamos el pormenorizado estudio que hace Dauno Tótoro en *La Cofradía Blindada*. (Aspectos acerca de las conductas de militares en conflictos de familia aparecen relatados con escalofriante dramatismo en "Bucaret 18" de Lisandra Otero).

3 Herreros, Francisco, pág. 472. El autor hace un pormenorizado recorrido por las editoriales y opiniones de *El Mercurio* del 12 al 20 de julio y le llama a esa semana la "decisiva".

4 Luis Corvalán Márquez realiza una rigurosa investigación sobre estos hechos y dedica un capítulo a la trayectoria del PDC hacia la idea de la concertación que habría nacido de la constatación por ese partido "de una inesperada derrota política total" alrededor del año 1977. "Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile", pág. 367, Editorial Sudamericana.

5 *El Mercurio* 20 de julio de 1986.

Segunda parte
Internacionalismo combativo del PC

Capítulo 1.
La tarea militar del PC

Desde tiempos del Gobierno Popular, el PC contaba con centenares de jóvenes con preparación militar básica, eran los Grupos de Seguridad. Su razón de ser y detalles de su composición y armamento los explicó Luis Corvalán en la primera reunión del Comité Central realizada luego del golpe de Estado de 1973, celebrada en Moscú y conocida en los círculos comunistas como el Pleno de 1977. Su Informe Central, pródigo en denuncias y detalles del descalabro y la derrota sufridos, dejaba claro que los Grupos de Seguridad no tuvieron ninguna responsabilidad en la incapacidad de defenderse que tuvo el Gobierno Popular y el PC en particular.

En ese Pleno del 77, algunos miembros del Comité Central recién llegados de Chile quedaron impactados ante el informe que realizó un joven "oficial" del partido acerca de un numeroso contingente que estaba recibiendo preparación militar desde 1975, precisamente el año en que había comenzado la destrucción consecutiva de las direcciones del PC y de su Juventud a manos de los aparatos de seguridad en Chile.

Era contradictorio, el PC aún no resolvía ni tan siquiera las razones del desastre y su única tarea era resistir y sobrevivir en tan complejas condiciones, y en Cuba comenzaba una estratégica preparación que, sin que nadie lo dijera, superaba la idea de protección y autodefensa de los Grupos de Seguridad de 1973.

Augusto, el oficial responsable de rendir el informe y a quien jamás le complació su nombre ficticio, dio detalles técnicos y de instrucción. No podía contar cómo empezó esa preparación a comienzos de 1975 ni nadie preguntó cuál sería el destino del numeroso contingente; bastó que se dijera que tenía "carácter estratégico". Todo el conjunto del proyecto tenía una temprana denominación: la Tarea Militar del PC.

Así comenzaba precozmente uno de los capítulos más

controvertidos en la vida de este partido, se abría una puerta hacia el "tema militar", que permitiría la preparación y colaboración militar internacional del PC en guerras y conflictos distantes sin haber resuelto este tema en su propia lucha. Se iniciaba en el exterior una vertiginosa construcción de fuerzas político-militares, en desigual desarrollo comparado con su construcción en el propio país.

Al inicio de ese relevante Pleno del 77, la máxima dirección enfrentó una realidad contradictoria. Tenía un numeroso contingente de especialistas militares recién graduados, otro considerable de cadetes en formación, mientras en el país no contaba con políticas para el ámbito militar ni, mucho menos, con algún tipo de fuerza militar o combativa organizada. El PC se propuso debatir el tema en el Pleno y trazar políticas en este campo. Largos años y grandes contradicciones debieron transcurrir para que esta Tarea Militar, esos hombres y mujeres pudieran integrarse a su razón de ser, a su tronco madre en el país.

Para entender los orígenes de esta historia combativa y sus paradojas y explicar el desarrollo y misiones futuras de la Tarea Militar, necesariamente hay que rastrear en los años del Gobierno Popular, en la solidaridad de la Revolución Cubana y en el propio Fidel Castro.

La Habana

Cerca del mediodía del 11 de septiembre de 1973 llegaron las primeras noticias del golpe militar al Instituto de Ciencias Básicas y Preclínicas Victoria de Girón, en La Habana. La sede universitaria, ubicada en el límite de los barrios elegantes del oeste de la capital cubana, es un enorme y monacal edificio de gruesas paredes. En un ambiente de exuberante y ordenada vegetación tropical, donde alguna vez funcionó un distinguido colegio de señoritas administrado por la orden de las monjas del Sagrado Corazón de Jesús, estudiaban medicina o estomatología cerca de doscientos jóvenes chilenos.

Por ese entorno, profundamente verde y de humedad perenne,

andaban dispersos los estudiantes chilenos cuando llegaron las primeras y confusas noticias. Cerca de cien jóvenes estudiaban desde marzo de 1972 y los otros cien llegaron a Cuba apenas un mes antes del golpe militar. Eran parte y expresión de la solidaridad de la Revolución Cubana y pioneros de los sueños del Gobierno Popular de una medicina chilena con vocación social.

La noticia fue aplastante y la distancia la hizo cruel. Durante días, algunos conservaron la esperanza confiando en los "militares leales que avanzaban desde el sur". Como buenos discípulos de la política nacional, discutieron y divagaron reunidos por separado según los partidos que formaban la izquierda chilena. Al final se impusieron la realidad y el sentido común, había que esperar.

A los pocos días, un pequeño grupo de jóvenes miristas y algunos militantes del Partido Socialista intentaron una solución diferente; sin previo aviso y en el mayor de los secretos, desaparecieron de la universidad. Todo indicaba que intentaban embarcarse por algún lugar con la intención de retornar a la patria, "no quedarse, regresar", algo así como un reflejo a la distancia de la decisión tomada por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria en Chile: "El MIR no se asila". Días después, las autoridades cubanas los encontraron en Santiago de Cuba, a casi novecientos kilómetros al oriente de la capital. Era todo un símbolo, por allí había comenzado la Revolución Cubana.

Siete estudiantes del MAPU[1] fueron los primeros en "desaparecer" de forma organizada y en coordinación con los cubanos. Luego de una ola de comentarios y especulaciones entre los que se quedaron, más de una filtración señaló que los "mapucistas" se estaban preparando en escuelas del Ministerio del Interior. "La cosa va en serio", se repetía entre corrillos. Muchos años más tarde, el jefe del grupo, un reconocido especialista gineco-obstetra, me relató los detalles de esta temprana incursión en la lucha clandestina contra la dictadura.

Mientras la mayoría de los estudiantes continuaban afanados en sus carreras universitarias, en febrero de 1974 Fidel se reunió con

dos conocidos dirigentes del derrotado Gobierno Popular, el desaparecido escritor y miembro de la Comisión Política del Partido Comunista de Chile, Volodia Teitelboim, y el máximo dirigente del Partido Socialista Carlos Altamirano. Francisco del Río y Miguel[2] aseguran que la entrevista con Altamirano antecedió a la de Volodia.

Altamirano, en consecuencia, con el discurso más ofensivo y proclive a la lucha armada que los socialistas tenían por esos años, le habría planteado al Comandante la necesidad de que un grupo de jóvenes de su partido recibieran instrucción militar. Se trataba de formar combatientes en cursos que no superaban los seis meses de instrucción, como los que habían recibido en las décadas del sesenta y setenta algunos cientos de militantes de los partidos socialistas y comunistas. Eran conocimientos básicos, de carácter "táctico", como en lenguaje militar se denomina todo aquello de corto alcance, de beneficio inmediato, de empleo en espacios más reducidos y cuya utilidad no es determinante ni decisiva para los objetivos del enfrentamiento.

Cuando Volodia se entrevistó con Fidel, fue éste quien le propuso preparar jóvenes comunistas chilenos en Cuba,[3] pero a más largo plazo, formar cuadros con carácter estratégico. La propuesta fue de instrucción, sin ningún otro tipo de alcance o ideas matrices acerca de las políticas del PC con relación al tema militar.[4] El dirigente chileno debía consultar con la dirección del partido, que en ese momento funcionaba en Moscú. No pasó mucho tiempo para que la Comisión Política aceptara la trascendente proposición. Ese es el nacimiento de la existencia de un numeroso contingente de militares profesionales, de las mas diversas especialidades, que tendría el PC en su lucha contra la dictadura.

Cuadros "estratégicos"

El dieciséis de abril de 1975, veintiocho comunistas chilenos comenzaron su preparación como especialistas en Artillería Terrestre en la hoy desaparecida Escuela Militar "Camilo

Cienfuegos", al este de La Habana, y veintinueve en la especialidad de Tropas Generales en la Escuela Interarmas "General Antonio Maceo", ubicada en las afueras de la capital cubana. Durante toda la etapa de preparación, el jefe de los artilleros fue Juan Luis; Augusto el de los de infantería.

Por la mañana, los futuros militares chilenos se reunieron en el Instituto Técnico Militar de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba. El ITM, como hasta hoy se conoce, es una hermosa instalación con el mismo aire monacal de la escuela de medicina Victoria de Girón; previo a la revolución allí funcionaba una escuela de los Jesuitas donde había estudiado Fidel. En los años siguientes, en este instituto se prepararían jóvenes comunistas y socialistas, en las más diversas especialidades ingeniero-militares.

Los futuros estudiantes sentados en el teatro de la institución, llenos de dudas e interrogantes, parecían como impropios para un recinto militar con sus pelos largos y ropas extravagantes. En el proscenio, tras una sencilla tarima, un alto oficial de las Fuerzas Armadas Cubanas, canoso, con cara de bonachón, conducía el inusual encuentro. Sin mucha pompa ni ceremonias, con naturalidad y paciencia, fue explicando en qué consistían las principales especialidades militares. Así, entre consejos y recomendaciones medio paternales y aclaraciones acerca del arte militar, se dio formal inicio a esta inédita misión del PC, que a poco andar se transformaría en la Tarea Militar del Partido o, simplemente, "la Tarea".

Juan Carlos, con dieciocho años, era el más joven de los chilenos allí reunidos y uno de los pocos llegados después del golpe; los demás eran casi todos los que estudiaban medicina en Cuba desde inicios de 1972. El ser los primeros no guardó relación con alguna selección especial; sencillamente, se encontraban en ese momento en la isla. Esto explica, en cierta medida, las deserciones que se produjeron en ese contingente.

El único de ese primer grupo que pidió, por voluntad personal, incorporarse a la preparación militar fue Juan Carlos, cuya

memoria privilegiada resultó esencial para reconstruir esta parte de la investigación. A todos los demás, pocas semanas antes del 16 de abril, dos conocidos dirigentes del PC, en diversos escenarios de La Habana, les plantearon una "tarea política", una "misión especial" emanada de la mismísima Comisión Política, máxima autoridad colegiada del PC.

Un numeroso grupo formado por estudiantes de tercer y cuarto año de medicina recibió la misión en una vieja casona del barrio de El Vedado, donde funcionaban algunas dependencias del Ministerio de Relaciones Exteriores. Esperaron en una amplia habitación que hacía las veces de recepción, al costado de una escalera señorial que comunicaba con el segundo piso. Cada uno subía cuando era llamado; la entrevista era en solitario.

Arriba, en una estancia amplia, mal iluminada y casi vacía, de forma inmediata y como de súbito, tras unos viejos escritorios, aparecían muy erguidos dos conocidos dirigentes del PC: Rodrigo Rojas, último director del diario *El Siglo* en tiempos del Gobierno Popular, y Orel Viciani, un joven miembro del Comité Central de las Juventudes Comunistas.

La ceremonia era idéntica con cada uno de los estudiantes, como sacada de un papel calco. Les daban la mano con cierta seriedad, preguntaban el nombre y apellidos del entrevistado, y a continuación se producía el diálogo, rápido, concreto, sin preámbulos ni precisiones futuristas de ningún tipo. A todos les dijeron más o menos lo mismo. "¿Quiere usted prepararse para formar parte de las fuerzas militares del Partido?". Disponían de escaso tiempo para decidir..., había que contestar allí mismo, los dirigentes esperaban de pie. La inmensa mayoría dijo que sí.

Joaquín, un excepcional y brillante estudiante del cuarto año, el más destacado entre todos, fue quien más demoró el trámite; se atrevió y preguntó por qué y para qué, si era realmente necesario; era como una duda profunda nacida de la intuición ante un insospechado e indescifrable futuro. "Sí, es necesario", respondió con firmeza uno de los dirigentes. "Sí, acepto", contestaría Joaquín

con igual forma.

Solo dos estudiantes comunistas se negaron enfáticamente a abandonar sus carreras médicas. Uno de ellos se introdujo en el sistema de salud cubano después de graduado y se perdió de vista hasta la actualidad. El otro fue Pedro Martín, más conocido como "Honguito", porque fue uno de los primeros en plagarse de hongos a las pocas semanas de llegar a Cuba, era demasiado el contraste con la humedad agresiva y sofocante del Caribe.

Difícil sería tratar de describir cuánto desprecio soportaron estos dos jóvenes, no solo de los comunistas y algunos estudiantes de otros partidos, sino también de profesores y condiscípulos cubanos, formados entre altruismos permanentes y desprendimientos personales cotidianos. Para sorpresa de muchos y enorme satisfacción de todos, después de graduarse, Pedro Martín se preparó militarmente y se convirtió en un destacado cirujano que cumplió honrosas misiones en la guerra de Nicaragua y luego en la lucha clandestina en Chile.

En el primer contingente no había cuadros políticos conocidos ni experimentados, la mayoría eran militantes comunes; algunos habían ocupado responsabilidades básicas en la Juventud Comunista. A los cursos de los años siguientes ingresaron dirigentes de nivel medio con cierta experiencia de dirección política interna o estudiantil universitaria. Es destacable que también lo hicieron numerosos hijos de reconocidos dirigentes comunistas y de probados cuadros intermedios.

Durante varios años consecutivos arribaron grupos de jóvenes provenientes de los más diversos países donde estuvo el exilio chileno. De Europa llegó la mayoría; un numeroso grupo desde Moscú, otro un poco menor del resto de los países socialistas, algunos desde Suecia, Alemania, Francia e Italia. La mayor parte de los procedentes de países latinoamericanos desertó de inmediato, principalmente los que habían estado en Venezuela y México; los de Panamá se quedaron casi todos.

La característica común había sido el secreto y la

compartimentación, pero el reclutamiento, según las historias que se contaban entonces, fue tan disímil como los países de procedencia. Muchos de los que se fueron enseguida argumentaron distorsión o falsedad en la tarea planteada; "a mí me dijeron otra cosa", se les escuchaba decir al momento de exigir el retorno al exilio, un tanto más calmo que aquella locura vestida de verde olivo, sin penachos ni espadachines dorados, y sí con uniformes de gruesas telas rusas en un lugar tanto o más húmedo y caluroso que el mismísimo Macondo.

El solo llegar a una escuela militar cubana impactó a muchos; algunos de forma positiva, a otros no tanto. Al día siguiente ya estaban uniformados y pelados a la usanza militar. El primer grupo, supuestamente capaces de asimilar conocimientos y habilidades en brevísimos períodos por tratarse de estudiantes universitarios, comenzaron con la instrucción básica del soldado, de inmediato pasaron el curso elemental de cadetes en tiempo récord y apenas termina éste se introdujeron en el "de superación" para oficiales de mandos medios. Era como un "tres en uno".

Solo este grupo y el siguiente, que comenzó su preparación en 1976, se formaron en esa modalidad de cursos especiales para los chilenos. El segundo fue más heterogéneo; los "panameños", los "rumanos" y un grupo de ocho socialistas fueron su núcleo central.

Terminaba el verano de 1975 en el hemisferio norte. Víctor, el futuro jefe del TTM de Santiago en 1985 y 1986, se encontraba en los campos cercanos a un pequeño pueblo rural de la zona central rumana, donde, además de cosechar manzanas, manejaba con diligencia un tractor de fabricación nacional igual al que había conducido en Chile en tiempos de la Unidad Popular.

Pensó que trabajando solo, sin coterráneos a su alrededor, se vería obligado a aprender el idioma local; esta razón y el apego al campo motivaron su traslado desde Bucarest hacia el lejano paraje. No sabía que en esa campiña laboraban gitanos. Cual clásica y tórrida teleserie, Víctor vivió con la hermosa hija del rey

de los gitanos una pasión que lo perseguiría hasta los campos cubanos. Esa mañana recogía manzanas junto a ella cuando le avisaron que tenía un mensaje importante en la administración de la granja estatal.

De regreso en Bucarest, una mujer encargada del reclutamiento por la dirección del PC lo puso en una precisa disyuntiva, o continuaba con su novia gitana cosechando fruta por los campos de Europa Central, o respondía al llamado del partido, que lo convocaba a preparación militar; no le precisó más, no sabía más.

En enero de 1976, junto a Gladio Mena, artista y músico de profesión, y un tercer integrante que se trastornó en las primeras semanas de su vida de cuartel, viajó a La Habana y se unió a los "panameños". Estos exiliados "rumanos", como muchos, también habían salido de las cárceles de la dictadura. Las especialidades, como en el grupo anterior, fueron Tropas Generales y Artillería Terrestre. Entre marchas, fusiles y cañones, Víctor recordaba las cosechas de manzanas en el centro de Europa..., y a la gitana diciéndole adiós, sentada en la parte posterior de la última camioneta que formaba la caravana de trashumantes.

Al mismo tiempo que se desarrollaban estos cursos especiales "tres en uno", un grupo de militantes comunistas llegados de todas partes, mucho más jóvenes que los anteriores, se incorporó al curso regular de cadetes 1975-1978 en la Escuela Interarmas "General Antonio Maceo" en igualdad de condiciones, tiempo y programa que los estudiantes cubanos; cursos de tres años para la especialidad de Tropas Generales, Tanques y Transporte y de cuatro para la de Artillería y las especialidades técnico-ingenieras.

Torito[5] era con ventaja el más bisoño postulante, tenía quince años recién cumplidos al llegar a La Habana procedente de México junto a otros siete comunistas no tan jóvenes como él. Tuvo que mentir para ser aceptado: los cubanos no le creyeron la edad pero "se hicieron los bobos", como dicen en Cuba cuando transgreden conscientemente algunas reglas. Lejos de toda duda, fue él y no Raúl Pellegrin, que tenía diecisiete años, el más joven del primer

curso regular.

El año lectivo en todas las escuelas cubanas es de septiembre a junio, reservándose las vacaciones para los meses de julio y agosto, de calor agobiante. Cuando Torito y sus compañeros se incorporaron al curso, hacía dos meses que habían comenzado las clases y debieron hacer un esfuerzo especial para "alcanzar" a sus pares cubanos. A la carrera debieron recibir clases básicas de reglamento e infantería para no desentonar tanto al lado de los cadetes cubanos.

Para muchos de todos los chilenos que vivían esa experiencia, los primeros meses, los primeros treinta días, fueron los más complejos, los más difíciles de superar. Eran los meses del aprendizaje básico, del más elemental soldado. No había mucho que pensar, muy poco que estudiar, correr, marchar, voces de mando siempre perentorias, disciplina en cada minuto, todo normado y planificado. Era imprescindible primero adquirir los hábitos y habilidades de un combatiente.

No había democracia posible, había "mando único", principio rector en la organización de tropas para el combate, muy entendible desde el ángulo teórico pero difícil de asimilar de inmediato en la vida cotidiana. En esos momentos, toda orden sin posibilidades de réplica ni reflexión sonaba a ofensa e irritaba a muchos de estos díscolos jóvenes, nacidos en tiempos de Los Beatles y forjados con la voz de Violeta Parra en "marchas combativas", cuya experiencia mayor en disciplina de grupos era mantener un bloque ordenado dentro de multitudes en una manifestación popular. La mayoría que logró sortear la etapa básica del soldado, continuó con mayor disposición y facilidad los tiempos en que el estudio de complejos temas militares y políticos fue el centro de la preparación.

En agosto de 1977, mientras en Moscú se celebraba el Pleno del Partido Comunista que algunos analistas dedicados al tema consideran como el momento del "viraje" en la línea política del PC,[6] en Bulgaria se hacían los últimos ajustes de reclutamiento y

organización para dar inicio al único curso de formación de oficiales chilenos que se impartió en ese país, de cuatro años de duración, en la especialidad de Tropas Generales con materias adicionales de trabajo conspirativo e inteligencia.

Las autoridades búlgaras les exigieron a los estudiantes "leyendar"[7] su preparación como si se tratara de un grupo de cubanos. Mientras tanto, en la isla mayor del Caribe, donde el alto mando jamás mostró tal preocupación con sus estudiantes chilenos, los primeros de estos graduados de oficiales cumplían un año de trabajo repartidos en pequeños grupos de cuatro o cinco por las grandes unidades militares regulares que rodean la capital. Con grados de subteniente y ocupando cargos al frente de pequeñas unidades de combate, ejercían el mando en igualdad de condiciones que los oficiales cubanos.[8]

La dirección política del PC en La Habana y Jacinto Nazal, el dirigente responsable de la "Tarea Militar", designaron a Augusto, el jefe del grupo de los "tropistas", como solían llamar a los especialistas de Tropas Generales, para que representara al contingente en el Pleno del 77, donde debía informar sobre la inédita tarea.[9] Vestido "de civil", Augusto se sentó premeditadamente casi al final del salón. Cuando el moderador lo anunció, se puso de pie con resolución y caminó enérgico hacia el estrado con el informe en la mano, sin llegar a marchar, como algunos le habían propuesto, porque eso hubiera sido hasta ridículo, comenta.[10] Antes de comenzar a leer, le pidió autorización a Corvalán de la misma forma que establece la disciplina militar en actividades colectivas respecto al jefe que la preside: "¡Compañero secretario general, permiso para entregar el informe de la Tarea Militar del PC!". Sonó fuerte y claro, otro requisito aprendido en la academia. Corvalán, que nunca cumplió en rigor el papel de jefe militar,[11] quedó impactado ante el inusual procedimiento.

La esencia del documento apuntó exclusivamente al asunto de

instrucción militar y sus perspectivas. La mayoría de los miembros del Comité Central se enteraron entonces que contaban con un importante número de "oficiales" graduados en las especialidades de Tropas Generales y Artillería Terrestre y otra cantidad similar estudiaba en ese momento en las mismas escuelas. En el Pleno no se habló de los treinta y dos jóvenes que estaban alistándose para viajar a Bulgaria.

Ese mismo año, en Cuba la instrucción se ampliaba a las más diversas especialidades necesarias en el combate contemporáneo. Desde ingenieros militares a ingenieros en comunicaciones, desde tanquistas a comisarios políticos, sin olvidar la logística con sus múltiples derivaciones. Años después, un grupo reducido ingresaba en la Academia Naval.

Parecía tratarse de una preparación integral para el desempeño en una guerra regular y, sin dudas, evidenciaba un marcado interés del PC en la instrucción militar, a pesar de que oficialmente prevalecía la Política del Frente Antifascista, vigente hasta 1980, en la que no estaba considerada una fuerza militar propia del partido, ni mucho menos se hablaba del empleo de la violencia como recurso legítimo y necesario.

Un artillero

Infinitas son las historias de cualquier chileno como jefe de pelotón de soldados cubanos. Escogí las de un artillero caído en combate en Nicaragua, Deys Huerta Lillo,[12] uno de los estudiantes que llegó a Cuba un mes antes del golpe militar y cursaba el tercer año de medicina al momento de comenzar su preparación militar.

Más bien bajo, era inteligente y tímido, enrojecía con facilidad ante cualquier contrariedad. No tenía voz ni porte adecuados para el mando de tropas, mucho menos para disciplinar soldados caribeños, en especial cubanos, cuya instrucción y disciplina teóricamente se basa en el convencimiento, en la razón política, no en la coerción, mucho menos en la represión y temor al castigo físico, y donde la ley prohíbe el vejamen de palabra y obra en las Fuerzas Armadas.

El primer día que Huerta llegó a su unidad militar, fue presentado ante la tropa de una batería de obuses 122 milímetros perteneciente a una unidad mayor de artillería terrestre. La batería estaba en medio de campos de caña cultivados con dedicación, cerca de suaves alturas boscosas y a más de cinco kilómetros de la carretera más cercana; demoraba más de tres horas en llegar al centro de la capital, más por las dificultades con el transporte que por la distancia.

De los tres pelotones con que contaba la pequeña unidad, al neófito oficial le asignaron el que tenía la mayor cantidad de personal ausente. "Al tercio", le dijo el jefe de la batería, un robusto capitán que no tendría ninguna benevolencia especial con el recién llegado. Por el contrario, sabía que debía prepararlo de acuerdo con un particular principio de "internacionalismo" que manejaban con absoluta normalidad los oficiales cubanos. Tener a un oficial "extranjero" preparado en sus academias, con posibilidades no lejanas de ir a luchar contra una dictadura tan violenta como la chilena, era todo un privilegio para la oficialidad cubana, siempre deseosa de seguir el ejemplo del Comandante Che Guevara.

"Al tercio" significaba salir de descanso dos días al terminar la jornada y quedarse en la unidad militar el tercero. Al poco tiempo la relación se invirtió y se quedaba mucho más de lo que salía. Mientras existieran dos o tres soldados del Servicio Militar ausentes, no había "pase". Dos direcciones de trabajo principales tenía el subteniente Huerta Lillo: disciplinar a su pelotón artillero e impartirle instrucción para dotarlo de capacidad combativa... y mantener su unidad lo más completa posible.

Se llegó a especializar en la búsqueda de soldados fugados. La palabra, más que la fuerza, era su arma principal. Luego de convencer a familiares y parientes del infractor sobre los rigores de la ley militar y los beneficios de cumplir el Servicio Militar, se quedaba "de guardia" en el hogar del fugado acompañado por aquellos y no pocas veces logró convencerlos para que ellos

mismos lo presentaran a tiempo en la unidad. Pasados quince días de ausencia, al infractor se le consideraba "desertor"; ningún jefe que se preciara de tal podía permitir tamaña afrenta en su pequeña unidad.

No con todos los fugados el proceder fue color de rosa. Algunos jefes chilenos junto a sus pares nacionales lograron detenerlos solo tras espectaculares persecuciones en medio de la noche por tejados de algún intrincado y perdido barrio en los arrabales habaneros. Estaba absolutamente prohibido emplear armas en tales circunstancias.

Uno de Tropas Generales

El 6 de octubre de 1976, como consecuencia de un acto terrorista, un DC-8 de Cubana de Aviación con setenta y tres pasajeros y tripulantes a bordo explotó en el aire pocos minutos después de haber despegado del aeropuerto de Barbados rumbo a La Habana. No hubo sobrevivientes.[13] Mientras Cuba conmocionada sufría el golpe, las Fuerzas Armadas adoptaban urgentes medidas potenciando su capacidad defensiva ante probables incursiones o una escalada de agresiones del gobierno de los Estados Unidos. La historia de ataques contra Cuba lo exigía, no habría sorpresas.

El teniente Guillermo Díaz había tomado todas las medidas y cumplido todas las tareas establecidas con su compañía de infantería para estar listos y en plena "disposición combativa" durante los quince días que debía estar de "guardia combativa". Noventa hombres, organizados y formados en tres pelotones perfectamente alineados, cada uno con su respectivo jefe al frente, esperaban impacientes en el polígono central, como le llaman a las amplias áreas de formación que poseen las grandes instalaciones militares.

Eran las seis de la madrugada del primer día de la "guardia combativa" y el teniente Díaz junto a su "segundo al mando" estaban parados al frente y al centro de la formación. Oficiales y sargentos no dejaron ningún detalle sin controlar, soldado por

soldado. Todo impecable, fusiles y bayonetas en su funda, cananas con municiones completas, cascos con sus correas de sujeción, la diminuta pala del soldado, la máscara antigás, vituallas básicas en la mochila con su correaje y hebillas comprobados para resistir largas jornadas.

El "sargento mayor", encargado de los aseguramientos, había conseguido en alguna parte, el jefe no quiso preguntar dónde, suficiente betún negro para dejar brillantes las botas. Solo los uniformes "de campaña" no eran tan impecables como le hubiese gustado al jefe de compañía, porque la tela, demasiado gruesa, se arrugaba con facilidad, pero no debía faltar ni un solo botón.

El transporte, alineado y reluciente a un costado de la explanada, había sido comprobado hasta la saciedad el día anterior. El teniente se había cansado de hacer la señal "enciendan motores" para ver a los choferes saltar rápidos y ágiles al interior de sus vehículos y escuchar al instante el sincrónico retumbar de los motores trabajando. Eran los tiempos del petróleo abundante y barato llegado de la Unión Soviética.

A pesar de que aún no salía el sol, por lo que todos preferían esa hora para la inspección de la guardia combativa, ya muchos soldados mojaban sus camisas. El jefe de compañía sabía que esa humedad en algún momento se secaría dejando un deslucido halo, sedimento de sales blanquecinas, en el pecho, axilas y espaldas de sus soldados. Muchas veces quiso luchar contra ese mal caribeño que estropeaba el "porte y aspecto" de sus subordinados; nunca pudo: en verano el sudor corría como en borbotones.

De tanto en tanto, el teniente Díaz miraba en dirección hacia los distantes locales donde funcionaban las oficinas del mando superior. En cualquier momento debían aparecer el jefe del batallón, el del regimiento y el cuerpo de oficiales del Estado Mayor para inspeccionar la guardia combativa. Eran las siete de la mañana cuando vio aproximarse al grupo.

El teniente Díaz siguió de reojo al jefe de regimiento hasta que estuvo a una distancia estimada de antemano, y en ese preciso

momento, intentando abarcar con la mirada a toda su compañía, exclamó con fuerza y a viva voz: "¡Compañía, firmes!". Al instante se dejó sentir ese ruido seco y medio metálico de casi cien hombres golpeando tacones y fusiles al mismo tiempo.

No terminaba aún el estruendo cuando el teniente, sin moverse del lugar, dio una marcial media vuelta y quedó casi justo frente al jefe de regimiento. Sin mediar señal alguna y con la suficiente potencia como para ser escuchado en toda la explanada, gritó: "¡Compañero teniente coronel, la Primera Compañía de Guardia Combativa está formada y lista para la inspección; teniente Guillermo Díaz, jefe de compañía!"

Un silencio demasiado largo se produjo a continuación. Todos esperaban el consabido "¡Descansen!" que debía decir el teniente coronel, tras el cual la tropa de oficiales del Estado Mayor se diseminaría entre los pelotones y las escuadras buscando como con avidez alguna falta que informar. Pero el jefe los dejó en firmes y con toda su calma caminó unos pasos acercándose al teniente Díaz.

Este, sin amilanarse, alcanzó a ver con el rabillo del ojo un par de oficiales del Estado Mayor con sendos cronómetros, listos para alguna medición. Cuando el jefe estuvo cerca de Guillermo Díaz, a casi un metro, dijo despacio, suave y sin gritar: "Teniente, ¡alarma de combate!", y los oficiales de los cronómetros, como si se tratara de una carrera de velocidad, al instante levantaron la mano y presionaron el botón de arranque.

El jefe de compañía sabía que estas comprobaciones eran en serio. No pocas veces, grandes despliegues navales de los Estados Unidos muy cerca de las aguas territoriales cubanas o momentos de gran tensión internacional, habían obligado a las tropas regulares a ocupar sus respectivas áreas de defensa en el litoral y la guardia combativa era la primera en llegar a los lugares previstos. Todos los tiempos y las maniobras de desplazamiento y despliegue en el terreno estaban absolutamente calculados. Podía ser de "verdad" o una simple comprobación, eso nunca lo sabía el

jefe de compañía. Pero la voladura del avión cubano era reciente.

Fueron escasos minutos los que demoró la compañía en estar en formación de columna y lista en el punto de partida preconcebido. En nada, los jefes de pelotones informaron "Listo". Entre ruidos de motores rusos, el teniente se acercó corriendo al jefe, también gritó "¡Listos!", y se quedó en posición de firmes esperando la señal de salida y la misión que debían cumplir. El teniente coronel se acercó a Díaz; con la misma cadencia y tono de voz del inicio, le dijo, "Teniente, cese". Los cronómetros pararon..., y entonces comenzó la tediosa inspección. Nadie hizo reparo alguno. El jefe de compañía era un mapuche chileno.

La espera fecunda

Mientras los oficiales artilleros se desgañitaban gritando voces de mando con la intención de acostumbrar a los soldados sirvientes de piezas artilleras a trabajar con rapidez y sometidos al apremio de combates imaginarios, los jefes de tropas de infantería, bajo el mismo sol abrasador del mediodía, en otros llanos de los campos cubanos corrían sudorosos intentando desplegar organizadamente las escuadras en asaltos a trincheras vacías.

El jefe de pequeñas unidades ejercía el mando efectivo, no mandaba a sus sargentos a dar la instrucción, la daba él mismo y se ejercitaba junto a todos ellos..., debía demostrar el ejercicio que pretendía enseñar, después corregía y ordenaba. Y había que hacerlo bien, cumplir con el "plan de instrucción", simplemente porque había que cumplir, no cabía otra posibilidad. La guerra en Angola era de verdad.

La mejor arma defensiva de los cubanos ha sido siempre el efecto disuasivo que genera su alto nivel de preparación, su capacidad combativa y una elevada moral que jamás han dejado de cultivar, no solo en sus tropas regulares, sino también como parte de su estrategia de la Guerra de Todo el Pueblo, diseño que incorpora de forma organizada a la mayoría de la población a su sistema defensivo. De otra manera no se explica que este pequeño

país no haya sido invadido por las tropas norteamericanas en cincuenta años de revolución, ni siquiera luego de 1989, cuando se quedó prácticamente solo al desaparecer el campo socialista.

Para muchos de los oficiales chilenos, esos años de ejercicio del mando fueron los mejores momentos de su preparación, en particular las clases en el terreno, y más adelante las maniobras combativas con gran despliegue de fuerzas y medios. Unos cuántos de estos jefes llegaron a formar parte de planas mayores o estados mayores y participaron en complejos ejercicios y maniobras de medianas y grandes unidades. Algunos fueron ascendidos al grado inmediato superior en la mitad del tiempo estipulado según los reglamentos de las Fuerzas Armadas. Posteriormente, pasada la guerra de Nicaragua, fueron ascendidos nuevamente por haber cumplido misión internacionalista en tiempo de guerra, lo que finalmente los hizo merecedores de la Medalla Combatiente Internacionalista de Primer Grado que otorgan las Fuerzas Armadas de Cuba.

La otra arista de este proceso de instrucción fue el trabajo necesario, pero monótono, en la misma unidad militar: impartir clases de infantería o de reglamento disciplinario, mantener las extensas áreas verdes, donde nunca dejaba de crecer la hierba, y realizar el servicio de guardia, rutinario y reiterado. La parte "ingrata" del ejercicio del mando, provocó no pocas contrariedades a varios de los oficiales chilenos. A los pocos meses, algunos de ellos comenzaron a desertar o a pedir la "baja" de la Tarea Militar, y así fue ocurriendo hasta mediados de 1979.

No ha sido posible cuantificar cuántos se fueron, pero la cifra fue considerable, principalmente del primer grupo a causa de la casi nula selección para integrarlo.[14] Una de las razones más repetidas entonces, fue que pasaba el tiempo, se acercaba 1979, y aún no se sabía a ciencia cierta qué se haría con este contingente y con los que se estaban preparando en los cursos siguientes.

Los jefes chilenos de pequeñas unidades de artillería o tropas de infantería, debieron despedir a éstas cuando partieron en

"completa disposición combativa" a cumplir la misión internacionalista en la naciente República Popular de Angola. Ni siquiera sus más indisciplinados soldados declinaron ante esa tarea, plena y jurídicamente voluntaria. Muchos chilenos pidieron ir con sus tropas, los cubanos no lo permitieron; este contingente de oficiales comunistas nunca tomó parte en ningún conflicto de país africano. Solo un oficial, por relaciones y gestiones personales, participó años más tarde en la guerra de Angola.

Durante el tiempo que permanecieron en la isla, casi todos establecieron profundas relaciones con numerosas familias, a veces por esa natural solidaridad de los cubanos, y otras a través de incontables matrimonios chileno-cubanos que dejarían una nutrida prole. En los primeros años, visitaron en tropel muchas casas en La Habana cada fin de semana.

Hospitalidad, vida en familia, afectos y comida casera recibieron allí de quienes fueron verdaderas madres colectivas. Enetica, Mirta, son algunos nombres de madres cubanas que los militares comunistas recuerdan y quieren honrar, junto a Estela, Miriam y Carmen Gloria, algunas de las madres chilenas que cumplieron, más por amor que por disciplina, idéntico papel.

El caso emblemático surgió en el mismo centro de El Vedado, uno de los barrios más codiciados y modernos de la ciudad. Allí vivía Cachita,[15] una mulata de mediana edad, gorda, de pura ternura. Pasado un tiempo, cuando los estudiantes ya se habían acostumbrado a llamarla "Cachita" sin dibujar la picardía en sus rostros, llegaron a sentarse a su mesa alrededor de diez de ellos. A Roberto, su esposo, un negro flaco, canoso y demasiado alto, más comunista que todos los estudiantes juntos, le gustaba contar las lejanas aventuras en las que había tomado parte durante la lucha clandestina en tiempos del dictador Batista y sus avatares en los combates de Playa Girón.

El secreto de la Tarea Militar era bastante relativo. Salvo los primeros meses, los militares integraron los círculos sociales y familiares de sus coterráneos del exilio habanero. La dirección del

PC en la capital cubana había pedido a sus militantes establecidos recibir en sus casas a estos estudiantes, cuyas familias, salvo excepciones, habían quedado en lejanas latitudes. Así cada fin de semana los estudiantes tenían dónde llegar.

La vida militante en periódicas reuniones, con la cual nunca interfirieron los cubanos, los mantuvo al tanto de la situación en Chile y del PC, como cualquier militante en el exilio. Al mismo tiempo que comenzó la Tarea Militar, se formaron las células del partido y un secretariado, el colectivo llevó una militancia activa en la orgánica comunista y un miembro destacado del PC se encargó de atenderlos, no solo para representar a la dirección, sino para mantenerlos informados. A poco andar, se reunían fuera de sus escuelas militares y en cada célula comenzó a militar un viejo cuadro "civil" de la organización exiliado en La Habana.

En noviembre de 1977, por puro empuje del Secretariado de los oficiales y de Jacinto Nazal, en ese momento "encargado" por la dirección de la Tarea Militar, comenzaron los seminarios, un método de investigación, búsqueda y creación acerca del asunto militar en la política del PC que realizaron estos especialistas.

Y así, cual toda iniciativa creada para fines muy específicos, se generaba un impredecible corolario que tendría notables consecuencias. Los militares no se quedaron encerrados en su carácter puramente técnico, y se adentraron con empeño en la política. Como es usual en este tipo de asuntos, todos participaron pero solo un reducido número elaboró. La figura más visible fue Aníbal Maur, graduado del segundo curso de Artillería Terrestre en la Escuela de Cadetes "Camilo Cienfuegos".[16]

1 MAPU. Movimiento de Acción Popular Unitaria. Conglomerado de origen democratacristiano y parte de los partidos de izquierda que integraron el Gobierno Popular de Salvador Allende.

2 Entrevista con Francisco del Río, protagonista de estos acontecimientos y miembro del Partido Socialista de aquellos tiempos. Miguel, seudónimo de un miembro del conocido GAP "grupo de amigos del presidente" encargados de la custodia del presidente Salvador Allende mientras

ejerció su mandato.

3 En la reunión participó Rodrigo Rojas, quien sería el primer encargado de los militares en La Habana. En poco tiempo la gran mayoría de los militares comunistas que vivirían esta experiencia y que llegarían a ser "oficiales" conocían, con más o menos detalles, este origen de su formación.

4 En reiteradas ocasiones se ha tergiversado el papel de Fidel en el origen de todo el aparato y concepción militar del PC. La idea y materialización de la Política de Rebelión y su Política Militar son muy posteriores a estos acontecimientos. En capítulos siguientes se demuestra la exclusiva creación y responsabilidad del PC.

5 Entrevista realizada en marzo de 2007 al protagonista de estos acontecimientos y colaborador en la reconstrucción de esta historia.

6 Ver Arrate y Corvalán Márquez.

7 "Leyenda". En el lenguaje conspirativo es una "historia" creíble, breve y concreta que enmascara una actividad u acción oculta o clandestina.

8 La Política de la Revolución cubana hacia el PC y toda la izquierda en tiempos de Dictadura Militar fue de un total, decidido y franco apoyo. El mismo día que sale el dictador del gobierno toda la solidaridad se redujo a una selectiva asistencia humanitaria, casi exclusivamente en salud.

9 Luis Corvalán confunde los personajes y en sus Memorias aparece "Salvador" como protagonista de este suceso. Pág. 249. Al Pleno de 1977 fue el Oficial Augusto, conocido como "Mago". Al Pleno de 1979 fue el Oficial conocido como Andrés o "El Hermanito" y al Pleno de 1981 fue Salvador, nombrado en ese entonces miembro del Comité Central del PC por los resultados obtenidos en la guerra en Nicaragua.

10 Entrevista con Augusto, Julio 2007.

11 En la crítica que hace Corvalán por el fallido atentado al dictador en septiembre de 1986 reconoce la responsabilidad política de la dirección y las carencias para ejercer el mando militar. El mando militar efectivo lo ejercería la Comisión Militar, principalmente su jefe Sebastián.

12 Tomamos el nombre de Deys para contar aspectos de la vida de un artillero en las Unidades de Combate, pudiendo ser cualquiera de los primeros graduados que cumplieron exitosamente esta tarea, como Juan Carlos y Joaquín, los "primeros expedientes" en la graduación del primer grupo de artilleros.

13 Luis Posada Carriles, cubano contrarrevolucionario, comprobado autor intelectual del atentado, al momento de esta investigación continuaba en EEUU bajo la protección de la justicia y el gobierno norteamericanos.

14 Con la participación de Juan Carlos, Torito, Pancho y Ulises, cada uno participante en estos primeros cursos, se cuantificaron las "bajas". Independiente a sus causas, de 57 alumnos del primer grupo de cursos especiales para chilenos iniciados en abril de 1975, en mayo de 1979, previo a Nicaragua, quedaba aproximadamente la mitad. La deserción fue mucho menos considerable en los cursos venideros.

15 "Cachita" le llaman en Cuba, a manera de sobrenombre, a las "Caridad".

16 Aníbal Maur, estudiante del segundo curso de Artillería Terrestre en la Escuela de Cadetes Camilo Cienfuegos. Autor principal del trabajo "La Política Militar del PC" de 1981.

Capítulo 2.
Chilenos en la Guerra de Liberación de Nicaragua[1]

El sábado 9 de junio de 1979 era una jornada más para el numeroso contingente de chilenos disperso entre las escuelas de cadetes y las unidades militares cubanas de los alrededores de la ciudad de La Habana. Otros se encontraban en trabajosas "maniobras" que los mantendrían durante semanas en el terreno en rigurosas condiciones de campaña. Uno que otro, a esa hora de la mañana estaba haciendo el relevo de un servicio de guardia de veinticuatro horas o urdiendo en su casa alguna justificación honrosa para regresar de nuevo a la "vida civil". Muchos iban camino al trabajo, donde los sorprendió la noticia.

Esa mañana, el Estado Mayor del Ejército Occidental había comunicado que todos los oficiales y estudiantes chilenos debían presentarse en su sede a la mayor brevedad. El inusual llamado despertó expectativas. Pocos se concebían a sí mismos como militares de profesión y Chile, la razón principal que había motivado ese cambio trascendental en sus vidas, aún se percibía lejos, solo aparecía en planes y especulaciones derivadas de su propia inquietud. La deserción aumentaba y la situación en la "tarea militar" se tornaba insostenible. No existían políticas globales en las que encajaran estas "tropas".

Poco a poco, los militares chilenos se fueron congregando en el Estado Mayor. Una vez reunida la mayoría, sin explicaciones de ninguna índole fueron trasladados en buses de la unidad militar hasta la Academia "General Máximo Gómez", una impresionante y hermosa escuela ubicada frente al mar, al este de la capital, donde se preparaban los oficiales superiores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

En el espacioso anfiteatro de la principal institución docente de las FAR, se reunieron por primera vez casi todos los chilenos, socialistas y comunistas, integrantes de la tarea militar: algunas doctoras de diversas especialidades médicas y, sin excepción, los

estudiantes, los recién graduados, los oficiales técnico-ingenieros y los más viejos y experimentados oficiales "tropistas" y artilleros.

La espera favoreció a que surgieran las más descabelladas especulaciones. Extraña y sugerente resultaba la presencia de numerosos altos oficiales del Ministerio del Interior, distinguibles por sus uniformes de un verde olivo más intenso que los empleados por las Fuerzas Armadas. Entre la constelación de estrellas que brillaban en las charreteras, estaban las de Alejandro Ronda,[2] un espigado coronel de ese Ministerio, con apariencia de intelectual, en quien recaería la responsabilidad directa de la misión que se preparaba para los oficiales chilenos. Desde ese minuto y en el cumplimiento de su trabajo, estableció indisolubles y permanentes lazos políticos y afectivos con ellos y sus proyectos.

De pronto, un de los oficiales desde el centro del anfiteatro, pidió silencio y a continuación anunció que todos los presentes habían sido seleccionados por el Estado Mayor General para pasar un breve curso de "lucha irregular" en el que conocerían el uso de tácticas y armamentos empleados en este tipo de combate.

La sorpresa se reflejó en el rostro de la mayoría y se acentuó cuando, sin mediar explicación, el pequeño grupo de socialistas fue separado del colectivo y tomaron rumbo desconocido. Ninguno de los oficiales y cadetes comunistas sabía que en ese preciso momento cuatro oficiales artilleros socialistas estaban en los últimos preparativos para volar a Nicaragua. La doctora Beatriz, militante comunista, que participó en esa reunión, escribe en su testimonio que a las mujeres se les negó inicialmente la participación en esa misión. Las mujeres, casi todas doctoras, se retiraron decepcionadas y más intrigadas. Pocos días después, ante insistentes reclamos, fueron incorporadas, sin aún saber el trasfondo de la inusual convocatoria.

A los comunistas los trasladaron en los mismos buses hasta una enigmática y espaciosa escuela rural preparada para la instrucción en el combate irregular con que contaba el Ministerio del Interior; después sabrían que estaban en Punto Cero. Un grupo de

militantes del Partido Comunista de Uruguay compartía el local con los chilenos, su integración sería absoluta y juntos vivirían toda esta historia.

Meses después, los comunistas se darían cuenta que sus coterráneos socialistas estaban muy cerca de ellos, en la misma instalación, pero nunca se vieron. Al tiempo se enterarían que cuatro artilleros militantes de ese partido habían viajado hacia la guerra en Nicaragua el mismo 9 de junio. En su escala en Panamá los visitó el general Omar Torrijos, en ese entonces, presidente del país.

Área 80

Después de comer, la tropa, ya uniformada con traje de campaña, se dispersó en pequeños grupos por el patio, una explanada amplia, pavimentada, en uno de cuyos costados estaba la sólida edificación de techo bajo que albergaba los dormitorios y las aulas de instrucción. Por iniciativa propia, los principales dirigentes del PC organizaron el grupo en pelotones y escuadras y designaron como jefe militar a Alberto, un destacado jefe de compañía. El patio era un hervidero de conjeturas. Los más optimistas pensaban en Chile y exteriorizaban su alegría, pero de inmediato eran frenados por los más conservadores y disciplinados, que aún esperaban por la inexistente política partidista.

El día terminaba y todo cuanto habían recibido eran perentorias indicaciones de organización y orden interno de parte de un oficial cubano. Era el jefe de aseguramiento encargado del Área 80 del Punto Cero.

Había caído la noche cuando un grupo de oficiales cubanos entró corriendo al patio. De manera atolondrada, con no poca energía, conminaron a chilenos y uruguayos a entrar al aula y ocupar los asientos. Minutos después llegó una rauda comitiva de vehículos y se estacionó en el patio. Entre la penumbra de una noche prematura, los más próximos a los ventanales vieron al Comandante Fidel descender de uno de los autos y acercarse con

pasos llenos de brío a la puerta de la sala de clases.[3]

En cuanto entró al local, todos se pusieron de pie, y comprendieron que estaban viviendo algo fuera de lo común. La inmensa mayoría era primera vez que tenía a Fidel a tan pocos metros. El Comandante se dirigió a ellos como si fueran viejos conocidos y sin preámbulo alguno comenzó a hablar de la situación en Nicaragua. Pocos minutos después, frente a un mapa que un ayudante situó con diligencia, explicaba el "teatro de operaciones" en el llamado Frente Sur, situado en la frontera con Costa Rica. Era uno de los tantos "frentes de combate" repartidos por todo el país, explicó, donde el pueblo nicaragüense, con el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) a la cabeza, se enfrentaba a los militares de la dictadura de Anastasio Somoza Debayle, último miembro de una dinastía que dominaba desde 1937 el pequeño país centroamericano.

Fidel habló con conocimiento. Relató el carácter de los combates recientes de finales de mayo, señaló con precisión la ubicación de las tropas, tanto revolucionarias como enemigas, los accidentes del terreno, su topografía, las distancias convencionales, los errores cometidos por los sandinistas y la imperiosa necesidad de incrementar las acciones combativas en la frontera sur. Se trataba de irrumpir en el sector de Peñas Blancas, avanzar hacia el norte por la Carretera Panamericana y penetrar en la profundidad del territorio protegiendo los flancos en los lugares de probable ataque enemigo.

Los más avezados oficiales se percataron al instante de que estaban recibiendo una misión militar; era el primer paso del llamado "orden consecutivo del trabajo de un jefe", metodología de organización del combate contemporáneo tantas veces practicada en ejercicios y maniobras militares. Ninguno pensó en cumplir el segundo paso de la metodología, "el esclarecimiento de la misión", cuando el subordinado debe inquirir por todas las interrogantes que aquella le suscite.

Tras ofrecer detalles de los elementos tácticos del teatro de

operaciones, Fidel se introdujo en cuestiones de estrategia y política internacional. El Frente Sur, señaló, atraía las más selectas tropas de la guardia somocista y "descongestionaba" los demás frentes internos. Luego explicó que Panamá y Costa Rica también estaban comprometidos en colaborar con los sandinistas y se extendió en los pormenores de las razones éticas y políticas de esta unidad coyuntural entre disímiles países en contra de la dictadura somocista.

Todos estaban como cautivados. En pocos minutos, hasta el más despistado comprendió que muy pronto estarían en Nicaragua, y era Fidel en persona quien les planteaba la misión, con la misma soltura y sencillez que un profesor de academia. Mientras el Comandante explicaba, varios oficiales de los más inquietos empezaron a preguntarse de qué forma llegarían a la frontera sur; a simple vista, no había fórmula sencilla para hacerlo. Fidel, como en sintonía con el colectivo, comenzó a contar acerca de acuerdos tácitos y colaboración con los gobiernos del área.[4]

Ninguno de los que testimoniaron para esta investigación guarda en la memoria cuántas horas estuvo Fidel con los oficiales chilenos y uruguayos; para la mayoría, el tiempo fue tan fugaz como eternas las huellas. Sí recuerdan todos con nitidez su precisión acerca de que, en el caso de los militares comunistas chilenos, era imprescindible la autorización del PC. Fidel explicó en detalles las gestiones hechas en ese sentido con el secretario general de la organización, Luis Corvalán, a quien había enviado un emisario personal a Moscú y cursado un cablegrama solicitando el permiso; sin este, no habría misión.

Se fue el Comandante, no sin antes prometer que retornaría apenas tuviera noticias. Al momento se produjo un repentino desborde colectivo y explosivo de emociones desordenadas. Ya estaba todo claro, ya sabían de qué se trataba.

Casi treinta años después, al reconstruir estos acontecimientos, Torito, el más joven de los oficiales de las academias cubanas en toda su historia, reflexiona: "Hay un par de datos interesantes. El

Comandante nunca ofreció nada a cambio, solo luchar y apurarnos para poder participar en la guerra. Parecía que sabía que ésta duraría poco".

En cada una de sus visitas posteriores, Fidel reiteró que Somoza tenía perdida la guerra y por esa razón era necesario apurarse para que los internacionalistas participaran en ella, no solo por la ayuda que representaba para los nicaragüenses, sino por la experiencia combativa y el prestigio necesario a ganar para poder participar en la construcción de un nuevo ejército nicaragüense.

El Comandante regresó esa misma noche. No existe consenso entre los entrevistados sobre la hora, pero coinciden en que casi nadie dormía a causa del entusiasmo. De nuevo entre gritos y rápidos movimientos, fueron urgidos a entrar en el aula del complejo militar. Nada más se notó el movimiento y todos intuyeron que era él. Había prometido volver si tenía noticias.

Fidel entró muy contento, radiante afirman algunos, aún con su tradicional tabaco puro en la mano izquierda y un papel en la derecha. Mientras agitaba el documento, dijo sonriente: "No pude quedarme con esto. Me llegó y vine corriendo a comunicárselo". A continuación, leyó el texto; era un cable de Corvalán en el que autorizaba, con emotivas frases, la participación de los comunistas chilenos en la misión internacionalista en Nicaragua.

Casi al unísono, los futuros guerrilleros se levantaron de sus asientos, y sin que nadie lo ordenara, comenzaron a cantar *La Internacional.*

Transcurrida menos de una semana de intensa instrucción, el primer grupo salió para Nicaragua. Eran los especialistas artilleros, los que más necesitaban en el Frente Sur y los que ya estaban instruidos en demasía. Los días previos fueron intranquilos, de elucubraciones en torno a las diversas variantes del itinerario del viaje que el Comandante les exponía en sus reiteradas visitas, tal como si ellos fueran partícipes de su mejor elección.

El PC reestructuró con rapidez su orgánica interna, que nadie

cuestionó: Salvador Colmenares desde un inicio estuvo al frente de esta tarea. Adolfo, Ariel y Augusto secundándolo en el secretariado; Alberto fue designado como jefe militar. Los cinco se reunían, discutían las variantes, sopesaban experiencias, responsabilidad, habilidades y cuanto fino antecedente descubrieran para estructurar los grupos que se irían trasladando a Nicaragua.

Ariel recuerda que el mando cubano elaboró una lista inicial de veinticinco internacionalistas que serían los primeros en viajar. El secretariado del partido en pleno reclamó por la selección inconsulta, alegando que aquel desconocía las características personales y trayectoria de los chilenos. Los cubanos se excusaron por el método y en lo adelante esa tarea la cumplió el secretariado. Los subordinados, ajenos a las decisiones, entre clases y prácticas esperaban ser seleccionados en los primeros grupos. Algunos con el vivo interés de combatir en Nicaragua; los más, impacientes por poner fin al encierro y la ansiedad que les provocaba la espera. Tiempo después se enterarían de que varios grupos de centroamericanos vivían un clima similar en otras instalaciones de Punto Cero.

Más de cuarenta personas integraron el primer grupo, la mayoría nicaragüenses, diez chilenos, más algunos combatientes hombres y mujeres de Honduras y Guatemala. En ese primer colectivo había una sola mujer nicaragüense, Adela Tapia, admirada por su belleza y sus cualidades como jefa de una pieza de morteros de 82 milímetros, llegaría a ocupar altas responsabilidades en el futuro Ejército Popular Sandinista (EPS). Su nombre en la guerra fue Lucía.

La jefatura del colectivo multinacional recayó en Salvador. Fidel respaldó esta decisión llevándolo a las instalaciones donde estaban los compañeros de cada país y presentándolo como jefe. Entre recomendaciones tácticas y anécdotas de sus tiempos de guerrillero, el Comandante despidió al grupo, y así lo hizo con cada uno cuando le llegó el momento de partir.

No tuvieron posibilidades de despedirse de seres queridos ni de darles explicaciones. En los días y semanas siguientes a su partida, una comisión de funcionarios cubanos visitó a esposas, madres, novias y cuanto familiar indicaron los internacionalistas, para informarles de una "misión especial" y pedirles que "tuvieran confianza" y entregarles una nota de todo aquel que quiso enviarla.

Augusto, miembro del secretariado de los comunistas chilenos, encabezó el segundo grupo; fue más numeroso y en él viajaron las doctoras. Al frente del tercero estuvo Ariel, el otro miembro del secretariado, a quien Fidel también presentó ante los compañeros de las demás nacionalidades. Fue en ese momento, relata Ariel, antes de salir el tercer grupo, que los visitaron Volodia Teitelboim y Jacinto Nazal para reiterar personalmente el beneplácito y apoyo del PC a la misión planteada por Fidel.

Las visitas del Comandante fueron innumerables y se repitieron hasta que terminó la guerra, cuando aún se preparaban combatientes. Fidel muchas veces llegó hasta las áreas de instrucción y tiro, donde se empleaba armamento y municiones de guerra, muestra de la confianza puesta en los internacionalistas e instructores cubanos, mientras los hombres encargados de su seguridad, tensos e inquietos, reflejaban la esperanza de que aquella "locura" terminara pronto. En el último tiempo se habían incorporado casi todos los que por diversas razones habían dejado la Tarea Militar, incluso no pocos civiles de otros partidos se preparaban cuando los sorprendió el fin de la guerra.

Viaje y llegada

Decenas de jóvenes turistas en atuendo llamativamente similar formaban una larga fila en la tarde del 16 de junio frente a una de las cabinas migratorias del aeropuerto de Ciudad de Panamá. Habían llegado en vuelo directo procedente de Cuba. Más que paseantes parecían pertenecer a algún contingente deportivo o algo similar; no había asomo de alguna algarabía y permanecían demasiado ordenados; cada cuatro o cinco de ellos se repetía

alguna prenda de vestir. Todas las maletas eran iguales, únicamente cambiaba el color. Solo un agudo observador hubiera podido diferenciar a guatemaltecos, nicaragüenses, hondureños y chilenos. El trámite fue expedito, facilitado por las autoridades panameñas; algunos funcionarios organizaban la gestión.

De inmediato, el grupo fue dividido por nacionalidades y cada una trasladada por separado, sin muchas explicaciones, a diferentes casas del FSLN en la capital. A todos les retiraron los pasaportes en el mismo aeropuerto, confeccionados para un solo viaje. El anfitrión de los chilenos fue un cura revolucionario, quien se encargó del grupo durante las más de veinticuatro horas que permanecieron en la ciudad. Al día siguiente, al caer la tarde, el sacerdote los llevó hasta un pequeño aeropuerto secundario custodiado por soldados y policías panameños. Una extraña sensación de inseguridad invadió a unos cuántos al penetrar a las instalaciones del aeropuerto en el área dominada por los militares. Estos tenían un excepcional parecido al soldado norteamericano de la guerra en Vietnam.

En la pista esperaba un pequeño avión bimotor de hélice, como salido de la Segunda Guerra Mundial, con una puerta trasera de doble hoja abierta. La noche del 17 de junio estaba cerrada cuando el avioncito, contra todo pronóstico, despegó con rapidez. Unas horas después, descendieron sobre un campo en penumbras, donde a lo lejos se divisaban algunas instalaciones con lucecitas mortecinas. Apenas bajaron del aparato, les indicaron subirse a un camión ganadero de altas barandas de madera cubierto por una lona, que se encontraba estacionado a escasas decenas de metros. "Quietos y en silencio absoluto", dijo uno de los "encargados". Más tarde supieron que la pequeña pista se encontraba en Liberia, un pueblito costarricense situado a poco más de diez kilómetros de la frontera nicaragüense.

El trayecto lo hicieron sentados en el piso del camión, acurrucados uno al lado del otro, en silencio y totalmente a oscuras porque la lona cubría hasta el menor resquicio. Más de

uno se preguntó dónde se encontraban, si la zona de guerra estaba cerca y si toda esa operación desconocida y organizada para moverlos había sido preparada con rigor profesional.

Transcurrió un tiempo que ninguno pudo precisar, pero era bien entrada la noche cuando el camión se detuvo y apagó los motores. Fueron bajando poco a poco, esta vez sin prisa, sigilosos y medio agachados por pura intuición; no tenían ni siquiera un cuchillo. El camión sin luces se fue y los recibió el silencio. En algún instante, mientras esperaban y los jefes cuchicheaban, como de repente, muchos se dieron cuenta que el silencio no era tal, un ruido permanente y monótono de miles de insectos nocturnos nacía de esa selva rala. Al rato, aparecieron algunos jefes nicaragüenses, entusiasmados por la llegada de "más" militares profesionales, que los condujeron a unas naves cercanas donde pasaron su primera noche en el Frente Sur.

Al borde del amanecer del 18 de junio se uniformaron con traje de campaña verde olivo, a cada uno le dieron un fusil Fal de fabricación belga que se sumó a las brújulas, binoculares y los imprescindibles instrumentos para conducir el tiro. La luz del día les permitió moverse con mayor confianza; a cada paso eran sorprendidos por uno que otro guerrillero en bicicleta o con un radio grabador sobre los hombros. Estaban en la infraestructura aduanal de Peñas Blancas, un área extensa ocupada por numerosas y espaciosas bodegas, oficinas, casas de viviendas y un poblado aledaño. Daba lo mismo si las instalaciones eran nicaragüenses o costarricenses porque desde hacía dos días los sandinistas controlaban ambos lados de la frontera. El "borde delantero" de las tropas enemigas estaba a más de cinco o seis kilómetros al interior de Nicaragua.

A media mañana, Salvador, con indicaciones precisas de Marvin,[5] el jefe de Estado Mayor del Frente Sur y quien ejercía el mano real de éste, ordenó a los artilleros dirigirse a una bodega de la aduana donde estaba almacenado un considerable número de cajas con armamento.

Allí, mientras sacaban el armamento de sus embalajes, se enteraron por Marvin, que cuatro artilleros chilenos del Partido Socialista habían participado en el ataque a Peñas Blancas, efectuado días antes. El grupo había armado previamente una batería de seis piezas de pequeños cañones de 75 milímetros, una de morteros 82 milímetros y las dos únicas piezas de morteros 120 que se emplearon en ese combate.[6] Para los militares comunistas era una gran interrogante el cómo los oficiales socialistas habían llegado primero a esa guerra.

En esos tiempos, los oficiales del Partido Socialista vivían las mismas preocupaciones que los comunistas acerca del tiempo transcurrido y la ausencia de perspectivas con respecto a Chile, profundizadas, en su caso, a raíz de la división que se produjo en ese partido a mediados del año 1978 entre el sector encabezado por Clodomiro Almeida y el liderado por Altamirano, en el cual quedó militando la inmensa mayoría de los oficiales de ese partido.

A fines de mayo de 1979, en ocasión de una visita de Altamirano a La Habana, tres de esos oficiales, Francisco del Río, *el Rucio,* Miguel[7] y Víctor Minué,[8] solicitaron entrevistarse con él para trasmitirle una propuesta ante la imposibilidad de viajar a Chile, como aseguraban sus dirigentes. Se trataba del cumplimiento de una misión internacionalista. Tres fueron las variantes de los oficiales socialistas: en el Sahara Occidental junto al POLISARIO; en Vietnam, para aprender de sus experiencias, o en la guerra de Nicaragua, en ese mismo orden de prioridad.[9]

Altamirano les aseguró que analizaría la propuesta con Fidel, con quien se reuniría en breve. Dos días después de efectuarse el encuentro entre este y el Comandante, en una unidad fuera de La Habana, concentraron exclusivamente a cuatro artilleros socialistas. Un par de días después o quizás el mismo día que los convocan, tuvieron una entrevista con Fidel muy similar a las narradas con los comunistas. Inmediatamente después, en los primeros días de junio, salieron para Nicaragua. Así fue como este

selecto grupo de artilleros socialistas llegaron a tiempo para garantizar la preparación artillera del asalto a Peñas Blancas, a la postre decisiva en el éxito de esa acción.

Los otros socialistas arribaron junto con los demás comunistas en las últimas semanas de junio y la primera de julio, compartiendo las peripecias del traslado hasta el Frente Sur con un arco iris latinoamericano de guatemaltecos, salvadoreños, nicaragüenses, hondureños y uruguayos. En los viajes sucesivos no lo harían casi uniformados y a primera vista tenían cierta facha de turistas de verdad.

Imprescindible ubicación

La frontera sur de Nicaragua, que separa a este país de Costa Rica, se extiende desde la costa del Atlántico en el este hasta la costa del Pacífico al oeste, unos doscientos kilómetros medidos en línea recta. La mayor parte de ella, desde el Atlántico hasta el lago de Nicaragua, es un sector selvático e inhóspito, en gran parte recorrido por el río San Juan, un sector de cuyo cauce sirve de límite entre ambos países. En el extremo oeste, la frontera termina en un estrecho istmo de no más de veinte kilómetros que va desde las costas del gran lago de Nicaragua hasta la bahía de Salinas en el océano Pacífico. Este sector, más "civilizado", fue el escenario de guerra del Frente Sur.

La franja de terreno tiene dos grandes vías de comunicación que unen a Nicaragua con Costa Rica. Una, más bien un camino secundario, bordea la costa del Océano Pacífico, la otra es la Carretera Panamericana, que corre contigua al lago, pasa por las instalaciones fronterizas de Peñas Blancas, que comparten ambos países, y baja desde allí hacia el sur de Costa Rica.

El Frente Sur "Benjamín Zeledón"[10] formaba parte de una estrategia insurreccional en todo el país, conducida por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, que, desde su fundación en 1962 combatía a la dictadura de los Somoza. En septiembre de 1978, el FSLN definió una estrategia de *ofensiva general* en Nicaragua, cuyo carácter la Dirección Nacional del Frente cambió

en mayo de 1979 por el de una *ofensiva final*. Son dos "etapas" de la revolución nicaragüense dentro de una misma "estrategia insurreccional". Las acciones del Frente Sur son parte integrante del plan global de la Dirección Nacional del Frente Sandinista de Liberación Nacional.[11]

Los combates se desarrollaron en dos momentos y áreas del istmo bien delimitados: desde fines de mayo hasta el 9 de junio en la región contigua al litoral del Pacífico, combates ocurridos en la dirección "Naranjo-Ostional". Y los ocurridos desde el 15 de junio hasta el triunfo de la revolución, el 19 de julio de 1979, en la zona adyacente al lago de Nicaragua y de la Carretera Panamericana, dirección "Peñas Blancas-Ostional".

En las etapas previas de formación y consolidación del Frente Sur, en la campaña pre-insurreccional de diciembre de 1978 a mayo de 1979, como lo señala el Comandante Guerrillero Javier Pichardo, participó un reducido grupo de militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, que vivía en Costa Rica. Estos, por propia iniciativa se integran al Frente Sur. El primer chileno que cae combatiendo en la frontera sur pertenecía a este grupo de militantes del MIR. Se trata de Juan Cabezas Torrealba, que cae combatiendo en la localidad de Orosí el 9 de abril de 1979. Mario Guerra, de seudónimo Jorge, es uno de sus integrantes que continuarían en la guerra y moriría en combate el 28 de junio de 1979.[12]

Los combates

En la noche del 27 de mayo de 1979 salen las columnas guerrilleras desde sus bases en Costa Rica. El 28 comenzaron los combates en El Naranjo y El Ostional, dos pequeños poblados situados cerca del litoral del Océano Pacífico a dos y diez kilómetros respectivamente de la frontera con Costa Rica. En términos tácticos, estos combates fueron un revés para los guerrilleros, que solo pudieron ocupar El Naranjo y tuvieron que retirarse en la noche del 9 de junio con numerosas bajas a sus bases en territorio costarricense. Es en estos combates que

participa un grupo de militantes del MIR.

Afirma Daniel Ortega, que en esos momentos de la insurrección los frentes en el norte, occidente, y principalmente en Managua y Masaya, eran una realidad imparable. Nicaragua estaba insurrecta, el triunfo era cuestión de tiempo. En el sur había que mantenerse y no sucumbir. Lo mejor de la guardia somocista debía permanecer empantanado allí, donde también los sandinistas contaban con la mayor cantidad y calidad de armamento y un generoso avituallamiento llegado de Costa Rica.

El 9 de junio por la noche, el Estado Mayor del Frente Sur[13] decidió retirar sus tropas y concentrarlas de nuevo en sus bases inmediatamente al otro lado de la frontera. En menos de una semana prepararon otra incursión, esta vez por Peñas Blancas con dirección a Sapoa-Rivas y la Carretera Panamericana como eje del ataque.

La noche del 13 de junio, en la casa hacienda de Don Ramiro, cerca de la carretera Panamericana y a casi diez kilómetros del puesto fronterizo de Peñas Blancas, los principales jefes del Frente Sur coordinaban las últimas medidas para el asalto sobre el pueblito y las instalaciones aduaneras.[14] Una habitación bodega en el segundo piso de una hacienda servía como improvisado Puesto de Mando al Estado Mayor, ampliado con algunos jefes de columna destacados en los combates recientes. También participaban en la planificación los cuatro chilenos socialistas especialistas en artillería terrestre recién llegados: Leonardo y Francisco del Río, jefe y conductor del tiro de una batería de cañones 75 milímetros, respectivamente, y Pedro Hernández,[15] "José" en la guerra, y Manuel Reyes, "el Guatón Manuel", con los morteros 120 milímetros.

En la madrugada del 15 de junio, cinco columnas salieron desde sus regiones de concentración. Con cautela, como sin prisa, llegaron al lugar escogido para iniciar el ataque. Los artilleros, instalados desde el día anterior, revisaban sus equipos y comprobaban los niveles de las piezas; sus baterías eran las

encargadas de comenzar el fuego a las seis en punto de la mañana.

Dos columnas, al mando de Benito y Carlos Duarte, debían cumplir la misión principal de ocupar Peñas Blancas y continuar con dirección al poblado de Sapoa, a casi cinco kilómetros al norte por la misma carretera. Otras dos, bajo la jefatura de Ernesto y Lenin tenían que ocupar las elevaciones del flanco izquierdo de ambas poblaciones, área más probable de contraataque enemigo, donde se habían efectuado los combates recientes.

La quinta columna, cuyo jefe era Laureano Mairena, debía penetrar por el costado izquierdo de Peñas Blancas y, sin hacer contacto con el enemigo, avanzar dos kilómetros al norte en la profundidad, justo hasta un puente de la carretera bajo el cual corría un riachuelo casi seco nombrado Pita 1, para emboscar allí a posibles refuerzos y detenerlos.[16]

La artillería comenzó el fuego a la hora prevista. Un certero cañonazo a tiro directo de la batería de Leonardo inició las acciones, los morteros lo secundaron con tiro semi-directo.[17] Apenas terminó el fuego artillero, una de las columnas entabló combate con el enemigo y realizó intenso fuego con fusiles y ametralladoras de infantería. La otra columna, como si fuera un segundo escalón, se dividió y rodeó el puesto por ambos flancos aumentando el fuego desde todas direcciones.

Las dos columnas que debían custodiar el flanco izquierdo ocuparon sin combatir los accesos y las alturas que dominan los caminos y caseríos de Sota Caballo y La Calera. En la emboscada, alrededor de las diez de la mañana la columna responsable de ésta vio aparecer, exactamente en el lugar previsto, dos camiones enemigos con tropas de refuerzo que se dirigían hacia Peñas Blancas a toda velocidad. Dos disparos con lanzacohetes RPG-2 neutralizaron a los camiones, pero pasado el impacto de la sorpresa, a pesar de que había tenido algunas bajas, el enemigo se organizó, respondió el fuego, e hizo retroceder a los guerrilleros. Sobre la marcha, los guardias regresaron hacia el norte desistiendo de continuar hasta Peñas Blancas. Tras la toma de

Peñas Blancas, el mando sandinista se desorganizó y el Estado Mayor perdió el control sobre las columnas, que comenzaron a actuar con absoluta independencia. Los guerrilleros andaban por doquier en pequeños grupos, husmeando bodegas y oficinas, mientras algunos jefes trataban de controlar ese ir y venir alocado de jóvenes que más parecían felices paseantes en medio de una feria dominical, que bizarros soldados en una guerra atroz. Al amanecer del día siguiente, ya el Estado Mayor controlaba otra vez a sus tropas.

El 16 de junio muy temprano, la batería de cañones 75 milímetros de Leonardo realizó varios disparos contra el pueblito de Sapoa, ubicado entre la carretera y el lago, a poco más de cuatro kilómetros de Peñas Blancas. Los guardias se retiraron al momento de recibir las descargas; a las nueve de la mañana las tropas sandinistas tomaron el poblado sin haber entablado combate con el enemigo, que para entonces ya ocupaba las alturas inmediatas al río Ostayo, unos dos kilómetros al norte de Sapoa. Los oficiales artilleros socialistas y su arma, la artillería terrestre, habían cumplido con éxito sus misiones.

En esa situación se encontraba el Frente Sur la madrugada del 18 de junio cuando llegó el grupo de latinoamericanos proveniente de Cuba. Los demás oficiales chilenos, comunistas y socialistas, que participaron en esa guerra se incorporaron en pequeños grupos durante los días siguientes.

Los especialistas recién llegados al mando de Salvador de inmediato se pusieron a las órdenes del Estado Mayor y participaron con éste y los jefes de columnas en la planificación de una ofensiva sobre las posiciones que la guardia había ocupado en las elevaciones al norte del río Ostayo, y determinaron realizar el asalto a esas elevaciones al amanecer del 19 de junio.

Una columna de aproximadamente sesenta hombres, al mando del jefe sandinista Roger, realizó el ataque previa preparación artillera a cargo de la artillería multinacional: la batería de cañones de 75 milímetros de Leonardo y dos de morteros 82

milímetros subordinadas a René Merino y Amado Molina; Juan Carlos Barrera y Joaquín Ávalos condujeron el tiro.

Algunos jefes de piezas y de pelotón de estas baterías eran chilenos de las más diversas especialidades que asumieron esta función debido a la urgencia de los combates. Uno de ellos era Roberto Nordenflycht y David Camus, al frente de un pelotón y una pieza, respectivamente, de la batería de René. Las tropas de infantería, las columnas, estaban integradas casi en su totalidad por nicaragüenses. Más adelante se organizarían algunas piezas de los veloces cañones 75 mm con combatientes uruguayos, que cumplieron exitosas misiones.

No se sabe si de antemano las alturas hacia las que se retiraron los guardias estaban preparadas ingenieramente, como en lenguaje militar se denomina a un área donde se han acondicionado trincheras y obstáculos para el combate, o si lo hicieron al llegar al lugar, para lo cual dispusieron de suficiente tiempo. Esas trincheras y nidos de ametralladoras resultaron decisivos en los combates de los días posteriores y le cambiaron el carácter a la guerra en el Frente Sur.

De manera acelerada organizaron las baterías, las instalaron en el terreno en la madrugada del día 19 y las pusieron en completa disposición para el tiro. Los primeros jefes especialistas en Tropas de Infantería, Guillermo Díaz y Evaristo Báez, sufrieron un precipitado bautismo de fuego cuando exploran junto a los jefes sandinistas las posiciones enemigas en la preparación para el ataque.

Al amanecer del 19 del junio las dos baterías de morteros no podían comenzar el fuego a la hora establecida. Se trataba del "tiro indirecto" y los conductores de fuego de artillería debían determinar con precisión los blancos. Las piezas instaladas con celeridad y en la penumbra de la noche no tenían todos sus mecanismos ajustados y se encontraban detrás de unas suaves alturas a menos de un kilómetro de las líneas de blancos. Los conductores del fuego artillero tratan de "llevar los proyectiles al

blanco" y demora más de lo planificado, no se cumple con los tiempos acordados, y "Roger", el jefe de columna que está tendido con sus hombres en el lado sur del río, sin previo aviso levanta sus tropas y lo cruza, comenzando el ascenso a la loma que todos conocieron como "altura 50".

Cuando los guardias los tuvieron a tiro, las ametralladoras abrieron fuego nutrido. Al momento caen algunos combatientes heridos o muertos. Al observar la inmensa desventaja, muchos corren, otros se tienden y observan cómo algunos con desespero buscan cualquier refugio inmediato. Muchos fueron convergiendo e instintivamente se parapetaron tras una casa sólida situada entre el río y las alturas defendidas por la guardia. Los morteros disparaban una y otra vez pero les resultaba imposible neutralizar los nidos de ametralladoras a pesar del cuantioso gasto de municiones.

Poco después, la aviación enemiga se incorporó al combate. Los combatientes parapetados en la casa son descubiertos y un proyectil reactivo lanzado por un antiguo avión a reacción impactó en la vivienda causando numerosas bajas, entre ellas el jefe de la columna, quien murió al instante. El fuego de los morteros y cañones permitió que el resto de la tropa se retirara, pasara el río y se dirigiera hacia el área liberada. Miguel, uno de los oficiales socialistas recién llegados, había sido enviado por el Estado Mayor para unirse a la columna de Roger, y camino a cumplir la misión se encontró con los combatientes, que regresaban en desorden.

Miguel comprendió que la situación era propicia para un contraataque enemigo, y con no poco esfuerzo y energía logró, junto a los jefes sandinistas, organizar una línea defensiva en las alturas al sur del río con parte de las tropas en retirada. Fue a partir de este momento que el Frente Sur comenzó a realizar trabajos ingenieros y se vio obligado a pasar a una guerra de carácter regular.

Caía la tarde del 19 de junio, y ante tamaño descalabro, nadie en

ese momento podía imaginar que faltaba exactamente un mes para el final de la guerra.

Área liberada y guerra de posiciones

El 22 de junio se organizó un Estado Mayor "adjunto" compuesto por especialistas chilenos de ambos partidos para colaborar en la organización, planificación y dirección de la guerra en el Frente Sur. Otros especialistas de infantería fueron distribuidos para trabajar directamente con los jefes de columna, pero la mayor parte continuó en las pequeñas unidades de artillería con un mando único subordinado a Salvador.

Los jefes de baterías de artillería, además de los señalados antes, fueron Natalio, en una de morteros, y Gladio Mena en una de cañones 75 milímetros. Este último había llevado su guitarra, pinturas y poemas hasta los campos de Nicaragua. En las baterías se podía encontrar como jefes o sirvientes de pieza desde un ingeniero en comunicaciones, en explosivos, hasta un instructor político además de especialistas en tanques que ejercieron como artilleros.

Por esos días le asignaron a la mayoría de las baterías una médico especialista, todas mujeres chilenas, que, subutilizadas, no duraron mucho con los artilleros. En las columnas y el frente en general necesitaban con urgencia la organización de los servicios médicos. Pronto aparecerían los "nichos" de recolección de heridos, las postas médicas intermedias y toda la estructura de la especialidad. En esta tarea las doctoras jugaron un papel principal.[18]

Todos los chilenos, sin que nadie lo dijera ni quedara establecido, se subordinaban a Alejandro Ronda, único oficial del Ministerio del Interior de Cuba que permaneció de forma permanente en el Estado Mayor, en el área de los combates, asesorando a chilenos y también a nicaragüenses hasta el último día de la guerra. De cuando en cuando, uno que otro especialista de ese ministerio entraba y salía de la zona de los combates de acuerdo con precisas necesidades nacidas de la propia guerra.

Los jefes chilenos y Alejandro Ronda hacían ingentes esfuerzos por organizar las tropas y preparar los aseguramientos indispensables para el próximo plan ofensivo. Estaban en una guerra de posiciones, un escenario similar a los desarrollados en años de maniobras y preparación teórica, pero una cosa era el entrenamiento y otra muy distinta intentar transformar, en tiempo récord, a guerrilleros en soldados disciplinados e instruidos para esa guerra.

El escenario real era una extensa línea defensiva que protegía la amplia zona liberada, cuya retaguardia se extendía varios kilómetros en el territorio costarricense. Frente a esta área liberada, separados por un riachuelo, estaba el enemigo apostado en suaves alturas sin mucho follaje. Justo en su "cresta militar" estaban los nidos de ametralladoras y las trincheras enemigas. Toda la disposición en el terreno de tropas y técnica de las fuerzas beligerantes, parecía sacada de los mapas de entrenamiento.

El flanco izquierdo, también defendido pero menos preciso que el frente, se hacía más complicado porque tenía sectores muy boscosos, algunas alturas desordenadas y dispersas con numerosos caminos y trillos. En esa dirección estaban Sotacaballo y La Calera, dos caseríos donde en uno de ellos funcionaba una fábrica de cal semiartesanal. En el flanco derecho, el gran lago Nicaragua, por donde los guardias podían llegar hasta en canoa pero nunca lo hicieron. Solo en una oportunidad, recuerda un ingeniero militar, algunas lanchas intentaron acercarse por esa dirección; varios disparos artilleros disuasivos fueron suficientes. Nunca más se supo de guardias somocistas por la costa.

El Estado Mayor organizó en pocos días una pequeña sección de personal, encargada de contabilizar fuerzas y medios. Sin poder precisar todos los datos, informó que el Frente Sur tenía entre cuatrocientos cincuenta y quinientos combatientes, todos armados con fusiles Fal, doce RPG-2, y las piezas de artillería más algunas ametralladoras antiaéreas de calibre menor. Ningún frente en toda Nicaragua contaba con tal cantidad y calidad de

medios combativos. Nunca nadie se quejó de falta de municiones o víveres, únicamente los artilleros debieron limitar el gasto de proyectiles.

El mes de junio es muy lluvioso en Nicaragua, la sofocante humedad ambiental lo satura todo, por lo que las cargas de las municiones siempre estaban húmedas y la tierra blanda. A pesar de las muchas bases auxiliares que hacían los artilleros con maderos del lugar, después de cada disparo los morteros se desnivelaban y enterraban. Tampoco lograban mantener limpios los visores o "miras" ni los "niveles" de las piezas porque el lodo se adhería a los instrumentos e impregnaba los paños y hasta las manos de los "sirvientes de pieza", que trataban en vano de quitar la suciedad. No fueron pocas las ocasiones en que las cargas humedecidas y las costras de restos de pólvora en el interior de los tubos de los morteros provocaron lanzamientos fallidos. Al principio y en repetidas ocasiones, los artilleros, al realizar los disparos, quedaban como perplejos al ver que los proyectiles salían como cansados detrás de una nube de pólvora mal quemada y una explosión mezquina. Los proyectiles, en tales casos, en lugar de elevarse enérgicos y perderse en el cielo, apenas describían una grotesca parábola para caer inmediatamente y mal enterrarse, a escasos metros delante del mortero. A los pocos días todos se acostumbrarían al fenómeno y se terminarían los cinematográficos brincos y piruetas que hacían algunos combatientes al intentar protegerse pensando en una inminente explosión. Nunca explotó algún proyectil de lanzamiento fallido. En otras oportunidades el proyectil simplemente no salía, se quedaba abajo dentro del tubo, como atascado. Existían rigurosísimos tiempos de espera hasta constatar que el proyectil no saldría retrasado. Había que sacarlo manualmente del tubo. Muchas veces los conductores de tiro situados en el mismo frente de combate, no sabían de esas incidencias y reclamaban a gritos a través de los radios por el fuego interrumpido.

En una de esas ocasiones un proyectil quedó atascado en el

mortero del que era jefe, el socialista chileno David Camus. Ante la demora, René Merino el jefe de batería, situado detrás y al centro del "emplazamiento", le reclamó a viva voz y con urgencia que efectuara el tiro. Camus, parado justo al lado del mortero en espera del tiempo requerido para desarmar la instalación y sacar el proyectil atorado, giró el cuerpo para dar una explicación al jefe y pasó la mano sobre la boca del tubo en el mismo instante en que salía el proyectil. Este no explotó, pero se llevó gran parte de la mano de David, quien con rapidez apretó el muñón y con pasmosa calma le exigió a René que cortara el colgajo deforme que pendía de un hilo de carne sanguinolenta. El jefe de batería cumplió la petición con su bayoneta de reglamento, las doctoras hicieron el resto. Desde ese minuto David Camus para todos sería "El Manco".[19]

En horas, el Estado Mayor intentó dar un cambio total a sus fuerzas guerrilleras y ponerlas más acordes con la nueva situación, organizando todo el Frente y los aseguramientos para esta guerra de posiciones, principalmente la dirección de las columnas, las comunicaciones y los trabajos ingenieros. Aunque también se organizó la distribución de víveres y municiones con jefes y escuadras encargados de su almacenamiento y entrega, nunca se pudo eliminar el sistema de "autoservicio" que tenía cada jefe de columna. No fueron pocas las reses errantes de esos campos que terminaron en improvisadas parrillas guerrilleras.

La guerra necesitaba las presiones del Frente Sur, los sandinistas no podían permitir que el ejército de Somoza fuera aniquilando por parte los distintos focos insurreccionales que en el interior del país se batían en muy precarias condiciones. Con la estabilidad del régimen pendiente de un hilo de tiempo, la guardia somocista no conocía norma ni ética alguna; por día aumentaba la gente común que moría en las barriadas rebeldes que se multiplicaban en las principales ciudades de Nicaragua. La Insurrección Final, convocada a fines de mayo por la Dirección Nacional del FSLN, urgía que el sur reanudara la ofensiva. Es en

estas circunstancias en que emerge con nitidez la visión que tenía Fidel de todo este conflicto.

Juan Carlos Barrera, seleccionado en el primer grupo de oficiales comunistas que se incorporan a la guerra, así recuerda la concepción táctico-estratégica del Comandante:

–Fidel nos señaló con firmeza que nuestra misión consistía en apoyar a las columnas guerrilleras sandinistas para mantenerse en el territorio ocupado, que una vez dentro del territorio nicaragüense, se debía profundizar la ofensiva lo más que se pudiera sin correr el riesgo de que un ataque por la retaguardia de nuestras fuerzas pudiera "cortar" el frente en dos con el riesgo del aniquilamiento del mismo. Que una vez ocupadas las posiciones, debíamos pasar a formas de guerra regular, manifestada a través de la consolidación de una línea de trincheras que se debía mantener a cualquier costo.

"Nos explicó que era necesario aumentar la potencia de fuego para impedir o desestimar cualquier intento enemigo de recuperar sus posiciones y crear condiciones para –si la situación táctica lo permitía– avanzar en la ampliación de la "cabeza de puente" conquistada. Comprendimos la urgencia del envío de artilleros al Frente Sur".

"En la lógica más trascendente se visualizó todo el pensamiento estratégico de Fidel. Nos dijo que si el FSLN lograba consolidar un territorio en el Frente Sur, Somoza iba a reaccionar de la manera más contundente, porque como había centrado su propaganda en el sentido en que estaba siendo sujeto de una agresión del "comunismo internacional" desde el sur, iba a concentrar el mayor contingente de lo mejor de sus fuerzas para derrotarnos y poder anunciarse al mundo como un adalid en "defensa de la democracia" que debía ser ayudado por Occidente. Con esto pretendía sostener la ayuda militar que Estados Unidos le estaba dando y con la cual mantenía su maquinaria de guerra".

"Era menester considerar que la guardia nacional somocista había utilizado con éxito durante la insurrección de septiembre de

1978 el ataque por partes produciendo el aniquilamiento o neutralización sucesiva de los frentes insurreccionados. Según el Comandante en Jefe Fidel Castro, la consolidación del Frente Sur iba a quitarle presión a los demás frentes de guerra del FSLN que podrían, a partir de un plan único y simultáneo, iniciar una ofensiva que confluyera hacia Managua, último bastión que sostendría Somoza".

En un libro, Justiniano Pérez (ex oficial de la Guardia Nacional y último comandante de la Escuela de Entrenamiento Básico de Infantería
–EEBI– la tropa élite de Somoza) reconoce el impacto del ataque en el sector Peñas Blancas, el retiro de las tropas al norte del río Ostayo, la sorpresa de una guerrilla convertida en fuerzas regulares y el empleo de lo más selecto de las tropas de la dictadura en el intento por derrotarlas en una guerra de carácter convencional. Según este libro, el ex oficial reconoce que en el Frente Sur llegaron a tener "un gran total de 750 hombres que sellaron la Frontera Sur por el istmo de Rivas".[20] A esto hay que sumarle el empleo de los obuses 122 mm., la aviación compuesta por dos aviones T-33 a reacción, armados con cohetes y ametralladoras, los aviones de ataques Push and Pull, C-47 y helicópteros que ametrallaban y lanzaban bombas de hasta 500 libras sobre el área liberada.

Mientras tanto, en el Frente Sur se organiza la exploración con pequeñas y veloces escuadras husmeando al enemigo por doquier. Esta determinó que la altura 50 estaba defendida por hasta tres nidos de ametralladora bien parapetados y semi-cubiertos y numerosas y pequeñas trincheras no siempre ocupadas por los soldados. Después se sabría que el enemigo mantenía un "área de concentración de tropas" detrás de las alturas y movilizaba estos efectivos de acuerdo con el desarrollo de los combates.

La mejor novedad era que en las elevaciones aledañas al costado izquierdo de la "loma 50" no habían guardias. En ese sector, el acceso a la altura a través del río y el ascenso de aquella estaban

protegidos por una frondosa vegetación. Era posible incursionar al norte del río y salir a la retaguardia enemiga.

Incursión lateral

La idea era sencilla y acelerada su preparación. Una columna de hasta 80 combatientes al mando de "Baltasar", debía trasladarse desde Sapoa en la madrugada del 25 de junio e introducirse por el flanco izquierdo del frente enemigo y salir a las alturas antes mencionadas. Desde esas posiciones ventajosas y después de la señal convenida, utilizando la sorpresa junto a una preparación artillera de 10 minutos y un simulacro de ataque por el frente a cargo de "Pardillo", debía irrumpir por el flanco izquierdo y tomarse la altura 50 por asalto. Un Puesto de Mando se crearía con los principales conductores del tiro artillero.[21]

Era aún de noche cuando la columna, en silencio, terminó sus preparativos. Baltasar, junto a los oficiales chilenos Germán y Guillermo, se esmeraba revisando pertrechos, municiones y medidas de seguridad. Germán vestía un impecable uniforme verde olivo, el de Baltasar no tenía color ni forma. "El primer balazo será para el asesor", advirtió el oficial socialista Miguel, (*Patán)* haciendo notar la diferencia. Por primera vez en su vida, Germán se cambió ropa limpia por otra sucia, sudorosa y desteñida.

En el Estado Mayor, Evaristo y Miguel, mediante plan de comunicaciones, conducirían las acciones junto a los jefes nicaragüenses Jerónimo y Guachan. El Puesto de Mando de artillería estaba integrado por Joaquín, Hugo y Andrés, los principales conductores del tiro artillero. Era la madrugada del 26 de junio y estaban en el lugar designado listos para comenzar. Patán, cuando todo estaba listo señaló que una cosa era lo que ellos imaginaban mientras planificaban, y otra distinta cuando los guerrilleros se enfrentaban a una realidad con situaciones sorprendentes y nuevas, que les hacían tomar cualquier decisión. Según Germán la columna fue finalmente de un poco más de 40 combatientes y la misión tan bien planteada aconteció por sus

propios derroteros.

Antes del amanecer, los combatientes fueron cruzando el río con lentitud, uno por uno, evitando provocar cualquier ruido. A Germán le pareció eterno, y el río tan ancho como el Amazonas; muchos años después comprobó que se trataba de un miserable arroyuelo. Del otro lado y en cualquier momento podían aparecer los soldados "y uno no se puede esconder en el agua como en las películas", explica.

Una vez en "territorio de nadie", caminaron bordeando las alturas más cercanas. Cuando consideraron que ya habrían pasado el borde delantero del enemigo, comenzaron el ascenso a una altura dominante. Según Germán, las cosas sucedieron como sigue.

–Ya casi llegando, con los fusiles a punto, fuimos sorprendidos por soldados de la guardia somocista, sus caras reflejaban la misma sorpresa que la de nuestros combatientes..., y comenzó una balacera infernal. Disparando sin mucha visibilidad llegamos a la parte superior de la loma y nos tendimos en el suelo mojado y de nutrida vegetación, los guardias retrocedieron, ocuparon otra loma, y comenzaron a pedir fuego artillero. Empezó a caer uno que otro proyectil de cañón o mortero en nuestra loma. Habíamos perdido la sorpresa y estábamos tendidos en una loma mirando las trincheras somocistas. No teníamos respiro, pero en algún momento empezamos a tratar de averiguar cuántos quedábamos, y pedimos enumerar a los combatientes en la línea que formamos. Descubrimos que no éramos muchos. La confusión no permitía saber si teníamos muchas bajas o sencillamente ante el encuentro sorpresivo varios guerrilleros volvieron a la línea nuestra al sur del río. Era evidente que no actuamos como una unidad, ya que cada uno ocupó el sitio donde estaba cuando comenzó el combate.

"Lo concreto es que quedamos un grupo pequeño en la loma, con dominio militar de ella y una buena visión de las trincheras de la guardia somocista. Discutimos con el otro oficial que me acompañaba; él decía que debíamos volver a nuestras posiciones,

pero yo era de la opinión de que debíamos mantener la posición, hostigar al enemigo en espera de las órdenes superiores. Baltasar estaba preocupado por el no cumplimiento de la misión, y decía que era una buena posición para por lo menos joder a la guardia y que no podíamos retirarnos por nuestra cuenta, porque los jefes dirían que nos 'ratoneamos'. Así lo hicimos y la guardia, al descubrir nuestras intenciones, arreció sus ataques. No teníamos trincheras y en cada bombazo que nos mandaban, nos levantaban de la tierra cuando caía un proyectil cercano. Nos pegábamos como 'lapas' al suelo, realmente después de cada bombazo escupíamos pasto de tanto pegarnos al terreno. Me hice cargo del radio de la columna, me puse en contacto con los jefes e informé la situación y ubicación de las trincheras enemigas. Algún jefe artillero o explorador, no sé si por órdenes de algún jefe superior, se contactó conmigo y por sus instrucciones, me transformé en un observador artillero avanzado, o mejor dicho en un observador infiltrado en las filas enemigas, pero sin conocer casi nada de dirección de fuego artillero. Yo no estaba de frente al enemigo, estaba en su costado y la artillería sí permanecía en el mismo lugar. Era un enredo para un jefe de tropas de infantería. El disparo que realizaban los artilleros y pasaba de largo por encima del enemigo, yo lo veía a la izquierda. El disparo que se quedaba corto para los artilleros, yo lo veía a mi derecha. Cuando yo lo veía corto, era la izquierda para ellos, y si lo miraba largo, era la derecha de los artilleros. Claro que nadie sabía mi posición lateral izquierda con respecto al enemigo y la corrección del fuego que hice fue terrible, hasta que algún inteligente artillero logró identificar mi posición y se dio cuenta de que mis datos eran o debían ser consideradas como de un 'observador lateral'. A mí no me dijeron nada, simplemente cuando yo decía corto o largo, ellos traducían como izquierda o derecha, y si decía izquierda o derecha, ellos entendían que era largo y corto.

"Unos veinte años después, contando estas historias sobre un mapa que Jaimito logró guardar como reliquia después de salir

herido y casi ciego de un ataque de la guardia, me dijo muy educadamente: '¡Así que tú eras el huevón explorador que no cachaba donde estaba parado!'. Creo que fue él el inteligente que supo utilizar mi privilegiada visión como observador artillero, porque después, nuestros proyectiles empezaron a caer en las trincheras enemigas y nos dieron respiro a nosotros [...] La posición servía a nuestra artillería, pero los jefes dijeron que volviéramos. Al parecer ya no tenía mucho sentido mantener esa loma lejos de nuestro borde delantero, y preparamos el regreso. El problema que se nos venía encima no era tanto pasar la línea enemiga, sino que lo que le preocupaba a Baltasar era nuestra línea, la de nuestros compañeros, porque pensarían que éramos infiltrados de la guardia somocista. Su preocupación era porque yo no parecía guerrillero nicaragüense, por lo que asumimos que las dos líneas eran de cuidado. Por fin las logramos cruzar y respiramos aliviados cuando llegamos al pueblo de Sapoa".[22]

La defensa activa

Los días posteriores al fallido intento por tomar la altura 50 fueron de cierta calma, aunque la artillería enemiga nunca dejó de disparar. Cuando las condiciones meteorológicas lo permitían, con cielos despejados o nubosidad alta y sin lluvia, aparecían dos pesados helicópteros y un bombardero bimotor, de sonido ronco y monótono, que volaba lentamente, como si estuviera preso de un cansancio permanente. Los combatientes sin temor observaban al viejo aparato que de vez en vez, arrojaba bombas de quinientas libras cuya explosión arrancaba múltiples peñascos y los lanzaba en todas direcciones, convertidos en proyectiles.

En las últimas semanas de la guerra, tanto en el bombardero como en los helicópteros, muchos pudieron ver cuando sus tripulantes abrían las puertas laterales y con gran esfuerzo empujaban hacia abajo unos tanques o tambores grandes y redondos, de los empleados para transportar combustible o aceite. Los tanques tenían una mecha encendida en uno de sus extremos a manera de novedosas molotov gigantes. Bajaban en

desordenadas picadas dando mil vueltas hasta caer apagados. Varios se despedazaron al chocar con la tierra y de su interior brotaba una sustancia pastosa, mezcla de pegamento con gasolina, miserable remedo de un napalm criollo. Cuando algunos perspicaces combatientes vieron esto, intuyeron que a la guerra le quedaba muy poco tiempo.

El día 28 y hasta el amanecer del 29 de junio, el enemigo concentró su fuego artillero en el flanco izquierdo del frente, en la zona conocida como La Calera. Usaron todos los sistemas artilleros que tenían y todas las municiones que pudieron. La aviación colaboró ametrallando y lanzando cuanta bomba fue capaz de transportar. Cuando la artillería y la aviación dejaron de disparar, hasta el más novato de los guerrilleros intuyó la inmediata aproximación de los soldados enemigos. Comenzaron a avisarse a voces entre sí, a darse ánimos, mientras los jefes, tratando de distinguir a los soldados que avanzaban, intentaban dirigir a gritos el fuego de los guerrilleros. Unos apenas sacaron los fusiles de las trincheras y sus proyectiles se perdieron en el cielo, otros apuntaron a medias y abrieron fuego hacia donde algunos lo hacían, los más osados sacaron casi medio cuerpo fuera de las trincheras, y con los codos apoyados sobre la tierra y la culata del fusil apretada sólidamente entre el hombro y la cara, buscaron con afán entre tanta vegetación a soldados en movimiento e intentaron construir en su mira la clásica figura que les permitiera un disparo certero.

La batería de morteros de René, la más cercana a la zona del ataque, en algún momento no pudo continuar el tiro por el peligro de impactar a sus propios compañeros. El enemigo estaba a escasos 200 o 300 metros del borde delantero. En tales circunstancias René decidió desinstalar algunas piezas y enviarlas junto a las trincheras para realizar el llamado "tiro vietnamita". Los primeros en cumplir la misión fueron el tanquista devenido en artillero Roberto Nordenflycht y el artillero Juan Luis. Desarmaron la pieza, tomaron el tubo de ésta, y tres subordinados

trasladaron los proyectiles que pudieran cargar. Buscaron un parapeto entre trincheras, Nordenflycht con sus dos manos agarra firmemente el tubo aún caliente de la pieza de mortero y con fuertes golpes lo hunde sólidamente en la tierra, inmediatamente y con la asistencia del oficial artillero realizaron este tiro conocido como "vietnamita" por las mínimas condiciones exigidas para su ejecución.

El Estado Mayor era un hervidero de conjeturas, interrogantes, órdenes y contraórdenes, y los comunicadores tratando de decirles a los jefes lo complicado que estaban los "compas" del sector La Calera. Toda la situación en el país era contradictoria con estos ímpetus ofensivos de la guardia en el Frente Sur. Los violentos combates en La Calera le impidieron al Estado Mayor analizar la situación general e intentar una explicación a la ofensiva enemiga. En el Frente Sur la guardia somocista estaba muy lejos de sentirse derrotada.

Tiempo después se supo que el comandante Bravo, al frente de los soldados somocistas, gozaba de merecido prestigio entre sus tropas, a las que alentaba con su presencia. Los soldados tenían la misión de romper el borde delantero por el flanco izquierdo, justo por La Calera, llegar a través del camino hasta el poblado de Sapoa, dividir el territorio liberado, aniquilar a los sandinistas por partes y expulsarlos del territorio nicaragüense, algo muy similar a lo que habían hecho en los primeros días de junio en los combates de El Naranjo. Unos cuántos testimonios recuerdan las previsiones de Fidel cuando les advirtió los probables ataques por el flanco izquierdo.

En la dirección amenazada había que hacer algo y pronto. Los especialistas chilenos, por pura automática conexión con los cien ejercicios realizados, pensaron en movilizar rápidamente una reserva. Cuando el tema estuvo en boca de todos, resultó que aquella no existía y tuvieron que crearla con personal recién llegado y combatientes de otras direcciones. Pero no harían falta las escuálidas reservas conseguidas: las tropas destacadas en esa

dirección resistieron el violento ataque.

Pasado el peligro, el Estado Mayor se reunió e intentó tomar algunas medidas. Los sandinistas del Frente Sur no podían permitir que los expulsaran del territorio nicaragüense. Uno de los especialistas opinó sin tapujos que era necesario "parar" y consolidar lo ganado, solo después se podría pensar en operaciones ofensivas. A los principales jefes guerrilleros no les gustó la expresión "pasar a la defensa", sabían que significaba enterrarse más en las inmóviles trincheras. El apremio, más que la razón, obligó a los sandinistas a aceptar una "defensa activa", algo así como consolidar la defensa, hacer más y mejores trincheras, pero de cuando en cuando realizar algún tipo de acción ofensiva limitada.

La decisión implicaba crear una reserva subordinada directamente al Estado Mayor. Con ese fin, la escuela de combatientes que estaba en territorio costarricense, dirigida por Germán, Arístides y otros instructores chilenos, se instaló entre Peñas Blancas y Sapoa, a menos de cinco kilómetros del borde delantero. En total, era una compañía de hasta cien nuevos guerrilleros, que junto a una batería de morteros o de cañones formaría la reserva.

Por la retaguardia

Al finalizar el mes de junio, el Estado Mayor conoció a través de la radioescucha que tropas enemigas, sin precisar cantidad, se introducirían por el extremo más al sur del flanco izquierdo, casi en la misma frontera con Costa Rica y la retaguardia del territorio liberado. La exploración descubrió un numeroso comando en unas alturas cercanas a Costa Rica, la mayor de las cuales se identificó con el número 250.

Un destacamento de hasta cuarenta guerrilleros al mando de Fernando, *el Capitán Guevara,* en la que iban los chilenos Guillermo Díaz, de Tropas Generales, y Eduardo Farías como oficial ingeniero; la batería de cañones de Leonardo y la de morteros de José Molina, ambas con Nivaldo Contreras como

conductor, fueron movilizados rápidamente en esa dirección. Protegidas por la noche, las baterías se movieron y se instalan inmunes de posibles ataques de la aviación enemiga.

El 2 de julio, la pequeña columna guerrillera entabló combate con los soldados instalados en la altura dominante. El enemigo, recién llegado y reducido a la cresta de la elevación, carecía de protección ingeniera, por lo que era blanco perfecto para la artillería. Esta siguió disparando en cada oportunidad que la aviación se lo permitía. Los radioescuchas sandinistas fueron testigos de los incesantes y desesperados reclamos del jefe del destacamento enemigo pidiendo neutralizar el tiro artillero. No obstante, la columna sandinista era rechazada una y otra vez.

Al amanecer del tres de julio, mientras la artillería dispara con todas sus piezas sobre los desprotegidos soldados somocistas, la infantería se aproxima "a rastras" hacia la altura 250 con extrema precaución. En algún momento el Capitán Guevara ordena alto al fuego artillero, y junto a Guillermo Díaz logra coordinar el asalto y después de un fiero combate toman la altura provocando la huida del comando enemigo. Los guerrilleros descubrieron gran cantidad de explosivos y otros pertrechos militares, cuatro muertos producto del fuego artillero y dos heridos que fueron atendidos por los sanitarios y posteriormente por las doctoras chilenas.

Sin mediar muchas presiones, los prisioneros, todos jóvenes soldados, relataron con detalles el objetivo de su misión: penetrar por la retaguardia del territorio liberado sin entablar combate, salir a territorio costarricense, y volar el puente Cabalceta, sobre la Carretera Panamericana, a escasos cientos de metros de la frontera y verdadero cordón umbilical del Frente Sur. También evidenciaron absoluto desconocimiento sobre lo que estaba ocurriendo al interior del territorio nacional, los combates calle por calle y casa por casa en las principales ciudades del país.

Concluidas las operaciones por este sector, se extiende el borde delantero hacia el extremo del flanco izquierdo; se consolidó una

guerra de posiciones con una larga línea de trincheras prácticamente sin segundo escalón. Para cubrir los grandes espacios descubiertos, los ingenieros prepararon trampas y minas caseras con los explosivos capturados al enemigo.

La extensión del frente complejizó la labor del Estado Mayor. Con el propósito de organizar y conducir mejor la guerra en las nuevas condiciones, este decidió crear dos subfrentes. Divide todo el borde delantero en dos grandes sectores cuyo límite común era el caserío de Sota Caballos, organizó la jefatura y le asigna a cada uno un especialista en tropas de infantería: Augusto en el sector principal, al mando del destacado jefe sandinista Javier Pichardo, *Emilio;* en el otro, que abarcaba el flanco izquierdo y la retaguardia, Guillermo Díaz bajo las órdenes de Richard Lugo, *Saco.*

Conflictos en la frontera

El 4 ó 5 de julio, no hay precisión del día, los sandinistas del Frente Sur encargados de las relaciones con los funcionarios costarricenses no querían creer que en menos de veinticuatro horas debían desalojar toda la frontera o al menos internarse lejos de las principales vías y caminos porque veedores internacionales verificarían en el terreno la neutralidad del territorio fronterizo de Costa Rica. Al mismo tiempo, dos helicópteros con tropas norteamericanas se posaron en el pequeño aeropuerto de Liberia.

La frontera se cerró, los guardias ticos aparecieron de nuevo en los puestos fronterizos, impecables y vistosos como para impresionar a los inspectores internacionales, entre los cuales todos presumían la presencia de funcionarios norteamericanos. Las lujosas y potentes camionetas de los inspectores recorrieron el terreno por dondequiera que los caminos y carreteras transitables se los permitieron. No encontraron nada y se largaron.

La frontera hubiese continuado cerrada de no haber ocurrido en ella un suceso que, al parecer, fue una reacción de Somoza a la inútil inspección internacional. El 7 de julio, en momentos en que el control somocista en todo el país no pasaba de los muros de sus

cuarteles, la pobre aviación del dictador realizó un ataque sorpresivo contra los puestos fronterizos de Costa Rica, incluidos los ubicados a más de siete kilómetros al interior del vecino país.

Los aviones a reacción, en particular, pasaron una y otra vez ametrallando a los indefensos guardias civiles. Los daños fueron más políticos y sicológicos que de carácter material, y el resultado totalmente contrario al que pretendía el mando somocista. Lejos de internacionalizar el conflicto, los costarricenses se retiraron de todos los puestos y la frontera quedó otra vez en manos de los sandinistas.

En medio de estos acontecimientos en la frontera, la especial actuación de un oficial chileno en territorio de Costa Rica, complicaría las relaciones con los vecinos. El oficial había incumplido parte de los acuerdos establecidos entre ticos y sandinistas. Roberto Lira Morel, *David,* espigado médico dentista devenido en especialista artillero antiaéreo, al momento de ser convocado para esta guerra, era uno de los pocos chilenos que pertenecían a la Marina de Guerra Revolucionaria Cubana, donde cumplía labores de su especialidad.

En la breve etapa de instrucción en Punto Cero, el Loco Lira, como todos le decían, se destacó en el manejo de las ametralladoras antiaéreas. Al llegar al Frente Sur, lo designaron jefe de dos de estas armas que estaban en el lado costarricense; su segundo al mando era Torito, el joven ingeniero-zapador, y el resto de las dotaciones estaban formadas por unos cuántos combatientes sandinistas, dos compañeros ticos y un dominicano que se destacó por su anuencia hacia un coronel costarricense "responsable máximo de la instalación".

Las piezas de artillería pertenecían al FSLN pero estaban bajo la tutela de Costa Rica y las manejaban especialistas del Frente Sandinista, que tenían la misión de instruir a los soldados ticos, ese era el acuerdo. "El temor de los costarricenses era político –recuerda Torito– ¿cómo iban a explicar la presencia de tamaña instalación en la frontera?"

La ametralladora, de amplia base giratoria y un asiento para el artillero era anticuada para el combate antiaéreo moderno, pero impresionaba a los costarricenses por sus cuatro tubos y su endemoniada cadencia de fuego. Aunque de alcance limitado, podía realizar hasta mil disparos por minuto en contra de blancos aéreos de mediana y baja altura, especial para batir los viejos aparatos de Somoza.

Los cubanos, que la bautizaron como *cuatro bocas* en alusión a la cantidad de tubos, la habían utilizado con éxito en la batalla de Playa Girón y luego en la guerra de Angola, donde en un hecho inédito hasta entonces, la emplearon en tiro terrestre contra la infantería en movimiento, transportes y blindados.

Desde el 23 de junio las piezas antiaéreas estaban armadas y listas para realizar el fuego, pero lejos de la frontera, en la profundidad del territorio costarricense. Lira y Torito usaron todos los argumentos posibles y hasta suplicaron para convencer al coronel que los dejara acercarse a la zona de los combates. "Bien, dijo este, pero únicamente en el patio de una casa abandonada que está inmediatamente antes de la línea fronteriza", y les indicó con precisión el lugar. Ese fue su error.

El coronel se quedó en su territorio, tenía órdenes precisas de "no involucrarse en el conflicto". Los combatientes engancharon la pieza en una veloz camioneta Toyota preparada para la tracción, cambiaron su uniforme beige de la Guardia Civil costarricense por el verde olivo y salieron raudos por la carretera. Lira, que iba en la cabina, conminó al chofer, "no pares hasta que yo te diga... ¡dale!, Incumpliendo parte de los acuerdos establecidos entre ticos y sandinistas, pasaron por Peñas Blancas, penetraron en territorio nicaragüense y no se detuvieron hasta llegar al pobladito de Sapoa. Todos los que vieron avanzar la "instalación" en dirección hacia el frente, los vitoreaban al pasar.

Durante varios días evadieron el control tico, dispararon cuanto pudieron, cualquier cosa volando podía ser un blanco. Tanto insistieron, que se batieron con uno de los dos aviones a reacción

que tenía la aviación somocista. Segundos duró el combate que marcó el último día de su fuga.

El avión los descubrió y se lanzó en picada contra ellos, mientras desciende velozmente y disparando. "La cuatro bocas" lo estaba esperando. El Loco Lira, ayudado por las manivelas de dirección y altura, con precisión puso el T33 en el colimador, lo sigue, lo tiene y espera la distancia efectiva, son fracciones de segundos. A su lado esta Torito muy tenso y con el pie listo en el pedal de tiro; siente que el tiempo es eterno. De pronto, el Loco Lira gritó "¡Fuegoooo!", y el pedal se hundió. No dejaron de disparar hasta que la nave, en una alocada pirueta, se fue de costado lanzando el clásico humo negro de motor averiado. Cientos fueron los testigos del duelo. El avión no cayó.

"En ese preciso instante no tenía miedo –recuerda Torito– eso vino después, cuando el avión se fue y recordé el sonido de los proyectiles del T33 salpicando en la tierra, mucho antes de escuchar el ruido de las ametralladoras y los motores del avión..., pero ya todo había pasado".

En el Estado Mayor sandinista no soportaron las presiones de los costarricenses. Llegaron donde estaba la instalación y con pesar los conminaron a retirarse a Costa Rica.

El violento e inesperado ataque somocista no ablandó al coronel, quien mantuvo inalterable su rígida disposición de no acercar las "máquinas", como le llamaba a "la cuatro bocas", a la frontera, ni mucho menos pasarla al interior del territorio nicaragüense.

Roberto y la dotación de las antiaéreas discutieron con él acaloradamente y hasta intercambiaron gritos y ofensas. Ante la intransigencia del oficial, el Loco Lira ordenó a los combatientes que dejaran las piezas instaladas tal cual estaban, se sacó a tirones el uniforme tico y lo lanzó en la silla giratoria. Los demás lo imitaron, recogieron sus fusiles y se fueron entre amenazas diplomáticas y advertencias de posibles consecuencias gritadas por el coronel. El oficial tico nunca tuvo claro de qué país eran esos dos hombres con múltiples acentos que le gritaban improperios

cubanos.

Los artilleros antiaéreos con sus fusiles al hombro caminaron por la Carretera Panamericana hasta el Frente Sur. Entraron al territorio liberado a media mañana del 8 de julio, justo a tiempo para luchar en los últimos combates de esa guerra con las seis pequeñas ametralladoras antiaéreas de 12,7 milímetros. Pasado el triunfo del 19 de julio, junto al tanquista Mario Basulto y el artillero terrestre Juan Carlos, serían los fundadores de la artillería antiaérea del Ejército Popular Sandinista.

Un mortal último empeño

El 10 de julio de 1979, hasta el más inepto de los analistas internacionales podía presagiar el fin de la guerra en Nicaragua y la caída del dictador. La fórmula política de tal acontecimiento, el cómo quedarían situadas las fuerzas luego, era lo que más se discutía en todas las esferas políticas relacionadas con el conflicto.

Existe poca información que indique a qué respondía tanto tesón de los jefes y mandos medios de la guardia somocista en el Frente Sur. Unas opiniones apuntan que, conociendo el calamitoso estado de sus fuerzas en todo el país, aspiraban a lograr una mejor posición en las inminentes negociaciones, cuyos preparativos estaban en curso por esos días en la capital. Otras aseguran que pretendían inmovilizar las tropas guerrilleras para asegurar la salida sin riesgos de sus jefes y tropas hacia Costa Rica o por el puerto más cercano a la zona de las operaciones en el sur. Esto último, por cierto, fue lo que ocurrió.

En el flanco izquierdo del frente, en los caseríos de La Calera y Sota Caballo, fue donde se produjeron los más violentos ataques enemigos en toda la guerra de Nicaragua. El día 10, la artillería y la aviación golpearon de forma sistemática las trincheras situadas delante de La Calera, defendidas por un pelotón al mando de un especialista chileno de tropas generales. El documento "La Guerra de Liberación Frente Sur" recoge el momento: "Por la mañana del 11 de julio, producto del intenso fuego de artillería y la aviación, tropas del frente abandonaron las mencionadas alturas

retirándose hacia la hacienda La Calera". Otros testimonios recogidos para este libro aseguran que la posición fue abandonada la noche del 10 o la madrugada del día 11, cuando aún no se había producido el ataque enemigo.

Pasaron horas antes de que la jefatura de la columna pudiera restablecer la defensa, con no poca dificultad, en una suerte de segundo escalón de emergencia en unas alturas detrás de las trincheras abandonadas. Las tropas somocistas no se percataron de que el camino La Calera-Sapoa quedó precariamente defendido. El 12 ó 13 de julio tropas de la reserva con hasta dos pelotones de la escuela intentaron recobrar las alturas perdidas el día 11.

Gonzalo relata que estaba en La Calera como jefe de pelotón. A las tres de la tarde, no recuerda el día, lo enviaron a explorar una altura delante de la ocupada por su pequeña unidad. El enemigo descubrió la patrulla y la bombardeó con cañones de tiro directo. Casi todos resultaron heridos de gravedad: tres o cuatro salvadoreños, Gonzalo en la pierna derecha y el oficial Edgardo Lagos, *Payo*, en el tórax y la región abdominal. Los asistieron en el puesto médico más cercano, en La Calera, donde estaba el nicho de heridos atendido por la China, Ana Flores, una de las doctoras chilenas. A Payo lo trasladaron al puesto de Sapoa, a cargo de dos médicos chilenas. Días después moriría en Costa Rica.

Inmediatamente después de esto, relata Arístides, a él y Raúl Pellegrin los enviaron con una escuadra de sandinistas a recuperar las lomas tomadas por el enemigo en La Calera. Con cautela ascendieron las alturas hasta que la configuración del terreno les permitió atisbar las trincheras. Los guardias se percataron al instante de la situación y comenzaron a realizar nutridos disparos, sobre todo con cañones de tiro directo. Los guerrilleros corrieron por instinto en busca de protección. Los oficiales logran organizar la retirada, se llevan consigo a varios combatientes heridos y ocupan posiciones en las alturas inmediatamente detrás para restablecer la seguridad de la vía La Calera-Sapoa.

Mientras esto ocurría en el sector de La Calera, a la derecha de este, en una especie de pequeño "bolsón" que había quedado en el bode delantero después de la incursión fallida de la columna de Baltasar y Germán al otro lado del río Ostayo, en una altura cercana al río, un especialista artillero conducía el fuego de las baterías ubicadas en esa dirección, era Deys Huerta. A unos quinientos o seiscientos metros de él, en el lado izquierdo del caserío, Jaime, otro artillero, cumplía idéntica misión. Ambos se encontraban en el borde delantero, justo en la curva que hace el río en el poblado.

Era el 15 de julio y estaban solos en sus puestos de mando con algunos combatientes de protección. Jaime, al igual que Deys, era de los estudiantes de medicina, pioneros del grupo de oficiales chilenos de la tarea militar. Un proyectil enemigo explotó casi al lado de Huerta, quien murió en pocas horas; al unísono, tal vez minutos después, Jaime cae semiinconsciente al recibir una esquirla en la parte posterior de la cabeza.

Al intentar incorporarse, se dio cuenta de que había perdido la visión, solo percibía una luz intensa; su indefensión era mayor porque al parecer estaba solo. Orientándose por las explosiones del combate, se tiró rodando loma abajo. Cuando creyó que estaba en el plano se incorporó e intentó avanzar a tiendas en sentido contrario a las explosiones y disparos venidos del borde delantero. Había caminado unos cuántos pasos a través de la tupida vegetación del área, cuando lo interceptó uno de los combatientes de protección. Sujeto a la correa de éste, hizo el trayecto hasta Sapoa, adonde llegó cerca de seis horas más tarde. Pasadas algunas horas, Jaime recobró su visión. Deys Huerta Lillo, en ceremonia militar, fue enterrado en el territorio liberado del Frente Sur.[23]

El final de un comienzo

En la mañana del 17, de diversas maneras el Estado Mayor se encargó de difundir por todo el frente que el dictador se había fugado tras una parodia de "traspaso de poderes" a un desconocido personaje llamado Urcuyo Maliaños.

El efímero presidente interino, quien se impuso la banda presidencial y llamó a los revolucionarios a deponer las armas desconociendo todos los acercamientos y negociaciones, no duró ni veinticuatro horas. La Dirección Nacional del FSLN sabía que al irse Somoza el ejército desaparecería junto con él; el triunfo era cuestión de horas y todos los guerrilleros, todo el pueblo insurrecto debía participar en la estocada final.

El Estado Mayor del Frente Sur preparó con celeridad una ofensiva reagrupando todos los medios y personal posibles. Al amanecer del 19 de julio, los más inquietos y avezados combatientes del borde delantero notaron un silencio y quietud inusuales en el lado enemigo. Con cautela, algunos salieron de sus trincheras; primero a rastras y después medio erguidos, se acercaron a las posiciones enemigas. En la misma medida que se aproximaban tomaron más confianza hasta que, casi corriendo, llegaron a las trincheras, que encontraron vacías. Según relataron luego algunos pobladores de San Juan, pequeño puerto cercano de la costa del Pacífico, situado a no más de veinte kilómetros del área de los combates, todo ese día estuvieron saliendo las tropas derrotadas del Frente Sur en cuanta embarcación pudieron. En el sur había terminado la guerra.

Para todos los jefes sandinistas fue una sorpresa, más aún para la pequeña sección de personal, ver a tal cantidad de combatientes, parecía haber mucho más de los que habían participado en la guerra; todos en tropel urgían por subirse en cualesquiera de los vehículos de los más diversos tipos, años y modelos que se preparaban para salir hacia Managua. Los camiones ganaderos, esta vez desprovistos de las lonas, eran los de mayor capacidad.

La extensa caravana se puso en marcha casi al anochecer del mismo 19 de julio. Ramilletes de combatientes, hombres y mujeres, desbordaban los vehículos. Sus gritos, risas, vítores y consignas se multiplicaban en las personas que los saludaban en caminos y pueblos. Los de abajo levantaban los puños, algunos

con pistolas, revólveres de largos cañones y escopetas de todos los modelos; los de arriba, sus imponentes fusiles Fal.

Para muchos chilenos que participaron en esa guerra, esa caravana pasando por pueblos y ciudades y entrando en la mañana del día 20 a Managua, rodeados de miles de pobladores que los vitoreaban, les regalaban refrescos en bolsitas de nylon, los abrazaban, los besaban, fueron los momentos más impresionantes e inolvidables de todos los vividos en Nicaragua. El impacto del triunfo y sobre todo esa verdadera "caravana de la victoria", más de una huella dejaría en el espíritu de todos. Los más comunistas sin querer evocan a las tropas rusas llegando a las ciudades liberadas en la Segunda Guerra Mundial, mientras otros recordaban a la columna de Fidel de enero del 59 entrando en La Habana. Uno de los oficiales menos politizado, simplemente recordaría las tradicionales fiestas religiosas del "Cuasimodo", que año tras año se conmemoran en Santiago, donde alegres y multicolores caravanas de carromatos y caballos recorren los poblados y los campos al norte de la capital chilena, aclamados por una humilde multitud de pobladores del lugar.

Después de una larga espera, la tarde del 20 de julio, en absoluta calma y en medio de un país alegre, la columna del Frente Sur, tal cual todas las que participaron en la insurrección final, ocupó un área de concentración en la capital. Poco durarían los festejos, los grandes desafíos recién comenzaban. Nunca ningún combatiente chileno ni cubano, como se ha insistido en diversas ocasiones, entró combatiendo al búnker de Somoza.

Salvador, el jefe de la brigada de internacionalistas, en un artículo de su autoría señala:

–A pesar de la diversidad política, ideológica y cultural, fruto de nuestro origen y experiencia político-partidista heterogénea, nuestro contingente se transformó en una sólida unidad, cohesionado bajo un solo mando político y militar, como una unidad independiente y subordinada al EM del Frente Sur. Fuimos parte importante en la conducción y dirección de la guerra, y pese

a ello [se refiere a las diferencias] éramos considerados como un igual.[24]

El Frente Sur fue solo el bautismo de fuego en la colaboración internacional de los comunistas y socialistas chilenos. Pocos años más tarde, el ejército derrotado estaría de regreso, y con él la lucha irregular en todo el país. Después sería El Salvador.

1 Para elaborar este capítulo he utilizado las fuentes siguientes.

1. Folleto titulado "Estudio de la Guerra de Liberación de Nicaragua. Frente Sur". Realizado a fines de 1980 por un "Grupo de Estudio" conformado por cuatro protagonistas de esta historia. El folleto es una investigación estrictamente técnico-militar del Frente Sur. El trabajo es resultado de uno de los acostumbrados "seminarios" que organizaba el secretariado del PC del propio colectivo. La precisión en las fechas se debe principalmente a este trabajo elaborado en base a entrevistas a los propios participantes, incluidos los principales jefes sandinistas. Las entrevistas se realizaron a pocos meses de terminada la guerra.
2. Algunos testimonios elaborados por los combatientes chilenos a fines de 1979 a instancias de la propia jefatura del colectivo. Los testimonios rescatados y conservados hasta hoy fueron realizados por: la doctora en medicina Beatriz Toledo, el ingeniero militar Eduardo Farías (Pillalabala), el especialista en tanques Eduardo Acuña (Roberto Nordenflycht), el artillero terrestre Nibaldo Contreras y por los especialistas en tropas generales Fernando Cortázar (Garrobo), Guillermo Díaz, (Indio) Evaristo Báez Vergara, Gonzalo y Arístides Contreras. De este último resultó ser el testimonio más completo, sobre todo con detalles acerca de los encuentros con Fidel.
3. Entrevistas a participantes en la guerra: Juan Carlos, Hugo, Torito, Augusto, Joaquín, Miguel, Rucio del Río, Nibaldo, Jaimito, Germán, Arístides, Adolfo, Evaristo, Gonzalo, René, Andrés, y el jefe "civil" del colectivo Jacinto Nazal.
4. Libro de Fidel Castro, *La Paz en Colombia*. La Habana, 2008.

2 Lo señala Fidel en su libro *La Paz en Colombia* del 2008.

3 En los testimonios y entrevistas no hay acuerdo con relación a la primera visita del Compañero Fidel. La mayoría afirma que fue el mismo sábado 9 de junio por la noche. En el testimonio del oficial Arístides Contreras, miembro del Secretariado del PC en ese entonces, la visita de

Fidel aparece ocurrida el domingo 10 de junio de 1989. El oficial Juan Carlos asegura que Fidel fue el primer día de la llegada, pero la reunión con todos se habría producido al tercer día de estar en el Punto Cero.

4 Años más tarde, en la X Cumbre Iberoamericana desarrollada en Panamá en el año 2000, el Comandante recordaba esa gesta y defendía en una postura de principios la ayuda prestada al FSLN en su lucha antidictatorial. Recordó en esa oportunidad la colaboración –con idénticos propósitos– de otros mandatarios y gobiernos de entonces. Al finalizar la década de los 70, Somoza era un problema a resolver para casi toda el área centroamericana.

5 Marvin es José Valdivia, quien ocuparía altas responsabilidades en el Ministerio del Interior sandinista.

6 Uno de los testimonios asegura que Fidel informó en la primera reunión con los oficiales comunistas, acerca del viaje de los cuatro socialistas en los primeros días de junio.

7 Miguel y Del Río, pioneros de la oficialidad socialista, colaboran en la reconstrucción de estos acontecimientos. Miguel, conocido por su seudónimo "Patán", fue miembro de la escolta de Salvador Allende, colectivo conocido como Grupo de Amigos del Presidente, GAP.

8 Especialista en Tropas Generales que se dedicaría a la "información" en el Frente Sur y asesor de Inteligencia en el EPS. Años después del triunfo fallecería producto de un infarto cardiaco.

9 Para comprender estas solicitudes de los socialistas hay que situarse en Cuba, donde los conflictos de pueblos en lucha por la independencia son temas cotidianos y portadas de prensa. Era el caso del pueblo saharaui, que aún lucha por la independencia de la dinastía marroquí. El pueblo del Sahara Occidental, asentado en un territorio semidesértico, fue una de las pocas colonias españolas en África. Al momento de retirarse España en el año de 1979, el vecino Marruecos invade el territorio. POLISARIO, es el Frente Popular de Liberación del Sahara Occidental.

10 Benjamín Zeledón (1879-1912), patriota nicaragüense héroe de la "Revolución de 1912".

11 Todas las consideraciones de la estrategia insurreccional de la revolución, cuestiones que exceden los marcos de este trabajo, están expuestas por el ex miembro de la Dirección Nacional Humberto Ortega en su libro *Sobre la Insurrección*.

12 Javier Pichardo, jefe de columna del Frente Sur y comandante guerrillero. Los participantes: Juan Cabezas Torrealba, Cristián Torres y Mario Guerra. Otros: "Carmen" Haroldo Horta, Patricio Arenas, "Iván" y "Emilia". El testimonio aparece en el prólogo del libro *Internacionalistas. Chilenos en la Revolución Popular Sandinista*, de Pascale Bonnefoy M. Editorial Latinoamericana. 2009.

13 El EM sandinista en estos primeros combates: Jefe del Frente, Edén Pastora. Jefe del EM, José Valdivia, "Marvin". Jefe de Columnas: Javier Pichardo. Álvaro Ferrey y Sebastián Escobar, "Chan". Los antecedentes de estos combates son del estudio del Frente Sur realizado por un grupo de oficiales del PC en 1980.

14 Para los combates en Peñas Blancas se mantienen Pastora y Marvin en sus cargos. Los jefes de columnas Pichardo, Ferrer y Chan pasan a formar parte del E M y se nombran nuevos jefes de columnas.

15 En la guerra es conocido por José. Posterior al triunfo se haría cargo de una batería reactiva de fabricación norteamericana. Muere por enfermedad en Europa en años recientes.

16 Los jefes de columna sandinistas. Laureano Mairena, Carlos Duarte que era "Jerónimo", Alejandro Guevara, "Ernesto"; Vladimir Andino, "Lenin", y un jefe que solo se conoció con el nombre de Benito.

17 Los artilleros no contaban en esa ocasión con instrumentos técnicos para "conducir el tiro" en el llamado "Tiro Indirecto", realizado a largas distancias con las "piezas" detrás de alturas o accidentes del terreno y un observador cercano al enemigo dirige el fuego. En el Tiro Directo, los cañones se apuntan, tal cual un fusil, directamente sobre los blancos. En el Semi Directo, el Observador del tiro de morteros está junto a las piezas.

18 Las doctoras que actuaron en la guerra fueron Betty, Oisis, Maira, Elda, Doris, Gisela, Elena, Aleida y Julia como Jefa del colectivo. Según el libro de Fidel *La Paz en Colombia* son 10 las doctoras chilenas.

19 Terminaría la guerra y Camus seguiría colaborando en Nicaragua como ingeniero agrónomo. Años más tarde, moriría en la Costa Atlántica como resultado de un sabotaje provocado por la contrarrevolución.

20 Pérez, Justiniano. *EEBI, Los Quijotes del Ocaso.* Publicaciones y Distribuciones Orbis. Miami, 2008.

21 Evaristo Báez relata este episodio en su testimonio y aparece sin

grandes modificaciones en el folleto "La Guerra de Liberación" de 1981. Con ocasión del 29º aniversario del triunfo de la Revolución Sandinista, Germán, el oficial protagonista de esta incursión, recordaría con detalles el episodio.

22 Párrafos extraídos del documento "Relatos del Frente Sur", escrito para el 29º Aniversario de la Revolución Popular Sandinista por Germán Rodríguez, protagonista de estos hechos.

23 Junto a Deys fue enterrado Héctor Altesor, "Pedro", un combatiente uruguayo.

24 Artículo en página www.memoriaviva.net, "Recuerdos del triunfo guerrillero" de Galvarino Sergio Apablaza "Salvador". Viernes 21 de julio 2006.

Capítulo 3.
Se extiende la colaboración combativa del PC

Transcurrido poco más de un año del triunfo sandinista, el PC anunció en septiembre de 1980 en Moscú su Política de Rebelión Popular de Masas, en la que aceptaba incorporar en su línea política "todas las formas de lucha, incluyendo la violencia aguda", abriendo una brecha de impredecibles consecuencias al tema militar en este partido. No obstante el enunciado, éste no significó el retorno automático ni masivo a Chile de los militantes comunistas con preparación militar. Después de terminada la guerra en Nicaragua y en los años de mayor conflicto en Chile entre los años 1983 y 1986, la Tarea Militar del PC seguiría cumpliendo misiones combativas y de instrucción en el exterior, que se extenderían hasta el mismo momento en que el dictador a regañadientes entrega la banda presidencial en marzo de 1990.

Unos meses después de finalizada la guerra en el Frente Sur, el contingente de chilenos en el país centroamericano se redujo; solo permanecieron los oficiales de mayor experiencia y preparación profesional. Los demás regresaron a Cuba.

Alejandro Ronda, el espigado oficial del Ministerio del Interior cubano, con el concurso de dos o tres de sus oficiales y, principalmente, de Salvador y un reducido número de especialistas chilenos, planificaron y organizaron la participación del contingente en la construcción del Ejército Popular Sandinista.

Los oficiales, independiente de su militancia política, fueron repartidos en todas las estructuras del proyectado Ejército Popular Sandinista (EPS). Un selecto grupo fue asignado al Estado mayor del nuevo ejército. La mayoría se ocupó como instructores en las primeras escuelas de oficiales y como asesores en las jefaturas de las unidades militares que se crearon en las regiones principales del país. En enero de 1980, llegó una misión oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba a Nicaragua, integrada por un numeroso grupo de primeros oficiales. Los oficiales chilenos

fueron integrados plenamente a la nueva estructura. El coronel Sergio Pérez Lezcano, ascendido a general de brigada con posterioridad a esta misión, fue el jefe de la misión internacionalista.

Augusto,[1] uno de los asesores chilenos del Estado Mayor, asegura que la organización, estructuración y regionalización del Ejército Popular Sandinista para todo el país decidida en los primeros meses y realizada en correspondencia con la apreciación del teatro de operaciones político y militar del territorio nacional, no cambió cuando llegó la misión oficial cubana y se mantuvo por un largo período hasta que nuevas circunstancias obligaron a su revisión.[2]

Tal vez fue una de las pocas ocasiones en que la militancia política socialista o comunista no se tuvo en cuenta para la distribución de los chilenos por el territorio nacional. Entre ellos se logró consolidar una suerte de confianza militante y amistad personal que se prolongó hasta los tiempos de lucha contra la dictadura en Chile.[3] Poco tiempo después de terminada la guerra, un numeroso grupo de oficiales del Partido Socialista llegaron procedentes de la República Democrática Alemana; obviamente, fueron bautizados y recordados como los "alemanes".

Algunos oficiales socialistas y militantes aislados del MIR trabajaron en la creación y organización del Ministerio del Interior sandinista. Un papel relevante tuvo el oficial socialista Miguel, *Patán,* en la organización e instrucción de las Tropas Especiales de ese ministerio.

* * *

A los pocos meses de finalizada la guerra, los comunistas chilenos establecen y desarrollan vínculos con otras organizaciones políticas y personalidades de interés. En octubre de 1980, Salvador designó a Juan Carlos para esta nueva tarea. Sus primeras actividades las desarrolló con revolucionarios colombianos y algunos ex oficiales de las Fuerzas Armadas Chilenas que fueron a colaborar con la naciente Fuerza Aérea

Sandinista.[4] Una dirección principal en estas relaciones fue el Partido Comunista Salvadoreño, cuyo secretario general, Shafik Handal, se encargó personalmente de éstas.

Poco tiempo después, un selecto grupo de oficiales chilenos participó en la preparación de los planes operativos para las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), como se denominaron las fuerzas militares creadas por el PC salvadoreño, encabezadas por Handal.[5] Según relata Juan Carlos, esos planes serían empleados por las FAL en febrero de 1981, en la primera ofensiva dirigida por el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), organización que agrupaba a las distintas fuerzas revolucionarias de ese país.

Durante ese mismo año de 1981, otros oficiales, en el más estricto secreto, impartieron instrucción militar a mandos medios y dirigentes de ese partido. Fue de esta forma que se desarrollaron los profundos lazos que permitieron en los años venideros la participación de un contingente de chilenos en la guerra del pueblo salvadoreño.

A mediados de 1982 empezaron a trasladarse oficiales hacia Chile, previo paso por Cuba de preparación y espera. El primer grupo ingresó al país en julio de 1983; en ese mismo momento comenzó a salir el segundo de Nicaragua que llegaría a Chile en septiembre de 1984; el tercero sale de Nicaragua en el transcurso de 1984 y llega al país a inicios de 1985. Hasta entonces el traslado fue de cinco en cinco y en el más riguroso secreto. En lo sucesivo se perdería este orden y los oficiales irían llegando a Chile en un dilatado proceso que se mantuvo hasta el mismo ocaso de la dictadura.[6] Sebastián explica la razón de que fueran en grupos tan reducidos: "Las capacidades de asimilar a los oficiales de forma segura, con toda la infraestructura necesaria, fue la principal limitante".

* * *

A comienzo de 1984, la dirección política de los oficiales comunistas, en coordinación con el mando sandinista y de

acuerdo con la misión oficial cubana, decidió que estos se prepararan para participar en la lucha irregular que por ese tiempo se desarrollaba en la frontera norte de Nicaragua. Era una suerte de "despedida combativa"; sabían que pronto se irían a Chile. Destacamentos guerrilleros basificados en Honduras, armados y sustentados por los Estados Unidos, a los que el pueblo, con rapidez, bautizó como "la *contra*", desde fines de 1982 y declaradamente a partir de 1983 desarrollaron una guerra irregular de desgaste con graves consecuencias políticas para la Revolución, que finalmente influirían en que el sandinismo perdiera el gobierno y el poder en 1990.

Los oficiales comunistas fueron concentrados en marzo de 1984 en Apanás, una escuela de preparación de lucha irregular situada a unos veinte kilómetros al norte de la ciudad de Jinotega, cerca de un hermoso lago que le da nombre a la instalación militar. Cinco chilenos recién llegados de Cuba se incorporaron a los "veteranos" concentrados en Apanás: dos oficiales, José Joaquín Valenzuela Levi y Juan Valdemar Henríquez Araya, y tres ingenieros sin preparación militar, que entre bromas se llamaban a sí mismos los "soldados". Miguel, el más fornido de ellos, poco más de un año después se transformaría en un habilidoso y tenaz cazador del dictador por las calles de Santiago. El mayor de todos, conocido como el Loco Antonio, de explosivo carácter y locuaz empedernido, al año siguiente jugó un papel relevante en la operación Carrizal. Javier, un espigado y silente ingeniero civil, a mediados de 1985 integró el primer grupo de comunistas que participó, por acuerdo entre ambos partidos políticos, en la guerra de El Salvador.

José Ignacio Valenzuela era uno de los oficiales graduados en Bulgaria; de frágil apariencia y fácil sonrisa, su insospechada capacidad de resistencia sorprendió a todos, fue el único que llegó a emular con el instructor cubano. En el mismo momento que se incorporó al Batallón de Lucha Irregular (BLI), los sandinistas lo rebautizaron con el apodo de "Chele", como los nicaragüenses

acostumbran llamar a quienes tienen la piel muy blanca y los ojos de colores claros. Ernesto fue el nombre que adoptó en el Frente Patriótico en 1986, cuando dirigió al grupo que intentó ajusticiar al dictador.

A Juan Waldemar Henríquez Araya se le conocía por Mañungo. Era uno de los últimos graduados en la especialidad de mando de Tropas Generales en Cuba. En junio de 1987, muere como consecuencia de la "Operación Albania" dirigida por la CNI.

Terminada la intensa pero breve preparación en Apanás, los chilenos fueron incorporados a los recién creados Batallones de Lucha Irregular, compuestos principalmente por soldados del servicio militar obligatorio y cuyos jefes tenían sobrada experiencia de la guerra contra Somoza. Se les asignó como asesores de jefes de compañía, y en algunos casos, a la jefatura de batallones.

El grupo combatió menos de un año en esa guerra irregular; en 1985 en Nicaragua no quedaba ninguno de los viejos oficiales.

Por su parte, los oficiales socialistas se habían incorporado a los Batallones de Lucha Irregular desde los inicios de esta guerra. El ser de los pioneros tuvo un costo altísimo para ellos. En los primeros encuentros con los destacamentos enemigos cayeron combatiendo tres de estos oficiales.[7]

La nueva generación[8]

Mientras esto ocurría en Nicaragua, en Cuba se iban graduando de forma ininterrumpida más oficiales comunistas chilenos, en las mismas escuelas y especialidades que sus predecesores. Una vez egresados, pasaban a formar parte del claustro de profesores de las escuelas de nivel medio, donde cumplían con disciplina su rutinaria labor. Los inéditos tiempos de la incorporación de chilenos a las unidades regulares de combate no se repetirían jamás después de la graduación de los cursos especiales 1975-1976.

Las nuevas promociones de oficiales eran menos nutridas pero su selección había sido más rigurosa y no hubo deserciones ni

abandonos masivos. Estimulados por las noticias provenientes de Chile, realizaban múltiples tareas colaterales de preparación política y militar ideadas por ellos mismos, con la perspectiva de incorporarse a la lucha en el país. Desde 1980, el PC desarrollaba una febril actividad política y paramilitar en el "interior" y, además, se filtraban los movimientos de los viejos oficiales que transitaban hacia Chile, a pesar del estricto secreto en que se hacían.

En 1984, las presiones de los oficiales graduados en 1982, con dos cursos como profesores, se hicieron notar en cada evento o reunión con dirigentes del PC de algún nivel. Chile bullía y ellos permanecían en las escuelas cubanas. En igual situación se encontraba el numeroso colectivo de oficiales búlgaros, también repartidos por las academias cubanas, algunos incluso en la muy distante ciudad de Santiago de Cuba.

En 1982 se abre una nueva modalidad de preparación de oficiales en la Isla de la Juventud, y se terminaría con la preparación en las escuelas de cadetes tradicionales de las FAR. En esa hermosa isla situada frente a las costas del sur oeste del archipiélago cubano, se preparaban contingentes militares de diversos estados africanos en cursos de dos años. Era una variante especial para extranjeros organizada y dirigida por el Ministerio de las Fuerzas Armadas. A pesar del cambio, el PC chileno seguía teniendo un trato preferencial de parte del Estado cubano, los estudiantes chilenos compartían deberes y derechos con estudiantes africanos que se instruían en esas instalaciones. A partir de 1984, se irían graduando grupos de jóvenes comunistas venidos de Chile y del exilio repartido por el mundo. Estos grupos podían oscilar entre 20 ó 30 estudiantes. Al instante los oficiales más viejos les llamaron "oficiales marmicoc".[9]

La cifra de hombres y mujeres que el PC preparó, principalmente en Cuba y en menor cuantía en otros países socialistas, fue considerable. El primer curso después del golpe comenzó en 1975, el último en 1988. Pero esto nunca significó

que una vez graduados fueran a engrosar las filas del partido en su lucha contra la dictadura. Varios oficiales tienen la percepción de que muchos de los graduados que ingresaron legalmente a Chile no se incorporaron a ella ni acudieron al vínculo con las estructuras clandestinas. Nunca se investigó cuántos militantes egresados de los cursos regulares de oficiales y de los cursos irregulares cortos se incorporaron a las estructuras políticas o militares del PC en ese largo período.

A mediados de 1984, las nuevas generaciones de oficiales residentes en Cuba, incluidos los graduados en Bulgaria, sabían que pronto se incorporarían a los Batallones de Lucha Irregular en Nicaragua. Con este fin se organizó un grupo de cuarenta y dos oficiales, bastante heterogéneo: los oficiales "búlgaros", numerosos artilleros terrestres y antiaéreos de la "Camilo Cienfuegos", algunos graduados de Tropas Generales en la "Antonio Maceo" y titulados de la Academia Naval de la Marina de Guerra y, en menor cuantía, ingenieros egresados del Instituto Técnico Militar "José Martí". A inicios de noviembre de 1984, mientras en Chile Pinochet imponía el estado de sitio y el PC comenzaba una vertiginosa preparación para el "año decisivo" de 1986, partían entusiastas e imbuidos de una mística nueva; se terminaban los simulacros, iban a una guerra de verdad.

El jefe principal era Gustavo,[10] graduado en Bulgaria, quien parecía menor para su edad. Hombre de vieja tradición comunista, tenía historias acumuladas desde los equipos de seguridad del PC en tiempos de Salvador Allende. José Julián Peña Maltes, otro de los oficiales, era uno de los artilleros antiaéreos graduados en 1982. Guitarra en mano, entonaba canciones con su voz grave y profunda en cualquier oportunidad. Desde septiembre de 1987 está desaparecido junto a cuatro militantes del PC debido a una fallida operación que intentó realizar la CNI con relación al secuestro de un coronel a manos del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Primero lo sometieron a largas sesiones de tortura, luego lo tiraron al mar atado a un trozo de riel y con el vientre

abierto.[11]

El grupo fue dividido en subgrupos de tres o cuatro oficiales, cada uno destinado a un BLI, casi todos como asesores de jefes de compañía, al igual que los preparados en Apanás, con quienes compartieron también actitudes, sacrificios y resultados.

Ifa era el seudónimo de un oficial demasiado alto para el promedio chileno. Serio, de cara cuadrada y ademanes toscos, fue uno de los contados oficiales que libró enconados combates con grupos de la contrarrevolución nicaragüense.[12] La táctica del enemigo del "muerde y huye" obligaba a los BLI a realizar largas y extenuantes jornadas de marcha por los intrincados y extensos campos y montañas del norte nicaragüense a todo lo largo de la frontera con Honduras.

No pocas veces, relata Ifa, su batallón, el "Santos López", cruzó la línea fronteriza en persecución de las bandas contrarrevolucionarias. En una de esas ocasiones, llegaron hasta una de las bases enemigas, destruyeron las instalaciones y provocaron la huida del enemigo hacia la profundidad del territorio hondureño.

En los años subsiguientes se fueron incorporando nuevos grupos de oficiales graduados en la Isla de la Juventud hasta 1988. En la misma medida que el "Grupo de los 42" iba cumpliendo su misión y los oficiales poco a poco eran incorporados a Chile o regresaban a Cuba, los jóvenes oficiales recién graduados los remplazaban en los BLI y cumplirían idénticas misiones que los veteranos. De este período es un grupo de veinticinco mapuche y otro de 12, hijos de exiliados chilenos provenientes de Argentina. Es en este período cuando los comunistas chilenos sufrieron bajas mortales en la lucha irregular. Luis Emilio Mendoza muere en una emboscada de la "contra" el 17 de noviembre de 1987. José Antonio Ibáñez Godoy muere en combate el 3 de mayo de 1987.[13]

En El Salvador

Roberto Lira Morel fue el primer chileno comunista que murió en El Salvador. Durante la primera gran ofensiva del Frente

Farabundo Martí para la Liberación Nacional, realizada en 1981, cayó combatiendo en la zona de Chalatenango, a menos de setenta kilómetros de San Salvador.

Esa es mucha distancia en el pequeño país centroamericano, de doscientos kilómetros de largo como promedio y cien de ancho. La guerra en la pequeña nación fue una gran conflagración, pero en versión reducida. En las zonas aledañas a la capital, en particular, ambos bandos se movían permanentemente por los mismos lugares y hasta se podía llegar a escuchar las charlas del enemigo.

Roberto se fue a El Salvador sin consultar con nadie su decisión. Su gestión personal fue más rápida, debieron transcurrir más de cuatro años para que otros jóvenes comunistas se incorporaran a esa guerra. Los primeros fueron cuatro: Jerónimo y Vladimir, oficiales de Tropas Generales; El Negro Alberto, artillero antiaéreo, y el silente ingeniero Javier.

Estuvieron casi un año en esa guerra irregular, dispersos por todo el territorio. Jerónimo en Santa Ana, a casi cincuenta kilómetros en línea recta al noroeste de la capital, estaba "lejos". El Negro Alberto, donde mismo había caído Roberto Lira, en Chalatenango. Javier y Vladimir en la zona del volcán Guazapa. Según Javier, en las noches divisaban a lo lejos con nitidez hasta el fulgurar intermitente de las luces rojas en los edificios altos del centro de la ciudad.

Ante tan intrigante dato interrogué al ingeniero:

–¿No es una exageración?

–No, era la verdad. La distancia desde donde estábamos, las laderas del Volcán Guazapa, hasta el centro de la capital era de 22 km en línea recta, y hasta su periferia sería de unos 18 km. Era impresionante hacer guardia por las noches mirando para esos valles. Y de día veíamos los aviones y helicópteros casi desde su despegue desde el aeropuerto de Ilopango, y rápidamente, según su dirección podíamos determinar hacia dónde se dirigían. Escuchábamos sus bombardeos en zonas aledañas, y sabíamos con un minuto de antelación si venían hacia nosotros.

–¿Por qué el ejército no subía y terminaba con todo de una vez?

–Si no lo hacía, no es porque no quería, simplemente no podía. En todo el país existían Frentes de lucha guerrillera, estos controlaban grandes extensiones de terreno en las periferias de prácticamente todas las ciudades del país y tenían además zonas de repliegue. Pero sobre todo eran fuerzas de gran movilidad y capacidad de desconcentración. El Ejército no tenía capacidad para luchar ofensivamente de forma simultánea en todo el territorio nacional y aunque concentrara fuerzas en una sola zona, como en muchas oportunidades hizo, solo lograba un desplazamiento temporal de la guerrilla, pero el desgaste los obligaba a retirarse. En mi zona podían entrar perfectamente, lo hacían con grandes fuerzas y apoyados por helicópteros, pero no podían permanecer y controlarlo todo. Nosotros simplemente evitábamos estos enfrentamientos en desventaja. Nuestras fuerzas allí eran columnas de entre 15 y 40 guerrilleros, con un mando centralizado "conjunto" en cada Frente, una jefatura escalonada que llegaba hasta una Comandancia General que conducía toda la guerra. A las clásicas patrullas de exploración sí las enfrentamos con rápidas emboscadas o coartábamos sus movimientos con minas. El enemigo tenía una rápida respuesta para auxiliar a sus tropas, medios técnicos modernos y numerosos helicópteros, pero eran muy lentos y precavidos por tierra a la hora de combatir. Nosotros teníamos gran apoyo de la población, el profundo conocimiento del terreno, la movilidad y las minas antipersonales, las "vuela-patas". Las patrullas enemigas por nada del mundo se salían de su itinerario por senderos conocidos o por nuevos que se veían obligados a abrir, pero no podían desplegar sus fuerzas en combate impunemente por cualquier lugar, menos aún en los cerros. Primero tenían que desminar. Sus armas más peligrosa eran los rápidos desembarcos helitransportados con tropas especialmente entrenadas y armadas para esa guerra, en y por los EEUU.

–¿Y las minas no eran un peligro para todos, para los

campesinos?

–Lo eran, pero los combatientes salvadoreños conocían su territorio como la palma de la mano, muchos habían nacido allí mismo o llevaban años en el lugar, conocían cada árbol, cada trillo minado. Particularmente en mi área ya no había campesinos, estaban más retirados, hacia el llano, aunque se interactuaba constantemente con ellos. Esa guerrilla tenía un abastecimiento permanente gracias a los campesinos que colaboraban y con los cuales se planificaban las siembras o que vendían sus producciones y a un increíble y eficiente sistema de abastecimiento desde la ciudad. Allí nosotros no pasamos mucha hambre.

–¿Por qué se fueron antes de que terminara la guerra?

–Porque desde un principio era un tránsito, la misión estaba definida como una colaboración internacionalista pensando en la preparación que nos daría para nuestra propia lucha. Estuvimos cerca de un año, y el último en salir, creo que fue Jerónimo, el que estaba en Santa Ana, que permaneció cerca del año y medio.

–¿Y cumplieron el objetivo?

–Sí, no tengo ninguna duda, y no me refiero a sacar lecciones relacionadas con ese tipo de lucha irregular, ni mucho menos reproducir la singularidad que tenía esa guerra. Nos llevamos experiencias generales aplicables a cualquier conflicto, sobre todo, nos llevamos lo que yo llamaría el espíritu de esa guerra, el amor y la entrega total a lo que hacían en condiciones muy complejas, era como hacer la guerra en el San Cristóbal o los cerros alrededor de Santiago. Jefes capaces, sencillos, sin arrogancia. Tenían un extraordinario nivel de organización política y militar donde la decisión de luchar fue asumida por todos, todos empujaban en la misma dirección. Lástima que nunca llegaron a fundir sus fuerzas militares, solo tuvieron un mando "conjunto" y ya sabemos que eso es muy inferior al "mando único".

"En El Salvador se desata la guerra en medio de una convulsión social enorme, en que se estaba produciendo un genocidio contra

la población urbana y rural. Es ahí cuando una guerrilla relativamente pequeña, que existía desde hacía muchos años se nutre de miles de hombres y mujeres que huyen de la segura masacre. En los primeros 2 años la guerrilla, entonces, se mueve con una masa de gente que la sigue para todos lados y los obliga a la guerra de posiciones en muchas ocasiones.

"Evidentemente no era el caso de Chile, pero nos mostraba que en Chile sí se podía concebir políticamente una guerrilla rural".[14]

Una joven y atractiva mujer, ingeniera en comunicaciones, muy alta para el promedio de sus congéneres salvadoreñas, metida en el mismo centro de la Comandancia del FMLN, establecida en Chalatenango, era un caso muy poco frecuente, por no calificarlo de único. Es obvio que a causa de su piel blanca los salvadoreños la bautizaron al instante como "La Chela". Ingresó al Instituto Técnico Militar "José Martí" en 1981 y se graduó junto a dos compañeras del Partido Socialista, en julio de 1986. Por solicitud propia y después de insistir ante familiares y dirigentes del PC, logró trasladarse a Nicaragua y desde allí se incorporó a los talleres técnicos centrales del FMLN, entonces instalados en Managua. Gracias a su relación con las organizaciones salvadoreñas conoció que necesitaban personal calificado en la especialidad de comunicaciones para la Radio Farabundo Martí del Frente Popular de Liberación, que trasmitía desde Chalatenango para todos los frentes de guerra. Era julio de 1987, el PC vivía una de sus peores crisis políticas internas, en Chile el empuje de la Rebelión iba irremediablemente cuesta abajo y se reflejaría en todas sus estructuras, con especial énfasis en las militares. La crisis se trasladó al exterior y la Chela se vio envuelta en las increíbles disputas que generó este conflicto entre comunistas. Pero el clima enrarecido y la confusión reinante tampoco serían un impedimento para que cumpliera su propósito. Con un empuje sostenido, realizó múltiples gestiones personales y a fines de ese año se encontraba en Chalatenango trabajando en la Radio Farabundo Martí. Hizo todo lo que fue necesario en su

especialidad, aseguró comunicaciones y transmisiones radiales y preparó a decenas de salvadoreños en la especialidad de radio y comunicaciones en escuelas que ella misma organizó.

Un especialista en radares y graduado en la Academia de la Marina de Guerra de Cuba, fue otro de los chilenos enviados a El Salvador con el propósito de trabajar en el área de las comunicaciones. A fines de 1987 debía de llegar hasta otra de las organizaciones salvadoreñas que formaban el FMLN, para trabajar en la radio. En el ingreso hasta llegar a su destino, asuntos casuales relacionados con la guerra misma, cambiarían su destino: en espera de su traslado, muere, producto de un bombardeo, el jefe de retaguardia de una columna guerrillera del Partido Comunista salvadoreño en la zona de Chalatenango. La jefatura de la columna, conociendo la preparación general del oficial del PC chileno, le pide que se haga cargo de dicha responsabilidad. Es así como un marino especialista en radares termina organizando el avituallamiento en víveres, armamento y municiones y explosivos de la columna. Nunca estuvo en peligro inminente de perder la vida, más allá de los consabidos bombardeos, hasta precisamente un año después, cuando, terminada su misión, emprendió el largo y difícil camino de salida por territorios llenos tanto de amigos como enemigos. Es así como, por sorpresa y casi sin advertirlo, el pequeño destacamento del cual formaba parte, se encuentra a boca de jarro con la vanguardia de una compañía enemiga. Sin lugar a dudas fueron sorprendidos por los soldados, que dispararon a mansalva ante el estupor de los guerrilleros. Todos corrieron en distintas direcciones, mientras el marino se tira al suelo intentando repeler el ataque. Fue solo el intento, la balacera infernal provocada por los soldados no le permitió respuesta alguna. Según nos relata, "minuto loco" se llama a ese instante en que los soldados disparan en ráfaga todos juntos en dirección a un objetivo. Él no sabe cómo ningún proyectil lo alcanzó mientras quería desaparecer, enterrarse en medio del sendero desprotegido. La pronta

recuperación de sus compañeros que organizaron la respuesta desde posiciones más ventajosas le salvó la vida.

Entre abril y junio de 1989, cuando el marino ingeniero y "La Chela" emprenden definitivamente el viaje de regreso a Managua, se cruzaron con doce oficiales chilenos que entraban a El Salvador para participar en la Ofensiva Final del FMLN en noviembre de ese año.

El último asalto

Cuando los compañeros de Raúl lo vieron por vez primera, con su rostro de niño noble y su fortaleza física un tanto tosca, enseguida saltó uno y dijo: "Este se parece a Bam-Bam". El apelativo no aludía a Zamorano, el reconocido futbolista chileno de idéntico mote, sino a un famoso bebé de atributos semejantes, personaje de una popular tira de animados norteamericana. Ninguno de los que conocieron la participación de doce jóvenes oficiales del PC en la Ofensiva Final de noviembre de 1989 en El Salvador recuerda a Raúl, pero nadie ha olvidado a Bam-Bam ni a Víctor Otero, Volodia Alarcón y Cristián Bascuñán, tres de sus compañeros caídos en combate en esa guerra.

Al llegar a Cuba en 1986 para cursar estudios en la Isla de la Juventud, el promedio de edad del grupo no superaba los dieciocho años. Uno de ellos, de capacidad sobresaliente y al que todos llamaban Cabro Chico, igualaba el récord establecido por Torito en el primer curso de cadetes en el lejano 1976. Otro niño chileno comunista con sueños de guerrero libertador comenzaba su preparación de oficial con apenas quince años.

Un hecho establecía una radical diferencia entre ambos. Torito inició su aventura de la vida cuando aún ni se conocía la Rebelión Popular, el niño del 86 la empezaba en el preciso instante en que la Comisión Política del PC advertía los primeros indicios del ocaso de la Rebelión, al menos en sus aspectos más beligerantes.

Los treinta y seis alumnos del grupo de Raúl concluyeron sus estudios en julio de 1988, a escasos meses de la derrota del dictador en el plebiscito de octubre de ese año. El Cabro Chico fue

título de oro en su promoción. Después de graduados, inmediatamente comenzó la dispersión. Quienes no tenían conflictos de seguridad, regresan a Chile; otros se fueron donde sus familias en el exilio.

Un reducido grupo permanecería en Cuba por poco tiempo. No terminaban de disfrutar las vacaciones en las calientes playas cubanas, cuando a fines de agosto los convocan para partir rumbo a Nicaragua. En brevísimos plazos los distribuyeron en destacamentos de no más de tres y los dispersaron por el inmenso teatro de operaciones que ocupaban los BLI.

Lo primero que aprendieron, al igual que todos los internacionalistas que participaron en esa guerra, fue a caminar y resistir largas jornadas de marcha. Caminaron tanto como sus veteranos compatriotas y de cuando en cuando trabaron combates fugaces contra un enemigo escurridizo y veloz. Ese mismo año los combates habían comenzado a amainar, todo indicaba que la solución al conflicto en Nicaragua llegaría por el lado electoral. En febrero de 1989, el grupo de Raúl estaba de regreso en Cuba. En ese momento en Chile se negociaba la solución a la existencia del dictador derrotado en el plebiscito, maniobra política donde estaba excluido el PC.

De regreso en la isla el grupo se redujo aún más. Todos quienes tenían una situación legal y normal que no precisaban infraestructura ni documentación regresaron a Chile. Finalmente un reducido número regresa a Nicaragua a principios de abril de 1989 y fueron destinados con premura como instructores a una escuela básica de preparación de "cachorros". Cachorros de Sandino, era el nombre que recibían los soldados del servicio militar.

En tres meses habían impartido dos cursos de preparación básica y comenzaron a inquietarse. No podían seguir eternamente en Nicaragua, demasiados compañeros ya no estaban, una buena parte se encontraba en Chile, y mientras ellos continuaban con una rutina en escuelas de instrucción elemental.

El grupo se incrementó con unos cuántos oficiales remanentes de un curso anterior al de ellos, también varados en medio de los últimos estertores de esa guerra conocida. Era pasada la mitad del año 1989 y entre reflexiones y aspiraciones, comenzaron a reclamar, a exigir cambios de rumbo; para muchos de ellos aún eran tiempos de enfrentamiento en Chile. En la crisis de 1987 que sufren los comunistas con desprendimientos y divisiones, todos estos oficiales se habían mantenido fieles al Partido Comunista.

Adentrados en los campos nicaragüenses, poco o nada sabían del complejo momento que vivía el PC en el país. Por coincidencia, en esos momentos un conocido dirigente del PC viajó a Nicaragua. Los oficiales aprovecharon para trasladarle a dicho dirigente tres propuestas del colectivo: regresar a Chile, integrarse a la guerra en Colombia o a la de El Salvador. La última misión combativa de los comunistas chilenos en Centroamérica comenzaba como la de los pioneros de la Tarea Militar en los últimos años de la década anterior. Nacía por un reclamo, una exigencia de abajo hacia arriba, una presión de estos especialistas por luchar y darle sentido a lo que el propio Partido había indicado. La respuesta, para su regocijo, no demoró nada: irían a El Salvador, donde en ese preciso momento se planificaba la "ofensiva final" para noviembre de 1989.

Doce fueron los integrantes del contingente. Nueve del grupo original de Raúl y tres de un curso anterior, entre estos Víctor Otero. Al decir de Raúl, en julio recibieron una preparación acelerada de "salvadoreñismo", costumbres, vocablos locales, geografía, tradiciones, "me aprendí hasta el Himno Nacional", dice. Viajarían con documentos salvadoreños.

Para ingresar al país se dividieron en cuatro grupos de tres oficiales, cada uno de los cuales sería enviado a frentes de guerra diferentes. La ruta más común para llegar al país centroamericano era viajar hasta Honduras por vía aérea y trasladarse por tierra a territorio salvadoreño. Con pasaportes falsos y una leyenda solo suficiente para controles rutinarios, pasaron aduanas y registros

migratorios sin contratiempos.

Hicieron el vínculo clandestino que les habían indicado y contactaron con anfitriones salvadoreños en Honduras. Un hotelito barato, una dirección en calles y negocios extraños, una seña, unas palabras y por fin en manos seguras para ingresar en El Salvador. Uno de los grupos, compuesto por tres chilenos y seis u ocho salvadoreños que les habían añadido, fue descubierto por patrullas hondureñas cuando avanzaba hacia la frontera. Raúl supone que los militares dieron aviso a sus homólogos salvadoreños. Los estaban esperando y cayeron en una emboscada.

Nicotina, el más pequeño de edad del grupo, que debía el apelativo a su marcada adicción, fue quien le contó a Raúl los detalles de la emboscada que este ahora recuerda:

–Dos chilenos salieron vivos de la emboscada, Cristián Bascuñán, al que le decíamos Cateto, y el propio Nicotina. El que muere es "Cuervito", como le decíamos a Volodia Alarcón. "Nico" nos contó todo lo que pasó al año siguiente cuando nos juntamos en Cuba. Fue una emboscada por lo menos de un grupo de combate enemigo, que es como un pelotón. Dos escuadras escalonadas en ambos lados del sendero, y la otra dispersa, de contención, a decenas de metros más adelante.

–¿Cristián Bascuñán no murió en ese momento?

–No, el Cristián salió herido en un hombro, pero nada grave. Se curó en los hospitalitos de campaña. Murió después con Víctor Otero en la ofensiva final.

–¿Y cómo salieron de la emboscada?

–Nico dijo que fue como en toda emboscada, en tremenda desventaja y les llovían las balas por todos lados. Salvadoreños y chilenos pelearon muy duro, no recuerdo si murió algún salvadoreño en ese momento. El Cuervito murió tratando de tapar o agarrar una granada que cayó entre él y Nico en medio de tremenda balacera, su cuerpo quedó destrozado. Por eso el Nico decía que le debía la vida.

–En algún momento dijiste que pudieron enterrar a Volodia, e incluso que habían fijado las señas que sirvieron para rescatar su cuerpo muchos años después. ¿Cómo pueden hacer esto en medio de un combate tan violento?

–Por lo que contó el Nico, supongo que el pelotón enemigo era de soldados del servicio militar, perros les decían. Esos no aguantaban mucho, con cualquier cosa salían en retirada, no era lo mismo cuando uno se encontraba con tropas de batallones profesionales. Según recuerdo, los perros se retiraron por el empuje y el movimiento que hizo el destacamento guerrillero; el combate terminó por eso, no porque el enemigo los hubiera aniquilado, por eso ellos pudieron enterrar al Cuervito y precisar las señas del lugar. Después siguieron rumbo al interior.

"Cristián y el Nico participaron en la ofensiva final. Cristián cayó en la retirada, después que la Ofensiva fue detenida y los compañeros fueron obligados a dejar la ciudad de San Salvador. Se combatió en los barrios, calle por calle, allí sorprendieron a Cristián en medio de una balacera.

"Con el Loco Otero pasó algo similar. Según nos contaron después, en uno de esos últimos combates todos estaban en retirada. Uno de sus compañeros cayó herido, quedó atrás, tendido en medio de la calle. El Loco Otero regresó y se lo echó a la espalda pero no alcanzó ni a caminar. Le dispararon de varios lados y murió al instante. Lo de Loco era por eso, porque era muy arriesgado, no le importaba enfrentar el peligro".

Al grupo de Raúl lo destinaron a la periferia de la ciudad de Usulután, al sureste de la capital. No hacía ni quince minutos que el vehículo en que se trasladaban había salido de la "pequeña ciudad" o "pueblo grande", como indistintamente la califica Raúl, y ya habían hecho contacto con un grupo guerrillero, toda una sorpresa. Era la antesala de la guerrilla, el living de ésta, le llama Raúl, pequeños "destacamentos de expansión" cuya tarea consistía en servir de puente hacia el campamento principal, como una puerta de entrada y salida, mantener contacto directo

con la población local y vínculos con organizaciones sociales de todo tipo.

El "destacamento de expansión" no pasaba de cinco hombres en un reducido campamento rural muy cercano a un caserío. Las medidas de protección eran los mismos pobladores y simples traslados en los alrededores, casi todos estaban al tanto de su existencia Al día siguiente, el grupo ya estaba en el campamento principal. A cada uno le asignaron misiones diferentes.

Cebollita fue destinado al campamento central y supo cómo se dirigía y organizaba esa guerrilla desde la jefatura de un Frente. A Raúl lo asignaron a un destacamento de combate en el que la mayoría eran jovencitos de entre quince y dieciséis años. A Bototo lo enviaron a otro campamento del mismo Frente, más al sur, donde realizó cientos de misiones de traslado de medios materiales para la ofensiva de noviembre.

Raúl no ha podido olvidar la imagen de Mario, un médico ecuatoriano de apariencia quijotesca, aserrando en medio del monte el hueso tibial de un guerrillero tendido sobre una rústica camilla hecha con ramas. El paciente era el jefe de Raúl; una de sus propias minas vuela-patas le había destrozado el pie.

El fatídico accidente ocurrió durante una tenaz persecución tras una patrulla del enemigo, era el primer combate significativo de Raúl. No había pasado ni una hora, o quizás un siglo, y el jefe estaba neutralizado y los niños guerrilleros mirándolo en espera de sus decisiones. Era el único capaz de soportar el peso del herido y sacarlo de allí con rapidez, por algo le habían puesto el mote de Bam-Bam. Para el destacamento se terminó el combate y comenzó la odisea del traslado del jefe.

No sabe cómo pudo soportar sobre sus hombros esa carga inerte y quejosa a través de cafetales y trillos peligrosos, sabiendo además que estaban a horas de camino del campamento central. En algún momento se percató de que había olvidado recursos elementales. Después de un breve reposo, dio algunas indicaciones y en pocos minutos armaron una camilla de traslado

con un largo palo de monte y las hamacas plásticas que siempre tienen los guerrilleros del trópico. En el campamento central los esperaba Mario. Estaban avisados por un buen sistema de comunicaciones en clave radial que nunca falló.

Mario limpió bien la herida, suturó todo lo que pudo suturar, pero no pudo cubrir con la piel restante del muñón entumecido un porfiado pedazo de hueso tibial demasiado largo y astillado. No había sierras y el médico se culpó por su falta de previsión. De repente, alguien le insinuó el uso del tradicional machete, él ni contestó.

En un instante y como iluminado por una súbita genialidad, se acordó de su cortaplumas multiusos, esos con una clásica cruz blanca con fondo rojo que dicen ser de procedencia suiza. El médico cirujano aserró el hueso con paciencia infinita ayudado por la sierrita del cortaplumas. "Por suerte, el jefe está anestesiado", pensaba Raúl mientras sujetaba el extremo del muñón como improvisado asistente. Cuando las tensiones amainaron y la herida quedó sellada, Raúl le dijo a Mario: "Oficialmente te nombro mi médico personal".

La dirección principal de la ofensiva final fue la capital, San Salvador, y hacia allí se dirigieron los esfuerzos en hombres, armamento y todo tipo de aseguramiento material. El campamento de Raúl recibió la misión de concentrarse en un punto determinado en la zona del volcán Guazapa, muy cerca de la ciudad. Lo extraordinario fue que la mayoría, bien afeitados y vestidos como cualquier citadino, se trasladó en pequeños grupos a buscar un vínculo clandestino en las periferias de la capital.

Otros destacamentos y la logística tuvieron que hacer largos y riesgosos desplazamientos. Quince días antes, todos estaban instalados y recibieron las tareas preparatorias para la gran ofensiva final, cuyo nombre encerraba la determinación de una estrategia definida por la Comandancia General del FMLN; sería la última, la de la victoria.

En las dos semanas que la antecedieron, Raúl y Joel, un joven

salvadoreño astuto, decidido y de pocas palabras, cumplieron la misión de conocer al dedillo un pequeño sector periférico y semirrural al norte de San Salvador. El área indicada la cruzaba un río casi seco con un puente, a todas luces el punto principal de la zona que debían estudiar. El camino sin pavimentar era una salida absolutamente secundaria por el norte de la ciudad que la enlazaba con esos campos menos poblados.

No lejos del área a estudiar, Joel instaló su base de operaciones en una casa segura para los guerrilleros, situada en el sector rural pero cercano a la zona de operaciones, en la que vivían Primo y su mujer Ana. Él no era primo de nadie, lo llamaban así. Para ir desde la casa hasta el sector, Raúl y Joel caminaban por senderos hacia el sur, al rato cruzaban un río de laderas abruptas, como un pequeño cañón, y dos horas más tarde estaban en la zona encomendada.

Esas dos semanas les bastaron para conocer todos los detalles del terreno y de la gente más cercana que vivía allí. Su misión era simple, impedir que los *perros* cruzaran por el río hacia el norte; en otras direcciones se hacían los esfuerzos principales y por allí se podía esperar alguna maniobra de envolvimiento.

El destacamento estaba bajo el mando de Joel y cumpliría esta misión defensiva, que era parte secundaria en su propio Frente. Raúl no sabe si fue por el tipo de misión o por la carencia de hombres más hechos, pero en el destacamento, de una veintena de hombres, otra vez la mayoría eran jovencitos de entre quince y dieciséis años. El jefe Joel era el mayor y con más experiencia, tenía veintidós años, Raúl diecinueve.

La Ofensiva Final comenzó en todo el país a las cero horas del 11 de noviembre de 1989. El destacamento se trasladó sin ninguna dificultad hacia unas pequeñas elevaciones justo en el lado norte del río y del puente a defender. Joel instala con Raúl un pequeño puesto de mando, a ambos lados despliegan a los bisoños combatientes. Desde esa posición, al norte, a sus espaldas quedaban la periferia y el campo; al frente, el sur y la ciudad. En horas ya estaba preparada la defensa, distribuidos los sectores de

tiro para cada guerrillero y bloqueado el puente con varios vehículos que esa noche intentaron cruzarlo.

Inmediatamente a la salida del puente, en su extremo sur, los guerrilleros abrieron una inmensa zanja con la total colaboración de los pobladores más cercanos. Por allí no podría cruzar ningún vehículo enemigo. A ambos lados del río no había casas cercanas. A la izquierda del puente estaba la zona más desprotegida y de menos vegetación.

Al amanecer divisaron a los primeros soldados. Se acercaban desplegados por todo el descampado hacia el río, caminaban despacio, parecían siluetas silentes y encorvadas avanzando entre la vegetación baja del lugar, justo frente al destacamento guerrillero. Joel observaba atento desde el centro del sector, mientras Raúl se desplazaba protegido en una especie de franja móvil, prestando especial atención al flanco izquierdo. Cuando el enemigo estuvo a distancia de tiro efectiva de fusil, Joel indicó abrir fuego; los soldados tendidos eran presa fácil de los guerrilleros. El combate se generalizó. De cuando en cuando, una tanqueta desde lejos disparaba, los guerrilleros se escondían y los soldados avanzaban protegidos por los accidentes del terreno.

Pasado un tiempo, Raúl se dio cuenta de que las acciones del enemigo por el frente eran de encubrimiento y distracción. Por el flanco izquierdo los soldados ya habían cruzado el río y disparaban intentando subir a las alturas precariamente defendidas, mientras otros se desplazaban por detrás de las elevaciones del flanco derecho. Los niños guerrilleros soltaban ráfagas en cualquier dirección, las municiones se agotaban peligrosamente. Raúl gritaba exigiendo disparar solo cuando el enemigo se hiciera visible y corría de un lado a otro intentando tapar brechas y evitar lo inevitable. Resistieron el empuje de hasta una compañía enemiga durante unas cuatro horas.

En algún momento quedaron flanqueados por ambos costados pero el enemigo aún no era visible. No había tropas amigas contiguas con quienes establecer la cooperación, ni existían

reservas en la retaguardia. Joel advirtió el peligro y ordenó la retirada hacia el norte. Salieron con cierto orden, lo más rápido posible, a campo traviesa, encorvados para tratar de protegerse con la vegetación rala. Sin que ellos lo supieran, mientras se desplazaban, el enemigo se acercaba velozmente a la dirección de su salida. Corriendo a campo traviesa, por su flanco izquierdo se encontraron con numerosos soldados, tal vez a menos de ochenta metros de distancia. La balacera se hizo infernal. Los guerrilleros disparaban de lado y corriendo, los soldados se tendieron e intentaban disparar apoyados, como para cazarlos en su veloz carrera.

No existía ninguna otra salida, quedarse allí era la muerte segura. Joel disparaba su ametralladora M60 y gritaba instando a salir, a correr. Avivaba enardecido, como extraviado, miraba a todos, corría, arengaba, volvía a disparar su M60, que quemaba, y los guerrilleros niños en hilera corriendo, salvándose, viviendo. Raúl, que no se despegaba de su lado, lo imitaba. Eran los últimos de la hilera, los jefes, los mayores, los adultos. En algún momento, cuando faltaba poco para alejarse de la intensa balacera, cuando la mayor parte del destacamento se internaba a rastras en el monte, cuando hasta los heridos cojeando desaparecían de su vista, Raúl recibió una andanada de proyectiles en ráfaga mientras disparaba a escasos metros de Joel. El impacto más violento fue en la cabeza, atronador, como si lo hubiesen golpeado con un riel. Lo abrazó un silencio total, extraño, un vacío, la nada misma en medio del infierno.

Raúl siempre ha sido un agnóstico empedernido, pero afirma que salió de su cuerpo, que en un momento lo vio tirado en el suelo, como ajeno, ensangrentado, y él flotando sin peso sobre esa locura silente, como en cámara lenta, casi sin perspectiva de profundidad; desde su irracional altura pudo ver con claridad desde dónde estaban disparando los soldados.

Quizás su viaje por el limbo de la vida no duró ni un segundo, en seguida bajó y miró con detalle su oreja izquierda llena de sangre

en los precisos instantes en que percibe cómo entra a su cuerpo caído. Al instante escucha a lo lejos su nombre gritado por Joel quien lo hala, lo remueve, le grita, mientras con su mano libre dispara con su pistola. Había perdido la M60. Raúl se levantó como zombi, mal corrió a tientas, casi sin ver ni oír a Joel, que disparaba, lo empujaba, le gritaba, lo animaba: "¡Corre, Raúl, corre, dale, corre!".

Raúl no corrió; trastabilló y cayó muchas veces, después medio caminó. Veía doble y lejano, brumoso y descolorido; oía los ruidos apagados, no sabía si por la distancia recorrida o porque había perdido la audición. A Joel nunca más lo vio ni lo escuchó, murió en el combate.

Se alejó con las alturas del Guazapa como única referencia, multiplicadas a sus ojos las veía dobles, hasta que descubrió que cerrando uno todo se tornaba más nítido. La sangre corría por su mejilla izquierda empapándole la ropa, del brazo derecho también manaba sangre. Fue entonces cuando vio en su antebrazo un hueco profundo, mucho más grande del que pudiera provocar un proyectil de fusil. Sin detenerse, tomó su pañuelo rojinegro con las siglas del FMLN y trató de frenar la hemorragia. En algún instante reparó que el pecho le sangraba y lo sentía caliente; metió el brazo semivendado por debajo de la camisa verde olivo y apretó las heridas del medio de su pecho. Extrañamente, nada le dolía.

Caminó y caminó medio perdido en dirección a las alturas, con la infinita esperanza de encontrar el río aquel que parecía un pequeño cañón; por allí cerca estaba la casa del Primo y Ana.

–¿Cuánto tiempo caminaste así, Raúl?

–No sé, el combate se desarrolló en la mañana, salimos de allí como a mitad de la mañana, puede ser dos o tres horas. Encontré una casa, la veía muy lejos y mientras más me acercaba, más lejos la veía. Allí estaban un campesino y su mujer, que se asustaron mucho cuando me vieron. Me dieron un poco de agua y les pedí que me dejaran descansar un rato. El hombre, lleno de miedo, me llevó a un escondrijo en medio de un cafetal, allí medio dormité y

me di cuenta de mis posibilidades.

"No sabía qué tenía en la cabeza ni en el pecho, me tocaba los huecos de la cabeza y sentía el hueso pero no me dolía y ya no sangraba, después supe que tenía tres surcos hechos por los proyectiles pero estos no llegaron a la membrana interior. En el pecho pasó algo parecido, una bala cruzó los pectorales de lado a lado arrancando músculos y piel sin tocar un hueso, en el antebrazo tenía un trozo de piedra metido entre los dos huesos, el radio estaba astillado. Después me explicaron que por todas esas razones no me desangré.

"Al rato de estar descansando sentí que podía seguir. Los soldados perfectamente podían estar de cacería, estaba muy cerca de donde habían sido los combates. Me fui de allí igual, caminando, y lo más extraordinario para mí en esas circunstancias, fue que los campesinos me indicaron con precisión dónde quedaba el río con forma de cañón.

"Caminé un poco mejor, abriendo y cerrando alternadamente uno de los ojos hasta que al atardecer, por fortuna, llegué al río. No sé cómo lo crucé, creo que me fui tirando sentado de uno a otro de los escalones naturales que forman sus laderas, y después subí gateando con una mano. Al rato encontré la casa de unos campesinos que me recogieron y me atendieron, ya era casi de noche. Hicieron todo lo posible por ayudarme, allí ya me sentí más seguro y tranquilo. Conocían al Primo, pero su casa estaba bastante lejos y era de noche. Lo fueron a buscar al amanecer del otro día. ¿Sabes quién apareció como al mediodía?"

–El Primo, ¿no?

–No, apareció Ana, su esposa. Ella siempre me decía que yo era su hermano... ¿Y sabes quién fue con ella?

–No, no sé, ni me lo imagino.

–Llegó con Mario, ¿te acuerdas? ¡Mi médico personal! Cuando lo vi, me dije "de esta escapé".[15]

Una mirada

En las primeras páginas de esta parte acerca de la participación

de los comunistas chilenos en las misiones internacionalistas, aparece que en abril de 1979 muere en combate Juan Cabezas Torrealba, "Hernán", militante del MIR, pionero en el Frente Sur y el primer internacionalista chileno caído en combate en esa guerra. El último de ellos que entrega su vida en Centroamérica, no por pura coincidencia, también pertenecía al MIR. En noviembre de 1989, en este mismo empeño de la ofensiva final del Frente Farabundo Martí en la capital salvadoreña, muere otro combatiente del MIR.

La guerra contra la dictadura somocista fue librada por la mayor parte del pueblo nicaragüense. Su juventud fue la fuerza principal en la insurrección popular. Jóvenes son la inmensa mayoría de sus muertos en combate. Es su obra y es su conquista. El Frente Sandinista de Liberación Nacional, independiente a múltiples alianzas políticas durante más de 25 años de lucha, fue la organización principal en la conducción y derrota político-militar de la dictadura. Como en todo conflicto, el frente exterior y la solidaridad internacional de todo tipo jugaron un indiscutido papel en ese triunfo. En ese marco se inscribe esta historia de los internacionalistas en el Frente Sur. Fue internacionalismo esencialmente latinoamericano; allí habían combatientes de casi todos los pueblos del sur del Río Bravo. Costarricenses, venezolanos, panameños, argentinos, aportaron contingentes numerosos y entusiastas. Indudablemente hubo diferencia en cantidad, nivel de organización y calificación política y militar de las fuerzas que participaron. Cuba, con un reducido número de oficiales del Ministerio del Interior, sin aportar tropas, es el factor aglutinador, y Fidel, conductor indiscutido de este internacionalismo; contó con el apoyo decisivo de los presidentes de Costa Rica y Panamá de ese entonces. Combatientes hondureños, guatemaltecos, uruguayos y salvadoreños fueron la distinción en preparación, disciplina y arrojo en esa guerra. La pertenencia a organizaciones revolucionarias de sus pueblos les otorgó la diferencia. Aún queda por investigar esa gesta con una

mirada global donde quede al descubierto todo y todos los que participaron en ella.

Esta segunda parte de la investigación está limitada al internacionalismo chileno, y más específicamente a la participación de los comunistas en esa guerra y en la desarrollada a continuación en El Salvador. Independiente a múltiples lecturas y lecciones, en última instancia el objetivo de este trabajo es encontrar antecedentes y datos que aporten al proceso de comprensión de la Rebelión Popular del PC en Chile.

1 Augusto ingresa a Chile en el primer grupo de oficiales en mayo de 1983. Es Mauricio en la lucha clandestina y llegó a ser el especialista militar de la Comisión de Organización del PC.

2 Uno de los principales logros que alcanzó la Revolución Sandinista, fue que al año del triunfo estaba organizada la defensa del país. El nuevo ejército, en brevísimos plazos, realizó dos grandes maniobras, una de ellas para el primer aniversario de la revolución. Fue una maniobra demostrativa con tiro de combate de Batallón de Infantería, reforzado con un Batallón de Tanques; había, además, tres grupos de artillería terrestre, un grupo de artillería antiaérea, dos baterías de cañones antitanques, más o menos había unos 3000 hombres desplegados en el terreno... más bien parecía una Fuerza de Tarea o el equivalente a un destacamento del Alto Mando. Los oficiales chilenos trabajaron en esa maniobra formando parte del estado mayor de Dirección de la maniobra. No hubo un muerto ni herido en esa maniobra, salvo un paracaidista que terminó con un esguince en el momento de la caída.

3 Años más tarde, un reducido grupo de militantes socialistas rompen esta solidaridad formada en la guerra y se incorporarían a la conocida "Oficina de Seguridad" de los gobiernos postdictadura, dedicándose a controlar e identificar a sus ex compañeros de lucha. Esta actividad la desarrollarían cuando la inmensa mayoría de los oficiales preparados en Cuba estaban desvinculados de toda actividad militar del PC y del FPMR.

4 De entre ellos destacan el ex capitán y piloto de la Fuerza Aérea de Chile Raúl Vergara y los técnicos en aviación Enrique Villanueva y Gregorio.

5 Según el testimonio del oficial Juan Carlos, en una ocasión en que Chafik viaja a Moscú, posterior a los hechos narrados, se encontró con Luis Corvalán, al cual le agradeció efusivamente por la colaboración de sus

militares. Corvalán enterado en ese momento de esta ayuda internacionalista, gratamente sorprendido, agradeció el gesto.

6 Las razones de este dilatado proceso y el número de oficiales que se incorporan a Chile, se verán en la Tercera Parte de este trabajo en el capítulo 3, acápite "Los Oficiales".

7 Juan Arturo Cortés Zuleta, "Rubén", y Alberto Gerardo Bonilla, "Flavio", mueren en una emboscada en 1982. Juan Palavecino muere en El Salvador "en los ochenta", según el libro *Internacionalistas* de Pascale Bonnefoy. Otros testimonios orales afirman que habría muerto en la lucha irregular en Nicaragua.

8 En este acápite conté con la colaboración de los oficiales conocidos como Colorado, Pancho y Patricio, todos graduados de la Escuela de Artillería Camilo Cienfuegos en el año 1982. En otros aspectos combativos y políticos conté con la colaboración del Oficial conocido como IFA, graduado del ITM, además de Antonio y Gustavo, oficiales graduados en Bulgaria.

9 Nombre de las primeras ollas a presión fabricadas en Chile.

10 Este oficial al ser entrevistado obvió los aspectos históricos de esta historia y concentró su intervención en los aspectos más políticos de la Rebelión. Fue uno de los pocos cuadros oficiales entrevistados en apuntar que uno de los dramas principales de la Rebelión no fue su concepción, sino "su aplicación tardía; siempre llegó tarde, siempre detrás de los acontecimientos políticos trascendentales".

11 En el momento de escribir estas historias, varios represores de la desaparecida CNI enfrentaban juicio por el asesinato y desaparición de estos comunistas donde figura Julián Peña Maltes.

12 Es lo más probable es que otros oficiales de este "Grupo de los 42" hayan tenido combates directos con el enemigo. La imposibilidad de encontrar a todos ellos ha condicionado la investigación.

13 En esta lucha irregular muere en un accidente carretero el militante del MIR Jorge Olivares Vega, el 27 de junio de 1984. Datos del libro *Internacionalistas* de Pascale Bonnefoy.

14 Entrevista con el Ingeniero Javier.

15 Entrevista con Raúl. Fue el único oficial que salió herido de esta Ofensiva Final. No me fue posible contactar a los otros participantes, todos con experiencias combativas muy similares a la vivida por Raúl y

por sus tres camaradas muertos en combate.

Tercera parte
El PC.
Desde el Frente Antifascista a la Rebelión Popular

Capítulo 1.
Renovación capitalista

Quizás nunca sea posible conocer la cantidad real de chilenos asesinados o desaparecidos durante la dictadura. La cifra oficial es de 3 197, pero hay más de seiscientos casos que no se tomaron en cuenta porque existen dudas de que hayan sido víctimas del régimen, y se conoce de muchos otros que nunca fueron denunciados porque aún durante los primeros gobiernos civiles el miedo y la desconfianza seguían operando, sobre todo en víctimas de los aparatos represivos y luchadores contra la dictadura.

El cincuenta y siete por ciento del total aceptado ocurrió el mismo año 1973 y suma 1 823 víctimas.

Entre 1973 y 1980, la etapa de mayor retraimiento y de "no enfrentamiento armado" del PC, los muertos y desaparecidos superaron el ochenta y tres por ciento del total.

En todo el período dictatorial (1973-1990), más del quince por ciento corresponde a militantes del Partido Socialista, por encima del trece por ciento del MIR, una cantidad similar del PC y cerca del cincuenta y cuatro por ciento no registra militancia política partidista.[1]

De acuerdo con estas cifras, la mayor cantidad de víctimas no pertenecía a las organizaciones defensoras y proclives a la lucha armada, al menos en sus discursos, como el MIR y un sector del Partido Socialista. A las víctimas las unen sus concepciones políticas revolucionarias, su participación en el Gobierno Popular y su adhesión a este, y no su posición y capacidad de organización con relación a la lucha armada.

La máxima dirección del PC, su Comisión Política, nunca imaginó ni pudo prever el carácter, profundidad y grado de violencia del golpe de Estado de 1973, mucho menos concebir lo que ocurriría en los años siguientes en el país, cuando el dictador afirmó que Chile estaba en "guerra contra el marxismo".

Hasta 1980, el partido intentó luchar y terminar con la

dictadura militar mediante la unidad de todos los opositores en un Frente Antifascista, empleando las formas y concepciones tradicionales de lucha usadas por décadas, pero esta vez en condiciones de una enconada persecución y una profunda clandestinidad. Fue un primer escenario de "guerra" impuesto por la dictadura, donde el PC debía sobrevivir y hacer política.

En ese mismo periodo, 1973-1980, el régimen militar, a diferencia de todas las dictaduras de la época que gobernaron en América Latina, sentó nuevas bases económicas, políticas, sociales e institucionales y determinados patrones culturales, que, en esencia, imperan en el país hasta la actualidad. La dictadura chilena no restableció ni reorganizó el modelo de país existente antes del gobierno de la Unidad Popular, forjó otro distinto.

Fue en ese segundo escenario "fundacional", impensado y desconocido, que el PC crea y despliega su proyecto de Frente Antifascista. Siete años debieron transcurrir para que se percatara de su inviabilidad. ¿Inmovilismo de la tradición comunista o genialidad de un dictador que impuso una guerra y trastrocó hasta la médula del país?

La guerra que nunca fue

Eran las cinco de la tarde del domingo 9 de septiembre de 1973 cuando el general Gustavo Leigh, uno de los principales conjurados para el golpe, visitó al comandante en jefe del Ejército Augusto Pinochet. Sin muchos dobleces, Leigh lo puso al tanto de la determinación de intervenir militarmente para derrocar al Gobierno Popular. En el saloncito de la casa de Pinochet, sentados uno frente a otro en dominical tenida deportiva, estaban decidiendo el destino del país. Ambos, sumando sus fuerzas subordinadas, "tenían la mayor parte del poderío bélico de Chile". Pinochet, "mirando a Leigh fijamente, vacilaba". Del patio se escuchaban apagados los festejos del cumpleaños de su pequeña hija Jacqueline.

Desde el sábado 8, los golpistas de la Armada en Valparaíso, con el almirante José Toribio Merino a la cabeza, tomaban las últimas

medidas para su adhesión al golpe militar. En el Ejército, a los complotados los encabezaba el general Sergio Arellano Stark, quien pasaría a la historia por cometer, en los primeros meses posteriores al golpe, una serie de asesinatos de presos políticos que se conocen como la operación Caravana de la Muerte.

Arellano y los demás conjurados del Ejército desconfiaban de Pinochet. Apenas un mes atrás había sido nombrado comandante en jefe del Ejército y jurado lealtad al gobierno constitucionalmente electo. Después de asumir la jefatura del Ejército, Pinochet cambió su discurso y en reunión privada con su alto mando mencionó la posibilidad de una "intervención militar si las circunstancias lo hacían necesario". No obstante, no estaba entre los primeros complotados.

En la reunión en casa de Pinochet, finalmente Leigh se la jugó por entero. Le dejó caer la decisión sin ambigüedades: "O te sumas o te apartas. Tú sabrás, pasado mañana es el día clave". El comandante en jefe vacilaba, expresó sus temores en caso de que fallara toda la confabulación. En esos precisos instantes, llegaron dos almirantes. Llevaban un breve texto manuscrito de José Toribio Merino, jefe de de la Primera Zona Naval. Este encuentro también era parte de la conspiración.

El documento, cuidando de no mencionar el golpe militar por su nombre, fijaba el compromiso de "cumplir esta fase con todas las fuerzas" y añadía que "El día H será el 11 y la hora H 06.00". Al reverso, estaban los nombres y los espacios donde Pinochet y Leigh debían firmar para sellar su conformidad, la de Merino ya estaba estampada. Leigh la suscribió de inmediato, Pinochet vaciló de nuevo. "¡Decídase, mi general, firme!", expresó Leigh. "Y Pinochet finalmente firmó". Al día siguiente, en almuerzo privado en el Ministerio de Defensa, el jefe de la Fuerza Aérea le mostró al resto de los conjurados la proclama que tenía preparada para darla a conocer una vez consumado el golpe militar.[2]

A la hora y el día previstos, las Fuerzas Armadas, con una tesis de guerra y un plan operativo consecuente con ella, lanzaron una

ofensiva profunda y general. "Aniquilar, destruir, neutralizar" son términos empleados en cualquier guerra y están señalados sin ambigüedades en las misiones de todo plan táctico de combate independiente a sus motivaciones ideológicas.

El golpe de Estado "de gran eficacia" y las acciones inmediatas de acuerdo con un plan previo, permitieron un rápido control de la situación: en horas el país estaba en manos de las Fuerzas Armadas.[3]

Cinco puestos de mando, interconectados por un tradicional sistema radial, se organizaron para dirigir el golpe militar. La periodista Patricia Verdugo,[4] en una esmerada investigación y como pintando con palabras los hechos, revive el "clima de guerra" de ese día. Las comunicaciones entre los complotados, sostenidas en lenguaje abierto y claro, e interferidas y grabadas en aquellos momentos, muestran que más allá del simbolismo de La Moneda y de la figura del presidente Salvador Allende, fue allí donde radicó el principal foco de resistencia y donde los golpistas concentraron sus esfuerzos.

"Estamos en guerra, señores", fue una definición categórica del dictador reiterada una y otra vez durante sus diecisiete años en el poder. El mismo día del golpe se declaró el "estado de sitio", que según el Código de Justicia Militar debía entenderse como "estado o tiempo de guerra", el cual terminó en marzo de 1978 y fue remplazado por el "estado de emergencia".[5] Ese estado de guerra se estableció con independencia de la existencia de un enemigo real, comprobado, con fuerzas, recursos y acciones militares que actuaran bajo un plan con alguna elemental coherencia y posibilidades objetivas de realizarlo. "El enemigo" esencialmente político, fue caracterizado como "militar", única manera de destruirlo.

Los complotados, medianamente bien informados, conocían bien la situación reinante en el país antes, durante y después de septiembre de 1973.

Julio Canessa, ex vicecomandante en jefe del Ejército, reconoce

en un libro de su autoría[6] que las Fuerzas Armadas tenían amplia información sobre las "organizaciones subversivas", incluidos su "fuerza, organización, medios logísticos disponibles, principales líderes". Contaban con una cuidadosa apreciación del poder político y armado de los grupos de extrema izquierda, seguidos desde fines de los años 60 por la DINE, que consiguió infiltrar el Partido Socialista y el MIR, según afirma el investigador Carlos Huneeus.

La jefatura de las Fuerzas Armadas sabía muy bien que los comunistas no tenían fuerzas ni planes para desatar una "guerra subversiva" ni la supuesta "degollina" contra altos oficiales de esa institución que contenía el Plan Z, como denominaron los militares a un imaginario proyecto de los partidos de izquierda para la toma violenta del poder. No existían porque, sencillamente, el PC nunca tuvo una concepción política de enfrentamiento militar. Durante casi toda su existencia, en este partido predominó el convencimiento de que las Fuerzas Armadas se subordinaban a la autoridad civil y obedecían la Constitución de la República.

No hubo guerra de parte de los comunistas porque no tenían una apreciación de probables escenarios de conflicto que exigiera su elaboración. Si no se contaba con política de guerra ni planes para ésta, ni ningún "aparato secreto" interno que obligara a la dirección del PC a cambios de rumbos, no podían surgir ni haber necesidades de estructuras militares, mandos, instrucción, armas, avituallamiento ni misiones para fuerzas inexistentes.[7] Eso lo sabe conceptualmente hasta el más novato de los oficiales que haya pasado por las aulas de la Academia de Guerra. Los recursos y armas en manos del PC en 1973, según se verá en un capítulo siguiente, correspondían a una concepción de seguridad y autodefensa, para resguardo de dirigentes, locales e instituciones.

Es una verdad histórica que ni antes del 11 de septiembre de 1973 ni durante ni después, los partidos conductores del proyecto popular, el Partido Comunista y el Partido Socialista, podían

declarar una guerra, ni de manera encubierta ni de ninguna otra manera. El día del golpe militar el PC ni siquiera podía pensar en un plan de operaciones combativas aisladas y que respondiera a una idea coherente de resistencia combativa. No contaba con él.

Hasta casi finalizar la década del 80, la principal tarea del PC fue resguardar sus fuerzas políticas, resistir, reorganizarse y sobrevivir, mientras lentamente desde su interior iba naciendo una política de "enfrentamiento en toda la línea, con el empleo de todas las formas de lucha, incluso la violencia aguda", como rezan las frases claves de lo que sería la Política de Rebelión del PC, propalada por el mismo Corvalán en septiembre de 1980.

La inmensa mayoría de las muertes y desapariciones de militantes de los partidos de izquierda y dirigentes de organizaciones sociales, sindicales, culturales, campesinas, estudiantiles, ocurrió precisamente en este primer período de 1973 a 1980. El llamado que hizo Corvalán en septiembre de 1973 fue a no resistir: "Haberlo hecho hubiese sido una masacre", dice en sus *Memorias*.[8]

Es esta sensación de dignidad avasallada, de indefensión absoluta, lo que en algún momento impulsó a muchos comunistas y no comunistas a dejar atrás el arraigado rechazo a la violencia y las armas. El MIR fue la excepción y protagonizó diversas acciones de resistencia armada, entre las que se distingue la muerte en combate desigual de su principal líder, Miguel Enríquez.[9]

Con excepción de los puestos de mando organizados el mismo 11 de septiembre, nunca existió un Puesto de Mando permanente ni esporádico de las Fuerzas Armadas para "la guerra". Las operaciones contra el "enemigo interno" las dirigieron y ejecutaron los aparatos represivos, primero la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) hasta 1977 y a continuación, hasta el término de la dictadura, la Central Nacional de Informaciones (CNI). La conducción de estricto verticalismo y total compartimentación de estos aparatos la ejerció el propio dictador a través del director del organismo represivo, quien le informaba a

diario los resultados de la "*guerra*".[10]

La DINA, creada de manera extraoficial inmediatamente después del golpe militar y oficializada por la Junta de Gobierno en junio de 1974, primero se dedicó a destruir al MIR y al Partido Socialista; después le correspondía al PC. En mayo de 1976 nació el Comando Conjunto, aparato represivo de la Fuerza Aérea, como resultado de las disputas de poder al interior de las Fuerzas Armadas y sobre todo ante la omnipotencia que llegó a tener Manuel Contreras como director de la DINA.[11]

La sustitución o recambio de la DINA fue resultado de fuertes presiones, en particular internacionales, por su responsabilidad en las operaciones Colombo y Cóndor. En la primera de ellas se organizó una vasta operación de inteligencia con los aparatos represores de los países vecinos para justificar y ocultar la desaparición de ciento diecinueve presos políticos a manos de esa dirección, según la cual estos se habrían exterminado entre sí "como ratas" en luchas intestinas en países limítrofes. Así lo "aseguraron" medios de prensa en Argentina y Brasil, creados específicamente para tal misión. Los periódicos chilenos *La Tercera* y *Las Últimas Noticias* reprodujeron la infamia en grandes titulares y detallados reportajes.

La Operación Cóndor, la más conocida, fue un amplio trabajo de cooperación de los cuerpos de inteligencia de las Fuerzas Armadas de las dictaduras del Cono Sur, en el que no estuvo ausente la Inteligencia norteamericana, con el objetivo de "combatir el terrorismo". Las víctimas chilenas más conocidas de esa cruzada fueron Carlos Prats, asesinado en Buenos Aires en septiembre de 1974; Bernardo Leighton,[12] herido de gravedad cuando intentaron ultimarlo en octubre de 1975 en Roma, y Orlando Letelier,[13] asesinado en Washington en septiembre de 1976.

Como parte de esa operación, centenares de revolucionarios de los distintos países del área fueron asesinados y desaparecidos. La Operación Retorno, con que el PC comenzó el reingreso de sus

dirigentes a fines de 1977, estuvo a punto de fracasar al ser detenidos y desaparecidos en Argentina militantes de la infraestructura de este partido que participaron en ella.[14]

En la primera etapa de la "guerra" no hubo ninguna especial consideración ante la ausencia de acciones armadas de parte de los comunistas; numerosas son las denuncias sobre el terror, el sufrimiento y la resistencia. Uno de los últimos y más espeluznantes episodios de desaparecidos fue revelado por un canal de la televisión chilena justo en los momentos de la investigación para este trabajo.

Un torturador, inconmovible y desde la penumbra, relató con pasmosa calma los inconcebibles tormentos aplicados a Víctor Díaz, máximo dirigente del PC, desaparecido junto a toda su dirección en abril de 1976.[15] Pocos meses más tarde, a fines de ese mismo año, desaparecía toda la nueva dirección de recambio del PC, encabezada por Fernando Ortiz.

El temor y la desconfianza atraparon a dirigentes y militantes del PC obligando a un mínimo de actividad de estructuras aisladas y dispersas por todo el país. Con este escenario de guerra y exterminio, la dictadura estuvo muy cerca de lograr el desmantelamiento total del PC y de su juventud, e impidió, o al menos complicó en extremo, la articulación de cualquier política de oposición.

Al mismo tiempo, esta "guerra", con víctimas en su inmensa mayoría de un solo bando,[16] cual involuntaria paradoja, contribuyó a la radicalización de muchos comunistas, y por consecuencia, a una mejor recepción de la Política de Rebelión Popular en septiembre de 1980.

Después de 1977, con parte de la dirección del PC radicada en Chile, se formó un Equipo de Dirección Interior (EDI), equipo que nunca fue "tocado" por los aparatos represivos. El EDI se dedicó, en complejas condiciones, a llevar a los comunistas hasta los años de mayor enfrentamiento, entre 1983 y 1986. "Nos estaban sacando la cresta, había que hacer algo" señala Sebastián al

referirse a esa primera etapa de una "guerra" entre un ejército profesional y civiles desarmados, con excepción del MIR.[17]

El PC se enfrenta a un fascismo *sui géneris*

El 11 de septiembre "no teníamos programa, ni planes, ni nada", afirmó Gustavo Leigh, comandante en jefe de la Fuerza Aérea, al referirse a la preparación con que contaban los militares antes del golpe. Tampoco tenían ideas claras sobre la forma de organizar un gobierno militar.[18]

Es de sobra conocida la intención inicial de la Junta Militar, al menos la documentada, de restablecer el "*régimen democrático*" anterior al Gobierno Popular. Genaro Arriagada afirma que:

> Salvo la brutalidad del golpe de Estado, que por cierto en no poca medida marcaba las opciones futuras, al término de 1973 el régimen militar no contaba con definiciones claras en su estructura de poder ni tampoco en su ideología, o definiciones medianamente precisas sobre lo que iban a hacer en la política, la economía o las políticas sociales.[19]

Los militares, con sus trajes prusianos, fuertemente armados y creyéndose su guerra, crearon campos de concentración y sometieron el país a su arbitrio con todas las violaciones demás conocidas. Ese cuadro de salvajismo y atropellos a las libertades que guardaba semejanzas con el fascismo de la Alemania nazi era, por una parte, la respuesta extrema e ideologizada de unas Fuerzas Armadas sometidas y relegadas a un supuesto ostracismo político desde los años treinta del pasado siglo, pero al mismo tiempo era la punta de un iceberg, los instrumentos y formas visibles de profundos cambios que serían decisivos en la vida de los chilenos. A muy poco andar se fue prefigurando una particular dictadura en Chile.

El PC no enfrentó una sucesión confusa de dictadores ni diversas "juntas de gobierno" en disputa permanente por el poder, como había ocurrido y ocurriría en dictaduras de países vecinos. Debió lidiar con un solo dictador que logró dirigir el país prácticamente con un poder omnímodo. Coherencia, mando

único, secreto, violencia extrema, voluntad y perseverancia en los objetivos propuestos sin importar las consecuencias, caracterizaron el ejercicio del poder.

Con sorprendente celeridad, el régimen apareció como atrapando un hilo conductor que no abandonaría jamás. En brevísimo tiempo, escasos meses, el gobierno militar asumió las ideas básicas para un proyecto político institucional de largo aliento. Una "democracia protegida, tutelada", sin "resquicios, vicios ni ingenuidades" que permitieran la penetración ni existencia de organizaciones que cuestionaran la esencia y "valores del ser nacional, la patria, la familia, la propiedad". En muy corto plazo, definieron que el proyecto debía sustentarse en una nueva carta fundamental. Urdida desde 1974, la nueva Constitución, finalmente aprobada en 1980, es la que impera hasta la actualidad en el país, con algunas modificaciones. Un modelo económico, social, laboral y cultural "neoliberal" de libre mercado extremo, sin precedentes hasta ese momento en toda América, incluidos los Estados Unidos, se asumió con igual urgencia y convicción, y se impuso contra viento y marea.

Al proyecto económico le era indispensable el proyecto político institucional y el carácter represivo del régimen, con los cuales estaba profundamente articulado. Así, expuesto en apretado resumen, eran los militares el mejor e insustituible instrumento para aplicar –y hacerse parte– un proyecto de país donde se fundieron la derecha política, los economistas conocidos como los Chicago Boys y el gran empresariado nacional. A la vera, los intereses de corporaciones transnacionales y el gobierno de los Estados Unidos.

¿De donde salió de manera tan acelerada este "proyecto país" que cambiaría la mentalidad, capacidad de organización y patrones culturales de los chilenos, principalmente de amplios sectores medios y populares? ¿Por qué tenía que ser un régimen "fundacional" y no un mero paréntesis anárquico entre gobiernos civiles burgueses tradicionales, donde la oposición y el PC

hubiesen luchado en terrenos conocidos?

Nunca existió un único "plan maestro" salido de las oficinas de la Agencia Central de Inteligencia norteamericana que se cumplió con metódico rigor, ni tampoco fue resultado del trabajo oculto de algún comité creativo de la derecha, ni menos se trató de una meditada carta sacada a última hora por el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas. Sí existieron momentos, instantes de la historia, previos al golpe e inmediatos a este, en los que se tomaron decisiones cruciales, los que aparecen y se muestran de forma desordenada, cual hechos fugaces, como si fueran inconexos y casuales, pero que unidos entre sí e íntimamente enlazados con la historia reciente de la lucha de clases en Chile, ofrecen algunos elementos y orientan una probable respuesta acerca de la excepcional singularidad de la dictadura chilena, donde debe estar, entre otras, una de las razones del fracaso de la Rebelión del PC.

Constitucionalismo formal

Las Fuerzas Armadas no tenían un plan, pero tenían una doctrina, un conjunto de conceptos e ideas sobre la sociedad, la civilidad, el gobierno y todo el orden político, social y cultural existente en el país, que no era precisamente la doctrina de la subordinación al poder civil, a la Constitución, cual Fuerzas Armadas apolíticas y no deliberantes como muchos las suponían hasta septiembre de 1973.

De hecho, esa concepción existía, pero como una conducta de las Fuerzas Armadas, una actitud impuesta a la institución desde la crisis de los años treinta del siglo pasado, tras la cual se incubaba y fortalecía, desde ese mismo tiempo, un "ideologismo conservador antiliberal". Lo que existía era un "constitucionalismo formal", como lo denomina el investigador Luis Corvalán Márquez.[20]

Tal realidad no niega que al interior de las Fuerzas Armadas hubiera sectores verdaderamente respetuosos del orden vigente, "constitucionalistas", como el asesinado comandante en jefe del Ejército René Schneider,[21] su sucesor Carlos Prats, y los tres

generales que renunciaron junto con este último opuestos a participar en el complot, y una cantidad indeterminada de sargentos, suboficiales y oficiales purgados de la institución en los días previos al 11 de septiembre. También se sabe que había un reducido sector con simpatías o vínculos con partidos de izquierda.

Desde 1958 hasta 1965, la doctrina norteamericana de Seguridad Nacional fue impartida a decenas de miles de oficiales latinoamericanos, más de dos mil de los cuales eran chilenos. Ocho dictadores de la región y la gran mayoría de los jefes de fuerzas represivas pasaron por las escuelas de los Estados Unidos, Pinochet y Manuel Contreras entre ellos.[22] Allí consolidaron conceptos de "enemigo interno" que incluían, ante todo, a los comunistas y grupos con ideologías foráneas.

La "geopolítica" encierra otro conjunto de ideas, no antagónicas con la doctrina de Seguridad Nacional, que comenzó a difundirse al interior del Ejército alrededor de 1940. El Estado era un "cuerpo vivo", centro de la supervivencia de la nación, por lo que cualquier conflicto interno y las divisiones que atentaran contra aquél debían ser erradicados, combatidos. Los teóricos de la geopolítica concluyeron que la amenaza comunista habría obligado a poner término a la era democrática, pues la democracia con su diversidad de partidos y luchas políticas estaba destinada a ser conquistada desde adentro por el marxismo.[23]

Doctrina de Seguridad Nacional y geopolítica, bases ideológicas anticomunistas y antiliberales de larga data de los conjurados, unidas a una añeja aspiración corporativa de fortalecimiento institucional y un antiguo resentimiento hacia una civilidad que los despreció por décadas, formaban en su conjunto un sólido cuerpo de ideas y predisposición institucional donde caerían en su mejor lecho las concepciones y proyectos políticos de sectores de la derecha chilena, que, carentes de apoyo popular, tenían a las fuerzas armadas como la "reserva última de la nación".

El hilo conductor de la dictadura militar

Un día después del golpe, el Partido Demócrata Cristiano (PDC), en declaración pública, con honrosas excepciones de algunos de sus dirigentes nacionales, expresó su adhesión a la dictadura llamando a una "cooperación patriótica de todos los sectores con el nuevo gobierno". El PDC confiaba en que los militares retornarían con prontitud a sus actividades acostumbradas y devolverían el poder "al pueblo soberano para que libre y democráticamente decida sobre el destino patrio".[24]

Casi toda la derecha agrupada tras el Partido Nacional, con su potencial de cuadros políticos y profesionales, de inmediato se puso al servicio del gobierno militar. Este partido no esperó un rápido retorno a los cauces tradicionales de la democracia liberal. Su declaración del 14 de septiembre fue crítica a esa forma de organización social "responsable de las deformaciones de todo un período histórico" en el cual las instituciones liberales habrían llevado el país a la crisis.

La declaración del PN era la primera muestra posterior al golpe de un cuestionamiento al sistema democrático liberal que imperó en el país desde la década de los años treinta. Los "vicios y errores" del sistema habrían permitido primero la "decadencia" del país y después el "gobierno marxista". Para la derecha, los uniformados debían "asumir incondicionalmente el poder" y, sobre todo, "refundar el país".

Sin arraigo de masas ni perspectivas de lograr su propio movimiento cívico, la derecha apostó desde un inicio todo su caudal político y de cuadros a la dictadura. En brevísimo tiempo se autodisolvió como partido político y cientos de sus militantes integraron las nóminas de personal civil y asesores del régimen militar.[25]

Esta visión crítica de teóricos y políticos de la derecha conservadora, íntimamente vinculados a los grupos más poderosos de la burguesía nacional, no nació el 11 de septiembre, obedecía a un pensamiento crítico historicista acerca de la sociedad y la institucionalidad chilenas que se estaba elaborando

desde el intrascendente gobierno derechista de Jorge Alessandri (1958-1964) y las elecciones presidenciales de 1964, cuando debieron apoyar al democratacristiano Eduardo Frei ante las nulas posibilidades del candidato propio, y principalmente debido a las evidentes posibilidades de triunfo de Salvador Allende.[26]

Durante el sexenio democratacristiano (1964-1970), se aplicaron reformas que afectaron intereses y amenazaron, cual campanazo de aviso, el modo de vida tradicional de la rancia oligarquía terrateniente y lastimaron por vez primera la propiedad privada, lo que originó el surgimiento o consolidación de posturas críticas a las bases mismas de la institucionalidad chilena.

En la etapa de 1930 a 1970 se produjo también el lento ascenso y protagonismo de los proyectos populares y de la pequeña y mediana burguesías tras el Partido Demócrata Cristiano, el Radical y los conglomerados de la izquierda liderados básicamente por socialistas y comunistas. Poco a poco, esa democracia liberal había dejado de ser funcional a los que por centurias dominaban el país.

Era la agudización de la lucha de clases, un período paulatino y sostenido de pérdida relativa del control y conducción del país por la derecha que tuvo su clímax con el Gobierno Popular de 1970. Fue ese proceso el que llevó a la derecha a su definición de "crisis de la democracia"; en lenguaje de economistas, toda una etapa de pérdida paulatina de las tasas de ganancias del capital. Esa era en esencia la imperiosa necesidad refundacional. Había que hacer un cambio de cuajo. No había nacido una "clase política" como nuevo estamento de la sociedad chilena, era una nueva forma, un nuevo instrumento del dominio decimonónico de las diversas facciones de la oligarquía criolla.

Jaime Guzmán y el Gremialismo tuvieron influencia decisiva en el temprano "hilo conductor" de largo aliento atrapado por la dictadura. Guzmán fue el principal asesor político de Pinochet, y su Movimiento Gremial, el más influyente grupo de poder civil al interior del régimen militar.[27] Vehemente admirador de

Francisco Franco y de las "democracias tuteladas y protegidas", Guzmán fundó el Gremialismo hacia la mitad de la década de los sesenta en la Universidad Católica de la capital, convencido de que la derecha tradicional era presa de los mismos "vicios del partidismo político" responsables de la crisis institucional.

Fue un influyente personaje en la organización y preparación del clima de ingobernabilidad previo al golpe militar, uniendo voluntades de gremios de transportistas y comerciantes con las sociedades de industriales y terratenientes. En tanto artífice del golpe militar, fue uno de los primeros civiles incorporados al régimen; aunque nunca ocupó cargo administrativo ni político alguno, entregó centenares de nombres de potenciales colaboradores para la dictadura.[28]

El 11 de octubre de 1973, en un acto celebrado en el edificio Diego Portales, por vez primera Pinochet dijo, mediante discurso previamente escrito, que su misión no era transitoria y que no se darían plazos ni se fijarían fechas para el término de su gestión. Ese día acuñó la frase "objetivos y no plazos", repetida luego a modo de comodín temporal, que durante años lo libraría de asumir vencimientos fijos a su "misión salvadora". En marzo de 1974, en una Declaración de Principios de la Junta Militar, se terminó de definir el carácter fundacional del régimen y la voluntad de permanecer en el poder por largo tiempo.

Ambos documentos los elaboró íntegramente Jaime Guzmán, quien desde esos primeros meses, con algunas interrupciones a lo largo de los diecisiete años de dictadura, fue artífice, en disputa constante con otros sectores de la derecha, de la concepción y construcción institucional del carácter dictatorial del régimen durante todo el período previo a 1980.

Coautor de la Constitución aprobada ese mismo año, intentó perpetuar la democracia protegida y asegurar la proyección futura de la "obra del régimen militar". En 1983, manteniendo sus diferencias con la derecha tradicional, fundó la Unión Democrática Independiente (UDI), continuadora del Gremialismo

en sus tareas de apoyo incondicional a la dictadura militar, al dictador Augusto Pinochet y acérrima defensora de la "obra" de éste.[29]

Andrónico Luksic Abaroa, líder de uno de los grupos económicos más importantes del país que se consolidó al alero de la dictadura,[30] en 1971 le proporcionó a Jaime Guzmán una casona en Suecia 286 a manera de sede del creciente movimiento gremialista y ante la intensa actividad del dirigente como coordinador y organizador de las acciones contra el Gobierno Popular.[31]

Durante 1972, en esa misma mansión y eventualmente en la sede de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA), que agrupa al gran empresariado nacional, se reunió de forma periódica un selecto grupo de economistas con dos objetivos precisos: sistematizar la información económica y elaborar con ella recomendaciones a los congresistas opositores al gobierno de Allende, y preparar un plan económico ante la eventualidad de una derrota anticipada del "régimen izquierdista".

Algunos de estos conspiradores o personas cercanas a ellos, como Roberto Kelly y Hernán Cubillos, en ese momento ex oficiales de la Marina, mantenían estrechos vínculos con la CIA, institución que proveyó de fondos al grupo a través de canales establecidos con organizaciones empresariales chilenas, según quedó demostrado en una investigación llevada a cabo por el Senado de los Estados Unidos.[32]

Antes del golpe militar, estos economistas hicieron llegar al almirante José Toribio Merino sus análisis y planes con enfoques novedosos y conceptos inéditos.[33] Un rasgo inicial que llamó la atención de los militares fue que el grupo, en apariencia, no respondía a ningún partido político tradicional. Eran supuestos "científicos" y rechazaban de forma tajante la intervención de criterios políticos a la hora de tomar medidas estrictamente económicas. Merino sabía bien que el grupo sustentaba su

proyecto en "teorías foráneas", eran discípulos de la Universidad de Chicago en los Estados Unidos. El proyecto ha pasado a la historia con el nombre de El Ladrillo.

La primera solicitud fue de personal confiable para ocupar la infinidad de cargos en los ministerios y direcciones vinculados al área económica. Merino le habría dicho a Roberto Kelly, su "contacto": "Tráeme nombres, no confío en las personas que nos están recomendando los políticos".[34] Desde ese minuto, la dictadura estableció una atadura permanente con el grupo conocido como los Chicago Boys, que duraría hasta el fin del gobierno de facto. Más que una relación, fue una integración, la dictadura adoptó plenamente las concepciones ideológicas y el proyecto económico de los Chicago, que se transformó en la esencia del hilo conductor del proyecto de renovación capitalista.[35]

La personificación del hilo conductor

Pinochet demoró poco más de ocho meses en zafarse de la igualdad de condiciones establecida entre todos los miembros de la Junta Militar. La propuesta de mandato rotatorio para encabezarla fue fugaz, nunca se consumó. El 27 de junio de 1974, en acto pomposo y pleno de simbolismo, el dictador fue investido con el título de Jefe Supremo de la Nación, Presidente de la Junta de Gobierno y a cargo del "Poder Ejecutivo". La Junta ejercería el "Poder Legislativo".

El acto fue precedido del primer gran encontronazo entre Pinochet y Gustavo Leigh, que dio inicio a una sórdida disputa por el poder. Apenas seis meses más tarde, en diciembre de 1974, tras otro decreto ley, otro acto protocolar y la subsiguiente agria polémica con Leigh, el dictador fue designado presidente de la República. Transcurridos apenas quince meses desde el golpe, esa posición le permitía inclinar, frenar, rechazar o favorecer proyectos globales que, como se ha visto, no podían nacer de su inspiración.

Pinochet luchó denodadamente para llegar hasta allí, pero este

acelerado ascenso a tan determinante posición no fue obra exclusiva suya. El peso del Ejército frente al resto de las Fuerzas Armadas fue un arma indiscutible. A pocos días del golpe se organizó el Comité Asesor de la Junta; no obstante, el equipo lo dirigían altos oficiales del Ejército con asesores civiles de su elección. El Comité preparó el andamiaje jurídico y administrativo al interior de la Junta Militar para imponer, en los primeros meses de 1974, el primer nombramiento de Pinochet como Jefe Supremo.

A los pocos meses, este papel lo desempeñó un Estado Mayor Presidencial dirigido por Sergio Covarrubias, recién ascendido a general. Este equipo, con rango ministerial, se transformó en el "cerebro y corazón del poder político. Covarrubias lo podía todo y lo hacía todo".[36] En él se armó la trama para nombrar presidente al dictador. A Covarrubias lo nombró en el cargo el propio Pinochet. Tras Covarrubias estaba Jaime Guzmán como asesor principal, ambos tenaces defensores del proyecto de los Chicago Boys.

Aunque los Chicago estaban presentes desde un inicio en las esferas económicas del gobierno, fue en abril de 1975 que asumieron el mando económico del país y pudieron aplicar la totalidad de su "viejo" plan, El Ladrillo, cuya introducción para 1975 estaban preparando desde fines del 74. En Cerro Castillo, otrora residencia veraniega de los presidentes de Chile, en Viña del Mar, se presentó públicamente el "Programa de Recuperación Económica", que debía aprobar el recién designado presidente Augusto Pinochet.

Desde esa posición de presidente y al frente del Poder Ejecutivo, con previo conocimiento de causa, el dictador aprobó el proyecto y de inmediato realizó una profunda reestructuración ministerial que allanó el camino para su implementación. "Legalmente" podía hacerlo, en ello estaba implícito el trabajo de Covarrubias y su equipo. En el camino quedaban nacionalistas, gradualistas y Leigh con sus constantes oposiciones a lo obrado.[37] El proyecto

económico neoliberal se impuso en Chile, y como modelo económico ha sido, junto a las violaciones de los derechos humanos, el principal rostro del gobierno militar.

Existen múltiples explicaciones de por qué Pinochet favoreció este proyecto. Cristián Labbé, uno de los panegiristas del dictador y muy cercano a él, relata detalles de tal procedimiento en su libro *El triunfo de Chile. Las obras del gobierno militar.*[38] El coronel en retiro asegura que "el presidente supo distinguir entre la confusión de doctrinas reinantes, dónde estaba el futuro de Chile"; escuchaba atentamente todas las variantes con fundamentos razonables, pero supo escoger aquel proyecto que "implicaba una mayor audacia, que se presentaba sin una aplicación previa", optó "por la juventud, por lo moderno, por el futuro"; como "gran estadista el presidente escogió siempre el camino que mejor aseguraba el bien de Chile".

Sergio de Castro, pionero en la conducción y aplicación del modelo, en el prólogo del libro *El Ladrillo*, escrito en mayo de 1992, afirma que ellos eran "colaboradores" y que los "frutos de la obra son mérito en especial del ex presidente de la República don Augusto Pinochet y de los Miembros de la Honorable Junta de Gobierno".[39]

Es indudable que hay un papel del individuo en la historia. Pinochet tomó decisiones personales y perfectamente pudo haber inclinado la balanza hacia otro modelo económico o haber perdido la puja con Gustavo Leigh en la contienda por el poder personal, y la historia de Chile y de la rebelión de los comunistas quizás hubiese tenido otro curso, pero eso es pura especulación. Lo cierto es que el modelo precisaba de estabilidad y control de la ciudadanía. Pinochet y la dictadura otorgaron el tiempo necesario, la perseverancia y el mando único para lograr sus objetivos neutralizando toda resistencia popular al proyecto.

Para los defensores del dictador, ese es uno de los más encomiables méritos del régimen militar, que se sustenta en una identidad política ideológica de Pinochet y las Fuerzas Armadas

con el Gremialismo, los Chicago Boys y el gran empresariado nacional y extranjero. La enconada perseverancia del dictador por mantenerse el mayor tiempo posible en el centro del poder facilitó esta interdependencia entre la ambición del hombre y la estabilidad requerida por un proyecto salido de los Estados Unidos. Son, entre otras, algunas razones de la elección e imposición del modelo y que indudablemente influyeron en el fracaso de los comunistas.[40]

Hasta ese minuto del año 1980, cuando Pinochet había logrado armar todo el andamiaje nombrando o destituyendo a funcionarios y generales para comenzar el verdadero ejercicio pleno de sus poderes y su proyecto de desarrollo nacional, el PC recién estaba saliendo de un traumático período de involución y resistencia que lo tuvo en el vértice de la neutralización efectiva.[41]

La dictadura, después de siete años en el ejercicio del poder, comenzaba la década del 80 sólidamente pertrechada, mientras el PC recién en septiembre de ese año abandonaba su política de Frente Antifascista, y entregaba las generalidades de una nueva forma para enfrentarla, era la Política de Rebelión Popular de Masas.

1 Datos calculados a partir de las cifras entregadas por el Informe Rettig.

2 Entretelones previos al golpe militar tomados del capítulo número uno del libro "Interferencia Secreta" de Patricia Verdugo. Los entrecomillados son citas textuales. Santiago: Editorial Sudamericana, 1998.

3 Ibid. Pág. 94 y 95.

4 En *Interferencia Secreta,* Patricia Verdugo narra con oficio detalles de los momentos vividos al interior de La Moneda mientras intercala las comunicaciones radiales entre los principales complotados el día del golpe militar el once de septiembre de 1973.

5 Carlos Huneeus, pág. 109. El "estado de sitio", entiéndase "estado de guerra", fue impuesto nuevamente desde Noviembre de 1984 hasta junio de 1985 a raíz del ascendente movimiento de protesta popular, y otra vez, posterior al atentado al dictador, desde septiembre de 1986 a

enero de 1987.

6 Citado por Carlos Huneeus, pág. 95, tomado de un libro del propio Julio Canessa, miembro de la Junta Militar y designado senador vitalicio por el dictador en 1997.

7 En el capítulo cinco de esta parte del trabajo, dedicado al itinerario de la PRPM, aparece citado un proyecto de Plan de Defensa del Gobierno Popular elaborado por la Comisión Militar del PC en 1973. Nunca sería considerado por el PC.

8 Corvalán, Luis. *De lo vivido y lo peleado. Memorias.*

9 Mónica Echeverría *"Krassnoff: Arrastrado por su destino"*. En declaraciones de un soldado adscrito a la CNI, confiesa que el enfrentamiento protagonizado por Miguel Enríquez, el 5 de octubre de 1974, fue el único real, todos los demás eran simulados.

10 Huneeus, Carlos. *El Régimen de Pinochet*, pág. 161.

11 Cavallo, Ascanio, pág. 123.

12 Destacado político democratacristiano, líder del sector que rechazó a la dictadura en oposición a la dirección del PDC.

13 Último ministro de Interior de Salvador Allende. Posterior al golpe de Estado se transformaría en una de las figuras más destacadas en la lucha contra la dictadura desde las tribunas más importantes del mundo.

14 Datos sacados del libro *Derrota de la Operación Cóndor* de Gladys Marín. ICAL 1999. El Capítulo IV de esta obra es una excelente reseña de las Operaciones Colombo y Cóndor elaborada por Pablo Izquierdo.

15 Canal Siete de TV Nacional. Informe Especial. Julio de 2007.

16 El Informe Rettig también incluye como "víctimas" a los muertos de las FFAA y Carabineros ocurridos en su accionar represivo. De 1973 a 1990, son el 5,4% del total. En ellos no hay "desaparecidos".

17 El Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, con mucha menos fuerza y militantes que el Partido Socialista y el comunista, fue la única organización que desarrolla una política de enfrentamiento, resistencia y combate a las fuerzas represivas en los primeros años posteriores al golpe militar, y después de su "Plan Retorno" en los años 1980 y 1983.

18 *El Difícil Camino Hacia la Democracia en Chile*. FLACSO. 1993. Entrevista de Arturo Valenzuela, pág. 69.

19 Arriagada, Genaro, "Por La Razón o la Fuerza". Pág. 40. Sudamericana.

1998.

20 Luis Corvalán Márquez dedica el capítulo V de su libro *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile*, a estudiar el origen y formación del "ideologismo" predominante en las FFAA desde 1932 a 1970.

21 Comandante en jefe de las FFAA asesinado el 22 de octubre de 1970 como parte de las operaciones de la ultraderecha y de los EEUU para impedir el ascenso del Salvador Allende al gobierno.

22 Dauno Tótoro en *Cofradía Blindada* en capítulos II y III, expone datos y apreciaciones sobre la formación política de los militares en la doctrina de "Seguridad Nacional".

23 Corvalán Márquez, Luis. *Del Anticapitalismo al Neoliberalismo en Chile*, pág. 116, citando a Genaro Arriagada.

24 Ibid., pág. 281.

25 Ibid, pág. 281.

26 Salvador Allende postuló en cuatro oportunidades a la Presidencia de la República: 1952, 1958, 1964 y en 1970, en que finalmente triunfa.

27 Datos obtenidos de *Guzmán, Quién, Cómo y Por qué* de Manuel Salazar. Bat Ediciones, y del capítulo VII de la obra de Carlos Huneeus.

28 Salazar, Manuel, pág. 82.

29 Son conocidas las contradicciones de Guzmán con Manuel Contreras. No obstante, Carlos Huneeus expone los razonamientos y labores de Guzmán para justificar las violaciones a los derechos humanos y avalar la concepción de "estado de guerra interna" con toda su secuela de asesinatos y desapariciones. Pág. 344.

30 Fuentes, Luis Arturo. *Grandes Grupos Económicos en Chile.* Dolmen 1997. Datos del Grupo. Pág. 66.

31 Salazar, Manuel. Capítulo IX, "El Poder Gremial contra la UP". Detalles de las acciones contra el Gobierno Popular de organizaciones empresariales y de agricultores con directivos del diario *El Mercurio* y dirigentes del transporte.

32 Valdés, Juan Gabriel. *La Escuela de Chicago: Operación Chile.* Grupo Editorial Zeta SA. 1989. Argentina, pág. 15.

33 Salazar, Gabriel. Capítulo Once, "Gremialistas y Chicagos".

34 Ibid. Capítulo once "Gremialistas y Chicagos".

35 Finalmente, hemos adoptado el concepto de "renovación capitalista" por ajustarse a la esencia de las transformaciones ocurridas. Se mantiene la clásica división "trabajo-capital" y la concentración de la propiedad privada de los medios de producción se impone como absoluta sobre cualquier otro tipo de formas de propiedad. Se renuevan, reorganizan las formas, técnicas de producción así como la explotación de los trabajadores en los procesos productivos y en el comercio.

36 Los datos y fechas están sacados de la obra de Ascanio Cavallo. El entrecomillado es textual. Pág. 59.

37 Ibid, pág. 79.

38 Labbé, Cristián. *El Triunfo de Chile. La Obra del Gobierno Militar*. Pág. 62. Hernando de Magallanes, 1990.

39 *El Ladrillo.*

40 Al momento de redactar este trabajo, los juicios contra Pinochet y su clan familiar por enriquecimiento ilícito aún permanecían maniatados en el andamiaje jurídico y político dejado por el propio dictador. Es una tarea pendiente de investigadores establecer un probable nexo entre la preferencia y persistencia del proyecto de los "Chicago Boys" y el enriquecimiento de Pinochet y su clan.

41 Afirmaciones de Gladys Marín en *Operación Cóndor*.

Capítulo 2.
Construcción de la Política de Rebelión Popular de Masas

La Política de Rebelión Popular de Masas (PRPM) fue declarada por el secretario general del PC, Luis Corvalán López, el 3 de septiembre de 1980 durante un discurso pronunciado en Moscú.[1] Fue solo un momento, un instante en el que se arribó al enunciado más general y público de la PRPM como parte de todo un proceso de construcción de ésta. La PRPM fue la guía, la línea, un proyecto político que el PC adoptó para enfrentar la dictadura militar en Chile en el período de 1980 hasta 1989.[2] Era una orientación a sus militantes y, a la vez, una propuesta general a todos los opositores a la dictadura acerca del quehacer en este particular momento de la historia.

En esencia, era la propuesta de una forma, de un método para luchar contra la dictadura y terminar con ella; nunca fue un programa de gobierno ni mucho menos un proyecto de una futura organización político-social para el país, aunque en algunas partes se encuentren trazos generales de lo que los comunistas pensaban sobre el futuro de un Chile post dictadura. La razón principal de esa política era "terminar", "echar abajo" el régimen militar, principalmente al dictador, con el pueblo en "rebelión generalizada" como protagonista principal.

Plagada de proyectos políticos está la historia de Chile y su sola existencia no hace el interés. Pero la PRPM fue un acontecimiento político y social con una gran carga humana en su devenir e influyó decisivamente en el país. Tuvo una existencia objetiva, y como tal, es ajena a la postura que cada quien tenga en la actualidad; no obstante, al abordarla se podría descubrir infinidad de aristas y lecturas. Arriesgar el porqué de cada asunto, es un acto de creación y de total independencia del que se adentra en el tema.

Todo lo narrado hasta aquí y gran parte de lo que resta, tiene relación con la PRPM, y en algunos casos depende directamente de

ella. Desde el que puso una vela y nunca dejó de hacerlo hasta el que lanzó un panfleto, pintó unas letras en la calle, cantó una canción de protesta o simplemente acató un paro, todos están relacionados de alguna manera con la PRPM. El crucial momento del año 1986 y la solución a la dictadura en 1989, por pujanza o debilidad, están relacionados con esa política.

En septiembre de 1980 se proclamó el lineamiento más grueso de la PRPM. En él se reconocía el derecho del pueblo a la rebelión contra la dictadura y a emplear para tales propósitos "todas las formas de combate", incluida la "violencia aguda". El cómo, cuándo, dónde, quién y con qué rebelarse y hasta dónde llegaba y qué significaba esa violencia aguda y todas las formas de combate, quedaría en veremos.

Los plenos de mayo de 1981 y enero de 1985 dieron cuerpo y forma más precisa a esa política, aunque los contenidos de ésta nunca se terminaron de perfilar con exactitud, cuestión que acarrearía múltiples interpretaciones y no menos contradicciones a la hora de su implementación. Este fue un rasgo que caracterizó a la PRPM: sus enunciados eran generales, sus límites imprecisos y resultado de un prolongado proceso de discusión.

Afirmar que el PC en ese minuto de 1980 asumió la lucha armada para derrotar a la dictadura evidencia desconocimiento del tema o una manipulación política propagandística con fines determinados. Existe demasiada evidencia que niega tal afirmación. De haber sido así, la historia del PC fuese distinta, y esta investigación tal vez sería de una facilidad envidiable. En el otro extremo de las críticas, decir que la PRPM era una reafirmación encubierta del tradicional rechazo del PC a las formas armadas de lucha, es faltar a la verdad histórica.

Como se verá, la PRPM en determinados aspectos era continuidad de la tradición política del PC; en otros, incorporación de nuevos contenidos en los que se incluía principalmente la cuestión militar. Incorporó, o al menos lo intentó, una visión de conjunto del tema militar, que sobrepasó a la sola definición

acerca del empleo de las formas armadas de lucha. Y este fue otro rasgo de la PRPM, era continuidad y cambio. Vista con optimismo, fue la conjunción de lo viejo con lo nuevo. Vista con ojos críticos, fue un cambio a medias.

Intentar conocer esta política significa enfrentarse a un tema complejo y polémico hasta el día de hoy..., y que lo será en el futuro. Es complicado porque tiene múltiples autores y se disputan la primicia, porque se incubó desde el mismo 73 para recién arribar al 80 con un enunciado general y seguir conformándose hasta el mismo momento que salió el dictador; porque era y no era un cambio a la línea tradicional, porque era tan estratégica como coyuntural, porque abordó y nunca definió claramente el tema militar, permitiendo las más opuestas interpretaciones.

Es difícil su estudio porque no se trata de un cuerpo teórico cerrado ni mucho menos organizado que esté a la mano. Es espinoso porque sus mismos autores y ejecutantes nunca terminaron de ponerse de acuerdo en cada uno de sus contenidos. Siempre se estuvo construyendo.

Toda estas complicaciones algunos las señalan como una virtud que desmiente la ausencia de democracia en los comunistas. No obstante, son evidente los daños causados a la Rebelión en los "años urgentes" por estas incongruencias y contradicciones que nacen desde su origen, que se van enmarañando en el breve tiempo de elaboración, que se manifiestan soterradamente en su conducción y principalmente en su realización práctica.

Con el propósito de conocer la PRPM desde una perspectiva histórica e intentar encontrar algunas razones de sus éxitos y fracasos, abordaré esta política desde tres ángulos diferentes y a la vez muy interrelacionados. Veremos sus *orígenes*, la abordaremos como un *proceso de construcción* que se da en un lapso de tiempo determinado y en diversos espacios geográficos y, a la vez, intentaremos precisar sus *contenidos*.

En primer lugar aparece el Equipo de Dirección Interior del PC

entre 1978 y 1980, en el que estaban representados la militancia y mandos intermedios que habían sobrevivido a los intentos de exterminio desde 1973. Luego, en una suerte de competencia por sus orígenes teóricos, están los equipos de investigación y análisis creados por el PC en la República Democrática Alemana en 1977. En tercer lugar, la Comisión Política que condujo dos plenos del Comité Central, en 1977 y 1979 que influirían en el decisivo discurso de septiembre en 1980 que da inicio a este proyecto. Por último, los aportes, hasta el presente ignorados, que realizó el colectivo de militares de La Habana al "elemento militar" de la PRPM desde su origen en 1975. El análisis comenzará por los máximos responsables.

La Comisión Política, máxima autoridad del PC

Aunque sea un antecedente más lejano, es incuestionable el papel que jugó en el origen de la PRPM la Comisión Política conductora del primer Pleno del Comité Central realizado en tiempos de la dictadura, efectuado en Moscú en octubre de 1977.[3] Su informe central fue una denuncia documentada del terror y el estado del país, un extenso análisis político histórico de la vida del partido, del Gobierno Popular de Salvador Allende y de las causas probables de su derrota. Del carácter de esa autocrítica y del reconocimiento a las mencionadas causas arrancan las futuras correcciones a la política del PC.

Las tesis principales, como "lucha de masas", la clase obrera como centro motriz de las fuerzas para la lucha, la unidad más amplia a partir de la alianza socialista-comunista, con especial énfasis en atraer al Partido Demócrata Cristiano, se mantuvieron inalterables. Este planteamiento general histórico del PC se reafirmó como correcto, aunque se analizó y reprochó con detalles las fórmulas empleadas; la crítica era "no haber hecho bien las cosas".

Se estimó que a causa de ese tipo de errores no se generó la "correlación de fuerzas necesarias" en cada uno de los momentos más importantes de la aguda lucha de clases que vivió el país en

tiempos del Gobierno Popular. En estos aspectos medulares, la crítica en esencia perseguía hacer las cosas mejor. Según parece desprenderse de lo anterior, la derrota de 1973 habría sido fruto de insuficiencias de implementación y no de concepción.

De "errores de derecha" calificó el informe de este Pleno la política militar del PC en la etapa del Gobierno Popular y prácticamente en toda su historia como partido político. En el Pleno es tratado con amplitud, las ideas esenciales son las siguientes.

> En el comportamiento del Gobierno y de la Unidad Popular en este terreno influyeron, sin dudas, concepciones erróneas y muy arraigadas en la mentalidad chilena, que de una u otra forma, y en mayor o menor medida, alcanzaron a todos los partidos. Nos referimos, obviamente, a la creencia de que las Fuerzas Armadas de Chile se singularizaban por su subordinación al Poder Civil y por su prescindencia política, por su sentido profesionalista [...] Examinando estos problemas desde el ángulo de nuestras responsabilidades, es evidente que no nos habíamos preparado adecuadamente para la defensa del Gobierno Popular en cualquier terreno. No solo teníamos el vacío histórico de la falta de una Política Militar, sino que el tratamiento del problema no lo enfocábamos desde el punto de vista de tarea de todo el Partido y por lo tanto de dominio de sus organismos y cuadros.[4]

En relación con las "formas de lucha", solo llamó a "pasar a una etapa superior de combate", sin explicar qué significaba esto, y mantuvo la "unidad de todas las fuerzas" y la "lucha de masas" como centro de las fórmulas y del método para combatir la dictadura, es decir, se reiteró la propuesta del Frente Antifascista con base en los partidos de la Unidad Popular de los tiempos de Salvador Allende y la imprescindible unidad hacia el Partido Demócrata Cristiano.

Aún no existía un remezón profundo, aún se creía en un fin cercano del "régimen fascista": "Comienza a crujir el edificio de la junta fascista como resultado de su creciente aislamiento interno

y las condiciones internacionales [...] Se viven momentos que pueden adquirir importancia decisiva en nuestra historia". Era recién 1977, y los elementos decisivos en nuestra historia los estaba generando la propia dictadura.

Estas conclusiones fueron las primeras reflexiones documentadas del *proceso* de elaboración de la PRPM emanadas de la Comisión Política y aprobadas en ese Pleno de 1977. Era un inicio. De ellas se puede inferir que si existió una "creencia" errónea acerca de las Fuerzas Armadas, había que "corregir" la apreciación sobre éstas. Si existía un "vacío" en política militar, había que construirla. El Pleno no dio solución a esas carencias, pero sentó las bases del tema más polémico de la PRPM, su Política Militar. Eran los prolegómenos de un cambio de contenido.

No es propósito de este trabajo investigar las causas de la derrota del Gobierno Popular. Se tomará la visión del PC, considerando que de ello, en gran medida, se desprendieron las políticas futuras. Relativizar los propios errores y no analizarlos hasta el fondo por parte de la propia dirección o de alguno de sus miembros, dieron también origen a las diversas lecturas que se tuvo de los cambios futuros.

Dos ejemplos del rechazo a las autocríticas dentro del propio PC, uno de negativa total y otro que las relativiza: el primero está en las *Memorias* de Orlando Millas, miembro de la Comisión Política del PC. Plagadas de una franqueza encomiable, contienen una defensa total de lo obrado durante el Gobierno Popular y sitúan las causas de la derrota en la respuesta enemiga, de la oligarquía, los militares, el imperialismo y la "ultra izquierda". Nunca asimiló la autocrítica del Pleno de 1977.[5]

Jorge Insunza, determinante miembro del EDI, en entrevista para el libro de Francisco Herreros, relativiza las críticas cuando afirma que sí existían concepciones, planes e intenciones en el terreno militar durante el Gobierno Popular, del que se desprende que habría existido la necesidad de su defensa, no obstante precisa que: "la magnitud y la dinámica del golpe no permitieron su

despliegue". (...) "Hubo cierto grado de ilusión acerca del peso objetivo del profesionalismo y espíritu constitucionalista en el seno de las Fuerzas Armadas".

En este libro de Herreros, considerada la versión oficial de la historia reciente del PC, se concluye que sí existía una concepción militar:

> En términos muy sumarios, ésta consistía en la confianza en el profesionalismo y subordinación constitucional de las Fuerzas Armadas y se orientaba estratégicamente hacia la construcción de una correlación de fuerzas políticas y sociales lo suficientemente amplia y sólida que las disuadiera de apartarse de ese cauce.

En el mismo texto aparece una crítica descarnada de Carlos Toro, jefe de la Comisión Militar del PC en los momentos cruciales del golpe militar. Toro afirma que existió la Política Militar y expone las dramáticas falencias o hasta verdaderas indolencias a esta política por parte de la máxima dirección del PC. Hace referencia a esfuerzos que se hicieron para articular un plan o proyecto de defensa en el terreno militar, que integraban a trabajadores y campesinos organizados con la parte "no sediciosa" de las Fuerzas Armadas y con Carabineros e Investigaciones, en ese momento subordinados directamente al gobierno a través del Ministerio del Interior.

Dice Toro: "La autocrítica del Pleno del 77 fue insuficiente y nunca se profundizó las causas de ese denominado vacío histórico. El Plan de la Comisión Militar de ese entonces nunca fue discutido por la Comisión Política del partido, ni mucho menos por su Comité Central". Y señala sin ambigüedades que el secretario general y el subsecretario del PC "no tenían una preocupación preferente por este frente de trabajo".[6]

El Pleno de 1977 abrió una brecha en la inamovible y arraigada visión del tema militar y de las tradicionales formas de lucha del PC. Desde los tiempos de Luis Emilio Recabarren, en la década de los años veinte del siglo pasado, se había impuesto una forma, un estilo de hacer política de parte del PC sustentado en la

"singularidad histórica de la sociedad chilena". La "vía chilena al socialismo", violenta en singulares momentos pero esencialmente pacífica y no armada, forjó al comunista en una forma tradicional de lucha y lo constriñó a ella.

El cambio hacia la aceptación de la "violencia aguda" y la conformidad sin ambigüedades con las formas abiertamente armadas posterior a 1980, constituyeron un lento y traumático proceso. Mucho más cuando no pocos dirigentes tenían la creencia de que "lucha de masas" y "lucha armada" eran dos extremos irreconciliables de una misma categoría política. "Claro que iba a ser lento y difícil el cambio –asegura Sebastián–. Yo nací en una familia de comunistas de tradición y toda mención a las armas era sinónimo de 'ultra'; era lógico que así ocurriera".

El Pleno de abril de 1979, realizado en Moscú, y el documento oficial de la Comisión Política denominado "Nuestro Proyecto Democrático",[7] de agosto del mismo año, son parte importante de este proceso hacia la PRPM, es una expresión de las tradicionales fórmulas políticas del PC con precisos esbozos de lo nuevo. Fue el año del "punto de quiebre" del *proceso* hacia la PRPM, el último intento "desgarrador" del Frente Antifascista. Esto quiere decir que en ese Pleno y en "Nuestro Proyecto Democrático" el PC propuso apoyar un futuro gobierno del cual voluntariamente se autoexcluía y la única condición que puso fue el término de la dictadura.

Su magnánima propuesta estaba dirigida principalmente al Partido Demócrata Cristiano, "paso táctico" lo denominó el EDI; era una iniciativa nacida del interior del país y no en Moscú. Como ocurriría siempre, el PDC no consideró la propuesta comunista. No era suficiente. Y es bueno tener en cuenta que aún el PC no hablaba de violencia ni de legítima rebelión.

Por otra parte, en el mismo Pleno de 1979, del EDI nació la apreciación acerca de que todo lo obrado hasta entonces en la lucha contra la dictadura era insuficiente. "Con esto no botamos a la dictadura, se retarda el desplazamiento de Pinochet", dijeron los

comunistas que vivían en Chile. El interior daba las necesarias señales de lo que estaban pensando, al parecer la tradición era insuficiente en las nuevas condiciones. Fue ese año cuando el EDI impuso un nuevo rumbo al PC en Chile y su contacto con la realidad dio los primeros frutos.

Se comenzó a reconocer la voluntad del dictador de perpetuarse en el poder. Se terminaron las cuentas políticas alegres de la dirección del PC, en las que la dictadura estaba casi siempre en una "crisis terminal". Era cierto, se vivían momentos decisivos en la historia del país, nacía la Constitución de 1980, se consolidaba un modelo económico social y el Plan Laboral de la dictadura ya era toda una realidad que arrasaba con el otrora poderoso movimiento sindical.

Se dieron nuevos pasos en relación con la Política Militar. Por vez primera en un documento oficial se hablaba de la "fuerza militar propia" y se apreciaban "todos los esfuerzos para formarla". En ese año del Pleno del 79 el PC contaba con el numeroso contingente de oficiales de la Tarea Militar iniciada en 1975.

En este Pleno se sentaron las bases de lo que sería, sin denominarlo aún, el Trabajo Hacia el Ejército, el componente mas blando de la futura Política Militar, desde ese momento la Comisión Política dio la línea respecto al trabajo hacia las instituciones militares.

Dos años antes, en el Pleno de 1977, la dirección del PC se había propuesto "conocer en profundidad" las Fuerzas Armadas y el tema militar; esta definición de 1979 supone que ya se había cumplido con tal propósito. A esas alturas, en los institutos armados, como en otros sectores de la sociedad, se habían producido profundos cambios.

El nuevo acercamiento al tema militar llevó a un nuevo convencimiento, a otra creencia sobre las Fuerzas Armadas. El proyecto de la PRPM, aún en ciernes, tenía que ser con parte de éstas, y esa condición llegaría a plantearse como indispensable

para su éxito. Ganarse el segmento "democrático", "no contaminado", "no fascista", "nacionalista y patriota" iba a ser el centro del THE. ¿En qué se fundamentaba esta nueva creencia?

El documento "Nuestro Proyecto Democrático" del año 79, después de ofrecer varios ejemplos de militares con mejores conductas que los aparatos represivos, aseguraba:

> Todo esto indica que las Fuerzas Armadas y Carabineros, hablando en general, fueron engañados. Demuestra, además, que no pueden ser identificados con los fascistas, aunque estos se hayan apoderado de posiciones claves en sus altos mandos [...] Sinceramente creemos que la tropa, la suboficialidad, los mandos medios y no pocos de los altos mandos, pueden y deben aportar mañana, bajo un nuevo régimen democrático, sus conocimientos y experiencias a las Instituciones de la Defensa Nacional.

Quedaban en veremos las "formas" en que se ganarían esos segmentos "no contaminados" de las Fuerzas Armadas, pero allí estaba el fundamento esencial de la nueva creencia de la dirección del PC en relación con esta institución: un sector de los militares "estaba engañado".

El oficial Andrés, conocido como Hermanito,[8] es el militar profesional que participó en el Pleno de 1979 y quien informa sobre la "Tarea Militar", que había cumplido exactamente cuatro años. Andrés puso al tanto a los máximos dirigentes comunistas de la cantidad de "oficiales" que el PC tenía preparados en las más diversas especialidades militares y enfatizó que el contingente estaba listo para cumplir cualquier misión que el partido indicara. Aún no ocurría la participación de los oficiales comunistas en la guerra de liberación de Nicaragua y las deserciones del primer curso llegaban al cincuenta por ciento del total. La causa principal, al menos la más visible, era la ausencia absoluta de ideas respecto a qué hacer con ellos.

Según este oficial, el Pleno evidenció una ignorancia casi total del asunto militar y en él no hubo intervenciones dedicadas al tema. Todavía se carecía de una Política Militar coherente y

acabada.

Jacinto Nazal, que también participó en el evento, promovió reuniones bilaterales con cuadros del PC interesados en el tema. El Hermanito recuerda que en esas reuniones recibió "un verdadero clamor de los compañeros del interior, que solicitaban el ingreso de los oficiales al país. La Comisión Política rechazó la solicitud, alegando un difuso carácter estratégico de la Tarea Militar".

Faltaban pocos meses para que la Comisión Política radicada en Moscú proclamara la PRPM en sus enunciados más generales. La máxima autoridad de los comunistas vivía el proceso de la elaboración, pero no trabajaba sola. La maduración de estos y otros "contenidos" tenía otros protagonistas.

El EDI y la subjetividad en la PRPM

"Hay que hacer algo" fue, quizás, la frase más repetida por comunistas y no comunistas que sufrieron las inesperadas y terribles consecuencias del golpe militar. En la misma medida que fue decantando el paroxismo anonadante y el terror de los primeros meses, los comunistas se reorganizaron y con pasmosa perseverancia y no menos lentitud, comenzaron un largo proceso de rearticulación y supervivencia.

Esa fue la primera respuesta objetiva al "hay que hacer algo", sobrevivir como militantes y como organización. Aquí saltan a la vista dos factores que participan, condicionan y estimulan el origen de la Política de Rebelión Popular de Masas del PC: el golpe militar mismo con su carácter extremadamente violento, y una natural disposición de los militantes a buscar respuestas al cataclismo sufrido. Si la disposición de muchos comunistas y el golpe militar fueran las únicas causas del origen de la PRPM, no tendría sentido tan larga espera. Para llegar a la PRPM el PC tuvo que vivir un complejo y prolongado proceso desde septiembre de 1973 hasta septiembre 1980. Siete años son nada en los procesos sociales, pero son bastantes para la vida de los hombres y mujeres que asumieron el reto. En esta "demora" debe haber otros factores que condicionaron y explican, no solo el momento del

lanzamiento de la PRPM, sino también sus contradicciones.

"Nos estaban sacando la cresta, y sabían tanto de nosotros que llegaron hasta ir a provincias a atender regionales sustituyendo a algún cuadro del Partido", asegura Sebastián en una de las entrevistas para este trabajo al referirse a los terribles años de las caídas en dominó de las direcciones del Partido y de la Juventud entre 1975 y 1976, haciendo referencia a casos donde agentes de la DINA llegaron a suplantar a dirigentes intermedios del partido. Son los años en que desaparecieron dos direcciones completas del PC. El golpe a la Juventud Comunista fue más grave por la activa colaboración de algunos dirigentes de su máxima dirección con la dictadura. Junto a los dirigentes, desaparecieron hasta hoy o fueron detenidos y torturados centenas de mandos medios y militantes de base a manos de la DINA y el Comando Conjunto.[9]

Desde comienzos de 1977, el PC logró la increíble hazaña, y al conocer los detalles de esta historia el calificativo resulta mezquino, de renacer y ser capaz de rearticularse luego de su virtual destrucción. Primero Jorge Texier y después Nicasio Farías, junto a un reducido grupo de dirección en el que distingue la encargada de organización Crifé Cid, tienen el mérito de haber mantenido, tal cual frágiles hilos de donde pendía la organización, los vínculos básicos del partido con sus estructuras regionales y locales en condiciones de increíble persecución y debilidad.[10]

No se conservó otra cosa, no había nada más que guardar que no fueran estos precarios vínculos en el más estricto secreto. En tales condiciones, el solo hecho de atender las estructuras subordinadas se transformaba en un riesgo que podía costar la vida. No había armas ni asomo alguno de violencia en estos cuadros, pero a las fuerzas represivas no les hizo falta justificación alguna para su proceder.

En esa asombrosa voluntad y perseverancia a cambio de nada, anda ese incomprendido orgullo de la tradición comunista. A determinados politólogos, académicos y periodistas les resulta imposible comprender tal altruismo, y resuelven el problema

calificando a estos hombres y mujeres de "fanáticos" y "mesiánicos". Lo cierto es que, gracias a estas direcciones emergentes que lograron mantener "vivo" el PC entre 1976 y 1978, el Equipo de Dirección Interior logró instalarse e iniciar su propio camino en el proceso hacia la PRPM.

Gladys Marín ingresó clandestinamente a Chile en febrero de 1978 encabezando un reducido grupo de viejos cuadros del partido, después de una dura batalla por el Plan Retorno en la Comisión Política, radicada en Moscú. La propia Gladys Marín afirmó que fue ella quien peleó por su regreso bajo el firme convencimiento de que la dirección del partido debía estar en el país: "A esa concepción le di una gran batalla en la Comisión Política del Partido".[11] Según el mismo testimonio, la cuestión del retorno se llegó a votar en la Comisión Política, rompiendo con la tradicional fórmula de la unanimidad en la toma de las decisiones de la dirección del PC.

Óscar Azócar, otro de los cuadros de dirección que ingresaron en 1978, en entrevista para el libro de Herreros detalla aspectos de esta controversia y la urgente necesidad de reconstruir la dirección del PC en el país.[12] Fue el comienzo de un período de contradicciones entre el Equipo de Dirección Interior y la tradicional Comisión Política, que no terminaría hasta el año 1984, según el Informe al Congreso de 1989, cuando se decidió trasladar la dirección efectiva del partido a Chile, junto con la cual se trasladaron también las contradicciones.

Los enunciados primarios de la PRPM no aparecen ni en las cartas y documentos del EDI de esos años. A todas luces, el EDI y los comunistas en clandestinidad estaban esperando el cambio: "Lo más probable es que la lucha misma vaya indicando que las fuerzas antifascistas se pueden poner en tensión y en movimiento más allá de lo que muchos pudieran pensar ahora".[13] Pero los elementos "claves" que "gatillan" los nuevos rumbos, "rebelión popular y todas las formas de lucha", aparecieron en el discurso de Luis Corvalán en septiembre de 1980. El conflicto se generó a

partir del verdadero salto, el impresionante vuelco que dio el EDI luego de ese discurso, sobrepasando con creces las generalidades expuestas por Corvalán.

El documento a que más recurren los investigadores y la misma Gladys Marín y su equipo del EDI como evidencia de su mayor aporte inicial a la PRPM, y a su vez, como el más radical y polémico, es la *Pauta Orientadora de la Política de Rebelión Popular*, más conocido como *La Pauta*,[14] fechado en marzo de 1981, apenas seis meses después del enunciado de Corvalán del 3 de septiembre de 1980. Se elaboró para el Pleno del PC realizado entre fines de mayo y comienzos de junio de 1981 en la República Democrática Alemana, según explicita el propio documento.

La Pauta se refiere a la interpretación del EDI acerca de la reciente "Rebelión Popular" y a "todas las formas de lucha". En las primeras líneas de su segundo acápite, titulado "Lo Nuevo", dice:

> Lo que hemos concluido es, ni más ni menos, que hemos entrado a una fase en el combate en contra de la dictadura, y que ella se inscribe en una perspectiva insurreccional de masas. Por esto, y en primer lugar por esto, es que este Pleno es tan decisivamente importante: tenemos que hacernos plenamente cargo de lo que significa la perspectiva insurreccional de masas, y aceptar plenamente esto, desarrollarlo y precisarlo [...] No tenemos temor a decir que es un cambio de fondo [...] La perspectiva insurreccional es una línea conducente al levantamiento de masas para la toma del poder. Levantamiento de masas que irrumpen con violencia y que implica las luchas más diversas por los problemas más sentidos, pero que llevan aparejado la existencia del cambio del régimen, que no acepta la legalidad fascista y que adoptan las más diversas formas: salidas callejeras, paros, barricadas, sabotajes, tomas de terrenos, de industrias, enfrentamientos en las calles, huelgas, protestas, resistencia civil en poblaciones, y que obligatoriamente van a recurrir a formas de lucha armada, que estas formas armadas de lucha sean, más o menos generalizadas dependerá del desarrollo más general. Esto es lo que cambia todo [...].[15]

No es un ejercicio inútil comparar estos conceptos y esta

descripción del enfrentamiento que hace el EDI en 1981, con el contenido y la prefigura que existe en la descripción de la "Sublevación Nacional", vista en la primera parte de este libro, como el momento cúlmine de la Rebelión Popular prevista para 1986 y que jamás se llegó a concretizar.

Por otra parte, algunos significativos alcances hace *La Pauta* en relación con la futura Política Militar y las Fuerzas Armadas cuando señala:

> Hoy nos planteamos ir a enfrentar al enemigo, seguir arrancando espacios o garantías democráticas, pero con enfrentamiento, con violencia [...] Principalmente con esta actitud lograremos producir el desequilibrio al interior del sostén principal de la dictadura: las Fuerzas Armadas.

En este enunciado se muestra otro de los asuntos polémicos del contenido de la PRPM. Pocos discutirían la necesidad de atraer a segmentos de las Fuerzas Armadas, el debate estuvo en el método principal para lograrlo. Aquí el EDI se muestra claramente partidario de obtenerlo a través de la fuerza.

Es de interés resaltar que el mentado documento hace alcances y referencias reiteradas a la Revolución triunfante en Nicaragua y al proceso revolucionario de El Salvador. No es banal recordar que los militares profesionales en marzo de 1981, año de *La Pauta*, aún permanecían repartidos entre Cuba y Nicaragua, y sus "aportes" a la Política Militar todavía estaban encerrados en propuestas a la dirección del PC.

Con *La Pauta* se daba inicio abierto a la polémica sobre los contenidos de la PRPM. Ésta tendría desde su nacimiento un obstáculo significativo. Sus autores se refieren claramente a una "perspectiva insurreccional", para la dirección en Moscú, rebelión no era sinónimo de insurrección, aunque tuviera el apellido "de masas" y solo se tratara de una "perspectiva".

Julio, el enviado del EDI al Pleno de 1981, presentó *La Pauta* como el informe del interior. Con elogiable franqueza, narra lo ocurrido al llegar a Moscú:

> Yo acepté que cambiaran el documento, y bueno, era la Comisión Política. Cuando conversaron conmigo expresaron muy claramente que el lenguaje se podía interpretar como una cuestión aventurerista, ultra, más o menos eso. Después de mucho ir y venir se decidió que el informe lo redactara Corvalán con la ayuda mía, que fue más bien una ayuda de secretario. Fue su informe, pero decidieron que yo lo rindiera a nombre de la dirección interior.
>
> Ese informe, en que no estaba lo mismo que se había mandado desde acá, que fue rendido por mí a nombre de la dirección interior, pero que fue hecho por Corvalán, produjo ciertos problemas, porque cuando yo volví de allá, los compañeros me decían 'esto no puede ser, no estamos de acuerdo con esto'.[16]

Julio asegura que el concepto de insurrección lo "metió" Manuel Ernesto Contreras,[17] quien integró los equipos de elaboración e investigación que existían en la RDA. Contreras llegó a Chile en noviembre de 1980, después de una activa participación en discusiones con la Comisión Política antes del discurso de lanzamiento de la PRPM. Sin poner en duda esta acotación de Julio, *La Pauta* es mucho más que un concepto de insurrección "metido", es una visión e interpretación global de lo que el EDI entendía por "Rebelión Popular", que sin el título de "insurreccional", trató de implementar con la Sublevación Nacional en 1986.

La Pauta fue rechazada y nunca se convertiría en documento rector de la Rebelión, no obstante, sus autores continuaron al frente del EDI en los años de mayor éxito y relevancia de la Política de Rebelión del PC. El contenido y forma del Plan de la Sublevación Nacional nacido del Pleno de 1985, son una muestra clara y elocuente de su presencia.

Luis Corvalán se refiere explícitamente en sus *Memorias* a este episodio, se lamenta del "*golpe de autoridad*", pero reafirma el convencimiento de haber echo lo correcto, y el contenido de *La Pauta* "fue desechado 'por completo".[18]

Esta dualidad, que estaba muy lejos de ser una contradicción interior-exterior, atravesaba a todo el partido y se fue reflejando

en la implementación de la PRPM en los años venideros, según cómo se interpretaran estos asuntos. Una carta de Víctor Cantero, miembro del EDI, dirigida a la dirección en Moscú, es un ejemplo de esta realidad.[19] Sus críticas apuntan al "grave peligro de que el PC se aislara de las masas" y a que el EDI sostenía "posiciones impregnadas de gran voluntarismo". Estas y otras críticas similares se reprodujeron en el Pleno de enero de 1985, realizado en diciembre de 1984, en los momentos de los años urgentes, cuando la dirección interior consideró que se gestaba una "situación revolucionaria".

Años después de estos acontecimientos, el Informe Central al XV Congreso del PC de Chile, realizado en 1989, al referirse a estas contradicciones y a las "diversas lecturas" sobre la PRPM, señalaba:

> Las diferencias que existieron desde un comienzo en la dirección y que, como es natural, se trasladaron al Partido, no fueron claramente abordadas. El Pleno de 1981, realizado poco después del llamado del 3 de septiembre (de 1980), no avanzó en la resolución de dichas divergencias [...] De allí en adelante, dada esta situación y agregadas apreciaciones distintas sobre la coyuntura política, en especial con compañeros de la dirección exterior, hicieron posible, en ciertos aspectos, las diversas lecturas.[20]

Es natural preguntarse si esta contradicción se quedó únicamente en "diferentes lecturas", "diversas interpretaciones" o tuvo mayores consecuencias en la aplicación de la PRPM. Sebastián, consultado sobre el particular, reflexiona:

–La Política de Rebelión Popular era un enunciado general. ¿Qué hacíamos con la Rebelión Popular? ¿Qué era? ¿Hasta dónde íbamos a llegar con esto?... Se produjeron largas reuniones en Moscú, había muchas contradicciones en la Comisión Política, eso no se iba a solucionar de la noche a la mañana. La crítica es buena y necesaria, pero cuando se critica empujando en otro sentido, por otra línea, esa crítica no es un aporte, es un debilitamiento, es un rechazo. En la Comisión Política nunca se logró una posición única y esto le restó fuerza a la PRPM.

"Recuerdo que en la Conferencia que se realizó en 1984, escuchaba de algunos miembros del Comité Central el rechazo a la PRPM. Algunos tenían otra manera de ver las cosas. Uno de ellos decía, en comentarios de pasillo, '¡Sentarse en la plaza, miles sentados llenando las calles! ¡Eso es rebelión!'. Evidente que tanta contradicción le restó fuerza a la PRPM..., pero así son los procesos, con sus virtudes y sus flaquezas".[21]

Los equipos de la República Democrática Alemana

Muy poco ha reconocido la historia oficial del PC el papel de los equipos de investigación y análisis que existieron entre 1977 y 1980 en la República Democrática Alemana (RDA), cuyos pocos integrantes trabajaron justo en el período crucial en que se forjaron los nuevos rumbos del PC.[22]

Los equipos fueron dos, el de Leipzig y el de Berlín, ambos creados por el PC y a cargo de Rodrigo Rojas, designado por la dirección del partido. El grupo de Berlín, de tres miembros, es encabezado por Contreras, y el de Leipzig, por Patricio Palma.

La importancia de estos colectivos en la gestación de la PRPM habría estado dada por su participación en la elaboración primaria de los contenidos de ésta. En el cumplimiento de sus objetivos de trabajo, fueron desembocando en un cuestionamiento a la experiencia fracasada del Gobierno Popular, sobre todo al papel del PC, para, finalmente, proponer nuevos enfoques políticos de enfrentamiento a la dictadura.

La elaboración de documentos teóricos dirigidos a la Comisión Política a finales de la década del setenta no significó que necesariamente influyeran en las políticas del PC. Para que las nuevas ideas pudieran incidir en las direcciones hacía falta un proceso de debate mucho más complejo que los documentos mismos. Era necesario todo un proceso de construcción de la PRPM, sobre todo si se trataba de su contenido militar; construir los espacios, dar seguimiento a las proposiciones y convicciones, luchar enconadamente en el interior de la organización para persuadir acerca de la justeza de ellas y por su puesta en práctica.

Si bien es cierto que, al igual que los militares, estos grupos tenían una "vía directa" con la dirección del PC, su carácter "secreto" limitaba su influencia en la propia dirección y en el resto del partido. Este enfoque permite evaluar la real incidencia de los trabajos de los grupos de la RDA, no se trataba solo de voluntad y de entregar documentos; es un fenómeno que también sufrirían las investigaciones de los oficiales en La Habana en esos mismos años. Es sabido que los oficiales enviaron numerosos trabajos y proposiciones a la dirección comunista sobre Política Militar que nunca fueron debatidos. La verdadera participación de estas propuestas para la construcción de la PRPM iba a ser resultado de la relación entre ellas y la práctica real instrumentada por todos los involucrados en los años venideros.

Los protagonistas de estos equipos de la ex RDA afirman que el Grupo de Leipzig se reunió con Luis Corvalán a fines de 1977 y, entre otras cosas, le trasladaron dos conclusiones principales. Una fue que "habría dictadura para rato" y debían terminarse las apreciaciones ligeras sobre ésta; la otra señalaba que el Partido Demócrata Cristiano no formaría alianzas con el PC. Ambas ideas socavaban los dos pilares en que se asentaba el llamado Frente Antifascista del partido. Este mismo grupo de Leipzig aparece como iniciador de la política de "diferenciación" de las Fuerzas Armadas, que fue la esencia y base del Trabajo Hacia el Ejército.[23] Las divergencias surgieron al decidir la implementación de esta política luego de 1980: ¿Cómo se ganaba a ese segmento "no fascista" de las Fuerzas Armadas?

De estos equipos de la RDA el *Grupo de Berlín* a la postre resultó el más polémico. En febrero de 1980, Manuel Eduardo Contreras se reunió con Luis Corvalán y le fundamentó cuál debía ser, a juicio del grupo, la conducta del PC ante el dictador. Las principales ideas y fundamentos eran, entre otros: "el carácter inseparable de la lucha política y militar", que la política militar y todo lo concerniente a este asunto no era un accesorio técnico, "un aditivo ni cuestión de especialistas, es un asunto de todo el

partido. Las acciones audaces son audaces por el solo hecho de acometerlas", "son de masas" y "rompen con el miedo, con el abatimiento".

Explica Manuel Ernesto Contreras según aparece en la tesis de Álvarez:

–Fueron unas tres horas... dijimos que había que cambiar de política... Que estaba agotada la política de los "frentes amplios"; que había un proceso creciente de fragmentación y pérdida de credibilidad hacia las políticas del Partido y de la izquierda; que se requería revertir el estado de ánimo depresivo que en general había en la población chilena por la casi omnipresencia de la dictadura; que empezaba a sentirse un distanciamiento interior-exterior ... había que buscar la forma en que la gente pueda expresarse, participar, operar, salir a la calle, darles ánimo para protestar... demostrar que Pinochet no es omnímodo... que es posible tocarle el poto a la dictadura... apagarle la luz a este conchadesumadre.

Según este testimonio, no hubo respuestas airadas del primer secretario; por el contrario, ese mismo mes le planteó al jefe del Grupo de Berlín la tarea de incorporarse al país. Contreras ingresó a Chile en noviembre y ocupó la jefatura del recién creado Frente Cero, dedicado a inteligencia y guerra psicológica.[24] ¿Plena coincidencia con la Comisión Política? En lo absoluto, recién comenzaban las diferencias.

En el testimonio de Julio antes citado, éste afirma que fue Contreras quien introdujo el concepto "insurreccional" en *La Pauta* de Gladys Marín, fechada en marzo de 1981 y rechazada por la Comisión Política en mayo de ese mismo año. La Comisión Política no solo refutó el concepto "insurreccional", que nunca más se empleó oficialmente, sino toda la visión "muy ultra", al decir de Corvalán, que habría tenido el EDI.

Sebastián, miembro fundador del EDI y jefe de la futura Comisión Militar, entrevistado por Herreros señala:

–Empezamos a discutir acá en el interior, ya estando Gladys a

partir de 1978, qué hacer al respecto. La conclusión a que llegamos fue que no valía la pena seguir a la defensiva, por así decirlo, y que eso iba a provocar que nos fueran descabezando, matando y desapareciendo gente, y que a la dictadura no le pasaba nada. Es decir, actuaba con la máxima impunidad. Ahí se empezó a estudiar la posibilidad de adoptar una vía insurreccional. En eso trabajó fundamentalmente Gladys con algunos compañeros del Frente Cero, algunos aportes hicimos los que empezamos a trabajar en el EDI, y se mandó este famoso documento "Nuestra Propuesta Insurreccional" a Moscú" (*La Pauta*).[25]

Los militares en La Habana-Managua

Los militares en La Habana seguían con especial atención el desarrollo de la política general del PC, la única manera que tenían de adentrarse en los temas militares vinculados a ella. No era un puro afán "profesional", su vida estaba indisolublemente atada a los destinos de ella. Su aporte, según veremos, se circunscribe específicamente a los aspectos político-militares de la Rebelión Popular.

El interés por la política del partido fue estimulado inicialmente por el miembro de la Comisión Política Rodrigo Rojas, quien formó los primeros grupos de estudio e investigación entre los oficiales de las dos escuelas donde se preparaban. Luego Jacinto Nazal jugó un papel protagónico. Por iniciativa de este último y del secretariado de los oficiales, comenzaron un proceso de investigación y elaboración específica en temas político-militares. El método empleado fue la elección de temas de estudios, organización de grupos y seminarios de debate.

El primer seminario y el más rudimentario por sus contenidos se efectuó en noviembre de 1977 en una espaciosa casa al este del litoral habanero. El "desarrollo profesional" fue el tema de mayor interés. Se llegó a elaborar un plan detallado con ascenso y perspectivas de los oficiales en años de estudio hasta llegar a los más altos niveles en grados y conocimientos. Siempre existió un "tema élite" relacionado con la política y sus aspectos militares,

seguido por el del TOM, el teatro de operaciones militares chileno.

Los cubanos prestaban toda la colaboración en infraestructura y autorizaban a los oficiales a ausentarse de sus unidades militares y escuelas durante el tiempo que duraban estos eventos. Nunca, y de ninguna manera, orientaron, intervinieron o indujeron el contenido de los debates y los temas.

De los numerosos trabajos de investigación, destacan dos: "La Política Militar del PC", realizado en diciembre de 1981, según la fecha impresa en el documento, y "Trabajo Combativo Militar del Partido", sin fecha de elaboración.[26]

Este último, el Trabajo Combativo Militar, más conocido al interior del PC como TCM, estaba basado íntegramente en la concepción soviética acerca de los fundamentos, organización y realización de la política militar para un Partido Comunista. Su contenido nació de la extraordinaria experiencia obtenida durante la lucha de resistencia de los pueblos de la Unión Soviética frente a la invasión del fascismo alemán desde 1941 a 1945 y se sustentaba en la práctica y teoría leninista de los tiempos de la Revolución de Octubre de 1917.

En la década de los setenta, el TCM era una concepción estructurada como curso teórico, que el PC de la URSS impartía con cierta exclusividad a los partidos análogos. No ha sido posible conocer si este curso se impartió al PC chileno antes de 1980. Sebastián asegura, y lo confirma Jacinto Nazal, que lo recibieron la Comisión Política y algunos dirigentes del Comité Central luego de la proclama de septiembre de 1980, en íntima concordancia con los nuevos rumbos que adoptaban los comunistas chilenos.

El documento titulado "Trabajo Combativo Militar" es una suerte de adaptación a las condiciones del PC chileno, con muy poca originalidad, del temario recibido en la URSS. Su mérito radica en que a través de él se puede conocer de forma resumida el amplio contenido de la teoría soviética sobre el tema militar que se impartió a los chilenos, el cual se extiende desde definiciones político-estratégicas, normas de métodos conspirativos y

orientaciones del trabajo de inteligencia hasta un ejercicio simulado para una Comisión Militar que ejerce el mando político y militar de un imaginado "Comité Clandestino del Partido en la ciudad de Tarbein". Finaliza con un capítulo dedicado al estudio de la lucha insurreccional.

En Chile, de acuerdo con este modelo, finalmente una Comisión Militar condujo el trabajo militar del PC. Era más funcional a la tradición de la estructura comunista; se puso en manos de un "grupo de especialistas" un tema complejo y desconocido para la vieja guardia partidaria. Se obvió el papel principal del tema militar en la política y se dejó su conducción a una comisión. El PC garantizó el "papel dirigente" nombrando al jefe de la Comisión Militar miembro de su Comisión Política.

El Trabajo Militar de los comunistas chilenos tuvo dos grandes particularidades con respecto al modelo soviético. Una fue que no se ajustó a la definición de "todo el partido involucrado en el Trabajo Combativo Militar" (TCM), a la postre uno de los temas más polémicos que gravitó en la implementación de la Rebelión del PC. Era la misma exigencia nacida del Grupo de Berlín, "el problema militar no es un aditivo de la política ni cuestión de especialistas".

Andrés, segundo jefe nacional del TMM, afirma que siempre existió la confusión de que el FPMR y el TMM eran la misma cosa, y señala:

> Se les miraba con orgullo y cierta admiración, pero mirando el asunto desde afuera. Claro, no todos actuaban igual. La Comisión Nacional de Pobladores y la Femenina lograron grandes avances en este terreno, en cambio la Comisión Nacional Sindical fue un freno al trabajo militar de masas en ese sector.

La otra gran diferencia en relación con el modelo soviético fue que los "destacamentos de vanguardia" en el TCM eran parte integrante del Partido y no se cuestionaba su pertenencia a él. El FPMR, "fuerza militar propia" del PC chileno, nació sin vínculo público con su partido madre. Pasado el año 2000, muy lejos de los

acontecimientos que le dieron origen, absurdamente hasta en la reconstrucción histórica se continuaba tergiversando su pertenencia y origen.

"La Política Militar del PC", el otro documento elaborado por los oficiales que tiene relación directa con la Política Militar de los comunistas, lo elaboró un equipo de especialistas militares para un seminario realizado en 1981 en el Hotel Mar Azul, ubicado en las playas del este habanero. Corresponde a una etapa avanzada de desarrollo del colectivo y fue el resultado de años de estudio.

El primer trabajo acerca del tema se presentó con igual título en uno de estos seminarios, efectuado en noviembre de 1978.[27] Andrés, El Hermanito, uno de los responsables principales en la elaboración y exposición de los temas centrales sobre la Política Militar, afirma que fue en ese evento donde se sentaron las bases de lo que sería la propuesta que hicieron los militares al PC respecto a este asunto.

Existían, según señala, las condiciones y el contexto para que esto ocurriera:

–Un grupo de cuadros abandonan sus profesiones para dedicarse íntegramente a la vida y al estudio de los temas militares. Existe una comunión de pensamientos entre los oficiales y el dirigente político Jacinto Nazal, que estimulaba y entregaba materiales. En el PC se vive una intensa polémica teórica y práctica acerca de cómo enfrentar a la dictadura.

Tema recurrente, dice este oficial, era "el trabajo del partido revolucionario en la lucha de masas. Estudiábamos lo particular del suceso político militar, por ende no nos casábamos con visiones de calcos revolucionarios. Desde el 78 se da la especialización por áreas de interés y se crean equipos de elaboración de la Política Militar y un equipo permanente de estudio del Teatro de Operaciones Militares (TOM). En ese primer seminario, entre las ponencias principales destaca una titulada "El pronóstico científico en el Arte Militar" y otra sobre el Teatro de Operaciones Militares en Chile".

El oficial Juan Carlos califica el seminario realizado en 1981 como un salto significativo en la presencia y progreso de este colectivo en la vida del PC.

–Antes de Nicaragua, las decisiones sobre los asuntos internos de la Tarea Militar estaban en La Habana. Después de la guerra, el centro de las decisiones se trasladó a Managua. El PC percibió del mundo comunista y revolucionario un reconocimiento por el papel jugado por su contingente en la guerra de Nicaragua. El éxito en esa guerra es la razón por la que a Salvador, jefe del colectivo de los militares comunistas, lo nombran miembro del Comité Central en el Pleno de 1981 y nuestras opiniones y documentos tienen distinto significado para todo el PC.

En realidad, el seminario de 1981 se preparó en Nicaragua y los grupos viajaron a La Habana con ese especial propósito. El oficial Aníbal Maur fue quien preparó los aspectos principales de este documento "La Política Militar del PC". Andrés fue quien expuso el tema ante el plenario y asegura también que miembros del EDI llegados desde Chile se mantuvieron clandestinos en una casa, hasta donde iban Salvador y Maur para discutir con ellos lo tratado en el seminario.

Fue entonces cuando miembros de este equipo, el EDI (no sabemos quiénes), conocieron los contenidos de la política militar propuesta por los oficiales y se estrecharon lazos e intenciones entre ambos. La muestra más evidente de esta coincidencia fue que muy pronto, en los primeros meses de 1982, salieron de Nicaragua hacia Cuba los primeros cinco oficiales que se prepararon para ingresar a Chile. Es incuestionable que la conjunción del EDI con los oficiales en ese seminario, y en los sucesivos contactos, terminó por romper con la negativa de la Comisión Política que impedía el ingreso a Chile de estos especialistas.

"Se dio un contexto que permitió tales decisiones", precisa Andrés. Había un enunciado general sobre la Rebelión y un llamado de la máxima dirección del PC a que se emplearan todas

las formas de lucha. Por otra parte, el EDI clamaba por especialistas militares y mostraba una subjetividad madura para acciones audaces y formas paramilitares de lucha, un partido con una nueva disposición.

Desde 1978, los jóvenes comunistas estaban subiendo, lentamente, el nivel de esas acciones en Chile. Los militares del PC, lejos de Chile, tenían un proyecto, un vasto plan político militar que emergía de la línea de Rebelión Popular de Masas y se sustentaba en ella; esa era su mayor virtud y, al mismo tiempo, encerraba una potencial contradicción con los más conservadores y desconocedores del tema militar.

"La Política Militar del PC" era una propuesta, un proyecto de largo alcance del cual el PC tomó aspectos muy puntuales, aunque quizás estos solo coincidieron con las otras fuentes de donde nació lo que sería finalmente la Política Militar del PC implementada en los años de 1982 a 1986. La presencia física de este colectivo distribuido en las jefaturas del aparato militar del PC, jugaría un determinante papel en la puesta en práctica de estas concepciones.

En este trabajo, con algunas diferencias, aparece la estructura militar clásica que adoptó el PC en 1982. La Fuerza Militar Propia tenía el nombre de Fuerzas de Liberación Bernardo O'Higgins, según recuerdan Diego y otros combatientes de los primeros grupos operativos organizados en 1982 entrevistados para esta investigación. Sebastián agrega que el nombre de Manuel Rodríguez lo adoptaron en Chile, en consideración a que el carácter que tendría la lucha del Frente Patriótico se ajustaba más al de las acciones libradas por el patriota guerrillero contra el colonialismo español durante la guerra por la independencia.

La propuesta de los militares le otorgó un contenido doctrinario y estratégico militar a la PRPM, siempre con la dirección centralizada en la Comisión Política, no constreñida a una comisión específica, y desarrolló una teoría de "derrota político-militar" del adversario basada en la construcción de una

correlación de fuerzas favorable en ambos aspectos, como sucedería en una Insurrección Popular, que "no implicaba una derrota militar física de las Fuerzas Armadas ni significaba la construcción de fuerzas armadas paralelas",[28] sino que se fundamentaba en la incorporación del pueblo mediante "todas las formas de lucha".

La Política Militar del PC corrió la misma suerte de los demás documentos y propuestas hechos por los organismos intermedios en esa época, ninguno de los cuales se implementó de manera plena y total en la Política de Rebelión.

En realidad, no existe ningún documento cerrado donde aparezca todo lo que se construiría después. Los contenidos concretos de esta política se descubren y se fueron construyendo en los años posteriores a su enunciado general de 1980.

Todo este proceso, visto desde un ángulo positivo, indica que la PRPM fue resultado de un debate multilateral, muestra de la riqueza y la participación de muchos comunistas en la elaboración de esa política, y un desmentís al alegado dogmatismo jerarquizado del PC. Desde otra perspectiva, el proceso se puede calificar como un resultado consensuado, muy polémico, dilatado en el tiempo, cual un verdadero parto con fórceps que sufrió la Comisión Política en medio de las complejas circunstancias y presiones que vivieron antes y después de 1980.

Sea cual sea la mirada, es un hecho demostrado que la PRPM fue elaborada de abajo hacia arriba, con propuestas de órganos y estructuras intermedias hacia la Comisión Política, y nunca se llegaron a zanjar definitivamente las diferencias sobre sus contenidos. Este fue otro rasgo característico de la Rebelión de los comunistas, que sin dudas le restó decisivas fuerzas en su implementación, e influiría en alto grado en su derrota.

1 Discurso en Moscú de Luis Corvalán el 3 de Septiembre de 1980. "El derecho del pueblo a la rebelión es indiscutible. En *Tres períodos de nuestra línea revolucionaria*, pág. 235. Impreso en la RDA en 1982.

2 Asumimos como término de la aplicación de esta política a los

momentos del fin del régimen de Pinochet con el traspaso del mando al gobierno de Patricio Aylwin en marzo de 1990. Esto con independencias de su continuidad bajo otras formas, tal cual está refrendado en los congresos posteriores a esta fecha.

3 Para los lectores ajenos a la cultura comunista, "Pleno del Comité Central" es un evento donde se reúne el Comité Central del Partido, es el órgano de mayor autoridad entre congresos. Para este caso del "Primer Pleno en tiempos de dictadura", empleamos un libro de Ediciones Colo Colo, al parecer editado en México por el mismo PC en 1978. Se puede encontrar este documento en la página web del PC.

4 Informe Pleno Agosto del 77, pág. 29 y 30 de Ediciones Colo Colo.

5 Memorias del Orlando Millas, miembro de la Comisión Política del PC.

6 En Herreros, entrevistas con Jorge Insunza, miembro del EDI, y Carlos Toro, jefe Comisión Militar en 1973, en capítulo III, "Las Enseñanzas de una derrota".

7 Ambos documentos en "Tres Períodos...", pág. 207 a 234. Fragmentos.

8 Graduado de la Escuela de Artillería Camilo Cienfuegos, oficial destacado que trabajó junto al grupo principal de investigación de los oficiales comunistas, donde Aníbal Maur juega el papel principal. Entrevistado en julio de 2007.

9 En *Desde las Sombras*, Rolando Álvarez investiga y relata con objetivo realismo este período negro de la historia del PC y de sus juventudes. LOM Ediciones, 2003.

10 En el Informe del Comité Central al XV Congreso del PC en 1989, se califica a estas direcciones "emergentes" de ser "un equipo sin el suficiente oficio". Millas, en sus *Memorias*, dedica un capítulo a reivindicar a estas direcciones. Pág. 159. El Informe del XV congreso está en la página web del PC.

11 Korol, Claudia. Entrevista a Gladys Marín. Ediciones América Libre, 1999, pág. 42.

12 Herreros, pág. 388.

13 Herreros, pág. 388.

14 "La Pauta" aparece íntegra en el libro de Claudia Korol, pág. 91.

15 El resaltado es nuestro.

16 Esto está recogido por Herreros en entrevista con el emisario del EDI,

"Julio". Pág. 258. En el párrafo Herreros se refiere al "pleno donde se discutió el lanzamiento de la Política de Rebelión". En realidad el lanzamiento de la PRPM fue el 3 de septiembre de 1980 y no se discutió en Pleno alguno. Se intercambiaron cartas interior exterior que están recogidas por Corvalán en sus memorias. Pág. 259, y en la Pág. 255 aparecen los plenos de 1979 y 1981 con sus respectivos emisarios del interior. Lo que narra "Julio" corresponde al Pleno de junio de 1981, donde se intentan precisar los contenidos de la PRPM. La Pauta es de marzo de 1981.

17 Manuel Ernesto Contreras, jefe del equipo de investigación del PC en la RDA de 1977 a 1979.

18 Memorias de Luis Corvalán, pág. 350.

19 Rolando Álvarez, Tesis doctoral, pág. 328.

20 Informe Central XV Congreso PC, pág. 12.

21 Entrevista con Sebastián. Julio de 2007.

22 Tesis doctoral de Rolando Álvarez. Como su título lo sugiere, es mucho más abarcadora que la cuestión específica de los grupos de la ex RDA. No obstante destaca la minuciosidad con que aborda este asunto en particular. "La Tarea de las Tareas: Luchar, unir, vencer, tradición y renovación en el PC de Chile (1965-1990). Tesis Doctoral. Universidad de Chile. Año 2007.

23 Ibid., pág. 272.

24 Ibid., pág. 311 y 321.

25 Herreros, p. 416.

26 "La Política Militar del PC", expuesto en diciembre de 1981 por un grupo de oficiales dirigidos por Aníbal Maur. "Trabajo Combativo Militar del Partido", elaborado entre 1980 y 1982 por un grupo de oficiales en La Habana.

27 En una de las referencias del documento "La Política Militar" del 81, aparece un documento con el mismo nombre realizado en un seminario de 1978. Según testimonio de Arístides Contreras, todos los documentos principales elaborados por los militares en los seminarios fueron enviados a Moscú.

28 Concepto textual del Documento "Política Militar del PC", donde solo se ha cambiado el tiempo verbal.

Capítulo 3.
Un difícil despegue 1980-1982

En la mañana del 11 de marzo de 1981 se realizó la última ceremonia protocolar de ese nivel de la dictadura, efectuada en el salón plenario del edificio Diego Portales. Fue otra rutilante investidura. Augusto Pinochet Ugarte, tal cual lo disponía la Constitución "aprobada" mediante plebiscito en septiembre de 1980,[1] juraba para un nuevo período presidencial hasta 1989. La cosa había sido planificada así. Aquel plebiscito había sido un solo paquete, según los artículos decimotercero y decimocuarto transitorios; si se aprobaba la Constitución, el presidente en ejercicio debía y podía continuar por ocho años más, es decir, tenía implícita la aceptación del dictador como presidente hasta 1989.

Al día siguiente, lleno de júbilo y pompa, Pinochet entró solemne a La Moneda, de nuevo sede del gobierno y recién restaurada luego de su destrucción, casi ocho años atrás. Por coincidencia, el dictador comenzaba su período de "transición" también de ocho años hacia una democracia tutelada, o "protegida", que debía culminar en marzo de 1989.

Pero eso no era todo, según el artículo vigésimo séptimo transitorio de su Constitución, al menos noventa días antes de ese término, los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y el general director de Carabineros le propondrían al país un candidato único para ocupar el cargo de presidente de la República en el período siguiente, o sea ocho años más, hasta 1998, casi al fin del segundo milenio. Todos, absolutamente todos, sabían o intuían que si llegaba a realizarse el cronograma planificado, el candidato iba a ser Pinochet, como finalmente ocurrió.

Había más: la Constitución de 1980 prohíbe expresamente la reelección presidencial, pero su articulado transitorio define que, por única vez, en esa oportunidad no se aplicaría la prohibición. En ese plebiscito fraudulento de 1980 quedó claro lo que muchos analistas y políticos de oposición habían repetido y repetirían

durante años y hasta el cansancio: la Constitución era ilegítima y fue hecha a medida para el dictador.

La Carta Magna dejaba expresamente establecido en su articulado transitorio el receso político. La actividad de los partidos estaba prohibida, no existía apuro para promulgar leyes sobre éstos, elecciones, registros electorales y tribunal calificador. En opinión de Jaime Guzmán, había que impedir que la oposición se organizara con anticipación para enfrentar a Pinochet en el plebiscito de 1988, "de lo contrario se produciría una efervescencia prematura, incompatible con el adecuado funcionamiento de un Gobierno Militar, y por ende, perjudicial para el desarrollo de las tareas que el país requiere de él, y que éste se ha propuesto".[2]

Mientras tanto, en los Estados Unidos el recién electo presidente Ronald Reagan anunciaba su política de "diplomacia silenciosa" para con la dictadura, pretendiendo calmar un complejo panorama internacional enrarecido para el Gobierno Militar por sus conocidas violaciones de los derechos humanos.

El "Poder Legislativo", en manos de la Junta Militar, había quedado en el Diego Portales, guardando la debida distancia del "Poder Ejecutivo". El ambiente de palacio presidencial, el cúmulo de éxitos recientes y la sólida proyección del dictador, tal vez influyeron en el cambio radical que se operó en el estilo del gobierno. Del trato fluido y directo que existía en el Diego Portales, en La Moneda Pinochet se volvió inalcanzable.[3]

En correspondencia con esta percepción al interior del Gobierno, en esos años posteriores a 1980 y hasta 1982 no hubo dato o señal alguna que indicara que el Gobierno Militar estuviera dispuesto a negociar alguna de las bases de esa arquitectura diseñada. La dictadura, definitivamente, se mantendría durante un plazo largo.

Fue ese Pinochet convencido y refugiado en su boato presidencial que llegaría hasta casi el año 2000, con las Fuerzas Armadas comprometidas hasta el tuétano con ese proyecto y

cohesionadas en torno al andamiaje institucional, lo que ocasionó el resurgimiento de la oposición en general y constituyó uno de los acicates principales para el incremento en los años venideros de la actividad de los partidos proscritos de la izquierda y de las organizaciones sociales.

Escasos meses de sosiego y disfrute tuvo el dictador en su nuevo despacho presidencial: la espiral triunfalista en La Moneda muy pronto llegó a su fin. A mediados de 1981, con la quiebra de algunas empresas se manifestaron las primeras señales de alarma; una profunda crisis económica se incubaba en el país, un verdadero cisma que tendría profundas consecuencias políticas en los años siguientes. Existe una evidente relación entre esta crisis y el auge de las luchas políticas y sociales del período 1983-1986, datos inobjetables demuestran esa relación de dependencia y continuidad entre ambas, aunque esta relación tiene un carácter relativo.

En los años que antecedieron a la crisis se produjo el desarrollo histórico de la Política de Rebelión del PC, sus bases, diseños estructurales y fundamentos ideológicos. El Partido Demócrata Cristiano, por otros senderos y con distintos objetivos, tuvo un desarrollo similar. Con sus particularidades, también ocurriría así con los múltiples grupos en que se fragmentó el Partido Socialista. El ejemplo más evidente de lucha en esa etapa lo aporta el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR.

Desde 1979, y principalmente entre 1980 y 1981, el MIR desarrolló una espectacular campaña de acciones combativas con operaciones simultáneas, que dejó sorprendidos a la dictadura y sus aparatos represivos y estimuló a las incipientes fuerzas combativas del PC. El rápido deterioro de la organización y las numerosas caídas de estos revolucionarios a manos de las fuerzas represivas, que actuaron con extrema saña y masividad, fueron valiosas experiencias para los dirigentes clandestinos del naciente aparato militar del PC. En los momentos en que actuaba el MIR, no existía un movimiento paralelo de lucha de masas como ocurriría

pocos años después.

Por otra parte, la explosión popular en las grandes Jornadas de Protesta estuvo relacionada con la crisis económica que aconteció entre los años 1981 y 1983 y sus consecuencias. La crisis comenzó por las alturas del modelo ultra neoliberal: la quiebra de grandes empresas y el descalabro del sistema financiero y bancario nacional, íntimamente dependiente del internacional.[4] Las grandes mayorías populares fueron las que sufrieron los efectos de la crisis, sin desestimar a importantes sectores productivos y de servicios que también se vieron afectados.

Al finalizar 1982, el desempleo era del 25%, un año después había alcanzado el 30%,[5] cifras que podían llegar a 50% en los barrios populares y a un dramático 60% entre los pobladores más jóvenes.[6] La caída del producto interno en un 14,1% en 1982 representó una involución económica que afectó a productores, transportistas y comerciantes pequeños y medios, incapaces de sortear los embates de la recesión.

El congelamiento de los salarios mínimos, una inflación con un Índice de Precios al Consumidor (IPC) de 20,7% en 1982 y 23,1% en 1983, la suspensión de los reajustes salariales y pensiones de acuerdo al IPC, redujeron con rapidez la capacidad adquisitiva de los que aún mantenían empleo. La pobreza se abatió sobre miles de familias chilenas.

Como lógica consecuencia, los sectores organizados por tradición y donde actuaban los partidos políticos iban necesariamente a pronunciarse contra tal situación. El sindicalismo opositor, a pesar de todos los intentos por destruirlo, debilitado por las disposiciones del Plan Laboral aplicado desde 1979, que los diezmaba y privaba de instrumentos legales de lucha, fue el primero en reaccionar. Los estudiantes, que nunca dejaron de combatir por sus derechos sectoriales, se sumaron al unísono. Los estratégicos sectores del transporte y el comercio lucharon mientras no se atendieron sus demandas. Y sin que nadie lo previera, muy pronto los habitantes de los barrios

populares pasaron a ser centro del reclamo contra la crisis y la existencia misma de la dictadura.

En 1985 la economía había iniciado su recuperación. Las políticas clientelares aplicadas por el gobierno a pequeños y medianos empresarios, comerciantes y transportistas surtieron los efectos desmovilizadores esperados. La dictadura no abandonó el modelo pasada la crisis, fue "una transición de un liberalismo dogmático a uno de corte más pragmático [...] lo único que la crisis logró fue la introducción de cambios y ajustes dentro del propio modelo".[7]

No obstante esta recuperación dentro del modelo, la última de las manifestaciones más significativas se realizó un año más tarde, en julio de 1986, cuando la crisis se consideraba superada. Otras protestas con menos fuerza y significación seguirían produciéndose hasta el último año del dictador previo al plebiscito de 1988.

Siempre existe un primer intento

El 11 de noviembre de 1980, el derribo de cuatro torres de alta tensión dejó a oscuras la mayor parte de la ciudad de Santiago; dos estaban al sur de Calera de Tango, las otras a la altura del kilómetro 26 de la Carretera Panamericana Sur. Varias detonaciones por sabotajes menores se produjeron en Pudahuel y Cerro Navia. El apagón también alcanzó sectores de Valparaíso y Viña del Mar.[8] Por primera vez en Chile se empleaba un "apagón" de considerable extensión como arma política.

El 7 de febrero de 1981, mediante comunicado a los medios de prensa, el MIR reivindicó una considerable cantidad de acciones combativas realizadas a todo lo largo de 1980.[9] Múltiples comandos con nombres propios se adjudicaron cada una de ellas, que iban desde propaganda armada hasta numerosos y simultáneos asaltos a bancos. Fue el año de mayor actividad de esta organización.

En el extenso comunicado del MIR, el apagón del 11 de

noviembre aparece realizado por un "Comando Manuel Rodríguez". Sebastián, que aún no era jefe de la Comisión Militar del PC, asegura que fue un grupo de militantes del PC el que le propuso al EDI realizar esa acción. *Eran profesionales jóvenes que tenían instrucción militar básica, les llamaban Los Chicos Malos. Por razones de seguridad, su jefe debió salir del país y el grupo se reintegró al partido. No hubo continuidad como grupo armado, pero se demostró que se podía hacer ese tipo de cosas.*

Pocos meses después, en febrero de 1981, una serie de apagones locales y acciones de propaganda "audaces" se realizaron en torno al tradicional Festival de la Canción de Viña del Mar. Fueron grupos del PC y La Jota, aunque otra vez aparece el Comando Manuel Rodríguez como autor de los hechos.[10]

Así como existieron las primeras torres derribadas, los primeros cadenazos en apagones locales, también hubo un primer acto de masas con un nuevo signo de osadía, en el que irrumpió una forma diferente de hacer política.

Así ocurrió con la huelga de hambre que familiares de los detenidos desaparecidos iniciaron el 22 de mayo de 1978 para presionar al régimen a revelar el paradero de sus desaparecidos. La huelga se llevó a cabo en distintos locales de la Iglesia Católica y duró diecisiete días. En respuesta, el ministro del Interior Sergio Fernández dijo: "Estábamos y estamos prácticamente en un proceso de guerra. En cualquier guerra la gente desaparece y nadie pide, ni nadie da explicaciones".[11]

Lo cierto es que la gente organizada comenzó a ocupar lentamente los espacios públicos, y a pesar de brutales represiones masivas y selectivas, no los abandonaron nunca más. Las calles del centro de las grandes ciudades, y luego las de las poblaciones periféricas, pasaron a ser los escenarios principales del combate público, tablas del actor simple y anónimo unido a conocidos dirigentes de base que lo arriesgaron todo.

Resulta difícil encontrar el primer acto que marcó el nuevo rumbo de las luchas de masas de los comunistas. Otras

organizaciones, como el MIR, ya habían impulsando tareas de resistencia, pero sin lugar a dudas fue en el año 1979 cuando el PC comenzó en los hechos este lento y complejo proceso de Rebelión, antes de que esa política fuera expuesta públicamente.

Que un grupo de mujeres desfile por una avenida céntrica de la capital chilena conmemorando un 8 de Marzo en homenaje al Día Internacional de la Mujer, no es novedad ni debiera ser un acto de riesgo para los participantes. Pero hacerlo en 1979 sin el permiso de las autoridades, en medio de ese estado de emergencia permanente, sin ninguna protección ni garantía del Poder Judicial, con la omnipresencia e impunidad de los aparatos represivos y torturadores clandestinos, con seis años de hombres y mujeres desaparecidos, presos, relegados o exiliados, desfilar contra el miedo y hacerlo en evidente actitud de protesta contra la dictadura, se transforma en un acontecimiento político y sin lugar a dudas es un acto de audacia y valentía colectiva. Tras estas acciones estaba la Coordinadora Nacional Sindical, donde junto a socialistas y democratacristianos, actuaban los comunistas.

Entre las luchas populares y de masas en los primeros años de la década de los ochenta, destacan las acciones conocidas como las Marchas del Hambre, que se realizaron simultáneamente en Santiago, Valparaíso y Concepción. Óscar Azócar, entonces dirigente del EDI, afirma:

–Particularmente las Marchas del Hambre del año 1982 y comienzos del 83 fueron el precedente inmediato de las Protestas Nacionales. La heroica Marcha del Hambre del 19 de agosto de 1982, según plantea la Dirección del Partido Comunista en una mesa redonda ese año, marca el inicio de la ofensiva histórica en el combate del pueblo contra la tiranía. Se consignaban también en esa ocasión, las huelgas de Panal, IRT, El Teniente, el Carbón, Celulosa Arauco, la toma de la Maestranza Maipú, el paro del 21 de julio en la zona oriente convocado por la Coordinadora Nacional Sindical (CNS).[12]

En la Coordinadora, creada en junio de 1978,[13] los comunistas

tuvieron participación principal. No obstante, existieron varias orgánicas sindicales paralelas en las cuales predominaban sectores independientes, otras de tendencia democratacristiana y hasta las oficialistas. En la propia CNS, formada por federaciones y confederaciones de diferentes sectores productivos, convivían representaciones de otros partidos de la izquierda junto a una fuerte presencia democratacristiana.

El 30 de septiembre de ese mismo año se realizó una segunda Marcha del Hambre. Es de nuevo Azócar quien explica:

–La policía esta vez hace un despliegue inusitado de fuerzas cubriendo todo el centro con piquetes y desplegando entre los transeúntes un gran contingente de civiles. Con el fin de amedrentar incluyeron esta vez un gran número de perros policiales que lanzaban contra la gente. Hubo ochenta y seis detenidos y gran cantidad de panfletos llamando al Paro Nacional. En Concepción, simultáneamente a la marcha, se quemó un bus, que provocó un gran taco de tránsito.[14]

A las Marchas del Hambre les sucedió una concentración de trabajadores en el mes de diciembre en la Plaza Artesanos de la capital, organizada por la CNS. Aunque reprimida violentamente, mostró cuál sería la actitud de estos sectores en el año venidero. A consecuencia de esas manifestaciones y por su reconocida combatividad, fueron expulsados del país el democratacristiano Manuel Bustos y el comunista Héctor Cuevas, máximos dirigentes de la CNS. Esta arbitrariedad con los dirigentes sindicales promovió la solidaridad internacional, y contrario a los efectos deseados por la dictadura, la expulsión favoreció la organización y unidad de los trabajadores para las jornadas que se desatarían en 1983.

Manifestaciones populares organizadas a nivel nacional se realizaron el 8 y el 24 de marzo de 1983, las cuales se transformaron en los antecedentes más inmediatos de la Primera Jornada de Protesta Nacional, que se celebraría el 11 de mayo. El Día Internacional de la Mujer, la plaza Artesanos acogió la mayor

demostración pública de los últimos diez años, convocada por la Coordinadora Nacional Sindical.[15] Miles de mujeres se reunieron y marcharon hacia el centro de Santiago desafiando a las fuerzas represivas.

La manifestación del 24 de marzo la organizó el PC y en ella participaron militantes de otros partidos y pueblo en general. Cada organización Regional del PC debió cumplir con su primer plan de protesta, tal cual débiles prolegómenos de un trabajo de organización y planificación que se iría perfeccionando en el tiempo.

Pasada esta primera experiencia, el Equipo de Dirección Interior y la Comisión Nacional de Organización del PC elaboraron una "cuenta resumen" a manera de "Balance de la Jornada del 24 de Marzo",[16] en la que califican la jornada de éxito rotundo y se congratulan por haber creado "un hecho político trascendente, de magnitud". A lo largo de todo el país, cada estructura regional algo hizo en función de ese día: "Las orientaciones llevadas por los activistas llegaron de Arica al extremo sur",[17] precisa el informe, y destaca las acciones emprendidas en Valparaíso, Concepción y Santiago, aunque también añade que hubo algún tipo de actividad opositora en casi todas las grandes ciudades del país. La prensa de la época y la historia escrita de estas luchas casi obvian esas jornadas.

Es significativo que en el "Balance de la Jornada del 24 de Marzo" varios Regionales informaran que mientras en el centro de varias ciudades se concentraron algunas centenas de manifestantes, en otras no se produjo la protesta porque "nadie lanzó el primer grito". Sin dudas, los casi treinta años transcurridos de esos acontecimientos no solo decoloran los asépticos papeles que guardan el balance partidista, también conspiran contra el acercamiento a las circunstancias a que estaban sometidos esos hombres y mujeres. Sin embargo, esa frase breve, "nadie lanzó el primer grito", sorprende y devuelve la frescura de esos momentos en que el miedo aún flotaba entre la gente y en quienes se reunían

por vez primera en las calles desafiando a la dictadura. Era lanzar "gritos, panfletos", ni siquiera "piedras"..., impensable aún otro tipo de proyectiles.

A la hora convenida, como en sigilo, los atrevidos se fueron juntando en las calles céntricas de algunas de las ciudades más importantes del país. Todos esperando al otro, reconociéndose, mirando expectantes; no eran muchos. En algún momento, alguien se atrevió y lanzó el primer grito. Al instante, presurosos y como protegiéndose, se formaron en pequeños grupos y lanzaron panfletos al aire. Rápido, aparecieron policías montados en caballos, infantes con escudos. No hubo grandes enfrentamientos. Una que otra piedra, y entre clamores contra el dictador los manifestantes desaparecieron con el corazón agitado, los pelos de punta, la boca seca por la emoción.

Habían dado forma a un mitin fugaz. Para muchos era la primera vez que gritaban a todo pulmón y en plena calle contra el dictador; tirarles una piedra a los pacos fue su graduación. En ese instante, en otra ciudad, los grupos se replegaban en sí mismos y desaparecían en silencio. "Nadie lanzó el primer grito" dice el balance partidista sin atreverse a considerar el porqué. El temor aún permanecía como en las fronteras de su propio destierro.

Es probable que en esas experiencias primarias se encuentren algunas de las tantas razones del traslado no programado del escenario principal de las protestas. De las desprotegidas calles céntricas, donde solo se manifestaban algunas centenas de osados, se mudaron a los barrios populares, donde protestaba la mayoría. Sin que apareciera explícitamente como una orientación del Partido, el trabajo de autodefensa comenzó a tener un carácter territorial y no de tomas de empresas o centros productivos por la clase obrera organizada.

En algún momento, todos los partidos opositores enfilaron su labor hacia los territorios poblacionales. El PC y su Trabajo Militar, que nunca fructificaría masivamente en el clásico obrero industrial, comenzaron una lenta organización territorial en

1982, que llamarían de "autodefensa de masas". Era el germen de las milicias en los barrios populares, que sin pretensiones de organización ni estructuras, en los años siguientes recibirían el apellido de "Rodriguistas", aunque eran responsabilidad del trabajo militar y orgánico del PC.

Este Plan de la primera protesta organizada por el PC aún tenía como dirección principal el tradicional acto central, donde se producían los más importantes enfrentamientos. Fue el último. Con inaudita sorpresa, la primera gran Protesta del 11 de mayo de 1983 tuvo decenas de "centros" de enfrentamientos repartidos por emblemáticos barrios populares.

Los estudiantes secundarios, y principalmente los universitarios, militantes o no, fueron actores indiscutidos de estos primeros años, gran parte de las acciones audaces las inventaron y realizaron ellos. Las Juventudes Comunistas se destacaron en esas movilizaciones en los distintos campos universitarios, y llegaron a especializarse en poner lienzos y banderas en lugares inaccesibles.

Esa poco conocida protesta lanzada por el PC el 24 de marzo de 1983, fue como la culminación de más de tres años del trabajo de construcción de fuerzas políticas y militares del partido al alero de la Rebelión Popular y bajo la conducción del EDI. Fue preparatoria y demostró su papel como antesala imprescindible del gran Movimiento de Protestas iniciado el 11 de mayo de ese año. Pero también demostró que en ese momento el PC no tenía capacidad para provocar con sus propias fuerzas el grado de participación masiva que se daría en la Primera Jornada de Protesta Nacional del 11 de mayo, en la que estuvo involucrada casi toda la oposición a la dictadura.

En el informe de las jornadas de marzo de 1983, quizás exagerando esos primeros resultados, la dirección del PC tempranamente se autotitula como la "vanguardia" de la lucha antidictatorial, cuando recién eran los comienzos de la acumulación política y militar necesaria.[18]

Mientras la capacidad del PC fuera la de marzo de 1983, era imprescindible una política de unidad o, al menos, una política de consenso con toda la oposición en función de las luchas que se avecinaban. Había que contar con toda la oposición o parte de ella. Esa política de unidad del PC sería otro de los escenarios más complejos y polémicos en la lucha contra la dictadura. En septiembre de 1983, ante el rechazo permanente del Partido Demócrata Cristiano a los llamados de los comunistas, finalmente nació el Movimiento Democrático Popular (MDP), en el que participaban además el MIR y el sector "Almeidista" del Partido Socialista.

Con este conglomerado el PC disputó la conducción de la lucha antidictatorial a la agrupación de partidos Alianza Democrática (AD), organizada en agosto del mismo año. Conducido por el Partido Demócrata Cristiano, este proyecto de negociación o de concertación lo formaron además amplios sectores del Partido Socialista, el Partido Radical y segmentos de la derecha divorciados de la dictadura.

Los grandes bloques en pugna escondían en su seno el poderoso fardo ideológico de cada uno de los partidos políticos integrantes, que a su vez representaban y defendían intereses políticos y económicos de múltiples y entreverados segmentos y sectores de clase. Esta compleja realidad de la lucha contra la dictadura en Chile explica en alguna medida los vaivenes de unidad entre esos bloques en los años de auge de la lucha popular entre 1983 a 1986, así como los traslados y desplazamientos de grupos y partidos en los años previos a la salida del dictador.

La Alianza Democrática tuvo una decisiva participación en los años de las grandes Jornadas de Protesta Nacional de 1983 a 1986; finalmente le ganó al proyecto comunista y condujo la salida del gobierno dictatorial de acuerdo con los mandatos establecidos en la Constitución pinochetista, cuestión que se perfiló con nitidez desde comienzos de 1987 hasta el plebiscito de octubre de 1988. El triunfo inobjetable de la AD, y del PDC en particular, los hizo parte

responsable de las condiciones y el carácter que adoptó esa solución negociada entre el mencionado plebiscito y las elecciones presidenciales de diciembre de 1989, en las que triunfó su candidato Patricio Aylwin. Este acontecimiento histórico hace imprescindible al menos aproximarse a los antecedentes más generales de ese proyecto político, si se pretende entender la derrota de la Rebelión del PC.

Antecedentes del Proyecto de concertación-negociación

Las bases iniciales del Proyecto de solución negociada se elaboraron al interior del Partido Demócrata Cristiano desde finales de la década de los setenta. Estas ideas programáticas están íntimamente relacionadas con la propia evolución de este partido político; El PDC declaró su beneplácito al golpe militar menos de veinticuatro horas después de producirse éste, y al instante dejaron al descubierto sus pretensiones políticas. Tenían plena confianza en que los militares devolverían en breve el gobierno a los partidos "democráticos". "Nos van a llamar" le habría dicho tiempo después su líder, Eduardo Frei, a un colaborador cercano.[19] El vaticinio del indiscutido conductor histórico de los democratacristianos era como una elemental perogrullada; la derecha se había autodisuelto, todos los partidos del Gobierno Popular estaban proscritos, de los grandes conglomerados políticos solo quedaba el PDC. No obstante, acontecimientos no calculados se interpondrían a estas aspiraciones.

No todos los dirigentes de ese partido se sumaron al llamado de la dirección democratacristiana a una "colaboración patriótica" con el nuevo gobierno. Cuarenta y ocho horas después de la asonada, emergió un sector minoritario con una declaración en la que condenaba categóricamente el "derrocamiento del presidente constitucional de Chile".[20]

De una aprobación, salvo excepciones, tácita o explícita del golpe de Estado, este Partido transitó "hacia el campo crítico al régimen militar en lo que puede calificarse de un proceso típico de

disidencia".[21] Tres años demoró el PDC en esta evolución, en los que ocurrieron hechos relevantes que explican ese tránsito colaboración-disidencia-oposición[22] y aparecieron los cimientos del Proyecto de concertación o de negociación.

Mientras esto ocurría, varios altos dirigentes del PDC salieron en gira por diversos países de América y Europa con la misión de explicar el apoyo de su partido al "pronunciamiento militar" y mejorar la imagen internacional de la Junta. El contenido de una conocida carta de Eduardo Frei dirigida al presidente de la Unión Mundial Demócrata Cristiana en noviembre de 1973, ratifica estas políticas tempranas del PDC.[23]

Un dato interesante, que entonces pasaría inadvertido, asoma en este intercambio PDC-dictadura. Se trata de la aceptación de la existencia de ésta como una realidad inobjetable, la cual había que admitir aunque no se estuviera de acuerdo con ella. Tal postura se expresa con claridad en un documento preparado para una de las reuniones con el ministro del Interior, elaborado por Patricio Aylwin, presidente entonces del PDC.

En el escrito se dice: "lamentablemente no nos gusta, pero admitimos que un tiempo de dictadura es necesario, aunque creemos que para que ello sea eficaz no se debe incurrir en excesos, y son esos excesos los que criticamos".[24] Este recurso a manera de pragmatismo impotente, una suerte de resignación de chileno que pierde pero no por goleada, en un "no quiero pero no me queda otra", sería utilizado en 1984 para aceptar la Constitución de 1980.

Más adelante, en relación con el "*tiempo de dictadura*", Aylwin expresa el deseo de que sea lo más breve posible y finaliza con la esperanza de que "no pase de cinco años".[25]

En 1974, el gobierno de facto endureció paulatinamente las acciones contra el PDC. Al finalizar 1974 habían sido clausurados, suspendidos o censurados estos últimos y expulsados del país o detenidos tres de los máximos dirigentes de la minoría

antidictatorial, entre ellos Bernardo Leighton, quien se alejó de la vida política tras el intento de asesinarlo realizado por la DINA en Roma en octubre de 1975.

La dirección del PDC reclamó por estos atropellos hasta donde le fue permitido y siempre dejando clara constancia de sus diferencias con los díscolos dirigentes. El atentado a Leighton, el asesinato en septiembre de 1974 del general Carlos Prats en Buenos Aires, las expulsiones del país de otros dirigentes del PDC en los últimos meses de 1976, unido a un obligado "receso político" sin visos de final y una profundización de las violaciones a los derechos humanos, terminaron por allanar el camino de ese partido hacia la oposición.

Ninguna de las concesiones de la dirección del PDC a la dictadura había fructificado. No obstante, el camino trazado por este partido desde un inicio se mantuvo inalterable: "*procurar el entendimiento de las fuerzas sociales y políticas democráticas con las Fuerzas Armadas para la restitución a la democracia*".

En el último tercio de 1976, con el cambio de Patricio Aylwin por Andrés Zaldívar como presidente del PDC, se definió francamente el camino hacia la oposición, aunque no significó el triunfo del grupo disidente. La nueva dirección catalogó como dictadura al "gobierno autoritario", y se definió por un retorno gradual a la democracia mediante una alianza política capaz de dar un gobierno al país, para lo cual se planteó la elaboración de un proyecto o plataforma de gobierno.

En el PDC no hubo traumas ni se sufrió la tragedia ante la inviolabilidad o pureza de una línea política, como ocurriría en el Partido Comunista en los años venideros. Los dirigentes democratacristianos buscaron, teorizaron y, sin prejuicios, terminaron haciendo cambios desde una solícita colaboración crítica, hasta situarse en la oposición como alternativa de gobierno.[26] Sin mucho drama, pasaron de la aceptación necesaria de la violencia como "legítima acción defensiva de las Fuerzas Armadas", al rechazo total de la violencia "venga de donde venga".

En marzo de 1977, mediante un decreto ley, la dictadura disolvió todos los partidos no proscritos; el decreto tenía un solo destinatario, el PDC, no había más.

En ese mismo instante, el Partido Comunista vivía los momentos más dramáticos de su existencia, los golpes de la dictadura lo habían situado en el mismo borde de su desaparición como organización política. Sus dirigentes de cualquier nivel no eran relegados, expulsados del país ni detenidos para ser interrogados "con dureza" por los fiscales del dictador, como ocurría con los dirigentes del PDC, a los comunistas simplemente los torturaban y los hacían desaparecer. En esos años, el PC aún renegaba de las formas armadas de lucha, y en ese preciso 1977, recién reconocía un "vacío histórico" en temas militares.

Los fundamentos teóricos para los nuevos rumbos del PDC nacieron de cambios esenciales.[27] El partido abandonó definitivamente la crítica al capitalismo como sistema y superó su "capitalismo comunitario" de la década del sesenta, bases del proyecto de la Revolución en Libertad del gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970), paradigma de la "tercera vía" en un mundo bipolar donde coexistían dos sistemas antagónicos.

Este cambio de "línea política" se sustentó en una nueva lectura del país y su historia. La esencia del pensamiento se basaba en que Chile vivía un "quiebre de los consensos"[28] producido mucho antes del "gobierno autoritario" y esa era la raíz de la crisis que atravesaba la sociedad ya por varias décadas.

Según el PDC, la alianza Estado, sectores medios y populares fue inestable e hizo crisis al finalizar la década de los cincuenta. De allí surgieron los proyectos o regímenes políticos que denomina de "planificaciones globales" porque prescindieron de cualquier alianza y pretendieron imponer "desde arriba" una transformación sustancial de la economía y la sociedad, como el proyecto democratacristiano (1964-1970), el proyecto popular de Allende (1970-1973) y el del "gobierno autoritario". Cada uno con sus características, compartieron una acentuada radicalización

política que intentaba establecer los "consensos desde arriba con una fuerte dosis de coacción" y significaron alguna percepción de amenaza hacia otros sectores.

Expuesto ese diagnóstico, resumido aquí en apretada síntesis, se ofrecía la solución para democratizar el país: lograr un nuevo consenso más allá de los límites previos, ensanchando sus bases para lograr el "desarrollo dinámico de todos los grupos en la sociedad", "superar las exclusiones". Claro está, para alcanzar ese desarrollo dinámico de tan variados sectores, se aceptaban costos y condiciones.

Se deja "deliberadamente sin respuesta la importante cuestión de en torno a qué grupos se construye la hegemonía, quién domina las alianzas", lo que se resolvería después de alcanzado el consenso, dando por sentado que sería en el libre juego de un régimen democrático.

Restablecer el estado de derecho, carencia del "gobierno autoritario", era condición necesaria para lograr el consenso, así como eliminar la exclusión de los sectores populares y superar "la percepción de amenaza", lo cual se puede resumir en un "nadie amenaza a nadie". Como método para lograr este proceso democratizador, el PDC se planteaba alcanzar un "consenso nacional", cuyo centro o cuerpo necesariamente era ese partido.

La comisión política del PDC se reunió el 27 de junio de 1979 y resolvió explícitamente "poner fin a la dictadura militar".[29] Para ello, decidió profundizar su estrategia de concertación con otros partidos y *rechazar toda posibilidad de alianza o acuerdo con el PC*, que no renunciaba a sus perspectivas hacia el socialismo. También determinó la necesidad de la movilización social como instrumento de presión al régimen y, finalmente, adoptó el acuerdo de elaborar una alternativa política estable, trabajar un proyecto político para gobernar el país.

No es un ejercicio inútil observar las posiciones políticas adoptadas por este partido a partir de 1979 y su transformación hasta los meses previos al plebiscito de 1988. Las bases teóricas

recién descritas son un instrumento para su comprensión.

El PDC empleó su potencial y organizó a centenares de profesionales y técnicos en comisiones de trabajo por temas que desde 1980 a 1984 dedicaron diversas jornadas de trabajo y reflexión a la elaboración de un Proyecto Alternativo. En 1981 y el año siguiente emitieron resultados parciales. En marzo de 1983, previo a las Jornadas de Protesta Nacional, se logró el "primer consenso" entre una amplia gama de partidos que incluía desde sectores de la derecha alejada del dictador, radicales y socialdemócratas, hasta sectores del Partido Socialista. Al centro de lo que transitoriamente se llamó Multipartidaria, estaba el PDC.

En enero de 1984, el PDC dio a conocer finalmente el proyecto, de más de mil quinientas páginas, durante un seminario en el que participaron más de un millar de profesionales. Elaborado sobre la base del diagnóstico de la sociedad recién visto, renunció a sus críticas al capitalismo e identificó la democracia política con esa estructura social y económica. En esencia, era una rigurosa opción por un "capitalismo mejorado" y sería el centro de la concertación entre diversas fuerzas políticas y sociales, el germen de la Concertación de Partidos por la Democracia.[30]

Inicios del "elemento militar" dentro de la Política de Rebelión

Centenares de hombres y mujeres con preparación técnico-militar básica desde los tiempos del Gobierno Popular, de los antiguos equipos de seguridad del PC que tenían un estricto objetivo de protección de sus dirigentes y sus locales, estaban dispersos, perdidos en la trama de las estructuras orgánicas después de siete años de dictadura, o habían dejado de militar en la Jota o en el Partido. Las delaciones y el poco rigor e inexperiencia en el manejo de la información hicieron que muchos de estos hombres desaparecieran del ambiente partidario.

Estudiantes secundarios y universitarios y también jóvenes pobladores, sin ningún conocimiento técnico militar o conspirativo, eran los que más ímpetu y osadía mostraban en el

incipiente combate callejero. De estos segmentos del PC y de su Juventud se nutrieron, principalmente, las primeras estructuras combativas militares. Fue una tendencia general, aunque no una regla.

Cuando al fin Luis Corvalán declaró en septiembre de 1980 la aceptación de "todas las formas de lucha", provocó en los dirigentes y militantes, al decir de Gladys Marín, "una alegría tan grande..., tan grande. Cambió radicalmente el estado de ánimo de todos, desde los cuadros de dirección hasta los militantes más sencillos".

Pero ese estado de ánimo iba a ser solo un buen pie para enfrentar los grandes desafíos de la naciente Política de Rebelión. Gladys Marín lo grafica así: "Se formula [la Política de Rebelión] como una idea que no tenía todo el desarrollo político, ni teórico, ni orgánico suficiente. Sin embargo, eso supera la etapa de la desesperanza motivada por la impotencia. Se pasa a la etapa de la lucha, de la resistencia".[31]

El enunciado de Corvalán careció de un documento interno con precisiones políticas y disposiciones militares para la Rebelión Popular. Existía el convencimiento de que la realidad en el terreno determinaba formas, métodos y tipo de estructuras. El Equipo de Dirección Interior, EDI, que según Gladys Marín, su dirigente máxima, conoció el discurso de Corvalán a través de Radio Moscú, se dedicó de inmediato a trabajar con premura y en marzo de 1981 ya tenía elaborada *La Pauta* con su contenido insurreccional, cuya línea gruesa y contenido principal fue rechazado en el Pleno del PC de junio de 1981, como se vio en el capítulo 4.

No obstante, la organización de equipos creativos de acciones audaces para la rebelión, "Frente Cero", fue una de las primeras medidas estructurales que tomó el EDI, aunque a lo largo de 1981 la tarea principal fue más bien de carácter político. Según un informe de un miembro de la Comisión Militar del PC, fechado en diciembre de 1982 en La Habana,[32] el primer problema con el cual se enfrentaron fue que en los Regionales del PC se creía que

las acciones audaces, las nuevas formas de lucha, les correspondían a grupos especiales y no a todo el Partido. Este problema, no es ocioso repetirlo, se arrastraría durante todo el período de lucha contra la dictadura.

Tal percepción, afirma el informe mencionado, no era exclusiva de los militantes, "había que hacer un extraordinario esfuerzo en el terreno político ideológico, en orden a la maduración de la conciencia de las masas de la idea de la rebelión". El problema era buscar soluciones políticas antes que técnicas respecto al carácter de la lucha de masas y las acciones audaces, "había que remecer políticamente al Partido", dice el documento, "el éxito de la Rebelión se garantizaba solo si el conjunto de la organización se comprometía a fondo con esta cuestión".[33]

El Frente Cero nació como una estructura especializada en el trabajo de inteligencia y guerra psicológica. Estos primeros equipos siguieron desarrollándose manteniendo el carácter de grupos de análisis e información. En la segunda mitad de ese año, a partir de ellos mismos, se crearon los primeros Grupos Operativos, en un difícil intento de organización y aprendizaje de sabotajes y acciones de propaganda armada, a contrapelo de las recriminaciones hechas por Luis Corvalán a *La Pauta*.

A fines de 1982, de acuerdo con la evaluación que hizo el EDI de las Marchas del Hambre, estos primeros Grupos Operativos intentaron derribar varias torres de alta tensión en la capital y en sectores rurales. Por diversas razones, ante todo de carácter técnico, las acciones fallaron.

El rasgo primordial de estos Grupos Operativos fue su subordinación directa al Equipo de Dirección Interior a través de la Comisión Militar o pertenecía a algún regional del partido. Los grupos se organizaban con militantes, no siempre en activo, convocados especialmente para esta tarea, con independencia del lugar donde militaran. El informe de diciembre de 1982 antes citado dice que ese año había dos Grupos Operativos centrales y prácticamente en todos los Comités Regionales principales existe

al menos un Grupo Operativo, de distinto tipo y calidad.[34]

En 1982, el EDI y la Comisión Militar determinaron crear Unidades de Combate. A diferencia de los Grupos Operativos, se trataba de la misma célula del Partido convertida en una estructura combativa para la lucha de masas y acciones audaces, y actuaba en su territorio. El informe de diciembre de 1982 no abunda en más detalles sobre ellos.

Los primeros aseguramientos se organizaron también en 1982; el mismo informe precisa que estos eran Logística, Comunicaciones y Servicios Médicos pero no especifica su cuantía ni calidad. Tampoco aparece en él la Infraestructura como órgano independiente, aunque para esa fecha debe haber existido una red de esta, la cual adoptó luego un carácter orgánico y llegó a ser uno de los aseguramientos principales. De acuerdo con la misma fuente, se organizaron e impartieron los primeros cursos básicos de combatiente, había un Trabajo hacia las Fuerzas Armadas y equipos de Inteligencia y Contrainteligencia, sin más detalles.

Según Sebastián, la estructura militar del PC para la política de Rebelión la propuso el EDI y fue él quien viajó a Moscú y se la presentó a la Comisión Política del PC. No recuerda la fecha exacta, pero todo indica que fue en los últimos meses de 1981 o los primeros de 1982. Si bien es cierto que se discutió mucho, no tuvo objeciones fundamentales.

En resumen, así quedó formalizada la estructura y misiones del aparato militar. Estos y sus orígenes fueron como sigue.

1. La *Comisión Militar,* máxima autoridad militar dentro de la política de Rebelión Popular, dirigida por Sebastián. Estructurada y organizada finalmente a mediados de 1982 a partir de una decisión política del Equipo de Dirección Interior con la anuencia de la Comisión Política, aún radicada en Moscú.

2. Los *Grupos Operativos* de fines de 1981 y comienzos de 1982, independientes, dirigidos centralmente y destinados para misiones especiales. Fueron el germen de la Fuerza Militar Propia, que recién en diciembre de 1983 adoptó el nombre de Frente

Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR).

3. Las *Unidades de Combate,* creadas a partir de células del Partido y de la Juventud en cada una de sus estructuras regionales y locales, destinadas a misiones de masas en su propio territorio de residencia, a lo largo de todo el país, fueron el antecedente más inmediato del Trabajo Militar de Masas (TMM), que se fue estructurando nacionalmente hacia fines de 1984.

4. *El Trabajo Hacia las Fuerzas Armadas,* luego conocido como el THE, fue creado a partir de su propia definición y llega a concretizarse tardíamente comparado con los demás componentes de la estructura militar del PC.

5. *Los Aseguramientos* de diverso tipo, principalmente la Logística y la Infraestructura, nacen tempranamente por lógica presión de la lucha misma.

Todos fueron poco a poco construyendo todo tipo de aseguramientos. La propia dinámica de los acontecimientos, las necesidades y la realidad de la lucha obligaron al nacimiento de una Logística Central con una rama nacional y otra en el exterior.

El primer jefe de todas las estructuras militares nacientes del PC antes de que se formara la Comisión Militar fue Oscar Riquelme, *el Viejo Pablo,* según el testimonio de Gladys Marín.[35] Riquelme fue el primero de los numerosos experimentados dirigentes del PC que ingresaron a Chile de forma clandestina a partir de fines de 1977 a través de la conocida Operación Retorno. Como pionero en la formación del EDI desempeñó un papel principal en la reorganización y restablecimiento del PC a partir de 1978 y fue designado para impulsar el "elemento militar" cuando este era solo una aspiración, una necesidad.

Los oficiales

En esos mismos años de la difícil construcción y consolidación de las fuerzas militares del PC chileno, en los tiempos del viaje de Sebastián a Moscú con su propuesta de organización y estructura para esas fuerzas militares, en ese mismo período tan abigarrado de tareas urgentes y peligrosas, fue cuando cinco oficiales

comunistas salieron de Managua con rumbo a La Habana a mediados de 1982. Eran Pellegrin, Pedro, Augusto, Gonzalo y un mapuche, Manuel.

Al pasar los meses, entre los oficiales del PC se filtraba un secreto difuso, al parecer los "desaparecidos" viajaban al "interior". Rara vez llamaban por su nombre a Chile, era "el interior", era destino; todo lo demás era "afuera" en eterno tránsito e inestabilidad. No por otra razón los demás oficiales se mantuvieron disciplinadamente en sus puestos, no preguntaron nada, era complicidad esperada, sabida.

Por fin había empezado a cerrarse el círculo abierto el lejano 16 de abril de 1975.

Recién un año más tarde, en julio de 1983, entraron al país esos primeros cinco oficiales. Habían transcurrido más de ocho años de preparación y espera. Fue el comienzo de un lento y dilatado proceso de traslado de estos especialistas, que se prolongaría durante todos los años que se mantuvo el dictador en el poder. En el decisivo 1986, año de la Sublevación Nacional, aún permanecía un número considerable de oficiales fuera del país.

Varias razones explican la resistencia al ingreso del contingente. En los primeros años, la causa era evidente, no existía Política Militar, solo un "vacío" en el tema reconocido en el Pleno de 1977. Al arribar 1980 con la Política de Rebelión, ya existía el convencimiento en la Comisión Política del PC del carácter "estratégico" de estos especialistas militares. Estaban supuestamente destinados al recambio de oficiales ante un hipotético quiebre y reconstrucción de las Fuerzas Armadas chilenas en un futuro escenario democrático post dictadura. Parte de la política del PC hacia las Fuerzas Armadas era limpiarlas de oficiales comprometidos con violaciones de derechos humanos, de oficiales fascistas, y eliminar las doctrinas foráneas de las instituciones armadas.

Las presiones desde Chile, desde Nicaragua y la agudización de las luchas populares inclinaron la decisión, finalmente, hacia la

incorporación paulatina de los oficiales.

Gladys Marín abunda:

–Sobre esto se planteó también una gran discusión, porque siempre se pensó que esa fuerza militar tenía que operar después, en el período democrático, para conformar un ejército democrático. Simplemente con la idea, muy legítima, de que nunca más un ejército chileno que se viera penetrado por el fascismo pudiera levantarse contra un gobierno elegido por el pueblo. Pero las urgencias y las necesidades de la lucha, ya emprendida, determinan que estos cuadros se vinieran antes.[36]

Por otra parte, Jacinto Nazal, encargado civil del contingente, siempre se opuso al regreso inmediato de los oficiales. Consideraba que los enviaban "a una carnicería", que la lucha irregular no era su rol y compartía la idea del carácter estratégico a más largo plazo para el contingente de oficiales.[37]

Fue un rasgo característico que cuando estos oficiales recibieron alguna idea central o concepción política de la dirección del PC, de inmediato trataban de sistematizarla en proyectos y planes concretos en correspondencia con las concepciones generales de sus dirigentes. Era parte de la necesidad de vincularse a Chile y muestra de las capacidades adquiridas por algunos de traducir líneas políticas generales en proyectos y planes estratégicos concretos.[38]

Augusto, Mauricio en Chile, miembro del primer grupo que ingresa al país y llega a ser el especialista militar de la Comisión de Organización en los años 1985 y 1986, recuerda la imposibilidad de poder traducir esas ideas de "democratización de las Fuerzas Armadas", "limpieza de oficiales fascistas" y "sustitución de sus doctrinas y reorganización de las instituciones armadas", en algún proyecto realizable, factible. La incorporación de "oficiales democráticos" en el ejército, sobre todo si estos eran comunistas o socialistas, era impensable de no mediar la solución del problema del poder en Chile. En ese entonces, para la mayoría de los oficiales cualquier lugar que se fuera a ocupar en el futuro se

ganaba luchando en el país.

Después de comenzado este traslado, la poca cantidad de oficiales y la lentitud del proceso, según Sebastián, obedeció a la carencia en medios y recursos en cantidad y calidad suficiente que dieran la seguridad necesaria para asimilar a estos cuadros clandestinos.

Nunca se discutió este tema con los oficiales, mucho menos hubo reunión alguna con todos ellos en Cuba ni en Nicaragua donde se tratara este asunto. El primer grupo fue el único que recibió visitas de "alto nivel" del PC durante su prolongada espera en Cuba, como Volodia Teitelboim, Américo Zorrilla y algunos jefes de la Comisión Militar, recién formada en Chile.[39] De las orientaciones políticas a los siguientes colectivos de oficiales que se trasladaban a Chile se encargó el secretariado local.

Raúl Alejandro Pellegrin Friedmann, Benjamín en Nicaragua, Rodrigo en Chile y a partir de 1984 Comandante José Miguel, nombre este último utilizado únicamente en las entrevistas de prensa, fue el designado para encabezar el primer grupo de oficiales desde el mismo momento que viajaron de Nicaragua con destino a La Habana, donde se prepararían en técnicas del combate irregular urbano en condiciones de clandestinidad. Salvador, miembro del Comité Central del PC y jefe indiscutido de la Tarea Militar, fue quien eligió el grupo, designó a Pellegrin y lo mantuvo al frente de aquel hasta el ingreso a Chile. Los demás miembros del Secretariado del Partido del colectivo de oficiales en Nicaragua no tuvieron participación en esas decisiones.[40]

La elección de Pellegrin, uno de los oficiales más jóvenes del colectivo, estuvo avalada por su desempeño en la guerra de Nicaragua. En el libro que su madre, Tita Friedmann, escribió sobre él, abundan los testimonios que sustentan ese prestigio, incluidos los de algunos altos oficiales del Ejército Popular Sandinista.[41]

Sin negar lo anterior, Juan Carlos opina que el trabajo de Pellegrin en Nicaragua no difirió mucho del de otros destacados

oficiales, pero Salvador descubrió en él cualidades y capacidades personales que lo proyectaban como jefe y líder natural. Sebastián, corroborando o aceptando las opiniones de Salvador, lo designó a mediados de 1983, en Chile, jefe de la incipiente Fuerza Militar Propia del PC, que luego sería el Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

¿Por qué no se designó a Salvador como jefe del FPMR, líder indiscutido de la Tarea Militar del PC? Con absoluta seguridad, Sebastián responde:

–Cuando se organiza formalmente toda la estructura militar del Partido, Salvador es designado al frente de la estructura de mayor importancia estratégica para la Política de Rebelión Popular, y ese era el Trabajo Militar de Masas. Y por la misma razón Salvador es el segundo hombre de la Comisión Militar.[42]

En los meses de julio y agosto de 1983, el Viejo Pablo presentó y enseñó a Pellegrin a los jefes principales de la naciente Fuerza Militar Propia del PC subordinada al EDI a través de la Comisión Militar. Con la colaboración de los oficiales que acompañaron a Pellegrin y algunos combatientes de esos grupos, ha sido posible reconstruir con relativa certeza las estructuras de la Fuerza Militar Propia del PC en julio de 1983.

Estaba organizada en tres zonas territoriales: Santiago, Valparaíso y Concepción. La de Santiago, bajo la jefatura de Martín, se subdividía en dos zonas independientes, norte y sur, cada una con hasta tres Grupos Operativos; Valparaíso, de cuyos jefes entonces no se pudo conocer las chapas, contaba al menos con cinco, uno de ellos el de Fernando Larenas.

La zona de Concepción tenía de seis a ocho Grupos Operativos, integrados por militantes de la Jota o del Partido. Su jefe, un viejo militante del Partido perteneciente a los equipos de defensa del 73, conocido como el Pelao, quien contaba con unos veinte a veinticinco combatientes y formaba los grupos de acuerdo con las misiones y tareas que se debía cumplir.

De los aseguramientos Pellegrin recibió una pequeña estructura

Logística subordinada a un joven profesional e integrada por un selecto grupo de viejos militantes del Partido y de la Juventud. Disponían de un depósito o "barretín" central, una fábrica artesanal de granadas plásticas, un equipo de distribución con su línea de abastecimiento de explosivos y una clínica de atención médica básica. Valparaíso y Concepción tenían sus incipientes logísticas locales; contaban fundamentalmente con armas cortas, un número no determinado de subametralladoras P-25 de fabricación checoslovaca, más abundantes explosivos y detonadores pirotécnicos y eléctricos.

Por su parte, los Regionales principales del Partido y de la juventud tenían sus propias Unidades de Combate para la lucha territorial de masas. Las cifras de éstas y de Grupos Operativos eran inestables, sobre todo en esos primeros años. Andrés, El Hermanito, segundo jefe a nivel nacional del TMM a partir de 1985, apunta que esa inestabilidad era mayor en las células del PC convertidas en Unidades de Combate, y añade:

–El acento puesto por el secretario regional en esta tarea era clave. En algunos regionales se informaba la existencia de grupos cuando en realidad eran uno o dos hombres que ponían alguna carga explosiva o hacían los cadenazos. En otros, simplemente no existían como tales y eran células de la juventud, que en general acometían las acciones audaces. Fue un desarrollo desigual e inestable.

No obstante estas apreciaciones, solo en la capital existían doce Regionales del Partido y quince de la Juventud. Valparaíso y Concepción tenían cada una varios Regionales, y en las demás ciudades principales y territorios rurales aledaños, el PC contaba al menos con un Comité Regional, que se subdividía en varios Comités Locales. Estas fuerzas del naciente Trabajo Militar de Masas, notables para este Partido, serían, sin embargo, absolutamente insuficientes para enfrentar las grandes Jornadas de Protesta Nacional desarrolladas a partir de 1983.

En el transcurso de esta investigación, encontré diversas

opiniones con relación al ingreso de estos oficiales al país. La mayoría de ellos, sobre todo en los primeros tiempos, llegaron inmediatamente a ocupar cargos de dirección. Así ocurriría en el naciente Frente Patriótico y el Trabajo Militar de Masas del Partido. Como hemos constatado, en el primer caso ya existían diversas estructuras y casi tres años de actividades combativas. La designación de estos oficiales en cargos de dirección en detrimento de jefes nacidos en el combate cotidiano, generaría resistencia en algunos. Otros aceptarían plenamente a los oficiales del PC. No obstante, años después, posterior a 1990, se intensificaron estas contradicciones y la inmensa mayoría de estos especialistas quedarían marginados del FPMR.

En el caso del Trabajo Militar de Masas (TMM), si bien es cierto se dieron este tipo de contradicciones, fue de menor impacto. El TMM fue construido junto a los cuadros y jefes del interior. Entre ellos se darían vínculos de camaradería que perduran hasta hoy.

1 El plebiscito se realizó el 11 de septiembre de 1980. Sin registros electorales, se vota con el carnet de identidad. Controlan el proceso y conteo de los votos el aparato administrativo de la propia dictadura. En el país rige el estado de excepción y el receso político. Hay obligación de votar. Aprobaron la Constitución el 67% de los votantes, la rechazaron el 30%; nulos el 2,7%. Ni el gobierno de los EEUU ni la OEA impugnaron estas votaciones.

2 Jaime Guzmán, *Realidad* Nº 38 de Julio de 1982. Citado por Carlos Huneeus, pág. 500.

3 Ascanio Cavallo. Pág. 293. Es de interés para los años venideros.

4 En 1978, los tres conglomerados a los que la mayoría de los miembros del equipo económico se hallaban ligados, el grupo Cruzat-Larraín, el grupo Banco Hipotecario de Chile (BHC) y el grupo Edwards, controlaban el 53% de los activos totales del sistema bancario privado, el 42% del financiamiento en dólares, y 71 de las 250 mayores firmas chilenas, lo que implicaba la propiedad del 40% de los activos totales de dicho grupo de firmas. Silva, Eduardo. *El Difícil Camino Hacia La Democracia en Chile 1982-1990*, pág. 197. FLACSO. 1993. (Datos citados de Fernando Dahse. *El Mapa de la Extrema Riqueza*)

5 Ibid., pág. 217.

6 Arriagada, Genaro. *Por la Razón o la Fuerza*, pág. 164. Sudamericana.

7 Silva, Eduardo, pág. 206.

8 Información de *El Mercurio* y la Revista *Hoy*, según aparece citado por Gabriel Salazar, pág. 292.

9 En el diario *Las Últimas Noticias* del 7 de Febrero de 1981 en la pág. 5 aparece *in extenso*.

10 Martínez, Luis. "Lo Militar y el FPMR en la política de Rebelión Popular de Masas: Orígenes y Desarrollo". En publicación: *Alternativa Nº 23*. ICAL, Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz.

11 http://www.derechos chile.com.

12 "La revolución democrática y la política de la rebelión popular". Ponencia presentada por Oscar Azócar G., director del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz.

13 Patricio Frías, en su trabajo *El Movimiento Sindical Chileno en la lucha por la democracia*. Editorial PET. 1989. Pág.46, señala esta fecha como de nacimiento de esta organización de trabajadores. El dirigente sindical del PC, Sergio Troncoso, en amplia entrevista para Herreros, pág. 392, señala que la Coordinadora data de 1975.

14 Ponencia de Oscar Azócar G., pág. 4.

15 Arrate, Jorge, *Memoria de la izquierda chilena*, Tomo II, pág. 332.

16 El documento es un resumen mecanografiado con el título "Documentación Reservada del PC de Chile, Elaborado en el Interior". Está fechado en La Habana el 13 de Julio de 1983 y está redactado por José Cademártori.

17 Jorge Arrate, en *Memoria de la Izquierda Chilena*, reconoce la jornada de protesta. Pág. 332. T II.

18 Documento mecanografiado "Balance de la Jornada del 24 de Marzo". Último párrafo "Dirección Interior".

19 Este antecedente aparece en *Eduardo Frei y su época* de Cristián Gazmuri, citado por Corvalán Márquez, pág. 299.

20 Grupo disidente encabezado, entre otros por Bernardo Leighton, y Radomiro Tomic.

21 Garretón, Manuel Antonio en *El Difícil Camino Hacia La Democracia en Chile 1982-1990*. Pág. 398.

22 Garretón utiliza los conceptos de "resistencia", "disidencia" y "oposición".

23 Los antecedentes de esta etapa del PDC están tomados de Corvalán Márquez, cáp. "El Partido Demócrata Cristiano y La Dictadura Militar", pág. 296. Este investigador se apoya principalmente en la revista *Chile-América*, editada en Roma en los mismos años que ocurren estos acontecimientos.

24 El resaltado en el párrafo es nuestro por ser la primera vez que Aylwin utiliza esta fórmula de pragmatismo que se repetiría en 1984, cuando se acepta bajo este mismo razonamiento la Constitución de 1980. La existencia hasta hoy de esa legalidad dictatorial respalda la trascendencia de este hecho.

25 Para detalles ver a Corvalán Márquez, pág. 303 a 305.

26 Ibid. 308 a 314.

27 Ver antecedentes en *Para Una Democracia Estable* de Alejandro Foxley. CIEPLAN. 1985. Trabajo elaborado desde 1982. Se apoya en una vasta bibliografía y numerosos intelectuales, donde destaca Eugenio Tironi, pionero del Partido Socialista en estos nuevos rumbos.

28 Consenso (Del lat. "*Consensus*": Acuerdo producido por consentimiento entre todos los miembros de un grupo o entre varios grupos. DRAE).

29 Corvalán Márquez, pág. 370.

30 Ibid., pág. 371 y 372.

31 Marín, Gladys. *La vida es Hoy*, pág. 167.

32 Informe de un miembro de la Comisión Militar del PC, que aparece sin identificarse, Fechado en Diciembre de 1982 en La Habana. Documento original mecanografiado, pág. 6 de 9 páginas. Por el contenido del documento, se puede inferir que fue entregado al primer grupo de oficiales que seis meses después, a mitad de 1983, ingresaban al país. La importancia de este informe para esta investigación radica en la precisión, aunque relativa, de las fechas de la creación de las estructuras militares del PC.

33 Ibid.

34 Ibid., pág. 7.

35 Marín, Gladys. *La vida es Hoy*, pág. 166.

36 Marín, Gladys. *La vida es Hoy*, pág. 167.

37 Entrevista con Jacinto Nazal. Julio del año 2007.

38 Se ha conservado un completo y extenso "Plan del PC para un Levantamiento Espontáneo" elaborado por un equipo de oficiales. El miembro de la Comisión Militar que visita La Habana en Diciembre de 1982, plantea la idea de un probable "levantamiento espontáneo de las masas", ante la crítica situación que vive el país. Según este dirigente, el Partido tenía que prever y estar preparado para ello. Los oficiales respondieron en el acto elaborando un proyecto general para tal eventualidad.

39 Entrevista a Augusto, (Mauricio) Agosto 2007. Santiago.

40 Entrevistas con Adolfo y Arístides en agosto de 2007. Oficiales del secretariado del PC en Managua.

41 *Mi hijo Raúl Pellegrin. Comandante José Miguel.* LOM ediciones. (n.e.)

42 Segmentos de la entrevista con Sebastián, jefe de la Comisión Militar del PC. Agosto 2007.

Capítulo 4.
Los hombres y mujeres de la Rebelión

Alberto,[1] quien llegaría a participar en la emboscada contra el dictador realizada en 1986, tenía diez años en 1973. La Pincoya era su barrio nuevo, que nació viejo y destartalado muy al final de Recoleta, donde la avenida llegaba a perder el nombre. La primera vez que escuchó llamar "barrio" a su población creyó que era por el barro, por el fango, por ese lodo espeso y recurrente cubriéndolo todo en cada invierno. La modernísima circunvalación Américo Vespucio, que en la actualidad corre acelerada y ajena a estos barrios populares del norte de Santiago, no estaba ni pintada en los planos de crecimiento de la capital.

Los cerros pelados y llenos de moras en verano que cierran el valle de Santiago por el norte, las chacras regadas por canales con aguas color chocolate y las calles y pasajes de tierra de la población, eran todo el mundo para este ensimismado niño. En uno que otro verano, su pequeño universo crecía en visitas a su abuela en un perdido caserío de peones y temporeros en los campos cercanos a un desconocido pueblo rural.

Alberto, bastante más robusto y crecido, en comparación con sus desnutridos y esqueléticos amigos de la población de similar edad, siempre se impuso por pura presencia. No era de pocas palabras, era más bien de ninguna.

En estos barrios marginales no existían niños con ropas tallas grandes como las usadas por Alberto; lo más común y lógico eran las "*small*". Eso era norma para su madre costurera con poco oficio, quien pasaba demasiadas horas sentada ante una antigua máquina "Forever" a pedal confeccionando prendas de vestir para venderlas en pequeños plazos de pago.

Un libreta ajada por el uso, rústica antesala de las tarjetas de créditos magnetizadas, encerraba nombres e ínfimas cuotas de las ventas, siempre a plazos y siempre también pagadas con cuentagotas al término de la quincena o la semana. Por esos

tiempos, cuenta Alberto, los viejos recibían la paga así..., quincenal o semanal.

El 12 de septiembre de 1973 el país aún permanecía en "toque de queda" decretado por la Junta Militar. Recién comenzaba la tarde de ese día cuando la madre de Alberto, desobedeciendo las prohibiciones de salir a la calle, lo tomó por un brazo y le dijo, "vamos no más..., hoy nos toca cobrar". En verdad en las barriadas populares tan alejadas del centro de los conflictos, la gente se atrevía a salir, y entre pasajes de tierra y vastos e irregulares descampados sin ninguna urbanización, circulaban presurosos buscando qué comer o indagando cualquier cosa entre los vecinos. En la población no podían tener idea de la profundidad e infinita violencia de los cambios que en ese mismo instante convulsionaban al país. Alberto no recuerda a dónde ni a quién tenía que cobrar su madre, una señora gorda que nunca envejecía y con polleras demasiado largas e iguales a las de su abuela de los campos cercanos.

En los linderos de un gran descampado próximo a su casa, al otro lado de las dos desérticas y pedregosas canchas de fútbol de la población, un grupo de militares en tenida de combate descendían de un camión verde oscuro y sin sentido aparente se movían con rapidez y desorden.

Apenas advirtió la presencia de los militares, Alberto corrió como con pasitos cortos frenado por la gordura y las polleras de su madre, le faltaba más de media cuadra para meterse al pasaje más cercano. Recuerda con extraña precisión, que a decenas de metros estaba un desvencijado camión Ford 56 de un rojo desteñido, estacionado al frente de una "verdurería" cerrada. Corriendo y halando, de cuando en cuando Alberto escuchaba con nitidez ese singular estampido hecho por los fusiles al disparar. Unos cuántos metros más y pudo llegar hasta el camión. Instintivamente se protegió tras las ruedas gemelas traseras y su madre se agazapó a su espalda con sorprendente facilidad. Levantó la mirada por encima de las ruedas y vio a un par de uniformados apuntando en

dirección al camión. Observó extrañado y no le cupo duda, en ese instante le pareció increíble, raro, no podía entender que le dispararan a su mamá. ¿Estarán locos? ¿Estarán locos? ¡Es mi mamá! ¡Es mi mamá! Repetía y gritaba una y otra vez como única explicación y reclamo capaz de dar con sus diez años.

Mucho tiempo después, cuando lo consideraban un excelente francotirador, y lo conocían por Marcos, en Alberto surgiría una duda que arrastra hasta hoy. La interrogante brota en las escuelas del Frente Patriótico y con indisimulado orgullo recuerda su capacitación adquirida en las escuelas de la organización en Chile. A él le disparaban desde antes que llegara al camión. Con mínima instrucción y práctica, reflexiona al finalizar esta parte de la entrevista, a esa distancia a un blanco inerme y casi fijo como era la amplificada figura de su madre y la de él, no se debe fallar. O los fusileros eran bisoños soldados del servicio militar obligatorio con pésima instrucción, o simplemente nunca les apuntaron para acertar.

–¿La distancia?

–Dos canchas de fútbol juntas por su largo y un poco en diagonal. "Póngale 200 metros.

–¿Y los militares que disparaban?

–"Nada..., un rato después, mientras nosotros todavía estábamos escondidos, se subieron al camión y se fueron.

–¿Y cuándo comenzaste toda esta historia?

–Yo vine recién a conocer a los comunistas de carne y hueso por el año 1979 o 1980, en una escuela industrial donde estudiaba mecánica; por allí comenzó todo.

La inmensa mayoría de los jefes de grupo y los combatientes del FPMR, verdadero sostén de esta organización, recibieron instrucción básica militar y política en el país. Su promedio de edad rondaba los veinte años, casi todos eran niños en los primeros años del golpe militar. Los menos procedían de sectores medios profesionales e intelectuales. La mayoría vivía en precarias condiciones en las poblaciones, vinculados

estrechamente con la historia social y política de esos sectores; casi en su totalidad, si no todos, habían sufrido directa o indirectamente las consecuencias de la violencia institucionalizada tras septiembre de 1973.

Una parte considerable provenía de las Juventudes Comunistas. Y la Jota enviaba al FPMR a quienes mostraban mayor aptitud y capacidad para el enfrentamiento con las fuerzas represivas. Salvo excepciones, no tenían una elaborada concepción teórica académica ni profundas disquisiciones marxistas. Entre las múltiples razones que los motivaban a pertenecer al Frente Patriótico, destacaban el carácter de extrema violencia de la dictadura, el trato arrogante y despótico de militares y aparatos represivos, y una evidente aceptación de la violencia como forma de lucha, más por respuesta a la realidad dictatorial que por deducciones político-ideológicas. Una inmensa mayoría provenía de familias simpatizantes o francamente ligadas con el Gobierno de Salvador Allende.

Los orígenes sociales y culturales y las edades de "logísticos", "exploradores" y, principalmente, de la "infraestructura", tuvieron rasgos propios y algunas diferencias.

Numerosas mujeres jóvenes formaron parte de la organización. No pocas actuaron como exploradoras o trabajaron en la logística, documentación y aseguramientos diversos. Muchas eran universitarias, cultas, de sectores medio y medio alto. Tamara, nombre con el que se conoció a Cecilia Magni, quien llegó a ser miembro de la dirección del FPMR, es el caso emblemático pero no el único.

Al alero de ella se forjaron en esos primeros años Camila, Nicky, Sara, Vicky y otras tantas, también con nombres ficticios, que luego hicieron su propio camino en la organización. Fabiola, única mujer que participó como combatiente en el atentado al dictador. Natalia, una de las primeras encarceladas, y la inmensa mayoría de mujeres anónimas miembros del Frente, mostraron cualidades y destrezas que desmienten supuestas debilidades de género.

El FPMR desarrolló su propia estructura de Trabajo Político. Se organizó muy poco tiempo después del nacimiento oficial de la organización en diciembre de 1983. Desde un inicio el jefe del equipo fue Daniel Huerta; él y Pellegrin fueron los únicos que se mantuvieron en la dirección del Frente y en el mismo cargo hasta el instante de la separación del FPMR del PC, acaecida a mediados de 1987.

Hombre de formación y tradición en la Jota, Huerta se fue rodeando de un selecto grupo de profesionales capaces, que, unidos a unos cuántos estudiantes universitarios, formaron equipos bastante estables dedicados a la elaboración política, propaganda y difusión. En esta última llegaron a crear grupos técnicos dedicados a la radiodifusión y la interferencia de las señales de la televisión.

Gracias al trabajo del equipo de difusión, han quedado filmaciones de innumerables actividades del Frente, entre las que destacan las conferencias de prensa clandestinas y algunas acciones de propaganda armada, como la recuperación de un camión con pollos en una población popular y su posterior distribución entre los pobladores, video que circuló en esos años y causó gran impacto al interior de la organización. Fruto de su constancia en el trabajo, fue la revista mensual *El Rodriguista,* órgano oficial de la organización, que ha quedado como una crónica de la historia del FPMR.

La inestabilidad en los cargos fue un rasgo característico de la organización, en particular los de jefe de grupo operativo, muchos de los cuales apenas duraban meses en ellos. Una de las causas más usuales fue el crecimiento vertiginoso y exponencial del FPMR en un brevísimo período de tiempo, que provocó la promoción constante; otra, el desgaste de los mandos intermedios y superiores a causa de la propia dinámica de ese tipo de lucha, plena de tensiones máximas y permanentes, que obligaba a cambios frecuentes.

Por otra parte, no pocos jóvenes y cuadros quedaron

"descolgados", desconectados de la organización por largos períodos o, simplemente, no retornaron nunca más. El motivo más frecuente fueron las acciones de los aparatos de la dictadura, pero también se dieron casos de jefes que por conflictos personales, por abuso de autoridad, dejaron abandonados a subordinados o los expulsaron sin derecho a reclamación.

El funcionamiento interno del FPMR, por su propia designación y misiones, fue adquiriendo un estilo propio y perdiendo el tradicional de la "célula" del Partido o de una "base" de la Jota. Se fue imponiendo por la dinámica de los acontecimientos el "mando único" como forma de dirección, por encima del acostumbrado "centralismo democrático" que rige en la organización comunista.

Dos reglamentos internos elaborados en su breve vida por el Frente intentaron "normar" deberes y derechos y democratizar la organización, pero la velocidad y urgencia de lo cotidiano los hicieron inaplicables. Su ausencia provocó que los jefes a cualquier nivel impusieran su propio estilo, dando origen a disímiles experiencias, desde el muy "duro" que expulsó ante el más mínimo error o contrariedad, hasta aquel, en el otro extremo, que por intimar en demasía con sus subordinados llegó a perder toda autoridad.

No obstante, a la tradicional cultura comunista se fueron adicionando lealtades y códigos éticos forjados en las tensiones permanentes y en la empatía y profundo afecto nacidos entre los hombres y mujeres que en algún momento enfrentaron juntos el peligro de perder la vida, no solo en acciones combativas, sino por el solo hecho de participar en una reunión clandestina; todo era parte del riesgo y otorgaba un especial sentido de pertenencia.

Los adolescentes del 73

Una tarde de noviembre de 1973 fue la primera vez que Raúl Alejandro Pellegrin Friedmann escapó de ser aprehendido por la dictadura militar. En las semanas transcurridas desde el golpe militar, sus padres intentaron seguir viviendo en aparente normalidad a pesar del caos y el paroxismo en que estaban

sumidos la inmensa mayoría de los militantes que apoyaron al Gobierno Popular.

Tita Friedmann y su esposo Raúl eran dos conocidos arquitectos comunistas que en la década del sesenta habían trabajado, junto a un numeroso grupo de profesionales, en la naciente Revolución Cubana, dos razones más que suficientes para que esa tarde allanaran su casa: eran comunistas y habían viajado a Cuba.

Los militares revolvían todo buscando armas y propaganda subversiva y "bayoneteaban" el jardín indagando por entierros imaginados. La nana telefoneó a Tita al trabajo, le dijo que tenía visitas y la estaban esperando. Ella receló, demasiadas historias semejantes se habían sucedido y terminaban en muertos y desaparecidos.

Llamó a una amiga que vivía justo frente a su casa, por ella supo que las "visitas" eran alrededor de quince uniformados que volteaban la casa al revés. Presurosa, se comunicó con el esposo y juntos fueron a recoger a sus dos niñas a la escuela; al hijo varón lo esperarían en el paradero cercano a la casa.

Raulito terminaba la jornada de estudiante secundario en la Alianza Francesa. Con lentitud abandonó el liceo y caminó hasta la parada acostumbrada, donde tomó la micro. De pie, afirmado en los pasamanos del ómnibus y mirando a la nada misma, otra vez sentía esa angustia inexplicable que lo envolvió cuando desde las oficinas del piso alto donde trabajaba su madre pudo ver La Moneda bombardeada y destruida. Una seriedad demasiado presurosa y una madurez prematura lo caracterizaban. Tenía quince años, había nacido el 28 de octubre de 1958.[2]

En un par de horas, la vida de los Pellegrin estaba a tono con los drásticos cambios que se vivían en el país. La primera "operación clandestina" de los Pellegrin en dictadura la vivieron pocas semanas más tarde cuando ingresan a la embajada de la República Federal de Alemania. Pasaron cautelosos frente a la pareja de carabineros de custodia, y en el preciso momento en que un funcionario de la sede diplomática, previamente preparado, abrió

la reja para entrar con su vehículo, la familia Pellegrin Friedmann, dos adultos y tres niños, cruzaron la frontera entrando en un camino de impredecibles derroteros.

Apenas tres años más tarde, a comienzos de 1976, Raúl Alejandro Pellegrin Friedmann, el futuro Comandante José Miguel, atravesaba el Atlántico de regreso para comenzar su preparación político-militar en Cuba. Antes y después de él, centenares de jóvenes provenientes de todas las latitudes llegaron a la isla con idéntico propósito. No todos fueron capaces de resolver el conflicto que suele presentarse entre adoptar una teoría revolucionaria y ser consecuente con ella. No todos soportaron el rigor de la preparación militar, y regresaron a un exilio más calmo. Algunos no quisieron ni comenzar.

* * *

En septiembre de 1981, el primer Estado búlgaro cumplía trece siglos exactos de fundado, fecha que se conmemora a partir de la guerra victoriosa sobre el poderoso Imperio Bizantino. En consecuencia, con tan trascendente efeméride, las Fuerzas Armadas organizaron una espectacular graduación de los alumnos de sus institutos militares.

Todos los cadetes según su arma debieron caminar desde los respectivos centros docentes hasta Priska, región donde se había librado la trascendente batalla y se había fundado la primera capital. Treinta y un chilenos comunistas que se graduaban ese año recorrieron cerca de diez días los campos búlgaros blandiendo penachos multicolores y banderas; en el trayecto realizaron incontables paradas festivas, pletóricas de tradición, jolgorio y descanso. Era francamente celebración más que preparación. Todos convergieron al mismo tiempo en las suaves alturas que rodean el pintoresco paraje y cada escuela avanzó hasta las inmediaciones del lugar por un sector distinto.

Formados de acuerdo con el tipo de arma en gruesos bloques, cual tropas de combate en tiempos medievales, esperaron sobre las lomas el aviso para descender al unísono sobre el área

engalanada. El terreno salpicado de pequeños bosques que se dibujaban sobre el horizonte, de extensos pastizales poco crecidos e intensamente verdes cubriendo las gratas elevaciones, estaba como diseñado para el fingido combate. Los cadetes con sus uniformes multicolores esperaban inquietos sobre las alturas alrededor del histórico lugar. A lo lejos destacaba el impecable bloque blanco de los marinos y el intenso azul de los aviadores.

"¡Impresionante!, como en tiempos de las guerras contra Bizancio..., si no fuera por los bloques de uniformados juraría que estamos en el medioevo", comentó José Valenzuela Levi, uno de los futuros oficiales "búlgaros", como en lo adelante se les conoció en el PC. El Negro Antonio que estaba a su lado no entendió mucho el comentario. Así había sido durante todo el curso.

Valenzuela Levi, demostró a lo largo de los cuatro años de preparación que "era un alumno simplemente brillante", según dice el Negro,[3] su contrapartida en fortaleza y capacidad física. "Me ayudó siempre a estudiar y comprender las materias más difíciles, como filosofía y economía, yo lo ayudaba en su preparación física. Era muy flaquito, pero con una voluntad impresionante".

–¿Y la graduación medieval?

–La graduación misma fue como todas, marcialidad, juramentos, consignas y esas cosas. Lo espectacular fue el ambiente. De repente, todos los cerros se llenaron de cadetes bajando con estandartes, penachos y banderitas de dos puntas hasta que llegamos al lugar, que parecía hecho para una película. Tiendas de campaña de la época, espectáculos, música, combates simulados, mesones llenos de comida y bebida, tan largos que no terminaban. En fin, tuvimos la increíble suerte de coincidir con esa fiesta nacional. Mil trescientos años, y justo se gradúa el único curso militar que hubo en Bulgaria para chilenos comunistas.

–¿Habrá que esperar esa cantidad de años para que esto se repita? –se pregunta el Negro Antonio evocando esos años mientras, sentado en el centro de su oficina, mira un paisaje búlgaro que

pende en una de las paredes de su pequeña agencia de viajes.

–¿Te refieres a los festejos medievales?

–¡No! ... la preparación militar de comunistas chilenos en Bulgaria.

Valenzuela Levi había nacido el 15 de abril de 1958, unos meses antes de Pellegrin, y al igual que éste debió asilarse junto a su familia en una embajada en los días posteriores al golpe militar. Llegó a Bulgaria a fines de 1977 procedente de Suecia, junto a otros cuatro jóvenes comunistas, sin poder imaginar que ese paso le llevaría hasta septiembre de 1986, cuando condujo al grupo de combatientes del FPMR que intentó ajusticiar al dictador.

El Negro Antonio había llegado a la URSS pocos días antes del golpe militar junto a un grupo de cien estudiantes, casi todos campesinos pobres o hijos de estos que se prepararían como tractoristas de equipos rusos. El 11 de septiembre de 1973, cuando recién se acomodaban en las instalaciones de una enorme escuela técnica, a veinticuatro horas en tren al sur de Moscú, un políglota angoleño muy negro y muy flaco se acercó corriendo, y sin salir de su propio asombro, les gritó sobre el terrible bombardeo a La Moneda que había escuchado en su radio de "onda corta". Nadie le creyó.

Pasado el tiempo, el grupo original se había desintegrado en múltiples direcciones, el tractor Belarus había dejado de ser el núcleo aglutinador. De estos estudiantes de Rusia, doce militantes comunistas integraron el grupo de cadetes que durante cuatro años se prepararon como especialistas en Tropas Generales en las escuelas regulares de las Fuerzas Armadas búlgaras. Los otros provenían de Alemania, Hungría, Rumania, de la misma Bulgaria e incluso, uno, de Italia. Había sido una selección meditada, mejor que la realizada con los pioneros de La Habana en 1975; de los treinta y dos que comenzaron el curso en 1977, solo uno quedaría en el camino. La academia, avisada de las posibles perspectivas del colectivo, preparó un programa exclusivo; al programa tradicional adicionó contenidos especiales para la lucha clandestina.

búlgaros vivieron similares circunstancias que los graduados en La Habana. "Por ahora en Chile no están dadas las condiciones", les dijo un dirigente del PC. La solución fue integrarlos al contingente de oficiales comunistas que en ese momento estaban repartidos entre Cuba y Nicaragua. Desde razones sentimentales muy personales hasta complicadas diferencias y contradicciones de carácter político, redujeron a veintidós los que arribaron a Cuba al finalizar 1981.

La homologación de los estudios militares entre las Fuerzas Armadas del Pacto de Varsovia y Cuba, que sin formar parte de esa alianza contaba con toda la técnica y conocimientos militares de la Unión Soviética, permitió su rápida incorporación a las escuelas de cadetes y academias cubanas. Repartidos entre Santiago de Cuba y La Habana, esperaron como docentes e instructores hasta que la propia dinámica de los acontecimientos y la expresa voluntad del colectivo de terminar con el inmovilismo, los llevó primero a Nicaragua y después a Chile.

* * *

Casi todos los jefes de las estructuras militares del PC, y en particular del FPMR, eran jóvenes de entre quince y veinte años en 1973. Aunque la mayoría estaba vinculada de alguna manera con el Gobierno Popular, no todos tenían un pasado militante. Lo que compartían era la pertenencia a una generación violentada, a la que le cambiaron de raíz la manera de vivir precisamente en esos años jóvenes de intensa explosión de los sentidos.

Iván, uno de los jefes de la Infraestructura que tuvo la Dirección Nacional del FPMR, reflexiona:

–Yo creo que fuimos una generación particular, los hijos de los padres que llevaron a Allende al poder, y luego los hijos de los perseguidos. Quienes formamos parte de lo que podríamos llamar resistencia activa fuimos, ante todo, algo así como hijos de Allende y de lo que se alcanzó a sedimentar en aquella época en nuestras conciencias. En tanto que jóvenes y niños, la Unidad Popular fue para nosotros una especie de fiesta, de carnaval de colores, de

posibilidades y, sobre todo, de mucha libertad.

"Lógicamente, no teníamos madurez para comprender la profundidad de las contradicciones que se estaban generando en la sociedad, y por esto mismo para nosotros, los adolescentes de la época, el golpe de Estado fue tan brutal en lo espiritual. Nos quitaban los padres, asesinaban a vecinos, a los amigos más "grandes", y de la fiesta pasamos al oscurantismo y a encerrarnos en nosotros mismos con nuestro secreto de haber conocido la punta del iceberg de un mundo mejor.

"Tengo la sensación de que pasamos un largo período en una especie de nada siniestra, en donde por años los actos eran de una resistencia básica, defensiva, que consistía en ayudar a gente que andaba huyendo, ayudar a entrar en una embajada y, sobre todo, era contarse en silencio las malas noticias de los que caían y lo que se comenzaba a saber de lo que pasaba en las casas de tortura.

"Pienso que todos nosotros, en tanto generación, fuimos comprobando la impunidad y la alevosía de los actos dictatoriales, y esto fue haciendo que, en cierta manera, los recuerdos del período de la Unidad Popular se fueran sedimentando en nosotros como un ideal lejano pero nuevamente posible, siempre y cuando pudiéramos recuperar la libertad de ser de nuevo nosotros mismos.

"Creo que durante todos esos años vivimos en el quehacer cotidiano de miles de formas de resistencia, unas más organizadas que otras, y cuando la resistencia comenzó a adquirir una especie de dinámica positiva, cuando no todo era derrota y de tiempo en tiempo las acciones de propaganda se comenzaban a hacer notar, nos fuimos encontrando todos los de "antes" en la lucha. Y las convicciones eran las mismas.

"El sentimiento de solidaridad y de compartir otros valores se hacía sentir a todo nivel y la resistencia, bajo todas las formas, comenzaba a adquirir rasgos de solidez que nos hacían exigir niveles superiores de organización. Creo que toda esta generación estaba a la espera, a la búsqueda y en la creación de una

organización superior. De algo nuevo".

La primera piedra

Como hemos visto, en 1980 el Partido Comunista decidió construir una estructura militar de conducción centralizada, a la que conceptualmente, desde mucho antes y en distintos países, algunos núcleos comunistas denominan como la Fuerza Militar Propia. Fue una decisión política, no privativa de la Comisión Militar y después de muchos intercambios y mil discusiones y debates, Sebastián propuso el diseño de la futura estructura militar, la Política de Rebelión fue el paraguas que cubrió su nacimiento. Quizás las fuerzas detractoras dentro del PC, que siempre rechazaron los aspectos más combativos y militares de la nueva política, nunca imaginaron que la Fuerza Militar Propia al materializarse, llegaría al lugar y capacidad que alcanzó el Frente Patriótico con Raúl Pellegrin a la cabeza.

Siempre existe un primer momento, la primera medida que da cuerpo a una idea, a una decisión. En esta historia hay disposiciones concretas que no quedaron documentadas, y recurrimos a la memoria de los protagonistas como único y endeble recurso para intentar reconstruir estos acontecimientos. No hemos podido saber quién fue el primer jefe de la Fuerza Militar Propia en el país, en Santiago y Valparaíso. Sebastián no es capaz de recordar con la certeza que necesita una investigación. "Parece que fue el Viejo Pablo", es su respuesta. De lo que no cabe duda, es que para asumir esas responsabilidades, debieron seleccionar cuadros probados del Partido o de su Juventud.

Al finalizar 1982, Martín estaba al frente de la Juventud Comunista del Regional Concepción, afirman algunos fundadores de la Fuerza Militar Propia de esa región. Desde comienzos del año siguiente, pasó a ser el jefe de Santiago, agregan varios combatientes fundadores en la capital: el logístico Diego, Víctor Díaz, el oficial Gonzalo, que arribó al país en el primer grupo procedente de Cuba en julio de 1983, y el combatiente Marcos o Alberto, quien dice: "Martín era mayor que nosotros, medio

gordito y serio, Car'e Paco le decíamos entre nosotros". Martín se mantuvo en la capital hasta que fue detenido al finalizar el año 1984.

Recordemos lo que ocurrió en la Marcha del Hambre del 30 de septiembre de 1982, conducida por el PC: "la resonancia nacional [...] habría que multiplicarla por varias veces si hubiera resultado el corte de energía eléctrica en cinco regiones, más el área metropolitana como estaba planificado. Actuaron siete Grupos Operativos en cuatro zonas diferentes y por distintos motivos las cargas no explotaron, fueron descubiertas con anticipación o simplemente no cayeron (se refiere a las torres)".[4]

Unos veinte jóvenes comunistas salieron de Chile en 1982 al primer curso corto de combate clandestino impartido en Cuba. Una vez graduados, muchos se incorporaron durante 1983 a las distintas estructuras del naciente aparato militar del PC; algunos a las tradicionales, donde se incubaba el futuro Trabajo Militar de Masas, otros al denominado Comando Manuel Rodríguez.

Es probable que Ignacio Valenzuela Pohorecky, destacado militante del PC y combatiente del FPMR, haya formado parte de ese primer grupo. Valenzuela participó en gran parte de las primeras acciones de la organización y después que el Frente se separó del PC, llegó a ser miembro de la Dirección Nacional del FPMR. Fue asesinado durante la conocida Operación Albania en junio de 1987.

Diego tenía diecisiete años, era estudiante secundario y residía en Quinta Normal cuando en 1982 lo designaron a uno de los Grupos Operativos. Cuenta que todo era como muy secreto en los momentos que daban estos primeros pasos. Cuando estaban en lugares públicos, hablaban en susurros, cortando las palabras y completándolas con muecas rápidas. Muy pronto conoció a sus jefes y compañeros, algunos de ellos amigos de su hermano y conocidos del barrio o del liceo. Sus primeros jefes en Santiago fueron Moisés y Martín; Marco Polo ocupaba alguna responsabilidad que no recuerda.

–En verdad, al principio todo era muy rudimentario, años después me di cuenta de las barbaridades que cometíamos en esos primeros tiempos, pero no lo sabíamos, estábamos llenos de optimismo y muchas ganas de impedir que nos siguieran sacando la cresta. Las acciones eran menores, pero para nosotros eran grandes cosas. Creo que fue en el 83 cuando comenzamos a prepararnos en cursos organizados por nosotros mismos con combatientes que llegaban de Cuba graduados de cursos cortos. Recuerdo con admiración a esos primeros jefes, que sin tener gran preparación, nos daban seguridad y mostraban firmeza y confianza cuando íbamos a realizar alguna operación por elemental que esta fuera.

El primer caído reconocido de la Fuerza Militar Propia es otro de los "viejos" militantes de la Jota, Pedro Martín Martínez, *Camilo.* Tenía treinta y dos años cuando murió, el viernes 15 de abril de 1983, quince kilómetros al interior de Buin, en el cruce de ferrocarril Campusano, al intentar detonar una carga explosiva. Los carabineros asesinaron a sus dos hermanas y a uno de sus sobrinos el primero de julio de 1986, en el llamado caso de la clínica de calle Mamiña.

Todo indica que los primeros combatientes de la Fuerza Militar Propia, ya con el nombre de Frente Patriótico, que murieron en un combate real con la CNI, no en los inexistentes que montaban las fuerzas represivas, fueron Julio César Oliva Villalobos, de treinta y nueve años, y Roberto Homero González Lizama, de treinta y cuatro; junto a ellos cayó Ricardo Díaz Hermosilla, herido por múltiples disparos. Los hechos ocurrieron la noche del 23 de agosto de 1984, a raíz de un asalto simultáneo a tres armerías en el centro de Santiago.

Dos Grupos Operativos cumplieron con éxito su misión, el tercero tuvo un encuentro, al parecer fortuito, con agentes de la CNI. La persecución se produjo hacia la zona sur de Santiago y terminó en las inmediaciones del paradero 6 de Ochagavía. Los combatientes descendieron de su vehículo, casi destruido por los

proyectiles, y se parapetaron en un pasaje de la población cercana. Julio César y Roberto detuvieron con sus armas de puño el avance de los numerosos agentes incorporados a la persecución.

La actitud de estos hombres no solo impactó a los militares de la CNI, también dejó una impronta insuperable de heroísmo en todos los que conocieron la historia, principalmente en los tres rodriguistas que salieron con vida de allí. Así se iba tejiendo una mística nueva, labrada por los viejos comunistas miembros del naciente Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

"La Infra"

En la actividad clandestina contra la dictadura militar, la Infraestructura de las diversas orgánicas combativas era como un sólido retículo de pequeños núcleos independientes enlazados por hebras invisibles, que formaban un verdadero sostén de toda la organización clandestina del PC, una suerte de colágeno que soportó y conectó tras un mismo objetivo a centenares o miles de hombres y mujeres, cuya inmensa mayoría nunca se conocieron entre sí. Cada uno de esos núcleos independientes era un reducido equipo de personas, recursos y medios diversos que tenían la misión de garantizar un seguro trabajo al jefe y a la estructura a la cual pertenecía.

En la Infraestructura estaban, o debían estar, las personas más ecuánimes, juiciosas, ingeniosas, observadoras, hábiles, decididas y con gran capacidad organizativa, de las estructuras combativas del PC. Ellos eran la cara visible y su arma principal, la "normalidad". Tener que recurrir al uso de las armas, significaba el fracaso de su misión. Todas las jefaturas de cualquier nivel debían tener un jefe de Infra, como se le llamó en la jerga conspirativa. Hasta los jefes de Grupos Operativos tenían algún combatiente o colaborador encargado de este trabajo.

La Infraestructura también eran recursos, tan disímiles que iban desde casas y locales de todo tipo hasta transporte, documentación, comunicaciones y servicios médicos propios, sin interferir ni cruzarse con las direcciones de Logística de la

organización, que respondían por estructuras y medios similares pero destinados para asegurar las acciones combativas.

El jefe de la Infraestructura era una especie de mano derecha del jefe y debía tener bajo su mando todos los recursos necesarios, o al menos los contactos previamente organizados, para asegurar el funcionamiento de la estructura a la cual pertenecía. Respondía por una suerte de Estado Mayor reducido, totalmente "cortado" de todo vínculo y "llegada",[5] con los jefes de estructuras de cualquier otra designación, y no podía inmiscuirse en las actividades combativas de la organización, al menos mientras la situación transitara de acuerdo con los roles preestablecidos.

Ser jefe de la Infraestructura de la Dirección Nacional del FPMR, de altos niveles de dirección del TMM o de la Comisión Militar, resultaba tan complejo o más que ser parte de la jefatura a la cual aseguraba.

En el medio de los comunistas es conocida la historia que narra Luis Corvalán en sus *Memorias* acerca de lo ocurrido a la Comisión Política cuando las Fuerzas Armadas realizaban allanamientos masivos en busca del coronel Carreño, secuestrado por el FPMR en julio de 1987. Por pura coincidencia, en uno de los tantos barrios sometidos a registro se hallaba reunida en pleno la máxima dirección de los comunistas, que nada tenía que ver con el secuestro. La dueña de casa se percató de que la cuadra estaba siendo sometida a registro y advirtió a los reunidos de la llegada inminente de una patrulla militar.

La señora recibió cordialmente a los militares, los acompañó con diligencia en su inspección habitación por habitación y cuando llegaron al comedor, los uniformados vieron un grupo de "viejitos" en desordenadas poses de animada charla, que los saludaron con amabilidad sentados ante la mesa donde habían sustituido papeles por comidas y bebidas. Corvalán, el más conocido, se había refugiado en el baño.

El arma principal de la Infra, el temple y la sangre fría, cumplió su misión. No había "plan alternativo", la Comisión Política no

tenía un plan de defensa combativo. Dos direcciones del PC destruidas y aniquiladas en 1976 eran la mejor muestra de lo que habría ocurrido si hubieran sido descubiertos. La CNI no hacía distingos, los torturadores no reparaban en cargos, sexo ni edad, mucho menos si se trataba de dirigentes comunistas.

Juanito fue uno de los primeros jefes de Infra de la Dirección Nacional del FPMR que menos tiempo duró en el cargo. Pellegrin lo recibió satisfecho, sabía que era un hombre de tradición comunista, procedente del TMM, con una vieja historia de participación y muchos contactos en amplios sectores de militancia comunista, esa invisible red de profesionales y trabajadores dispersos por toda la ciudad, hombres y mujeres casi siempre de mayor edad que un impetuoso jefe de una unidad de combate del PC.

Buscar personas confiables, recursos y locales de cualquier tipo se transformó en una obsesión para Juanito. Trataba de que sus "reclutados" fueran de militancia comunista pero sin ninguna conexión activa con el PC en el instante de su reclutamiento; sabía que en ese momento había muchos más comunistas desvinculados que militando, era uno de los efectos del miedo acumulado y la represión constante.

A todos les confiaba el peligro que representaba trabajar como infra en clandestinidad; ellos asumían que se trataba del PC, lo que en rigor era verdad, aunque en esos años muy pocos sabían con certeza que el Frente se subordinaba directamente a la Comisión Política. Pasado algún tiempo, en contados casos, les confiaba que trabajaban para la Dirección Nacional del FPMR.

Cuando Raúl Pellegrin, ya jefe del FPMR, escapó por segunda vez de ser detenido por la dictadura, Juanito llevaba cinco o seis meses en su nueva responsabilidad. Desde que ocupaba el cargo, había cambiado de hábitos, de domicilio, de apariencia y andaba como inquieto porque se preocupaba mucho más por la "actividad enemiga".

Pellegrin había sido enfático: "Garantizar una actividad de la

Dirección Nacional, es la misión combativa principal del jefe de la Infra". Siempre que podía, el jefe le insistía en las particularidades de su trabajo:

> Un jefe de Infra debe ser el mejor conspirador de la organización, nunca debe andar paseando, no descansa ni siquiera el domingo en el cine. Mirar todo y a todos es su trabajo cotidiano, es lo que lo distingue de un ciudadano normal, que mira sin ver. En la mirada, en la conducta y no en la apariencia es donde se descubre al chequeador.

Llegar "aséptico" a su trabajo era decisivo, pero además tenía que recoger a cada uno de los participantes en las actividades de la Dirección Nacional y garantizar que también ellos llegaran sin "contaminación" enemiga. Esas medidas explican las historias narradas por periodistas que participaron en entrevistas de prensa del Frente, acerca de largos "paseos previos", furgones cerrados o lentes de sol cubriendo los ojos ya sellados con cinta adhesiva.

En esos días, recuerda Juanito, había observado algunas señales de probable seguimiento, pero no tenía la certeza. Ignoraba que, con intermitencia, era objeto de seguimiento por parte de la CNI, el cual se mantuvo durante varios años, tal vez desde los tiempos de la DINA. Ante la duda, debía haber abortado toda la actividad, era un principio de los métodos clandestinos..., pero no lo hizo. Ese día había revisado bien el lugar, el área de reunión.

–El último en entrar a la reunión y el primero en salir fue el jefe del Frente; era lo habitual –explica Juanito, aunque enseguida advierte– siempre y cuando no fuera con Sebastián, el jefe del jefe; si iba Sebastián, este era el primero.

"En mi Infra tenía un taxi y un chofer joven, plenamente confiable. Cuando terminó la reunión, salí a buscar el taxi en un lugar acordado. En ese tiempo usábamos biper, esos aparatitos de aviso que tú llamabas a una central para conocer el mensaje; no había celulares..., por suerte, digo ahora. Bueno, le pregunté al chofer si había notado algo, y me dijo que desde la mañana,

cuando me había dejado, le pareció que lo había seguido un vehículo, de esos furgones cerrados; no estaba seguro, podía haber sido una casualidad, pero al final lo había perdido, que estaba "limpio".

"Llegamos a la casa, el jefe salió y todos los demás se quedaron encerrados en la pieza de la reunión. Ellos salían después. Pellegrin se sentó al lado del chofer y yo atrás. Él siempre hacía eso, y también movía el espejo retrovisor derecho para ver por él, de repente se inclinaba hacia atrás, como para conversar conmigo, y miraba todo el panorama trasero.

"Estábamos por La Florida, no recuerdo a qué altura pero eran unos cuántos paraderos al sur de la rotonda del 14. Antes de llegar a Vicuña Mackenna, después de unas cuántas vueltas que debíamos hacer para llegar a la avenida, dijo con toda seguridad, "nos están siguiendo". Y le dijo al chofer que estuviera tranquilo, que lo iba a comprobar. Después le fue indicando por dónde ir, en qué calle doblar, la velocidad y esas cosas. Cuando estábamos en la misma Avenida Vicuña Mackenna, más hacia el centro del 14, lo aseguró, "nos están siguiendo, no hay duda". Lo que más recuerdo es la calma con que lo dijo.

"Seguimos sin apurarnos por toda la avenida hasta Plaza Italia. Subimos hacia la cordillera por Providencia. No recuerdo bien por cuál calle doblamos, de allí en adelante todo fue un torbellino. Íbamos como cualquier mortal que transitaba por esas calles, cuando le dijo al chofer que doblara en la próxima esquina y desde allí obedeciera con precisión todo lo que él indicara. Nada más dobló, le dijo "¡acelera hasta el fondo!", y empezó una carrera frenética. A cada rato le decía al chofer, "dobla por aquí..., dobla por allá"; no gritaba, se lo decía como con energía y seguro pero sin escándalo. Pellegrin conocía perfectamente el terreno, por eso llegó hasta esa zona de Santiago. Yo miraba, y eran tres o cuatro vehículos los que nos seguían.

"Volvimos a la Avenida Providencia y pasó una de esas cosas raras. Yo no sé si el chofer no quiso cruzar una luz roja y paró por

puro reflejo o el jefe le dijo que parara. La cosa es que nos detuvimos y quedamos como primeros, como listos para la partida. Casi al instante sonaron las ruedas del furgón, que frenó a nuestro lado izquierdo; una micro grande ocupaba la senda de la derecha y detrás de ella, una larga cola de vehículos del transporte público. Cuando el furgón frenó, los tipos nos quedaron al lado mismo y nos miraron con los ojos bien abiertos, así como sorprendidos, como asustados, yo me imagino que los míos estaban igual.

"El jefe y yo llevábamos las armas cortas en la mano hacía rato. Ahora pienso que quizás ellos percibían eso por nuestra propia actitud cuando se pararon a nuestro lado. Yo veía al jefe como listo para levantar su arma, que sin ningún cuidado la tenía a plena vista, agarrada con ambas manos sobre sus piernas. Ese semáforo fue una eternidad. Los tipos no hicieron nada, yo creo que me miraban más a mí que al jefe. El chofer nuestro no miraba a ningún lado, parecía como una máquina que cumplía órdenes, con sus brazos muy tiesos sobre el volante.

"Fracciones de segundo antes que cambiara la luz, el jefe le gritó al chofer que doblara a la derecha justo antes de que saliera la micro, y en el mismo momento que dieron la luz verde, el chofer dobló y se adelantó a la micro tipo película, casi rozándola; la micro continuó recto por su senda. Intuyo que los sorprendimos; cuando quisieron hacer lo mismo, la fila de vehículos por el lado derecho no se lo permitió.

"Claro que eso no era todo. El jefe sabía que solo habíamos ganado quizás unos pocos minutos antes que nos encontraran. "Dobla por aquí, dobla por allá", le decía al chofer, y a las pocas cuadras nos bajamos corriendo, atravesamos un edificio por abajo, salimos de allí como caminando normal, nos subimos a un taxi de verdad y nos fuimos a dar vueltas muy lejos de allí. No recuerdo las indicaciones que le dio al chofer al bajarnos. Sí recuerdo que el taxi fue a parar a una institución religiosa a la cual el chofer había pertenecido.

"Allí mismo el jefe decidió mi traslado. Eso fue a comienzos del año 1985. Cuando caí preso al año siguiente en Valparaíso, los de la CNI en medio de las torturas recordaban el hecho".

–¿Y no preguntaron por el jefe?

–No. Imagino que creían que el jefe era yo, por el lugar en el auto pensarían que Pellegrin era un combatiente de custodia. Yo era el objetivo desde hacía rato.

–¿Habrán creído eso?

–Bueno, en estas cuestiones, la ausencia de certezas, la duda, existirán siempre.

"La Negra" fue la jefa del equipo de documentación del FPMR durante los "años urgentes". Pocas pero eficientes personas conformaban su estructura donde destacaban un joven fotógrafo profesional, junto a un diseñador de excelencia en la elaboración de documentos de identidad o certificados de diversa índole. Ella misma llegó a ser una probada especialista en la materia. "Nunca cayó nadie por culpa de los documentos elaborados por mi equipo", asegura con no poco orgullo reflejado en sus gestos. "También eran otros tiempos, los documentos eran de relativa fácil elaboración, tanto para sustituir identidades o para la elaboración de uno nuevo, no existía la compleja tecnología que existe hoy", señala tratando de amortiguar el sentimiento que la embargaba. "Bueno, uno se adapta a los tiempos..., sí es cierto, con la tecnología actual todo sería mucho más complicado..., pero no te imaginas cuánto se superan los hombres cuando tienen una motivación tan grande como fue, en ese tiempo, la existencia de la dictadura. De nuestro trabajo dependía la vida de la gente a la cual le hacíamos un documento..."

Armando recibió de Juanito la Infra de Pellegrin y ocupó esa responsabilidad por un largo período, incluido 1986. Aplicó otro principio de los métodos conspirativos, desechó todo aquello vinculado a la Infra de Juanito y construyó, con no poca dificultad, una nueva.

–Logré contactarme por fuera de las estructuras regulares del PC

con un cuadro comunista que tenía amplios vínculos en el Regional Cordillera, gracias a ello logramos construir una sólida red de casas y locales limpios. Ese hombre era todo un gentleman, se ganaba a las personas con un trato exquisito, dando confianza, seriedad, seguridad, Jorge creo que era su chapa más conocida.

"Este compañero le decía en broma a toda esa estructura la "oligarquía comunista" porque eran lugares ubicados en la zona alta de Santiago. Esto aseguró un trabajo sin grandes sobresaltos, casas de vivienda, de reuniones y de conferencias que jamás se podía creer que estaban vinculadas al Frente. Poco tiempo después supimos de comentarios negativos en relación con los lugares donde nos movíamos los dirigentes del FPMR, como si fuéramos los "pitucos y burguesitos" de toda esta historia, pero la propia dirección del PC y su Comisión Militar tenían parte de su Infra en estos lugares, aunque la diversidad era grande.

"Muchas veces, por pura coincidencia, se producían cruces con otras estructuras del PC. Una buena casa habitada por un viejo matrimonio de comunistas, con bajo perfil dentro del Partido, era codiciada por todos, y le podía llegar gente de las más variadas estructuras. No todo era color de rosa, muchos nos cerraron la puerta en nuestras propias marices. Pero había militantes y colaboradores en cualquier parte. Y si no había lo idóneo, estaba la gente que se empleaba como inquilinos, arrendatarios de una simple oficina, de un quiosco de periódicos o hasta de una bodega de abarrotes. Esto fue fundamental para que nunca descubrieran a la dirección del Frente.

"No aseguro que nunca hayan estado cerca o muy cerca de la dirección, pero cada vez que intentaron darle un golpe aniquilador a ella y al Frente, aunque dieron algunos, siempre estaban bastante por las ramas, y cuando lo hacían, la CNI le otorgaba altos cargos precisamente a estos extraordinarios ayudistas que dieron su vida o cayeron detenidos sin nunca haber empuñado un arma.

"Gran parte de la vida y existencia del Frente y de su dirección se debe a la Infra, y con la Comisión Militar pasaba lo mismo, nunca

ni siquiera la rozaron los aparatos represivos".

–¿Esto quiere decir que es mentira que el Frente estaba infiltrado en su misma Dirección Nacional, como tantas veces se ha afirmado o insinuado?

–Yo no puedo dar una respuesta categórica sobre eso, pero sí te puedo dar algunos elementos. Desde comienzos de 1985 se empezó a explorar todo lo concerniente al dictador. Un equipo de diez combatientes exploradores, hombres y mujeres, investigaban con los más increíbles pretextos infinidad de datos. No sabían a ciencia cierta para qué les pedían tantos datos, no todos relacionados con el dictador, pero allí estaban sus rutinas, sus lugares de vivienda, de trabajo, traslados, etcétera.

"Más adelante, desde mediados del 85, Pellegrin en persona atendía una vez por semana a un destacado jefe del Frente, conocido como Miguel, que durante mucho tiempo se dedicó a la misma actividad, a seguirle los pasos al dictador.[6] Lo recuerdo con detalle porque yo organizaba su agenda y este contacto semanal con Miguel era uno de los principales que debía asegurar. Por otro lado, Pellegrin tenía un par de compañeros destinados a estudiar todo antecedente público que saliera sobre Pinochet.

"Es historia conocida que el atentado fue fallido, de esto es de lo que más se ha escrito en libros y artículos de todo tipo. Pero el dictador no salió vivo de allí gracias a la actividad de su inteligencia, de sus "infiltrados", fueron imponderables insólitos que siempre pueden aparecer en este tipo de actividad. Casi un año y medio preparando la operación más importante que hizo el Frente, cuyo objetivo era el pilar principal del régimen, el propio sostén de la dictadura, y no detectaron ni una pista ni un dato. Fue una operación impecable a pesar de que no cumplió su propósito.

"Esto puede indicar, en esencia, el papel de sus infiltrados, su calidad y en cuál nivel pudieron existir o no. Por otro lado, todo lo que se hizo también indica la inmensa potencialidad que existía en el Frente, no solo por el atentado, sino por todo lo obrado desde que el PC decidió enfrentar a la dictadura".

De la cárcel al cuartel

El recinto conocido como Tres Álamos, ubicado muy cerca de la desaparecida rotonda del paradero 14 de Vicuña Mackenna, en Santiago, perteneció originalmente a una orden religiosa y fue vendido al Cuerpo de Carabineros de Chile para la construcción de un centro juvenil. A mediados de 1974, la cúpula militar, en armonía con su libre albedrío y urgido por el número creciente de detenidos sin proceso judicial, convirtió el otrora respetado lugar en un centro de tránsito para presos políticos. Una sección, Cuatro Álamos, estaba dedicada a presos incomunicados, y de allí desapareció un número indeterminado de ellos.

En general, el que llegaba a Tres Álamos estaba "salvado", era un campo de presos reconocidos por la dictadura, en libre plática con visitas y atendidos por organismos internacionales de Derechos Humanos. La expulsión del país fue la solución adoptada por la dictadura para librarse de estos "subversivos antipatriotas", como los llamaba el teniente coronel Conrado Pacheco Cárdenas, jefe del campo. En diciembre de 1974 seleccionaron a los primeros cien; debían firmar un documento en el que aceptaban expresamente su salida "voluntaria" del país. La Cruz Roja Internacional actuaría como veedora de la operación.

Uno de los elegidos fue el ex senador por Temuco Malleco y Cautín, Ernesto Araneda, miembro del Comité Central del PC. Araneda trasmitió a los presos del PC la orientación de la Dirección Política sobre la postura que debían adoptar: "Rechazar la maniobra de una expulsión encubierta, sin juicio, sin razón aparente. Los comunistas tenían derecho a vivir en el país. Si no existía demanda ni juicio, que los dejaran en libertad". Siete de los treinta y dos comunistas que había en el grupo de los cien cumplieron la "orientación partidaria", entre ellos Pedro,[7] estudiante universitario detenido en noviembre de 1973 en la ciudad de Temuco y uno de los pocos "jotosos" que integraba esa lista.

Alto, corpulento, de piel demasiado blanca para el común de los

chilenos, Pedro era miembro de los aparatos de seguridad del PC al momento de ser detenido y desde entonces había pasado por casi todos los centros de detención y campos de concentración de la dictadura. Su apariencia evocaba un origen de clase pudiente, quizás el equívoco influyó en los tratos extremos que sufrió en las cárceles por donde transitó.

Unos cuántos sargentos, esos viejos militares de profesión y de origen más bien humilde que nunca llegarían a ser parte del exclusivo cuerpo de oficiales, permitieron que le escribiera a sus familiares y por la misma vía recibiera cartas y pequeños regalos. En el otro extremo, además de los torturadores, algunos custodios, soldados comunes de claro origen popular, sin necesidad ni orden superior aparente, lo humillaban y vejaban por el puro placer de hacerlo. "¡*Pituquito el comunista concha de su madre*!", le decían entre risas y con cierto enojo y malestar después de algún maltrato o gesto soez.

Cuando Pedro rechazó la expulsión, fue la primera vez que recuperó una pizca del orgullo perdido. Descompuesto y enfurecido, Conrado Pacheco les lanzó andanadas de insultos groseros mientras los retaba a irse para los países socialistas. "¿Por que no se van, comunistas concha de su madre?", y enfatizaba la mayor ofensa, de "comunistas", que para la inmensa mayoría de los militares es la antinomia de los "valores más sagrados de la patria". La prensa del régimen afirmaba por entonces: "¡Cómo será la vida en los países comunistas, que los de aquí prefieren quedarse en las cárceles chilenas!".

Después de nueve meses, en septiembre de 1975, la máxima dirección del PC, sin muchas explicaciones, cambió la orden y autorizó la partida de los siete disciplinados comunistas al exilio forzoso. En un abrir y cerrar de ojos, Pedro vio esfumarse su magra victoria. Casi un año más de cárcel le había costado su dignidad extraviada.

El gobierno panameño de Omar Torrijos acogió a fines de septiembre de 1975 el grupo en el que iban Pedro y el ex miembro

del Comité Central del PC y conocido dirigente campesino Jacinto Nazal. De entre todos los comunistas que lo integraban, la dirección del PC, por pura coincidencia numérica, seleccionó a siete jóvenes para la nueva Tarea Militar, todos con vivencias muy similares de torturas y un periplo más o menos común por las cárceles de la dictadura.

Eran, entre otros, Pedro, Guillermo, Salvador, dirigente del Comité Central de la Jota y ex estudiante de la Facultad de Química de la Universidad de Chile, Nivaldo Contreras, sindicalista del sector industrial, el enigmático Melvin y los guatones Cándido y Fedor. Los "panameños" viajaron a La Habana para incorporarse a la instrucción militar en febrero de 1976. Con excepción de Fedor, todos fueron oficiales del PC, combatientes internacionalistas en Nicaragua, ingresaron a Chile años después y forman parte del cuerpo y el espíritu de esta historia contada.[8] Jacinto Nazal, de larga y probada trayectoria dentro del partido, viajó junto al grupo y se hizo cargo de la dirección política de la Tarea Militar del PC en Cuba.

De la V Región

Una bala disparada a corta distancia le despedazó el hueso frontal del cráneo a Fernando Larenas Seguel la madrugada del 20 de octubre de 1984. Conducía un pequeño vehículo en dirección hacia la casa de alquiler que compartía en Santiago con su esposa Mónica Álvarez y la pequeña Angie, de cinco años, quienes ese fin de semana estaban en Valparaíso. El proyectil debió ser mortal, el instinto de protección le salvó la vida.

En las inmediaciones de la vivienda, cerca del paradero 18 de la Avenida Santa Rosa, lo interceptaron agentes de la CNI sin intenciones de detenerlo. No le dieron tiempo a nada. En el mismo momento que su agresor, parado muy cerca de él, le disparaba a través de la ventanilla, Fernando levantó por instinto el brazo izquierdo, cuyo hueso húmero desvió el proyectil levemente.

Estuvo veinticinco días inconsciente en el Hospital Barros Luco, casi tantos como los años que tenía, veintisiete. Desde ese

momento, ante las evidentes secuelas del disparo, Mónica se transformó en guardiana y protectora; a través de ella la organización estaba al tanto de su paulatina recuperación. Meses más tarde se planificó el primer intento por rescatarlo. Su traslado a una clínica privada postergó la acción, hasta que el sábado primero de junio de 1985, siete meses después de su captura, dos falsos policías de investigaciones lo sacaban de la clínica Nuestra Señora de las Nieves en la Comuna de San Miguel.

Solo tres hombres realizaron la operación: el Negro Oscar, Ramiro, entonces jefe del "destacamento", los grupos especiales del FPMR, Guido actuó como chofer. Uno de los dos gendarmes que estaban de custodia intentó impedir la acción y recibió un disparo en el abdomen que lo hirió de gravedad.[9] A fines de septiembre de ese mismo año, Fernando Larenas, ya consciente y lúcido, salió junto a un matrimonio de arriesgados ayudistas por un paso del sur de Chile con documentación falsa.

¿Qué sentido tenía arriesgar la vida de varios combatientes para rescatar a Larenas, en ese momento en precarias condiciones de salud? Los periódicos y la revista *Hoy* deslizaron la "información" de que el Frente actuó motivado porque Larenas era el único que conocía la ubicación de cincuenta millones de pesos fruto de un secuestro reciente.

Fue la lealtad y el profundo afecto de sus subordinados lo que desató la operación. Ramiro y todos cuantos se formaron al alero del Loco Larenas en la V Región, sintieron cumplido un elemental deber, tal vez no a su jefe, y sí al amigo y al hermano de los primeros años de pintadas y carreras por los cerros de Valparaíso.[10]

Pese a secuelas motrices evidentes, Fernando vive con sorprendente independencia en alguna medida gracias a su enorme espíritu y fuerza de voluntad. Hasta hoy mantiene una memoria privilegiada y recuerda hasta compañeros del equipo de fútbol Deportivo Recreo, que antecedió al Orompello en sus trajines deportivos, espacio donde se reunía y conspiraba un

grupo de jóvenes militantes de la Juventud Comunista.

En el año 1978, en Valparaíso y Viña del Mar renacieron las actividades públicas y clandestinas del PC, la Juventud Comunista y las demás organizaciones opositoras a la dictadura. Primero por pura iniciativa de los dirigentes locales ante la pérdida de vínculos con la dirección, y luego por el ímpetu del nuevo Equipo de Dirección Interna, que encabezaba Gladys Marín. Un lento e ingenioso trabajo en peñas culturales y clubes de fútbol marcó el comienzo de ese renacer del trabajo de masas del PC y La Jota; solo en Valparaíso llegaron a existir veinticinco peñas, repartidas entre cerros y el plano.[11] Luego el trabajo se fue ampliando hacia el sector sindical y las organizaciones de mujeres.

Acciones audaces se realizaron en 1980 y rayados en arterias principales como la Avenida España en Caleta Abarca. "Toda una operación, con acuartelamiento y todo"[12] –cuenta el Chancho, combatiente de esos años de formación y aprendizaje, primero subordinado de Fernando Larenas y después de Ramiro–. Junto con el Lobo y un buen grupo de jóvenes audaces, no dejamos muro en los cerros de Esperanza, Recreo, Nueva Aurora sin una consigna. Era el Regional Sur de Viña del Mar. "Esa fue nuestra primera escuela, allí no nos enseñaron a romper con el miedo, aprendimos a convivir con él". El Lobo o Joaquín, eran los seudónimos más conocidos de Mauricio Arenas Bejas, uno de los más destacados miembros de este grupo original del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

Ramiro primero reclutó a Fernando Larenas, después al Chancho, ambos en 1979. "Era toda una ceremonia y un proceso para entrar a la Jota, relata el Chancho. Fui como a tres o cuatro reuniones de 'reflexión' acerca de lo que estaba sucediendo en el país y no sabía que se trataba de la Juventud Comunista. Allí me encontré, junto a un buen lote de conocidos, al Lobito y al Loco Larenas. Después me aclararon la película y hasta me hicieron una pequeña fiestita de ingreso a la Jota..., pero con puro juguito. Por ahí aparecieron el Marino, el Floro, el Oso; en fin, éramos un buen

lote de jóvenes soñadores".

"Ninguno de los chiquillos era de familia comunista", asegura Mónica, esposa de Larenas. La reorganización en ese sector se habría dado por un compañero que le llamaban Juanito y los conocía a todos en el barrio y en el liceo y era de una familia comunista de tradición. Él fue el punto de partida de todo este grupo.

Arnaldo Arenas Bejas, hermano del Lobo y conocido como Milton en el FPMR, añade que otro papel importante jugó la universidad, donde se reunían, conspiraban y se organizaban. "Allí apareció Cecilia Magni, la flaca Tamara, que sin ser de Valparaíso, fue parte inseparable del grupo. Ella rápidamente ocupó responsabilidades por su impresionante capacidad de trabajo y de organización.[13]

A comienzos de 1978, año de la reactivación comunista, Milton aún pertenecía a la dotación del *O'Higgins,* buque insignia de la Armada Nacional. Aunque hubiese deseado ser parte de la reactivación, le habría sido imposible. Desde 1974 formaba parte del personal permanente del viejo crucero liviano, sobreviviente norteamericano de la Segunda Guerra Mundial, que podía llegar a tener una dotación superior a los mil quinientos hombres. "La mayor parte del tiempo permanecí en el buque, fondeado de forma permanente en Talcahuano a causa de un grave accidente en un perdido canal en el extremo sur de Chile", cuenta Arnaldo, quien llegaría a ser combatiente y chofer operativo en el atentado al dictador en 1986. Arenas Bejas debió esperar que la intervención papal resolviera el conflicto limítrofe con Argentina y gracias a ello, a fines de 1978 amainaron las tensiones, fue prescindible y pudo irse a casa. Tiempo después sería reclutado por Ramiro.

Eduardo, un jefe intermedio de la Jota de Valparaíso, descubrió en Fernando Larenas aptitudes para la "cuestión militar"; a fines de 1981 le planteó la tarea de ir a recibir instrucción militar en Cuba. Fue uno de los primeros militantes de la Juventud

Comunista de Valparaíso que en esta nueva etapa recibió el curso básico de combatiente impartido por los cubanos. Junto con él fueron varios más de la V Región, de los cuales recuerda a José, Carlos y Julio Guerra, Guido en el Frente. Entre traslados, esperas y el propio curso, Fernando llegó de regreso al puerto a fines de 1982. En Cuba nunca le hablaron de ningún Frente ni nada que se pareciera, quienes lo atendían se referían al "aparato militar del Partido".

El año 1982 fue clave. Comenzó el tránsito paulatino de la "base" de la Jota hacia su conversión en unidad de combate. Una de las primeras de la V Región la formó Fernando Larenas a instancias del PC cuando regresó de Cuba. Ese año, cada Regional del partido debía organizar dos o tres. "Pudo haber sido a comienzos de 1983 –recuerda el Chancho–. Fue una reunión solemne y Fernando, con toda la preparación que llevaba, nos dijo que se trataba de un compromiso para siempre.

"Mientras Fernando estaba en Cuba, rayamos todo lo que había que rayar, pintamos, estudiamos, con Ramiro hicimos hasta un cine debate. En cierta oportunidad, Ramiro obtuvo de unos viejos comunistas un mapa que señalaba donde estaban unas armas desde los tiempos del Gobierno Popular de Salvador Allende. Lo hicimos como toda una operación, estudiamos la zona y calculamos dónde podía ser. El lugar era entre unas quebradas rocosas e irregulares del cerro Forestal. Nos llegaron a salir ampollas en las manos de tanto cavar..., y no encontramos nada. Lo importante es que ya ese año estábamos convencidos de la necesidad de las armas para combatir a la dictadura".

Llegado el momento de hacer sabotajes, la Unidad de Combate de Larenas eligió un tramo del oleoducto de la refinería de Concón que, según noticias, pasaba por debajo de un puente sobre la carretera costera. Toda una operación para situar las cargas, custodiar el área, desplazar los materiales y preparar el transporte. El estruendo de la explosión fue tan fuerte como el mal olor que inundó el área. Milton, chofer en esa ocasión, cuenta que

se trataba de un "ducto", pero de aguas albañales. Finalmente terminaría bautizada como "*Operación Cacoducto*".

En noviembre de 1983, realizaron una "recuperación económica" de cierta magnitud. El objetivo era una camioneta recaudadora y el lugar escogido fue el túnel que une La Ligua con Petorca. La primera acción de este tipo la había hecho un reducido grupo en una miserable fuente de soda de un cerro de Valparaíso con resultados calamitosos. "Dos mil quinientos pesos –se queja el Chancho–. No alcanzó ni pa' pagar la micro".

La operación del túnel "*parecía un copamiento masivo, con Larenas íbamos casi veinte hombres*", recuerda Milton. Un guardián del dinero murió resultado de la acción, y el hecho marcó un cambio de rumbo para muchos de estos iniciadores, el grupo comenzó a desmembrarse en todas direcciones. Fernando, Guido y Cecilia fueron llamados a Santiago; el Lobo, Milton, el Chancho y otros siguieron todo el 84 en Valparaíso como unidades territoriales del FPMR. Ramiro ese año estaba en Cuba. Unos cuántos se fueron incorporando a otras tareas de la Jota y el PC en su naciente TMM. Más de alguno, simplemente, se fue a su casa.

En Concepción

"ASESINO NUNCA SERÁS PRESIDENTE", decía un cartel desplegado sobre las arenas de una de las islitas que se forman en medio del enorme lecho del caudaloso río Biobío. Todo el que pasaba por el viejo puente que une Concepción con la localidad de San Pedro veía obligatoriamente el inmenso lienzo. La "operación" había comenzado al amanecer del 12 de marzo de 1981 y fue planificada cual si se tratara de una acción armada.

Muchos días en las medidas preparatorias: estudio del terreno, formas y vías de aproximación nocturna, concentración del grupo, preparación de los medios y recursos, recuperación del transporte, entre tantas otras. Los soportes del lienzo eran un sinnúmero de tubos cortos que se unían entre sí para dar la altura deseada. Las cargas explosivas falsas dejadas a su alrededor eran primicia de un método que se volvería costumbre. La razón de

tamaña audacia respondía a que el día antes Pinochet se había ceñido la banda presidencial. Ignacio,[14] secretario del Comité Territorial de la Jota en 1981 y uno de los participantes, considera que fue la graduación en "acciones audaces" de los pioneros de las estructuras militares del PC en Concepción.

El Pelao fue la piedra clave del origen de la Fuerza Militar Propia del PC en aquella región; entonces él no sabía de esas denominaciones que se estaban afinando, simplemente la dirección del PC local lo nombró jefe militar en Concepción. No fue una elección arbitraria. De formación y corazón comunista, era de los viejos integrantes de los Equipos de Seguridad durante el Gobierno Popular y se mantuvo activo en los años de dura persecución. Tal vez por esa experiencia y por absoluta iniciativa de este jefe, formó grupos mixtos constituidos por militantes del Partido y, los más, de su Juventud.[15]

Al igual como sucede en las regiones mineras del norte chileno, en Concepción el ser comunista es un asunto de familia, de tradición, principalmente entre los trabajadores mineros, portuarios, maestros y algunos sectores de profesionales, pero también es una cuestión territorial.

En el Barrio Norte vivía la mayoría de los integrantes de uno de los grupos combativos formados por el Pelao. Según Lito, uno de sus fundadores y militante de la Jota, el primer jefe fue el Gitano, quien llegó a ser un destacado jefe del FPMR en la misma zona y muchos años más tarde, en enero de 1990, encabezó una de las fugas más espectaculares de la desaparecida Cárcel Pública de Santiago.

Casi todos los miembros del otro grupo pertenecían a dos conocidas familias de comunistas de la zona de Hualpencillo y su jefe era Armando, quien asegura que varios integrantes del Frente en Concepción fueron estudiantes universitarios y algunos de ellos ocuparon cargos importantes en la organización. Tatiana Fariña, una de estas comunistas universitarias y del Barrio Norte, murió en 1985 en Santiago a consecuencia de una explosión

cuando cumplía una misión del Frente.

Al poco andar, en Concepción actuaban cuatro o cinco grupos, de tres o cuatro integrantes cada uno, que el Pelao organizaba de acuerdo con las tareas de preparación y misiones combativas que se fuera a cumplir. Ignacio afirma que el primer apagón de una vasta zona de la ciudad lo provocó el Pelao. Se le escapa la fecha, pero tiene nítida su imagen cuando botó un poste principal del tendido eléctrico local empleando un iniciador eléctrico, explosivos conseguidos con los mineros y una batería de automóvil.

De allí en adelante, los Grupos Operativos de Concepción, con mejores métodos y recursos, cumplieron con los apagones en todas las Jornadas de Protesta Nacional. Lito asegura que no todo fue tarea fácil..., no fue hasta que se les unió uno de los "viejos" del PC, un hombre de los antiguos aparatos de seguridad del 73, del cual no recuerda nombre ni chapa, que pudieron votar torres con absoluta seguridad. "De allí en adelante el Frente en Conce nunca falló en las misiones de apagones nacionales".

–¿Entonces no tenían instrucción ninguna? ¿Qué pasó con el oficial enviado a Concepción?

–No teníamos, todo eso pasó antes de que llegara Mauricio; nosotros llevábamos casi dos años peleando cuando llegó el camarada. Después que llegó, recibíamos instrucción más profesional.

A mediados de 1983 arribó el primer oficial del PC a Concepción. Armando fue designado como su segundo al mando. Allí comenzó una etapa de mayor organización e instrucción.

–Aprovechamos las condiciones de nuestro territorio –precisa Armando–, playas, campo, cerros, donde hacíamos supuestas excursiones como tantos grupos de jóvenes lo han hecho siempre. Raúl Pellegrin viajó a la Región a fines del invierno de 1983, lo presentó Samuel Riquelme, el Viejo Pablo.

–¿Qué pasó con el Pelao?

–Creo que siguió en las mismas tareas pero en el Partido, en lo

que sería posteriormente el TMM. Pero fue por poco tiempo. En noviembre de ese año 1983 la CNI mató de forma brutal al secretario regional de Concepción, Víctor Hugo Huerta; apareció en la vía pública con un balazo en la frente con arma apoyada. Fue un golpe a la dirección del Partido y de su Juventud de Concepción y de Lota. Eso obligó a casi todos sus miembros a emigrar de la zona, incluido el Pelao. A Huerta también le decíamos el Viejo Pablo.

Mauricio, designado como jefe del Frente en Concepción, a donde llegó en octubre de 1983 de este tiempo recuerda:

–Rápidamente se creció y se reorganizó toda la estructura, y en poco tiempo ya estábamos en medio de un vertiginoso accionar de múltiples y variadas misiones. Todo era urgente. Se actuaba por campañas que decidía Pellegrin, no había tiempo de maduración ni discusión política. Volar torres, recuperaciones, sabotajes a variados objetivos, desde puentes ferroviarios, casetas de comunicaciones, bancos extranjeros, hasta cuarteles policiales. Además mucha instrucción con los combatientes, que en un inicio no pasaban de doce a quince.

"No habíamos consolidado los grupos y sus jefes, todos muy jóvenes, cuando nos sacaron los jefes más destacados para reforzar Santiago o Valparaíso. Eso fue una constante en la organización en esos primeros años, era como una carrera contra el tiempo, se apresuró demasiado el paso sin consolidar las fuerzas".

Además de la demanda desde Santiago de jefes y combatientes "probados", la dispersión del grupo original de Concepción se produjo a raíz de un sonado sabotaje realizado el 2 de julio de 1984 a un cuartel policial recién construido en la localidad de Chiguayante. Aún desocupado, en espera de la próxima inauguración, los cuidadores nocturnos que no pertenecían a esa institución de carabineros fueron reducidos con facilidad, sin violencia.

Los combatientes situaron sin premura y donde estimaron

pertinente las cargas construidas para demolición de estructuras sólidas. Lito, uno de los participantes cuenta los detalles.

–Aunque nunca perdimos el nerviosismo y la tensión que nos embargaba en momentos como ese, el cuartel quedó prácticamente destruido. Fue una operación impecable, limpia, sin ningún herido ni lesionado de ningún tipo.

–¿Dónde estuvo el problema?

"En realidad todo se complicó porque cometimos el error de dejar el vehículo que utilizamos para la operación cerca del cuartel, pero en una calle semi-oscura; era bien tarde, quizás cerca de la medianoche y hacía frío. El chofer estaba solo y al volante. Ese fue un error por excesiva confianza; ni una pareja le pusimos al chofer. Por pura casualidad pasó un furgón de carabineros y vio el vehículo, lógicamente le pareció sospechoso..., y comenzó el descalabro".

–¿Todos cayeron?

–No, todos los que habíamos tenido alguna relación con esto tuvimos que salir de Conce. El vehículo era de Victoriano Veloso, él también debió salir, creo que en ese tiempo ya era logístico. En esa oportunidad me prometió que nunca caería detenido, me dijo que prefería morir combatiendo antes que someterse a la tortura; ya en ese tiempo todos sabíamos los que nos podía pasar si caíamos detenidos. Un tiempo después cumplió con su palabra. Bueno, en fin, todos nos fuimos, unos para Santiago y otros a otras regiones del país.

–¿Y por qué seguiste?

–En esos años no podíamos hacer otra cosa que combatir contra la dictadura, ¿teníamos otra opción?

–¿Veloso no era un logístico que cayó en Santiago?

–Sí, él se fue a trabajar con la logística de Santiago. Sé que en un traslado de materiales que hacía junto a Yuri Guerrero la CNI los interceptó por la Gran Avenida en Santiago, en julio de 1985, casi exactamente un año después que salió de Concepción. Todo indica que el enfrentamiento con la CNI fue cierto y no un montaje como

hacían con gente desarmada.

"Claro que el encuentro no fue casual como apareció en la prensa; ese año 85 había una actividad infernal de acciones. Ya yo estaba en Santiago y el clima era terrible, los apagones eran habituales y los sabotajes casi diarios, hacía poco había pasado el caso de los compañeros degollados por carabineros, la CNI tenía que mostrar resultados.

"Con Victoriano no pudieron porque él cumplió con su palabra. Nunca creí que murió en el traslado al hospital como informó la prensa; él respondió al ataque y la CNI siempre actuó como la mafia, creo que lo mataron cuando estaba herido por pura *vendetta*".[16]

Concepción tiene un claro grupo fundador de las estructuras militares del Partido y de lo que luego sería el FPMR. Varios alcanzaron posiciones relevantes y con cierta estabilidad, entre muchos destacaron Armando, Ignacio, La Negra, Gitano, Lito, Veloso, Gonzalo Fuenzalida,[17] El *"Rucio Molina"*, destacado jefe de la operación de Carrizal, salido de la Universidad de Concepción, y Carlos, quien sería el jefe del FPMR en Valparaíso en 1985, detenido en Santiago a fines de 1986.

Este grupo de Concepción no se mantuvo cohesionado en los años venideros, ni ellos intentaron buscarse y mantenerse unidos en estructuras del Frente Patriótico o el TMM. Cada uno fue a donde las circunstancias los situaron en esos convulsos años. Al decir de Armando, fue una cuestión de disciplina debido a la escuela comunista. La mayoría cumplió sin objeción las tareas que les encomendaron sin anteponer otros intereses.

La vieja guardia

"¡Sí..., es Mandrake..., es Mandrake!", escuchaba decir Juanito, su última chapa en tiempos de dictadura, mientras intentaba adivinar con los ojos vendados de dónde provenía y qué significaba esa algarabía de sus torturadores; no gritaban, más bien parecía un murmullo jubiloso. Eran torturadores de la CNI de Santiago que trataban de reconocerlo en el cuartel de sus

homólogos de Valparaíso.

En la capital la CNI tenía datos de archivos de la DINA desde 1976, cuando a Jorge Cárcamo[18] los aparatos represores le habían puesto el sobrenombre de Mandrake el Mago por su habilidad para aparecer y desaparecer ante sus ojos. Así había sido durante casi diez años, hasta que en el mes de marzo de 1986 lo detuvieron junto a casi toda la estructura del TMM de Valparaíso. "Harto tení pa contar", le dijo uno de los torturadores al tiempo que lo pateaba con fuerza en las costillas mientras permanecía tirado, esposado y vendado en el piso del vehículo de puertas laterales que lo trasladaba a Santiago.

Cárcamo entró a militar en las Juventudes Comunistas en 1972 y tal vez por la poca relevancia de sus actividades juveniles no cayó detenido en los tiempos del golpe de Estado. Cree que fue a fines de 1975 cuando lo nombraron secretario general del Regional San Miguel en la zona sur de Santiago, cuando asistió en esos años a la detención de dos direcciones completas de la Juventud Comunista a manos del Comando Conjunto de la Fuerza Aérea.[19] Según su testimonio, diez miembros de la máxima dirección de la Jota se prestaron a colaborar con los aparatos represivos después de reiteradas sesiones de tortura en el transcurso de 1975 y 1976.

Jano, su seudónimo en esa época, era subordinado de uno de ellos y por pura casualidad descubrió que uno de los colaboradores, dado por "desaparecido" a manos de la represión, seguía asistiendo a los vínculos de la organización. Poco le creyeron cuando informó a la dirección del Partido la grave situación. No mucho tiempo después, gracias a circunstancias puramente casuales, se corroboró su denuncia. Cuando las delaciones arreciaron, la dirección del PC congeló prácticamente a todos los mandos medios de la Jota y detuvo así los golpes de una paulatina y segura destrucción de la organización. En esa ocasión Cárcamo fue "descolgado",[20] escapando por vez primera de la represión.

Eran los tiempos en que las torturas no variaban en intensidad ni duración si los represores les hallaban a los conspiradores algún papelito con datos de interés, bien doblado y muy escondido, o un arma disimulada bajo el abrigo. Daba exactamente igual, y en esos años, casi nadie, por no ser absolutos, andaba armado. Casi todos los dirigentes juveniles cayeron delatados por sus camaradas "quebrados" en la tortura por estar en alguna lista de personas.

En esos años, en el PC no se resistía combatiendo, no había armas ni instrucciones para tal eventualidad. Había que aguantar con pasmosa e increíble estoicidad. Carlos Contreras Maluje, miembro de la dirección de la Jota en 1976 y encargado universitario, fue el paradigma de esa conducta. Le advirtió a uno de sus compañeros cuál debía ser el proceder en caso de ser detenido: "Hay que gritar el nombre y decir que te están deteniendo y tirarse con la micro andando, porque así vas a tener un accidente y va a llegar una ambulancia y quedará constancia de que te detuvieron".

Contreras Maluje actuó exactamente así, aunque no en el preciso momento cuando fue detenido a comienzos de noviembre de 1976. Después de ser sometido al mismo "tratamiento" que sus compañeros, aparentó acusar los efectos de la tortura y prometió colaborar. Inventó un vínculo en una calle céntrica de Santiago con uno de los pocos dirigentes todavía en libertad. Los torturadores le creyeron y el día fijado lo condujeron hasta el supuesto encuentro en la concurrida esquina de Nataniel con 10 de Julio.

Apenas Contreras Maluje se vio libre de sus captores, se tiró delante de las ruedas de una micro en movimiento; a pesar de estar mal herido, gritaba sus señas y revelaba la presencia de la DINA. Los hechos ocurrieron tal cual los previó; se armó el escándalo, se aglomeró gente, la captura se hizo pública y fue denunciada. Gracias a su heroicidad y a una increíble chambonada de los represores, se supo de la existencia del Comando Conjunto de la Fuerza Aérea porque un policía de tránsito anotó la patente

del automóvil donde se lo llevaron, perteneciente a la Dirección de Inteligencia de ese cuerpo. No eran de la DINA, más bien de la competencia.[21]

El error del joven dirigente comunista fue creer que los aparatos de las Fuerzas Armadas tendrían alguna ética y respetarían normas elementales del derecho jurídico si había un conocimiento público de su detención; dedujo que, al menos, debería ser sometido a juicio. Hasta la actualidad, figura en la lista de detenidos desaparecidos.

Jorge Cárcamo escapó de esa primera guerra y sin darse cuenta se fue introduciendo en la segunda etapa del conflicto. No recuerda bien si fue en 1981 o 1982 cuando recibió la orden de formar la primera unidad de combate. No fue un cambio abrupto ni aparecido de la nada.

Para crear los primeros grupos se buscó gente de los antiguos equipos de seguridad del partido. La respuesta, según Cárcamo, "en general no fue muy buena. Algunos decían que tenían hijos y hogar que mantener o el trabajo les consumía todo el tiempo. Finalmente con cinco viejos comunistas logré organizar una Unidad de Combate, y ese fue su gran mérito, ser la primera". Realizar actividades combativas armadas tardaría un poco más. "Un rayado, un cadenazo, tirar miguelitos en las avenidas, era como ir a poner una bomba, toda una operación de los viejos comunistas. Después se incorporaron cabros de la Jota".

Los que organizaron los primeros pasos del TMM, en el último semestre de 1983, fueron el Viejo Pablo, el primer jefe del Trabajo Militar del Partido Comunista en 1981, quien estuvo al frente de la formación de las estructuras iniciales de este en Chile, subordinado directamente a la dirección del PC, y el Viejo Ciro, seudónimo utilizado por el primer jefe militar del Partido en Santiago.

–El Viejo Pablo fue quien presentó al Viejo Ciro –recuerda Cárcamo–. Con ellos aprendimos los fundamentos de una conspiración más "académica", discutíamos los contenidos

militares de la Rebelión y cómo traducir en la práctica eso de "todas las formas de lucha". Eran tiempos de búsqueda, y las tareas principales las impulsaban los secretarios regionales. Desde el mismo 1980, unos más, unos menos, aunque creo que con lentitud, todos nos metimos en el tema militar.

–¿Por qué se demoraron tanto?

–Había que estar aquí en esos primeros años. Después, en el 83, era cosa de sumarse, o tocabas una cacerola, o hacías sonar la bocina en los barrios acomodados, o en las noches en la "pobla" te metías en una barricada, que había montones. En el 80 éramos cuatro gatos y mucho corazón.

La Logística

Cristina tiene los ojos de un verde profundo, tan intenso como el rubio de su pelo, cuyas suaves ondas apenas le rozan los hombros. Es probable que en 1980 tuviera veinticinco años, al menos los aparentaba. A fines de marzo de 1982, conduciendo su auto se percató desde lejos que un control policial inspeccionaba varios vehículos y algunos tenían el portamaletas abierto. El pánico la embargó. Era una de las primeras ocasiones que trasladaba explosivos en la ciudad, "No era mucho" dice al recordar, pero estaban en el piso de la parte trasera del automóvil, apenas cubiertos por una alfombra.

–Tengo muy poco claro lo que ocurrió después. Al llegar a los pacos, el corazón se me quería salir del pecho. Sé que no me hicieron bajar del auto, pero no recuerdo nada más, solo que al poco rato estaba conduciendo mi vehículo de nuevo. Era la primera vez que pasaba un control. Fue una respuesta instintiva ante el peligro, debo haber hecho las cosas bien o, simplemente, me dejaron seguir. Luego fui asumiendo poco a poco en lo que estaba y tuve clara conciencia de lo que hacía y por qué lo hacía.

–Tiempo después me ocurrió algo similar, pero en una carretera. Ya tenía más experiencia. En esa ocasión el policía apenas se inclinó para verme, miró de reojo dentro del auto y enseguida me pidió cortésmente que continuara, a la pasada vi en la berma

cómo revisaban una buena cantidad de vehículos.

"Siempre fue así. No recuerdo cuántas veces eludí el control policial en tantos años de trabajo en la logística, no solo llevando medios, también asegurando operaciones de traslado de miembros de la dirección del Frente y de la Comisión Militar. La cortesía, la amabilidad, los buenos modales y una presencia impecable me salvaron en infinidad de veces de situaciones complejas y embarazosas.

"Claro que sucedió de esa manera porque se trató de encuentros casuales. Cuando la CNI tenía un dato de algún depósito de armamento, algún barretín, arrancado mediante la tortura, o de un nombre específico, no servían esos recursos; llegaban y, simplemente, lo destrozaban todo. Para evitar eso había otros métodos, como el mantener los depósitos absolutamente aislados, cortados de todo y de todos; y los dueños del local no podían conocer a nadie ni usarlos para otras cosas, para solucionar otras necesidades de la organización. Ni siquiera los jefes podían saber dónde estaban los recursos. La mayor parte de las caídas del armamento fue por estas violaciones..., responsabilidades políticas o personales..., todo lo demás es justificación".

–¿Nunca te pasó nada..., a tu estructura?

–A comienzos de 1983 ya teníamos el primer depósito en una casa en Santa Rosa, no era muy grande pero tenía el acceso absolutamente camuflado. Nunca nadie conoció ese lugar, nunca cayó en manos de la CNI, tal vez hoy sus dueños lo conserven con orgullo. Debieron superar el terrible miedo que en ese entonces tenía mucha gente, fueron muy valientes, gente maravillosa, encantadora.

"Después llegó Pedro y fue mi nuevo jefe. La organización creció, todo se complicó y fue un torbellino incesante de tareas y misiones que no terminarían hasta los días en que se fue el dictador. En ese torbellino se produjeron las violaciones".

–¿Y no te pasó nada en lo personal?

–No con la CNI..., pero los mejores años de mi vida los pasé en

dictadura... y eso pesa hasta hoy... ¿algo feliz de ese largo período? Mucha gente que conocí y mis hijos que nacieron precisamente en ese tiempo.

El joven profesional jefe de la logística inicial del PC le entregó a Pedro todo lo que tenía en agosto de 1983. En términos materiales era poco y la estructura pequeña: una fábrica artesanal de granadas plásticas, un depósito o barretín de tamaño mediano, un local a manera de clínica con los medios elementales, escaso armamento, cierta cantidad de explosivos y un reducido y eficiente grupo de aprovisionamiento que contaba con dos vehículos y una buena y segura línea de abastecimiento. Lo mejor que recibió, dice Pedro, fue la gente.

Lo interesante es que esa logística quedó subordinada a Pellegrin, al Frente Patriótico, a través de Pedro; una prueba más de la total pertenencia y subordinación de esta organización al PC.

Al Viejo Enrique, más conocido como Rucio entre los militantes comunistas de la década de los setenta, Pedro y Pellegrin lo apodaron Viejo del Jockey porque usaba siempre la clásica gorra de visera que utilizan los jinetes de caballos de competencia. Puede que en ese momento tuviera poco más de cincuenta años, y según Pedro, había pasado todos los cursos de preparación militar que se dieron en la década de los sesenta en la URSS, en Cuba y después en la República Democrática Alemana.

Siempre había andado cerca de las tareas militares o paramilitares del PC. Nació comunista y tuvo tiempo suficiente para trabajar en todas las campañas presidenciales de Salvador Allende, desde la primera en 1952 con el Frente del Pueblo, luego en 1958 con el Frente de Acción Popular y en 1964 y 1970 con la Unidad Popular. Aunque en todas esas campañas la candidatura de Allende se presentó tras una coalición de partidos políticos, el Viejo Enrique nunca se sacó la camiseta del PC.

De la misma manera, no tuvo ningún conflicto para trabajar por el Frente Antifascista desde el golpe de Estado de 1973 hasta 1980. Tampoco preguntó mucho cuando nació la Rebelión

Popular, ni tuvo reparo alguno para hacerlo a partir de 1981 en la "cuestión militar" del Partido. Por pura casualidad conoció que se trataba de un "comando" llamado Manuel Rodríguez, y por la prensa se enteró, poco tiempo después, que se había rebautizado con el nombre de Frente Patriótico.

Nada, cero problemas, eran cosas de las normas conspirativas y una vida entera dedicada al PC. En consecuencia con su hábito de no preguntar mucho, pasado un par de años estaba en la Logística Central del PC trabajando en la Operación Carrizal, la operación de traslado de armamento más grande y asombrosa que jamás había imaginado en toda su larga vida de militante comunista.

La noche del siete de septiembre de 1986, cuando vio al dictador en la televisión con voz temblorosa describiendo la figura salvadora de la Virgen María dibujada por los proyectiles de un M16 en los cristales de su auto blindado, no tuvo ninguna duda que detrás de todo aquello estaba su Partido... y se sintió el hombre más orgulloso de la tierra.

Conocía mil secretos y recomendaciones para la conspiración en la lucha clandestina en la ciudad, sabía de mil trucos y extraños aditamentos para trasladar armamento, municiones y hasta un simple papelito con un vínculo. Cuenta Pedro que el Viejo Enrique era un hiperactivo redomado, aunque juicioso y discreto. Se jactaba de que, a pesar de tantos años y múltiples controles, nunca le habían detectado los recursos y medios.

–¿Y qué pasó con él?

–Por ahí debe estar envejeciendo, por fin tranquilo junto a su familia. No lo sé, simplemente lo deseo, aunque sea la nada misma para un hombre que luchó tanto, durante toda la vida, y nunca pidió nada a cambio.[22]

Blancos caucásicos, de ojos claros y pelo casi rubio, Jorgito y Juan Carlos se diferenciaban bastante de sus compañeros claramente mestizos como la mayoría de los chilenos. Cuando a mediados de 1982 se decidió comenzar a enviar a los oficiales al "interior", la selección se inició por el jefe de lo que sería la primera base de la

Logística Exterior, la cual se crearía en Bolivia. El elegido fue Jorgito. Pasó un adiestramiento particular en Cuba y en mayo de 1983 se instaló clandestinamente en La Paz.

Ante alguna coincidencia con la historia, nunca se creyó émulo del Che; su tarea era infinitamente mucho más sencilla y, a diferencia de lo sucedido con el legendario Guerrillero, tuvo la colaboración del Partido Comunista Boliviano. No se trataba de involucrarse en los conflictos del país; muy por el contrario, el propósito era pasar lo más desapercibido posible. Un mecánico y su taller fueron la única y muy preciada colaboración que recibió Jorgito, quien llegó con solo su maleta de viaje y un pasaporte falso.

Pocos meses después de que este oficial saliera de Nicaragua, partieron los primeros cinco designados para incorporarse a Chile. Juan Carlos no fue seleccionado y se sintió inquieto. Era extraño, hasta entonces siempre había estado ente los primeros en todas las grandes misiones del colectivo de oficiales de la tarea militar. Al parecer, no se había tenido en cuenta su brillante graduación como primer expediente, junto a Joaquín Ávalos, en la Escuela de Artillería "Camilo Cienfuegos"; su excelente y laureado paso como jefe de batería de artillería en las Fuerzas Armadas cubanas; su papel pionero como asesor principal en la organización de la Defensa Antiaérea Sandinista.

Un año más tarde, a mediados de 1983, lo sacaron de Nicaragua con rumbo a Cuba y le indicaron nuevas misiones, entre ellas la atención de la base logística de Bolivia. Allí olvidó toda conjetura relacionada con su autoestima lacerada y, como siempre, se dedicó con ahínco a la nueva labor.

Quizás Salvador no determinaba en solitario diseños de estructuras ni grandes líneas de trabajo porque ya en 1983 existía un Comisión Militar en la que se tomaban estas grandes decisiones. Pero no cabe dudas de que la designación de los oficiales del PC para cualquier tarea nacía de su apreciación o estaba influida por ella, nadie más en la Comisión Militar los

conocía como él. Sabía perfectamente las capacidades de Juan Carlos, estaba como pintado para ser jefe de la Logística Exterior del PC.

Toda la etapa de instalación de la base y las exploraciones iniciales en las fronteras de Chile con Perú y Bolivia las realizó Jorgito en los últimos meses de 1983, bajo la dirección de Salvador, así como el envío de las primeras partidas al país, muy poco armamento, la mayor parte comprado en el mercado negro boliviano.

El método del traslado era sencillo y la coordinación precisa. Los transportistas dejaban el vehículo en un lugar preestablecido, tras comprobar señales de normalidad previamente acordadas. Los de la base tomaban el vehículo empleando una copia de la llave recibida con anticipación, realizaban el trabajo técnico y lo devolvían cargado, sin que los transportistas los vieran ni supieran nada del escondrijo sellado.

La variedad de los vehículos, un complejo y bien organizado sistema de aviso entre ambos países, la selección de las personas que viajaban y sus leyendas bien elaboradas garantizaron la limpieza del trabajo. Realizaron viajes desde una hermosa pareja de mujeres turistas, una familia entera que llegó a pernoctar en un cuartel policial, empresarios y exploradores mineros, hasta mujeres místicas atraídas por el embrujo del altiplano y los desiertos. Malbrich y Gabriel desde Chile aseguraron la limpieza de estas primeras operaciones logísticas.

Juan Carlos recibió toda la responsabilidad del cargo en octubre de 1984, Salvador ingresaba definitivamente a Chile para dirigir el Trabajo Militar de Masas y como miembro permanente de la Comisión Militar. En los últimos meses del año se reanudaron los envíos de materiales hacia el interior, que se vieron interrumpidos en mayo de 1985. La policía de Bolivia descubrió y desarticuló la base, donde halló una relación de medios y armamentos ya enviados. Ninguno de los oficiales y combatientes que formaban parte de ella, incluida una doctora, fueron detenidos.[23]

Para entonces, la misión de Juan Carlos era más compleja. A fines de noviembre del año 1984 fue convocado al interior del país y el 5 de diciembre, en un cómodo departamento de un segundo piso ubicado en Las Condes, recibió la indicación de crear bases de aprovisionamiento logístico en todos los países fronterizos, incluido Uruguay. Poco a poco, en el transcurso de 1985 oficiales que estaban en Nicaragua se trasladaron a esos países, y fueron creando una red de bases operativas.

En la misma reunión, celebrada cuando ya estaba decidida la Sublevación Nacional, Juan Carlos conoció la idea matriz de lo que sería la Operación de Carrizal, una internación de mayor envergadura que todo lo que se había hecho hasta entonces. Ninguno de los presentes, afirma él, tenía idea de la dimensión real que llegaría a alcanzar esa operación.[24]

Una verdad indiscutida

En la misma medida que fueron apareciendo los hombres y mujeres de las estructuras combativas del PC, los lugares donde actuaron y las formas en que lo hicieron, llegué al convencimiento de la imposibilidad de indagarlo todo y a todos. La mayoría no están particularmente mencionados en estas páginas.

En Rancagua, Curicó o la misma Melipilla, se organizaron Grupos del Frente o Unidades del PC; desde Iquique a Temuco y hasta Valdivia proliferaron combatientes, militantes ayudistas y colaboradores; en Osorno y Puerto Montt también había organización y estructuras, en estas dos ciudades igualmente hicieron acciones las unidades de combate del PC, y las protestas eran fuertes. En Arica nunca dejaron de participar en las Jornadas de Protesta; en casi todas las localidades del interior de la V Región se cuentan historias de lucha contra la dictadura, los cerros de Valparaíso están llenos de ellas.

En el transcurso de 1983, y principalmente a todo lo largo de 1984, al fin se logró armar las bases y el diseño de la Política Militar como parte de la Política de Rebelión Popular de Masas del PC. Restaba acumular sobre lo definido. Lo narrado hasta aquí

indica que las estructuras militares y políticas para la Rebelión Popular de Masas no se diseñaron en un laboratorio y se lanzaron como un todo cerrado y listo para ser empleado.

Las políticas, sobre todo las combativas, se crearon a lo largo de todos aquellos años, nacieron y se forjaron combatiendo. Esta odisea dentro del PC bien puede compararse a un parto con fórceps, en el que algunos nunca terminaron de pujar por lo más avanzado de la Rebelión, otros jamás desistieron en el empeño por un aborto prematuro, mientras los más, situados en un amplio abanico de matices entre estos extremos, esperaban y operaban dentro de un complejo curso de los acontecimientos.

1 Entrevista con Alberto en diciembre del 2007, Jefe de Grupo del FPMR.

2 Los antecedentes de este relato han sido extraídos del libro de Tita Friedmann sobre la vida de su hijo Raúl Alejandro. *Mi hijo Raúl Pellegrin. Comandante José Miguel*. LOM 2008.

3 Entrevista con uno de los "búlgaros", conocido por la "chapa" de "Negro Antonio".

4 Informe de un miembro de la Comisión Militar dado en La Habana en diciembre de 1982.

5 En el lenguaje conspirativo: conocimiento de cómo ubicar a otro miembro de la organización.

6 "Miguel" cuenta interesantes detalles de sus seguimientos y participación en la operación "Siglo XX", en el libro de Tita Friedmann *Mi Hijo Raúl Pellegrin*.

7 Entrevista con Pedro, jefe de la Logística Central del PC en los años de la internación de armas por Carrizal en 1986.

8 Fedor abandona la escuela por razones de salud. Melvin es el único del grupo que abandona la Tarea Militar antes del ingreso de los oficiales a Chile.

9 Revista *Hoy* Nº 412 de Junio de 1985.

10 Todos los detalles en torno a la vida de Fernando Larenas fueron obtenidos gracias a la colaboración de su esposa e hija y del propio Fernando.

11 Álvarez, Rolando. *Desde las Sombras*, pág. 245.

12 Entrevista vía correo electrónico. Este combatiente fundador del FPMR

en Valparaíso expresó la voluntad de mantener su "apodo" de "Chancho". Así lo conocieron sus compañeros. Diciembre de 2008.

13 Cecilia Magni, "Tamara", llegó a formar parte de la Dirección Nacional del FPMR en el período de vida independiente de esta organización. Muere en condiciones que aún se investigan, el 28 de octubre de 1988 después del asalto a Los Queñes en la zona central del país.

14 Ignacio es el Jefe del TMM de la Juventud Comunista en Santiago, artífice de la lucha contra la dictadura en las Jornadas de Protesta en los años 1985-1986.

15 Armando, combatiente de los primeros Grupos Operativos, llegó a ocupar el segundo puesto en la jefatura del FPMR y jefe de la Infra de Pellegrin 1985 y 1986.

16 Entrevista con "Lito", protagonista de estos acontecimientos. La Habana Enero 2009.

17 Gonzalo Fuenzalida, del Barrio Norte, fue uno de los últimos desaparecidos por la CNI en dictadura, Desapareció junto a otros cuatro combatientes en un caso que aún se investiga.

18 Entrevista con Jorge Cárcamo, protagonista de esta historia.

19 Rolando Álvarez hace un exhaustivo relato de estos sucesos en *Desde las sombras*. Una historia de la clandestinidad comunista 1973-1980. Capítulo XIII. Editorial LOM.

20 "Descolgado". En lenguaje conspirativo es el militante que quedaba temporalmente separado de la organización por razones de seguridad, hasta que nuevas circunstancias permitieran su reingreso.

21 Ibid., pág. 232 y 233.

22 Entrevista con Pedro, entre julio y agosto del 2007.

23 En mayo de 1985 la base de logística en Bolivia es descubierta y desarticulada por la policía de ese país. Ninguno de los oficiales y combatientes, incluyendo a una doctora que formaban parte de la base, fueron detenidos. La policía boliviana descubriría una relación de medios y armamento enviados a Chile.

24 Entrevistas con el oficial Juan Carlos, en febrero del 2009.

Capítulo 5.
Jornadas de Protesta Nacional. 1983-1984

Las Jornadas de Protesta Nacional comenzaron en los inicios del año 1983 y fueron un medio, una forma de lucha, de rechazo y de combate empleado por amplios sectores del pueblo chileno en contra de la dictadura. Sus causas están en la existencia misma de ésta y en las particulares condiciones económicas y políticas posteriores al año 1980.

Se les denominó Jornadas porque se convocaban para un día preciso cada mes, aunque podían durar dos días o más. Eran de Protesta porque fue esa la forma que encontraron sus organizadores ante la incapacidad inicial de la oposición para llamar y provocar un Paro Nacional, tradicional forma de lucha enraizada en los sectores organizados de Chile desde comienzos del siglo pasado. Nacional, porque el llamamiento se realizaba para todo el país, aunque tuvieron un carácter marcadamente urbano y fue en las ciudades más importantes donde lograron su máxima expresión.

Nunca llegaron a ser un "movimiento" con alguna estructura propia. Sus principales gestores fueron los partidos políticos de oposición, íntimamente arraigados, por tradición, en todas las organizaciones sociales, entre las cuales el movimiento sindical desempeñó un papel primordial en el origen y convocatoria de las primeras Jornadas. Fueron los trabajadores y los cesantes, las organizaciones poblacionales de distinto signo y las estudiantiles las determinantes en su realización y ejecución. Los Comandos de Protestas, en los que participaban todas las organizaciones barriales, fueron incipientes fórmulas logradas solo en algunas poblaciones.

A través de las estructuras de cada partido y de las organizaciones sociales se trasmitía la orientación, el llamado y las normas mínimas de realización. La difusión de la convocatoria por los distintos medios de prensa opositores jugó un papel

principal dada la debilidad de las organizaciones para hacerlo por sus propios medios después de diez años de dictadura.

En la medida que avanzaron las Jornadas, se fue superando la anarquía inicial y perfeccionando su organización y realización, al menos en lo que respecta al Partido Comunista, principal objeto de esta investigación, que por sus definiciones de enfrentamiento tiene particularidades en relación con otros partidos protagonistas de esas luchas.

La convocatoria a la primera Jornada de Protesta nació del llamamiento a un Paro Nacional que hizo la Confederación de Trabajadores del Cobre.[1]

En 1983 se efectuaron seis Jornadas de Protesta Nacional; el 11 de mayo fue la primera y se repitieron cada mes hasta octubre del mismo año. En 1984 se realizaron cuatro, en una de las cuales se llamó a un Paro Nacional. Las de 1985 y 1986 ocupan el centro de la primera parte de este trabajo. Hasta casi el final del gobierno dictatorial, se reiteraron con diversa periodicidad pero en franco retroceso.

Como hecho social y político, fueron el acontecimiento más trascendente ocurrido en el país en esos años y alcanzaron su cumbre en las celebradas los días 2 y 3 de julio de 1986, tal vez la más decisiva entre sus similares, el momento de mayor auge y a la vez inicio del rápido descenso de este increíble movimiento de masas.

El 11 de mayo fue un día miércoles, como atravesado en medio de una semana fría y tensa en el otoño de 1983. Pasado el mediodía, los oficiales a cargo de los policías que de forma permanente custodiaban las principales calles del centro de Santiago comenzaron a percibir un clima inusual.

"Atentos, muy atentos" les indicaban a los carabineros rasos, que daban muestra de aburrimiento y cierta displicencia, quizás incómodos a causa de sus gruesos abrigos y los petos antibalas. Algunos estaban formados en pequeños grupos en las esquinas, un buen número permanecía de reserva, dormitando en sus

microbuses con ventanas y parabrisas protegidos por gruesos enrejados.

La advertencia no era gratuita. Los oficiales conocían de fuertes enfrentamientos en los alrededores de casi todos los campus universitarios, donde los estudiantes protagonizaban violentas manifestaciones y choques contra las fuerzas de orden; el revuelo era más intenso y masivo que lo acostumbrado.

Los agentes de civil de la CNI, con más oficio, patrullaban las mismas calles y advirtieron la disminución paulatina de transeúntes mientras que quioscos, vendedores furtivos y algunos negocios establecidos cerraban antes de lo acostumbrado. No era nada serio, pero raro.

Observaban a todo joven con mochila y no necesitaban presentaciones si alguno se les hacía sospechoso. En un segundo, sin mediar palabra, inmovilizaban a cualquiera en algún rincón, o lanzándolo rápidamente contra el suelo mientras otros husmeaban el contenido del morral; con la misma celeridad lo hacían ponerse de pie y lo conminaban a seguir sin permitir ni dar explicación alguna. El procedimiento era tan rápido, que pocos transeúntes se percataban del hecho.

Los agentes esperaban grupos de manifestantes en aglomeraciones producidas de súbito, la táctica empleada por los comunistas el 24 de marzo reciente. Se juntaban como si fueran paseantes y en un minuto preciso organizaban el escándalo, salían panfletos y proyectiles de mochilas, bolsos, carteras. Identificar, retratar, detener a los líderes e interrogarlos eran las instrucciones de los represores encubiertos.

Para los carabineros resultaba más sencillo. Con todos sus recursos y empleando la persuasión y la fuerza, debían impedir a toda costa cualquier desorden en la vía pública. Eso significaba utilizar bombas lacrimógenas, carros lanzaguas, palos a diestra y siniestra, persecución de los manifestantes con perros adiestrados, lumazos y patadas a los detenidos una vez llevados al interior de los microbuses. Todavía no aparecían las balas de

goma; las de verdad se emplearían esa misma noche pero en las poblaciones periféricas de la gran ciudad.

Cerca de las ocho de la noche había poca gente en las calles del centro, casi todos los locales comerciales estaban cerrados, en los paseos peatonales no quedaban ni los noctámbulos vendedores de maní confitado, los universitarios "*subversivos*" por fin se habían marchado a sus hogares dejando tras sí decenas de detenidos. Automóviles y microbuses llenaban calles y avenidas en dirección a la periferia de la ciudad, como era habitual a esa hora. Militares de civil y policías uniformados comenzaron a sentirse aliviados, al parecer no pasaría nada, pronto podrían irse a casa, solo había que esperar la orden de los superiores para abandonar el área.

A las ocho, minutos más o menos, comenzó un ruido ensordecedor, un terrible caceroleo y bocinazos por todas partes de la ciudad. Sectores medios y medios del centro de Santiago, Providencia, Ñuñoa, Vitacura, entre otros, desde los edificios altos nada populares reprodujeron el intenso ruido de cacerolas multiplicado por bocinazos de miles de vehículos que intentaban dar con la melodía del clásico estribillo antidictatorial, "*y va a caer..., y va a caer..., y va a caer*", cuya sola entonación musical trasmitía el mensaje de rechazo al dictador.

Los policías de todas las categorías, hasta los encubiertos en ropajes desaliñados, abrieron los ojos asombrados, la piel se les erizó y por instantes quedaron como paralizados. "¡Qué chuchas pasa!", gritaba un boquiabierto oficial mientras caminaba enérgico de un lado a otro con la mano sobre el arma enfundada en la cintura, como presto a sacarla, y miraba con rapidez en todas direcciones buscando a quien culpar. En un minuto, todo el aparato represivo desplegado en Santiago quedó inutilizado ante la original masividad. Había dado resultado, la masividad era la mejor y más funesta arma en contra de los aparatos policiales públicos y clandestinos.

El ruido tal vez se apagó pronto en los barrios populares a medida que se encendían fogatas y se fabricaban precarias

barricadas. En la zona sur algunos se habían preparado con días de antelación, el grado de la protesta estaba íntimamente relacionado con las labores previas de las organizaciones sociales y políticas. Varias poblaciones formaron comandos de protesta integrados por pensionados, centros juveniles, de madres, cesantes, comunidades cristianas, entre otros.

Las células del Partido Comunista y las bases de su Juventud se reunieron desde muy temprano y salieron a cumplir las tareas asignadas de antemano. Tiraron miguelitos fabricados por miles en los días anteriores a la jornada, lanzaron panfletos e hicieron rayados. Trabajaban codo a codo con militantes socialistas, miristas, mapucistas, cristianos de izquierda y una mayoría sin partido. Todos acopiaban objetos diversos y construían barricadas, al anochecer encendieron las fogatas, tiraron cadenas al tendido eléctrico y provocaron apagones locales.

En el resumido informe que hizo la Dirección Interior del PC de la jornada de mayo de 1983, basado en los que enviaron los Regionales del Partido de la capital y todo el país, más los informes de los Secretariados Regionales de la Juventud, se confirma los combates en diversas poblaciones periféricas de Santiago, las manifestaciones de protesta en Valparaíso y Concepción y algunas menores en otras ciudades del país.

La jornada tuvo menor impacto en fábricas y centros productivos: lentitud en las labores, viandazos, algunas asambleas sindicales, paros reducidos; en Santiago se registraron alrededor de treinta. Según el informe, en el estratégico sector del cobre "el paro se ratificó en asambleas en las minas, a excepción de Chuqui. En El Salvador la jornada finalizó con desfile. En El Teniente y Andina, trabajo lento y viandazos".[2]

Las maneras de manifestarse, de protestar, estaban en íntima relación con los sectores sociales y el lugar geográfico donde se desarrollaban. Las formas más elementales ocurrían en sectores de clase media y media alta: no realizaban compras ni mandaban los niños a la escuela; en la noche, a la hora prevista, tocaban las

bocinas de los autos o sonaban una cacerola desde el patio de la casa o el balcón del departamento. Los barrios populares actuaban igual durante el día, pero por las noches el clima de enfrentamiento llegó a ser francamente insurreccional en algunas protestas.

Aunque el Partido Comunista nunca pudo poner en práctica en su totalidad su Plan de Sublevación Nacional, concebido como expresión máxima de estas Jornadas, logró que del voluntarismo y desorden inicial, año tras año y en grado ascendente se alcanzaran niveles satisfactorios de organización, planificación y dirección del enfrentamiento, gracias a la mancomunidad en la lucha por la base con los otros partidos y las múltiples organizaciones sociales.

Afirmar que el Partido Comunista fue el principal responsable y centro de estas Jornadas, sería tan irreal como asegurar exactamente lo contrario. Atribuirle al PC toda la violencia nacida de los sectores más golpeados por la crisis económica, de todos los vejados por la dictadura, significaría ignorar a cientos de miles de chilenos que tenían razones suficientes para no dejarse avasallar y recurrían a múltiples formas de lucha, incluidas las violentas, las armadas. De haber tenido el PC tal capacidad, la acumulación política y militar de este Partido, desde esta primera Jornada hasta la del 2 y 3 de julio de 1986, hubiese caminado por otros derroteros.

No obstante las polémicas sobre autoría y conducción de las Jornadas, nada hay más parecido a lo que ocurrió en los barrios populares que el pasaje de *La Pauta* referido a la Política de Rebelión:

> No tenemos temor a decir que es un cambio de fondo [...] La perspectiva insurreccional es una línea conducente al levantamiento de masas para la toma del poder. Levantamiento de masas que irrumpen con violencia y que implica las luchas más diversas por los problemas más sentidos, pero que lleva aparejado la existencia del cambio del régimen, que no acepta la legalidad fascista y que adopta las más diversas formas: salidas callejeras,

> paros, barricadas, sabotajes, tomas de terrenos, de industrias, enfrentamientos en las calles, huelgas, protestas, resistencia civil en poblaciones, y que obligatoriamente va a recurrir a formas de lucha armada, que estas formas armadas de lucha sean, más o menos generalizadas dependerá del desarrollo más general. Esto es lo que cambia todo [...].

Esto es la esencia de ese documento elaborado por el EDI, en marzo de 1981.

La masividad y carácter de lo ocurrido el 11 de mayo de 1983 no podía ser la gran sorpresa para los dirigentes comunistas en el interior del país, mucho menos para los de base y los militantes de los barrios populares insertos en las más diversas organizaciones sociales.[3] Era lo prefigurado hacía casi tres años, y si bien todo lo sucedido no fue resultado directo de su trabajo, había plena concordancia entre los conceptos y formas de la Política de Rebelión elaborados en *La Pauta* y los acontecimientos ocurridos en esa y las demás Jornadas.

La verdadera sorpresa, luego transformada en tema complejo, nunca resuelto ni abordado en profundidad, fue el escenario de los combates de la Rebelión y los sectores que la protagonizaron. La sorpresa fue el traslado de la sublevación de la fábrica a la población. Desde el mismo 11 de mayo se perfiló que en los barrios populares radicaría la fuerza principal de las Jornadas. Fue allí donde se dieron los primeros esbozos de autodefensa, el enfrentamiento en toda la línea, el derecho a la rebelión en su expresión práctica. Ni el 11 de mayo ni en ninguna otra Jornada o Paro, la rebelión en ciernes cambió este terreno principal de los enfrentamientos: "La población", el barrio popular.

Si bien los sindicalistas jugaron un papel determinante en las convocatorias y la promoción y corrieron todos los riesgos al encabezar las Jornadas de forma pública, no fue en minas o fábricas donde se produjeron los combates principales ni se gestó en grado ascendente la capacidad de la autodefensa de masas.

En el informe del PC sobre las jornadas de mayo, el EDI señala:

> Estamos en las grandes poblaciones y sindicatos. Comprendemos que las proyecciones futuras dependen del desarrollo del elemento militar, que la masa lo tome más en cuenta, que el Partido lo domine más ideológica y técnicamente. Debemos convertirnos en dirección político militar [...] podemos hacer más cosas, pero se hace notar que nos falta la preparación técnica. Los cursos son muy lentos, es necesario entregar conocimientos elementales a las células y organizar más unidades combativas.

Era 1983, y el reto para convertirse en dirección política y militar para poder terminar con la dictadura recién comenzaba. La evaluación del EDI dice: "Tenemos claro que ni en la próxima jornada, ni con el Paro Nacional, terminaremos con la dictadura, aunque los hechos son imprevisibles. Pero cada Jornada va conformando el ejército político del pueblo, que convergerá con el ejército popular, en la medida que la lucha adquiera mayor violencia". No era poco el trabajo necesario para lograr tales niveles de organización y capacidad de dirección.

La sorpresa provocada en muchos por esta explosión social del 11 de mayo, tan reiterada en estudios sobre el tema, fue sobre todo para aquellos que estaban ajenos a lo que ocurría en el mundo sindical, desconocían lo ocurrido en los sectores populares y sus organizaciones sociales en los años precedentes. En diversas consideraciones sobre esta primera Jornada, pareciera que se produjo de forma abrupta e inesperada y sin mucha confianza en lo que ocurriría. Y aparecen los dirigentes democratacristianos que se mueven de manera semipública como los principales organizadores.[4]

En los comunistas, especialmente en sus dirigentes de base, tal vez existió impotencia ante la incapacidad de poder conducir de forma efectiva, física, con cuadros y mandos preparados, ese mar humano que los desbordaba. Era imposible que en apenas poco más de un mes, desde el 24 de marzo, cuando se realizó la Protesta del PC, se hubiese superado la capacidad en cantidad y calidad para conducir a millares de gente en las calles. Para los

comunistas no hubo sorpresa, existió incapacidad de conducción.

Desarrollo de las acciones...

La Confederación de Trabajadores del Cobre celebró un congreso en Punta de Tralca el 16 de abril de 1983, en el cual se decidió convocar a la realización de un Paro Nacional. Los sindicalistas habían dedicado años de trabajo a este proyecto, por cuya causa numerosos líderes estaban relegados o expulsados del país y había sido asesinado Tucapel Jiménez en febrero de 1982. La Coordinadora Nacional Sindical se sumó de inmediato a la convocatoria.

En ambas organizaciones, además de los democratacristianos, existía fuerte presencia de militancia comunista y socialista. Rodolfo Seguel, del PDC, fue el presidente electo en el congreso de los trabajadores del cobre. El PRODEN,[5] que agrupaba principalmente a personalidades de ese partido, desempeñaría un destacado papel en la coordinación y difusión de la Jornada.

Al conocerse el llamado al Paro Nacional, la directiva del Partido Demócrata Cristiano, entre otros partidos, consideró "que no estaban dadas las condiciones para realizar el paro". Esto influiría en que en los días de preparación del paro, este se transforma en Jornada de Protesta Nacional, una forma de resistencia pacífica a la dictadura.[6]

Todas las manifestaciones pacíficas, incluido el espectacular caceroleo, respondieron a esa convocatoria realizada por los sindicalistas y reproducida principalmente por medios cercanos a la Democracia Cristiana. No obstante estas indicaciones, la Jornada se desarrolló tal cual se ha descrito, y el hecho provocó gran preocupación a los conductores pacíficos, sobrepasó a la izquierda, asustó a la derecha y dejó atónitos a los estrategas del dictador, quienes sabían perfectamente que los comunistas no podían estar detrás de la infinidad de actos de violencia popular realizados en ella.

La dictadura actuó en consecuencia con su percepción de amenaza ante esta nueva fórmula de expresión de lucha política.

El 13 de mayo suspendió los servicios de Radio Cooperativa porque había difundido lo ocurrido el día 11, y el 14 en la madrugada inició las mayores operaciones de contrainsurgencia urbana que había conocido el país posterior al golpe de 1973. Ese mismo día, el gobierno comenzó un proceso judicial contra diez dirigentes de la Confederación de Trabajadores del Cobre.

Para beneplácito de los estrategas de la dictadura, por fin la ubicuidad del "enemigo" llegaba a su fin, ya tenían al menos a un grupo de dirigentes sindicales, todos con militancia política; las "tropas" del escurridizo "enemigo" las fijaron en precisas poblaciones periféricas de Santiago. Contra ellas realizaron un operativo con fuerzas combinadas del Ejército, Carabineros y la CNI, a la que denominaron Operación Peineta.

Al amanecer del 14 de mayo de 1983 allanaron las poblaciones de La Victoria, Yungay, Joao Goulart y La Castrina, las primeras en ser objeto de estas operaciones masivas.[7] Revisaron seis mil hogares, detuvieron a ciento treinta y tres pobladores, y según una fuente militar, confiscaron mimeógrafos, impresoras y numerosas armas.

Pasados los allanamientos, se suscitaron fuertes y variadas reacciones internacionales contra estas violaciones de extrema violencia y vejamen. No tuvieron ningún efecto. El régimen, según el cual los pobladores habían aplaudido el operativo,[8] repitió estas operaciones, con mayor o menor masividad, todos los años que se realizaron las Jornadas de Protesta Nacional. Tenían el explícito propósito de impedir, o al menos limitar, la participación de los sectores populares en nuevas manifestaciones callejeras.

El 21 de mayo de 1983, con las repercusiones de la protesta aún en el ambiente político, se constituyó el Comando Nacional de Trabajadores, integrado por las principales organizaciones sindicales del país. En conferencia de prensa ofrecida el 3 de junio, Rodolfo Seguel, timonel de la nueva organización sindical, convocó a la segunda Jornada de Protesta Nacional para el 14 de junio.

El llamado, mediante un instructivo único, tuvo disposiciones similares a las de la primera convocatoria. En esencia, se mantuvo el "carácter pacífico", como sucedería en los llamados de todas las protestas. Otra vez el PRODEN, con Jorge Lavanderos, cumplió su papel de difusor. El Presidente de la Corte Suprema aseguró en declaración pública que una protesta no violenta podía realizarse en diferentes lugares y las infracciones por ruidos eran trámites de juzgados de policía local.

La jefatura de zona en estado de emergencia prohibió informar sobre "hechos ilegales" y el dictador, en la misma mañana del 14, amenazó desde Copiapó: "A los señores políticos les digo desde acá que ligerito los vamos a mandar a sus covachas para que terminen sus problemas".[9]

El 14 de junio fue una réplica multiplicada de la protesta anterior. Por vez primera se pudo percibir que las barricadas y fogatas en las poblaciones periféricas delineaban un intermitente y desordenado cordón de fuego rodeando la ciudad.

"¡Esto se acabó, señores!",[10] les espetó Pinochet muy irritado y casi gritando a los intendentes y gobernadores de todo el país; a continuación amenazó con emplear todos los instrumentos legales y administrativos vigentes. El artículo 24 transitorio de su Constitución le permitía un amplio espectro de medidas coercitivas que emplearía en lo sucesivo.

Los principales dirigentes sindicalistas presos y el espectacular resultado de las dos protestas motivaron la incorporación abierta de la dirección del PDC y del PRODEN para el llamamiento a la tercera Jornada de Protesta Nacional,[11] que convocó Gabriel Valdés, con escasa resonancia porque a los medios se les había prohibido informar. Jorge Lavandero aprovechó la citación para declarar que le había hecho la justicia por su responsabilidad en la protesta reciente, y al salir de la cárcel anunció la fecha de la próxima: el 12 de julio.

El día 9 el régimen detuvo a Valdés, Lavanderos y José de Gregorio, los dirigentes del PDC involucrados en la convocatoria;

entre esa fecha y los días siguientes, secuestró, torturó y relegó a varios dirigentes sindicales comunistas[12] e impuso un virtual estado de sitio en Santiago, San Antonio y Concepción, con toque de queda desde las ocho de la noche del 12 de julio hasta las doce. Fue como un llamado adicional, un refuerzo gratis a la convocatoria; si alguien no sabía de la protesta, al enterarse del "toque" y sus restricciones, necesariamente preguntaría el porqué.

Alrededor de las ocho de la noche, el bullicio violentó la prohibición de "toque de queda" y duró más de dos horas en la capital. Con mayor razón, las poblaciones la desconocieron, el cordón de fuego y barricadas se fue haciendo más nítido alrededor de la ciudad.

Protestas anticipadas en La Legua, La Victoria, Pudahuel, Maipú; en Villa Frei, a pesar de la presencia de militares; varias poblaciones allanadas; combates callejeros en Villa Portales, que solo terminaron con la entrada del Ejército a la medianoche; los universitarios otra vez en las calles cercanas a sus centros estudiantiles. Buses incendiados, atentados dinamiteros, furgones desde donde disparaban indiscriminadamente civiles represores con pasamontañas.[13] Dos jóvenes mujeres asesinadas, un número indeterminado de heridos, entre ellos muchos niños, más de mil doscientos detenidos en todo el país.

> Las poblaciones La Legua y La Victoria fueron cercadas por fuerzas militares antes del "toque de queda" y bombardeadas con lacrimógenas y ráfagas de ametralladoras sin que aún se produjeran las consabidas acciones de rebeldía. No obstante las fuerzas represivas no entraron a la población ante la decidida respuesta de los pobladores. La gigantesca ola de solidaridad levantada en todo el mundo y el apoyo recibido por Gabriel Valdés de muchos gobiernos y personalidades de todo el mundo, junto a la indudable presión interna obligando a la dictadura a echar atrás la torpe detención de Valdés. Especialmente combativas fueron las poblaciones, destacadas en las protestas anteriores, La Caro, La Legua, La Faena, La Victoria, J. A. Ríos, Santa Mónica, La Pincoya, La Estrella, Lo

Hermida, Peñalolén y Pudahuel.[14]

Reacomodo de las fuerzas políticas

En medio de un crudo invierno de 1983, al terminar la tercera Jornada de Protesta Nacional, el país ya era otro; el dictador no pudo haber previsto este escenario dos años y medio atrás cuando entró a su rutilante despacho en La Moneda, ni tampoco fue capaz de hacerlo su multipropósito Estado Mayor Presidencial.

La crisis económica estaba en pleno apogeo. Desde fines de 1982 el sistema bancario se encontraba al borde del colapso, la involución del Producto Interno Bruto en un 14% ese año indicaba la gravedad de la situación, que afectaba a los más disímiles sectores económicos y sociales del país. Fue el mayor decrecimiento económico para un año en la historia de la dictadura.

Ante el descalabro del sistema financiero, el 13 de enero de 1983 el Estado intervino los principales bancos y entidades del rubro crecidos al alero de los neoliberales, sin que nadie se ruborizase por la esencial contrariedad con sus principios estructurales. Lo inadmisible estaba en que el rescate financiero se hizo con enormes recursos del país, el Estado asumió las deudas y pérdidas con la plata de todos. Pocos días después de la tercera Jornada de Protesta, avaló la totalidad de las deudas de los privados ante la banca internacional compulsado por las graves amenazas que pendían sobre la economía nacional y sus recursos en el extranjero. La República de Chile pasó a ser al mismo tiempo deudora y aval.[15]

En medio de estos acontecimientos, los Estados Unidos manifestaron a través de múltiples declaraciones su rechazo al encarcelamiento de los dirigentes democratacristianos, inauguraron una política de claro apoyo a una "transición hacia una plena democracia" y en lo adelante privilegiaron el naciente proyecto de negociación del PDC. El informe del PC de julio de ese año consideraba que la razón principal del cambio en la política de respaldo a la dictadura mantenida durante diez años por el

gobierno norteamericano era su inquietud ante el pujante movimiento de masas y la probable incapacidad de Pinochet para manejar la situación, que podría contribuir a un desenlace favorable a una salida popular.

Una señal salida de Roma enrareció aún más el cuadro en ese agitado invierno chileno, y no era desestimable. El domingo 24 de julio, en su homilía en la Plaza San Pedro, el Papa Juan Pablo II se refirió a la situación chilena y rogó por la pacificación en el país. Desde esos instantes, la Iglesia nacional comenzó a desempeñar un decisivo papel en el curso de los acontecimientos políticos en Chile, de mucha más complejidad que su indiscutible labor realizada hasta ese momento en defensa de los derechos humanos.

Renunciado el cardenal Raúl Silva Enríquez en ese mismo 1983 de acuerdo a normas del Vaticano relacionadas con límites de edad, y nombrado Juan Francisco Fresno como cardenal en 1985, este se transformaría en la figura pública central "congregando voluntades" para la conformación del famoso Acuerdo Nacional, de ese mismo año, analizado en la primera parte de este trabajo.[16]

En los combates políticos y de franca violencia prohijados desde 1980 y desatados abiertamente en 1983, también se involucraron productores y comerciantes, desde grandes a chicos, por ramas y sectores, a veces reunidos, otras en esquinas diferentes. Era natural que salieran al calor de la crisis económica y se agregaran a los contendientes en esa verdadera simultánea de ajedrez de múltiples participantes y con tableros cruzados.

Los pequeños y medianos empresarios fueron los primeros en reaccionar, a fines de 1981. Incluso intentaron reflotar el "multigremio", que tan buenos resultados les había dado en su lucha contra el Gobierno Popular de Salvador Allende. Sus demandas económicas pronto identificaron como culpable al equipo económico del dictador, y en la misma medida que se radicalizaba el movimiento, los cuestionamientos se transformaban en posturas políticas contra el mismo gobierno al

cual apoyaron desde los años del golpe militar.

El movimiento se radicalizó más en el sur. La expresión organizada de sus reclamos quedó plasmada en la "Declaración de Valdivia", de octubre de 1982, y la "Declaración de Rancagua", del mes siguiente, en las que llegaron a exigir una "apertura política" y a pedir mayor participación ciudadana en las decisiones económicas. Entusiasmados ante los avances organizativos y presionados por la crisis y la ausencia de soluciones, planificaron una Asamblea Nacional de Empresarios en la ciudad de Temuco para el 3 de diciembre de ese año, donde junto a los productores del sur estarían industriales, comerciantes y camioneros.

La asamblea no se llegó a realizar. La violenta acción de las fuerzas represivas previo a su celebración, la expulsión del país de uno de sus principales dirigentes y la sólida conducta de la dictadura de no aceptar presiones políticas, fueron las armas empleadas por el gobierno para derrotar lo que un analista llamó la "revuelta empresarial".[17]

Los grandes empresarios, agrupados en la Confederación de Producción y Comercio (CPC), no apoyaron la "revuelta de los empresarios" chicos y medianos. Contrarios a la movilización directa, eran los más preocupados ante la avalancha opositora y el evidente crecimiento de la violencia popular. Su variante fue la negociación, facilitada por la amenaza que significaban las movilizaciones populares y el clima que se respiraba a mediados de 1983.[18]

Un ancestral prejuicio y temor anticomunista, y los efectos catastróficos e impredecibles de la crisis, de clara responsabilidad del régimen, eran dos extremos de un mismo fenómeno que acotaban sus conductas. Después de una prolongada incubación, a mediados de 1983 lograron hacerle llegar al gobierno militar una "propuesta económica coherente y alternativa al neoliberalismo extremo". El plan se llamó "Recuperación Económica: Análisis y Proposiciones".[19]

Por su lado, la oposición política finalmente se organizaba en

dos conglomerados por separado, en agosto la Alianza Democrática (AD)[20] y en septiembre el Movimiento Democrático Popular (MDP). No obstante las grandes diferencias entre los partidos que las formaban, ambas agrupaciones nacieron con una tríada común que las identificaba y aproximaba: *desconocer la Constitución de 1980 por ilegítima; generar un acuerdo nacional para crear una Asamblea Constituyente, y exigir la renuncia al dictador.*

Cartas y diversas formas de aproximación empleó el PC para intentar crear un acuerdo común con el PDC a partir de esta identificación inmediata. Los comunistas fueron rechazados de nuevo. El PDC y su conglomerado consideraban que su incorporación no facilitaría las negociaciones con el gobierno militar.[21] Divisiones aparte, el clima efervescente que vivía el país y la comunidad de reclamos de toda la oposición colocaban al régimen en uno de los momentos más complejos de su existencia.

El plan de solución a la crisis política que se perfilaba en el invierno de 1983 se puso en práctica el 10 de agosto con un reordenamiento ministerial, encabezado por el nuevo titular del Interior Sergio Onofre Jarpa, un clásico entre los clásicos políticos de la más tradicional derecha chilena. El dictador no lo buscó, fue Jarpa, entonces embajador en Buenos Aires, quien a través de un mediador, posiblemente en mayo de 1983, le propuso al gobierno militar un proyecto de solución a la tensa situación que vivía el país, cuya esencia era superar la crisis, salvar la dictadura y garantizar la continuidad del modelo mediante una serie de medidas inmediatas. Otra vez las ideas y proyectos cruciales no los generaba Pinochet..., pero sí los decidía.

El Plan Jarpa contemplaba descomprimir la tensión mediante una "apertura" limitada, diálogo con la oposición (excepto los partidos de la izquierda) y la agilización de la transición definida por la Constitución del 80. Entre las medidas que apuntaban a estos objetivos, proponía iniciar el estudio de las leyes de partidos políticos y sistema electoral, levantar el receso político en 1984,

fijar un período para la organización de los partidos, y realizar elecciones parlamentarias en 1985.

Ni estas ni otras propuestas encaminadas a preparar al régimen y dotarlo con capacidad para las elecciones programadas, tenían el propósito de acortar los períodos del dictador. Se trataba de involucrar a la "oposición moderada" en el cronograma institucional.

En el orden económico, el nuevo ministro del ramo impulsaría otro Plan Trienal en 1984, el cual contemplaba numerosas medidas y cambios exigidos por los grandes empresarios, que "sentaron las bases de un liberalismo más moderado y de tipo pragmático" y cuyo objetivo "era el poner fin a la crisis, sentar los cimientos de un reinicio del crecimiento económico, aplacar la furia del movimiento de protesta, quitarle banderas a la oposición y volver a enrielar el proceso de transición hacia una etapa de institucionalización permanente del régimen".[22]

Continúan las acciones

No hubo disminución de la lucha popular posterior a este reacomodo de las fuerzas política. Por el contrario, entre la tercera y la cuarta Protesta se produjeron diversas manifestaciones sectoriales. Colegios profesionales frente a la Biblioteca Nacional, estudiantes en sus campus universitarios y sectores de mujeres articulando diversas formas de organización y protesta, eran expresión de continuidad y pérdida del miedo.

La cuarta Jornada fue brutal, violenta, y para desgracia del gobierno y su flamante ministro del Interior, extensa e intensa. La convocaron los partidos políticos y la respaldaron múltiples organizaciones sociales. Los sectores democratacristianos fijaron la fecha para el 11 de agosto, los comunistas y la izquierda la extendieron hasta el día siguiente.

Así quedaba plasmada esta dualidad permanente "unidad-división", que para desgracia, en este caso de la oposición, caracterizó en lo adelante el proceso de lucha antidictatorial, le restó fuerza y capacidad negociadora a la oposición y, a la postre,

influyó decisivamente en el carácter de la salida a la existencia del dictador y determinó que hasta la actualidad el aparato político, militar y económico crecido a su alero conserve el poder.

Dos hechos trascendentes marcaron la cuarta Jornada de Protesta Nacional: el 10 de agosto fue el nombramiento oficial de Onofre Jarpa como ministro del Interior, dispuesto a impulsar su proyecto de apertura y negociación, y los dieciocho mil soldados lanzados a las calles de Santiago para reprimirla, que "dejaron a su paso un rastro sangriento ya inscrito en la historia de las masacres".[23] Ambos, expresión de una misma idea política del régimen: dividir y neutralizar a la oposición; negociación y flexibilización con la burguesa, represión e imposición contra los sectores populares.

Santiago, centro principal de los enfrentamientos, fue militarizado y dividido en zonas territoriales según un detallado plan contrainsurgente; fuerzas traídas desde otras provincias participaron en el control de la capital. La represión dejó un saldo de veintiséis muertos y centenares de heridos. El caso más dramático fue el asesinato de un niño de tres años en la población Lo Aránguiz, a quien un proyectil le impactó en el rostro.

La balacera en las poblaciones fue indiscriminada. Barricadas, fogatas y sabotajes incendiaron la periferia de la ciudad, prácticamente cerraron el cordón de fuego, nunca planificado, en torno a la capital. Algunos cerros en Valparaíso parecían un infierno que las tropas de marinos pretendían apagar sin lograrlo. Similares hechos se produjeron en Concepción y otras capitales de provincia.

Las negociaciones para materializar el Plan Jarpa se realizaron en tres rondas de encuentros que se prolongaron poco más de un mes. Comenzaron el 25 de agosto en la casa del obispo Juan Francisco Fresno, quien desde entonces desempeñó un destacado papel en todas las negociaciones, y terminaron el 2 de octubre, cuando Pinochet cercenó las aspiraciones de los bandos negociadores.

En una de las típicas improvisaciones que hacían temblar a sus asesores, el dictador dijo: "La Constitución no se alterará cueste lo que cueste". Como colofón manifestó su habitual desprecio hacia los políticos tradicionales que no le fueran incondicionales: "Los señores políticos pueden seguir conversando no más", dicho con esa entonación y acepción tan chilena del "no más", que no significa coto, tope o final de lo tratado, sino más bien aliento a una continuidad inútil e irrelevante.

En septiembre, ante los escasos resultados de las negociaciones y las amenazas y descalificaciones de Pinochet hacia la AD, esta convocó para el día 8 de ese mes la quinta Jornada de Protesta Nacional,[24] los dirigentes le aseguraron a Jarpa que sería pacífica. El PC y las organizaciones sociales afines llamaron a continuarla hasta el día 11. Fueron cuatro días de rebelión.[25]

Como muestra de su vocación pacífica, la Jornada comenzó con una "sentada" de los principales dirigentes democratacristianos y socialistas de la AD en la céntrica Plaza Italia; *sit in* le llamaban de manera elegante los medios de prensa, *potin* la rebautizaron enseguida los sectores populares. Los pacíficos dirigentes fueron golpeados, mojados y vejados por las fuerzas represivas.

Esa noche y en las subsiguientes se consolidaba el cordón de fuego construido por los pobladores en torno a la capital, solo quedaban libres sus barrios altos. A los clásicos enfrentamientos se sumaron acciones que poco tenían de autodefensivas. Grupos operativos atacaron cuarteles policiales de las poblaciones La Bandera y San Rafael.[26]

Más adelante, la Comisión Militar del PC supo que este tipo de ataque fue suficiente para generar una psicosis en los policías, obligó a rediseñar la protección de sus instalaciones y a establecer y organizar fuerzas centrales con capacidad y armamento suficientes para desplazarse rápidamente en cualquier dirección que se les llamase. Después de aquellas acciones y otras similares, la policía temía que sus cuarteles, muchos de los cuales estaban enclavados en el centro de algunas poblaciones combativas,

fuesen atacados y tomados por el desborde de pobladas con la colaboración de grupos armados.

En medio de esas circunstancias, la Comisión Militar del PC conocía de la masacre de los principales combatientes del MIR, involucrados en el ajusticiamiento del general retirado Carol Urzúa realizado el 30 de agosto; apenas una semana había demorado la CNI en encontrarlos y aniquilarlos. Para Raúl Alejandro Pellegrin, recién incorporado al país y a la Comisión Militar, el hecho era al menos sorprendente e indicaba información previa en manos de la CNI. Conocida la forma de actuar de la CNI, le quedaba claro, además, que el criterio operativo determinante de sus acciones era la más primitiva *vendetta*; no había rendición posible: a quienes alzaban las manos los mataban igual si existía la decisión política de hacerlo.

En octubre, las negociaciones AD-Jarpa habían obtenido algunos resultados: la "bajada" en picada de las exigencias iniciales de la AD y la desmovilización de los sectores que ella influía. El ministro fue claro desde un principio, "Si me van a exigir la renuncia del Presidente no hay conversación posible, me levanto y me voy". Fue el comienzo de un tobogán para la oposición negociadora, que no pararía hasta 1989.

Jarpa lograba transitoriamente descomprimir la situación política en el país. La mayor conquista de los opositores en esos primeros encuentros fue la autorización para el regreso de mil seiscientos exiliados, un número considerable y no calculado quedó excluido de este derecho.

El llamado a las últimas protestas de 1983 corrió a cargo del MDP; las convocó para los días del 11 al 13 de octubre y el 27 del mismo mes. Es probable que en las poblaciones todo transcurriera más o menos igual que en las anteriores, pero la "bajada" de los sectores medio y medio alto fue notoria.

El año terminaba sin solución a los conflictos que vivía el país, con la visita de altos funcionarios del Departamento de Estado de los Estados Unidos, preocupados por el entrampamiento del

diálogo, y con un acto y concentración pública de la oposición el 18 de noviembre en el Parque O'Higgins. El permiso para el acto fue resultado de las gestiones de la AD en sus vínculos con el gobierno. El MDP y todas las organizaciones sociales opositoras se sumaron de inmediato.

En consecuencia, para alegría y asombro de todos, fue el acto más nutrido de los últimos diez años. Un festivo mar humano de medio millón de personas se reunió en el viejo parque capitalino unido por un mismo clamor: "Fuera Pinochet". El diario *El Mercurio* informó que asistieron no más de ochenta y cinco mil manifestantes, confirmando el contenido de uno de los grandes carteles desplegados en la concentración: "*El Mercurio sigue mintiendo*".[27]

Camino a la sublevación

¿Cómo estaban el PC y sus fuerzas combativas en estos cruciales momentos? En un *Manifiesto al Pueblo de Chile* de septiembre de 1983, el partido rechazó el Plan Jarpa, lo catalogó como "cínica mascarada aperturista", negó toda posibilidad de diálogo con el régimen, planteó como tarea de primer orden "derrocar la dictadura" y exigió "democracia ahora".[28]

Con ese optimismo en alza permanente que caracterizaba los informes del PC, señalaba: "La dictadura que para algunos parecía indestructible, se tambalea hoy ante los avances incontenibles de las masas". En correspondencia con tal apreciación, el contenido principal del manifiesto era una "Plataforma Popular Unitaria" en la que se detallaban las medidas inmediatas para un Gobierno Provisional.

Mientras tanto, en los Comités Regionales y Locales del PC continuaba el lento crecimiento y compleja organización del "*elemento militar*", "*asunto militar*" o "*tarea militar*", como indistintamente se le nombraba. El asunto se trataba en secreto, de forma confusa y como cuestión de especialistas, lo que se llegaría a convertir en un drama de roles y competencia que se

arrastraría hasta el mismo ocaso de la dictadura.[29]

En esos primeros años, al interior del Partido y de su Juventud todo lo referido a tareas con algún viso militar era compartimentado y no se trataba en las reuniones del Secretariado Regional o Local. Los secretarios atendían de forma directa a un encargado de la "tarea militar" y este a las escasas Unidades de Combate que se organizaban en esos últimos meses de 1983. Aún no existía la estructura ni el concepto del Trabajo Militar de Masas como una tarea de todo el Partido, de todas sus comisiones, con la atención principal centrada en el carácter de masas de la Rebelión Popular.[30]

Durante el transcurso de 1983, algunos de los primeros graduados en Cuba del curso irregular de combatiente y antiguos militantes de los equipos de seguridad de los años del Gobierno Popular fueron ocupando la responsabilidad de "encargado militar" en los Regionales principales. En esos años, tanto en el Partido como en la Juventud, los encargados militares eran pocos y no formaban parte de la dirección del Secretariado Regional.

Todavía en 1983 y 1984, las fuerzas combativas incipientes de los Regionales principales se confundían con los combatientes de la Fuerza Militar Propia, principalmente en Valparaíso y Concepción. En la misma medida que se organizó y salió a la luz pública el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, esta organización se fue distinguiendo de las fuerzas de los Comités Regionales y Locales. Pero muchos militantes comunes nunca conocieron esta importante diferencia; para ellos, todo lo militar era la misma cosa, era el Frente.

No obstante este sinuoso camino inicial del Trabajo Militar de Masas, si se tiene en cuenta todos los Comités Regionales, principalmente en las tres grandes ciudades del país, y sus numerosos Comités Locales, por muy incipiente que fuera su organización, por incomprendido que fuera este asunto militar en la misma base, comparado con otras organizaciones políticas, era el PC el que contaba con mayor fuerza combativa al finalizar 1983.

Finalmente el TMM se organizaría a nivel nacional y a nivel de zonas de Santiago, Valparaíso y Concepción en el transcurso de 1984.

Al finalizar ese año habían llegado al país once oficiales del PC, tres de los cuales fueron destinados a esta estructura, incluido el jefe nacional del TMM. Desde mediados de 1985 se pretendió situar "jefes o encargados militares" del TMM a nivel Regional y Local, fueran oficiales graduados o no.

Cuatro oficiales ocuparon esa responsabilidad en 1985, los restantes eran viejos cuadros con preparación en los años del Gobierno Popular y algunos jóvenes con preparación irregular de seis meses.

Fue en el verano de 1986, el mismo año en que se pretendía "echar al dictador", cuando se organizaron las escuelas nacionales donde los mandos medios políticos recibieron no solo preparación técnica, sino sobre todo, discutieron la incorporación del Partido en pleno a la Rebelión. Recién al finalizar ese año, los jefes militares del TMM fueron incorporados como parte integrante del Secretariado Regional.[31] Este salto se produjo en el mismo momento que la máxima dirección del PC atisbaba un cambio en la situación política, que indicaba un retroceso sin retorno en la política de enfrentamiento del PC.

No cabe dudas de que este desarrollo asincrónico del "asunto militar de masas" respecto al nivel de lucha de las grandes mayorías influyó negativamente en la capacidad para emprender el vasto Plan de la Sublevación de 1986. No existía correspondencia entre las enormes exigencias y desafíos expuestos en ese plan y el nivel de organización y capacidad del PC y sus fuerzas para el cumplimiento de la misión encomendada.

En esta área del trabajo comunista, su TMM, era donde radicaba la fuerza principal de la Rebelión Popular y no en su Fuerza Militar Propia. Según el Plan de Sublevación, el FPMR desempeñaba un papel auxiliar, de apoyo en momentos que el pueblo organizado supuestamente ocuparía los centros neurálgicos de las principales

ciudades del país, como exigía el plan. En tales hipotéticas circunstancias, las masas sublevadas no podían portar solo sus puños en alto.

Desde sus propios orígenes, el TMM nunca rebasó las estructuras militares de la orgánica partidaria, sus propias unidades de combate. El PC, con sus estructuras tradicionales, nunca terminó, o no tuvo tiempo, de incorporar y convencer acerca de nuevas formas de lucha a todas sus orgánicas tradicionales, a todos sus militantes, independiente de a cuál Comisión Nacional pertenecieran.

Por otra parte, la existencia de la Fuerza Militar Propia, que hasta diciembre de 1983 careció de "nombre propio", era de dominio del reducido número de sus integrantes, de la Comisión Política del PC y de la Comisión Militar. De acuerdo con un estimado calculado a partir de cifras aportadas por algunos de sus protagonistas, en el invierno de 1983 no debían pasar de más de setenta u ochenta hombres y mujeres organizados entre Valparaíso, Santiago y Concepción, de cuyo total las fuerzas realmente combativas podían ser un poco más de la mitad.

A fines de julio y comienzos de agosto de 1983, Raúl Alejandro Pellegrin, designado como nuevo jefe de la Fuerza Militar Propia, recibió de manos del Viejo Pablo a cada uno de los jefes principales de esta naciente estructura partidaria. No tuvo tiempo de reconocer el Chile cotidiano. Ese enrarecido y agitado invierno presagiaba nuevos e inminentes enfrentamientos a partir de las increíbles Jornadas de Protesta desatadas desde mayo.

Pedro, el jefe de la logística, tiene la certeza de que no hubo reunión constitutiva con los jefes principales ni ceremonia alguna para la incorporación del nuevo jefe. Fue una continuidad del urgente trabajo clandestino; el recién llegado recibe del que sale estas pequeñas estructuras, no había tiempo ni nadie pensaba en glorias por venir ni en la historia que algún día se escribiría.

Mientras Pellegrin se hacía cargo, a*d portas* estaba la Protesta de agosto con los dieciocho mil soldados ocupando Santiago. Las

tareas de reorganización y reestructuración que decidió imposibilitaron la participación del FPMR en esa Protesta. Pellegrin llevó para Santiago a los combatientes y jefes de Valparaíso y Concepción más destacados en el período precedente.

En los meses de octubre y noviembre de 1983, Raúl Pellegrin intentó en repetidas ocasiones obtener reconocimiento público de la nueva organización a través de operaciones de propaganda que combinaban el uso de explosivos con panfletos esparcidos por el lugar inmediatamente después. Al otro día revisaban ansiosos la prensa, que se resistía a reconocerlos.

No fue hasta el apagón que afectó gran parte del territorio nacional el 14 de diciembre, resultado de la voladura de numerosas torres de alta tensión, que la nueva organización por fin alcanzó reconocimiento público. Desde ese mismo momento, el FPMR comenzó un desarrollo ascendente y sorprendente, nadie imaginó que en tan poco tiempo iba a adquirir tal notoriedad.

La Dirección Nacional del FPMR recién se conformó a fines de 1984 y su primera reunión ampliada se realizó en enero de 1985, en una de esas casas tradicionales de verano enclavadas en las costas del litoral central.

A fines de 1983, el PDC, por su parte, ante la inutilidad y fracaso inmediato de sus negociaciones con el ministro del Interior, volvió la mirada hacia el Movimiento Democrático Popular, liderado por los comunistas, no para aceptar sus propuestas, sino con el objetivo de retomar la movilización social como un instrumento de presión para un nuevo intento negociador.[32] Fue otra vez el Comando Nacional de Trabajadores, donde estaban representados los partidos de ambos proyectos opositores, el que convocó, para el 27 de marzo de 1984, la primera Jornada de Protesta Nacional del nuevo año.

1 Contenido del llamamiento en Arrate, Jorge. Pág. 334.

2 Informe y análisis de la Jornada de Protesta del 11 de de Mayo. Resumen del Informe del Equipo de Dirección Interior redactado en La Habana por José Cademártori el 13 de Julio de 1983. "Viandazos" era la inasistencia

masiva al comedor de los trabajadores.

3 Existe un Plan elaborado en 1982 por los oficiales del PC para un probable "Estallido Espontáneo de las Masas", del cual se conserva un ejemplar íntegro. Fue hecho a partir de una apreciación nacida del EDI, que planteaba en 1982 la posibilidad de un "estallido espontáneo" de las masas.

4 Cavallo, Ascanio. Pág. 341 y 342.

5 Proyecto de Desarrollo Nacional, organización no gubernamental. Una de las primeras y más activas organizaciones antidictatoriales que agrupaba personalidades principalmente del PDC. Su líder fue Jorge Lavandero, destacado luchador contra la dictadura. Fue víctima de golpizas, encarcelamiento y relegaciones. Director del periódico *Fortín Mapocho*.

6 Arrate, Jorge. Pág. 335.

7 En los últimos párrafos del Capítulo 7, Primera Parte, se describen los allanamientos a una población.

8 Datos de Revista *Hoy*, del 8 al 14 de junio de 1983. Pág. 13.

9 Cavallo, Ascanio. Pág. 344.

10 Revista *Hoy*, semana del 12 al 19 de junio 1983.

11 Rodolfo Seguel sale de la cárcel el 19 de julio y en declaraciones de prensa manifestó "Nosotros le abrimos los ojos al pueblo y a los partidos políticos...", "Convoqué la del 11 de mayo y la del 14 de junio", "Basta que seamos bisagras". Revista *Hoy* del 27 de julio al 2 de agosto de 1983.

12 Este dato no aparece en ninguno de los medios consultados para este trabajo, solo está en el informe que hace el PC el 19 de Julio en La Habana como un "resumen del interior realizado por el EDI". Firmado por el Coordinador del PC en Cuba. Los dirigentes relegados son Sergio Troncoso, Manuel Caro, Carlos Opazo y José Orostiga.

13 Revista *Hoy* del 19 al 27 de julio.

14 Ibid. Informe del PC del 19 de Julio de 1983 dado en La Habana.

15 Detalles en Cavallo, Ascanio. Pág. 348.

16 Corvalán Márquez desarrolla una fundamentada tesis de acuerdos Vaticano-Departamento de Estado de los EEUU y su influencia en torno al papel de la iglesia chilena en la búsqueda de una solución negociada a la dictadura con apoyo al PDC y su proyecto político. *Del anticapitalismo*

al neoliberalismo en Chile, pág. 400.

17 Campero Q., Guillermo, artículo "Los Empresarios Chilenos en el Régimen Militar..." en *El Difícil Camino a la Democracia en Chile 1982-1990*. FLACSO. 1993.

18 Ibid., pág. 264.

19 Silva, Eduardo. "La Política Económica del Régimen Chileno..." en *El Difícil Camino...* FLACSO, 1993.

20 El PC, según Ascanio Cavallo, intentó formar parte de la Alianza Democrática, en principio aceptado por los socialistas, pero rechazados finalmente por los democratacristianos. Pág. 353.

21 El PC declararía posteriormente que la responsabilidad de la división de la oposición respondía a las políticas excluyentes del PDC que nunca aceptaría aliarse con los comunistas.

22 Silva, Eduardo. Op. cit., pág. 224.

23 Revista *Hoy* del 31 de agosto al 6 de septiembre de 1983.

24 Revista *Hoy* del 7 al 13 de septiembre de 1983.

25 Revista *Hoy* del 14 al 20 de septiembre de 1983.

26 Ibid. Revista *Hoy*. No ha sido posible averiguar qué organización fue la responsable de este ataque en particular.

27 Reportaje Especial de la Revista *Análisis* posterior a la concentración del 18 de Noviembre de 1983.

28 Ascanio Cavallo asegura que el PC no participó en las negociaciones por expreso rechazo del PDC.

29 Para reconstruir estos aspectos he contado con entrevistas a los siguientes protagonistas: Jorge Cárcamo, iniciador del Trabajo Militar del PC en 1983, fundador y jefe del TMM de Santiago 1984. Ignacio, jefe del Trabajo Militar de la JC en Concepción 1983, jefe TMM JC Valparaíso 1984 y Santiago 1985 y 1986. Rene, jefe del TMM del PC Santiago 1985-1987. Pablo, primer oficial del PC designado a nivel de Regional como jefe del TMM en Pudahuel en el año 1985. Ifa y Pedro, oficiales designados al trabajo del TMM en 1986.

30 Cada Comité Regional del PC en las ciudades estaba compuesto por el Secretario, por el Organizador, que fungía como el segundo hombre, y por los responsables de las direcciones principales de trabajo del Partido, a saber: un encargado sindical, de pobladores, de propaganda, de

mujeres. A esta estructura es que se suma el "Encargado Militar" en el transcurso de 1986.

31 En 1985 y 1986, según René, jefe del TMM de Santiago, de los 12 Regionales, cuatro encargados del TMM eran oficiales del PC, cerca de la mitad eran cuadros con cursos irregulares cortos, y algunos provenían de los antiguos Grupos de Seguridad del 73. Nunca tuvo la "nómina completa".

32 A pesar de las diferencias, "podemos hacer cosas juntos" señaló Gabriel Valdés antes de la Jornada de Protesta de Marzo. Revista *Hoy* del 7 al 13 de Marzo 1984.

Capítulo 6.
1984, todos consolidan posiciones

Jorge Cárcamo no recuerda bien en qué mes de 1984 realizó un periplo por todos los Regionales principales del PC junto a Salvador. En algunas de las reuniones participó el encargado de organización del Secretariado Regional, que siempre ha ocupado el segundo lugar en la estructura clásica del PC. Según Juan Carlos, eso ocurrió a fines de ese año, antes Salvador estaba en el exterior.

El objetivo era tratar de hacer comprender al conjunto del Partido, a través de estas direcciones intermedias, qué era el Trabajo Militar de Masas, su papel en la Rebelión Popular y el de todos los militantes en las nuevas formas de lucha. Se trataba de precisar que el TMM era de todo el partido y estaba subordinado a cada secretario regional aunque paralelamente tuviera su propia dirección nacional centralizada.

Quedaban sentadas así, de forma concreta, las bases estructurales de lo que sería este trabajo en los *años urgentes* de 1985 y 1986. A cada Secretario Regional le llegarían orientaciones del tema militar por dos vías paralelas. Una era a través del encargado del TMM en el Regional, que era su subordinado, quien a su vez recibía las orientaciones de su propia estructura nacional del TMM. La otra era la forma tradicional y principal de orientación y dirección del PC a sus Regionales, Vía Uno le llamaban los comunistas, que partía de la Comisión Política y se trasmitía a través de la Comisión Nacional de Organización.

La fórmula, a su vez, separó a los hombres en una estructura que adquirió una dinámica particular dentro del partido. Eran los de la "tarea", "los milicos", de la misma forma que la Comisión Sindical o Agraria atendían sus asuntos específicos. De esta manera, el diseño conspiraba contra la incorporación de todo el Partido a la Rebelión, a la Sublevación Nacional.

No era un problema orgánico lo que producía el conflicto, sino una concepción política que arrancaba de los complejos orígenes y

concepción de la Rebelión, vistos en capítulo precedente.

Ninguna de las fuentes consultadas registra la fecha de fundación de las Milicias. En realidad, fueron creándose y naciendo al calor de la lucha desde el mismo comienzo de los enfrentamientos en los barrios donde se producían los mayores de estos, muchas veces de forma espontánea, en los que confluían militantes de cualquier partido y mayormente jóvenes sin militancia.

Los responsables del TMM de los Secretariados Locales desempeñaron un papel destacado en algunos de los focos poblacionales de las principales ciudades del país. Eran, junto a líderes naturales surgidos en esos enfrentamientos, los principales conductores de los enfrentamientos. Ni a fines de 1984, ni en los años venideros, se logró construir unidades del TMM ni de milicias en la clase obrera sindicalizada. Esa era la realidad de la principal fuerza estratégica del PC, en momentos en que la mayoría del pueblo llevaba dos años de enfrentamientos contra la dictadura.[1]

El Trabajo Hacia el Ejército THE fue la última que se organizó. Fue funcionando y organizándose fuera de la Comisión Militar, sin una decisión y explicación inicial precisas. Cuando se creó la Comisión de Trabajo Hacia el Ejército, encargada de las relaciones con organizaciones públicas de uniformados en retiro y con militares en activo "no contaminados", "no fascistas", como lo definía su línea de trabajo, se le "compartimentó" de la Comisión Militar, probablemente por este tipo de relaciones. No obstante era atendida por la Comisión Política.

La Comisión Política era prolífera en estos asuntos y le brindaba gran espacio en sus documentos centrales, con propuestas de unas nuevas Fuerzas Armadas a las cuales se les exigía eliminar la doctrina de Seguridad Nacional, erradicar la oficialidad fascista de sus filas, y regresar a sus cuarteles, a las tareas de la Defensa Nacional, después de ser democratizadas y reorganizadas. En sus documentos, el PC insistía que podía producirse un "reencuentro

de las Fuerzas Armadas con el pueblo", "solo con Pinochet y la camarilla fascista" no podía existir un acuerdo posible.[2]

El documento del Pleno de 1985, el Pleno de la Sublevación, efectuado en diciembre de 1984, el cual reconoce que en ese momento en el país "madura una situación revolucionaria", especifica con meridiana claridad la forma principal de producir el quiebre de las Fuerzas Armadas:

> Un cambio de actitud de las Fuerzas Armadas será ante todo resultado de un mayor ascenso en la lucha del pueblo, de una mayor presión de masas, de la creación de una situación insostenible para la dictadura. Pero no puede caber duda que ayudará también en tal sentido el trabajo específico y la actividad que el Partido y todo el movimiento popular realicen en dirección a ellas.

En este mismo documento, en el acápite titulado "Preparar al Pueblo y al Partido para el Paso Decisivo", se expresa textualmente:

> Se trata, en otras palabras, de incrementar la movilización combativa y multitudinaria de las masas y la acción de hombres, elementos y estructuras capaces de *hacer uso de la violencia en un grado superior tanto en cantidad como en calidad* a la que se ha usado hasta hoy.[3]

El THE, a fines de 1984 contaba, más que ninguna otra de las estructuras militares del PC, con precisión y claridad en los contenidos y esencia de su trabajo. No obstante, para esa fecha, estaba muy lejos de tener la estructura y los cuadros necesarios para desarrollarlo. Casi dos años más tarde, en un informe de la Comisión Militar de octubre de 1986, aún se reclamaba por la carencia crónica de cuadros y personal preparado para el trabajo de esta comisión.

Para la Comisión Militar, órgano principal de dirección militar del PC, fue precisamente 1984 su año de consolidación y protagonismo. Nunca llegó a ser una suerte de Estado Mayor de la Dirección Política del PC porque esta última, por definición de la propia Rebelión y del papel del elemento militar, jamás asumiría

el mando de estos asuntos como una jefatura.

Por la misma razón, tampoco existió algún jefe político que asumiera el mando militar. Los principios de funcionamiento entre estas estructuras correspondían al centralismo democrático y no al principio militar del mando único. Según varios protagonistas de estos hechos, en los momentos de elaboración y discusión del Plan de la Sublevación en 1985, Gladys Marín adoptó algunas posturas de máxima autoridad en sus reuniones con la "parte militar" del PC, mostrando los primeros esbozos de relaciones regidas por el mando único.

El breve tiempo que duraron esas circunstancias impidió que la práctica de los hechos obligara al ejercicio de este principio y por necesidad aparecieran liderazgos y una jefatura político-militar que abarcara a todos los comunistas, cuestiones imprescindibles para enfrentamientos como los previstos en la Sublevación Nacional.

La Comisión Militar dirigía el TMM y el FPMR, además de contar con estructuras propias de aseguramiento, como infraestructura, documentación, comunicaciones e instrucción en el exterior. Durante 1983 y 1984, la logística se desarrolló subordinada al FPMR, pero las exigencias de recursos y armamento que nacían de la apreciación de un auge en la lucha en esos años hizo que a comienzos de 1985 se creara una Logística Central subordinada directamente a la Comisión Militar.

La Dirección Central del PC o su Comisión Política, y particularmente Gladys Marín, al frente entonces del EDI, debieron aprobar y participar de todas estas grandes decisiones tomadas por la Comisión Militar. Por el carácter y papel de la Comisión Política en estos asuntos, estaba excluida de los detalles técnicos y operativos y desconocería la inmediatez de todas las increíbles urgencias e imponderables que surgieron siempre.

Por otra parte, el FPMR para fines de 1984 había consolidado un numeroso grupo de voceros y núcleos de rodriguistas instalados en casi todos los países de Europa Occidental y en algunos

latinoamericanos, encabezados primero por Roberto Torres y luego por Marcelo Reyes. Lograron éxitos notables en sus labores apoyados en el impacto que causaban las acciones de la nueva organización y en el reconocido rechazo hacia la dictadura de gran parte de la comunidad internacional.

Organizaciones políticas y sociales de todo tipo eran objeto del trabajo de estos voceros, que pudieron ampliar las relaciones hacia sectores de la socialdemocracia y cristianos de distinto signo, donde los comunistas tenían mayores dificultades para llegar. Fueron recibidos hasta en el Parlamento Europeo.

Gracias a su carácter semipúblico y a los archivos que crearon, se han conservado partes mensuales y dos resúmenes de las acciones del FPMR. Una revisión y comparación con las informaciones publicadas en la prensa durante todo 1984 corrobora esta apreciación. Entre ellas aparece la toma de un tren con destino al sur del país ocurrida al anochecer del miércoles 20 de junio.[4] Según Fabiola, combatiente del FPMR,[5] la acción tenía muy bien definidos sus fines propagandísticos y por primera vez participaron en forma conjunta tres Grupos Operativos, al mando de Fernando Larenas.

Los ataques a cuarteles policiales y a la CNI fueron otra modalidad del accionar del FPMR. En rigor, fueron hostigamientos de breves minutos. Una de las primeras operaciones de este tipo, la realizaron combatientes de un Grupo Operativo de Santiago el 29 de junio de 1984 contra el cuartel de la Dirección de Inteligencia del Ejército ubicado en la Alameda Bernardo O'Higgins.[6] En la acción resultaron heridos dos combatientes del grupo.

Hasta allí, la operación no hubiera trascendido de no haber sucedido una serie de hechos que culminaron con el aniquilamiento de cuatro miembros de la organización a manos de la CNI. Con informaciones entregadas por Víctor Díaz, protagonista de estos sucesos,[7] la colaboración de varios de los primeros presos políticos del FPMR, más los datos aparecidos en la

prensa en los días posteriores a estos acontecimientos, es posible realizar un acercamiento a los pormenores y razones del primer gran golpe que propina la CNI al FPMR.[8]

La operación de la CNI ocurrió poco más de seis meses después de la aparición pública de la organización. En ese breve tiempo, el salto en calidad y cantidad de las operaciones del FPMR había sido sorprendente y estaba en total sincronía con el efervescente estado de enfrentamiento popular. En esos seis meses, además, se habían producido otras acciones de repercusión, como sabotajes simultáneos en Valparaíso, Santiago y Concepción, que poco a poco se iban extendiendo a otras ciudades; la prensa se hizo eco al inicio e informó de decenas o hasta una veintena o más en una noche y a la misma hora. También la toma de tres radioemisoras y dos agencias de prensa, todas incruentas y en las que casi siempre se pudo trasmitir proclamas de la organización; la última había sido Radio Minería, el 7 de junio, donde se cumplió la misión de controlar simultáneamente la emisora y su planta repetidora.

Se sumaba el secuestro de camiones transportadores de alimentos y el posterior reparto de las mercancías, las acciones más aplaudidas por los habitantes de los barrios populares, y el hostigamiento de dos cuarteles policiales en Santiago y uno de la CNI en Valparaíso, a los que se añadían otras acciones contra cuarteles realizadas por el MIR, de acuerdo con informaciones de prensa.

Nueve días antes del atentado al cuartel de la Dirección de Inteligencia del Ejército, al anochecer del miércoles 20 de junio, en un área contigua a la población La Victoria se produjo la espectacular toma y control del tren de pasajeros con destino al sur del país. Pocos días más tarde se efectuó un sabotaje mayor contra un puente ferroviario sobre el Río Claro, sin víctimas ni accidentes[9] gracias al aviso oportuno a las autoridades ferroviarias, norma invariable cada vez que se realizaba este tipo de acciones.

Las víctimas por accidentes o errores de la organización eran

escasas; las múltiples bombas siempre explotaron en altas horas de la noche y con mayor poder de ruido que destructivo. El 3 de mayo, el FPMR tomó una agencia de prensa con el único objetivo de acusar a los Servicios de Seguridad del atentado con bomba "perpetrado con el fin de crear un clima de terror ante la celebración del Primero de Mayo".[10] El hecho en cuestión había ocurrido días antes en la estación del metro Pajaritos, en Pudahuel, con un saldo de treinta heridos, según informó la prensa de la dictadura, que se encargó de montar una campaña acusatoria contra los "comunistas y terroristas".

La CNI recibió la instrucción de operar sobre la organización. Lo exigía la situación política general y la acumulación de un accionar operativo revolucionario nunca antes visto en todos los años de dictadura.

La CNI recurrió a la información acumulada desde los meses precedentes. Los primeros presos del FPMR, detenidos en mayo de ese mismo año por circunstancias ajenas a estos acontecimientos, le habían hecho saber oportunamente a su organización que algunos jefes intermedios ya eran objeto de seguimiento.[11]

Si la mayoría de los comunistas en ese momento no sabían que los Regionales del Partido y el FPMR actuaban con absoluta compartimentación entre ellos, pero coordinados de forma central en determinadas ocasiones, los aparatos de seguridad con mayor razón se confundían al tratar de determinar actores y estructuras. Todo se complicó más cuando los primeros detenidos reconocieron doble militancia, algunos solo una. Por otra parte, en ese entonces la promiscuidad y cruces entre todos era un problema todavía por erradicar. Todo esto, en esos primeros años, era causa de confusión para los torturadores.

El atentado del FPMR al cuartel de Inteligencia del Ejército ocurrió pasadas las siete de la mañana del viernes 29 de junio. La operación de la CNI contra el FPMR comenzó la noche del lunes 2 de julio, a escasos tres días de la acción, y culminó en la madrugada del día 5. Fueron tres noches consecutivas, más de

cincuenta agentes en quince vehículos y un gran despliegue publicitario.

Cuatro miembros del FPMR fueron acribillados literalmente sin que mediara enfrentamiento alguno, aunque la CNI afirmó lo contrario en su informe a la prensa; parte de las armas puestas en manos de los combatientes y aparecidas en las fotos ni siquiera existían en la organización.

En las cercanías de la Rotonda Departamental balearon a Enzo Muñoz, jefe de logística de Santiago, y Manuel Sobarzo, militante público del MIR, dirigente del CODEPU (Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo) y amigo personal de Enzo, quienes se dirigían a un teléfono público para efectuar una llamada.

Ambos acababan de salir de una clínica clandestina cercana donde se encontraba Luis Alberto Belmar, uno de los combatientes heridos en el ataque al cuartel. Los agentes allanaron la clínica y detuvieron a Belmar, su compañera y los dueños de la casa, colaboradores de la organización.[12]

Al amanecer, sacaron de su casa al matrimonio formado por Ana Alicia Delgado Tapia, de treinta y un años, y Juan Manuel Varas Silva, de treinta y dos, y los trasladaron hasta el Callejón lo Ovalle. Los asesinaron frente a las panderetas que cierran los terrenos de la Ciudad del Niño Presidente Ríos. Unos veinte impactos de bala quedaron marcados en los muros del lugar.[13] Según Pedro, a la sazón jefe de logística del FPMR, la casa de Ana y Juan era utilizada como "buzón", para resguardo temporal de medios materiales; aunque ambos aparecieron portando armas, ninguno las tenía, no eran combatientes operativos.

Entre la madrugada del martes 3 y la del jueves 5, la CNI allanó cinco casas vinculadas al FPMR en diversos lugares de la capital y detuvo alrededor de diez miembros de la organización, entre ayudistas y colaboradores. En solo una de ellas existían medios explosivos del Frente, en todas las demás la CNI los introdujo,[14] como en la ubicada en la Comuna de Renca, donde dijeron haber encontrado explosivos, armamento, propaganda y hasta

documentos del organismo político público de la izquierda, el MDP.[15]

Otras de las noticias difundidas con gran despliegue fue que los "extremistas muertos pertenecían a la plana directiva del grupo militar izquierdista"[16] y por tal motivo las acciones representaban un duro golpe para el Frente. En los meses siguientes, un notorio ascenso en la cuantía y envergadura, tanto de las acciones combativas de Grupos Operativos como de las acciones de masas se encargarían de refutarlas.

Dirigentes del CODEPU y la abogada Fabiola Letelier reclamaron a la justicia investigar estas muertes, en especial la de Sobarzo, que nunca había formado parte del FPMR.[17] El caso nunca quedó esclarecido.

La lucha popular

El 4 y 5 de septiembre y el 30 y 31 de octubre se realizaron las protestas más intensas y extensas de 1984, con su respectiva cuota de muertes y heridos a manos de las fuerzas represivas. Otra vez el protagonismo se lo robaron los sectores populares en los barrios periféricos, el cordón de fuego en torno a la capital se encendió como si se tratase de una operación coordinada y planificada con precisión.

Las protestas de septiembre fueron verdaderos combates callejeros de gran intensidad y más extensos que las jornadas anteriores. En la del día 5, la policía uniformada asesinó al cura Andrés Jarlan en el segundo piso de su casa, situada en la población La Victoria. Los vecinos lo encontraron, cual escena preparada para producir conmoción, con la cabeza desplomada sobre una *Biblia* abierta y ensangrentada.[18] La casa parroquial fue perforada con facilidad por las ráfagas indiscriminadas, método habitual contra las poblaciones populares insurrectas, la mayoría construidas con materiales precarios.

Solo casos así permitían suponer a algunos políticos e intelectuales lo que realmente sucedía en la periferia de la ciudad

en los momentos de las grandes Jornadas de Protesta. El notorio descenso de la participación de los sectores medios y altos en las Jornadas del año 1984 ha llevado a muchos de estos lejanos espectadores a definir ese año como el del ocaso de las manifestaciones populares.

Para desmentir tales afirmaciones bastaría el siguiente fragmento de una carta de Andrés Jarlan fechada el 20 de agosto, antes de su asesinato durante la Jornada de septiembre:

> Hay protestas en cada comuna, resultado 35 heridos, muchos continuaron en combate a pesar de tener plomo en el cuerpo, un herido tenía 54 perdigones, otro tenía 200 en todo el cuerpo. Lo que puede sufrir la gente es terrible y a causa de nuestro sacerdocio estamos en primera fila como testigos o actores directos.[19]

Sin embargo, la jefatura zonal del TMM de Santiago solo en 1985 lograría en alguna medida la planificación centralizada de estas jornadas, aunque una parte importante siguió siendo espontánea. Lo ocurrido en 1984 era simplemente la sumatoria de las barricadas y fogatas en toda la periferia en un preciso momento de la Jornada de Protesta Nacional.

El dictador

Pinochet se subió a un helicóptero la noche del 27 de marzo para observar desde el aire la primera Jornada de Protesta de 1984; en numerosas investigaciones aparece este dato, no así las apreciaciones del dictador sobre lo que vio. Su ministro del Interior hizo lo mismo en esa fecha y también en las de octubre, que tuvieron el ingrediente de llamamientos a Paro Nacional; tampoco se conoce qué opinó, solo las contradictorias declaraciones del aparato de comunicaciones, en las que siempre las jornadas y paros eran un fracaso.

La respuesta de Pinochet después de su periplo aéreo fue inequívoca. No se amilanó, las declaraciones de abril en el Diego Portales marcaron la pauta para el año: "Este gobierno no capitulará jamás".[20] Sus siguientes expresiones permiten catalogar 1984 como el año de las tácticas boxísticas del dictador:

las negociaciones emprendidas por Jarpa habían sido "un juego de piernas", las duras medidas administrativas contra dirigentes públicos de oposición, relegados y encarcelados a mitad de ese año, y la ofensiva contra el "terrorismo y la subversión" fueron "como el buen boxeador que sale dando duro cuando todos creen que está por las cuerdas".[21]

Ese año fue para la dictadura el de la discusión de proyectos de leyes fundamentales como la de partidos políticos, registros electorales y del Parlamento anticipado. Lanzaba cortinas de humo de probables cambios constitucionales mediante plebiscito o la discusión y posterior promulgación de estas leyes, cuestiones que impulsaban a opinar a moros y cristianos, mientras pasaba el tiempo en pos del cumplimiento de los plazos establecidos en la Constitución del 80. "¡Entiéndanme!, diría con energía Pinochet a los periodistas de La Moneda en agosto de ese año, ¡se va a cumplir la Constitución como está escrito y punto!".[22]

En el discurso del 11 de septiembre, el dictador dio por terminada la "apertura y el diálogo" y cerró toda posibilidad de negociación para soluciones como el Parlamento anticipado. Prometió mano dura, acciones drásticas y férreo acatamiento a lo establecido en la Constitución del 80. "Chile retornará a la plena institucionalidad en 1989".[23]

Eran las reglas, no habría vuelta atrás, y así sería, tal cual Pinochet lo decidió. Pero en 1984 los dirigentes del proyecto de negociación, de la Alianza Democrática, no lo podían saber ni adivinar, y ante el naufragio de sus encuentros con el ministro del Interior, se enfrascaron en buscar con perseverancia y dedicación nuevos derroteros para sus propósitos.

El Proyecto Negociador

Para entender las causas y el grado de su incidencia, en la derrota de la Rebelión del PC, también es imprescindible detenerse en este crucial momento del proyecto del PDC.

En un seminario realizado los días 27 y 28 de julio de 1984 en el

Hotel Tupahue de Santiago, Patricio Aylwin, quien llegaría a ser el primer presidente de Chile post dictadura, lanzó los fundamentos de la nueva postura que ya venía desarrollándose al interior de la AD. La retórica es antológica y de un verbo convincente. Ofrecía la paz, la concordia, el reencuentro entre chilenos que tenían el alma trizada. "Una salida jurídico-política, sobre la base de descubrir y reforzar lo que nos une y de sacrificar lo que nos separa".

De un lado, señalaba, *la salida violenta, la solución mediante la guerra civil, la fuerza con toda su carga de drama y dolor.* Del otro lado Aylwin ofreciendo la salida pacífica *por los caminos de la razón y del derecho.* Tal cual describía la situación imperante, Chile caminaba hacia el desastre, y apelando a la historia, recordaba que la ceguera de las clases dirigentes en vísperas de grandes convulsiones, por no querer o no poder ver los signos de los tiempos, provocaron acontecimientos como los ocurridos en la Revolución Francesa y la Rusa, y por la misma ceguera, en los tiempos contemporáneos se habían podido instaurar regímenes como el de Cuba, Irán y Nicaragua. Había que buscar una salida... y pronto.

La extensión del documento y su alambicada construcción discursiva obliga a rescatar la esencia:

1. "*Dejar de lado la disputa sobre la legitimidad del régimen y de la Constitución del 80". "Dejar de lado*" no significaría desconocimiento ni negación, sino una suerte de aceptación bajo protesta de la Constitución y el dictador.

2. "*Una Asamblea Constituyente, por sufragio libre, universal, secreto e informado es el mejor procedimiento para elaborar una Constitución democrática*". Así lo afirma Aylwin, pero no lo hace para exigir su realización, sino para arribar a otra conclusión: "*Las actuales circunstancias no hacen viable convocar a una Asamblea Constituyente [...] debemos explorar otros caminos a partir de la Constitución vigente*". A continuación, se explayaba en las más importantes propuestas de reformas políticas y cambios a la Constitución, en las cuales las Fuerzas Armadas y principalmente

la Junta de Gobierno, eran los interlocutores escogidos y más indicados con quienes negociar.

Estas serían las bases, el espíritu de un proceso de negociación con el Poder sobre las reformas a la Constitución que se ha extendido hasta la actualidad.

A partir de estas definiciones se pondría fin en la Alianza Democrática a la tríada radical que los unía al MDP: *No a la Constitución del 80, No a Pinochet y Asamblea Constituyente.* En adelante se trataba de presionar para negociar las reformas a la Constitución vigente en las mejores condiciones posibles. Se allanaba el camino pero con renuncias de un solo lado, que obligarían a la AD a continuar necesitando de la movilización social durante los años venideros.

En los últimos meses de 1984, los caminos invariablemente divergían en la oposición. En ese mismo momento en que se consolidaban los cambios en el PDC y en los sectores socialistas que formaban la AD, el PC realizó el trascendente Pleno de enero de 1985.

Las jornadas de paro y protesta de septiembre, octubre y noviembre de 1984, el crecimiento y extensión de los enfrentamientos populares y las acciones del FPMR y la incapacidad del régimen para controlar esta situación, influyeron decisivamente en la apreciación del PC de que en Chile "madura una situación revolucionaria". La dictadura respondió con su proverbial estilo: se atrincheró, mantuvo su voluntad inalterable y declaró el estado de sitio el 7 de noviembre de 1984.

En estas condiciones y en este contexto, el PC y sus fuerzas políticas y militares llegaron a esos *años urgentes* de 1985 y 1986 vistos en la primera parte de este libro.

1 Los datos acerca del TMM y del THE fueron elaborados a partir de entrevistas con Jorge Cárcamo, fundador del TMM; Andrés, jefe TMM Nacional con excepción de la capital; René, jefe TMM de Santiago; Ignacio jefe TMM JJCC (Informe acerca de la Comisión Militar dado por Raúl Pellegrin a cuadros de dirección del FPMR en el verano de 1987).

2 Desde el primer Pleno del PC en dictadura en 1977, y los subsiguientes de 1979, 1981, la Conferencia de 1984 y en el Pleno de 1985, se desarrolla con detalles y de forma explícita esta política del PC hacia las FFAA.

3 Tomado del Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Enero de 1985, pero realizado en Diciembre de 1984. El subrayado es nuestro.

4 Diario *La Tercera*, 21 y 22 de junio de 1984.

5 Fabiola, combatiente del FPMR, entrevistada para este trabajo en julio de 1988.

6 Diario *La Tercera* del sábado 30 de junio y martes 3 de julio.

7 Víctor "Chino" Díaz. Participante en esta acción. Es uno de los heridos.

8 En la revista *Hoy* del 11 al 17 de julio, aparece un amplio reportaje con detalles de estos sucesos donde se contradicen los antecedentes entregados a la prensa por la CNI.

9 Fechas y datos obtenidos de los diarios *Las Últimas Noticias* y *La Tercera* en los primeros seis meses de 1984.

10 *Las Últimas Noticias*, 4 de mayo de 1984. Un Grupo Operativo del FPMR ocupa por 20 minutos la agencia ANSA.

11 Marcos es la chapa de uno de los primeros presos que caen posterior a la fundación oficial del FPMR. Radicado en La Habana, es entrevistado en enero del 2008.

12 Datos aparecidos en la revista *Hoy* del 11 al 17 de julio de 1984.

13 Ibid., Revista *Hoy*.

14 Entrevista con Pedro, jefe logístico del FPMR en 1984.

15 Informes de la CNI aparecidos en *La Tercera* el viernes 6 de julio.

16 *La Tercera*, miércoles 4 de julio de 1984. Reportaje con grandes titulares a dos páginas.

17 *La Tercera*, viernes 6 de julio de 1984.

18 Diario *La Tercera* miércoles 5 y jueves 6 de septiembre de 1984.

19 "Revistas *Hoy* del 10 al 16 de septiembre y la siguiente del mismo mes, con amplios reportajes a los combates poblacionales y estudiantiles.

20 Discurso en el Diego Portales frente al "voluntariado femenino", *Las Últimas Noticias*, 18 abril 1984.

21 Revista *Hoy*, del 1 al 7 de agosto de 1984.

22 Ibid.

23 Diario *Las Últimas Noticias*, 12 de septiembre de 1984.

Cuarta parte
El desenlace

Capítulo 1.
Adecuaciones y rupturas en el PC

"¡Pero, mijito...! ¡Cómo usted le va a hacer esto al partido!", le decía Berta a su huésped clandestino que tuvo en tiempos de dictadura, mientras intentaba cubrirse el rostro, cuya expresión reflejaba una extraña mezcla de incomprensión, susto y dolor inesperado. "¡Usted sí que no..., si usted es un muchacho tan bueno!", remataba la sexagenaria comunista y arriesgada colaboradora e infraestructura del aparato militar del PC.

El militante y oficial del partido que cuenta esta anécdota, había decidido en junio de 1987 separarse de su organización de siempre para seguir otros derroteros políticos. La señora Berta, hija de fundadores del PC, que lo había protegido como a un verdadero hijo, no podía entender que un "joven bueno" pudiera abandonar la organización de toda su vida.

"¡Esto es muy peligroso..., se van a quedar muy solos!", sentenció la mujer compungida y como derrotada; nunca pudo comprender los argumentos esgrimidos por su protegido. Al partido simplemente no se le podía hacer eso... era su máxima repetida una y otra vez. "Se van a quedar muy solos", le reiteró casi al despedirse. El impetuoso oficial no se percató de que la sencilla militante de base quizás no le estaba dando un consejo maternal, sino le vaticinaba un serio riesgo político, que en ese momento el joven no pudo o no supo calcular.

En los contados casos en que el Partido Comunista de Chile ha sufrido algún intento de fraccionamiento, más de uno de sus miembros padece como un desgarro profundo, una mezcla de rabia con angustias molestas y confusas. El impacto ha sido mayor cuando se ha tratado de un colectivo que se organiza para defender una concepción política y termina separándose. Es como un encono irracional hacia posibles grupos con irreductibles posturas políticas cuyas acciones puedan dañar la "unidad del partido", principio de organización esencial, uno de los pilares

básicos de su fortaleza y supervivencia a lo largo de casi cien años de vida y a través de los más variados gobiernos. Para este partido no existe ninguna razón que justifique dañar su unidad política y orgánica.

No existe una explicación única y abarcadora para los terribles resentimientos y dramatismos que adquieren las crisis internas en los partidos comunistas y en los movimientos revolucionarios en general. Un ejemplo extremo, que los oficiales del PC conocieron de fuentes muy cercanas, ocurrió entre los revolucionarios salvadoreños en 1983. El comandante Marcial, máximo dirigente del Frente Popular de Liberación, una de las cinco organizaciones que formaban el FMLN, ordenó el asesinato en Managua de la comandante Ana María, en ese momento miembro de la Dirección Nacional de su organización. Poco tiempo después, una vez descubierto el crimen, Marcial se suicidó en Nicaragua.

Quizás uno de los casos más dramáticos de esas purgas internas había sido el asesinato del poeta y ensayista salvadoreño Roque Dalton, muerto por sus propios "camaradas" de guerrilla el 10 de mayo de 1975. Los autores del crimen acusaron al poeta de intentar "dividir el movimiento revolucionario", lo que consideraron una "traición".[1]

Como toda organización política, el PC chileno ha tenido entre sus militantes a detractores y disconformes; no obstante, pocas veces en su historia ha sufrido crisis internas de cierta magnitud con el resultado de grupos cohesionados que terminen separándose.[2] En ninguna de esas ocasiones los comunistas chilenos emplearon el asesinato o exterminio de alguno de sus miembros, independiente de la profundidad de la crisis y el curso posterior de los grupos disidentes.

Muchas veces, la dictadura y sus medios de prensa trataron de endilgarle al PC el asesinato de sus militantes. El caso paradigmático fue el de los tres dirigentes comunistas degollados por miembros de Carabineros de Chile en marzo de 1985. El

comandante en jefe de la Armada, que se encontraba al frente del "Poder Ejecutivo", afirmó tajante: "Todos los últimos asesinatos son del Partido Comunista. No hay nadie más que ellos involucrados en estos latrocinios"[3] (sic).

Estos conflictos en el PC comenzaron a perfilarse con nitidez luego de la jornada del 2 y 3 de julio de 1986 y se instalaron de manera definitiva después del descubrimiento, en agosto de ese año, de decenas de toneladas de armamento introducidas al país por la caleta Corrales, en las costas del desierto de Atacama, y del fallido ajusticiamiento del dictador realizado en la carretera del Cajón del Maipo el 7 de septiembre del mismo año.

Al finalizar la primera parte de este trabajo, esta historia quedó como suspendida en el último trimestre de 1986, justo en los instantes en que comenzaba un paulatino y sostenido retroceso del proyecto de confrontación del PC, el cual en brevísimo tiempo terminaría siendo derrotado por el proyecto de la Concertación. Los partidos de este conglomerado realizaron un progresivo repliegue de la movilización social, que influiría en la disminución de la lucha popular y tendría por resultado una fuerte tendencia al aislamiento del PC.

Había que parar a los comunistas de cualquier manera. Las dos grandes operaciones fallidas, nunca antes vistas en Chile, y el empuje popular hasta julio de 1986, fueron argumentos suficientes para todas las fuerzas participantes en esta lucha. De seguir por ese camino, el proyecto de la Rebelión Popular tenía grandes posibilidades de jugar un papel principal en la solución a la dictadura. Como quedó demostrado, la flagrante injerencia norteamericana se sumó e influyó en el fracaso del proyecto impulsado por el PC y sus fuerzas aliadas.

Ante este escenario, la Comisión Política del PC realizó un reordenamiento en su política inmediata, intentando remontar la situación. Como "adecuación táctica" se conoció la maniobra al interior del PC según la cual había que paralizar de momento las acciones combativas, privilegiar la unidad de toda la oposición y

revisar responsabilidades en los grandes fracasos en el terreno militar. Quienes siempre mantuvieron reservas respecto al "asunto militar" encontraron en esas estructuras y en esos hombres las causas principales del evidente retroceso del papel del PC en la lucha contra la dictadura.

Esta percepción de pérdida de protagonismo en la conducción de la lucha antidictatorial y, principalmente, el atisbo de la derrota del proyecto de Rebelión Popular, fueron las razones esenciales que detonaron los conflictos. Las distintas posturas para solucionar tan complejo cuadro determinaron los fraccionamientos en los extremos políticos del PC.

De manera esquemática, esos extremos se pueden agrupar en un sector más confrontacional, que abogó por profundizar la Rebelión e insistir en el cumplimiento del Plan de la Sublevación Nacional, con especial énfasis en el accionar armado, y un grupo de la derecha del PC, que adoptó posiciones críticas al partido y exigió la incorporación inmediata a los postulados y estrategias electorales del proyecto de concertación liderado por la Democracia Cristiana.

A la postre, ninguna de estas posiciones logró remontar el aislamiento del PC y revertir la derrota del proyecto confrontacional. El partido, ni por sí solo ni con sus más cercanos aliados tuvo la fuerza necesaria para cambiar el curso de los acontecimientos. Mucho menos la tuvieron los sectores que se marginaron y emprendieron proyectos independientes.

No fue un momento de crisis, sino un período complejo de conflictos internos y contradicciones, que comenzó a fines de 1986 y se extendió hasta después del XV Congreso del PC, realizado en mayo de 1989, a escasos meses de las elecciones presidenciales de diciembre de ese año, en las que triunfó Patricio Aylwin, primer presidente de la Concertación.

Los militantes que se desgajan por la izquierda del PC, fenómeno mucho más lacerante que el provocado por los sectores de derecha, terminarían agrupándose tras el Frente Patriótico

Manuel Rodríguez. Sin embargo, en la versión oficial del PC, el fraccionamiento por la izquierda no ocurrió en el propio partido, sino en el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Según aparece en los documentos del XV Congreso, en las entrevistas hechas por Herreros a los máximos dirigentes del PC, e incluso en investigaciones históricas posteriores.[4] Habrían sido militantes comunistas "*destacados*" al FPMR los que se apartaron del partido y provocaron la división. El problema "*fraccional*" habría sido de esta organización y no del PC. La decisión política de no reconocer públicamente la pertenencia del FPMR al PC, que respondía a consideraciones tácticas de la lucha contra la dictadura desde 1980, fue llevada y trasladada a este conflicto interno. No se trataba de un fraccionamiento del PC, eran "comunistas destacados a trabajar en el Frente".[5]

No obstante, como se ha visto a lo largo de esta historia, resulta innegable que las contradicciones ocurrieron en todo el PC, principalmente en los sectores vinculados a sus estructuras militares y proclives al accionar armado y confrontacional, que en última instancia respondían a interpretaciones distintas de las formas de lucha, su concepción y su carácter. La primera estructura visible en este conflicto fue la Comisión Militar con todas sus estructuras subordinadas, que también sufrió profundas transformaciones.

El FPMR, organización plena y absolutamente del PC, fue el último refugio orgánico donde confluyeron comunistas de todas las estructuras militares del partido, ayudistas, colaboradores, militantes de base y milicianos de los barrios populares. La Dirección Nacional del FPMR, excepto uno de sus miembros, los principales mandos del TMM, e incluso uno de los miembros de la Dirección del Trabajo Hacia el Ejército, convergen en el Frente, organización que para esa fecha había ganado prestigio y presencia en la lucha contra la dictadura.

Fueron militantes comunistas, militares o no, los que se reunieron en el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, y luego de un

largo proceso de conversaciones entre Pellegrin y la dirección del PC, terminaron separándose del partido en julio de 1987. Sin lugar a dudas, los que se van son una mayoría de los miembros del FPMR de ese entonces. A pesar de que debe de haber sido uno de los mayores y más traumáticos desprendimientos políticos en la historia del PC, fue una minoría en relación con la totalidad de militantes del partido.

Al interior del FPMR, hubo un grupo que se resistió a separarse del PC, encabezado por Daniel Huerta, miembro de la Dirección Nacional y responsable del trabajo político y propagandístico de la organización. Este grupo, con algunos destacados mandos intermedios y un número no despreciable de oficiales, principalmente los que aún estaban fuera del país, conservó la tradicional subordinación del FPMR al PC. La Comisión Política decidió mantenerlo con similar estructura, misiones y funcionamiento, y así continuó hasta pasado 1990, cuando sufrió una evidente transformación que condujo a cambiar su nombre por el de Movimiento Patriótico Manuel Rodríguez, más acorde con los nuevos rumbos de la política del PC.

Esta es la razón por la que el FPMR apareció en julio de 1987 como "autónomo", en clara referencia a una independencia de su organización madre. No ha sido posible conocer quién ideó ese calificativo, pero obedece a la definición que hizo la dirección del PC sobre este desgaje, supuestamente distante, ajeno, que se habría producido en el FPMR y no en su propia estructura.

De allí nació enseguida el calificativo de "la fracción" para identificar al grupo disidente, y el de "fraccionalistas" para sus miembros. El cambio final de nombre del sector del FPMR que se quedó en el PC, por el de Movimiento Patriótico, solucionó confusiones que se produjeron en los años inmediatos a este conflicto.

Como parte de las contradicciones al interior del PC, en medio de los desprendimientos por derechas e izquierdas se distinguió con total nitidez un sector tradicional, conservador, muy crítico a

la interpretación y conducción de la Política de Rebelión hecha por el Equipo de Dirección Interior en el período 1980-1986. Es a ese conflicto con el sector "tradicionalista" al cual el XV Congreso e investigadores independientes sitúan como la contradicción interna principal del PC.

La figura primordial de esta corriente fue el miembro de la Comisión Política Orlando Millas, quien sin ambages criticó y rechazó desde sus orígenes los cambios de rumbo del PC conducido por el EDI, que en su parecer, alejaban al partido de su tradicional política de masas. Estos sectores que criticaban la gestión del EDI por haber promovido la Sublevación Nacional y el "año decisivo", nunca formaron tendencias orgánicas ni se apartaron del PC, a lo más los identificó una corriente de pensamiento histórico tradicional, que algunos investigadores denominan "recabarrenismo",[6] presente en todo el partido y en la cual se materializaron las "distintas interpretaciones de la Rebelión Popular". Este fue el principal sector de la "otra lectura" de la rebelión.

Millas es meridianamente claro al puntear en sus memorias el contenido político de su lucha al interior del PC como miembro de la Comisión Política, cuando señala y se opone a cada una de las definiciones realizadas por el EDI en los años del 1980 a 1986.[7] En las palabras de Millas se aprecia el rechazo al tema militar, a sus tareas y a las nuevas estructuras creadas. No es complicado entender que las acciones responsables que "contribuyeron" a malograr la lucha de masas fueron el intento de tiranicidio y Carrizal. Como los "años terribles" calificó Millas a ese corto período de 1980-1986.

Los principales jefes del TMM en el PC y los cuadros "civiles" identificados con el papel cardinal del tema militar en la Rebelión Popular, se fueron enfrentando a estos dirigentes "tradicionalistas", que bajo múltiples formas, abiertas o soterradas, dificultaban o impedían el cumplimiento de las tareas generadas por el Plan de la Sublevación en momentos en que este gozaba del

mayor empuje en el propio EDI y en todos los niveles del partido.

No existió una muralla que separara estos sectores "recabarrenistas" de aquellos que consideraban el empleo de las formas armadas y la violencia como un factor principal dentro de la lucha de masas del partido. No todo aquel abanderado de estas ideas, militares o no, que favorecieron la lucha armada en esos "años urgentes" terminarán fuera del partido.

En junio de 1987, por ejemplo, el Secretario Regional de Pudahuel elaboró un documento acerca del tema militar, en el que criticaba con dureza a la dirección del partido, y en particular al encargado de la Comisión de Organización y su equipo de atención, por la ausencia de dirección única con relación al Trabajo Militar de Masas, la dispersión y ambigüedad respecto al tema y el abandono de todo tipo de tareas con determinado contenido militar. Estas posiciones, sin embargo, no significaron que el mencionado secretario se fuera del partido y confluyera en el FPMR.[8]

Los impactantes resultados negativos ocurridos en el terreno militar, como fueron Carrizal y el tiranicidio, con la intervención y remoción posterior de toda la Comisión Militar a lo largo de 1987 y 1988, su paulatino desmantelamiento, la pérdida de su protagonismo en la política desarrollada desde entonces, y el progresivo regreso del PC a sus formas tradicionales de hacer política a partir del gobierno civil de Patricio Aylwin, redujeron notablemente las tensiones internas en el partido relacionadas con el tema militar.

Estas disputas de los comunistas chilenos ocurrieron en los mismos años en que se estaban produciendo profundos cambios en el mundo comunista de Europa del este, y coincidieron con los momentos en que se imponía en el país una nítida y poderosa tendencia electoralista como fórmula de solución a la dictadura. Ese cuadro favoreció el desgaje del sector de derecha, conducido por algunos dirigentes públicos que exigían una incorporación inmediata del partido al proceso electoral plebiscitario que se

preparaba para 1988.

Algunos conocidos dirigentes renunciaron al PC ante la lentitud del proceso y las contradicciones que se generaron en su transcurso, aunque el fraccionamiento mayor de estos sectores se produjo luego del XV Congreso del PC, cuando llegaron a formar algunas instancias orgánicas para finalmente diluirse y terminar incorporados a diversos partidos de la Concertación.[9]

El PC chileno, y principalmente esos sectores críticos, fueron presa de los terribles efectos provocados por el inesperado derrumbe del socialismo en la URSS y los países socialistas del este europeo. Todo el andamiaje ideológico y organizativo de los partidos comunistas en el mundo quedó en tela de juicio. "Claro que nos afectó –dice Sebastián al consultarle sobre este asunto, y agrega–: Para el desastre ocurrido, comparado con tantos partidos comunistas que cambiaron tanto, y no solo de nombre, bastante bien salimos de tamaño descalabro".

No obstante, los mayores conflictos en el PC se produjeron por su flanco izquierdo, donde el dramatismo afloró en cada recodo donde se dio la disputa. Quizás los hirientes calificativos que se profesaron entre sí, ayuden a entender el impacto que provocó esta separación, en contraposición a la más tolerada fracción por la derecha. Y no es que se trate de meras formas de calificar, sino que estas envuelven percepciones ideológicas que están en la raíz de esos conflictos. "Militaristas y aventureros", por una parte; "reformistas y electoreros", por otra.

Son cuestionamientos a la esencia del ser revolucionario. La dirección del PC defiende su condición de partido revolucionario, proletario, de la clase obrera, de las masas populares. Los que se van por la derecha, terminan desapareciendo tras proyectos ajenos; duele porque se van, no por lo que son. Los "militaristas y aventureros" son una minoría que poco tiempo después, en octubre de 1988, asaltaba cuarteles y en actos heroicos moría por sus convicciones. Esta actitud de consecuencia revolucionaria del FPMR conducida por Pellegrin, en determinados comunistas dejó

una huella admirable y dolorosa, incómoda para otros, inútil y estéril para alguno de sus ideólogos más fríos y calculadores.

Para Jacinto Nazal, antiguo comunista, figura principal en los orígenes de la Tarea Militar del PC y uno de sus más acérrimos defensores, el asunto es de una claridad meridiana; asegura que el PC nunca asumió el tema militar con un carácter estratégico, para quedarse, independiente de los vaivenes de la política coyuntural, de posibles reacomodos de carácter táctico que tuviera la lucha contra la dictadura.

Jacinto todavía sufre los efectos de cárceles y torturas en los primeros años del golpe militar. Numerosas y crónicas dolencias que padece desde entonces conspiran contra su deseo de trasmitir el inmenso caudal de historias acumuladas:

–Después de 1987, a pesar del discurso del partido sobre el tema militar, toda la increíble acumulación de fuerza política y militar lograda se fue perdiendo o fue desmantelada con lentitud pero de manera sistemática. ¿Te diste cuenta cuánto se logró en tan poco tiempo? Se demostró que se podía, y si poco a poco todo se fue terminando, creo que correspondió a una opción política. Si el PC decidió insertarse en el esquema que se planteó en Chile alrededor del plebiscito de 1988, donde el partido fue el último en incorporarse a un escenario conducido por los partidos de la burguesía, ¿qué sentido tenía crear grupos armados, armar a las masas o reeditar una nueva internación de armas?

"La Política de Rebelión Popular que se lanzó en el 80 no implicó un desarrollo estratégico en el trabajo militar. Esto fue tan así, que todo lo construido en política militar, todo lo que se acumuló de fuerzas militares fue siempre de abajo hacia arriba. Fueron cuadros aislados y estructuras inferiores las que construían, las que proponían los contenidos de la cuestión militar. Solo parte de la Comisión Política se fue convenciendo, y como a regañadientes; algunos nunca aceptaron este asunto militar.

"Te voy a contar un dato que ilustra lo que te digo. Cuando yo estaba al frente de la Tarea Militar en La Habana, llegó un

miembro de la Comisión Política procedente de Moscú. Traía la decisión de plantearles a los militares que podían regresar a la vida civil, volver a sus carreras universitarias, que se quedaran solo quienes tenían vocación para la Tarea Militar. Yo me opuse altiro y con energía, le dije que si esa era la decisión, se la comunicara él a todos los oficiales y estudiantes porque yo no lo iba a hacer. Eso fue antes de la misión internacionalista en la guerra de Nicaragua. Por cierto, no pasó nada, no les dijo nada a los militares y todo continuó igual. Yo estaba convencido que se habrían quedado muy pocos, eran contados con los dedos de una mano los que realmente tenían vocación para la vida militar.

"Bueno, muchos años después, cuando todo se complicó en 1987, se terminó, se puso fin al trabajo militar –me refiero a la acumulación, a la capacidad real–, ya ese asunto había jugado su papel y, claro, en ese momento de la lucha, todos los que estaban involucrados en esa tarea, que por cierto sobrepasaban con creces a los oficiales y especialistas militares, pasaron de ser "objetos" a "sujetos" de la política del partido, y estos "sujetos", necesariamente, se iban a expresar.

"Pregúntate una cosa: si todo este asunto del llamado "paso táctico" de la Comisión Política hubiera sido realmente táctico, lo menos que debió hacer el partido fue conservar sus cuadros de dirección militar, que costó tantos años formarlos; mantenerlos como en la reserva, organizados, vinculados, mientras desempeñaban cualquier trabajo en lo personal o en lo político.

"¿Dónde están todos esos cuadros hoy?"

–¿Por qué usted no se fue del PC a mediados de 1987 con el grupo de comunistas que criticaban estos mismos aspectos?

–Es cómodo decirlo ahora, pero en ese entonces la idea de separase del partido no fue correcta. Si se hubiesen quedado, tal vez las cosas habrían sido de otra manera. ¡Ah!, hoy podrían ser hasta miembros de su Comité Central. Esos compañeros, principalmente los cuadros profesionales, de grandes conocimientos y de una clara voluntad y pensamiento estratégico,

no supieron adecuarse a la coyuntura, no sabían dar pasos tácticos, y en esos años era imprescindible dar un paso atrás, que significaba exactamente eso, un paso atrás, ni desmantelar ni lanzarse tras asaltos heroicos.

Antecedentes del conflicto

La agudización de las contradicciones al interior del PC en torno al tema militar tiene sus prolegómenos en los momentos de mayor fuerza de este partido, meses antes de la histórica Jornada de Protesta del 2 y 3 de julio de 1986.

En un informe enviado por Carabineros de la Prefectura Sur al 27º Juzgado Militar de Santiago,[10] aparecen los pormenores de un asalto realizado el 28 de abril de 1986 por un grupo territorial del Frente Patriótico Manuel Rodríguez a la panadería Lautaro, situada en la población Cóndores de Chile, en las inmediaciones del paradero 35 de la Gran Avenida, en la zona sur de Santiago.

Como resultado del asalto, se produjo un enfrentamiento entre el grupo territorial y fuerzas de Carabineros en el que murieron un uniformado y el combatiente Lenin Miranda Clavijo, al que la policía sindicó como jefe del grupo. Según un informe de prensa publicado al día siguiente, "la policía fue alertada por una dependiente en forma telefónica";[11] el cuartel quedaba a escasas diez cuadras de la panadería.

De acuerdo con la versión de Carabineros, cinco hombres y una mujer formaban el grupo operativo. El caso fue profusamente divulgado por los medios de prensa en los mismos días que se conmemoraba el Primero de Mayo, cuando se produjeron fuertes enfrentamientos y combates callejeros entre manifestantes y fuerzas de Carabineros combinadas con tropas del ejército. Era el "año decisivo", y los allanamientos masivos en la primera semana de mayo arreciaron sobre vastos sectores poblacionales periféricos. Las fuerzas represivas apelaron al clima de enfrentamiento y al ataque a Carabineros para justificar estos procedimientos invasivos en los barrios populares.[12]

En el parte policial entregado a los medios de prensa casi dos meses después del asalto a la panadería, aparecen múltiples lugares allanados y numerosas personas detenidas relacionadas con el caso. De entre ellas destaca un grupo de médicos y personal de una clínica privada conocida como Clínica Chiloé, donde el combatiente herido en el asalto a la panadería habría recibido atención médica. La mayoría de estas personas involucradas indirectamente eran miembros del Partido Comunista.

Pocos días después de la acción de la panadería, el 8 de mayo de 1986, en uno de los allanamientos fue descubierto en la población El Vivero, de la Comuna de Maipú, un barretín del Frente Patriótico Manuel Rodríguez con municiones y armamento. Fue el único resultado efectivo de los innumerables procedimientos y controles que las fuerzas represivas realizaron a decenas de miles de casas y locales de las poblaciones populares de la capital. El hallazgo bastó para que la dictadura justificara su proceder; la noticia fue propalada a los cuatro vientos.

El jefe del depósito era Manuel Fuenzalida, joven fundador de las primeras estructuras militares del PC desde 1980, devenido en miembro de la logística del FPMR. Los demás habitantes de la casa eran los combatientes Angélica Rojas, Eduardo Rosentrete, Eduardo Bustos y Francisco Escobar.[13]

–El barretín estaba muy bien hecho –cuenta Fuenzalida– y se encontraba oculto bajo una huerta en el amplio patio posterior de la casa. Eran dos tambores de plástico grandes que estaban soterrados. Sobre las tapas había un grueso tablero con un ingenioso sistema de movimiento horizontal perfectamente ajustado al terreno, arriba tenía una gruesa capa de tierra donde crecían los tomates tan igual como en el resto de la pequeña huerta.

–Entonces, ¿por qué los descubrieron?

–En la casa vivían con nosotros tres jóvenes combatientes que habían participado en distintas operaciones de la organización y estaban perseguidos,[14] dos de ellos incluso convalecientes, a uno

le faltaba una mano y el otro estaba enyesado. Esto te dice que no había tantas casas de seguridad ni sobraba la gente dispuesta a correr esos riesgos.

"Los pacos entraron a las seis de la mañana, no encontraron absolutamente nada, pero aunque los cabros tenían documentación falsa, era muy raro tres hombres, todos muy jóvenes, viviendo allí y sin parentesco alguno entre sí. Los pacos no se creyeron el cuento y llamaron a los de la CNI, el error fue tener combatientes heridos junto con armamento y explosivos.

"Los de la CNI entraron con la "dura" desde el primer momento. Preguntaban por los 'fierros', nos lanzaron al suelo en el patio y buscaron por todos lados. Nosotros aguantamos el 'aprete'".

–¿Qué les hacían, qué les decían?

–¡Ya po, concha de tu madre!, ¿dónde están los fierros?", y te pegaban una patada por donde cayera, caminaban por arriba de nosotros...

"No sé cuántas veces pasaron por encima del barretín. En realidad, no había nada en la casa que llamara su atención, ni un solo papelito ni diarios ni revistas de izquierda. Los cabros se portaron bien haciéndose los locos marihuaneros.

"Cerca de las dos de la tarde ya estaban muy enojados porque no encontraban nada, y lanzaban insultos y amenazas; uno de ellos, de puro enojado o quizás buscando muy fino, rompió todas las macetas con plantas que había en el interior de la casa. En una de ellas estaba la libretita de registro de entrada y salida de medios que mi jefa obligaba a llevar..., no te imaginas el lío que armaron".

–¿Una libreta de registro?

–Sí, así mismo, fue una exigencia de mi jefa y, por cierto, no era militar de carrera. Eso demuestra algunos esquematismos que se imponían en la organización.

–Después de la libreta todo quedó al descubierto, ¿no?

–Fíjate que no. Ellos al instante preguntaron por el jefe, y de inmediato yo reconocí que lo era. Las patadas y golpes llovían, y yo negando todo..., que eso no era mío, que solo nos dedicábamos

a cuidar a los cabros, que quizás era de gente de antes, que apenas llevaba pocos meses cuidando la casa... Se aburrieron de buscar y de golpearnos. En algún momento dieron las indicaciones para irse. Mandaron a buscar los vehículos, igual nos llevaban presos a todos.

"Yo estaba tirado en el suelo y vi perfectamente cuando uno de ellos, como muy enojado, lanzó una patada a una de las pocas matas que quedaban en pie, como último gesto de impotencia y despedida. La mata salió volando y quedó al descubierto un pedacito de la cubierta del barretín..., lo que vino después te lo puedes imaginar".

Los sucesos de la panadería y el barretín determinaron la primera intervención directa de la Comisión Política en sus estructuras militares de que se tenga constancia documental.[15] En el mismo mes de mayo, la máxima dirección del partido realizó un análisis crítico del trabajo de la Comisión Militar y, en particular, de esos reveses y sus consecuencias políticas y de seguridad. En el análisis no se tuvo en cuenta los hechos fortuitos, se habló de responsabilidades políticas y técnicas a distintos niveles de la organización.

Acerca del asalto a la panadería, se consideró que si hubiera sido exitoso no habría representado nada en términos políticos, y la cantidad de dinero obtenida, cerca de seiscientos mil pesos de entonces, apenas habría significado una solución económica transitoria a nivel local. En cambio, el resultado fallido, con la pérdida de un combatiente y la muerte de un policía, había tenido graves repercusiones políticas y una larga cola de consecuencias de seguridad en múltiples direcciones.

En esencia, en la Dirección del PC existía preocupación por un accionar armado que privilegiaba esta forma de lucha sin tener en consideración la situación política, la coyuntura. Por primera vez apareció la preocupación por el carácter y amplitud de la autonomía del FPMR en las decisiones sobre las acciones armadas; en lo adelante, ninguna de éstas que tuviera cierta magnitud,

incluidas las recuperaciones económicas, podría realizarse de manera inconsulta. Por primera vez también, la Comisión Militar debió sancionar con medidas disciplinarias a los mandos responsables del Frente.[16]

Como parte de las medidas tomadas por la Comisión Política en esa reunión de mayo de 1986, se decidió que uno de sus miembros celebraría reuniones de "*conversación*" con un grupo de alrededor de veinte oficiales, sobre los cuales ya circulaban al interior de la dirección críticas tales como una *tendencia al militarismo, traslado mecánico de otras experiencias revolucionarias, poco conocimiento del partido, uso de métodos de ordeno y mando, baja comprensión de la política del partido, influencia y aplicación mecánica de las experiencias revolucionarias de Cuba y Nicaragua.* Con esta decisión, mucho antes que se desatara la crisis de fines del 86, se identificaba a los "*oficiales*" como parte medular del conflicto.

Las reuniones se efectuaron en pequeños grupos de cuatro o cinco oficiales con el miembro de la dirección designado. Desde ese momento, este dirigente, según su testimonio, trabajó en este conflicto: "El trabajo dura como un año, cuando está la crisis instalada, y culmina finalmente con la división".[17] Las fechas de este proceso se extendieron desde mayo de 1986 hasta junio de 1987, cuando Pellegrin dio a conocer, mediante documento interno, la situación existente, en vísperas de su última reunión con el PC, que se celebró a mediados de julio de ese año. En ninguna de esas reuniones participó otro miembro de la Dirección Nacional del Frente que no fuera Pellegrin, ni jamás en ellas se profirieron amenazas de ningún tipo, ni se produjo ostentación de armamento o conatos de empleo de la fuerza.

De ese proceso de "conversaciones" del miembro de la Comisión Política con miembros del FPMR nunca se conocieron, al menos de forma documentada, sus conclusiones.

Miguel, el rastreador de Pinochet, guarda frescos en la memoria el contexto y los pormenores de su reunión con este máximo representante del PC. Llevaba más de un año siguiendo cada pista,

cada señal del dictador, arriesgando operaciones para su ajusticiamiento que se suspendieron o resultaron fallidas. En ese preciso momento, estaba cavando un largo túnel bajo la carretera del Cajón del Maipo, en las cercanías del lugar conocido como Las Vizcachas, una de las variantes que se preparó contra el dictador:

–Recuerdo muy bien el escenario, los participantes y el contenido del encuentro. Llegamos a una casa en el barrio alto, donde unos señores trajeados nos hablaron de la *glasnost* y la *perestroika*. Me pareció surrealista, desubicado y descorazonador. Fui sacado del túnel que cavaba para actuar contra el dictador para escuchar los lugares comunes de la liturgia partidaria. Seguro nuestro jefe (Pellegrin) contó el pésimo papel que desempeñé. Él se moría de la risa. Pregunté por el plan de defensa de la casa, los medios y el orden de salida en caso de allanamiento. No existían.

"Creo que la subordinación a la política exterior soviética explica en buena medida el abandono antes de tomar vuelo. Previo al desastre de Carrizal en que perdemos miles de armas sin ofrecer resistencia. No hay ningún miembro de la dirección partidaria encabezando esa operación ni supervisando el "plato fuerte del año decisivo" (se refiere al atentado) Por cierto, a veintitrés años seguimos desconociendo en qué consistía el dichoso año decisivo, ¿lo has averiguado?

"En caso de que hubiese tenido éxito Siglo XX[18] (al día siguiente de Carrizal y la pérdida del material se planteó por parte del jefe la suspensión del magnicidio. Plantear el plan B de inmediato impidió terminar esa historia), ¿qué pensaba hacer el partido?

"Hablar de crisis del PC es un ejercicio de generosidad gratuito. El partido fue posicionándose aguijoneado por la realidad, siempre tarde: presión cubana, combate del MIR, victoria de Vietnam, luchas en el resto del mundo, hasta el irresistible momento de la victoria de la revolución sandinista. Gorbachov apagó el ardor guerrero de la dirección. El empuje siempre vino de abajo. Nuestra lucha alcanzó momentos memorables no gracias, sino a pesar de la dirección del partido".[19]

Otro de los convocados por el investigador de la Comisión Política fue Pedro, el jefe de la Logística Estratégica (también conocida como Logística Central del PC). Este se encontraba inmerso en el complejo proceso de preparación, organización y búsqueda de centenares de militantes comunistas probados para la internación de armas por Carrizal. El gran drama era la carencia de personal calificado y, a la vez, confiable. Los trabajos para la operación eran tan perentorios como todo lo que ocurría en esos años urgentes.

Pedro reconoció al enviado de la dirección en el mismo instante en que el hombre entró al local de la reunión: un notorio bisoñé facilitó la identificación. Le satisfizo que tan conocidos dirigentes estuviesen trabajando en la clandestinidad, pensó que eso podría facilitar su fatigosa labor en la operación logística que debía asegurar la Sublevación Nacional, la tarea de las tareas trazada por la Dirección del PC para ese año.

–Bueno, yo sabía que se trataba de una conversación política, pero fue extraño, más parecía una de esas reuniones con la Comisión de Control, donde te sientes investigado y que cualquier cosa que digas puede ser usada en tu contra..., este caso no fue la excepción.

"La animadversión del dirigente se manifestó al instante, venía con prejuicios sobre los que allí estábamos. Fue una reunión tensa y desagradable, no una conversación llana de conocimiento mutuo. Recuerdo perfectamente que señaló acciones inconsultas y sin considerar la situación política, e hizo generalizaciones acerca del trato de los militares, que se comportaban de forma prepotente.

"Lo insté a que se reuniera con toda la gente que trabajaba conmigo y comprobara lo que estaba diciendo. Claro, nunca lo hizo, se quedó con la impresión recogida de algún compañero que puede haber sido prepotente y militarista. Finalmente, le pedí que me dijera, para esclarecerme, cuál era el papel, lugar y misiones del trabajo militar en la política del partido. Me contestó con una

resumida experiencia de Lenin en la Revolución Rusa de 1905, y concluyó con una frase que decía algo así como que las acciones armadas son para mantener en alto la moral combativa de las masas".[20]

Al momento de producirse estos conflictos, finales de 1986, el PC contaba con cuarenta y tres oficiales en el país. De ellos, diecisiete estaban en el TMM, uno en la Comisión de Organización, cuatro en la Logística Estratégica y dieciocho en el FPMR. En julio de 1987, momento de la ruptura del PC, la cifra había ascendido a unos cincuenta, de los cuales alrededor de treinta se fueron del partido. La totalidad de los oficiales de las bases logísticas en el exterior, con su jefe al frente, se quedó en el FPMR.

La presencia de cincuenta oficiales en el país al momento de la ruptura demuestra que del numeroso contingente de oficiales que se prepararon y graduaron desde 1975 hasta el decisivo año de 1986, que deben de haber sido centenares, la mayoría estaba entre los que permanecían en el exterior y los que habían ingresado a Chile y nunca se incorporaron a esta lucha.

El dato es significativo, pues evidencia que la mayor parte de los oficiales del PC no participaron de la Rebelión Popular, ni antes ni durante el "año decisivo".

* * *

El atentado al dictador y la internación de armas por Carrizal Bajo son las operaciones político-militares más decisivas e influyentes realizadas por el PC en la historia de la lucha contra la dictadura. Las dos fueron dirigidas y controladas en la más absoluta compartimentación por los tres miembros principales de la Comisión Militar. Según Sebastián, ambas fueron iniciativa de esta comisión, que se las propuso oportunamente a la Comisión Política, la cual las aprobó, en su concepción más general, sin objeciones.

Esas operaciones, en su noción más primaria, nacieron en los mismos instantes que se realizaba el Pleno del PC en diciembre de 1984, donde se definió la idea de la Sublevación Nacional como la

forma más probable de culminación de la Política de Rebelión. En el mismo momento en que se estaba perfilando la Sublevación Nacional, se fue gestando la necesidad de armas y recursos para implementarla. Desde el mismo instante que se apreció que la dictadura se sustentaba fundamentalmente en la figura de Pinochet, surgió la necesidad política de eliminar al tirano.

Juan Carlos, el jefe de la Logística Exterior del PC, es enfático y no acepta dudas a los datos que guarda en su memoria. El 5 de diciembre de 1984, en reunión con los tres miembros de la Comisión Militar (Sebastián, Salvador y Pellegrin), recibió la misión de preparar en el exterior el acopio y traslado de armas y explosivos en cantidades muy superiores a las ingresadas en Chile hasta ese momento. No le especificaron cantidades, simplemente le aseguraron que había que garantizar dos operaciones estratégicas en el interior del país.

–¿Te dijeron que era para el atentado al dictador o para asegurar la Sublevación Nacional?

–No, te reitero, se habló de dos grandes operaciones, importantes, estratégicas, no sé cuál calificativo más se empleó. Ni siquiera se señalaron cantidades ni volúmenes, pero quedó claro que era un cambio total en relación con la internación de armas a cuenta gotas que se hacía por diversas vías desde fines de 1983. Tiempo después supe que se trataba del Plan de la Sublevación y del ajusticiamiento del dictador.

En realidad, la Comisión Política había aprobado a fines de 1984 o comienzos de 1985 el ajusticiamiento al dictador y el ingreso de armas en volúmenes superiores a los conocidos hasta ese momento. Sebastián, el jefe de la Comisión Militar, miembro del EDI desde sus inicios y de la Comisión Política cuando ésta se radicó definitivamente en el país, fue quien debió controlar y seguir ambas operaciones. Pellegrin era su subordinado para el atentado, Pedro lo era para Carrizal. Eran los jefes militares directos de las operaciones, e informaban periódicamente a Sebastián el curso de cada una.

En la investigación no he podido descifrar cuál era el grado de compartimentación sobre esas operaciones militares en la propia Comisión Política del PC ni qué detalles conocían sus miembros. Pero es un hecho que todos estaban enterados de la decisión política en los momentos que fueron tomadas. Tanto Luis Corvalán, secretario general del PC, como Gladys Marín, entonces al frente del EDI, han reconocido la responsabilidad política del partido y la decisión de este sobre ellas.[21]

Sobre el atentado a Pinochet, Gladys Marín precisa:

> En Chile seguía existiendo fuertemente la conciencia de que el escollo principal era Pinochet. La concentración del poder en Pinochet era brutal. Eliminar al tirano estaba legitimado por todos [...] La acción se hace después de haber estudiado varias variantes y con seres hermosos, tremendamente valientes, dispuestos a todo, que exponían su vida y que sabían que podían ser eliminados.[22]

1 Tomado de: <http://www.tlaxcala.es/> de Omar L. de Barros Filho, periodista brasileño. Según versiones posteriores que recibieron los oficiales comunistas, quien habría mandado a fusilar al poeta fue Joaquín Villalobos, hoy al servicio del Departamento de Estado de los EEUU y opositor acérrimo al gobierno actual de El Salvador).

2 Una de las más conocidas fue la tendencia dirigida por "Luis Reinoso", miembro de la Comisión Política del PC que bajo el gobierno de González Videla (1946-1952) que proscribió y persiguió al PC, propugnó y logró desarrollar algunas "acciones directas" contra el régimen. Junto a un grupo de sus seguidores fue expulsado del PC.

3 Diario *La Tercera de La Hora*. 3 de abril de 1985. En su edición del domingo 31 de marzo, aparece un detallado análisis de "fuentes oficiales" donde se intenta demostrar la autoría comunista de los asesinatos.

4 Álvarez, Rolando, Augusto Samaniego y Hernán Venegas. *Fragmentos de una Historia. El PC de Chile en el siglo XX*. Ediciones ICAL del 2008.

5 Años después de estos conflictos, aún se mantenía esta contradictoria interpretación de la historia. Ver a Óscar Azócar, miembro de la Comisión Política del PC: "El partido, como tal, no fue el que apretó el botón para que surgiera el Frente Patriótico". En diario *La Nación*

27-4-1991. Por su parte, Jorge Insunza asegura que el PC ha mantenido relaciones con el FPMR "*como las hemos mantenido con otras fuerzas políticas que lucharon contra la dictadura*". En diario *La Época* 23-4-1991.

6 Ibid. En esta obra aparece una detallada investigación sobre las posiciones políticas de Orlando Millas.

7 Millas, Orlando. *Memorias 1957-1991, una digresión*. Santiago: Ediciones Chile América, 1996, pág. 44.

8 Informe del Secretario de "Platino", Regional de Pudahuel ante la crisis con el tema militar en el PC. 25 de junio de 1987.

9 Ver Herreros, pág. 561 a 563. En este texto considerado hasta el momento como la versión oficial de la historia reciente del PC, estos conflictos con la "derecha comunista" aparecen tratados de forma muy reducida comparados con los conflictos de la llamada "desviación militarista".

10 El informe aparece en el diario *Las Últimas Noticias*, 24 de junio de 1986.

11 Diario *La Tercera* 29 de abril de 1986.

12 La ola de allanamientos produjo una reacción de condena nacional e internacional. El General de Carabineros Idelberto Duarte aseguró que "los operativos se harán cada vez que se repitan ataques a las Fuerzas Armadas". Diario *Las Últimas Noticias* del 7 de mayo de 1986.

13 Diario *Las Últimas Noticias*, 14 de mayo de 1986.

14 Manuel Fuenzalida, Angélica Rojas, Eduardo Rosentrete, Eduardo Bustos y Francisco Escobar son los habitantes de la casa. Los otros detenidos que aparecen son consecuencia de los interrogatorios posteriores al allanamiento.

15 El caso aparece en un análisis e informe de la Comisión Militar de octubre de 1986 referidos al tema de la crisis conservado junto a un grupo de documentos en la Oficina del FPMR en La Habana. En Cuba existió para los asuntos militares y operativos una sola oficina del PC y del FPMR hasta julio de 1987. Después se formarían dos, una por cada organización, hasta que fueron cerradas de forma permanente en 1990. Estas oficinas fueron independientes de la parte civil del PC y a su representación política oficial. La actual Fundación Salvador Allende en La Habana y los últimos representantes del FPMR en Cuba de aquella etapa han prestado toda la colaboración posible para esta investigación

facilitando libros y documentación inédita.

16 Estas críticas y medidas de la Comisión Política sobre los hechos en la Panadería y en el barretín de Maipú aparecen en un Análisis e Informe de la Comisión Militar. Octubre de 1986.

17 Herreros, op. cit., pág. 545. Entrevista con Jorge Insunza, el miembro de la Comisión Política designado para "conversar" con un el grupo de los oficiales en mayo de 1986.

18 Nombre codificado que al interior del Frente se utilizó para el Tiranicidio.

19 Entrevista vía correo electrónico con Miguel, explorador principal en el seguimiento al dictador y jefe de un grupo participante en la operación de atentado al dictador. Marzo de 2009.

20 Entrevista con Pedro, jefe de la Logística Estratégica del PC y jefe de la Operación de Carrizal.

21 Memorias de Luis Corvalán, op. cit. Y Gladys Marín en "Testimonios" dice textualmente en torno a ambas operaciones: "...sí nosotros lo hicimos, nosotros somos parte de esa política". Pág. 187.

22 Marín, Gladys. *La Vida es Hoy. Testimonios.* Pág. 172.

Capítulo 2.
Operaciones contra el dictador

El intento de ajusticiar al dictador llevado a cabo por el FPMR en septiembre de 1986 es el suceso del que más se ha escrito e investigado de todo lo ocurrido en el período de la lucha contra la dictadura en Chile.

Hasta el momento, no se conoce cuál de los tres miembros de la Comisión Militar lanzó la idea del tiranicidio en esa estructura del PC. En los años posteriores se comentó que fue Pellegrin, inducido en algún momento por uno de sus subordinados.

Los combatientes del atentado nunca formaron un grupo homogéneo dentro de la organización. Fueron reclutados y escogidos desde las distintas estructuras que tenía el FPMR. Como asegura Miguel, jefe de uno de los grupos que participaron en la acción, muchos de ellos no se habían visto jamás y apenas compartieron los pocos días que permanecieron concentrados en espera de la operación. El principal reclutador de los combatientes fue Ramiro. Pellegrin, asistido por Marcelo, era quien finalmente decidía quiénes formarían el selecto contingente.

Diego, miembro de la Logística del FPMR, fue uno de los jefes de los aseguramientos en la operación. Meses antes debió garantizar el entrenamiento de los grupos, aunque no sabía para qué se preparaban. Durante uno de los traslados a cerros cercanos a la capital, donde realizaron algunas prácticas de tiro con fusiles, el furgón utilitario conseguido para el "paseo dominical" tuvo problemas mecánicos. En su memoria permanece la escena de cinco muchachos risueños empujando el furgón mientras se mofaban del jefe diciéndole que de esa manera jamás podrían hacer la revolución. *Eran como niños juguetones, como cualquier lote de jóvenes revoltosos buenos pa' la talla.*[1] Excluyendo a los jefes inmediatos, el promedio de edad de los combatientes no superaba los veinte años.[2]

Marcos, participante de la operación, cuenta cuán exigentes

eran los jefes con las huellas mientras permanecieron en la casa de acuartelamiento. Todos debían cubrirse las yemas de los dedos con pegamento instantáneo, y renovarlo con frecuencia; hasta la cocinera, un poco mayor que ellos, tuvo que realizar su trabajo cumpliendo esas medidas. Como era imposible revisar a cada uno las veinticuatro horas del día, no descarta algún descuido personal, eso ya era un asunto de rigor individual.[3]

Había que tener confianza en esos jóvenes, todos sabían con certeza que su vida no estaba garantizada en esa magna operación. Mucho antes, al plantearles la misión, solo les dijeron que sería histórica y tendrían el honor de participar en ella; les explicaron que existían grandes posibilidades de caer en el combate, pero no les exigieron una irracional actitud suicida. Lo que siempre supieron fue que quienes les planteaban la misión participarían con ellos.

Alrededor de las seis y media de la tarde del 7 de septiembre de 1986, veintiún combatientes del FPMR, organizados en cuatro grupos, realizaron la emboscada a la caravana donde se trasladaba Augusto Pinochet. El lugar escogido fue la cuesta Las Achupallas, en la carretera G-25, conocida popularmente como "del Cajón del Maipo" porque corre serpenteante y paralela al río homónimo que desciende de la cordillera de Los Andes hacia el valle.

El sitio de la emboscada, en el cual hay un mirador, está a casi doce kilómetros de Puente Alto, última localidad importante del sudeste de Santiago, y casi un kilómetro después del poblado La Obra, ubicado en las primeras alturas y sobre la misma carretera ascendente. El dictador bajaba desde su casa de descanso en El Melocotón, situada en las estribaciones cordilleranas, a unos treinta y dos kilómetros de la localidad de Puente Alto.

En la cuesta, el escenario mismo de la emboscada, de un lado están las elevaciones de la montaña, que tienen en su ladera una pequeña terraza de dos o tres metros de profundidad a tres o cuatro metros sobre el nivel de la carretera, posición ventajosa donde se apostaron los dos grupos de asalto, en total diez

hombres, cuya misión principal era aniquilar al dictador y toda resistencia que impidiera el cumplimiento de ésta. Del otro lado, frente a los grupos de asalto, una profunda quebrada formada por el río; en el centro, la vía pavimentada, donde quedaría inmovilizada la comitiva del dictador, formada por cinco vehículos.

Una camioneta que halaba una casa rodante quedó atravesada en el centro de la carretera bloqueando el paso. Era la misión del grupo de contención, liderado por Miguel e integrado por otros cinco combatientes, que debían detener la caravana, neutralizar el primer vehículo y aniquilar a cualquiera que pretendiera traspasar la casa rodante y continuar viaje a la capital.

En la retaguardia, el cuarto grupo, cinco combatientes dirigidos por Mauricio Arenas Bejas, *Joaquín,* atravesó una camioneta para cerrar la vía. Su misión principal: impedir el apoyo a la caravana por la retaguardia, poniendo especial atención a los comandos que se trasladaban en una camioneta descubierta, y participar en la neutralización de los últimos vehículos de la comitiva.

Desde el trailer de la casa rodante hasta la camioneta de la retaguardia, en un espacio de aproximadamente cuarenta a cincuenta metros, quedaron atrapados los cinco vehículos. El segundo y el cuarto en el orden de marcha eran los Mercedes Benz blindados, en el primero de ellos estaba el dictador.

Uno de los grupos de asalto estaba bajo las órdenes de José Joaquín Valenzuela Levy, *Ernesto,* jefe operativo de la acción, y el otro a las de Ramiro, su segundo en esta operación. Valenzuela, erguido en aquella suerte de balcón elevado, dirigía como un conductor de escena, al decir de Miguel, *el plato fuerte del año decisivo.* Los demás continuaban tendidos en la terraza, situados a no más de dos metros el uno del otro; para los ubicados en el centro, la distancia de tiro no rebasaba los quince o veinte metros. "Los teníamos ahí mismo", dice Marcos.

Fusiles M-16, lanzacohetes antitanques desechables Low, de fabricación norteamericana, y granadas de mano caseras eran el

único armamento del destacamento atacante, además de algunas armas de puño que portaban los jefes de grupo.

En más de una oportunidad, los jefes de grupo y unos cuántos combatientes con instrucción en cursos cortos en Cuba habían disparado con armas antitanque. Todos preferían el seguro y tosco RPG de fabricación soviética o china, en cualquiera de sus versiones, desde el más antiguo RPG-2 hasta el moderno y más estilizado RPG-7. Para los especialistas e instructores cubanos que les habían enseñado, este era más efectivo, sus mecanismos de puntería más certeros y menores las probabilidades de que el proyectil no explotase. Pero el destacamento no tuvo opción, las armas antitanque norteamericanas fueron lo único que les suministró la organización.

Pedro, el jefe de la Logística del PC, dice sin atisbo de duda:

–Había suficiente explosivo y armamento, incluidos lanzacohetes soviéticos. Existía un RPG-7B, que era la versión más actualizada de este tipo de arma. La caída de los arsenales en Carrizal no significó la pérdida de todo lo que tenía la logística del partido. Recuerda que llegó un primer desembarco en mayo de 1986 y el descubrimiento de la operación fue en el segundo desembarco, casi tres meses después. Al Frente ya se le había distribuido suficiente armamento y explosivos.

"Desconozco la razón del empleo de ese armamento norteamericano en el atentado, pero al poco tiempo circuló la versión que obedecía a una decisión política: no debía haber ningún tipo de armamento soviético en la emboscada".

Para Arnaldo Arenas Bejas, Milton, la razón principal de que se descartara el lanzacohetes ruso fue su tamaño, que hacía muy compleja su maniobra y traslado. Esta arma consta de dos partes, proyectil y tubo de lanzamiento; cuando se unen, mide un metro y veinticinco centímetros. Según comenta Marcos, es mucho más segura pero menos maniobrable que el Low, un cohete modular de no más de sesenta centímetros, donde están juntos el tubo de lanzamiento, el mecanismo de disparo y el proyectil.

Marcos apunta que previo al atentado habían practicado hasta el agotamiento la preparación para el tiro del lanzacohetes, que consiste en "abrir" el tubo, desplazando en forma de corredera su parte interna, tal cual un telescopio de dos partes. Al llegar a su máxima extensión, el lanzacohetes produce un sonido seco y su mecanismo de disparo queda "armado" y listo para ser utilizado, siempre y cuando se quite al disparador una pequeña palanca que tiene a manera de seguro.

Para algunos de los participantes en la operación, una de las razones principales del fracaso del atentado fue el armamento utilizado. La mitad de los cohetes antitanque no funcionaron como estaba planificado.

–Yo creo que, en verdad, los cohetes yanquis no salieron debido a su estado técnico –comenta Arnaldo–; eran viejos y podían tener desperfectos. También creo que a más de alguno de los combatientes con menos experiencia, simplemente se le olvidó sacarle el seguro. Esos escasos minutos que duró el enfrentamiento fueron de tensiones límites.

"Fue una mezcla de factores, porque no me cabe ninguna duda que Miguel, mi jefe en el atentado, tenía suficiente experiencia y sangre fría para realizar un disparo correcto. En ese caso el asunto fue del cohete, no del hombre".

Según Marcos, la teoría de que los cohetes no explotaron por falta de espacio y tiempo para que el proyectil adquiriera la velocidad necesaria para activar la espoleta, es errónea:

–Tiempo después estuvimos en Vietnam, y los especialistas, experimentados combatientes de la guerra de liberación contra los Estados Unidos, disparaban los Low, los mismos que dejaron los norteamericanos, en polígonos muy protegidos, a menos de cinco metros del blanco. Lo hicieron muchas veces, y después a distintas distancias, y muy pocos, una mínima parte, no estallaron o no salieron.

"No tengo duda que también hubo un factor humano que influyó, pero yo fui el que disparó a la ventanilla del dictador, y el

cohete pegó y no estalló..., y la distancia de tiro era cerca de quince metros. Allí no cabe duda que fue un problema del cohete, es esa probabilidad que siempre existe".

Miguel, el jefe del grupo de contención, era uno de los combatientes con mayor seguridad y experiencia de los que participaron en la operación. Estaba de pie al costado de la carretera, en el lado que da al barranco, mimetizado como deportista de fin de semana, con una pelota de fútbol en las manos. Era quien debía dar la señal para comenzar el combate justo en el momento que pasaran los motoristas. Todo marchó de acuerdo con lo planificado.

Arnaldo, al timón de la camioneta que halaba la casa rodante, dejó pasar a los motoristas de la extrema vanguardia; con precisión y calma cruzó el vehículo en la vía, obligando a detenerse en seco al primer automóvil de custodios, que quedó a escasos metros de Miguel. Este tenía armado su Low, que esperaba recostado y camuflado en el piso, con el seguro quitado, listo para ser disparado. En fracciones de segundos lo recogió, lo puso en su hombro y apuntó. Vio a los ocupantes del vehículo agacharse en un desesperado e instintivo gesto de protección. El factor sorpresa había funcionado tal como él mismo había previsto. Apretó el disparador y el cohete no se movió de su lugar. Apretó una o dos veces más, pero el cohete nunca salió.

Miguel no tenía tiempo para cerrar y abrir de nuevo el cohete, como lo hizo Marcos desde su posición algunos instantes después. Fueron segundos, pero suficientes para que los policías reaccionaran. Miguel no esperó, con rapidez saltó hacia atrás, se parapetó en el muro protector que corre a la orilla del barranco y comenzó a disparar con su M-16. El combate ya lo había iniciado un cohete disparado por José Joaquín Valenzuela Levy, *Ernesto*, el jefe de la operación.

Arnaldo asegura que fue una decisión de la jefatura situar el único RPG-2 que tenían, de fabricación china, en manos de Víctor Díaz, quien formaba parte del grupo de contención y estaba a más

de veinte o veinticinco metros delante de la casa rodante. Su misión era utilizar el lanzacohetes si alguno de los vehículos intentaba desplazar el trailer y seguir bajando hacia Santiago, pero ninguno de los dos autos blindados, los únicos que no fueron inutilizados, trató de continuar en esa dirección.

En pocos minutos, los vehículos de escolta ardían gracias a los Low que funcionaron; los combatientes de las laderas y de los extremos de la emboscada realizaban un nutrido e intenso fuego sobre los militares y policías que ofrecían respuesta, mientras algunas granadas de mano explotaban por doquier. La resistencia duró escasos minutos. Unos cuántos militares resultaron muertos, otros quedaron neutralizados y algunos desaparecieron barranco abajo.

En ese momento, recuerda Marcos, la ventaja de los atacantes fue abrumadora:

–Fue un instante, fue apenas un minuto fugaz en que el dictador quedó como desprotegido, a nuestra entera voluntad. Estaba prácticamente solo, vulnerable, sin todo ese poder inmenso que siempre lo protegió. Estoy seguro que sintió pánico, terror por el desamparo..., ese mismo terror que provocó en tantos chilenos desparecidos, asesinados y torturados.

Al ver que la resistencia de los militares mermaba por segundos, el chofer del Mercedes blindado donde viajaba Pinochet inició una audaz maniobra de escape por la retaguardia y avanzó rápidamente en reversa, chocando con todo aquello que le impedía el desplazamiento. Cuando aún se encontraba dentro del área de combate, Marcos, cuyo Low había fallado en dos ocasiones, abrió y cerró de nuevo el cohete, y disparó. Esta vez, el proyectil salió. Chocó contra el cristal de una de las ventanillas laterales traseras del blindado, pero no explotó, cayó inerme sobre el pavimento.

El blindado, inmune a los disparos de fusil y las granadas de mano, con su máxima potencia impactó a la camioneta que cerraba la emboscada por la retaguardia y logró desplazarla. Luego

giró en ciento ochenta grados y se perdió veloz hacia el seguro refugio de El Melocotón.

Arnaldo afirma que nunca se pensó en situar en la retaguardia un vehículo de mayor porte o potencia para impedir lo que ocurrió. El grupo y la camioneta situados allí tenían como misión principal neutralizar los vehículos que llegaran por esa dirección como apoyo. *Por allí debía aparecer la camioneta de los comandos Cobra* –explica–, *que precisamente ese día no estaba en la caravana, pero nosotros la esperábamos. Nunca escuché que se haya previsto lo que ocurrió, que los autos blindados regresaran hacia El Melocotón.*

Según informes de prensa de la época, la escolta tuvo quince bajas, cinco muertos y diez heridos; no se aclara si los cuatro que se lanzaron hacia el río por el barranco, de cuarenta metros de altura, resultaron heridos por el enfrentamiento o por posibles traumas en su caída.[4] Miguel es enfático y tajante al afirmar que todas las bajas mortales ocurrieron durante el combate: "Jamás se nos ordenó, ni a nadie se le ocurrió, rematar a los heridos ni dispararles, después que se fue el dictador, a los que habían saltado por el barranco".

El resultado es historia conocida. Después de seis o siete minutos de combate, cuando no había ninguna resistencia y el dictador, con apenas leves excoriaciones en una mano, había desaparecido de la escena, el jefe del destacamento dio la orden de partida. Los combatientes se retiraron del lugar en cuatro vehículos con balizas similares a las que empleaba la CNI. En ese mismo instante por la misma carretera ascendían en sentido contrario decenas de vehículos llenos de policías y militares de refuerzo.

Los carabineros del retén policial de Las Vizcachas, punto de control principal de la ruta G-25, levantaron la barrera y saludaron marcialmente a los supuestos agentes, que pasaron con sus fusiles en ristre; los uniformados no repararon en que eran M-16, exactamente iguales a los descubiertos hacía un mes en la internación de armas por Carrizal.

Las balizas, el estilo, en fin, la audacia y la sorpresa, rasgo tan característico del FPMR, les permitió a los combatientes salir sin contratiempos de tamaña empresa, que pudo haber cambiado la historia reciente del país. No tuvieron ninguna baja. Mauricio Arenas y Juan Moreno Ávila presentaban ligeras lesiones en sus piernas, al parecer quemaduras provocadas por algunas esquirlas.

En cuestión de minutos, los vehículos se internaron en la ciudad, sus ocupantes los abandonaron sin más y se dispersaron a sus casas de seguridad. Todos informaron "normalidad", como se llamaba en la jerga conspirativa al momento en que el combatiente se encontraba seguro en su medio natural. Por primera vez, los comandos del dictador se habían enfrentado en un combate real y no habían cumplido la misión, la CNI iba a cobrar la afrenta en el futuro.

–Aunque no se logró el objetivo –resume Sebastián–, el atentado tuvo una repercusión muy grande; a muchos les hizo pensar que si éramos capaces de internar armas como las de Carrizal y atentar contra el dictador, podíamos continuar la lucha mucho más adelante, teníamos la capacidad para ello. La lucha estaba recién comenzando.

Ni en las memorias de Corvalán ni en ninguno de los testimonios de Gladys Marín aparece alguna crítica relacionada con la oportunidad política del tiranicidio, como se acostumbró a denominar esta operación. Las de Corvalán se refieren a insuficiencias técnicas por no haber considerado todas las alternativas; a la jefatura militar, que "no estuvo plenamente a la altura de la empresa que acometía", y sobre todo, son un *mea culpa* de la Dirección Política por no haber tenido la capacidad para dirigir todo el tema militar porque "carecía de los conocimientos para hacerlo". El entonces secretario general no profundiza en el tema, no aventura alguna explicación ante tal incapacidad y termina con un llamado de atención a violaciones imperdonables.

Según Corvalán, la dirección política del PC había sido enfática: no se podía vincular al partido ni a nadie de la oposición con el

atentado al dictador: "Había que dejar al enemigo en penumbra, sumido en la confusión, sin saber hacia dónde disparar. En caso que la operación fallase, había que evitar una noche de los cuchillos largos, una noche de San Bartolomé".[5]

Respecto a la jefatura militar, Corvalán reprocha que no adoptó todas las medidas post-operacionales, y señala: "A los pocos días informaron que todos los participantes en el atentado estaban ya fuera del país". La dirección del FPMR había dejado en Chile a Víctor Díaz y Vasili Carrillo, ambos miembros del Frente e hijos de reconocidos dirigentes del PC fusilados y desaparecidos por la dictadura.[6] Corvalán califica este hecho como una "grave violación".

Lo que no menciona o no sabía el máximo dirigente del PC, es que Raúl Alejandro Pellegrin había dejado también en el país a los principales jefes que participaron en el atentado, todos fundadores del FPMR, todos de origen comunista.

De los participantes del atentado, cuatro habían pasado cursos cortos en Cuba: Tamara, Ramiro, Mauricio Arenas y Guido; dos eran oficiales con experiencia en la guerra en Nicaragua: José Joaquín Valenzuela Levi, graduado en Bulgaria, y Miguel, egresado de los cursos de lucha irregular en Cuba. Todos los jefes y la mayoría de los combatientes tenían toda la experiencia adquirida en el país desde 1982, antes que el FPMR adquiriera su identidad.

El miembro de la Comisión Política designado para investigar a los mandos del FPMR fue quien dio otra versión del atentado a Pinochet y vinculó la operación a la coyuntura política afirmando la supuesta preferencia de estos cuadros por las formas armadas de lucha como única vía.

–Eso –aseveró– es lo que los lleva a contradecir las indicaciones de la dirección del partido respecto a las acciones, por ejemplo el ataque a la comitiva de Pinochet. Ellos lo hacen en alguna medida imbuidos de una cierta desesperación, creyendo que como la situación que se estaba creando era tal, que una acción de este tipo podía romper y cambiar el cuadro completo. Y todavía después de

eso fallan y rompen con indicaciones muy perentorias de la dirección del partido en cuanto a que toda la gente comprometida en la acción tenía obligatoriamente que salir del país. No podía quedar la posibilidad de una caída. Los compañeros irrespetan esa orientación, que era muy clara.[7]

La decisión de Pellegrin obedecía a un sentido de las urgencias políticas distinto al de los dirigentes que le exigían enviar fuera del país a todos los participantes de la Operación Siglo XX. Armando, el jefe de la Infraestructura de Pellegrin lo recuerda así:

–Había urgencia por actuar, por hacerle el mayor daño posible a la dictadura. El temor político por las repercusiones de las acciones en los partidos de la Concertación no era un argumento convincente para Pellegrin; muy por el contrario, la capacidad demostrada por el partido también en este terreno, allanaba y favorecía una unidad desde posiciones de fuerza.

"Que momentos antes del atentado los combatientes hayan escuchado la grabación de las últimas palabras de Salvador Allende, esa imperecedera pieza oratoria de las grandes alamedas, demuestra el estado de ánimo que se vivía; no solo ellos, lo vivían todos los que se enfrentaban a la dictadura exponiendo la vida a cada instante. Era una ética, una postura de darlo todo, de la que Pellegrin era el mejor abanderado. Se trataba de una óptica distinta que atravesaba a todo el partido, era hasta una cuestión generacional. Ese era el "bajo nivel político" que repetía el miembro de la Comisión Política que investigó a los cuadros del Frente.

"A esas alturas, si bien es cierto que Pellegrin se subordinaba a la dirección del partido, ya asumía decisiones propias. La Comisión Política no podía permitir ese atisbo de independencia, de pérdida del control sobre un dirigente intermedio al mando de una estructura subordinada, mucho menos si se trataba de su Fuerza Militar Propia".

Operaciones fallidas

Una de los primeros intentos serios de ajusticiamiento al

dictador se hizo a mediados de 1985 y tuvo por escenario la circunvalación Américo Vespucio en el sector de Plaza Egaña. Miguel, el autor del intento, tenía información comprobada del desplazamiento de la caravana del dictador por esa vía.

–En aquel año –relata–, Américo Vespucio tenía una especie de bandejón central a la altura de Irarrázabal, donde estacionaban vehículos en venta; la idea era colocar allí autos con explosivos, simulando que también estaban en venta. En la esquina nororiental había un edificio de poca altura que ofrecía una vista de toda la zona; desde él se accionaría el dispositivo. Dos grupos de combatientes irrumpirían sobre los restos de la caravana para rematar a Pinochet.

"Los vehículos fueron comprados. Dos de ellos alcanzaron a ser preparados para colocar las cargas direccionales. De pronto, el desastre: buldózer, grúas, excavadoras. El día que aparecieron las máquinas de demolición, solo faltaba seleccionar combatientes, ultimar detalles y accionar.

"Todo el escenario se modificó en un momento. La calle Américo Vespucio comenzó a ampliarse, el edificio fue derribado, desapareció el lugar donde debíamos apostar los autos. La maqueta preparada con mimo por un estudiante de arte, que desconocía la finalidad, pasó a no representar nada".[8]

Pellegrin, sin ninguna aprensión y con gran sentido del humor, informó en la Comisión Militar los avatares ocurridos a Miguel y sus rastreadores cuando, en un dos por tres, les cambiaron la "situación operativa" tan latamente estudiada. Sebastián, a su vez, debe de haber informado del incidente en la Comisión Política, quizás sin el tono de jocosidad logrado por Pellegrin.

Miguel no tomó descanso, la tarea estaba dada. Acudió con rapidez a otro de los datos acumulados. Pinochet tenía por costumbre inaugurar todos los años la Feria Internacional de Santiago (FISA), que se realizaba en los meses de octubre o noviembre en la comuna periférica de Cerrillos, al sur poniente de la capital. El plan era similar a la variante fallida y se iría

modelando de acuerdo con las condiciones del terreno escogido para su realización.

Cuando la idea principal estuvo meridianamente clara, Miguel incorporó a Rafael, un oficial especialista de los más jóvenes que tenía el PC en ese momento en Chile, quien había llegado al país poco antes del terremoto de marzo de 1985. Ambos y Cristina, una audaz combatiente que fungía como chofer, fue todo el grupo convocado. Ramiro era el jefe superior que controlaba la misión. Tal vez demoraron cerca de cuatro meses en preparar la variante FISA.

Rafael recuerda con claridad las diferencias con la dirección del PC. La exploración había determinado que la Avenida Cerrillos era la vía principal utilizada por el dictador para llegar a la feria, pero la dirección estimó que era demasiado concurrida y podía haber víctimas inocentes. Miguel alegó el gran espacio de seguridad de marcha con que viajaba la comitiva, suficiente para que la explosión solo afectara al dictador. La operación, finalmente, debió trasladarse para el Callejón Lo Ovalle, la vía alternativa empleada por la caravana. Se haría igual, pero sin ninguna certeza de que el dictador pasara por ese camino.

El pequeño grupo recorrió el Callejón infinidad de veces. Miguel apreciaba la situación operativa general, el ingeniero Rafael miraba la mejor ubicación para las cargas, mientras con apacible serenidad Cristina conducía el vehículo. Una vez escogido el lugar, arrendaron un sitio en San Bernardo para preparar allí las cargas explosivas en cuatro vehículos.

–La dirección del partido –explica Rafael– también suspendió lo de los cuatro vehículos porque las consecuencias negativas podían ser graves. Al final, tuvimos que adoptar la variante de colocar tres cargas explosivas, de las llamadas vietnamitas, camufladas en la berma del camino, todas unidas en paralelo, con detonadores eléctricos, accionadas por un control remoto y dirigida la explosión al centro de la carretera.

"Pusimos las cargas la noche anterior al paso de la caravana, allí

realmente quien llevó todo el peso de la operación fue Miguel. Yo, como especialista, solo debía instalar las cargas, prepararlas y dejarlas listas para que Miguel las detonara. Él se quedaría escondido toda la noche en medio de un sitio lleno de pasto y barro con el interruptor en las manos, que estaba camuflado en una radio común y corriente, listo para accionarlo cuando pasara el dictador.

"Claro, siempre suceden cosas imprevistas. Al instalar cada carga, yo debía poner el detonante eléctrico y el aparatito electrónico que recibe la señal del control remoto. Para hacer eso, tenía un comprobador que servía para revisar si el sistema que le instalaba a cada carga no tenía paso de corriente, es un elemental medio de protección. El comprobador era muy simple: si al revisar no encendía una ampolletita, todo estaba bien; si se encendía, significaba que el aparatito electrónico dejaba pasar la corriente y si se instalaba la carga, esta explotaba en el acto.

"Esa noche, Miguel y yo fuimos a poner las tres pesadas cargas, Ramiro se quedó de centinela muy cerca para avisarnos cualquier contrariedad. Pusimos las dos primeras, les coloqué sus detonadores y revisé el aparatito electrónico, la luz del comprobador no se encendió. Cuando estábamos llegando al lugar de la tercera carga, se me cayó el comprobador. Pasamos largo rato buscándolo, el pasto estaba húmedo, no se veía casi nada, y no lo hallamos. Cansados y preocupados por la hora, le pregunté a Miguel si la armábamos así no más, a lo mero macho, sin comprobar. ¿Sabes qué me dijo?"

–Que buscaran otra manera de comprobar, ¿no?

–No. Simplemente, se encogió de hombros y me dijo: "¡Déle no más, compadre!".

–Y no pasó nada, porque de lo contrario no me estarías haciendo el cuento.

–No pasó nada porque cuando fui a instalar la tercera carga, puse la mano en el pasto para seguir arrastrándome, porque todo lo hacíamos casi reptando para impedir que alguien nos viera, y

justo en mi mano de apoyo sentí el dichoso comprobador, un segundo antes de activar el aparatito del control remoto. ¿Qué pasó? Que comprobé y se encendió la lucecita, el aparato electrónico tenía un "pase" de corriente. Todavía me duele el estómago cuando lo recuerdo. Si llego a activar la carga a lo mero macho, ninguno de los dos "machos" estaríamos para contar todas estas historias..., hasta Ramiro se hubiera "ido" con nosotros sin saber qué pasó.[9]

Rafael se fue con su inútil carga explosiva y Miguel se quedó esperando al dictador. Estaba bien abrigado, pero no para resistir cómodo toda una noche, por demás muy fría, en medio de aquel húmedo barrial. A ratos, dormitaba agachado, semisentado, sin siquiera poder fumar. Esperó, simplemente esperó pese a los involuntarios tiritones provocados por el frío.

El amanecer lo estimuló, y se puso a observar con esmero los vehículos que circulaban por la carretera. La espera se le hizo corta, gracias al progresivo aumento del tránsito y la tensión provocada por la indiscreta luz del día y el imperativo de calcular con mayor precisión el momento en que la caravana pasara frente a las únicas dos cargas instaladas. A media mañana, de improviso, una de ellas estalló e hizo que explotara la otra. La onda expansiva logró desestabilizar un vehículo que se desplazaba por el lugar, cuyo conductor resultó herido.

Miguel dio un salto quizás tan violento como el de las cargas mismas. Ramiro, que debía recogerlo en una moto, escuchó la detonación a pesar de la gran distancia que los separaba y enseguida salió en su busca. Cuando logró llegar, la zona estaba plagada de policías. Para entonces, Miguel, que se había ido rápidamente del lugar a sabiendas de que en minutos la CNI y los policías lo tomarían, cruzaba la ciudad en una micro, sucio y embarrado, rumbo a su casa de seguridad.

Fue otro serio intento de ajusticiar al dictador. Recién era octubre de 1985.

–Rafael, ¿por qué la carga explotó anticipada?

–Fallaron los detonadores remotos, que preparó un ingeniero electrónico al que le llamábamos José. Sabíamos que antes de la comitiva pasaba un vehículo irradiando miles de frecuencias para activar posibles artefactos como el nuestro. Por esa razón, nuestros detonadores tenían varias frecuencias de seguridad, pero en este caso fallaron.

"Puedo especular que no le pusimos todo el empeño necesario, pues sabíamos que la posibilidad de que Pinochet pasara por esta vía secundaria era baja.

"Después Miguel me contó que al momento de la explosión estaba de brazos cruzados como a un metro de la radio porque sabía que si la comitiva pasaba por allí, sería un par de horas después. Me pareció algo preocupado de que los demás pudiesen pensar que la detonación anticipada había sido culpa suya. También debe haber sentido rabia por el hecho de que la carga estallara cuando faltaba tan poco para que quizás el tirano pasara por allí, luego de esa larga noche y tremenda espera..., eso fue una tremenda mierda".

Desde los primeros meses de 1986 Miguel era el jefe de un pequeño grupo que con infinitos esfuerzos cavaban un extenso y complejo túnel por debajo de la carretera del Cajón del Maipo, en el sector de Las Vizcachas. La idea era poner cargas explosivas para detonarlas cuando el dictador pasara, proveniente de su casa de El Melocotón.

El explorador de Pinochet es preciso y dice no tener dudas acerca de quién y cuándo abortó ese atentado. Pellegrin lo fue a ver después del descubrimiento del revés de Carrizal, le dijo que la operación se suspendía porque no había explosivos suficientes, y debían pasar al Plan B. El plan alternativo era la emboscada, organizada de forma acelerada porque no había sido preparada de antemano. Miguel, es enfático: "La operación del túnel con explosivos contra el dictador se suspende por la caída de Carrizal, me lo dijo personalmente Pellegrin".

Sebastián, el jefe militar del PC, tiene otra versión de la misma

historia. Asegura que fue él quien tomó la decisión. Según relata, llegó con Pellegrin al lugar planificado a la hora aproximada en que el dictador acostumbraba a pasar por allí, vio que el lugar estaba lleno de gente y vehículos en ambiente festivo, y al momento prohibió la operación. Según esa versión, Pellegrin y la pequeña jefatura de la operación, tenía prevista la emboscada, la opción que finalmente se ejecutó.

Sebastián asegura que no fue por falta de explosivos que no se hizo esa operación del túnel. "Nosotros fuimos los que la impedimos. Imposible hacerlo con tanta gente pasando en todas direcciones por ese lugar".[10]

Caídas tras el atentado

El jueves 23 de octubre de 1986, en los diarios de la tarde apareció la gran noticia, reproducida y ampliada en los días sucesivos por todos los medios de divulgación del país. Se trataba de los pormenores de una acuciosa pesquisa realizada por la Policía de Investigaciones, una de cuyas dependencias, la Brigada Investigadora de Asaltos (BIA), había capturado a un grupo operativo del FPMR formado por cinco combatientes participantes en el atentado al dictador.[11]

Armando, jefe de la "Infra" de Pellegrin, a la sazón prácticamente su mano derecha, recuerda que la detención le causó a este un fuerte impacto. La primera interrogante que se planteó el jefe del Frente, fue por qué un departamento dedicado a la lucha contra la delincuencia común aparecía tras la detención, si toda la Inteligencia de las Fuerzas Armadas y Carabineros, más una CNI profundamente golpeada, estaban buscando a los autores del atentado.

La información de que los detenidos permanecían en los cuarteles de la Policía de Investigaciones, acompañada por las fotos de los cinco, hacía presumir que sobrevivirían y apuntaba a que, en efecto, la CNI no había sido la autora de la captura; de lo contrario, los habrían desaparecido. Otro dato que parecía corroborar lo anterior, es que un par de días antes, Ramiro, el

segundo jefe operativo del atentado, le había informado a Pellegrin la desaparición del grupo, y la CNI acostumbraba a torturar por no menos de quince días a sus prisioneros.

El primer detenido, Juan Moreno Ávila, fue capturado, posiblemente el 20 de octubre, y el día 22 los demás: Arnaldo Arenas, Víctor Díaz, Jorge Angulo y Lenin Peralta. En menos de setenta y dos horas la Policía de Investigaciones había dado un golpe espectacular, que la lanzó a las primeras páginas de la prensa nacional y extranjera.

El grupo hecho prisionero no correspondía exactamente a ninguno de los cuatro que participaron en el atentado a Pinochet. Se formó por indicaciones de Pellegrin con combatientes seleccionados de entre los grupos participantes. Su jefe inicial fue Juan Moreno, sustituido al poco tiempo por Arnaldo Arenas de acuerdo a indicaciones de Ramiro. Este cambio, al parecer intrascendente, tuvo un importante significado para la organización, pues Moreno, sometido a insoportables torturas en las que se llegó al extremo de amenazar a su hija de pocos meses de edad, dijo todo lo que sabía. Con este cambio de jefatura Juan Moreno se había quedado sin vínculos hacia arriba de la organización; la BIA no pudo llegar al jefe superior.

Con excepción de los jefes y de este pequeño grupo, con el resto de los combatientes del atentado, Pellegrin había cumplido con la orientación de sacarlos fuera del país. Cuando detuvieron a Arnaldo Arenas Bejas, le encontraron el clásico papelito de notas color amarillo que muchos utilizaban y cuyo empleo hizo un enorme daño al trabajo clandestino. Solo tenía escrito el día del encuentro con su jefe y el nombre de la calle donde se realizaría.

–Aguanté todo lo que pude –dice Arenas, evocando esos instantes en manos de sus torturadores–. El encuentro era temprano, creo que a las dos de la tarde. Después que pasó mucho tiempo, y bajo tortura el tiempo es eterno, creo que dije que el vínculo era a las cinco o seis de la tarde. Los tiras salieron conmigo y me pasearon por toda la calle del vínculo. Por cierto, Ramiro

nunca apareció, ya se había ido.

De acuerdo con la información oficial, la Policía de Investigaciones llegó a uno de los miembros del grupo a través de dos medias huellas dactilares encontradas en un tarro de conservas en la casa de acuartelamiento donde se alojaron los combatientes que participaron en el atentado. La institución se llenó de gloria y la prensa llegó a nombrar al jefe de ésta como el "General de la Victoria".[12]

Corroborando esta versión, Sebastián en entrevista para el libro de Herreros manifiesta que la detención ocurrió por una deformación profesional de los combatientes: "Ellos eran militares y nunca quisieron entender lo que era la criminalística, de que cualquier huella los podía delatar. A pesar de que tomaron medidas, quedaron dos medias huellas en una lata de conservas y por esa huella llegaron a los dos compañeros, y ya después no era difícil llegar a los demás".[13]

Armando, el jefe de la Infraestructura de Pellegrin, asegura que pasados varios meses de la captura del grupo, tal vez casi un año, el jefe del Frente recibió un informe proveniente de la prisión en el que se aseguraba que la policía llegó por pura casualidad a Juan Moreno, conocido por la chapa de Sacha. La información se había obtenido gracias a la convivencia con los presos comunes y al respeto que estos sentían por los "políticos" o "fierreros", como se les llamaba en el argot carcelario a los miembros de organizaciones revolucionarias.

La historia no alteraba, en esencia, los errores de la organización que llevaron a la detención del grupo, la policía solo había distorsionado cómo ubicó al primer rodriguista. Su versión apuntaba a elevar sustantivamente la imagen pública de la institución, era un triunfo importante en las disputas internas de los aparatos represivos, que además le permitiría obtener reconocimientos y ascensos.

Armando recuerda los datos más generales que corrieron de aquel asunto. Moreno Ávila cometió tres errores garrafales,

determinantes en su captura. Pasado el atentado, mantuvo vínculos con su casa paterna en la población La Pincoya, la madre conocía el paradero de su hijo, y conocidos delincuentes del sector sabían de antemano que éste pertenecía al FPMR.

Por la misma época, en La Pincoya comenzó a tejerse una enmarañada historia entre detectives y malhechores, a partir del asesinato en una riña callejera de un menor de edad pariente de un detective de Investigaciones. Un delincuente común implicado en el asesinato habría entregado a Juan Moreno a cambio de su propia vida.

El delincuente suponía la participación de Moreno en el atentado debido a que las ocasiones en que le preguntaron si había tomado parte en la operación contra el dictador, nunca lo confirmó ni lo negó, mantuvo un silencio cómplice, muestra de suficiencia y aprobación. El resto de los datos coincidían con los conocidos públicamente: una vez capturado, Juan Moreno entregó a sus cuatro compañeros. La celeridad con que actuó la policía civil se habría debido al temor de que la CNI le arrebatara los prisioneros, y con ello, su triunfo.

"Todos conocimos esa versión –recuerda Miguel al consultarle sobre el asunto, y a continuación añade–: El prosaico camino para llegar al Sacha no generaba los ascensos, premios y prestigio que produjo la verdad oficial".

Este sonado triunfo no fue suficiente para la Policía Civil. A partir de esa punta, fueron halando e hilvanando información con métodos de tortura implacables, y la investigación los llevó a la estructura logística de distribución del FPMR subordinada a Vasili Carrillo. El primero de ella en ser detenido fue Marcial Moraga, de chapa Antonio. Era parte del equipo de distribución, estructura absolutamente "cortada" dentro del propio Frente y muy distante de la Logística Central del PC.

La gran interrogante de Pellegrin y Marcelo, el más inmediato de los jefes subordinados, fue saber cómo la BIA había encontrado un vínculo entre los hombres del atentado y esa estructura de la

logística, que en teoría estaban totalmente compartimentados entre sí. Pero la propia vida de los hombres de la organización demostraba día a día que ésta se entreteje muy distante a precisas indicaciones de jefes y totalmente ajena a esquemas y normas diseñados con esmero y precisión.

La lucha clandestina nunca dejó de sorprender a los jefes y combatientes que la vivieron y condujeron. Siempre existió más imaginación en las relaciones urdidas en clandestinidad que en los trabajosos diseños y medidas de los jefes. La clandestinidad estaba sostenida por hombres y mujeres de infinitas e insondables conductas y motivaciones humanas, en una suerte de guerra constante contra una disciplina férrea y las terribles consecuencias provocadas por sus violaciones.

El vínculo entre los combatientes del atentado y los distribuidores de Vasili había sido Isabel Mayoraz, una hermosa suiza de impresionantes ojos verdes. Es una historia de sentimientos que se entreteje en el exilio y llega al país pletórica de detalles rocambolescos, tan perseguidos por los narradores de efectos. Entre Vasili y Miguel me ayudaron a desenredar la madeja de esta particular historia, que permite medir hasta dónde los rigurosos métodos clandestinos podían "inmunizar" o no a los revolucionarios contra la actividad enemiga.

La suiza había tenido años atrás vínculos afectivos con uno de los hombres de la estructura de distribución de Vasili. Al momento de producirse el atentado al dictador, ya incorporada al FPMR, estaba ligada sentimentalmente a uno de los hombres del atentado y cumplió una decisiva labor en la Operación Siglo XX. Como parte de su tarea, se alojó en una hostería ubicada en el trayecto de la comitiva y desde allí, mediante una llamada telefónica, avisó del paso de la caravana, dato determinante y oportuno que sirvió a los combatientes para situarse en las posiciones de fuego. A los pocos días abandonó el país, tal cual una buena parte de los participantes en la operación.

Las indagaciones en todos los lugares de hospedaje condujeron a

los investigadores de la BIA hasta Isabel. El dato que los puso sobre aviso fue la llamada telefónica y su salida del país casi inmediatamente después de la operación. Los protagonistas entrevistados desconocen cómo la policía localizó la casa donde había vivido la suiza y a una amiga de ésta que conocía al hombre de la estructura de distribución y su historia con Isabel. Moraga no había cortado definitivamente con todo el entorno de la Mayoraz. Este fue el dato básico, la clave en la caída de la estructura de distribución y de su jefe, Vasili Carrillo. Las torturas otra vez cumplirían su rol.

Detenido por la Policía de Investigaciones en noviembre de 1986 a consecuencia de esas indagaciones, Vasili Carrillo desempeñó un importante papel en la cárcel como vocero público del FPMR. Esta actividad y su participación en numerosas huelgas de hambre realizadas por los presos políticos, lo llevaron a los primeros planos de la actividad política pública y llegó a ser uno de los oficiales del PC más conocidos en los últimos años de la dictadura. Notoriamente más grueso que en las decenas de fotos publicadas entonces por la prensa, aborda el tema con una pasión aún fresca y se acomoda para tratar el asunto desde una perspectiva histórica.

–En ese momento yo era jefe de Distribución de la Logística del Frente. Fui detenido por la Policía de Investigaciones a partir de la delación bajo tortura de uno de mis subordinados. Fue una celada que Marcelo, el miembro de la Dirección Nacional que me atendía en esa época, me advirtió en varias ocasiones

"El que entregó el lugar donde me detuvieron, a su vez cayó por otro del equipo que estaba relacionado personalmente con una mujer, una suiza vinculada al atentado. Estos cruces, no cortarlos radicalmente, y los errores que cometimos en ese momento, los pagamos muy caro.

"Era un encuentro en la calle. Me habían advertido que era una trampa, pero igual fui. Llevé dos combatientes para que primero vieran el lugar. Revisaron y no advirtieron nada. Después les pedí

que observaran el lugar desde la distancia cuando yo pasara. Así lo hicieron, pero no advirtieron que había policías enmascarados por todas partes. Desde lejos observaron mi detención, no podían hacer nada contra un operativo tan grande. Aparecieron policías de todos lados y no me dieron tiempo a nada.

"Reconozco plenamente el error, pero me queda la satisfacción, y te lo puedo afirmar sin ninguna duda, que con mi caída se cortó el hilo que la policía encontró en la Logística. Nunca reconocí mi participación en el atentado ni mi cargo, ni siquiera mi chapa, que me vinculaba con Marcelo; mi declaración judicial es prueba de ello. Yo pude haber presumido que las armas que trasladábamos eran para una gran operación, no tenía por qué saber que eran para el atentado. Nunca lo confirmé. Fíjate que yo fui sentenciado por penas menores y salí de prisión en 1991.

"A mis compañeros que directamente se jugaron la vida en el atentado, esta llamada democracia los expulsó del país y hasta hoy no pueden vivir en Chile; es la misma que hizo lo imposible para evitar que al dictador lo juzgaran en Londres. Mejor dicho, esta "democracia" de los gobiernos de la Concertación evitó que Pinochet pagara por todas las atrocidades cometidas por su dictadura".

–¿Por qué no te fuiste del país después del atentado, como había ordenado la dirección del partido? ¿No crees que si lo hubieses hecho se habría evitado lo que ocurrió?

–Mira, este asunto es un poco más complejo, un reflejo de viejas contradicciones. A mí me habían mandado a salir del país mucho antes del atentado; es más, no me querían dejar entrar al país después de tantos años de preparación en el exterior. Comenzaron a entrar los primeros compañeros y me fui quedando. No era por alguna incapacidad, simplemente fui relegado, había temor por mi apellido. Fue la primera vez que amenacé con irme del partido, fue la única forma de presionar para poder ingresar a Chile, pedía mi baja y por mi cuenta entraría al país. Entonces accedieron.

"Después, cuando cayó toda la dirección del TMM de Valparaíso

en el momento que yo era el jefe del Frente en esa región, me pidieron que me fuera de Chile. Pellegrin me trasmitió la orden del partido, fue en los primeros meses de 1986. Le dije rotundamente que no, que era mi responsabilidad. ¿A quién se le ocurre que ante cualquier hecho producido por esta pelea tuviéramos que salir corriendo? Sabíamos a lo que nos enfrentábamos y los riesgos eran esos.

"En el fondo, nos querían sacar del país por la misma razón por la que se creó un Frente no reconocido por el partido. ¿No leíste las memorias de Corvalán? En el subtítulo que trata acerca del Frente, dice "Los que empuñaron las armas" y se refiere a "esos valientes muchachos", y las memorias fueron escritas cuando todo había pasado. Ni para la historia del PC el Frente es una creación del partido, realizada por militantes comunistas cumpliendo una honrosa misión partidaria".

–Pero alrededor del atentado había una clara indicación de la Dirección...

–Mira, no te encierres en apenas una muestra de una contradicción histórica. ¿Te has preguntado quiénes fueron los principales conductores del Gobierno Popular...? Por lo tanto, ¿quiénes fueron los principales responsables de su derrota?

"Pasó el tiempo, llegaron los años ochentas y muchos comunistas se la jugaron decididamente por el Proyecto de Rebelión Popular. Apareció una forma nueva de hacer política contra una dictadura feroz, que sobrepasó a oficiales, al Frente y a comunistas en general, fue toda una enorme fuerza popular... Evidente que detrás de todo eso había un PC revolucionario, pero no era todo el PC, siempre se aplicaron versiones distintas de la Rebelión por los propios dirigentes del partido, siempre se vivió en la ambigüedad. Esto que ocurrió en el 86-87 es una nueva derrota, un nuevo proyecto derrotado, y mientras no se encuentre la esencia de estos fracasos, mientras se encuentren las responsabilidades y las causas de estos fracasos siempre lejos de los principales conductores, todo quedará como en una

penumbra, en la misma ambigüedad con la que siempre vivimos.[14]

Los cinco combatientes del FPMR capturados por la BIA se escaparon de la Cárcel Pública en enero de 1990 a través de un espectacular túnel de cien metros de longitud realizado por una estructura del PC. En la extraordinaria fuga escaparon un total de cuarenta y tres presos políticos. Vasili Carrillo y sus logísticos estaban en otra dependencia carcelaria; salieron en libertad un año más tarde.

1 "Buenos pa' la talla", bromistas, divertidos, en el lenguaje popular de los chilenos.

2 Entrevista con Diego, miembro de la Logística del FPMR.

3 Entrevista con Marcos, uno de los combatientes del atentado.

4 Ver *Los Fusileros*, libro del periodista Cristóbal Peña. El título de su obra recoge el apelativo con que la dictadura llamó a los combatientes del FPMR participantes del atentado. En esta investigación aparece el detalle de "los manchados" tirándose al barranco en medio del fragor de la emboscada. No precisa cuál fue la suerte de estos comandos del dictador.

5 Memorias de Luis Corvalán, p. 297.

6 Ibid., p. 298.

7 Ibid. Declaración de Jorge Insunza a Herreros. Pág. 545.

8 Tomado de *Mi hijo Raúl Pellegrin* de Tita Friedmann. Pág. 107. LOM, 2008.

9 Rafael es "Torito", el más joven de los oficiales que comenzó la escuela de cadetes con 15 años. Cursó la especialidad de Ingeniería y es el protagonista de la historia del Loco Lira y su "cuatro bocas" en Costa Rica en la guerra en Nicaragua.

10 Entrevista con Sebastián, Santiago julio 2007.

11 *Las Últimas Noticias* del 24 y 25 de octubre de 1986.

12 *Las Últimas Noticias*. 31 de Octubre de 1986. En el libro *Los Fusileros*, donde el autor indaga en la propia Policía de Investigaciones este asunto de las huellas, aparece que éstas estaban en una "botella de bebidas" y no en un tarro de conservas como aparece en los informes policiales entregados por esta institución a la prensa de la época.

13 Herreros, pág. 536.

14 Entrevista con Vasili Carrillo, Lota, junio del año 2007.

Capítulo 3.
Carrizal

Durante toda la noche del 28 de mayo de 1986 y gran parte de la siguiente, cincuenta y dos miembros del PC desembarcaron cerca de cuarenta toneladas de armamento, explosivos y municiones en una perdida y diminuta ensenada de las desérticas costas del norte del país. El lugar es Caleta Corrales, diez kilómetros al norte de Carrizal Bajo, desordenado caserío costero de apenas una calle perpendicular al mar y algunas viviendas dispersas por doquier, situado a setenta y dos kilómetros al noroeste de la ciudad de Vallenar.

Caleta Corrales es una irregular ensenada de no más de ciento cincuenta metros de ancho, con un poco más de doscientos metros desde la línea costera hasta una pequeña playa de unos quince metros de ancho, cuyo lecho está formado por piedras redondas y lisas, tipo bolones. Todo el terreno es abrupto, rocas de distintos tamaños están desparramadas por doquier. Como en todas las caletas de la zona, en algunas de vez en cuando se instalaban recolectores de algas por temporadas.

Vista desde el mar, la entrada a la caleta es como una puerta abierta, una estrecha hendidura entre los imponentes acantilados que la flanquean. Para descubrirla hay que saber que está allí, y conocer que los farallones más cercanos a la entrada tienen su parte más alta como pintada de blanco por el excremento que han depositado las aves costeras durante muchos años.

Desde tierra, la caleta se encuentra al final de un camino serpenteante y angosto de un poco más de un kilómetro de extensión, que desciende por una quebrada desde la planicie costera hasta la diminuta playa. En realidad, todo el lugar es una gran quebrada, una interrupción natural de la planicie que termina en el agua, accidente geográfico muy propio de esta zona del desierto de Atacama.

A simple vista, la planicie costera tiene poco de tal, es tan

irregular como toda esa accidentada geografía; desde allí nacen cadenas de cerros áridos que se adentran en el desierto, donde todo es calma y soledad, interrumpida rara vez por algún pastor criador de cabras. Bordeando la planicie, paralelo a la costa, corre un camino que va uniendo los escasos caseríos y las numerosas quebradas; en 1986 era apenas una huella terrosa.

En lo alto de la Caleta Corrales, el punto donde se unen el terraplén costero y el camino que sube por la quebrada desde el mar, fue bautizado por alguien como "La Rotonda". Veinticinco kilómetros al norte de ésta se halla el caserío El Totoral, y diez al sur, Carrizal Bajo. Desde este poblado costero se llega a la Carretera Panamericana, distante sesenta y cinco kilómetros del mar, a través de un camino secundario que aparece pintado de rojo en los mapas, como señal de pavimentación, pero, en verdad, en esos años era un puro tierral.

Caleta Corrales era un sitio ideal como punto de infiltración para cualquier tipo de actividad clandestina.

Al amanecer del 30 de mayo de 1986, después de un afiebrado e inusual movimiento, la caleta recobró su tradicional aspecto de inhóspita soledad. En un escondrijo cercano a la playa y en otro ubicado en lo alto, próximo a La Rotonda, habían quedado mimetizadas temporalmente toneladas de armamento y explosivos. En las seis noches siguientes, gracias al sistema organizado para el traslado de estos medios a lejanas minas, no quedó ni rastro del masivo trasiego. El 5 de junio, Pedro le pudo asegurar a Sebastián que la operación había sido un éxito total.

Exactamente sesenta días más tarde, el 26 de julio, la operación se repitió por el mismo lugar empleando idéntica modalidad. Dos noches de descargue del barco a la caleta y nueve de traslado hasta las minas.

El 6 de agosto de 1986, cuando prácticamente no quedaba casi nada en el punto de infiltración, cuatro agentes de la CNI llegaron a Caleta Corrales. El resultado fue un descalabro total para el PC.

En esta operación de internación de armas, con conocimiento de

causa o sin él, se vieron involucradas centenares de personas en el país y en el extranjero. La Comisión Militar del PC creó una estructura especial para tamaña empresa, la Logística Estratégica, con una rama nacional a cargo de Pedro y otra internacional bajo la responsabilidad de Juan Carlos, ambos veteranos oficiales del PC y subordinados directos de Sebastián, el miembro de la Comisión Política y jefe de la Comisión Militar del PC.

La Dirección Nacional del FPMR no tuvo nunca injerencia o responsabilidad directa en la organización, planificación y ejecución de esta operación, excepto Pellegrin, pero no como jefe del Frente sino como integrante de la Comisión Militar. El Frente únicamente envió a tres combatientes, solicitados para la seguridad del lugar del desembarco en ambas operaciones.

Al menos los ministerios del Interior de algunos gobiernos del entonces campo socialista colaboraron con esta empresa o la conocieron en parte. Cuba, principalmente a través de la desaparecida Dirección General de Operaciones Especiales del Ministerio del Interior, dirigida por el general Alejandro Ronda, y con la participación de una selecta tripulación de marinos profesionales, trasladó las armas solicitadas por el PC, en un buque mercante de gran calado y en el más absoluto secreto, hasta un punto fuera de las aguas territoriales de Chile. De allí en adelante, centenares de comunistas se vieron envueltos en esta odisea, cuyo fin último era ayudar a provocar, o al menos acelerar, el fin de la dictadura en Chile.[1]

Toda la ayuda financiera provino desde el exterior. Las extraordinarias cifras supuestamente gastadas por el Partido en la operación que aparecen en algunos reportajes son exageraciones, que al decir de Pedro, llegan al absurdo y al ridículo. Sobre este asunto, asegura tajante: Nunca el PC ni ninguna de sus estructuras subordinadas realizaron asalto alguno para recuperar dinero para esta operación".

La primera operación

Eran las diez de la noche del 28 de mayo cuando Alfredo

Malbrich, a bordo del *Chompalhue,* la goleta pesquera que navegaba con su capacidad de carga al tope, estableció comunicación radial con Pedro, el jefe de toda la operación, que esperaba impaciente en la pequeña ensenada de Corrales.[2] La oscuridad era casi total, apenas se podían distinguir las siluetas de los hombres sentados dispersos entre las rocas de la playita.

Después del aviso, dos fogatas preparadas para ese momento iluminaron el lugar. A un kilómetro y medio de la playa, en la entrada de la quebrada, cerca de La Rotonda, Joel, uno de los tres guardias de seguridad instalados arriba, dio un salto cuando vio el resplandor. "*A mí me parecía que se veían desde el mismo pueblito de Carrizal, eran dos tremendas fogatas de las que hacen los boy-scout*".

Una hora más tarde, aproximadamente, Alfredo Malbrich divisó con nitidez la luz de las fogatas. Enseguida ordenó a Pancho, el patrón de la goleta,[3] enrumbar hacia ellas. La embarcación llevaba cerca de cuarenta y ocho horas navegando con su pesada carga desde que se separó del barco cubano.

El encuentro de la *Chompalhue,* de escasos veintidós metros de eslora, con el barco mercante de unos ciento cincuenta metros, había sido al atardecer del 26 de mayo a más de doscientas cuarenta millas de las costas chilenas. "Era todavía temprano, como las dos o tres de la tarde, cuando avistamos el barco cubano", cuenta uno de los tripulantes de la goleta, de chapa "Víctor", al que todos llamaban "Lolo", porque era el más joven de los siete hombres que formaban la tripulación. Al embarcarse en esta aventura, llevaba un año en labores de pesca, se había graduado de técnico marino, tenía veintitrés años de edad y había sido reclutado a través de un dirigente comunista del Sindicato de Pescadores y Tripulantes en Talcahuano.

–Cuando avistamos el barco cubano, el comunicador que llevábamos, al que le decían "el Duro", lanzó repetidos llamados. Los cubanos nunca contestaron, simplemente se fueron aproximando y se detuvieron a poco más de media milla de nosotros, como observándonos. Así estuvieron una hora o quizás

más. Después se acercaron e hicimos el abarloamiento por el estribor del mercante. La maniobra salió muy bien. Eran como las seis de la tarde, el sol estaba bien bajo.

"Nos amarramos por proa y popa separados solo por la "aceituna" del barco cubano. Así le llaman a una inmensa goma sólida que tienen los grandes barcos para atracar; es lo mismo que en un barco chico, como el de nosotros, que usaba gomas viejas de camión. La "aceituna" era un poco más chica que nuestro barquito, parecíamos como un animalito que se agarra sin soltarse a una madre poderosa en busca de protección.

"Cuando miré hacia arriba, vi apoyados en la borda del mercante a hombres con traje de buzo aún destilando agua. Se me ocurre que en esa hora de espera los cubanos nos inspeccionaron, hicieron lo que tenían que hacer, se aseguraron que realmente éramos nosotros y no había nada extraño".[4]

Al barco cubano subieron Antonio y Malbrich con chuicas de vino chileno y una bandera del FPMR. El recibimiento fue afectuoso. El general Alejandro percibió la seriedad y resolución de los recién llegados y los abrazó con firmeza. Un experimentado capitán achinado y robusto de Tropas Especiales, versado en este tipo de misiones marítimas, instructor de Pedro para esta operación, había planificado con precisión todo lo que en ese momento se estaba realizando. Cuando vio a los chilenos, sonrió complacido.

Los saludos terminaron rápido. Con decisión y habilidad, los marinos cubanos comenzaron el complicado trasvasije en medio del movimiento asincrónico y permanente entre el gran barco y la pequeña goleta. La mar, para dicha de todos, estaba tranquila.

–Mar en calma –acota Víctor, El Lolo–. Era de día cuando comenzó el trasbordo. Terminamos como a la una o dos de la madrugada del día siguiente. Usaron la "pluma" para el descargue y colocación de los paquetes en la cubierta del Chompalhue. Teníamos un sistema de cuerdas para guiar la carga y que entrara directo a la bodega bajo cubierta. Todos trabajamos fuerte: recibir

esa carga y después estibarla en la bodega fue agotador. Desde Pancho, nuestro capitán, hasta el último marino trabajamos sin parar.

–Casi cuarenta toneladas... ¿no es demasiada carga para que siete tripulantes la acomoden en unas cuántas horas y con ese movimiento constante del mar?

–¡Ah!, sí, se me olvidaba. Bajaron a ayudarnos como diez marinos cubanos, se metieron dentro de nuestras bodegas a estibar la carga. Si no hubiera sido por eso, no habríamos terminado tan rápido. Cuando terminamos, uno de ellos, más bien bajito pero muy fornido, le gritaba a su jefe hacia arriba, medio en serio o medio en broma, que no se iba a bajar de nuestro barco, que lo dejaran ir a pelear con nosotros a Chile.

–Imagino que no se lo permitieron.

–Claro que no. Un jefe le gritó muy fuerte desde arriba: "¡Oye, no comas tanta mierda y acaba de subir! ¡Dale, apúrate, que vamos echando!"[5] Si no fue así, fue algo muy parecido.

En la caleta la temperatura había bajado sensiblemente, como es habitual en las noches del desierto. Pero en la playa nadie sentía frío, "o nadie reclamaba", acota Pedro. Hasta los más desinformados sabían que estaban participando en algo inédito, nunca antes visto ni en las historias de las luchas obreras ocurridas en las minas del salitre, ni en las más frescas peleas de los mineros del cobre.

Todos habían llegado hasta allí advertidos de que participarían en una importante y ultrasecreta misión del partido, pero muy pocos sabían que se trataba de un cargamento de armas y explosivos, solo los jefes conocían la magnitud de la jornada que les esperaba. Era la "*sección de tierra*", o los "*hombres de tierra*", como Pedro había identificado a la estructura que debía garantizar esa noche el desembarco de los medios, y sin interrupción, echar a andar el sistema de transporte para trasladar el armamento hasta los almacenes de tránsito.

Esta "sección de tierra" estaba al mando de Antonio, el locuaz

ingeniero participante en la guerra de Nicaragua, quien desde su arribo al país se había integrado al cumplimiento de esta tarea y al que, por alguna razón nacida de su extrovertida personalidad, todos conocían como "*Loco Antonio*". La sección estaba formada por dos estructuras supuestamente "cortadas" una de otra: una empresa recolectora de huiros, el alga abundante en la zona, y un criadero de ostiones y erizos.

La primera, asentada legalmente y con oficina en Vallenar, estaba al mando de Sergio Buschmann, probado militante salido de las estructuras del TMM de Santiago, actor de profesión y colaborador internacionalista en Nicaragua, a quien se debía la idea original de esta fachada. El objetivo de la empresa era darles cobertura y atención legal a los hombres que permanecían fijos en el punto de desembarco, los "huireros".

La misión principal de ese personal fue habilitar el punto de infiltración, hacerse parte habitual de la zona y conocer al detalle la "situación operativa" del terreno, para lo cual en los meses anteriores se dedicaron a la recolección de huiros, aunque de forma poco estable, mientras Buschmann, con tres hombres subordinados, un camión cerrado y un jeep, recogía las algas y las comercializaba. La misión principal en el desembarco: cargadores.

Pedro cuenta que los huireros y los demás que participaban de la operación no fueron suficientes para el descargue de la goleta y debieron incorporar personal auxiliar, quienes luego de cumplida esta fatigosa tarea, regresaron a sus lugares de origen.

–¿De dónde sacaron esa gente? ¿Tenían algún mecanismo con la estructura del partido para esto?

–No, desde un principio completar el personal necesario fue un drama. La Comisión de Organización del partido solo colaboró con la búsqueda de la primera tripulación, todo lo demás lo fuimos logrando por gestiones de la propia gente incorporada. Ese personal de apoyo para el descargue de la nave se lo pedimos a los que estaban desde un inicio. Cada uno buscó parientes y amigos, que no siempre eran militantes del PC. Usamos mucho las

relaciones personales. Cada uno de los iniciadores recurrió a ese método.

–¿No fue un riesgo mandarlos de regreso después del primer desembarco y repetir luego la operación en el mismo lugar?

–Claro que fue un riesgo, pero lo tuvimos que asumir así. Si esperábamos por la vía orgánica, no se hubiera cumplido la misión. Y en verdad no nos equivocamos. Ninguno de los movilizados tuvo que ver con la caída de los arsenales de Carrizal.

El criadero de ostiones y erizos, también asentado legalmente, fue instalado en la caleta La Herradura, a escasos cinco kilómetros al sur de Carrizal Bajo. Cuatro personas formaban parte de este grupo comandado por Alexis Texier, un profesional de la informática proveniente de Santiago, amigo personal de Alfredo Malbrich y con una figura al más puro estilo de Don Quijote; en todos los duros trabajos de la operación de Carrizal, al decir de Pedro, nadie reparó en su frágil y espigada apariencia.

Completaban el grupo, Maforito, un viejo militante empleado municipal en la capital, y dos reclutados por Texier desde la Juventud Comunista: Víctor Fernández, joven biólogo marino de copiosa barba, a quien llamaban Pitrufo por ser oriundo de la localidad sureña de Pitrufquén, y Vilma, una hermosa estudiante universitaria; ambos formaban una pareja estable, ideal para la cobertura legal del criadero.

Contaban con equipos de buceo, algunos medios técnicos del criadero, una balsa de goma tipo zodiac, un bote de madera motorizado, llamado *Andrea,* y un moderno jeep de doble tracción. Su trabajo antes del desembarco era el estudio de la zona y asistir clandestinamente a los huireros y al personal de apoyo. La misión durante la operación, al decir de Pedro: "con el empleo de sus medios de transporte marítimo, asegurar el traslado de la carga desde la goleta hasta el punto de infiltración en caleta Corrales. Desde allí participar en el traslado de los medios a lo alto de la caleta hasta el punto "La Rotonda", donde un camión y una camioneta transportan la carga hasta los almacenes de tránsito".[6]

En el primer desembarco, esos almacenes eran hasta cuatro minas que habían sido acondicionadas para guardar el armamento en sus infinitos socavones. La más cercana se encontraba por el camino costero, seis kilómetros al norte de la caleta; la más lejana, unos cuarenta kilómetros después del caserío El Totoral, al otro lado de la Carretera Panamericana.

Desde meses atrás, una pareja de viejos "pirquineros" comunistas de la zona trabajaba en cada una de ellas. Es frecuente que trabajadores solitarios exploten de forma artesanal cualquiera de las muchas minas abandonadas que existen en esos apartados parajes, pero para mayor seguridad, la actividad se cubrió con el manto de una pequeña empresa minera, creada al efecto, encargada de comprar el mineral extraído y dar atención a los mineros, premunida de un camión pequeño y un jeep.

Claudio Molina, un antiguo militante del partido de los equipos de seguridad del 73 en Valparaíso, a quien todos conocían como el Rucio Molina, era el creador y jefe de esta estructura. Su segundo al mando, Daniel, un joven minero nortino de profunda raigambre comunista.

A Molina también se le subordinó un depósito subterráneo construido en Huasco Bajo, un caserío cercano al Puerto de Huasco; pequeño puerto de embarque de minerales situado cuarenta kilómetros al sur de Carrizal Bajo. El local, de considerables proporciones, se construyó debajo de una casa de madera, muy similar a las del sector, utilizada como escuela clandestina de combatientes la mayor parte del tiempo. Tenía tomas de aire camufladas entre las paredes de la construcción del nivel superior y se accedía a él por un túnel lateral, cuya entrada estaba oculta dentro de la propia vivienda. Toda una obra ingeniera de los "barretineros".

Al mando de la instalación estaba José Eduardo Flores, conocido entonces por la chapa de Raúl, compañero del Rucio Molina desde los años ochentas en la Jota de Valparaíso y marinero, un detalle que Molina no pasó por alto a la hora de reclutarlo.

Otras dos "secciones" se crearon para esta operación. Una fue Transporte Carretero, con choferes, un camión y camionetas, bajo las órdenes del enigmático Gabriel Salazar, el hombre más riguroso en el cumplimiento de las normas de la vida clandestina, al decir de quienes lo conocieron. La misión del Negro Gabriel era el traslado de la carga desde las minas hasta los almacenes de Santiago y otras ciudades.

Los choferes no llegaban a las minas ni a los almacenes; en un punto del norte recogían los vehículos cargados y los llevaban hasta otro en alguna calle de la ciudad indicada. Desde los primeros traslados clandestinos de armamento en 1983 y 1984, procedentes de Bolivia, el Negro Gabriel impuso ese sistema impersonal de entrega de vehículos, lleno de medidas de seguridad y de controles previos y posteriores a las entregas. Nunca ningún traslado de los organizados por este hombre fue descubierto por algún aparato policial de la dictadura.

La última sección, Almacenes Permanentes, estaba bajo la responsabilidad de Abelardo Moya, salido de las estructuras de logística del FPMR. Su jefe directo era Pedro, quien asegura que Moya, a quien llamaban Pintoso, atendía tres o cuatro almacenes en la capital y varios más en otras grandes ciudades del país, cada uno con familias responsables de su manejo y normalidad.

Hombres de Mar, Hombres de Tierra, Almacenes de Tránsito, Transporte Carretero y Almacenes Permanentes fueron estructuras creadas para la operación de internación de armas en el país. Todas debían estar cortadas entre sí, sin cruzarse nunca, completarse con hombres adecuados para la tarea y cumplir con los tiempos necesarios para la organización y realización de la operación.

Eso era lo que tenía concebido Pedro al momento de presentarle a Sebastián el plan y su diseño. "Se ve bonito en el papel, veamos cómo sale en la realidad", fue aproximadamente el comentario de éste cuando recibió su explicación. En verdad, todo se hizo de acuerdo con ese plan, pero en la medida que pasaron los meses, se

fueron violando pasos, y las interconexiones entre estructuras y hombres fue tal, que a la postre esto influyó decisivamente en el descubrimiento y fracaso de la *Operación Rey*, nombre en clave con que Sebastián bautizó la internación de armas por Carrizal.

El primer desembarco

La goleta *Chompalhue* fondeó a unos ciento cincuenta metros de la costa, inmediatamente afuera de la entrada de la ensenada; así estaba previsto, no debía acercarse más. Con los siete tripulantes habituales de la embarcación, al mando de Pancho, un patrón de barco serio y de carácter explosivo, iban José (*El Duro*), oficial especialista en comunicaciones; René, el navegante encargado de encontrar la nave cubana en medio del océano Pacífico; Alfredo Malbrich, jefe de todos ellos, y Antonio. Excepto este último, los demás eran el Personal de Mar, que también debía participar en la descarga.

Pedro no recuerda cómo ni cuándo dio la orden de comenzar. Los hombres esperaban tensos en la playa, mal iluminados por las fogatas; los choferes estaban al volante de los jeeps y camionetas de carga; las balsas y el bote tenían sus timoneles listos, y la *Chompalhue* en la penumbra, mecida por las olas y un importuno viento norte. En algún momento de la noche del 28 de mayo comenzó el febril trasiego.

La goleta apenas se veía recortada en medio del mar y la oscuridad. El zodiac –con Alexis Texier y Víctor Fernández, *Pitrufo*, los falsos cultivadores– se acercó a ella con decisión. En la misma medida que se aproximaba, la emoción, sutilmente, embargó a Texier más y más. No daba crédito a lo que estaba viendo, a pesar de las incontables veces que había imaginado ese momento durante los casi seis meses de preparación. En cuanto divisó las caras, entre tensas y sonrientes, de los tripulantes de la *Chompalhue*, sintió los latidos del corazón en la misma garganta. La escena parecía como salida de un cuadro surrealista.

Pitrufo maniobraba el bote con maestría en medio de la noche, como si fuera algo trivial. Se arrimó y lanzó algunas cuerdas de

sujeción cual marino ducho, confiado, *canchero,* dice Texier. En la cubierta de la *Chompalhue,* Pancho alzaba jubiloso una impresionante ametralladora M-60. Los demás tripulantes se movían como nerviosos mientras arrimaban cajas y paquetes hacia la borda. De repente y sin que Texier pudiera disfrutar ese mágico encuentro, Antonio desde arriba le grita y lo increpa: "¡Ya po, Calambriento, estay dormido! ¡Agarra este paquetito!" Era el apodo que él mismo le había endilgado a Texier meses atrás, cuando intentaban sacar un vehículo atascado en un camino del desierto.

Los primeros en bajar a la playa fueron Antonio y Malbrich, que se abrazaban emocionados a cuantos se iban encontrando. Quizás lo más emblemático fue el momento en que Pancho se paró ceremonioso frente a Pedro y, con gesto enérgico y marcial, puso la ametralladora en las manos del jefe de la operación, al tiempo que decía, con la voz fuerte y grave que le caracterizaba, "Compañero Pedro, la misión ha sido cumplida".

Por la anécdota contada por el propio Pedro, quién aún recuerda con detalles el impacto del gesto, la frase de Pancho deja de ser banal retórica. En honor a la verdad, los "hombres de mar" de las goletas *Chompalhue* y *Astrid Sue,* incorporada en el segundo desembarco, siempre cumplieron plena y exitosamente con su misión.

Pedro incorporó otra balsa zodiac para el desembarco, cada una podía trasladar cuatrocientos kilogramos y tardaban cuarenta minutos en cargarlas y descargarlas, más el viaje de ida y regreso entre la goleta y la playa; en el bote de madera, con capacidad de tonelada y media, se hacía ese trabajo en una hora. Texier se resiste a creer que demoraba tanto tiempo, le parece que todo era mucho más rápido.

Las balsas llegaban hasta la misma playa, el bote entraba suave hasta que la quilla chocaba con las piedras del fondo. Sus ocupantes se tiraban al agua y ayudaban a sacar la carga hacia una cadena humana que la trasladaba a los jeeps y camionetas. Los

vehículos subían por el camino de la quebrada y descargaban en una pequeña hondonada que quedaba a menos de cien metros de La Rotonda, donde estaba el camión, que tenía la responsabilidad de trasladar la carga a los almacenes de tránsito.

Así fue una e incontables veces. Los paquetes de armas eran pesados, más aún los que tenían municiones, y con el transcurso de las horas, el peso parecía ser mayor. En medio de la madrugada, recuerda Texier, una fina e inusual llovizna dificultó la operación.

–¿Toda la noche estuvieron trabajando? ¿No se cansaban, no había preocupación de que alguien viera tanto movimiento?

–Ni un alma pasaba por allí, mucho menos a esas horas. Estábamos en el medio de la nada y en plena madrugada. Los más cercanos eran huireros habituales que estaban en playas contiguas, desde donde no podían ver ni oír lo que ocurría, y de todas maneras, uno de nuestros huireros estrella, Challita, fue a visitarlos temprano y los emborrachó hasta que no supieron ni dónde estaban parados. Recuerda que nosotros llevábamos meses allí, desde septiembre de 1985 estábamos en la zona y sabíamos bien cómo funcionaba todo. No existía prácticamente ninguna posibilidad de algún visitante extraño, estábamos muy distantes de los lugares poblados.

"Y del cansancio... La gente, claro está, se cansaba, pero era tal la tensión, lo que estábamos haciendo era tan increíble, tan extraordinario, que yo creo que nadie se quejó. Todos trabajamos con tenacidad y firmeza, con una alegría y satisfacción enormes en medio del pecho, hasta cantaba la gente mientras trabajaba, por fin hacíamos algo tan concreto contra la dictadura. Incluso en el segundo desembarco, dos meses después, aunque la cosa se complicó por la llegada tarde del barco, la gente respondió igual".

Joel, uno de los guardias de seguridad, tuvo otra percepción.

–A mí y a los otros guardias que estábamos arriba nos mandaron a buscar en la madrugada de la segunda noche. Bajamos a colaborar con la descarga, nos metimos en la cadena humana que se formó para eso. Los paquetes los sacaban de los botes y pasaban

de mano en mano hasta el jeep. Los primeros hombres estaban con las botas en el agua. Al transcurrir una o dos horas de pasar y pasar paquetes, te parecía que pesaban una tonelada. Si trabajabas toda la noche, necesariamente quedabas reventado. La mayoría de los hombres se había tomado algún trago y a más de uno lo noté francamente borracho. Hacía un frío terrible, y con ese pretexto varios tomaron más de la cuenta.

Raúl, el porteño jefe del barretín soterrado de Huasco, es un abstemio inveterado, no obstante esta es su percepción del angustioso desembarco:

–En efecto, la gente se tomó sus tragos, algunos más que otros; realmente hacía frío, y el cansancio era grande al pasar las horas de tanto trabajo. Yo vi gente desplomarse extenuada, a otros se les caían los paquetes..., simplemente no podían más. Hay que recordar que no todos eran cargadores, eran hombres dedicados a cualquier otra cosa y no estaban preparados para ese esfuerzo titánico durante toda la noche; había jóvenes estudiantes, profesionales, incluso algunas mujeres que también ayudaron. Otra gente sí estaba preparada, principalmente los mineros, los viejos trabajadores, Pitrufo el biólogo marino, en fin, hubo gente que aguantó todo, pero estaban preparados para eso. El Loco Antonio jugó un papel destacado, aparte que trabajó mucho, siempre daba ánimos y decía frases cómicas y de estímulo para todos.

"Ir hasta el *Chompalhue* en el bote de madera, cargarlo, regresar y descargarlo, todo en medio del constante movimiento del mar, era una tarea difícil, sobre todo para quien solo se había subido a un bote para pasear. Al rato, la gente que iba en él, aunque tenía tremenda voluntad, estaba vomitando. Así fue como alguien recordó que yo era marino y me pusieron a trabajar en el bote con un marino del norte que llevaba horas haciendo el viaje".

Los extenuados cargadores nunca supieron, al menos entonces, quiénes los visitaron la segunda noche del desembarco. Era tarde, quizás medianoche, cuando desde la playa se divisaron en lo alto

las luces de un vehículo ligero. Se trataba de una camioneta a la que los guardias apostados en La Rotonda habían obligado a detenerse. Retuvieron a sus dos ocupantes sin dificultad, y dieron el aviso. Pedro subió a verificar la información. Era Mario, el chofer de Buschmann, que había ido desde la oficina de Vallenar y llevaba, nada más ni nada menos, que a Sebastián.

A Pedro no le gustó la visita sorpresiva. "Eso debía coordinarse –pensó–, podría ser peligroso en medio de la operación". De hecho, cuando vio las luces en lo alto dio la señal de alarma y un par de escuadras preparadas para la ocasión ocuparon posiciones defensivas. Una vez pasada la sorpresa, saludó con afecto a su jefe y le pareció bien que estuviera allí para que apreciara la magnitud de todo aquello. Bajaron hasta cerca de la playa en silencio, que era el estado más común y cómodo para Sebastián. El jefe se detuvo en una pequeña altura guarecida por la penumbra, ideal para observar el imparable trasiego.

–¿No te dijo nada?

Pedro medio se sonríe antes de contestar.

–Sí, me dijo dos o tres frases durante toda la visita..., y eso es bastante; todas de aprobación, por cierto. Después hizo algunas preguntas de rigor y al poco rato, una cordial despedida. Sebastián es un lacónico inveterado, imperturbable. En las muchas veces que debí verlo durante los casi dos años que trabajamos juntos para esta operación, me acostumbré a ese trato conciso y efectivo, y a su rostro inalterable y sin gestos, que no reflejaba jamás lo que pensaba, mucho menos lo que sentía. Así es que esa noche me sentí reconfortado por la visita y sus precisas palabras de reconocimiento a todos esos hombres que estaban allí.

Planes, organización y realidad

La magnitud de esta operación, el tiempo empleado en su preparación y realización, los disímiles participantes de los más diversos orígenes, los múltiples escenarios de su ejecución en Chile y otros varios lugares del mundo, la inmensidad de recursos empleados y, principalmente, su trascendencia política, confieren

a este acontecimiento vida propia.

Carrizal es una historia en sí misma, imposible de exponer por ahora en su abarcadora totalidad. Debido a esas mismas razones, se hace necesario considerarlo en esta investigación, pese a que numerosos protagonistas y hecho colaterales quedarán sin mencionar. Un gran ausente será la parte relacionada con Cuba, la extraordinaria operación de aprovisionamiento logístico planificada, organizada y realizada en el más absoluto secreto. Historias y proezas de estos revolucionarios que algún día sus protagonistas deben contar.

Para que el barco cubano se encontrara en medio del océano con la goleta chilena y ésta trasladara el armamento a una perdida caleta en las costas del desierto, para que desde allí cientos de hombres y recursos se concatenaran y conspiraran para guardar y distribuir toneladas de armamento y explosivos por las principales ciudades del país, debió transcurrir cerca de un año y medio de planificación, organización e infinidad de gestiones en total secreto y en medio de las grandes tensiones que vivía el país en los años 1985 y 1986.

Nada de lo obrado fue miel sobre hojuelas, durante todo ese tiempo los protagonistas de esta historia sufrieron los consabidos conflictos políticos internos, graves problemas de seguridad, descompartimentación, increíbles cruces entre las diversas estructuras y los infaltables dramas humanos llenos de renuncias, errores, temores y no pocas contradicciones.

La tarea obedecía a una decisión política de la dirección del PC. Se trataba de la Rebelión Popular, que en ese minuto adquiría el nombre de Sublevación Nacional, concebida por el PC como el momento final de la dictadura. Pedro era de los que estaban convencidos de que las armas jugarían un importante papel en ella, siempre y cuando grandes sectores populares participaran efectivamente en la sublevación.

Juan Carlos fue convocado en el mismo mes de noviembre al interior del país. Desde que llegó le plantearon la tarea a grandes

rasgos. En la reunión oficial con los tres miembros de la Comisión Militar efectuada el 5 de diciembre, no se habló de cantidades ni de vías, solo del planteamiento estratégico esencial. Había que ingresar medios en cantidad y variedad superiores a todo lo que hasta ese momento se había hecho. "Aseguramiento para un nivel superior de la lucha", dice Juan Carlos que fueron las palabras textuales.

Como consecuencia, debía crear bases logísticas de apoyo en todos los países limítrofes con Chile y próximos a él y ampliar las ya existentes. Una misión anexa recibió al instante: preparar condiciones en Cuba para que recibieran a Sebastián y a otros miembros de la Dirección del PC que iban a solicitar el apoyo oficial de este y otros países de la órbita socialista.

El jefe de la Logística Exterior porfía, insiste:

> La operación de internación de armas nació en Chile, nació de la Comisión Militar. Yo recibí la idea y la llevé al exterior, a Cuba y a otros países socialistas, no fue al revés. Siete veces fui a Moscú durante toda la etapa de preparación de la operación. La Comisión Política que estaba allá y otros miembros de ella que viajaron desde el interior del país, fueron informados, es evidente que sabían de la operación, pero solo conocían los aspectos más generales, nunca dimensionaron su magnitud.

La vida de este oficial cambió radicalmente desde que regresó a Cuba con la gran encomienda bajo el brazo en los primeros días del año 1985. Fue recibido por las máximas autoridades del país y de inmediato quedó establecido que sería en el exterior el único interlocutor reconocido para esta tarea.

En Cuba, la misión se puso en manos del general Alejandro Ronda, jefe de la Dirección General de Operaciones Especiales (DGOE) del Ministerio del Interior. Por vez primera otras dependencias políticas del Estado cubano, tradicionales en la atención al Partido Comunista de Chile, quedaban al margen de esta operación. Desde ese momento solo la DGOE sería el vínculo del Estado cubano con los comunistas chilenos, para esa

operación, y para todo aquello que tuviera un contenido operativo militar. Desde el principio, Cuba estableció una condición inviolable para todos los participantes: máximo rigor en la compartimentación y en el secreto de la misión.

Nicaragua marcó el inicio de las relaciones entre comunistas chilenos y los oficiales de Tropas, como se les llamaba comúnmente a los miembros de la DGOE, pero fue en este momento cuando se dio un salto cualitativo en esos vínculos. En adelante se compartieron tareas, identidad y compromiso por un objetivo común. El general Alejandro fue el artífice principal en esta etapa de colaboración junto a un selecto grupo de oficiales, no pocos de los cuales expresaron abiertamente su voluntad de ir a Chile a participar en la lucha contra la dictadura, y así se lo manifestaron con convicción a más de un dirigente comunista chileno. El general, convencido de la inviabilidad política de tales deseos, ni siquiera lo consideró.

La Logística Exterior comenzó a funcionar en 1983 en una base instalada en Bolivia, desde donde ingresaron algunas cantidades mínimas de recursos y medios. Un oficial, Jorgito, inició este trabajo, al que se sumaron luego otros dos oficiales, Gladio Mena y Filomeno, más una de las doctoras graduadas en Cuba. En el interior del país, Malbrich y Gabriel eran los encargados de esa misión.

Esta vez se trataba de dar un paso más allá de todo lo imaginado. Después de establecer los acuerdos mínimos en Cuba, Juan Carlos salió raudo hacia Nicaragua a "reclutar" cuadros entre los oficiales del PC para las bases auxiliares en el exterior. La Logística necesitaba sus propias vías de comunicación, su propia infraestructura de apoyo y de aprovisionamiento de recursos.

En Perú se instaló Patricio Hinostroza, apodado Ñato; en Uruguay, Francisco García, quien aparece como "el Amigo" en las comunicaciones de entonces, "y con ese nombre se quedó", asegura Juan Carlos. Por último, en Argentina se organizó la base principal de apoyo, que se inició con dos hombres y llegó a tener la

mayor estructura y cantidad de personal; Pablo o Simón, un acucioso oficial especialista en logística, fue su jefe; Antonio Reyes, *el Negro Antonio,* uno de sus primeros subordinados. La base pionera en Bolivia continuó trabajando hasta su prematura caída en 1985.

En la instalación y apoyo a las bases colaboraron los partidos comunistas de esos países, a través de vínculos facilitados a Juan Carlos por la Comisión Política radicada en Moscú. En Uruguay se contó con la colaboración del movimiento revolucionario 26 de Marzo y en Argentina, donde el Partido Comunista desempeñó un importante papel, también se tuvo el apoyo de Los Montoneros y el ERP.

–No pocos argentinos cumplieron misiones de enlace, infraestructura y comunicaciones durante esos años, asumiendo idénticos riesgos que los revolucionarios chilenos –enfatiza Juan Carlos–. Una buena parte de ellos fue reclutada por los propios logísticos instalados en Argentina.

"La colaboración, el apoyo y la solidaridad de los revolucionarios de los países vecinos fueron invaluables, eran vínculos directos con cada organización. Nunca existieron esas "cumbres terroristas internacionales con planes de invasión", como repetían de forma ridícula los medios de prensa de la dictadura.

La estructura de Logística Exterior, con sus bases principales y de reserva, aseguró las comunicaciones permanentes antes, durante y después de la operación y fue la responsable principal en el flujo de los recursos económicos. Por la de Argentina, esencialmente, durante casi dos años pasaron con absoluta seguridad inestimables cifras de dinero, así como mensajes y personas, sin que su trabajo fuera descubierto nunca. Años más tarde, y sin relación directa con la operación de Carrizal, esta jefatura cayó en manos de la policía transandina; dos de sus integrantes, al obtener libertad bajo fianza en el proceso judicial a que fueron sometidos, salieron clandestinamente del país. Pablo, el jefe de la base, debió soportar largos años de prisión en cárceles

transandinas.

Juan Carlos asegura que en marzo de 1985 llegaron a Cuba Sebastián y tres miembros de la Comisión Política del PC, uno de ellos Volodia Teitelboim. Tanto él como Pedro suponen que en esa visita examinaron con las máximas autoridades cubanas los acuerdos políticos más generales de la operación. La situación concreta solo fue tratada posteriormente con Sebastián; los detalles operativos los revisaron y precisaron los especialistas de Tropas con Pedro y Juan Carlos. Este último considera que fue en ese viaje de Sebastián cuando comenzó oficialmente la preparación de *"Volcán"*, nombre en código con el que se identificó en Cuba a esta operación.

Mientras se hacían planes y pruebas en el exterior, donde no se dejó nada al azar y se llegó a realizar hasta encuentros de práctica de dos embarcaciones en alta mar, los pioneros de la tarea en Chile, Pedro, Malbrich, Antonio, Víctor Fernández y Texier, iniciaban maratónicas jornadas de búsqueda y organización.

Pedro llegó al país en mayo de 1985 con la idea general de lo que se haría; era apenas un esquema, una idea de las acciones. En los meses siguientes había que crear todas las condiciones. El método que se emplearía estaba definido, era por mar.

Chile tiene poco más de cuatro mil doscientos kilómetros de largo medidos en línea recta. La costa al océano Pacífico, considerando sus infinitos recovecos y sinuosidades, son centenares de miles de kilómetros, imposibles de custodiar palmo a palmo.

El pequeño núcleo de dirección inicial definió en un principio dos regiones de exploración para ubicar el punto de infiltración: las costas en el sur, desde Concepción a Puerto Mont, y en el norte las del desierto de Atacama. Para comenzar la tarea, Antonio reclutó en Valdivia a dos ex compañeros universitarios de los años de la Unidad Popular. Malbrich, por su parte, convocó a Texier, su viejo camarada de la Juventud Comunista y compañero en el terreno profesional, ambos eran especialistas en informática y

computación. Texier buscó al biólogo marino Víctor y a su compañera Vilma, conocida como la Negra, desde las aulas universitarias de Concepción, con quien Texier mantenía relaciones de amistad desde sus primeros años como jóvenes militantes comunistas.

Con este grupo primario, al cual después se sumaría Buschmann, se realiza la exploración de las costas del país. Sin dejar que Pedro termine de explicarme los primeros pasos, como apurando la historia, le pregunto por qué optaron finalmente por las costas del norte.

–No fue una opción –explica Pedro–, nos vimos obligado a ello. Los hombres encargados de explorar el sur provocaron dos problemas que nos obligaron a irnos al norte. A uno de ellos se le ocurrió contratar una avioneta para hacer la exploración de las costas, le pareció una excelente idea, lo malo es que necesariamente los aviadores estaban vinculados a las fuerzas represivas del dictador.

–¡Un avión...!

–Sí, una avioneta..., fue su iniciativa. Pero eso no fue lo más grave. Después, por vía del partido, nos llegó un informe de que uno de estos compañeros tenía una amante. Tampoco ese era el problema, sino que, supuestamente, ella era a su vez mujer de un militar del ejército, que probablemente fuera de la CNI. Si eso era real, el asunto se volvía muy peligroso. En fin, ante la simple sospecha, dejamos el sur, y como medida de seguridad nos llevamos a esos hombres con nosotros, que más tarde se incorporaron plenamente a las tareas por el norte.

–Bien, pero de acuerdo con lo que me cuentas, al principio eran tres o cuatro hombres, ¿cómo lograron juntar tanta gente después si por la vía partidaria no se las entregaban?

–En realidad, al comienzo nos apoyaron. Sebastián nos conectó con la Comisión de Organización y con la dirección de la Juventud Comunista, ellos nos vincularon con el Sindicato de Tripulantes Navales, por esa vía llegamos al capitán Alvear, que aunque no

tripuló la nave para la operación, fue clave para solucionar todo lo referente a la gente del mar. Por él nos vinculamos con esos hombres y conseguimos la tripulación y el primer barco.

"Te voy a ser sincero. Antes de encontrar a Alvear, me entrevisté con siete capitanes de barcos, todos vinculados por la vía partidaria. Todos se fueron de negativa ante el puro hecho de plantearles en nombre del partido una misión riesgosa. Nunca en el primer intento se les dijo de lo que en verdad se trataba.

"Pero al final apareció la gente necesaria, y fueron dos las tripulaciones de marinos chilenos que hicieron tamaña proeza, por la pura convicción de que estaban haciendo algo necesario en contra del dictador. Nunca a nadie se le ofreció dinero por hacer lo que se hizo, es una infame calumnia decir que pagábamos. Nosotros gastamos los recursos en todo lo necesario para la operación y en los pagos elementales para sostener a las familias de los que estaban allí a tiempo completo. En realidad, no hay dinero capaz de pagar ese tipo de sacrificio".

–Está bien, pero antes de hacer esas valoraciones... En la historia aparecen algunos especialistas...

–Sí, también nos entregaron los especialistas, un comunicador que se destacó por cumplir múltiples funciones fuera de su especialidad, conocido como "El Duro", y también nos pasaron a un navegante con un aparato de ubicación satelital. Salvador, el jefe del TMM nacional y Víctor, el jefe del TMM de Santiago aportaron cuadros importantes. En realidad todo era apoyo del partido, pero a través de contactos inorgánicos. Recuerdo a Puchini, un cuadro intermedio del PC a quien le habían apodado así por tener siempre un pucho en la boca, era de mi absoluta confianza; bien..., él trajo a unos cuantos parientes a la operación y además me presentó al Secretario Regional de esa zona y así llegamos a la tripulación del segundo barco. Quiero decirte entonces, que gran parte de lo logrado fue por gestión propia..., y eso influyó mucho en la des-compartimentación. Necesitábamos choferes de camión, que no es cualquier chofer, mineros,

cargadores, sanitarios, infraestructura, y sobre todo necesitábamos cuadros de dirección, con experiencia. Todo eso lo fuimos construyendo poco a poco..., y cuando se nos anuncia la fecha del primer desembarco, nosotros no estábamos listos. Hoy puedo decir que gracias a que falló el primer encuentro con el barco cubano en diciembre del 85, pudimos tener el tiempo suficiente para preparar el desembarco de Mayo del 86.

El encuentro entre la goleta chilena y el barco cubano al que se refiere Pedro debió producirse al mediodía del 31 de diciembre de 1985. El barco madre acudió puntual a la cita, pero la *Chompalhue* nunca llegó. Ese fue, tal vez, el momento más tenso para la tripulación al mando de la nave cubana. Sin noticias y en medio del océano, esperaron en vano. Podía haber pasado cualquier cosa, desde un accidente hasta la detención del barco chileno o la caída del punto de encuentro. Pero la ausencia de la goleta no obedecía a problemas de seguridad, impericia de sus tripulantes ni accidentes de ningún tipo.

La *Chompalhue* zarpó de Caldera con su tripulación convencional el día y la hora indicados, a las dos de la tarde del 30 de diciembre. El bote zodiac del proyecto de criadero partió un poco más tarde desde la caleta Obispito, al norte de Carrizal; en ella iban el especialista de radio, el navegante y Malbrich, el único que conocía las coordenadas para ubicar al barco cubano.

El propio Malbrich había planificado que ambas embarcaciones se encontraran a las seis de la tarde frente a la caleta Obispito, a diez millas de la costa. En ese punto, el zodiac y sus tres tripulantes pasarían a la *Chompalhue*. Solo entonces, Pancho, el capitán efectivo de la goleta, conocería hacia dónde dirigirse.

–Diez millas son dieciocho kilómetros –dice El Lolo, el marino más joven de la Chompalhue–. Pancho advirtió que ese encuentro iba a ser muy difícil, por la hora, la dimensión de las dos embarcaciones y la gran distancia de la costa. Recomendó que se hiciera mucho más cerca. Ese encuentro era a pura estimación, no se usaba el aparato de navegación, tenía que ser más cerca de la

costa..., no le hicieron caso.

Precisamente esa cercanía era la que quería evitar Malbrich. Según Pedro, mientras más cerca de la costa, más temor se tenía de ser detectados y que cayera en manos enemigas un dato tan determinante. Para Malbrich, cualquier medida de seguridad era insuficiente, por eso había ideado este método para mantener en secreto las coordenadas donde se encontraría el barco cubano el 31 de diciembre.

Antonio el ingeniero fue quien trasladó en una camioneta hasta la caleta Obispito a los tripulantes clandestinos con el bote de goma desinflado. Cuenta la anécdota, y como es hábito en él cuando ríe, arruga toda la cara y entrecierra los ojos al evocar detalles de la historia. Y como para interesarme en su relato, es él quien hace la primera pregunta.

–¿Sabes por qué conozco lo que pasó?

–Bueno, si tú fuiste el que los llevó al punto de embarque, imagino que eso te permitió conocer la anécdota.

–¿Anécdota? ¡La mansa cagaíta...! No se trataba de una minita que la dejabas esperando en una esquina cualquiera... ¡era un inmenso barco cargado de "fierros" esperándote en medio del mar!

"Sí, yo los llevé, pero me tenía que ir. Nada hacía yo en esa playa solitaria. Se suponía que ellos iban al encuentro del Chompalhue esa misma tarde y después al encuentro con los cubanos. Si se juntaban con el barco cubano el 31, ellos debían regresar el día dos de enero... ¡ah! ¿Te das cuenta como es el asunto? Yo los dejaba, ellos salían, me aseguraba que se fueran y yo me iba a Santiago, ese era mi plan".

–Entonces, ¿te contaron después cómo fue todo?

–Nones. Yo no me fui, me quedé en la playa, y no por adivino. Me quedé un rato para asegurarme de que se fueran, y como estaba reventado de cansancio, casi todos andábamos así, me quedé dormido en la camioneta. No sé cuánto rato estuve así. Cuando desperté era bien entrada la noche, estaba más solo que Toribio el náufrago. Me iba a ir cuando vi frente a la caleta las

luces de un barco pesquero que pasaba de norte a sur, bien cerquita. Me llamó la atención, me pareció conocido, aunque apenas se notaba su forma. Me quedé intrigado. Al rato, el mismo barco regresó. Eso lo hizo dos o tres veces; subía, y al rato bajaba. Ya no me cupo duda, era el Chompalhue buscando al bote de Malbrich, no estaba navegando hacia donde los cubanos, eso estaba claro..., no se habían encontrado con los cabros.

–¿Y?

–Nada, Malbrich y los otros dos compañeros se perdieron, nunca llegaron al lugar. El encuentro era a las seis de la tarde, una hora muy inapropiada, al rato ya estaba oscuro. Pudieron haber estado cerca del Chompalhue y no verlo. A los de la goleta les era más difícil aún encontrar al oscurecer un bote de goma en medio del mar.

"Yo me quedé allí, me quedé esperando, yo creo que eran como las cinco de la mañana, todavía estaba oscuro, cuando aparecieron dos gallos caminando por la playa, eran Malbrich y el navegante. Venían reventados, habían estado dando vueltas casi toda la noche en medio de una mar encrespada.

"Y así fue... Pasado un rato, de la misma forma que los dejé, me los llevé de la playa. Era el amanecer del 31 de diciembre, esa noche era la del año nuevo, no teníamos mucho que celebrar".

–¿Y el radista?

–Se había quedado cuidando el bote y los equipos que llevaban.

–¿Entonces no se dieron vuelta y casi se ahogaron, como ha aparecido en algunos reportajes?

–¡Se ha dicho tanta güevá! Si es por todos esos inventos, yo soy más pintoso que Marlon Brando, andaba con puras minas ricas y cerraba los burdeles para mí cada vez que quería.

–¿No es cierto lo de los burdeles y que tomaban mucho trago?

–Fue más de un año y medio de trabajo, con marinos de verdad, con mineros de verdad, con choferes de verdad, ni pituquitos ni autómatas entrenados, era gente encontrada por nosotros mismos... Claro que con los compañeros en más de una

oportunidad fuimos a esos lugares, pero dime si en tu investigación hay un solo antecedente que diga que los datos de la CNI salieron de las casas de putas, de algún bar de mala muerte. Claro, después que queda la tendalada, los chanchos y los periodistas van a los burdeles y preguntan, a partir de allí comienzan las especulaciones.

–¿Qué consecuencias tuvo el desencuentro con los cubanos el 31 de diciembre?

–Eso causó gran tensión en todos. Significó aplazar la operación casi cinco meses, pero al parecer eso fue mejor, tuvimos tiempo para prepararnos mucho mejor. Yo no sé qué habría pasado si el desembarco se hubiera hecho en esa primera fecha. ¡Ah!, otra consecuencia es que había que ir donde los cubanos a poner la cara, a dar explicaciones y ponerse de acuerdo para el próximo encuentro. En realidad, no era muy agradable jugar ese papel. No fue Pedro, mucho menos iba a ir yo...

Con una sonora carcajada y un gesto como de complicidad, Antonio termina su relato de sopetón: "Mandamos al Albacorilla". Así los marinos del Chompalhue habían bautizado a Malbrich por tener una altura notable y ser francamente delgado.

Segundo desembarco y caída

Una vez terminado el desembarco del 26 de mayo de 1986, Pedro supo que habría una segunda operación porque en el barco cubano había quedado parte de la carga convenida. Para realizar los ajustes, viajaron a Cuba el ingeniero Antonio y Sebastián. Nadie recuerda fechas exactas, como Antonio regresó de Cuba a mediados de julio, se puede afirmar que viajaron a principios de ese mes.

Pedro es preciso y elocuente:

–Nosotros planteamos con claridad que el segundo desembarco no podía hacerse antes de cuatro meses. Cuando los compañeros se fueron de viaje, recién habíamos encontrado la goleta *Astrid Sue*, un excelente barco, mejor que el *Chompalhue*. Tenía un contrato de pesca por dos meses más y la compra fue con el

compromiso de cumplirlo. Terminada esa faena, pasaba a nuestra entera responsabilidad. Después debíamos prepararlo, avituallarlo y dejarlo en óptimas condiciones para la misión, ya teníamos la experiencia de la primera.

"Además, nos habíamos planteado la tarea de optimizar todo el sistema organizado para la operación, superar los errores cometidos, prever todas las variantes y reclutar, organizar y preparar al personal para cumplir con éxito la misión. No se me olvida, solicité cuatro meses. Había razones objetivas que obligaban a esperar ese tiempo".

–Pero entre las dos operaciones solo transcurrieron casi dos meses, ¿qué pasó?

–Que un buen día, a mediados de julio, Antonio regresó y traía consigo la fecha del segundo desembarco. Recuerdo casi textual lo que me dijo: "el barco cubano llega exactamente en diez días más, ya salió".

–¿Diez días?

–Sí, te aclaro, diez días a partir de la llegada de Antonio, que tiene que haber sido alrededor del 14 ó 15 de julio. Nosotros ya llevábamos más de un mes y medio preparándonos.

–Imagino que aceptaste, puesto que el segundo desembarco comenzó la noche del 26 de julio.

–¿Qué podía hacer? ¿A esa hora echar para atrás? ¿Sabes tú cómo es nuestra formación? Uno cumple, uno trata de cumplir pese a mil dificultades, a uno le enseñan que ante cualquier dificultad, ante lo difícil, uno debe crecerse, hacer lo posible y lo imposible. Eso uno se lo debe a su formación de militante comunista y su formación militar. Eso es garantía de cumplimiento. Si no se tiene esta concepción, muchas cosas se dejarían de hacer, cosas que parecen imposibles.

"Siempre recuerdo lo que me dijo un viejo comunista en la cárcel: "nunca te olvides que nosotros luchamos contra el poder, no desde la seguridad y comodidad que brinda el poder". Estoy convencido de que esa inmensa desventaja que tenemos respeto a

los que detentan el poder, la superamos con esa voluntad y decisión que mostraron los hombres y mujeres de la operación de Carrizal. Son esos valores los que permiten todas esas grandes cosas que hizo la gente, personas comunes, y esto desde el poder en una sociedad como la nuestra no se puede entender. Esta incomprensión ideológica es una de las razones que explica tantas estupideces que se han dicho de esta operación y de su gente".

–Bien, pero regresemos a la operación misma. ¿No crees que la premura, la violación de los pasos, de los planes, fue lo que llevó al fracaso?

–En este caso influyó, fue uno de los factores del fracaso, pero a mi entender no es el único ni el determinante, además de que no invalida el concepto de férrea voluntad que te expresé. En general, la lucha de los pueblos está plagada de actos exitosos que parecían imposibles, y la operación se hizo, se logró. No hay que olvidar que las dos veces se desembarcaron toneladas de armamento y explosivos y se distribuyeron, se movilizaron por las mismas narices de los aparatos represivos de la dictadura.

–¿Qué pasó exactamente? ¿Cómo y por qué cayó el armamento de Carrizal?

–La caída de Carrizal es responsabilidad nuestra, nosotros fuimos sus promotores. Nada tuvo que ver la "inteligencia" de la CNI ni de ningún aparato policial nacional o extranjero. Más de un año de preparación, el barco cubano se paseó cargado de armamento y nunca fue detectado, eso te demuestra que es una invención que la tecnología satelital norteamericana participó en el descubrimiento del armamento. Nosotros, dicho metafóricamente, hicimos mucho ruido, nos confiamos, nos extralimitamos a partir del éxito inicial. Movimos demasiada gente y vehículos, rompiendo con la compartimentación, con el secreto, y necesariamente fuimos dejando demasiados indicios.

"Hay un dato clave que es demostrativo de esto que te digo. La CNI llegó al punto de infiltración, a la Caleta Corrales, a averiguar, a investigar una denuncia, un dato de que algo raro estaba

ocurriendo allí. Eran apenas cuatro agentes de civil, con sus armas cortas enfundadas. Después de la caída yo leí todos los informes que los presos enviaban al partido, particularmente los de quienes estaban en la caleta cuando llegó la CNI.

"La CNI no tenía idea de lo que había pasado en Caleta Corrales. Si lo hubiera sabido, habría bajado al lugar con un batallón de milicos y pacos, como ocurrió después que se enteraron de que había gente con armas largas".

–¿Puedes relatar cómo ocurrieron los hechos de forma precisa, por qué la CNI fue a investigar? Así podríamos enterarnos de qué manera cayeron las armas y encontrar algunas razones del porqué.

–La CNI llegó el 6 de agosto a la Caleta Corrales, no recuerdo a qué hora de la mañana, hay datos concretos que con el tiempo se tornan imprecisos. Nosotros habíamos desembarcado el cargamento las noches del 26 y 27 de julio. En las noches siguientes, fuimos sacando la carga desde la caleta hasta las minas. Fueron casi nueve noches de movimiento de vehículos y gente.

"La cosa comenzó complicada desde el mismo instante que llegó el Astrid Sue, como a las cuatro de la madrugada. Desde ese mismo momento empezó un intenso trabajo para descargarlo, éramos más de setenta personas trabajando. Llegó el día y seguimos trabajando un buen rato con el sol afuera, quizás hasta pasadas las ocho o nueve de la mañana. Era una locura ver todo ese movimiento a plena luz del día. En un momento paramos y el barco se fue mar adentro. Por el día la gente se escondió en los mil recovecos que tiene la caleta, los vehículos se fueron y todo quedó como siempre, con cuatro o cinco huireros habituales.

"Al anochecer llegó el barco de nuevo y comenzamos a trabajar temprano; apenas cayó el sol ya estábamos descargándolo. A las dos de la madrugada ya habíamos terminado, pero teníamos un tremendo atolladero de material en la playa misma y arriba, en la quebradita que usábamos de tránsito, metros antes del lugar que

los muchachos llamaban La Rotonda, donde podían llegar los camiones y camionetas.

"Ahora que recuerdo todo ese inmenso movimiento de armas y municiones a plena luz del día, en plena dictadura, realmente fue una osadía, una locura increíble".

–A ver..., cuando la CNI se presentó ustedes llevaban más de una semana trabajando. A esas alturas no debía de quedar nada en la playa. O sea, a la CNI le llegó bastante tarde el dato que los motivó a investigar, ¿cuál fue ese dato en concreto?

–Te reitero, si llegaron cuatro de la CNI con cara de pregunta, eso te indica que no tenían nada, solo indicios que fueron a investigar. De los indicios, hay varios datos, siempre son cosas relativas, pero recuerdo con exactitud algunos elementos. Uno fue la información que dio una colaboradora del régimen, quien supuestamente entregó la denuncia el 5 de agosto. Allí se hablaba de movimientos raros, de camiones que se movían de noche.

"Una mujer que le llamaban "La alcaldesa" de Carrizal, pero que tenía un cargo vecinal, le informó a la "alcaldesa" de Huasco, esta sí que era alcaldesa de verdad, y ésta a los militares. La denuncia no fue hecha donde los pacos, si no hubieran sido los policías los que habrían investigado. En Carrizal no había alcaldía, en ese tiempo la población no pasaba de más de cien personas.

"El segundo dato se produjo por un hecho fortuito, no sabemos cuánto influyó en esto, pero ocurrió. El 5 de agosto prácticamente habíamos terminado de sacar todo el cargamento, solo quedaban algunos paquetes de fusiles en la quebradita de tránsito, adonde llegaban los camiones. Era como un metro cúbico de material, no más, la nada misma con respecto a las toneladas que ya estaban en las minas y otros almacenes. No lo sacamos porque ya era demasiado avanzada la mañana y lo dejamos para la siguiente noche. Esa apreciación fue un error grave. Debíamos haber mantenido el mismo rigor hasta que no quedara absolutamente nada en la playa ni en ningún lugar aledaño.

"Salimos temprano en la mañana del día 5, en el punto

quedaron tres o cuatro compañeros. Nosotros nos fuimos con Texier en un vehículo y Buschmann en el camión con el último cargamento. Íbamos a cierta distancia uno del otro. El chofer del camión no era experimentado, el mejor que teníamos llevaba días de trabajo, estaba extenuado y lo habíamos liberado. Cuando ya estábamos en pleno camino, nos cruzamos con una camioneta de la policía y personal de control de pesca, creo que era un inspector.

"El chofer del camión se puso nervioso, y cuando se cruzaron rozó la camioneta de los pacos. Ellos siguieron su camino, pero a los cien metros se dieron vuelta, persiguieron el camión unos metros y lo hicieron detenerse. Como siempre, Buschmann hizo gala de sus dotes de actor profesional. Un inspector abrió el camión, corrió los huiros que la carga tenía encima, y descubrieron un paquete bien amarrado, envuelto en papel café como emparafinado, que era como venían envueltos los paquetes.

"El hombre tiró del cáñamo, miró a Buschmann y le preguntó qué cosa era. Este le dijo algo así como que eran unos kilitos de locos, que los dejara pasar, que se podían arreglar.

"A continuación le dio diez mil pesos, como un vulgar soborno, "Pa que repare el espejo roto", le dijo al inspector. Después de esto se fueron. Te advierto que no es textual, pero la historia fue más o menos así.

"Nunca un paquete de locos está envuelto de esa manera, pero no creo que sospecharan que fueran armas, tal vez pensaron en cualquier otro tipo de contrabando, porque si esto hubiese influido, habrían sido los pacos los que llegaran a la caleta, acuérdate que ellos vivían en permanentes disputas. Pero el hecho ocurrió, y fue el día antes de que llegara la CNI. Nunca averiguamos quién era el inspector que aceptó el soborno ni qué participación pudo tener en el aviso a la CNI".

–Texier me contó que hubo otro caso sospechoso, un lugareño al que le llamaban "el hombre de la moto" y que, justamente, bajó a la playa el día entre la primera y la segunda noche del desembarco.

–Sí, al hombre de la moto lo conocíamos desde antes. Llegó hasta la caleta precisamente el día posterior a la primera noche, con algún pretexto bajó hasta la playa. Siempre quedó la duda de qué cosa vio, algo raro debe haber encontrado, sobre todo porque uno de nuestros compañeros lo acompañó, lo vigiló, y eso ya era raro. Este hombre pudo confirmar las interrogantes de la "alcaldesa". En la denuncia que hizo esta mujer, aparecen declaraciones de un vecino que había visto armas en la caleta.

"En fin, esos son datos verídicos de antecedentes que, uno solo o todos juntos, pudieron promover la inspección en Caleta Corrales el día 6".

–Si no había casi nada, ¿por qué cayó casi todo el armamento desembarcado? ¿Qué pasó con el plan de defensa previsto?

–Se ha criticado en extremo a los compañeros que estaban allí ese día, y en ningún momento yo los eximo de su responsabilidad. Como muchos dicen, si solo se hubiesen escondido, habrían pasado la inspección. También hubieran podido implementar perfectamente una defensa. Estaban preparados para una eventual situación de este tipo, tenían armas con qué responder y contaron con tiempo suficiente para hacerlo porque supieron de la presencia de los agentes desde que estos llegaron a la parte alta de la caleta. En fin, cualquier cosa hubiese sido mejor a la nula respuesta que dieron.

"Según una carta salida de la cárcel, entregada por el jefe de seguridad, los CNI revisaron el lugar con las armas enfundadas, hasta que uno de los agentes salió del "ruco" donde se dormía con una baqueta de fusil en la mano. Fue este quien dio la señal de alarma y fue entonces cuando sacaron sus armas y neutralizaron a los tres hombres que estaban allí. En ese lugar no quedaba nada del cargamento. A partir de eso se desencadenaron los acontecimientos que tú conoces.

"Es necesario precisar dos asuntos. Esos compañeros de seguridad no tuvieron ninguna responsabilidad en que la CNI llegara a la caleta a investigar, esa es nuestra responsabilidad. Y

segundo, ellos no sabían dónde estaba el armamento desembarcado. Como alguien me dijo en aquel tiempo, ellos fueron el elemento que precipitó la caída, la primera puerta que se abrió, aunque te reitero, no fueron ellos quienes dieron el número ni la dirección para que la CNI llegara hasta allí. Después se abrieron otras puertas que nada tienen que ver con ellos".

–¿Cuáles fueron esas puertas y por qué se abrieron?

–Hubo datos muy precisos que cayeron en manos de la CNI gracias a interrogatorios donde emplearon terribles y sistemáticas torturas. Algunos compañeros claves no soportaron los tormentos, otros entregaron datos menos valiosos y algunos, simplemente, no entregaron nada.

"Otros datos los obtuvieron por violaciones de las normas de la lucha clandestina. A uno de nuestros jefes le encontraron papeles comprometedores para los barcos y las tripulaciones, esos marinos no tenían por qué haber caído. Por violación de la compartimentación, un camionero conocía mucho más de lo que debía, y ese fue el que entregó las minas. Él sabía de los almacenes porque no teníamos choferes de camiones en número suficiente como para producir cortes radicales entre estructuras.

"El otro caso fue el del jefe de almacenes, que cayó por no tomar las medidas con el rigor y la profundidad que el momento necesitaba, su hijo fue uno de los que estaban en la caleta el día seis de agosto; por esa vía cayeron todos los almacenes. Después de lo ocurrido en Carrizal, a estos hombres no bastaba con exigirles un corte absoluto de relaciones con la familia. Estos compañeros nunca entendieron lo del corte radical. Creían que mandando a un tercer enlace iban a burlar a la CNI, pero la CNI cubría todos los flancos. Debimos ser mucho más rigurosos en las medidas post-operacionales. Debo reconocer que nunca nadie hizo una investigación rigurosa y a fondo de todo lo acaecido".

–¿Por qué se produjo esa caída en cadena, en dominó, si en el punto quedaban tan poquitos compañeros?

–Primero es necesario esclarecer que los procesados fueron un

poco más de treinta, la menor parte de los compañeros; solo en el país participaron más de cien, no sé cuántos en el extranjero. ¿Y por qué cayeron a partir de la primera detención? Porque todos estábamos entrelazados, porque las estructuras, que se diseñaron cortadas, terminaron mezclándose unas con otras; porque de cada uno de nosotros fue saliendo la gente, amigos, parientes, todos muy conocidos. Te reitero, el jefe de almacenes de Santiago, cayó porque tenía a un hijo en la Caleta Corrales y por más que se insistió, este jefe se vinculó indirectamente con su familia. La CNI sabía de estas reacciones tan humanas, lo estaba esperando. Todos aquellos que cumplieron estrictamente con las medidas de seguridad, que fue una mayoría, nunca cayeron detenidos.

"Toda la gente de la operación era gente común, eran militantes y simpatizantes comunes del Partido Comunista, eso los convierte en gente de un inmenso valor. Estoy consciente que la gran mayoría de ellos se sienten orgullosos de haber hecho lo que se hizo".

–¿Cómo logró escapar la mayoría, incluyéndote a ti, después de tan vasta operación que lanzó sobre ustedes la dictadura?

–Esa es otra historia, tan larga y llena de anécdotas como la propia internación de armas. Fue el partido el que facilitó y colaboró en esta operación, que se montó de improviso, de un día para otro, para esconder o sacar del país a centenares de personas, porque se trataba de los participantes con familia y todo. Decenas de casas, personas y recursos se debieron disponer.

"Los que escaparon desde la misma caleta son una historia aparte, como la teatral fuga de Buschmann junto al camionero cuando fue capturado en la tarde del día seis, aunque pasados unos días los recapturaron en el desierto. Texier, Pitrufo, José "el Duro", René el navegante, Vilma y Maforito caminaron semanas por el desierto, sobrevivieron y nunca pudieron capturarlos. La historia de Challita es antológica..., se quedó cerca de un mes con los huireros en la misma playa, observando los mil operativos que se hicieron en la zona. Están los mineros que siguieron en las

minas y nunca los encontraron, los que cruzaron la cordillera, los que junto a otros, se escaparon después de la cárcel por un túnel. En fin, son demasiadas historias que hay que armar, que no se deben olvidar.

"Yo me quedé en el país hasta pasados casi dos años de la caída de los arsenales. Luego salí y no he regresado más. Todo lo que se ha dicho después son invenciones descabelladas".

–Sobre este trascendente asunto de la caída del cargamento de Carrizal en manos de la dictadura le pregunté a Juan Carlos, el jefe de la operación en el exterior.

–No se puede ver este trascendental asunto alejado del conflicto interno del PC. La operación tenía un carácter estratégico y debió ser asumida de esa manera. Eso define prioridades, cuadros, métodos de dirección de las más altas esferas del partido. Pero si la Comisión Política descansaba en otra estructura para todo el tema militar, la operación de Carrizal no podía escapar a ese esquema. Por eso no hubo un seguimiento, un control, una dedicación especial de la Comisión Política ni mucho menos de la poderosa Comisión de Organización. Yo observo distancia, desentendimiento, e incluso conspiración, para que algunos miembros de la Comisión Política no conocieran los entretelones de esta operación. Fui testigo de todo eso.

"Por estas razones, no hubo cuadros de dirección especialmente escogidos, no hubo mineros, camioneros ni cargadores seleccionados y enviados por el partido, la mayor cantidad de gente salió de los propios compañeros. Y eso, al final, fue fatal.

"Después del fracaso, se responsabilizó exclusivamente a la Comisión Militar, se tomó como un problema puramente técnico. No cabe duda de que los compañeros cometieron errores, pero la responsabilidad es política y es parte de todo el conflicto interno del partido con el tema militar".

El historiador Iván Ljubetic Vargas asistió al XV Congreso del PC realizado en 1989 y narra el momento en que Sebastián intervino ante el plenario, más de cien personas entre delegados e invitados.

Aunque ya estaba removido de su cargo de jefe de la Comisión Militar, dio a conocer una extensa lista de acciones combativas realizadas en todos los años precedentes por el TMM y el FPMR. Finalizó sus palabras haciendo un reconocimiento especial al atentado al dictador y a la operación de Carrizal, y asumiendo la responsabilidad personal por ambos fracasos.

Cuando concluyó, el auditorio permaneció en silencio fracciones de segundo, frágiles instantes de una expectación colectiva, para después irrumpir en un fuerte y prolongado aplauso.[7] El historiador reconoce haber quedado sorprendido, no aclara si por los aplausos a dos fracasos o por el reconocimiento de la autoría de ambos acontecimientos, que el PC siempre imputó al FPMR, como si esta fuera una organización ajena al partido.

¿A quién estuvieron dirigidos los aplausos del plenario del XV Congreso? No me cabe dudas que aplaudieron al propio Sebastián, a su responsabilidad política como conductor de la Comisión Militar, pero también a todos los hombres y mujeres de las estructuras militares del PC, y de manera especial a los de Siglo XX y Carrizal.

1 Sebastián, en entrevista para el libro de Herreros, reconoce sin ambigüedades la participación de algunos países socialistas y la determinante colaboración cubana. Pág. 527.

2 Según el jefe de la operación, nunca existieron comunicaciones radiales desde este lugar hacia el exterior. Las comunicaciones entre Pedro y Malbrich se realizaron mediante intercomunicadores personales de 50 km. de alcance.

3 Pedro nos aclara que en realidad "Pancho" operaba como capitán efectivo, era su dotación y su barco, pero la nave tenía registrado legalmente al Capitán Santana, que también participó de la operación. Pancho no poseía la legalidad para desempeñar ese cargo.

4 Víctor, "El Lolo". Entrevista. Santiago, diciembre 2007.

5 "Vamos echando", expresión coloquial cubana que significa partir o irse en el acto.

6 Este es el estilo y forma en que Pedro, el jefe de la operación, "plantea la

misión" a los jefes de las estructuras subordinadas.

7 Esto aparece en Ljubetic Vargas, Iván, pág. 87, y en Herreros, pág. 557 y 558.

Capítulo 4.
El PC y los nuevos rumbos

A primera vista, resulta confuso y contradictorio el contenido de los documentos claves elaborados por el PC y el FPMR acerca del diferendo político entre el partido y los sectores de sus estructuras militares, dados a conocer por ambos en los meses de junio y julio de 1987, los cuales fijan el fin del corto período que medió entre mayo de 1986, cuando salió a la luz el conflicto, y finales de ese año, en que se agudizó con los fracasos de las dos grandes operaciones. Junio y julio de 1987 fueron el momento del quiebre, de la ruptura sin vuelta atrás.

Lo paradójico del contenido de estos documentos se produce al leerlos hoy, a la distancia, después de más de veinte años de los acontecimientos. En esos momentos eran descargos y acusaciones mutuas. Hoy sabemos efectivamente lo que ocurrió con cada una de las partes en conflicto. Este dato exige un mínimo de decoro a la hora de juzgar a los protagonistas de entonces premunidos de esta increíble ventaja.

El planteamiento esencial del grupo disidente que se reunió en el FPMR es la defensa de la Sublevación Nacional, de la Rebelión Popular, de la línea política que había estado impulsando el PC, del contenido del Pleno de 1985, que en los hechos, afirman, se estaba abandonando.[1] Se acusa claramente a la Comisión Política, entre otros argumentos, de "cambios en los últimos tiempos en la línea política de la sublevación", "abandono y retroceso de la Rebelión Popular", "desmantelamiento de todo lo acumulado en el terreno militar", "liquidación del trabajo militar del partido".

Según el texto, se podía entender los reacomodos tácticos, el cese temporal de las acciones, pero solo si con ello se perseguía acumular fuerzas para volver a impulsar el Plan de la Sublevación y hacer un esfuerzo supremo con las masas, los trabajadores, la movilización y el combate como la vía para salir del aislamiento y revertir el retroceso en la lucha que se evidenciaba desde fines de

1986. Potenciar todo lo que se había estado haciendo en los años precedentes, esa es su propuesta principal.

Por su parte, el documento de la Comisión Política rechaza tajantemente esas acusaciones, defiende a ultranza el tema militar, asegura que era una adquisición estratégica incorporada para siempre a la política del PC, y reivindica todo lo obrado en ese plano. Es, por cierto, el único documento del PC donde aparece con marcado énfasis la pertenencia del FPMR a este partido. Dice textual: "El Frente es una creación del partido, una organización político militar, referente militar de masas, componente central de la fuerza militar propia del partido. Es una organización del partido que fue concebida con el criterio de que dispusiera de una autonomía relativa, sobre todo en su actividad pública".[2]

El documento acusa a los "fraccionalistas" de "desconocimiento de la línea política" y esquematismo al querer aplicar experiencias de otras revoluciones, los califica de "compañeros jóvenes con gran desconocimiento de la trayectoria y de la vida y el trabajo del PC", afirma que "un bajo nivel político ideológico habría facilitado la circulación de ideas extrañas a la línea del partido", y asegura que las posiciones del "grupo fraccional" no tendrían asidero alguno en el PC. Enfatiza en la disciplina del partido, el respeto a sus normas, la subordinación de la minoría a la mayoría, de los órganos inferiores a los superiores, como garantía de la unidad de acción.

En otra de sus partes, hace una pormenorizada defensa de la Rebelión Popular en sus contenidos de masas y de empleo de todas las formas de lucha que puedan ayudar a poner fin a la tiranía, legitima la violencia revolucionaria y reitera la convicción del PC de que "el accionar armado es una obligación del partido en las condiciones del fascismo", aunque aclara más adelante que "el momento y el tipo de acciones que corresponde implementar está en relación con la situación política existente en un momento dado y en relación con el avance del conjunto de la línea del partido".

El PC se plantea como tarea revisar y actualizar el Plan de la Sublevación Nacional, eje ordenador del desarrollo de las fuerzas en todas las direcciones de trabajo, y por lo tanto, se propone "salvar a la inmensa mayoría de los que se fueron", "instarlos a que recapaciten y que asuman la línea del partido". La Comisión Política les pide a todos sus militantes del partido y la Juventud esclarecer y ganarse a cada uno de los que "confundidos o engañados" fueron arrastrados a la ruptura por algunos jefes.

¿Cuál es la paradoja advertida en el tiempo? Por una parte, a solo diez meses de la ruptura, en abril de 1988, el FPMR abandonó la política del PC que aseguraba defender y que habría motivado su alejamiento de ese partido, y declaró una nueva política: la Guerra Patriótica Nacional. En ese diseño, las acciones armadas no serían las únicas formas de lucha desarrolladas por la organización, pero sí las principales.

Este accionar le costó la vida a su principal impulsor, Raúl Alejandro Pellegrin Friedmann, justo en los días posteriores al plebiscito de 1988, cuando de forma mayoritaria el país celebraba la derrota de Pinochet. Al parecer, había ocurrido exactamente lo que el PC había advertido en sus documentos: "los fraccionalistas no consideran la situación política a la hora de realizar sus acciones militares, tienen una lectura alejada de la realidad".

La otra paradoja es que el PC no declaró jamás el alejamiento de la Política de Rebelión Popular ni existe documento alguno en el que haya proclamado la eliminación de sus estructuras militares. La "adecuación táctica", finalmente, lo llevó a incorporarse, en último momento, a la solución electoral de la dictadura detrás de los partidos de la Concertación. "El PC no podía hacer otra cosa", me asegura Sebastián al tratar este tema.

Lo cierto es que el partido no pudo remontar el aislamiento político; aunque intentó movilizar a las masas, nunca más alcanzó un nivel de conducción popular similar al de los años precedentes. Es un hecho que intentó realizar, y llevó a cabo, acciones de sabotaje con explosivos empleando las innumerables unidades de

combate que se mantuvieron en sus regionales, pero evitando a toda costa cualquier enfrentamiento. El llamado Plan de Paralización Técnico, elaborado para el plebiscito en caso que el dictador no acatase los resultados de éste, fue la mejor muestra de los énfasis puestos en el terreno político militar.

En la misma medida que se impuso el plebiscito como fórmula de solución a la dictadura y posterior a la derrota misma del dictador, las estructuras militares dejaron de crecer, de fortalecerse, y perdieron poco a poco su capacidad combativa. Todos los jefes y oficiales que se mantuvieron fieles al partido se fueron diluyendo entre olvidos y redistribución de misiones. En corto tiempo, el PC hizo exactamente aquello de que lo había acusado el FPMR, desmanteló todo su impresionante aparato militar. A partir de 1990, en los nuevos rumbos que se trazó este partido para su vida en los gobiernos de la Concertación, no tenía ningún sentido mantenerlo.

El PC impuso una legalidad de facto, sin esperar decretos o leyes desafió e hizo una abierta vida política. En tales circunstancias, "*en cualquier momento nos podían acusar de mantener grupos armados y estructuras militares*", asegura Sebastián, que entonces ocupaba altas responsabilidades en la dirección del partido, aunque al margen de todo vínculo con los restos de las estructuras militares.

Al imponerse, a la postre, la reinserción legal del PC como fuerza política, aunque excluida de participar en las nuevas estructuras de representación político-administrativa del país, ninguno de sus oficiales, de aquellos especialistas protagonistas de todos esos largos años de lucha, ni mucho menos alguno de los jefes militares crecidos en el propio país, ocupó algún cargo político relevante dentro del partido.

Hasta aquí se ha visto lo que decían los documentos de ambos sectores, nunca publicados, y la contradicción de su contenido con lo que realmente ocurrió. Creemos que esta paradoja es circunstancial, responde a un instante, al momento de la ruptura,

a las razones inmediatas del diferendo, pero estas son apenas un reflejo circunstancial de motivos más profundos.

Las causas más de fondo que explican las conductas posteriores, son las que han ido apareciendo en toda la historia contada. Otras están escondidas en la profunda subjetividad de los hombres que condujeron y vivieron la experiencia. Son razones difíciles de encontrar y encuadrar en explicaciones racionales y ordenadas. Algunos de estos protagonistas tienen reflexiones del caso. La versión de Gladys Marín acerca de las conductas del grupo encabezado por Pellegrin circunscribe el problema al FPMR y a los oficiales en particular:

> Yo creo que estaba en el principio, pero no se evidenció. Los cuadros del Frente venían con una gran actitud de militantes, donde lo militar siendo muy importante, no era lo principal. Después se manifestó como una concepción por la experiencia que ellos habían vivido. Muchos de esos cuadros habían estado en Nicaragua, donde el elemento militar era lo decisivo. La dirección política era la dirección militar. Esa es una diferencia que nos marcó. Ellos venían con esa concepción y por lo tanto con una subestimación del partido [...] Ellos venían muy imbuidos en esa crítica contra la vieja dirección del partido que no fue capaz de defender y ellos sí. Era una concepción que estaba, pero no se evidenció, yo no lo vi en la relación del primer tiempo con los compañeros del Frente. Yo creo que ellos estaban decididos a hacer una dirección. Creían que lo militar estaba sobre lo político. Eso es lo que lamentablemente llevó a la división del Frente.[3]

Jorge Insunza, el miembro de la Comisión Política encargado de investigar a los oficiales en el proceso que duró casi un año, asegura que la crisis estaba "instalada" antes de las dos grandes operaciones fallidas, Carrizal y Tiranicidio. Para este miembro de la Comisión Política, había una razón de esencia:

> Más que las fallas en las acciones, las diferencias que en definitiva produjeron la ruptura, están vinculadas a un asunto más de fondo, de cómo se concebía la política. Si la política de la rebelión popular era la lucha armada como eje central de todo o lo era el movimiento

de masas con el componente militar para romper. En el caso de los compañeros del Frente, la lucha armada era la única vía.[4]

En resumen, de acuerdo a estos criterios de dirigentes comunistas, la "causa última" del conflicto estaría en una concepción ideológica deformada de los militares profesionales, que arrancó de su mismo nacimiento. El "fraccionamiento" habría estado "genéticamente" determinado, era inevitable por la historia y formación de los cuadros militares en el exterior. Habían sido formados en Cuba y Nicaragua..., dos revoluciones triunfantes.

Es posible que en esos años, para muchos comunistas "el Frente" fuera todo lo militar, porque desconocían las diversas estructuras del aparato militar del partido subordinadas a la Comisión Militar, pero la Comisión Política y la inmensa mayoría de sus cuadros intermedios sí estaban enterados, sobre todo después de las escuelas nacionales del verano de 1986.

No cabe duda que el peso principal de los cargos en esas estructuras militares recaía en viejos cuadros oficiales, pero los datos que ofrece la Comisión Militar son precisos: eran cuarenta y tres en Chile en 1986, apenas llegaron a cincuenta en 1987, y estaban repartidos con equidad en todas esas estructuras, cuyos miembros superaban ampliamente los dos millares entre cuadros y combatientes.

El FPMR tenía en 1986 ciento veintiocho funcionarios, la gran mayoría jefes a distintos niveles, y solo dieciocho eran oficiales. En cada Comité Regional del partido debía existir un encargado del TMM, cada uno con tres o cuatro encargados a nivel local, y aunque nunca se logró completar todos los cargos, entre los del partido y su Juventud sumaban centenares, la mayoría de los cuales no eran funcionarios a tiempo completo; de ese total, solo diecisiete eran oficiales.[5]

Resulta evidente, entonces, que el conflicto era, definitivamente, con todas las estructuras de este aparato subordinado a la Comisión Militar, dirigida por el "civil" Sebastián, el que, en

concordancia con lo narrado hasta aquí, fue quien mayor empeño puso en impulsar las tareas militares en el partido, siempre bajo la concepción de masas, nunca asumiendo la derrota militar de las Fuerzas Armadas y sí propiciando el quiebre de éstas, su fraccionamiento.

Desde su óptica, Gladys Marín insiste en la tesis del Frente y el militarismo como causas principales de este conflicto.

> Las acciones militares eran ciertamente importantes, pero la política de Rebelión Popular era mucho más que eso. Nosotros nunca los consideramos autónomos, pero en los hechos se estaba provocando el autonomismo. Incluso que yo creo que esto llegó como criterio a algunos miembros de la dirección del partido, que estaban siendo ganados por la preeminencia de lo militar sobre lo político. Eso provocó una discusión en la dirección nuestra. Ese fue el tema de la discusión en julio de 1987, la discusión final muy dolorosa. Estaba en germen la idea del autonomismo y de la preeminencia de lo militar sobre lo político, la dirección tenía que ser la dirección militar, una gran subestimación por el partido y por los partidos en general. Esa discusión estaba, y en la práctica ellos imponen al Frente como autónomo, empiezan a marginarlo de nosotros, en sus estructuras, en los medios, en los hechos. Pero aparentemente mantenían la relación y la subordinación a la dirección política. Lo que desata la discusión son los fracasos de los arsenales y el atentado, pero no fue un momento sino un proceso. Ahí nos damos cuenta que ya tenían un aparato autónomo, paralelo. Nosotros empezamos a rescatar compañeros para que se quedaran en el partido. Yo creo que sus líderes principales llegaron con esa concepción. Eso no les quita mérito personal. Me tocó trabajar con José Miguel (Pellegrin), lo quería mucho, un hombre tremendamente inteligente. Era una concepción: lo militar es lo que determina lo político. Nosotros sosteníamos lo contrario. El partido es el que conduce, lo militar es un elemento muy importante, pero es una parte de la política.[6]

Gladys Marín no menciona el nombre de algún integrante de la Comisión Política que hubiera sido "ganado por la desviación

militarista". Pero como ha quedado demostrado a lo largo de esta investigación, Sebastián fue el único miembro de dirección del PC que tuvo mayor influencia en la construcción y dirección del aparato militar.

De los documentos de la Comisión Militar se desprende que Sebastián siempre tuvo claras sus ideas acerca del lugar de este "factor militar" en la política general del partido. En uno de ellos, se afirma:

> En la idea de la Sublevación al elemento militar se le asigna un papel decisivo, pero como apoyo a la lucha de masas contra la dictadura [...] La Sublevación Nacional no está concebida como un sistema militar de enfrentamiento al régimen, es decir como una guerra regular o de guerrillas o como una insurrección. Pudiera acercarse a una forma de insurrección parcial que no tiene como objetivo la derrota militar del ejército, sino que su derrota política [...] Son erradas aquellas concepciones que plantean la posibilidad de la derrota del ejército y aquellas que desprendiéndose de esta, actúan como si ya las acciones armadas estuvieran articuladas a un sistema militar exclusivamente.[7]

Esa era la política militar, y no fue otra la que defendieron Pellegrin y Salvador como miembros de la Comisión Militar. No obstante estas claras definiciones, el rompimiento se produjo igual.

Razones de un conflicto

A fines de octubre de 1986, la Comisión Política decidió intervenir su aparato militar. Los dos grandes fracasos, más los errores que se estaban cometiendo desde mayo de ese año, no se podían seguir tolerando. El cuadro político había cambiado sustancialmente, y a muchos no les cupo duda que los "militares" y sus fracasos eran los responsables. Fue cuando por vez primera se aseguró que "Los errores cometidos, que vienen de antes de estos hechos, tienen su origen en "*concepciones que existen en la Comisión Militar*" que se apartan de las del partido. Lo que lleva a sus miembros a trabajar con métodos y estilos distintos a los del

partido".[8]

Como consecuencia del análisis y para tratar de resolver el conflicto, la Comisión Política tomó medidas y dictó varias resoluciones, que los implicados recuerdan con el nombre de *Las veinte medidas de noviembre*. No es inútil reiterar que, como demuestra la frase destacada en el párrafo anterior, eran contra el Trabajo Militar, y en particular contra la Comisión Militar; en este momento, el FPMR era parte del problema, pero no su centro.

La primera medida fue la remoción de Salvador, el jefe del TMM y segundo jefe de la Comisión Militar. El jefe histórico de los oficiales formados en Cuba aceptó sin dilación militar en una célula de base del partido.

Entre las críticas que hizo el PC, estaban el mal uso y manejo excesivo de la compartimentación; realización de operaciones militares sin consultas al partido; empleo de normas de trabajo de "ordeno y mando"; verticalismo incompatible con las "normas leninistas" de dirección y, por consiguiente, ausencia de trabajo colectivo, de vida política partidaria. Otras deformaciones señaladas fueron el robo o "pirateo" por parte del FPMR de militantes comunistas, independiente de su pertenencia orgánica; pobre o ninguna formación y preparación política de los cuadros militares; poco conocimiento de estos oficiales de la vida partidaria, y traslado mecánico de otras experiencias revolucionarias.

La Comisión Militar hizo un balance autocrítico y adoptó medidas para salvar el conflicto: reestructuración y reordenamiento de su funcionamiento; fortalecimiento de los Mandos Zonales donde las estructuras militares estaban subordinadas al mando político; determinación de una serie de tipos de acciones y cuáles de ellas requerían la aprobación del partido; cursos de educación política, encaminados a superar las "limitaciones" político-ideológicas de los oficiales y jefes. En general, el Plan de Medidas de la Comisión Militar estaba dirigido a fortalecer, ordenar, organizar y dinamizar el trabajo militar.[9]

Ahora sabemos que esas medidas apuntaban exactamente en sentido contrario a lo que ocurriría posteriormente con todo el trabajo militar del partido. En los sectores más conservadores del PC el asunto no era "fortalecer", era desmantelar.

De la discusión en la Comisión Militar, quedó un documento elaborado por uno de sus miembros, en el que además de un recuento del desarrollo de la estructura militar se relacionan problemas prácticos, a manera de reflejo concreto del conflicto del partido con su Trabajo Militar. Entre ellos, destacan los informes falsos, denunciados por los jefes de TMM regionales y locales, que aumentaban la cantidad de células, grupos y acciones, datos que ascendían a la Dirección a través de la Comisión de Organización; la adjudicación de los éxitos en las acciones militares al PC y de los fracasos y errores a la Comisión Militar; el incumplimiento crónico del paso de militantes al FPMR y al TMM, que propiciaba el "pirateo"; el envío al Frente, por parte de algunos dirigentes, de sus militantes más conflictivos, y cierto grado de desconfianza política respecto a los integrantes de la Comisión Militar.

Se identifica principalmente a la Comisión Nacional de Organización, centro y guía del funcionamiento partidario, como la que bloqueaba, impedía o suspendía coordinaciones y relaciones de la Comisión Militar con la Sindical, la de Pobladores y otras, así como los del TMM con militantes y estructuras de base, y la que habría distorsionado, tergiversado o minimizado los planes dedicados al trabajo militar. Se afirma que por esas razones no crecían las unidades de combate del partido en el sector productivo, en la clase obrera organizada, a pesar de que había trabajadores dispuestos a integrarlas.

Según esta larga lista de conflictos y acusaciones, la Dirección del PC violaba normas leninistas de funcionamiento interno, a saber: empleo de métodos de investigación policial, coartación de la democracia interna, deformación y ocultamiento de información, presiones internas y externas, y análisis de carácter técnico, exclusivamente, de las dos grandes operaciones fallidas.

Por último, el documento asegura que en la Comisión Militar "existe el consenso de que se ha intentado dar una solución orgánica a un problema político ideológico", y considera que la situación seguía siendo delicada, que únicamente se había pospuesto la discusión ideológica y que existía una gran presión para fiscalizar el trabajo militar. "La discusión ha sido frenada, el desarrollo dialéctico de nuestro proceso hará aflorar más adelante las contradicciones".[10]

Finalizó el año 1986, y en el transcurso del verano de 1987, específicamente en marzo, la Comisión Política decidió profundizar las medidas de intervención y control en su trabajo militar. Esta vez, estaban dirigidas al FPMR en particular.

¿Qué elemento precipitó la fiscalización del FPMR? ¿Por qué se esperó hasta el fin del verano? Es probable que haya influido la febril actividad conspirativa desarrollada en el verano de 1987 y el compromiso público que hizo el PC con los partidos opositores de poner el tema militar sobre la mesa de negociaciones.[11]

Desde fines de 1986 se conspiraba al interior del propio PC, cada una de las partes en conflicto armaba ansiosas discusiones buscando adeptos y simpatizantes. Era un actuar clandestino dentro de la propia clandestinidad general. Por esta razón, muy pocos militantes comunes, tan alejados de esas disputas políticas, se enteraron en ese momento de lo que estaba ocurriendo en el partido. Incluso a Daniel Huerta, miembro de la Dirección Nacional del FPMR, Pellegrin lo mantenía al margen de esa lid entre comunistas.[12] La dirección del PC conocía estos entretelones conspirativos que ocurrían principalmente en sus estructuras militares, por eso acusó al grupo en cuestión de "actividad fraccionalista".

Desde la separación de Salvador como jefe del TMM, en noviembre de 1986, los cuadros militares y civiles que siempre habían sido favorables a las acciones armadas dentro de la política de Rebelión comenzaron a cruzar información, como en una actitud defensiva ante las "veinte medidas de noviembre". Los

militantes leales a la dirección del PC y miembros de la propia Dirección sumidos en el conflicto obraban de igual manera. Cada parte ofrecía razones para justificar su proceder.

* * *

Guillermo Díaz es mapuche, fundador de la Tarea Militar, fue uno de los más destacados oficiales del PC. Desde que apareció en la Escuela de Cadetes Ínter-armas Antonio Maceo a fines de 1975, siempre llevaría el apodo de "Indio", por más que insistiera en adoptar nombres de fantasía en tiempos de la lucha clandestina. Guillermo está convencido que fue antes que finalizara 1986 cuando es convocado a conversar con el miembro de la Comisión Política, Jorge Insunza, el investigador de las estructuras militares del PC. Guillermo era en ese entonces jefe de las Fuerzas Especiales Rurales, uno de los más reservados proyectos de la Comisión Militar.

Desde mediados de 1985 se preparaba el proyecto e incluía a un selecto grupo de oficiales y combatientes donde destacaba un contingente de mapuche. En marzo de 1986 el propio jefe de la Comisión Militar le planteó la misión a Guillermo para iniciar los trabajos en el terreno. Se trataba de un estudio del Teatro de Operaciones Militares que brindara información objetiva para la instalación de destacamentos de lucha rural en un futuro inmediato. Por tal motivo estaba absolutamente prohibida cualquier acción que desenmascarara tales propósitos; se evitaría cualquier tipo de enfrentamiento, el uso del armamento se haría solo en caso defensivo. Se organizaron tres grupos distribuidos en iguales zonas de basificación desde la VIII a la X Región. Durante todo el invierno de 1986 cumplieron la tarea. Guillermo, junto a los oficiales Isidro y Rafael permanecieron al interior de Temuco, en un zona cordillerana cercana a la frontera. Los otros dos grupos en similares condiciones permanecieron en las otras regiones escogidas, más al centro del país. Por razones del propio tipo de trabajo, no se conservó ninguno de los informes realizados, no obstante, recuerda Guillermo, las conclusiones no fueron

categóricas con relación a la viabilidad del proyecto rural. Extensas e inhóspitas áreas de la fría precordillera no estaban aptas para tales misiones. Otros lugares precisaban de la instalación de infraestructura de apoyo social para eventuales destacamentos. El proyecto era probable más al centro y en áreas costeras, previa preparación de condiciones materiales y un trabajo paciente de inserción y asentamiento. Los grupos permanecieron dos meses bajo condiciones extremas, exploraron y conocieron extensas áreas, construyeron depósitos para víveres y armamento, determinaron la preparación, condiciones y calidad de los hombres para la lucha rural. Mientras permanecieron en el terreno nunca fueron detectados.

Guillermo Díaz y las Fuerzas Especiales Rurales, aunque no estaban instaladas en el último trimestre de 1986, ya contaban con un serio estudio de posibilidades, un cohesionado grupo de oficiales y combatientes con experiencia en la sobrevivencia en condiciones rurales complejas, donde destacaban un número no despreciable de combatientes mapuche. Era una fuerza potencial, que de ser empleada, tendría insospechadas consecuencias. Talvez por esta razón Guillermo fue uno de los pocos oficiales que fue especialmente convocado a reunirse a fines de 1986 con Jorge Insunza, el miembro de la Comisión Política encargado de la investigación de la "actividad fraccional" al interior del PC. En la entrevista con Guillermo, este recordó detalles de la particular reunión.

"Insunza fue claro, no anduvo con rodeos, me explicó la gravedad de la situación con los oficiales y con toda la tarea militar. Él estaba prácticamente convencido de que habría un quiebre encabezado por Salvador y Pellegrin. Su preocupación principal era descubrir cuáles serían mis intenciones y mi decisión ante una eventual ruptura".

–Pero estamos hablando de fines de 1986, ¿No se supone que aún se podía resolver este conflicto?

–Es posible que aún se pudiera resolver, eso yo no lo sé, lo que te

cuento es que Insunza vino con la precisa, me preguntó claramente en qué lado quedaría si se producía el quiebre.

–¿Y?

–Le dije que me quedaría donde estuviera la razón…

–Obviaste el problema… no te casaste con nadie…

–Lo interesante fue su respuesta…, me dijo textual: "En este tipo de asuntos la razón siempre está en el PC".

* * *

En marzo de 1987, la Comisión Política decidió relevar del cargo a la mayoría de los miembros de la Dirección Nacional del FPMR, incluido su jefe, Raúl Pellegrin. Gran parte de estos jefes y oficiales fueron destinados a pasar escuelas políticas y de superación, principalmente en Cuba y en los desaparecidos países socialistas del este europeo. La dirección del PC tomaba control efectivo del FPMR, de su Fuerza Militar Propia. Nunca se lo dijeron, pero a esas alturas del diferendo, Pellegrin había perdido toda la confianza de los altos dirigentes del partido.

Si la Comisión Política, la máxima autoridad del PC, decidía hacer algún cambio en la política militar del momento, independiente de sus contenidos, se realizaría sin Pellegrin y sin ninguno de los jefes de confianza de su Dirección Nacional. Salvador ya había sido removido, Sebastián estaba en Cuba en ese momento.

El 15 de abril de 1987, Pellegrin convocó urgente a Armando, su ayudante y colaborador personal, que se encontraba cumpliendo tareas en el exterior. En Santiago, Pellegrin le planteó una de las misiones más complejas de cuantas había recibido en todos esos años de trabajo junto al jefe del FPMR: tenía que explicarles a los cubanos y al propio Sebastián las últimas medidas de la dirección del PC y hacerles comprender las razones de su resistencia a ellas.

–¿Qué asuntos en concreto debías decirles?

–En realidad, yo llevaba una carta explicativa de lo que estaba ocurriendo. De todas maneras, Pellegrin me contó en detalles lo que pasaba. Me hizo como una radiografía funesta, que la

situación estaba en el límite de la ruptura y en ese mes se había quedado como congelada. Fue detallista sobre las contradicciones que se venían acumulando desde hacía años; su principal acusación fue la incapacidad del PC para revisar las razones del fracaso del año decisivo, más allá del fracaso mismo de las grandes operaciones.

"El clima estaba enrarecido, y dijo textual, que era casi imposible que se pudiera continuar junto a esa dirección del PC, que exigía el relevo casi total de la dirección del Frente; Y según Pellegrin, nadie en la organización estaba dispuesto a tolerar tal medida. Para el PC no había ninguna otra posibilidad, el relevo de cuadros, la subordinación a la medida era condición primera para cualquier otra solución. No había negociación posible, se había llegado a esta contradicción irreductible, se acataba la resolución del organismo superior y después se podía buscar variantes. Eso me quedó claro. La Dirección sabía que si transaba en esto, perdía el control de su principal arma militar, y eso no lo podía permitir.

"Para el PC, Pellegrin no podía poner condiciones, y ante una eventual negativa, el partido asumía todo el riesgo de una probable fractura. Yo creo que el partido aquilató y prefirió esa separación a la pérdida de toda su autoridad. Si no imponía los cambios, su Fuerza Militar habría quedado bajo las órdenes de Pellegrin, dentro del partido y fuera de toda posibilidad de conducción y control".

–¿Y por qué tenías que contarles esto a los cubanos?

–Por la deferencia que Pellegrin siempre tuvo hacia ese proceso revolucionario, y principalmente por el tema de la colaboración. Hasta ese momento toda la ayuda política y combativa había ocupado una sola vía. Ahora Pellegrin pedía independencia, pedía que las relaciones, las comunicaciones y la colaboración con el FPMR tuvieran su propia vía, separada del PC.

–¿Los cubanos lo aceptaron?

–Sí, yo traje la respuesta positiva.

–¿Qué pasó con Sebastián?

–Sebastián no tenía idea de estos últimos acontecimientos; en honor a la verdad, lo vi genuinamente muy sorprendido. En realidad fue todo un caballero, les pidió a los cubanos que me preguntaran si yo quería compartir la misma casa de alojamiento. Yo accedí de inmediato, eso permitió que tuviéramos todo el tiempo para estos asuntos. Le conté en detalles todo lo que me había dicho Pellegrin.

–¿Cuál fue su reacción?

–Fue muy cauteloso, en ningún momento intentó polemizar ni descalificó la decisión de Pellegrin. Por supuesto, tampoco en ningún momento mostró intenciones de plegarse a lo que hacían Pellegrin y Salvador. Eso me quedó claro desde un principio, no tenía ninguna duda del lugar que ocuparía.

"Fue muy parco, yo creo que tenía su propio olfato político de lo que ocurría y de las capacidades de las fuerzas en conflicto. El PC podía quedarse sin sus estructuras militares, que de hecho no fueron todas, y volvería a su estructura original, a su forma y capacidad histórica. No estaba en juego la estabilidad ni la integridad del partido. Sebastián sabía muy bien por dónde cruzaba la línea divisoria en caso de una ruptura, y no tuvo ninguna duda. Era un "hombre de partido" y no iba a aventurarse con este grupo encabezado por Pellegrin. Fue respetuoso e hizo unas cuántas recomendaciones para impedir que por estos problemas se perjudicaran las partes en conflicto, y trató de atenuar cualquier clima beligerante".

–Más allá de lo que dicen los documentos, ¿Pellegrin no tenía dudas de lo que estaba haciendo? Según dices, en abril pidió relaciones directas con los cubanos y dijo que con "esa dirección del PC" no se podía continuar trabajando. ¿Ya no había vuelta atrás?

–No, en ese momento no había vuelta atrás. Él hacía reflexiones de largo aliento, no cosas puntuales. En ese momento estaba convencido de que el partido iba a liquidar el tema militar, usó diversas figuras para explicar ese asunto. Pellegrin decía que el

elemento militar había sido un instrumento utilizado para un momento y ya tocaba su fin. El tema militar había sido como un apéndice, y había llegado la hora de extraerlo por laparoscopia. Este asunto nunca había hecho cuerpo en el partido, había sido un paréntesis en la historia del PC. No eran reflexiones de la pelea del momento. Estaba convencido de que se liquidaría el trabajo militar.

–¿Nunca pensó en quedarse y dar una "pelea desde dentro", como han afirmado muchos jefes y oficiales?

–Yo creo que no, en Pellegrin funcionaba un principio ético rector, era consecuente hasta el final. Quedarse y mimetizarse en el PC no era su variante. La emergencia y la gente que representaba lo alentaban. Le ganó esa urgencia, toda decisión para con el tiempo volver a levantar ese trabajo era una renuncia a los principios que lo animaban. Eso te demuestra que no tenía ambiciones que le indicaran hacer un largo camino de lucha por el poder al interior del PC.

"Me atrevo a decir que Pellegrin en ese momento ya advertía que el PC y la izquierda en general daban los primeros pasos en un camino plagado de renuncias para conquistar pequeños espacios de participación, que después de más de veinte años, aún no lo pueden lograr.

"Para mí, Pellegrin no era un político tradicional, era un combatiente, un líder, un guerrillero con un desprendimiento total, dispuesto a morir por sus convicciones. Y creo que eso no era ni es muy común. No me imagino a Pellegrin en las actuales disputas negociando un curul cualquiera, entre mil componendas y muñequeos que a diario aparecen en la prensa".[13]

* * *

Ninguno de los jefes y oficiales que se quedaron en el partido, al menos hasta donde pude conocer, creyeron que éste se desharía de sus estructuras militares. Víctor, el jefe del TMM de Santiago, demoró meses en separarse del PC. Debió constatar en la práctica que no había voluntad concreta de continuar el vertiginoso

desarrollo del TMM en la capital. El relevo de su cargo, y la propuesta de viaje al exterior, terminó por convencerlo de que "algo pasaba".

Quizás en este jefe del TMM, el más extrovertido, apasionado e histriónico de todos los oficiales del PC, operó la lealtad, la afinidad con esos camaradas de mil historias, tal cual ocurrió con otros que siguieron a los disidentes. Víctor, al decir de muchos de sus compañeros, es el mejor camarada, el más leal entre todos, pero ni siquiera en él esa decisión fue automática, le significó meses de reflexión.

Arístides Contreras es hijo de un viejo y conocido dirigente del partido. En la ruptura optó por quedarse en el PC. Pionero entre los oficiales, lo ligaba un entrañable compañerismo a Raúl Pellegrin; fueron condiscípulos en tiempos de las academias cubanas, estuvieron en los mismos combates por recuperar las lomas de Cabalceta en el Frente Sur de Nicaragua, asistieron juntos a los combates que provocarían la muerte de Payo. Este es quizás, el mejor ejemplo de lealtad y amistad entre oficiales, y la mejor muestra de que no fue ese sentimiento el mayoritario, mucho menos el único, que aglutinó a los oficiales disidentes del partido.

Confiesa Arístides que compartía las aprensiones de Pellegrin con relación al PC y el tema militar, pero nunca convino en que la separación fuera la mejor forma de solucionar el conflicto. Este oficial, junto a un número no despreciable de viejos cuadros, y principalmente de las nuevas promociones de oficiales, se quedó en el partido. Casi todos estaban convencidos de que podrían ser un aporte efectivo en la Política Militar. No por gusto, la Dirección afirmaba con insistencia que el tema militar se quedaba para siempre formando parte de su política.

Arístides fue uno de los catapultados por estos hechos a cargos de jefatura en el andamiaje militar del PC. Asegura que en los primeros años de su trabajo como jefe del TMM de Santiago no advirtió ninguna intención de disminuir las estructuras militares. Por el contrario, previo al plebiscito de octubre de 1988 el partido

habría hecho un gran esfuerzo por realizar acciones de sabotaje.

–En realidad –dice–, la capacidad había disminuido, pero la propia Gladys estaba controlando estas actividades, sobre todo las relacionadas con los sabotajes. El problema no era ese, mi apreciación es que se actuaba para la coyuntura y que no había ningún pensamiento ni proyecto a largo plazo en el terreno militar, no había estrategia, todo se circunscribía a realizar acciones de sabotaje, era hacer cosas sin una concepción a largo plazo. A mi parecer, era el reflejo de la incapacidad crónica que ha tenido el PC con el problema del poder.

"Por otra parte, se continuaba enviando datos falsos de acciones realizadas por los Regionales, y no era poco, la falsedad se podía multiplicar hasta por diez. Con el ánimo de hallar soluciones, hice críticas y busqué aportar en la elaboración de un proyecto a largo plazo. No tuve ni encontré un interlocutor válido. Comencé a tener contradicciones serias con el nuevo jefe de la Comisión Militar, y sin ninguna explicación me "descolgaron" del trabajo. No fui invitado a participar en el XV Congreso, realizado meses antes de que se fuera el dictador. Mi última contribución en la tarea militar del partido fue participar, con una inmensa satisfacción, en la organización de la infraestructura que apoyaría desde el exterior la gran operación de fuga que realizó un grupo del PC de la cárcel de Santiago en enero de 1990".[14]

Ninguno de los oficiales de la vieja guardia conoce a Américo o Raúl, su chapa en clandestinidad, pero casi todos lo identifican al instante si se les habla de "El Colorado". No hay que ser muy agudo para intuir el porqué recibió tal apelativo, que finalmente quedó en su versión más reducida, "El Colo". Fue otro de los oficiales leales al partido y también ocupó una de las principales responsabilidades dejadas por los que se fueron.

–Una de las primeras tareas que realizamos fue intentar recuperar a todos los que se habían ido del partido. La mayor parte de los jóvenes oficiales graduados en la Isla de la Juventud en Cuba, que habían llegado por ese tiempo, fueron distribuidos por

casi todo el país, esto ayudó a completar los cargos que quedaron vacíos. Se mantuvo la misma estructura del Frente y del TMM, se reincorporó gente de la Jota y del partido que habían pertenecido al trabajo militar, y durante todo el 87 se intentó recuperar lo perdido. Con eso te digo que en ningún momento se vio que se liquidaría el trabajo militar.

–¿Pero disminuyó la capacidad?

–Sí, costó reorganizar el trabajo, principalmente en el Frente, pero también es cierto que las tareas se redujeron a la realización de sabotajes, acciones de propaganda y la autodefensa de masas. En realidad, eran los Regionales del partido, sus unidades de combate casi no sufrieron con la separación, ellos fueron los que realizaron la mayoría de las acciones. En verdad, en ese momento la gente no hacía ninguna diferenciación, todo era el Frente y la Comisión Militar. La mayor acción que se hizo fue algunos apagones nacionales antes y después del plebiscito donde perdió Pinochet. Hubo que contar con los Regionales para poder realizar esos apagones nacionales.[15]

"En el año 1988 yo era el segundo jefe del FPMR. Conozco muy bien el nombre del que fue mi jefe, pero no recuerdo su chapa; era uno de los viejos oficiales del partido, uno de los tanquistas, que había ingresado hacía poco al país. Mario Basulto fue su nombre en Nicaragua y había remplazado a Daniel Huerta, que fue el primer jefe del Frente [del PC] después de la división.

"Antes del plebiscito de octubre de 1988, se hizo un enorme esfuerzo de planificación y preparación de múltiples sabotajes y acciones de propaganda para el caso de que el dictador hiciera fraude. En las reuniones de la Dirección Nacional, la propia Gladys Marín participó y revisó el llamado Plan de Paralización Técnico, en el que no había ningún tipo de acciones de enfrentamiento de carácter especial, todo se concentraba en la autodefensa de masas en las poblaciones.

"En el partido circuló con insistencia la idea de que Pinochet no iba a organizar un plebiscito para perderlo, nosotros también

creíamos que el dictador haría algo para desconocer el triunfo del No. Pero también se consideró la posibilidad de que realmente perdiera, en ese caso las acciones se harían igual, pero para exigir su renuncia inmediata. En todo esto del Plan Técnico, el partido era el que llevaba el peso principal.

"Después del plebiscito comenzó el envío de cuadros a otros lados. En 1989 y 1990 la gente empezó a quedar "descolgada", sin atención, y poco a poco se desperdigaron las estructuras. Con los oficiales no se hallaba qué hacer. Algunos fueron enviados a cursos en Moscú. Los funcionarios comenzaron a buscar trabajo, tenían que hacer algo con su vida...

"Como a mediados de 1989, fui enviado a un curso de dos años en una academia en Cuba. Como que todo se fue apagando de a poco, sin ningún documento que orientara en forma directa y concreta la eliminación de las estructuras militares del partido".[16]

Escenario electoral 1987-1988

A comienzos de 1987, mientras el PC vivía su propio trance, el país se sumió en un renovado escenario de conflictos políticos, donde los comunistas tendrían muy escasas posibilidades de intervenir. Si para el PC los primeros años de la dictadura fueron los terribles momentos de prisiones, desaparecidos, torturas, muerte y exilio, este último período fue el de una crisis y diáspora notables, en el que se redujo primero, y se perdió después, el honroso protagonismo de los "años urgentes". El aislamiento como organización política fue casi total, hasta sus más cercanos aliados terminaron abandonándolo y fueron tras la cobija liderada por el Partido Demócrata Cristiano. "En marzo de 1987 ya estaba instalado el escenario electoral en el país. Solo la visita del Papa en abril lo modificó temporalmente".[17]

Es un extraordinario y particular escenario electoral, nunca antes visto en el país ni en ningún otro, al menos de nuestra América. Se va consolidando durante los dos años anteriores al plebiscito que finalmente se realizó el 5 de octubre de 1988. La consulta era de una simpleza tan elemental como trascendente su

resultado. A los votantes se les preguntó si aceptaban o no que Augusto Pinochet Ugarte fuera el presidente de la República por un período de ocho años más. El acto mismo para expresar la opinión era extremadamente fácil: marcar una cruz frente al SÍ o el NO que tenía la boleta.

De manera clara e inobjetable, el dictador fue derrotado; un 54,68% votó por el NO y un 43,04% lo hizo por el SÍ. No obstante, después de tan brutal régimen personalista, la derrota no fue aplastante ni el triunfo de la oposición arrollador, como muchos esperaban. Es un dato contradictorio y relevante, con infinidad de lecturas, de los un poco más de siete millones de votantes, casi cuatro rechazaron al dictador y tres millones de chilenos lo aprobaron.

Pero para arribar a ese acontecimiento, que tan fácilmente se resume en cuatro líneas, el país y los protagonistas de esta historia debieron transitar y superar en 1987 y 1988 escabrosas y complicadas disyuntivas.

El cuadro electoral, enunciado por la Constitución de 1980, no estuvo definido en todos sus detalles legales hasta apenas dos meses antes de la realización del plebiscito. Recién el 30 de agosto de 1988, la Junta de Comandantes de las Fuerzas Armadas, que integraba el propio dictador, aprobó que fuera Pinochet el propuesto para gobernar ocho años más y precisó el 5 de octubre como la fecha de la consulta. Este solo dato convierte al año 1987 y gran parte del 88 en un escenario electoral *sui géneris*, donde los partidos políticos, excepto los más acérrimos seguidores del dictador, recorrieron un sorprendente y raro camino en reversa.

Desde que comenzó la carrera electoral, los partidos opositores fueron eliminando exigencias a la dictadura, retrocediendo en sus propuestas políticas, hasta aceptar, prácticamente sin cambios, los planes y fórmulas sucesorias del dictador. Votar en el plebiscito fue como el último gesto del ahogado que pierde toda compostura ante el suceso fatal, el último aleteo resignado de una lucha que había comenzado en 1983 con la famosa tríada:

renuncia de Pinochet, Asamblea Constituyente y derogación de la Constitución de 1980.

Fue en ese escenario diseñado por la denostada Constitución del 80, prolijamente estudiado con la intención de que el dictador se perpetuara en el poder, con todas las banderas opositoras inclinadas, que ocurrió el extraordinario triunfo opositor. Esta forma de ganar retrocediendo es clave para entender el tipo de país que debieron administrar los partidos políticos de la Concertación después de la salida de Pinochet en marzo de 1990.

A comienzos de 1987, la oposición liderada por el PDC lanzó los primeros aprontes de una fuerte campaña para exigir "elecciones libres". Esa conducta estaba estimulada por dos leyes del sistema electoral que promulgó la dictadura como parte de su cronograma institucional. En febrero de ese año abrió los Registros Electorales, donde millones de electores debían inscribirse en el breve lapso de menos de dos años. Un mes antes, había promulgado la Ley de Partidos Políticos, que permitía la actuación legal de los opositores que aceptaran las reglas del juego exigidas por ella. El artículo octavo de la Constitución inhabilitaba a los partidos de la izquierda por profesar "doctrinas totalitarias".

La campaña por las "elecciones libres" empleó el mismo recurso de los registros electorales. Consideraba que un empadronamiento masivo de electores permitiría exigirlas y efectuarlas, que este era "el camino para recuperar la democracia". Estos llamados del PDC se fundamentaban en un declarado temor al fraude si se llegaba a celebrar el plebiscito ideado por la dictadura, "todo gobierno surgido de un plebiscito podría ser acusado de ilegítimo".[18]

Para fines de marzo de 1987, la mayoría de los partidos políticos reconocidos propugnaban la inscripción en los registros electorales del régimen. En ese mes, y no es ocioso ser precisos, solo se negaban a inscribirse los partidos del Movimiento Democrático Popular (comunistas, socialistas de Almeyda y MIR), el MAPU y la Izquierda Cristiana, mientras otros quince partidos

opositores, desde el derechista Partido Nacional y el determinante PDC, hasta un sector socialista, apostaban por la inscripción en los registros y estaban tras la campaña de las "elecciones libres". En abril del mismo año, el PDC exigía modificaciones constitucionales que permitieran cambiar el plebiscito por elección plural del presidente de la República y elegir un senado con facultades constituyentes.[19]

Y así, sin que se advirtiera, en ese escenario de comienzos de 1987 fueron quedando a la zaga los otrora poderosos movimientos sociales, las organizaciones populares de todo tipo, protagonistas de la movilización social a la cual solo el MDP, y el Partido Comunista en particular, aún intentaban rescatar.

En el mismo mes de marzo de 1987, el PC, mediante declaraciones de un vocero público, intentó convencer por enésima vez a la oposición, principalmente al PDC, de lograr una posición conjunta para garantizar un sistema electoral que en realidad condujera a elecciones democráticas. No puso acento en los registros, ni llamó a la inscripción ni rechazó que se hiciera. "Siempre hemos estado por las elecciones libres. Pero esto significa que un requisito *sine qua non* es que no esté Pinochet, porque su permanencia en el poder niega ese tipo de elecciones".

El PC, en un gran esfuerzo por buscar un camino unitario, expresó estar dispuesto a revisarlo todo, "discutir todos los aspectos de nuestra política, incluso los militares". Aunque en esta misma declaración aclaraba que se podía discutir esa política militar pero "sin renunciar a ella", para lanzar más adelante una suerte de advertencia: "Seguiremos con la preparación y mantención de cuadros militares. Su uso o no estará determinado por el entendimiento que se pueda lograr con las demás fuerzas democráticas. La ausencia de este acuerdo amplio podría llevar a formas de enfrentamiento más agudas contra la dictadura".[20]

Estas declaraciones del PC ofrecen algún antecedente de su conducta para con el grupo disidente dentro de sus filas. En ese mismo minuto, primeros días de marzo de 1987, exigía disciplina

férrea ante la decisión de renovar a los mandos principales de sus estructuras militares. No podía arriesgarse a que su Fuerza Militar quedara en manos de jefes díscolos que le pudieran causar otro desequilibrio con alguna acción militar fuera de su control. En esta política del PC, declarada públicamente en marzo de 1987, el relevo de la Comisión Militar y de la Dirección Nacional del FPMR era indispensable. Para la dirección del PC no existía ninguna otra solución..., y obró en consecuencia.

Más allá de las declaraciones y zozobras del PC, el régimen seguía su rumbo inalterable. Ante cada propuesta opositora, el dictador se mantuvo inconmovible. No obstante, a manera de novela de misterio, de cuando en cuando los generales legisladores hacían algún comentario relacionado con posibles elecciones, probables reformas constitucionales, fechas del plebiscito, proposiciones de un candidato civil. En fin, todas opiniones de un mismo juego que podían ser vistas como grietas en el poder, suficientes para que la oposición discutiera y barruntara por semanas o meses los rumbos políticos del país.

Desde septiembre de 1986 Pinochet y sus asesores lanzaron su campaña en aras de la continuidad del régimen y de la persona del dictador, aprovechando el impacto del atentado fallido. En julio de 1987, en carrera hacia el plebiscito, nombraron el "gabinete de la victoria", con Sergio Fernández a la cabeza, quien conduciría y emplearía todo el aparato estatal en favor de la campaña del aún candidato escondido.[21]

El 11 de septiembre de ese año, fecha emblemática en la que se esperaban anuncios trascendentes, Pinochet rechazó otra vez toda idea de cambiar su añejo plan. Si no había cedido en los peores momentos, en los años de los grandes enfrentamientos y movilizaciones, de las históricas jornadas de protesta, mucho menos iba a hacerlo a tan poco tiempo de cumplirse sus plazos, y con una oposición exigiendo elecciones libres desde escasas tribunas públicas, algunos medios de prensa y parciales cadenas de radios.

En esta fecha "histórica" de septiembre, el dictador reiteró la naturaleza "fundacional" del régimen, y como siempre, aprovechó la ocasión para vilipendiar a toda la oposición. No habría elecciones competitivas, "el país no volvería al pasado".[22]

A fines de año, la oposición concertada por las elecciones libres acusó el golpe y dio las primeras señales de un nuevo cambio. Al parecer son los sectores socialistas incorporados a la campaña quienes dan el primer paso: "Antes del fin de año el llamado a las elecciones libres debe asumir el llamado a votar por el no". Ricardo Lagos, quien llegaría a ser presidente del país como parte del ciclo de gobiernos de la concertación post Pinochet, le dio un giro particular al ya enmarañado escenario electoral: "Sí, llamamos a votar por el No, porque el triunfo del No es lo que permitirá tener elecciones libres". O sea, exigir "elecciones libres" después del plebiscito.

Patricio Aylwin, en ese momento presidente del PDC, a fines de ese año de 1987, dio otro paso más en reversa:

> se debe conseguir la inscripción de seis y medio millones de personas y además ofrecer una alternativa de gobierno al país, con ello debemos procurar convencer a las Fuerzas Armadas de que se permitan elecciones libres [...] si se impone el plebiscito, la oposición debe unirse para asegurar condiciones de limpieza y equidad en ese acto.[23]

El lunes 4 de enero de 1988, finalmente, la Democracia Cristiana llamó a votar por el No, que nació con apellido: "es un No al general Pinochet o a quien lo represente [...] Es un No al plebiscito y un Sí a las elecciones libres". El presidente del PDC recurrió otra vez al viejo y probado recurso de un pragmatismo quejoso para justificar ese nuevo retroceso: "Pero si no podemos, porque quienes detentan el poder se empecinan caprichosamente en imponernos el plebiscito, para llegar a las elecciones libres tenemos que pasar por el No en el plebiscito". Así, el futuro presidente Patricio Aylwin se sumaba a la propuesta del "socialismo renovado", al exigir las "elecciones libres" después de

un posible triunfo del No.

Si el dictador era derrotado, la Constitución definía su permanencia en el poder por un año más y la convocatoria en un plazo de nueve meses para la realización de elecciones competitivas. Ante este eventual escenario, Aylwin declaró:

> Un presidente derrotado no puede mantenerse gobernando un año después de ser rechazado. Lógicamente la racionalidad y el sentido patriótico moverán a los mandos de las Fuerzas Armadas a aceptar una negociación rápida para iniciar una transición mediante una elección libre de presidente y Congreso [...] Al día siguiente del triunfo del No se abre la posibilidad de negociar con las Fuerzas Armadas una transición pacífica mediante elecciones libres, apoyados en la enorme movilización del país que no va a aceptar ser burlado en la expresión de su voluntad mayoritaria.[24]

El viernes 29 de enero de 1988, catorce partidos opositores firmaron un acuerdo determinante, que para la historia quedaría como la "Concertación por el No". El espectro iba desde sectores descolgados de la derecha, tradicional apoyo del dictador, hasta el Partido Socialista de Almeyda, último bastión del socialismo chileno en alejarse del PC. Esta Concertación por el "NO", exigía cinco demandas esenciales, las "elecciones libres" era la principal. De esta convocatoria solo quedaron excluidos el PC y el MIR.[25]

El 5 de octubre de 1988 se realizó el plebiscito, con los resultados conocidos. Es probable que la aceptación de la derrota por el dictador y la imposibilidad de que éste hiciera fraude se encuentre, en parte, en lo que expresó el propio Aylwin:

> Creo que el gobierno usará todo su poder para tratar de imponerse, pero que todos los ojos del mundo van a estar puestos sobre este plebiscito. La intención de fraude va a estar muy difícil de materializar. Creo en la honorabilidad y el sentido patriótico de las Fuerzas Armadas.[26]

Es justo pensar que para muchos, esa "honorabilidad", tan escurridiza entre tantas atrocidades cometidas en diecisiete años de dictadura, no podía ser la garantía de la limpieza del plebiscito.

Hubo otras presiones que pueden explicar la aceptación de la derrota. El Departamento de Estado de los Estados Unidos, la Iglesia Católica, la derecha crítica al régimen y hasta los empresarios estaban interesados en un proceso electoral limpio; todos precisaban de la paz necesaria para dar continuidad al sistema.

La imposición del dictador mediante un fraude y su continuidad en el poder posterior a 1989, sería un camino seguro a la violencia y el mejor argumento para revitalizar el apoyo popular a la actividad de toda la oposición, en particular a la de aquellos que se mantenían en la opción más dura contra el dictador: el PC, el MIR y el FPMR.[27]

Pinochet planificó y organizó el desconocimiento de los resultados si éstos le eran desfavorables; informes desclasificados de la CIA permiten conocer las diversas variantes y medidas que previó. El plan incluía desde el fraude si se producían diferencias estrechas, hasta el empleo de la violencia y el terror en caso de una derrota significativa, para así justificar la salida de las tropas a la calle y desconocer los resultados adversos. La CNI y las Tropas de Comandos, en particular, debían llevar a cabo autoagresiones en caso que el PC no realizara acciones violentas.

Ante el conocimiento de tal eventualidad, los Estados Unidos comenzaron a ejercer presión sobre la cúpula de las Fuerzas Armadas. Previo al plebiscito, el Departamento de Estado llamó al embajador de la dictadura en Washington, le hizo saber que conocían los planes del gobierno chileno, y acto seguido le advirtió que el gobierno de su país tomaría drásticas medidas políticas y económicas contra el de Pinochet en caso de que esos planes se realizaran. La noche del plebiscito, cuando el triunfo del NO era una realidad, los generales jefes de las otras ramas de las Fuerzas Armadas habrían rechazado el intento de Pinochet de sacar las tropas a la calle y desconocer la victoria de la oposición.[28]

Perdió Pinochet, pero no hubo sublevación ni protestas generalizadas y sostenidas exigiendo la renuncia del dictador ni, a

continuación, "elecciones libres". Tampoco hubo la supuesta, y esperada, negociación con las Fuerzas Armadas; éstas tenían otra interpretación de la "racionalidad y sentido patriótico" en las que se sustentaban las aspiraciones negociadoras del PDC y se mantuvieron sólidamente organizadas en torno al dictador perdedor.

Sobrevino un año de importantes negociaciones de reformas constitucionales entre el gobierno y los concertados, mientras esperaban que transcurriera el plazo de un año en el que Pinochet se mantendría en el poder. El 14 de diciembre de 1989 se efectuaron las elecciones, en las que Patricio Aylwin triunfó sobre un representante de la dictadura y un candidato populista. El 11 de marzo de 1990, el dictador entregó la banda presidencial al nuevo presidente del país.

Y Pinochet no se fue..., apenas dio un pasito lateral y se quedó profundamente enquistado en el poder. Siguió al frente de la institución con más poder efectivo en el país, las Fuerzas Armadas. La Constitución de 1980 impedía que pudiera ser removido por las nuevas autoridades de Chile, eso no fue tema de debate en las negociaciones y reformas constitucionales. Era el súmmum del triunfo en reversa. Los poderosos grupos del poder político y económico del país y de los Estados Unidos cumplieron sus objetivos, se había asegurado la continuidad del sistema político y económico tras la figura de un presidente civil..., con el dictador al acecho y vestido de camuflaje. Toda una magistral muestra de una profunda concepción del poder.

El PC, por su parte, se sumó en forma tardía a cada uno de los pasos dados por la oposición llamada democrática. Después de rechazar la inscripción en los registros electorales, las elecciones libres y el llamado a votar NO en el plebiscito, terminó aceptando cada uno de esos hitos políticos de los dos últimos años de la dictadura. En cada oportunidad que tomó estas decisiones, lo hizo exigiendo movilización social, lucha callejera como condición necesaria para poner término a la tiranía:

> Ello no se logrará sino a través de la lucha generalizada, a través de las formas más efectivas de resistencia, a través de una infinidad de actos y manifestaciones de todo tipo que creen un estado de ingobernabilidad, de desobediencia civil, de levantamiento masivo, rompiendo la institucionalidad fascista.[29]

El partido nunca llamó a abandonar la lucha, simplemente dio un nuevo matiz al carácter del enfrentamiento, que solo lo advirtieron los pocos que estaban inmersos en las disputas internas. En octubre de 1987, el PC hizo un giro en relación con el Pleno de 1985 respecto a la forma en que se llegaría al fin de la dictadura. Después de detallar múltiples formas de resistencia, ingobernabilidad y levantamientos masivos, y asegurar que todo se lograría solo a través de la lucha del pueblo, redescribió cómo podrían configurarse en los hechos y la perspectiva más probable para lograr la salida del dictador:

> Es una sublevación nacional o levantamiento democrático, como otros lo denominan. Ello puede revestir diversas formas, algunas semejantes a los alzamientos generales de los pueblos de Filipinas y Haití, o como lo acontecido en nuestro propio país en 1931, cuando toda la ciudadanía salió a luchar en las calles precipitando la caída del dictador de la época.[30]

Sin dudas, la "sublevación imaginada" descrita en el documento del Pleno de 1987 difería esencialmente de la descrita en el Pleno de 1985, ya no se trataba del pueblo en las calles empleando formas paramilitares de lucha y apoyado por fuerzas militares populares que controlaban los principales centros neurálgicos de las grandes ciudades del país. La situación en 1987 era otra, y de acuerdo con ello, señalaba el PC, se adecuaban las formas de lucha.

El papel del "factor militar" en la lucha popular, en la "lucha de masas", había cambiado sustancialmente. Era obvio pensar que en este tipo de salida a "la filipina" o a "la haitiana", los técnicos militares tendrían un protagonismo menor, era un escenario donde se desenvolvía mucho mejor el dirigente tradicional.

En el Pleno de octubre de 1987 se dieron los primeros pasos para

la incorporación del PC a los diseños políticos de la Concertación, siempre mediante la lucha y la movilización de las masas en las calles. De lo contrario, Pinochet, según este partido, cometería fraude y no aceptaría elecciones libres, las cuales serían válidas solo "como elemento integrante de la tarea general que tiene por meta echar abajo el sistema fascista".

En ese Pleno se llamó a la inscripción en los registros electorales. El argumento principal para justificar el cambio fue que ello no determinaba ni era lo fundamental en la lucha contra la dictadura y sí era un paso para ayudar a la unidad con la oposición. Fue una nueva medida del PC para lograr la unidad hacia los partidos de la Concertación: "Con ello hacemos a un lado el nuevo pretexto que se esgrime para torpedear la acción conjunta, desnudando a los que persisten en tal posición".[31] No obstante, por enésima vez, los reclamos de unidad del PC no fueron atendidos.

A escasos dos meses de realizarse el plebiscito, en junio de 1988, la Comisión Política reunió a su Comité Central y llamó a votar por el NO, después de argumentar que se había modificado la situación política general y ésta permitía "que el plebiscito adquiera en forma creciente el carácter de una confrontación entre dictadura y democracia". Se votaría por el No "para propinarle la derrota al dictador y generar una situación que haga posible poner fin a la dictadura". Era un NO total, con movilización y la previsión y denuncia de que podría ocurrir cualquier cosa, desde el fraude hasta el autogolpe.

Las aspiraciones del PC eran lograr que toda la izquierda vinculara su votación en el plebiscito con la exigencia de la renuncia inmediata de Pinochet y la Junta Militar, la formación de un nuevo gobierno provisional y la convocatoria a elecciones libres y democráticas para erigir un poder constituyente, así como la derogación de la Constitución de 1980 y la puesta en vigor de la que existía antes del golpe de Estado de 1973.[32]

Como se aprecia, poco o nada habían cambiado las demandas del PC respecto a las esgrimidas al inicio de las grandes jornadas

de protesta del período 1983-1986. Lo que había cambiado radicalmente era el grado de confrontación y lucha de las grandes mayorías y la forma en que este partido afrontaba esta nueva coyuntura.

Los intentos de movilización y lucha del PC no nacieron de los titulares de los medios de difusión adheridos a la dictadura, ni de la realidad trabajada intensamente por las estructuras políticas y medios de difusión partidarios de la concertación, que clamaban a gritos por aplacar la movilización popular. Socialistas y democratacristianos, de gran influencia en sectores medios y bajos, pesarían decisivamente en esta desmovilización.

Las aspiraciones comunistas surgieron de los conflictos que aún se mantenían en 1987 y 1988, y de los vínculos del partido con las organizaciones populares. En el propio documento antes citado hay un recorrido por huelgas y manifestaciones múltiples en el que destacan los sonados triunfos del PC en las elecciones de la Universidad de Chile y en los colegios profesionales.[33]

No obstante, nada de ello pudo revertir la situación de desmovilización general y de aislamiento del PC. A la luz de los años transcurridos, resulta fácil, y hasta obvio, endilgarle al PC un mesianismo y voluntarismo alejado de la realidad, y afirmar que pasado 1986, los sectores populares no querían más pelea. Ante esto, no se puede desestimar el clima vivido tanto por este partido como por el FPMR, que se alimentaban de esos sectores populares para levantar sus demandas y no de las cúpulas políticas tradicionales, tan interesadas en provocar la desmovilización.

Como un último recurso, para comprender esa involución aparece el papel subjetivo que les atañe y toca a las organizaciones políticas ante los grandes desafíos. En el documento mediante el cual el PC llamó al plebiscito en julio de 1988, se advierte una reflexión en torno a esta cuestión:

> El rol del partido es decisivo para lograr el desarrollo de la movilización social. Sobre nuestros hombros, por nuestra condición de partido revolucionario, recae la principal responsabilidad de

modificar el cuadro político, cancelar los riesgos de la conciliación, conseguir que se desplieguen efectivamente las potencialidades existentes, hacer jugar a favor del pueblo las contradicciones del régimen y del campo burgués.[34]

Al final de este período de reflujo, independiente de los esfuerzos hechos por miles de sus militantes, el PC no tuvo capacidad para jugar este "rol" autoimpuesto y mucho menos para "modificar el cuadro político". La solución a la existencia de la dictadura estuvo muy lejos de sus aspiraciones y demandas. El PC no tuvo capacidad para conducir la derrota o caída del dictador en el *decisivo* año de 1986, ni tendría la capacidad de cambiar el carácter de la solución negociada al desplazamiento lateral de Pinochet en 1990.

1 El documento del grupo disidente y que posteriormente se conocería como FPMR (A), es elaborado aproximadamente el 20 de junio de 1987, no tiene título y es para esclarecer a los militantes del FPMR la situación interna que se vive. Conservamos una copia del original que se guardó en la oficina del FPMR en Cuba. Existe otro documento de similares contenidos elaborado dos meses más tarde por Pellegrin y Salvador, que se titula "Una Carta al Partido". Es una respuesta al documento del propio PC sobre "la fracción", como la Comisión Política nombró a este grupo.

2 Documento titulado "Información del Partido producto de la situación producida en el Frente Militar". Copia del documento conservado en la oficina del FPMR en La Habana.

3 En Herreros, pág. 543.

4 Ibid. Herreros, pág. 545. Entrevista con Jorge Insunza, miembro de la Comisión Política.

5 Informe de la Comisión Militar elaborado en Diciembre de 1986. Aparece que en todo el FPMR habían 980 miembros efectivos. Solo en Santiago el TMM y las Milicias tenían más de mil hombres organizados. No aparece el total de combatientes del TMM en todo el país.

6 En Herreros, pág. 544.

7 Tomado del Informe de la Comisión Militar de diciembre de 1986 o enero de 1987.

8 Informe y análisis de la Comisión Militar de octubre de 1986.

9 Informe de la Comisión Militar de octubre de 1986.

10 Documento titulado "Sobre el Proceso de Discusión Interna" de diciembre de 1986. Por la forma y contenido del documento, por las correcciones manuscritas hechas al margen, presumo que pertenece a Salvador, segundo jefe de la Comisión Militar, que en ese momento ya estaba removido de su cargo. Según Mauricio, la dirección del PC en su conjunto nunca se involucró de lleno en las cuestiones militares, más bien se percibía una reticencia, urticaria sobre los problemas militares de la lucha y de la política...

11 Revista *Análisis* del 10 al 16 de marzo de 1987. Entrevista de Jaime Insunza, vocero público del PC. Este aspecto es tratado con más detalles en páginas siguientes.

12 Entrevista con Daniel Huerta en julio de 2007.

13 Entrevista con Armando, jefe de la infraestructura de Pellegrin. Santiago, julio 2007.

14 Arístides Contreras, entrevista, Santiago, agosto 2007.

15 En la prensa encontramos referencia a estos apagones nacionales el domingo 2 de octubre y el 7 de noviembre de 1988. En diario *Las Últimas Noticias*. Las acciones aparecen reivindicadas por Jorge Salas, el vocero público del FPMR que el PC trataba de reconstruir.

16 Entrevista con Américo, La Habana, enero 2008.

17 Corvalán Márquez, pág. 425.

18 En revista *Hoy* Nº 497 aparece Gabriel Valdés lanzando la idea de las "elecciones libres". En el número 505 de Marzo de 1987, aparecen convocando a "elecciones libres" catorce personalidades públicas, desde la derecha nacionalista hasta miembros del PS de Núñez. Uno de los participantes es Eduardo Frei, quien llegaría a ser presidente de Chile.

19 Revista *Hoy* Nº 504. Marzo 1987 y Nº 509 de abril de 1987.

20 Revista *Análisis* del 10 al 16 de marzo de 1987. En esta declaración el vocero lanza la idea de que el PC es con relación al PDC como "los novios porfiados", "que después de un desaire de su dama vuelven a golpear su puerta una y otra vez".

21 La Revista *Hoy* Nº 533 de octubre de 1987 revela en su totalidad el "Plan político para los alcaldes" o "Cómo ganar el Plebiscito".

22 Revista *Hoy* Nº 530 de septiembre de 1987.

23 Ibidem, Nº 539 de noviembre de 1987.

24 Sacado de una entrevista a Patricio Aylwin aparecida en semanario *Hoy* Nº 547, de enero 1988.

25 Revista *Hoy*, Nº 550 de febrero de 1988.

26 Ibid. Revista *Hoy* Nº 547. Entrevista a Patricio Aylwin.

27 Revista *Hoy*, 523 de julio 1987. Ese fue el tenor de insinuaciones echas por Elliott Abrams, del Departamento de Estado de los EEUU.

28 Corvalán Márquez. Op. cit., pág. 434 y 435.

29 Documento "Pleno del Comité Central del PC", octubre de 1987.

30 Ibid.

31 Pleno de Octubre del Comité Central del PC. 1987.

32 Documento Convocatoria al Comité Central del PC, "para analizar en especial la cuestión del Plebiscito", junio de 1988.

33 Ibid. Documento convocatoria al Comité Central del PC de junio de 1988.

34 Ibid.

Capítulo 5.
El FPMR. El combate que nunca fue

Eran pasadas las nueve de la noche del 5 de octubre de 1988, y Pablo aún no sabía si debía dar la orden o no a los grupos operativos y a los milicianos para que comenzaran los levantamientos preparados para ese crucial momento. Intranquilo, sin poder quedarse en un mismo lugar, caminaba en distintas direcciones mientras escuchaba las noticias de Radio Cooperativa. Eran no más de cinco o seis focos organizados para un levantamiento o "irrupción" en igual número de poblaciones populares de la capital. Dos cuarteles policiales en Santiago estaban incluidos en el operativo simultáneo que el FPMR realizaría en la noche del esperado y decisivo plebiscito de 1988.

Pablo, como todos sus jefes y los combatientes y milicianos del Frente, sabía que las unidades del PC de sus Regionales tenían similares misiones de levantamiento en numerosos barrios populares; la diferencia la hacía el armamento que emplearían y la concepción del enfrentamiento. No pocos grupos del MIR también esperaban expectantes los resultados del plebiscito para sumarse a las manifestaciones de la inmensa mayoría de los pobladores, que sin militancia política específica, habían combatido a la dictadura durante esos largos y duros años de enfrentamiento.

En ese momento jefe del FPMR para Santiago, Pablo tal vez hasta podía obviar las comunicaciones que debía establecer cada una hora con la Dirección Nacional del Frente para recibir la orden. Estaba más atento a la radio en su casa de acuartelamiento en la Villa O'Higgins, esperando los resultados; con solo el anuncio del triunfo electoral del régimen, podía comenzar sus acciones, que quizás serían la nada misma en comparación con el mar humano que abarrotaría las calles de los barrios populares en protesta ante un "seguro fraude".

"La dictadura no organiza un proceso electoral para perderlo", era la tajante sentencia esgrimida por la dirección del FPMR, y

también la sospecha segura del PC y de grandes sectores de las organizaciones sociales y populares de todo el país. Eso se daba por sentado en el FPMR..., no cabía otra posibilidad, "el dictador desconocería el triunfo popular".

Militante desde muy joven, Pablo había transitado por no pocas tareas políticas del PC antes de ser oficial, y había estado en casi todas las grandes misiones militares del partido. En el living de su casa, una añosa foto lo muestra declamando un encendido discurso, mientras en primer plano se asoman, como escuchando con atención, Salvador Allende y Luis Corvalán. Tenía veinte años en el Gobierno Popular, militaba en el PC y ya era un reconocido dirigente sindical del sector industrial. Por esas actividades, la dictadura lo encarceló y torturó.

Palomo le nombraban en la escuela de cadetes en Cuba, Nivaldo en la guerra de Nicaragua en los años ochentas, y como Pablo llegó en los primeros meses de 1985 al Regional del PC de Pudahuel, donde fue uno de los oficiales que iniciaron el TMM en ese nivel. Promovido a jefe del TMM en el Mando Zonal de Concepción, previo a la división del PC pasó al FPMR, donde le asignaron la organización de fuerzas suburbanas en la región central del país. De esa región son sus mejores historias, con familias enteras que llegaron a formar grupos operativos y mujeres campesinas convertidas en "torreras".

Después del asesinato de doce miembros del FPMR en junio de 1987, en la Operación Albania, Pablo fue convocado de nuevo a la capital, esta vez para asumir la jefatura de la zona norte. En el verano de 1988, Pellegrin lo ascendió a jefe de toda la Región Metropolitana y miembro de la Dirección Nacional.

Pasados más de veinte años, cuando colabora en la reconstrucción de esta historia, Pablo muestra una complexión gruesa, pero el mismo carácter afable y la fácil sonrisa que lo caracterizó siempre.

–Realmente eran dos hostigamientos –dice Pablo en relación con las acciones previstas para la noche del plebiscito, y lo hace

marcando la diferencia con lo que en términos militares significa "ataque"–. Nunca se pensó en atacar los cuarteles y coparlos. La idea era realizar el hostigamiento con fuego de fusiles y granadas de mano caseras para provocar la salida de los policías de sus cuarteles. Una vez en la calle, serían emboscados por grupos preparados, que llevaban bombas caseras dirigidas y tubos lanzametralla.

"Teníamos la idea de copar los focos poblacionales y mantener de forma ininterrumpida un levantamiento que suponíamos se generalizaría en todo Santiago y en las principales ciudades del país, en el que participarían todos los partidos de oposición. Nosotros teníamos cinco o seis focos preparados en Santiago, con distintos niveles de organización.

"Indudablemente, apostábamos a una lucha de masas de carácter sostenido, muy similar a lo concebido en el Plan de la Sublevación del año 1985, donde el elemento militar de masas jugaba un papel principal. Así concebíamos esta "irrupción", como parte de una estrategia que llamamos Guerra Patriótica Nacional. Para poder entender esto a la luz del tiempo transcurrido, solo hay que imaginar qué habría pasado si el dictador hubiera hecho fraude, si llega a sacar las tropas a la calle. Sin dudas, la historia del país sería otra y las organizaciones revolucionarias hubiesen tenido todo el respaldo político y moral para luchar".

Mientras Pablo se debatía en conjeturas a la espera de los resultados del plebiscito, en el otro extremo de la ciudad, hacia el sector poniente, precisamente en la población La Estrella de la comuna de Pudahuel, uno de los focos preparados para la "irrupción", Pablito corría entre una y otra casa donde estaban acuartelados alrededor de treinta combatientes del FPMR. En cada una de ellas se ultimaba detalles, se revisaba los fusiles M-16, se terminaba de armar las cargas explosivas, se discutía qué hacer y cómo. Todos eran jóvenes, el promedio de edad no sobrepasaba los veinte años.

Pablito es menudo, de apariencia ligera, ágil, como si aún fuera

el adolescente fibroso de aquellos combates callejeros; su rostro es pausado, sus reflexiones evidencian sus títulos universitarios. Fue concebido durante la última campaña presidencial de Salvador Allende, nació con el Gobierno Popular, y aunque todavía le duele el fracaso, no puede evocar su derrota. Con apenas catorce años comenzó su precoz integración a la lucha antidictatorial en las Milicias de Resistencia, que con visión organizó el MIR desde el inicio de los años ochentas; la noche del plebiscito tenía dieciocho años y era el jefe de un foco poblacional.

–Llevábamos semanas preparándonos, pero como siempre, al final todo se agolpó y ese día trabajamos intensamente. Fue uno de esos momentos cruciales en la vida política, en que los hombres y las organizaciones dan saltos increíbles en su capacidad de organización y de convocatoria.

"En realidad, en los barrios populares se vivía un clima especial, todo lo hicimos con los milicos apostados en sus camiones a escasas cuadras. Apenas se escondían los fusiles y los explosivos cuando los transportábamos hacia la casas de acuartelamiento, corríamos de un lado a otro dando indicaciones, organizando, puntualizando las acciones; ese día y esa noche, sin aún combatir, las calles de la población eran nuestras. Omar era otro jefe de foco de mi zona, estaba en el sector de Carrascal y vivió experiencias similares a las que te cuento".

–¿Tenían suficiente preparación, cantidad de combatientes, instrucción? ¿No había preocupación por la evidente desventaja respecto a los militares y la policía uniformada que estaban en las inmediaciones de la población?

–Indudablemente que nuestras fuerzas combativas no eran nada si se miden en correlación numérica de hombres armados, en la calidad, número y tipo de armamento. La mayoría de nuestros combatientes nunca habían disparado un fusil M-16, y parecían niños contentos cuando, muy sucios con la grasa de conservación de los fusiles, los armaban y desarmaban, mientras otros realizaban ejercicios de tiro en seco.

"La garantía del éxito, porque todos apostábamos a ganar, estaba en la población, en el barrio popular, en todos los barrios y poblaciones de la capital y del país. Nuestra lucha armada solo se desplegaba desde y con el pueblo. En el pueblo la lucha misma se había ganado un espacio, independiente de quién la encabezara, y el Frente, en particular, gozaba de la simpatía de esos sectores populares.

"Lo que hacía el Frente era inédito. Tenía determinado arraigo y prestigio en la población y, sobre todo, en los jóvenes, por su irreverencia, por la osadía en sus acciones, por oponerse a la forma de vivir en las poblaciones bajo la dictadura. Esa noche con nosotros estaban algunos dirigentes vecinales; no eran combatientes, eran nuestro nexo con las organizaciones sociales de la población".

–¿Nadie reparó en que la inmensa mayoría de la gente había votado, que por ahí estaba la solución y no en el enfrentamiento?

–No, yo creo que esa es la historia oficial de la lucha contra la dictadura, que ha olvidado o tergiversado este vital enfrentamiento popular. Todo se reduce al voto en el plebiscito como arma principal. En las poblaciones no era ninguna contradicción estar inscrito en los registros electorales y tener una actitud de pelea igual que en los años previos. La inmensa mayoría de los jóvenes de los sectores populares, como ocurre hasta hoy, no se inscribió ni votó. Una cosa son los partidos que desmovilizaron en la práctica y en sus discursos, y otra es lo que pasaba con la gente común.

"Busca en tu investigación lo que ocurrió el 30 de agosto de 1988. A pesar de que la prensa lo silenció, en casi todas las poblaciones populares se produjeron protestas espontáneas, la gente salió a pelear a la calle con solo el aviso de que Pinochet sería el candidato en el plebiscito. Fue la última manifestación espontánea, nadie había convocado. Esa es la razón de la capacidad latente de lucha en que se afirmaban los planteamientos del jefe [Pellegrin] cuando declaró la política de

Guerra Patriótica.

"En realidad, no había organización con capacidad de convocatoria. Aquellos partidos que la tenían habían renunciado a ella, y el PC, que planteaba exigir la renuncia inmediata del dictador con movilización popular aprovechando el triunfo popular, tampoco tuvo esa capacidad de conducción".

–Y, por fin, ¿qué pasó esa noche, cuando finalmente la dictadura reconoció su derrota en las urnas?

–Yo llamé en varias oportunidades, y alrededor de las nueve de la noche, más o menos, mandaron a parar todo tipo de acción combativa. La gente a esa hora ya había empezado a salir a la calle, pero en onda festiva, a celebrar el triunfo del No al dictador, a pesar de que no se sabían los resultados. Muchos de nosotros no sabíamos qué hacer, no estaba en ninguna variante ese ambiente festivo, de celebración. En un inicio hubo en nosotros un sentimiento de frustración, la preparación había sido intensa y creíamos en nuestras misiones.

"A las diez de la noche, más o menos, el estado en la población era de relajación total, y me dieron la orden de celebrar, de acompañar a la gente en esa fiesta. A esa hora se guardó casi todo el armamento, solo quedaron afuera las escopetas caseras y algunos fusiles en manos de los combatientes más experimentados. Los milicos se retiraron más lejos aún de la población. De todas partes salió gente y se empezaron a juntar, a gritar el triunfo del No. Los milicianos salieron con sus uniformes, gorras y brazaletes, algunos con sus escopetas. A esa hora había gente de todos los partidos.

"Se organizó la marcha en todo el contorno de la población, había mucha euforia, mucha sensación de triunfo. El enemigo se retiró, no provocó. Los milicianos marcharon armados en plena calle. De lejos veíamos a los pacos, parecía que nos estaban cuidando. Estoy seguro que vieron todo aquello, y tengo la certeza que ellos tenían la orden de no reprimir.

"La gente festejaba antes de que la dictadura reconociera su

derrota, y estoy seguro que a nadie le importaba de qué partido eran los milicianos que custodiaban la marcha. Allí se daba una sana promiscuidad militante, a ningún poblador u obrero le interesaba en ese minuto las viejas cuitas entre las diversas organizaciones. Allí, simplemente, se trataba de tener capacidad de conducción y ejercerla".[1]

El Negro Wilson, era Eduardo y jefe de las milicias del FPMR de la zona sur de Santiago en los meses previos al plebiscito. Wilson Rojas Mercado pertenece a la generación intermedia entre los Pablo que han reconstruido hasta aquí este momento de la historia. Nace en Copiapó y es de origen minero, su familia es comunista desde que se fundó este partido. Su formación comunista, al decir de Wilson, "es una cuestión genética".

Apenas se empinó sobre la infancia, ya estaba de bruces en todo aquello en que pudiera colaborar un pionero comunista en los años del Gobierno Popular. Fue natural su militancia en la Jota y no lo enviaron a prisión durante el golpe del 73 porque acababa de cumplir trece años. Toda su instrucción política y conspirativa se la debe a viejos mineros de Copiapó.

Este hombre tenía el mejor perfil para defender la unidad y lealtad al PC, lo conocía no solo por su militancia de siempre, sino por legendarias historias contadas muchas veces en la mesa familiar. No obstante, hasta hoy es un ferviente defensor de su historia en el FPMR y nunca dudó de su decisión de romper con la tradición familiar. La noche del plebiscito encabezó a los milicianos organizados en la zona sur de Santiago.

Wilson Rojas Mercado, que es su verdadero nombre, es inquieto, vehemente y escribe poemas llenos de alegorías y pasiones; aún conserva algunos dedicados a su organización y a Tamara, a quien considera el símbolo mayor del ser revolucionario. Al momento de esta entrevista, hizo un extraordinario esfuerzo para colaborar en la reconstrucción de su historia: sufría las consecuencias de una terrible enfermedad cancerígena.

–Los principales focos nuestros en la zona sur estaban en las

poblaciones en el sector sur oriente, en La Legua, la Castrina, Yungay, Villa O'Higgins, La Bandera, y por sector sur poniente, Villa Sur, La Victoria, Jose Maria Caro, La Dávila y la Santa Adriana.

"En muchas otras poblaciones eran los comunistas los que tenían mayor influencia. Hasta el MIR tenía sus focos donde predominaba. Donde nosotros estábamos la gente participaba abiertamente ayudando a preparar los combates para esa noche. Conocidos comunistas de la población ayudaron a los combatientes del Frente, hasta me tocó ver a señoras bastante mayores tejiendo pasamontañas para los milicianos.

"Todo empezó días antes, con la preparación de la gente; para ello concentré personalmente a los jefes con sus milicianos en las casas de acuartelamiento, haciendo revisión hasta las últimas horas antes de la hora del levantamiento. Claro que hay que considerar que semanas antes realizamos escuelas de instrucción de armamento y enseñamos a utilizar tubos lanzametrallas, explosivos caseros e industriales, lanzacohetes low, fusiles M-16, pistolas, y escopetas hechizas llamadas Tamaras o Víctor. Concentramos todas las fuerzas en Villa O'Higgins, en los límites de Américo Vespucio con Vicuña Mackenna por el norte, hasta Américo Vespucio con Punta Arenas por el sur. Los puntos estaban puestos esperando la orden previa, para lo cual usábamos intercomunicadores personales. Horas antes, con Diego, el jefe logístico de la zona, habíamos organizado y trasladado todo el numeroso armamento; evadimos los controles policiales con gran responsabilidad y usando todas las medidas de seguridad.

"Cuando se suspendió toda la operación, salimos con la gente en la Villa O'Higgins. Recuerdo que al final la población se concentró en unas canchas al lado de Américo Vespucio y Santa Raquel. Los milicianos con sus armas hicieron una especie de formación, rodeados de la gente de la población. Allí mismo Pablo dijo un discurso a los milicianos formados, la gente se incorporó y gritó consignas junto con ellos. Eran cientos de personas celebrando.

Nunca se me ha olvidado que un miliciano que estaba al lado mío me dijo bien despacito: 'Hermanito, yo creo que nos están cagando con este cuento del plebiscito. Siento como que nos están metiendo el pico en el ojo'".

Dos o tres días después de los festejos, Pablo se reunió con Raúl Pellegrin para contarle los acontecimientos; en cada una de las poblaciones en las que el Frente tenía vínculos se había repetido la misma escena, e igual había ocurrido en todos los barrios populares de la capital. Pellegrin reía con cada historia de las distintas marchas en las que el Frente tuvo cierto nivel de organización, y parecía enorgullecerse al escuchar la enorme mística mostrada por los combatientes, que marchaban creyéndose bizarros guerreros uniformados.

Pellegrin parecía deleitarse con los detalles de la noche en que a Pablo no le quedó otra alternativa que improvisar un discurso ante milicianos y pobladores. Pablo no recuerda con precisión el contenido de su discurso, pero sabe que celebró el triunfo como obra del pueblo y llamó a estar alerta ante el nuevo proceso histórico que se avecinaba, en el que estaría toda la herencia dictatorial.

–En realidad, era un especial ambiente de celebración, de consignas –dice–, y no de profundas reflexiones.

–¿Pellegrin te dijo algo de lo que pasaría luego, de los ataques a los poblados rurales que había planificado y realizó apenas dos semanas más tarde, a raíz de los cuales fue asesinado? ¿Alguna señal, alguna reflexión?

–En realidad, nos reunimos en dos ocasiones antes que subiera a Los Queñes. El planteamiento de Pellegrin, en esencia, era que habría continuidad de la dictadura sin Pinochet y, en consecuencia, había que señalar un nuevo camino, que esta "irrupción" del Frente tenía un carácter estratégico para nosotros y los sectores populares. No se trataba de acciones para influir en la coyuntura.

–Hizo especial énfasis en esto de mostrar un nuevo camino, de

sentar las bases de la lucha para el futuro ante la perpetuación del sistema implantado por Pinochet. Habló mucho del ejemplo personal en esta "irrupción". Si estas acciones que realizaría el Frente tenían un carácter estratégico, debían estar todos los jefes principales al frente de ellas.

"Yo no sabía cuántos poblados rurales se tomarían ni dónde, pero pasado el plebiscito, Pellegrin nos dejó claro que las acciones se realizarían igual, sin atender a los resultados de la votación, que podía ser incomprendido en lo inmediato pero no en lo estratégico. Tampoco sabíamos que iría personalmente a una de las acciones, pero insistió tanto en esto del ejemplo personal y del carácter estratégico de las acciones, que todos debíamos suponer que las encabezaría. Después supimos que siempre lo planificó así. Él iría al frente de la misión principal, e incluso había quedado determinado de antemano que Salvador quedaría como jefe de la organización en caso de que a él le ocurriera algo, como efectivamente sucedió".

Golpes al FPMR

Precisamente en los dos años previos al plebiscito del 5 de octubre 1989, el FPMR sufrió los golpes más serios de toda su breve historia. En ese mismo período, el Frente abandonó el PC y la política de Rebelión Popular y asumió la de Guerra Patriótica. Este era un nuevo proyecto de enfrentamiento, "no breve" dice su documento principal, y se desarrollaría tanto en la ciudad como en sectores rurales. El carácter "patriótico" del enfrentamiento lo definía la voluntad de incorporar, de forma paulatina, a la mayor cantidad de sectores sociales y populares de todo el país a la lucha común "por una segunda independencia".

En estos casi dos años de incubación y puesta en práctica del proyecto de Guerra Patriótica, desde inicios de 1987 hasta octubre de 1988, jefes destacados del FPMR, miembros de su Dirección Nacional, militantes y ayudistas fueron detenidos, torturados, encarcelados, asesinados o desaparecidos. Es exactamente en este breve lapso, durante y después de la separación del PC en junio de

1987, cuando el FPMR fue perseguido con el objetivo de destruirlo como aparato militar. No obstante, pasado el plebiscito y en los primeros años de los gobiernos civiles, su neutralización sería principalmente de carácter político.

Estos golpes fueron después de las detenciones relacionadas directamente con Carrizal y el Tiranicidio. Comenzaron en diciembre de 1986 y los protagonizó la CNI. A pesar de su gravedad, no impidieron que Pellegrin y la organización fueran desarrollando sus nuevas concepciones y ejecutaran las últimas acciones espectaculares con el dictador aún en el poder.

El fiscal militar Fernando Torres Silva fue la figura pública principal que dirigió la persecución al FPMR, bajo su mando reunió las más importantes investigaciones y causas a las que estaba sometido el Frente. Nada de lo descubierto respecto a las dos grandes operaciones, el atentado y Carrizal, se había obtenido por sus pesquisas.

Puede haber sido a comienzos de diciembre de 1986, cuando el fiscal Torres, valiéndose de todas sus prerrogativas y formas de coerción, logró dar con una pista determinante. Quien entregó la punta de la hebra fue de nuevo Juan Moreno Ávila, el participante en el atentado al dictador que había entregado a sus compañeros producto de las torturas.

Después de que fueron puestos a disposición de la Fiscalía Militar, los cinco combatientes del atentado al dictador permanecieron largos períodos de estricta incomunicación decretados por Torres Silva. Durante ese tiempo, que duró casi todo el último trimestre de 1986 y gran parte del año siguiente, el fiscal los interrogó con frecuencia. Uno de ellos, Milton, recuerda que a veces, con el consentimiento del gendarme que los custodiaba, los combatientes se hablaban a gritos, aprovechando la cercanía de sus celdas en una galería para incomunicados de la Cárcel Pública de Santiago.

Fue mediante esa forma de comunicación que, después de los primeros interrogatorios, acordaron no decirle absolutamente

nada más al fiscal. Torres Silva no podía arrancarles las declaraciones aplicando torturas físicas, como se habían obtenido las extra judiciales que tenía en su poder, ahora estaban bajo régimen carcelario; el Fiscal debía investigar, interrogar empleando todos los recursos y artimañas que le confería el poder y le indicaban sus cuestionadas normas éticas. El principal y declarado objetivo del fiscal era llegar a la cúpula del Frente, y los antecedentes acumulados hasta entonces no eran suficientes. El organigrama de la organización que desplegaba de vez en cuando y con indisimulada suficiencia ante los interrogados, estaba demasiado incompleto y tenía hasta errores estructurales.

Para el traslado de los detenidos desde la Cárcel Pública a la Fiscalía Militar, se organizaba un espectacular despliegue de recursos y medios de las fuerzas especiales de Gendarmería y los comandos del Ejército. Una vez en la Fiscalía, a la que no siempre asistían todos, pues el fiscal manejaba eso a su entero arbitrio, los detenidos pasaban a declarar de manera independiente. Lo primero que llamó la atención de los combatientes fue que Juan Moreno Ávila, *Sacha,* en algunas ocasiones permanecía con el fiscal más tiempo del que se necesitaba para responder una y otra vez lo acordado: "No voy a declarar; no tengo nada que decir".

En uno de esos interrogatorios, Milton entró a las oficinas del fiscal después de Sacha. Mientras estuvo esperando, se preguntaba: "¿Y qué le pasará a este conchadesumadre que se demora tanto?". Cuando le correspondió el turno, lo dejaron en medio de la habitación sin decirle nada; no era raro que Torres Silva saliera de su oficina cuando entraba uno de los detenidos o permaneciera sentado detrás de su escritorio como ignorando al recién llegado, tal cual hizo en ese momento. El actuario escribía aún, en máquina de teclado tradicional, los párrafos finales de la declaración de Sacha.

Milton se quedó parado, tranquilo, nadie le hablaba, nadie decía nada, nadie lo miraba. En ese momento, para el fiscal y uno de sus custodios, simplemente, no existía. En eso estaba cuando reparó

que ese tratamiento pudo haber sido la razón de la demora del Sacha. Sin nada que hacer, parado e incomodo, se dedicó a observarlo todo con calma, y sin querer, sin premeditar, sus ojos llegaron a las hojas, dos o tres con papel de calco incluido, que colgaban del rodillo de la máquina del actuario.

El secretario, frente a él, continuaba tecleando ensimismado, sin levantar la vista. Aunque la posición de las páginas lo obligaba a leer las palabras invertidas, Milton tuvo tiempo suficiente para hacerlo y fue así como supo que Sacha había hablado de la clínica donde el propio Sacha y Joaquín, el jefe del grupo de la retaguardia y hermano de Milton, recibieron atención médica después del atentado.

Apenas se suspendió el aislamiento y la incomunicación, los demás combatientes fueron informados de estos antecedentes y presionaron con amenazas a Sacha para que confirmara su delación ante el fiscal. En ese momento lo negó todo. Pero lo cierto era que con excepción de los directamente involucrados, nadie sabía el dato de la clínica y de la atención dada allí a Sacha y a Joaquín, los únicos lesionados leves de la Operación Siglo XX, y eso estaba escrito en las declaraciones de Juan Moreno Ávila.[2]

Con los datos que ofreció Juan Moreno, comenzó una sucesión de importantes detenciones de jefes y estructuras del Frente, que se inició en la madrugada del 17 de diciembre de 1986, con los combatientes del atentado aún en manos del fiscal Torres.

En un allanamiento nocturno sorpresivo, la CNI tomó la clínica clandestina del FPMR ubicada en la calle Piacenza número 1218, en la comuna de Las Condes. A Luis Hipólito Melo Mendoza y Gina Cecilia Cerda, miembros del puesto médico que se desempeñaban en la infraestructura, los detuvieron durante el allanamiento; a raíz de éste y como parte de la investigación, corrieron igual suerte el jefe de la clínica, Alejandro Aravena, la doctora Elba Salinas y la enfermera Patricia Herreros.

Los sometieron a torturas durante más de quince días, aun sabiendo que siendo integrantes de un puesto médico, poco o nada

podían conocer de estructuras operativas o armamento. Fueron particularmente crueles con las mujeres.

La excepción fue la doctora Elba, única médico graduada en Cuba que se había incorporado plenamente al trabajo clandestino de la organización.[3] Había salido en 1972 hacia la isla caribeña para estudiar medicina, y desde su regreso, cinco meses atrás, no había podido reencontrarse con nada ni nadie, permanecía casi siempre encerrada porque estaba clandestina e ilegal, usaba documentación falsa. Cuando ingresó a Chile estaba embarazada pero no lo sabía. Esa era la razón que le impedía disfrutar de los olores y sabores criollos, tan esperados y evocados en cerca de quince años de ausencia.

En el momento de su detención ya conocía de su estado de gestación, aunque no sobrepasaba los cincuenta y dos kilos de peso, y en su espigada y siempre delgada figura, que le había ganado el apelativo de la Flaca Elba, el vientre apenas pronunciado podía ser no más que una pobre inflamación pélvica. Sus captores no quisieron creer en su embarazo, pensaron que trataba de evitar las sesiones de tortura, pero los sólidos argumentos de la doctora los hicieron dudar y procuraron un médico de sus filas; este enseguida corroboró el diagnóstico.

Luego de diecisiete días en el cuartel de la CNI en Borgoño, la trasladaron al Hospital San Borja, donde pusieron todo el quinto piso a su disposición por orden del fiscal Torres, quien consideraba a la escuálida parturienta como una "peligrosa terrorista". Las medidas y aspavientos para sus traslados dentro del mismo hospital debido a requerimientos médicos, no se diferenciaban de los aplicados a los combatientes del atentado al dictador. Elba no olvida el afecto de algunos médicos y personal del hospital, que jamás se dejaron presionar por el fiscal. Allí nació su hija el 13 de enero de 1987.[4]

En horas de la tarde del 18 de diciembre, en una calle de la comuna de Ñuñoa la CNI detuvo a Marcelo, segundo jefe del Frente, y a Carlos, otro destacado jefe de la organización, recién

llegado de la Región Central para asumir tareas en la Región Metropolitana. Marcelo debía encontrarse allí con los médicos de la clínica allanada el día anterior.

Los militares no tenían del todo claro a quién debían detener, por lo que es de suponer que solo conocían la hora y el lugar del encuentro, probablemente gracias a que en el allanamiento a la clínica encontraron el clásico "papelito" con los datos escritos en letra minúscula, que casi nunca estaban codificados.

Como ya era costumbre, los agentes de la CNI se apostaron por todos lados, mimetizados de cuanta forma les permitía la calle del operativo. Los dos jefes del Frente no tuvieron tiempo de hacer ni un ademán. No hubo voz de alerta ni conminación a detenerse, mucho menos un "¡alto o disparo!". La inmovilización y neutralización fue súbita, masiva, silente y segura. Después, patadas, golpes y un rápido registro, hecho al inicio con cierta duda, provocada por la compostura de los sorprendidos combatientes. Al revisar la cartuchera de uno de ellos, un agente encontró el consabido papelito amarillo con una anotación decisiva: "*dos sub y dos cargadores*". "¡Estos son!", gritó eufórico en gesto triunfal. Quince días más tarde, el 2 de enero de 1987, fueron puestos a disposición del fiscal.[5]

Torres Silva retomó su trabajo a comienzos del nuevo año y se encontró con las declaraciones extrajudiciales de los dos nuevos detenidos. Intuía que se trataba de gente importante y se adentró con entusiasmo en su papel de investigador. Su estado de ánimo cambió bien pronto.

La declaración de Carlos poco o nada aportaba a sus causas principales, Siglo XX y Carrizal; de ellas, este jefe del Frente no sabía porque hacía muy poco tiempo que estaba en la capital, pero tampoco entregó nada sustancial de su paso por Concepción, donde había sido de los que iniciaron el trabajo en 1980, ni de Valparaíso, donde estuvo hasta su traslado a la Zona Central.

La decepción del fiscal fue mayor cuando leyó la declaración de Marcelo a la CNI; el detenido solo reconocía ser médico y graduado

en Cuba. Era raro, inusual, encontrar tan poco en un documento de ese tipo, pero lo creyó, como antes lo habían hecho los torturadores. Estaba convencido de que los tormentos aplicados por la CNI eran inaguantables.

En verdad, Marcelo aparecía registrado en el primer grupo de becados que pública y legalmente salió a estudiar medicina en Cuba en marzo de 1972. Sus años de carrera como estudiante, y sobre todo, el temple con que mantuvo la mentira, a pesar del ensañamiento de sus verdugos, terminaron convenciéndolos.

Pero Marcelo no había concluido sus estudios, los dejó en el cuarto año, para formar parte del primer grupo de jóvenes comunistas fundadores de la Tarea Militar del PC en 1975; Cabezón le apodaron en la escuela de cadetes. Fue uno de los más laureados jefes de compañía en Cuba; adoptó el nombre de Evaristo en Nicaragua, donde se destacó en la guerra y como asesor en el Estado Mayor en la construcción del naciente Ejército Popular Sandinista.

Nada de esa larga historia apareció en su declaración. Mucho menos dijo que casi todo el Frente estaba bajo su mando, excepto el Destacamento. Si se hubiera quebrado, habría podido entregar desde Pellegrin hasta el último de los combatientes. En el esquema de Torres quedó como jefe sanitario, cargo atribuido por el propio Fiscal debido al vínculo de Marcelo con la clínica y a su condición de "médico". Así lo difundió la prensa del régimen.

Marcelo reconoce que al momento de ser detenido portaba una pequeña libreta de teléfonos con números de ayudistas y colaboradores. En los días subsiguientes, no se supo de ninguna *razzia* de allanamientos que confirmara el uso de aquellos números. Existe la posibilidad de que la CNI haya visitado a esas personas con la intención de obtener información bajo amenaza, sin detener a nadie, dejando a su "objetivo" en su medio natural. Los aparatos represivos emplearon siempre, con extremada cautela, este método de búsqueda y obtención de datos.[6]

Semanas más tarde, la CNI capturó al médico Pedro Martín,

"Honguito", el 15 de enero de 1987, se supone que como resultado del procesamiento de datos sacados a algunos de los miembros de la Clínica Piacenza. Pedro es de la misma generación de Marcelo, pero se había graduado y tenía fama de ser un hábil cirujano, cualidad que demostró en condiciones de campaña durante la lucha irregular en Nicaragua, así como en inhóspitos parajes de la costa caribeña de ese país después del triunfo sandinista. A mediados de 1985 ingresó clandestino a Chile, donde había solucionado desde amputaciones hasta heridas de distinto tipo, además de curar padecimientos diversos.

Del grupo de jóvenes comunistas que integraron el contingente de casi doscientos estudiantes chilenos de todos los partidos políticos que arribaron a Cuba en los años del Gobierno Popular de Salvador Allende, fue el único hombre, entre los graduados como médico, que participó en la lucha clandestina en dictadura.

Aparte de sus proezas quirúrgicas, poco o nada podían sacarle los torturadores a Pedro Martín. Su papel no le permitía conocer más allá del rostro y la chapa del paciente atendido; no obstante, sus captores llevaron la crueldad hasta límites infrahumanos.[7]

El 19 de febrero de 1987, después de un intenso intercambio de disparos con policías y agentes de la CNI, fue detenido en una calle cercana a la desaparecida Rotonda del Paradero 14 de Vicuña Mackenna, Mauricio Arenas Vejas, *Joaquín,* el jefe del grupo de retaguardia en la Operación Siglo XX. El rasgo distintivo del Lobo, como le decían sus compañeros más cercanos, era la intrepidez, una valentía desmedida. Junto a Fernando Larenas, Ramiro y Guido, era una de las figuras principales de entre los iniciadores del FPMR en Valparaíso, y como miembro del Destacamento había participado en casi todas las operaciones más espectaculares del Frente hasta ese momento.

La resistencia que hizo a la detención, enfrentándose a decenas de policías con su arma personal, era la conducta que Pellegrin siempre exigió de los rodriguistas. En los momentos finales, se defendió desde debajo de un viejo vehículo estacionado en una

calle sin salida; varios proyectiles alcanzaron su cuerpo, uno de ellos penetró por la parte superior de la órbita del ojo derecho, sin llegar a romper el globo ocular, y siguió un sinuoso y descendente camino hasta alojarse muy cerca de la columna cervical. Extrañamente, no perdió el conocimiento, y continuó disparando.

Cuando se quedó sin municiones, los agentes y policías se fueron acercando poco a poco al auto. Joaquín giró sobre sí mismo y alcanzó a ver a un policía uniformado que llegó primero y, sin más ni más, le descargó una ráfaga en abanico con la subametralladora. La mayoría de los proyectiles impactaron en numerosas monedas que llevaba en los bolsillos de su pantalón; estas se incrustaron en sus muslos, desgarrando piel y músculos, llegaron hasta los fémures de ambas piernas y los fracturaron. Al verlo inerme e inmóvil, Mauricio supone que lo dieron por muerto.

Joaquín ingresó en estado grave al hospital Sótero del Río, bajo las mismas medidas de seguridad aplicadas a la doctora Elba. A los pocos días, el fiscal Torres lo fue a interrogar a su cama de convaleciente, allí indicó que lo reconociera uno de los médicos de la Clínica Piacenza. Al salir del hospital, el fiscal les aseguró a los periodistas que lo acosaban: "El hombre está bien".[8]

A Joaquín aún no le habían operado las piernas para reconstruir los huesos astillados, los profundos desgarros en los muslos seguían abiertos y tenía un proyectil alojado en la zona suboccipital, que nunca pudo ser removido. Todavía convaleciente lo enviaron al hospital de la desaparecida penitenciaría de Santiago; más de seis meses después, ya recuperado, lo trasladaron a la Cárcel Pública, donde se reunió con el grupo del atentado al dictador.

Informado por los compañeros acerca de las sospechas sobre Juan Moreno Ávila, Joaquín encabezó un nuevo interrogatorio. En esta ocasión, Sacha reconoció su delación y justificó su conducta alegando que el fiscal lo había amenazado con matar a toda su familia si no colaboraba. Los miembros del grupo decidieron pedir

autorización a la Dirección Nacional para ajusticiarlo por "alta traición". Ramiro, jefe directo de este grupo, en ese entonces no formaba parte de la Dirección Nacional.[9] La solicitud fue rechazada por Raúl Pellegrin.

Joaquín y sus compañeros se fugaron de la Cárcel Pública en enero de 1990 por el famoso túnel de cien metros que construyeron unidades del PC. En marzo de ese año llegó a Cuba, donde recibió "ayuda humanitaria", como llamaron los cubanos a la atención brindada a los fugados del Frente, para hacer un claro distingo con la de carácter combativo. Por más que Joaquín insistió, la decisión cubana era irrevocable, no habría ningún tipo de instrucción para el grupo del FPMR que se había evadido de la cárcel.[10] En cambio, recibieron atención médica y recreativa, con las limitaciones propias de un grupo clandestino.

Ninguno de los exámenes médicos que le realizaron a Joaquín reveló que incubaba un cáncer pulmonar. A fines de 1990, partió clandestino a Chile, decepcionado por el corte hecho por Cuba con relación a la preparación y apoyo combativo que, en lo personal, le impedía, como hubiese querido, adquirir conocimientos militares y políticos de mayor nivel. El cáncer que terminó con su vida fue descubierto en Chile entre mayo y junio de 1991; meses después viajó a Argentina con la intención de seguir hacia Cuba para recibir tratamiento médico.

En esta espera y con documentación falsa, murió Mauricio Arenas Bejas en un hospital de Buenos Aires el 12 de octubre de 1991. Los ayudistas y militantes públicos del Frente en esa ciudad, asumiendo todos los riesgos, jugaron un papel principal en la custodia del cadáver y la legalización del fallecimiento.

En la organización, hasta donde ha sido posible investigar, nunca quedó claro cuál fue la causa directa de la captura de Joaquín. El día del enfrentamiento, detectó un "seguimiento" después de salir de una reunión con otros dos miembros del Frente que, sin embargo, no fueron objeto del mismo tratamiento. A los pocos días de su detención, cayó la casa de seguridad donde

se alojaba, y con ella los ayudistas eternos, los amigos que sufrieron las mismas torturas que los combatientes sin tener casi nada que decir ni dato que revelar. Simplemente, había que causarles el mayor daño posible para que nunca más osaran colaborar con el "terrorismo".

Joaquín, gravemente herido, no tenía motivos para entregar a la CNI la dirección de su casa en los primeros días de convalecencia en el hospital. Si al momento de ser detenido no portaba ningún dato que revelara la dirección de su casa, como era la exigencia en un jefe clandestino, todo indicaba un seguimiento previo que comenzó por algún antecedente o información obtenida por el enemigo, hasta ahora de origen desconocido.

Operación Albania

Los días 15 y 16 de junio de 1987 la dictadura ejecutó la mayor matanza de miembros de una organización político-militar en la década de los ochenta. Fue la denominada Operación Albania, en la que fuerzas mancomunadas de la CNI y la Policía de Investigaciones, apoyadas por carabineros, asesinaron a doce miembros del FPMR.

Estos son los datos principales de cada uno.[11]

Recaredo Ignacio Valenzuela, *Benito,* treinta y un años, fundador del FPMR, uno de los nuevos incorporados a la Dirección Nacional del Frente después de la separación del PC en junio de 1977, recién había sido nombrado jefe de Santiago. Asesinado en la calle Alhué, de la comuna de Las Condes, al mediodía del 15 de junio. Lo mas probable es que haya intentado defenderse.

Patricio Ricardo Acosta Castro, veintiséis años, cumplía tareas como instructor. Ultimado a las seis de la tarde del 15 de junio, de manera sorpresiva y premeditada, mientras caminaba por la acera en la intercepción de Santa Rosa con Moscú, en la comuna de San Miguel.

Julio Arturo Guerra Olivares, *Guido,* treinta años, fundador de los originarios de Valparaíso, transitó por diversas responsabilidades como jefe de fuerzas combativas, fue uno de los

participantes del atentado al dictador. Asesinado en la medianoche del 15 de junio en el interior del departamento donde vivía en la Villa Olímpica de la comuna de Ñuñoa. La manera en que murió solo se conoce por las versiones entregadas por sus victimarios.

Juan Waldemar Henríquez Araya, veintiocho años, oficial graduado como especialista en Tropas Generales en Cuba en 1982, participó en la guerra irregular contra bandas contrarrevolucionarias en Nicaragua en 1984, al momento de su muerte era jefe de la escuela clandestina de Varas Mena.

Wilson Daniel Henríquez Gallegos, veintiséis años, estudiante de la escuela clandestina, al que le correspondía el turno de guardia esa noche.

Ambos se enfrentaron a la CNI en los primeros minutos de la madrugada del 16 de junio para proteger la retirada de un numeroso grupo de combatientes que se encontraban en la escuela clandestina ubicada en la calle Varas Mena de la comuna de San Miguel. Logrado su objetivo, escaparon por los techos y patios de las casas vecinas. Perseguidos de cerca, cayeron heridos. Los agentes de la CNI los encontraron, los sacaron a la calle y los asesinaron de inmediato.

José Joaquín Valenzuela Levy, treinta y un años, el de mayor jerarquía entre los caídos, miembro de la Dirección Nacional, graduado de oficial en Bulgaria, jefe de la emboscada al dictador.

Patricia Angélica Quiroz Nilo, veintinueve años, antigua militante y combatiente.

Ricardo Cristián Silva Soto, veintiocho años, jefe de Logística de nivel medio.

Ricardo Hernán Rivera Silva, jefe de unidades combativas de nivel medio.

Elizabeth Escobar Mondaca, veintinueve años; Esther Cabrera Hinojosa, veintidós años, y Manuel Eduardo Valencia Calderón, veinte años. Los tres realizaban labores de aseguramiento e infraestructura.

A estos siete miembros del FPMR los detuvieron en el transcurso del día 15, los llevaron para el cuartel central de la CNI en Borgoño y los mantuvieron allí hasta el amanecer del 16, cuando los trasladaron hacia una casa vacía en la calle Pedro Donoso, en Recoleta, donde los asesinaron mientras yacían amarrados en un escenario preparado para el crimen. A todas las víctimas, repartidas en las habitaciones de la casa, les realizaron múltiples disparos a corta distancia, luego distribuyeron cerca de sus cuerpos armas que nunca poseyeron.

Hasta el presente no se conocen los motivos exactos que dieron origen a esta decisión de aniquilamiento precisamente en ese momento, ni existe una explicación convincente para la irracional saña que ejercieron los agentes de la CNI sobre los cadáveres. Quizás se encuentren algunas respuestas en los antecedentes más importantes ocurridos en torno al FPMR durante los meses anteriores a la llamada Matanza de Corpus Christi, nombre con el cual ha quedado este crimen en el registro histórico de los luchadores contra la dictadura.

Estos son los hechos:

En el verano de 1987, el PC tomó la decisión irrevocable de relevar a la Dirección Nacional del FPMR; en abril la ruptura era una realidad y en junio apareció el documento de la insubordinación de Pellegrin ante el relevo de la Dirección Nacional; las disputas en forma abierta habían comenzado en noviembre de 1986. Fueron ocho meses de frenética conspiración interna, amenazas, enfrentamientos verbales, comentarios de corrillos y, como se vio en el acápite anterior, en ese tiempo la CNI detuvo a numerosos miembros del Frente, por lo que es muy probable que esta situación haya trascendido a los aparatos represivos y las cúpulas del gobierno.

El Papa visitó Chile en abril de 1987 y el FPMR declaró una tregua unilateral. El sumo pontífice conversó con el dictador durante cuarenta y un minutos. Después, en acto multitudinario, escuchó a los oradores populares, cuyo tema principal fue el de la

violencia y la violación de los derechos humanos. Para entonces, los presos políticos chilenos se habían transformado en actores activos de la lucha contra la dictadura, dando a conocer al país y al mundo la realidad de esas violaciones.

A la llegada del Papa, sostenían una huelga de hambre que duraba cerca de cuarenta días para el grupo que la había iniciado, al cual se habían sumado, de forma escalonada, más de cuatrocientos de todo el país. En medio de la visita, y después de involucrase los más diversos sectores sociales a favor de las demandas de los huelguistas, éstos decidieron poner término a la protesta. Habían logrado transformar la huelga en un hecho político nacional, la reunificación de todos los presos políticos en la Cárcel Pública y el cese de la restricción del régimen de visitas.[12]

El 15 de abril el FPMR realizó un asalto simultáneo a nueve radioemisoras locales y a una agencia de prensa extranjera para anunciar el fin de la tregua.

El primero de mayo de 1987 se repitieron las acciones habituales de los trabajadores y sectores populares en poblaciones periféricas, aunque en menor escala que en los años precedentes, y también las del FPMR; el acto principal del CNT por el Día de los Trabajadores se realizó a puertas cerradas en el Teatro Cariola.

"Medio Chile a oscuras", dice un titular de un diario local el domingo 3 de mayo, reportando el derribo de varias torres. El día 7, como era habitual, el gobierno señalaba que había mermado la actividad de los "grupos terroristas". También en esas primeras semanas de mayo se hicieron públicas las fracturas del PC con sectores de su derecha proclives a la inserción en el proyecto de la Concertación.[13]

El 12 de mayo aparecieron sorpresivamente ante los tribunales de justicia Mireya Baltra y Julieta Campusano, dos reconocidas dirigentes del PC que tenían prohibición de entrar al país. Fue una operación político-propagandística del PC encaminada a defender el derecho a vivir en la patria y contra la legalidad de la dictadura.

Ese mismo día, en horas de la noche, una unidad del Destacamento del FPMR realizó un hostigamiento con explosivos y fusiles a un cuartel de la CNI ubicado en José Domingo Cañas, en la comuna de Ñuñoa, el cual, según informes de prensa, no ocasionó víctimas.

La simultaneidad de ambos acontecimientos provocó gran malestar en la dirección política del PC. En su criterio, la acción contra la CNI era el mejor ejemplo de que el FPMR "no consideraba la coyuntura política". Por coincidencia o no, ese día quedaron en evidencia dos formas de hacer política contra la dictadura, que no tenían por qué ser antagónicas.

También el 12 de mayo, en "jornada maratónica", la Junta de Gobierno aprobó la ley que prohibía a la CNI tener lugares propios de reclusión. Al día siguiente, el dictador convocó a una reunión urgente con los principales jefes de seguridad e inteligencia, encabezados por el ministro del Interior. Según trascendidos de prensa, el objetivo fue tratar las acciones llevadas a cabo el día 11 por el PC y el Frente.[14] No era usual que acciones de una relevancia relativa provocaran tal respuesta del dictador. A esas alturas, para moros y cristianos era un secreto a voces que Pinochet sería el candidato en el plebiscito del año siguiente.

En conferencia de prensa celebrada el 11 de junio, el procurador general de la República, Ambrosio Rodríguez, aseguró que el FPMR estaba bajo "absoluto control judicial y policial". Ese mismo día por la noche, dos grupos armados realizaron sendas operaciones de hostigamiento desde los vehículos en que viajaban. Una se efectuó pasadas las ocho de la noche contra un cuartel de la CNI en Camino Loyola de Quinta Normal;[15] en la retirada, el grupo se cruzó con un auto policial, que neutralizaron con disparos de fusil M-16.

El otro grupo, a una hora no precisada lanzó una bomba a una imprenta en Avenida La Paz, ametralló al personal de ésta y provocó heridas graves a cinco de ellos.[16] Únicamente la prensa señala al Frente como ejecutor del atentado; no he podido

encontrar información que indique quién lo realizó y por qué.[17]

Cuatro días más tarde, ocurrió la Matanza de Corpus Christi. El plan, la forma en que se organizó y el método empleado en su realización, fueron investigados, y en alguna medida aclarados, por la justicia chilena bajo los gobiernos civiles. Los autores materiales principales están convictos y confesos.

La investigación se realizó con interrupciones, después de doce y quince años de ocurridos los hechos, con infinitas trabas y resistencia de parte del Ejército. Durante el largo proceso, los inculpados cambiaron sus declaraciones; primero desconocieron o tergiversaron sus actos, y después, gracias a la tenaz labor de los familiares de las víctimas, los abogados querellantes y el propio ministro a cargo del caso, "reconocieron" cada uno su papel en la operación. Pero según dijeron ellos mismos, fueron la Fiscalía Militar y sus abogados quienes orientaron y armaron las declaraciones en las distintas etapas del proceso, lo que pone en tela de juicio la veracidad de éstas. No obstante, en la causa existen antecedentes que merecen ser considerados.

La operación fue masiva; participaron, concertadamente, todo el personal del cuartel central operativo de la CNI, con sede en Borgoño; una Unidad Antiterrorista (UAT) radicada en La Reina, y la Brigada Investigadora de Asaltos (BIA) de la Policía de Investigaciones. Las dos últimas solo podían ser movilizadas por el director de la CNI.

El juez a cargo del proceso demostró en múltiples acápites que una orden de "neutralización" del Frente nació del director de la CNI, el entonces brigadier general del Ejército Hugo Iván Salas Wenzel.

El carácter de la misión de aniquilamiento, el modo de proceder de la CNI desde su creación, la verticalidad en el mando de esta estructura represiva, cuyo director solo se subordinaba a Pinochet, según demuestra la historia de ese organismo y se corroboró en varias partes del proceso, apuntan al mismo dictador como el principal autor intelectual del crimen.

No obstante, se condenó al director de la CNI como la máxima autoridad de la que emergió la decisión. Este no solo negó su autoría, sino que alegó desconocer los hechos imputados, con lo cual quedó cortada jurídicamente la cadena de mando que permitiría llegar al origen mismo de la decisión.

Kranz Bauer, el jefe de la Brigada Verde,[18] unidad operativa encargada del seguimiento al FPMR y al PC, debía encabezar la operación para aniquilar a los siete detenidos en la casa de Pedro Donoso. Aseguró haberse negado a cumplir la orden del mando superior, lo que corroboraron las declaraciones de otros agentes y la de su propio jefe. En su lugar, la operación la habría conducido un empleado civil de la CNI, secundado por un oficial del ejército, ambos fallecidos años antes de iniciarse el proceso.[19]

En las declaraciones del jefe de la Brigada Verde, se insinúa cuál habría sido la razón política y militar de la matanza. Este oficial aseveró que una semana antes de los hechos entregó datos relativos a un peligroso crecimiento de miembros del FPMR, que estos llegarían a quinientos y podían estar preparando acciones terroristas de envergadura. Después de esa información, dijo, llegó la orden del mando superior de "neutralizar" al Frente, principalmente a "los jefes más importantes".

En el proceso no se aportaron elementos que avalaran esas afirmaciones. Sin embargo, de ser ciertas, indicarían que el seguimiento y control de los miembros del Frente se realizó por largo tiempo, como parecen corroborarlo declaraciones de varios subordinados del mencionado jefe; uno de ellos, en particular, testificó que había seguido durante meses a Recaredo Ignacio Valenzuela. Al parecer, no existía un conocimiento preciso de cada uno de los chequeados, porque algunos miembros de la CNI se opusieron al aniquilamiento inmediato de los detenidos el día 15 con el interés de poder investigar.

En sus declaraciones, los procesados de mayor jerarquía acusaron, sin ninguna duda, al director de la CNI como la persona que ordenó la matanza. Los demás alegaron que habían cumplido

estrictamente órdenes de carácter militar. Tanto unos como otros, en su inmensa mayoría, responsabilizaron a agentes ya fallecidos de ser los principales conductores y ejecutores de los crímenes y del ensañamiento contra los cadáveres en la casa de Pedro Donoso.

Quince de los veintiséis acusados fueron sentenciados, cinco con penas carcelarias y el resto con prisión vigilada, fuera de los recintos penales, por recibir condenas de cinco años y un día o menores. Entre los primeros están el director de la CNI,[20] el único que recibió cadena perpetua; el comandante de Borgoño, Álvaro Corvalán, condenado a quince años, y su segundo, Iván Quiroz, a diez años. De los once absueltos, el caso emblemático es el jefe de la Brigada Verde. Los malos de la película editada con las declaraciones hechas por los acusados de la Operación Albania son los dos agentes de la CNI que habían muerto antes de realizarse el proceso.

Es sabido que la *vendetta* fue práctica cotidiana de todos los órganos represivos, y la Operación Albania no fue la excepción. En una de las reuniones de coordinación previas, el segundo jefe del cuartel de Borgoño incitó a sus subordinados a ejercerla, diciéndoles que esa sería su oportunidad para hacerlo.[21]

Otra de las fuerzas que participaron en la operación, la Unidad Antiterrorista, estaba formada por comandos del ejército del mismo tipo y escuela de los caídos en la emboscada al dictador. Milton recuerda que en los momentos en que el fiscal Torres reconstruía ese hecho, ocurrido nueve meses antes de la matanza, los comandos de esta unidad encargados de darle seguridad al procedimiento, siempre que estaban cerca de ellos los amenazaban de muerte verbalmente delante de todos los presentes.

En ninguna parte aparece cuál fue el trato que recibieron los siete detenidos mientras permanecieron en el cuartel de Borgoño. El jefe de la Brigada Verde declaró que no había habido tiempo para realizar los interrogatorios.

Los informes de las autopsias permiten conocer que todas las

víctimas presentaban disparos recibidos después de su deceso, y los que les provocaron la muerte fueron hechos a corta distancia. José Joaquín Valenzuela Levi y Ricardo Cristián Silva Soto tenían lesiones que los médicos no pudieron asegurar si fueron hechas al momento de ser asesinados o antes. En estos informes aparece que José Joaquín Valenzuela tenía dieciséis impactos en todo el cuerpo, siete de ellos repartidos entre ambos ojos, el resto del rostro y el cráneo;[22] Ricardo Cristián Silva, diez impactos, no se precisa su distribución; Patricia Quiroz: once, uno de ellos en la cabeza; Ricardo Hernán Rivera, múltiples impactos, no se precisa cantidad ni distribución; Elizabeth Escobar: trece, solo uno en el cráneo; Esther Cabrera, cinco; Manuel Eduardo Valencia: múltiples impactos, sin precisar la localización.

En la Operación Albania hubo sobrevivientes. Dos combatientes o jefes se escaparon de casas allanadas el día 15, una cercana al cerro San Cristóbal y otra en la calle La Quena, en Las Condes. De la escuela clandestina de Varas Mena, alrededor de diez combatientes alumnos lograron evadir el cerco, formado por tres anillos de control, que habían tendido centenares de militares de la CNI, policías civiles y carabineros.

Héctor Figueroa Rojas, segundo jefe de la escuela y participante en el atentado al dictador, ayudó a salir por los techos y patios del vecindario a Cecilia Valdez, joven de la infraestructura legal de la casa, que tenía con ella a su pequeño hijo. Pudieron traspasar los primeros cercos pero en el último control, bastante lejos de la escuela, policías uniformados los detuvieron; estuvieron muy cerca de creer que eran un matrimonio que llevaba a su hijo al hospital.

Héctor contó tiempo después en la cárcel que pudo haber salido de la escuela como los demás, el haber ayudado a salir del área a Cecilia con su pequeño hijo por patios y techos retrasó su desplazamiento. No pudo abandonarla a su suerte. Ella siempre ha reconocido que le debe a Héctor su vida y la de su hijo.[23]

El otro sobreviviente fue Santiago Montenegro, jefe intermedio

del Frente y en ese momento alumno, quien fue herido al intentar abandonar la casa y capturado por carabineros. Para entonces, tenía historias acumuladas en el Frente, había sido subordinado de Moisés Marilao,[24] y guardado prisión años atrás en Temuco.

–En realidad, la escuela era más política que otra cosa –afirma Montenegro–. Los alumnos, en general, eran muy jóvenes, casi todos menores de veinte años; solo había una mujer, también muy jovencita. Eran militantes de base del TMM de la Juventud Comunista, de las Milicias y del Frente. Allí lo que más se estudió fue el contenido del Trabajo Político Rodriguista y las nuevas estructuras territoriales del Frente, su organización, dirección y mando.

"Aunque llevábamos cinco días en la escuela, los alumnos aún no sabíamos del conflicto del Frente con el PC".

–¿No se percataron de nada inusual antes del allanamiento?

–Desde las nueve de la noche, más o menos, nos dimos cuenta de que la CNI vigilaba la escuela. En algún momento llegó Waldemar, y ya sabía lo que pasaba afuera. Él se fue a meter a la escuela sabiendo que habían matado a los compañeros y que la zona estaba infestada de CNI. La noticia de la muerte de los compañeros asesinados ese día la dio la Radio Cooperativa.

"El jefe revisó con nosotros el plan de evacuación y consultó a todos si salíamos en ese mismo momento o esperábamos el amanecer. Se concluyó que nos iríamos en la madrugada del día siguiente. Todos nos acostamos vestidos.

"Había una señal de alarma, que creo que la dio el propio compañero Héctor. La casa era más bien chica, la salida era por el fondo, por el techo, por una plancha de plástico transparente que estaba en el fondo del patio. Cuando la CNI tiró un vehículo contra el portón, yo sentí clarito el Fal disparado por Waldemar. Sonaba fuerte y diferente a toda la infernal balacera; eso me impresionó y me dio confianza.

"Sacaron la plancha y todos salieron por ese hueco. Cuando asomé la cabeza, sentí un golpe duro y caí, fue un proyectil que me

dio en la cabeza. Me paré y me di cuenta que seguía vital, que todo me funcionaba. Entonces ayudé a otros a salir y subí de nuevo. Era una balacera increíble, nos ayudaron los desniveles de los techos y el hecho de que la CNI no se acercó al lugar por donde salíamos.

"Me había alejado bastante cuando me detuvieron los carabineros. Hasta allí llegó el propio Álvaro Corvalán con la intención de llevarme. El oficial de carabineros que me detuvo se negó y me mandó al hospital Barros Luco. Al rato de estar allí llegaron los ratis [Policía Civil de Investigaciones] y me sacaron del hospital".[25]

¿Cuál es realmente el fondo de la Operación Albania? ¿Por qué mataron a jóvenes ayudistas y colaboradores sin historia militar o política en la organización? ¿Por qué el ensañamiento con todos, y en particular con Valenzuela Levi, jefe del atentado al dictador, si declaran que no conocían tan relevante antecedente? Si lo sabían, ¿por qué no lo mostraron como un triunfo y provocaron un impacto mediático? ¿Por qué la decisión de neutralizar al FMPR, de aniquilarlo, se materializa precisamente en junio de 1987?

El entonces comandante de Borgoño, Álvaro Corvalán, expresó textualmente en sus declaraciones que en ese momento el Frente era la organización que representaba el mayor peligro para la seguridad del Estado. Para esa fecha, además, Pinochet ya estaba seguro de que el atentado había sido obra del FPMR.

Por otra parte, en ese mismo año el dictador debía desatar y consolidar la campaña que lo llevaría a "triunfar" en el plebiscito del año venidero; en múltiples ocasiones, había manifestado la firme voluntad de "proyectar" la obra de su gobierno para la siguiente etapa 1989-1999. También todos los partidos de la oposición estaban a la expectativa o se preparaban para la participación en el referéndum independiente de críticas, exigencias, matices, plazos y fórmulas de realización.

Aunque a mitad de 1987 el FPMR vivía los instantes de mayor complejidad, se encontraba en medio de la separación y muchos de los hombres sumidos en la discordia estaban lejos de tomar su

rumbo, aún era una real inquietud para ese escenario electoral y el proyectado plebiscito. El Frente era la incomodidad, la preocupación de qué podría hacer una organización que hasta ese año todavía mantenía capacidad combativa y prestigio y arraigo en vastos sectores populares, principalmente en la juventud estudiantil y poblacional. O como señala Pablito, el adolescente guerrillero urbano devenido en intelectual, "el enemigo vio el riesgo estratégico en el Frente, cuando aún existía en el pueblo demasiada rabia acumulada".

No menos consideración merece entre las posibles causas de la matanza, la compulsiva necesidad de venganza del dictador y sus comandos. Es imborrable la imagen de Pinochet la noche del atentado, cuando con voz aún temblorosa mostraba los múltiples impactos en las ventanillas de su blindado. Eso no podía quedar así. La respuesta del dictador fue instantánea, pero ninguno de los cuatro asesinados la noche posterior al atentado pertenecía al Frente. Había sido un grave error, todo indicaba que no tenían muchos datos de la organización.

Para mayor contrariedad del dictador, los cinco del atentado detenidos por la BIA y los logísticos presos hasta ese momento insultaban o ignoraban al fiscal Torres, ridiculizando toda la pompa que este intentaba darle a sus pesquisas. El golpe a los aseguramientos médicos, según la probable apreciación del dictador, había sido solo eso, golpe a los aseguramientos y no a las fuerzas principales; nunca supieron que entre ellos estaba el segundo jefe del Frente. Por último, la caída de Joaquín, a pesar de significar un sensible golpe para la organización, había dejado en alto su prestigio por la forma en que se enfrentó a las fuerzas del régimen. Y Joaquín, además, había quedado vivo.

Así entonces, las razones que impulsaron a la Matanza de Corpus Christi pueden haber sido desde elaboradas y elevadas consideraciones de política estratégica, hasta consecuencia de uno de los más primitivos sentimientos humanos, la venganza. Es lo más probable que en el transcurso del frío proceso para la toma de

la decisión política de aniquilar, se fuera intercalando con vehemencia la necesidad de vengar.

* * *

Al amanecer del 16 de junio, el mismo día de la masacre en la calle Pedro Donoso, Óscar amaneció muy preocupado, algo sabía de los enfrentamientos divulgados la noche anterior. Salió temprano de la casa, estaba preocupado por la ausencia de noticias de Patricia Quiroz, su compañera en los últimos tiempos. Atravesó Santiago de sur a norte para ir a la casa familiar de toda la vida. Allí podía estar la Paty, la había buscado insistentemente todo el día anterior, no estaba en ninguno de los lugares que frecuentaba.

Desde que supo que su compañera estaba embarazada, lo embargaba una ansiedad molesta, constante, mayor a la que siente todo hombre sometido al agobio permanente de la lucha clandestina. Su hijo en ese momento debía ser un diminuto embrión de tres a cuatro meses de formación.

Cuando se bajó de la locomoción colectiva en Recoleta con Pedro Donoso, enrumbó por esta última en dirección hacia su casa familiar. Antes de llegar a ella, en la misma calle, estaba la de su hermana, quien, como era la costumbre por esos años, se había casado con un hombre nacido y criado en el mismo barrio popular. Hacía tiempo que no entraba a ella, solo lo había hecho en las ocasiones que debió conseguir la de al lado, que pertenecía a familiares de su cuñado. Allí, durante años, organizó reuniones clandestinas, pero desde que la vivienda estaba "quemada", por precaución dejó de utilizarla.

A medida que se fue acercando a la casa de su hermana, notó el gran movimiento de vehículos y policías en los alrededores. No sabe por qué, sintió un miedo enorme y de inmediato pensó que algo podía haberle sucedido a la Paty. "¿Por qué mierda no llegó a la casa?", se repetía mentalmente mientras apuraba el paso y se acercaba a la vivienda, que parecía ser el centro de atención de los policías de civil y uniformados dispersos por doquier en pequeños

grupos.

Ninguno lo detuvo, ninguno le preguntó nada. Con su temple habitual, caminó entre ellos con paso seguro, sin prestarles atención, repitiéndose, una y otra vez, "¿Por qué mierda no llegó a la casa? ¿Por qué mierda no llegó a la casa?". Unos pasos más y estaba frente a la puerta de la vivienda "quemada", la contigua a la de su hermana; allí, al parecer, estaba concentrado todo el movimiento policial. Conocía la casa al detalle, muchas veces había organizado planes de evacuación para los participantes de las reuniones.

El Negro Óscar, como le llamaban sus compañeros, es de esos hombres modestos y sobrios, más bien callados, muy lejos de los jactanciosos de la pistola que poco a poco se iban haciendo notar en el Frente. De origen humilde, era parte de la organización desde su misma creación y había participado en múltiples acciones combativas. Ese día, como ya era habitual, andaba bien vestido, con un atuendo convencional. Una "parca" sobria, el pelo siempre corto y lentes ópticos falsos lo hacían pasar casi inadvertido para las fuerzas de seguridad.

Su historia hay que arrancársela con infinita paciencia, con mínimos vocablos y con una lentitud que exaspera va hilvanando los recuerdos donde cada frase parecía ser la última. En realidad nunca ha querido recordar.

Entró a la casa atestada de policías como uno más. No es que se lo propusiera, no premeditó nada en absoluto, simplemente entró, caminó y fue mirando las habitaciones una a una, tal cual lo hacían decenas de policías y militares que se movían nerviosos, entrando y saliendo de la vivienda como parte de la preparación de la escena del crimen o por pura curiosidad morbosa.

No recuerda con claridad ningún detalle, solo tiene la imagen de la Paty muerta en el suelo, con el pelo desordenado cubriéndole el rostro a medias y la sangre a su alrededor. No gritó ni hizo ademán alguno, quizás se lo impidió el golpe que sintió en medio del pecho o en la garganta o no sabe dónde, un dolor difuso y opresivo que lo

acompañaría por muchos años.

Salió tal cual entró, nadie lo paró, ninguno de los policías, que cuchicheaban entre sí, le dijo nada. Caminó despacio hacia la casa de su niñez, sin verificar si lo seguían, sin pensar en nada, solo sentía aquel dolor indefinible en todas partes, como empeñado en aferrarse a su garganta.

Entró, buscó en un escondrijo un viejo revólver de nuez que tenía guardado, no recuerda si lo revisó antes de enfundarlo en su pantalón, y se encaminó, resuelto y enajenado, a la casa donde estaba la Paty. En su mente se veía disparando a la multitud de policías uno tras otro; aparecían más y más, y a todos los aniquilaba. De pronto, un fino hilo de cordura se interpuso y le salvó la vida; reparó en el absurdo, solo tenía seis balas en el viejo revólver.

Dobló en cualquier dirección, siguió caminando, y en algún instante que no sabe precisar, encontró de sopetón un vehículo policial detenido en la calle, con su conductor al volante. Sin meditar, avanzó disparando hasta que se le agotaron los proyectiles, el hombre murió pocos días más tarde.

Tampoco planificó, como él sabía hacerlo, el ataque a dos policías uniformados que custodiaban la casa donde habían asesinado a la Paty y sus compañeros. Cuatro días después de la matanza, regresó por la noche al lugar. Caminó por la calle Pedro Donoso, se acercó sin ningún alarde a la vivienda, y apenas llegó le disparó a boca de jarro a la pareja, que portaba sus metralletas de servicio. Los policías cayeron, pero los chalecos antibalas cumplieron su cometido y solo quedaron heridos. Uno de ellos se levantó y lo persiguió disparando. Él también corrió, dobló en la esquina siguiente, se detuvo para cargar el revólver, giró sobre sí y se enfrentó a balazos con el policía, quien, según la prensa de la época, quedó gravemente herido. El Negro Oscar se fue caminando.

Pasados cuatro días, el miércoles 24 de junio, lo detuvieron en su casa de seguridad. Fue una "ratonera" preparada por la CNI.

Como si supieran que el Negro Óscar estaba ansioso por un encuentro con ellos, sin importarle para nada el peligro, numerosos agentes le cayeron encima y no lo dejaron ni siquiera levantar la mano para sacar su revólver. La CNI podía detener sin riesgo para sus agentes si se lo proponía, si se lo ordenaban. Óscar estaba "chequeado" junto a todo el grupo de la Operación Albania y se les había escapado.

Lo torturaron durante diez días. Fue juzgado y condenado a largas penas de cárcel por la muerte del policía civil, los últimos ataques a cuarteles de la CNI y los carabineros heridos. Junto con él cayeron numerosos colaboradores y ayudistas personales o de la organización, que salieron en libertad en plazos breves.

En enero de 1990, el Negro Óscar se escapó de la Cárcel Pública por el conocido túnel de los cien metros junto a casi todos los procesados por el fiscal Torres. Desde entonces vive fuera del país.[26]

* * *

Durante la última quincena de junio y parte del mes siguiente se hicieron sentir las consecuencias más inmediatas de la Matanza de Corpus Christi. Los desórdenes y manifestaciones comenzaron en los funerales de las víctimas. Estudiantes de la Universidad de Chile y miembros de diversas organizaciones políticas provocaron los mayores enfrentamientos con la policía. En los días subsiguientes, en varias poblaciones se produjeron enfrentamientos con policías uniformados y de investigaciones.

"Pobladas atacan a policías", "Serie de ataques en diversas poblaciones contra vehículos policiales y militares", "Atacan a subcomisaría de carabineros", "Hallan rockets frente a La Moneda", "Balean a carabineros y detectives", "Desmanes y enfrentamientos en barrios populares", "Recrudece acción terrorista", son cintillos de prensa de ese momento.[27]

Organizaciones de Derechos Humanos, familiares de las víctimas y la escasa prensa crítica a la dictadura, de inmediato descubrieron el montaje y pusieron en duda el informe de la CNI

sobre lo ocurrido en la Operación Albania. "Fue una masacre", aseguró Andrés Domínguez, coordinador de la Comisión Chilena de Derechos Humanos, apenas tres semanas después de los hechos, y demostró con datos las contradicciones e incongruencias de la CNI, desafiando abiertamente la veracidad de la versión oficial.[28]

El ministro del Interior, Ricardo García; el secretario general de Gobierno, Francisco Javier Cuadra; el ministro de Defensa, vicealmirante Patricio Carvajal, y el director de Investigaciones Ricardo Paredes, fueron los que con mayor énfasis y convicción avalaron y defendieron públicamente a la CNI, que habría actuado cumpliendo con su deber, y fustigaron con acritud a todos aquellos que ponían en duda las actuaciones de los "organismos de seguridad".[29]

El 22 de junio, el gobierno convocó a otra "reunión de coordinación de seguridad extraordinaria", a la que asistieron los principales responsables de las instituciones afines. La situación de seguridad lo ameritaba y la respuesta de la dictadura contra los sectores populares no se hizo esperar. A partir del primero de julio, esas fuerzas de seguridad realizaron múltiples allanamientos a poblaciones populares, principalmente donde se habían producido los desórdenes y, con mayor rigor, donde se había atacado los cuarteles y vehículos policiales.

Los allanamientos, como siempre, fueron violentos, vejatorios y empleando el procedimiento de cercar el sector seleccionado para aislarlo. Esa vez hubo una particularidad, los represores llevaban listas, y las inspecciones más profundas y brutales fueron contra quienes aparecían en ellas. Según dirigentes poblacionales, los nombres correspondían a dirigentes de base de las múltiples organizaciones sociales de los barrios populares.[30] El ministro del Interior aseguró que los allanamientos no eran masivos, sino "operaciones encargadas con los objetivos específicos de encontrar elementos destructores en la población".[31]

En ese instante no hubo preocupación, al menos que reflejara la prensa, acerca de dónde y cómo se hacían esas listas. Al momento de redactar este trabajo, trascendía que la DINE (Dirección de Inteligencia del Ejército) mantenía en esos años agentes infiltrados en los barrios populares para identificar a los principales dirigentes de base opositores al gobierno de la dictadura, y fue este organismo, que también participaba en las reuniones de coordinación de los aparatos de seguridad dirigidas por Pinochet o su ministro del Interior, el que le entregó a la CNI, apenas dos meses más tarde, la ubicación de cinco miembros del PC y del Frente, en una maniobra relacionada con el secuestro del coronel Carlos Carreño, ocurrido el primero de septiembre de 1987. La CNI los asesinó y después los lanzó al mar con rieles atados a los pies.[32] Esta información permite inferir de dónde habían salido las listas que portaban los militares y policías en los allanamientos.

El estado de agitación duró poco. En realidad, buena parte de él fue debido a reacciones espontáneas de la población. Solo las acciones en que se utilizaron lanzacohetes con mecanismos de relojería, que fueron fallidas, los ataques a cuarteles y el derribo de unas torres en Temuco parecen haber sido realizados por unidades del FPMR. Lo demás lo hicieron milicias y pobladores que actuaron de forma espontánea, sin que ningún partido los convocase.

Las acciones solitarias del Negro Óscar, sin querer, ayudaron a fomentar el clima que alarmó a los responsables de la seguridad en el país, así como los fuertes enfrentamientos que, de forma coincidente, protagonizaron los estudiantes secundarios y universitarios en todo el país al reclamar por reivindicaciones sectoriales.[33]

* * *

Desde el golpe de Estado en 1973, septiembre es un mes emblemático, tanto para defensores como opositores de la dictadura. En ese mismo mes, pero del año 1987, el FPMR recién

llevaba tres meses de separación efectiva del PC, y había transcurrido el mismo tiempo desde la Operación Albania. Para cualquier analista, incluso para los mismos combatientes, era poco probable que la organización pudiera asestar algún golpe significativo a la dictadura en su fecha fundacional.

En esos momentos, Pellegrin impulsaba la reestructuración de la organización intentando volcarla hacia lo "territorial". Eran las primeras manifestaciones del "*rediseño*", había que vincular los grupos operativos con los focos poblacionales y dar un impulso manifiesto a las milicias rodriguistas, que debían convertirse en un referente de masas combativo.

Como parte de los mismos ajustes, los miembros del Trabajo Político Rodriguista, área encargada de la propaganda y difusión, en la que siempre trabajaron numerosas mujeres, debieron abrirse a un nuevo terreno: *vincularse con las organizaciones de masas en los barrios y organizaciones sociales de todo tipo*. Eran los primeros pasos para dejar de ser un aparato ultra clandestino. Pellegrin apostaba a que por ese camino se podría sustituir el inagotable colchón de masas populares con que contaba en tiempos del PC.

Pronto el Frente intentó crear sus propios órganos de masas no combativos. *Juventud Patriótica* se llamó una organización estudiantil pública y el *Movimiento de Dignidad y Justicia* fue creado en el ambiente de los Derechos Humanos y los presos políticos. El FPMR debía tener una cara pública. Roberto Torres, el conocido vocero público del Frente en el exterior en los primeros años de la organización, fue el hombre de la Dirección Nacional que condujo este trabajo en el país.

Una sola estructura del FPMR no participaba de todo este trastorno impulsado por su jefe, se trataba de las Fuerzas Especiales o Destacamento, como indistintamente se le conocía a la reserva combativa de la organización, que para muchos siempre fue un enigma; era manejada con un alto grado de compartimentación por Pellegrin. Nunca fue una estructura numerosa, tres grupos reducidos más la Infra y la exploración

completaban una cambiante y reducida nómina. Ramiro fue su jefe principal, y la condujo con rigor y severidad. Era de los jefes que no toleraban titubeos ni preocupaciones mundanas ajenas a la organización y sus misiones. Eficiente y minucioso, no dejaba escapar detalle en la planificación, organización y realización de una acción combativa.

A mediados de julio o inicios de agosto debe haber sido la fecha en que Pellegrin decidió el empleo de esta fuerza en una acción de propaganda armada; estaba en medio de ese cuadro de desmovilización política, golpes de la CNI, ajustes internos y las frescas secuelas de la separación del PC. Esa acción fue el conocido secuestro del coronel Carlos Carreño, un oficial del área de logística, de bajo perfil, pero vinculado a la construcción y comercio de armamentos del ejército.

El secuestro se realizó el primero de septiembre de 1987, y el coronel fue liberado sano y salvo el 2 de diciembre en la ciudad de Sao Paulo, en Brasil, después de permanecer tres meses en poder del FPMR. Extraordinaria acción de la cual se ha especulado en extremo, llegándose a elaborar rebuscadas teorías de conspiraciones sobre oscuros negocios de la dictadura relacionados con la ventas de armas en el exterior, en las que el Frente habría sido una marioneta teledirigida, tal cual pieza sin voluntad en una partida de ajedrez de alto vuelo que no podía comprender.

Que esta "propaganda armada" fuera un secuestro y no otro tipo de acción que cumpliera idéntico propósito político, fue una decisión técnica, operativa, de posibilidad y capacidad de la organización. Cualquier otra operación, de acuerdo con la experiencia adquirida, requería el empleo de numerosos combatientes, grandes recursos y medios, con el consiguiente aumento de posibilidades de enfrentamiento. Era el caso de la toma simultánea de radioemisoras y agencias de prensa, o asalto a camiones de alimentos, como se había realizado en más de una ocasión.

Toda acción de "propaganda armada" tiene como objetivo principal una razón política, y esta no fue una excepción. La razón de fondo está en la realidad misma que vivía el FPMR a mediados de 1987 y en la actitud y forma de actuar de Pellegrin y del Frente en general. Irreverencia y audacia que desconcierta, inconformidad y sorpresa en un intento por desorganizar el cuadro de normalidad necesaria para la salida pactada. Perseverancia en la voluntad de luchar contra la dictadura y denunciar a una oposición entre vacilante y entregada. Buscar de alguna forma la expresión de sectores populares. Demostrar la capacidad y existencia del Frente en tan complejos mementos. Esos y no otros fueron los objetivos de esa "propaganda armada" y están en las demandas exigidas en sus primeros comunicados.

Guillermo Díaz, entonces jefe de Fuerzas Especiales Rurales, miembro de la Dirección Nacional y uno de los jefes de la Infraestructura de Pellegrin, aportan elementos que ayudan a comprender esta historia.[34]

La Dirección Nacional no había sufrido grandes cambios después de la separación del PC; con excepción del jefe del Trabajo Político, todos sus miembros se mantuvieron en el Frente. Las únicas incorporaciones habían sido Recaredo Ignacio Valenzuela, como jefe de las estructuras en la capital, y José Joaquín Valenzuela Levy, el jefe del atentado al dictador.

Esta Dirección Nacional continuaba siendo una estructura eminentemente ejecutiva, con más rasgos de jefatura que de órgano de dirección política, obligada más por los apremios del momento que por la voluntad de sus participantes. Todos sabían que enfrentaban una nueva etapa, en la que el hacer política se transformaba en una necesidad vital.

Nunca antes, ni entonces, los miembros de la Dirección Nacional participaron en la selección y discusión del tipo de "propaganda armada" que se realizaría. Siempre se actuó con rigurosa compartimentación en las acciones de este tipo. La selección de la misión se hacía en reuniones en las que deben de

haber participado un reducido número de jefes, entre los cuales, para esta operación en particular, el peso principal recaía en Pellegrin y Ramiro. Cuando esas acciones se iban a llevar a cabo, al resto de miembros de la Dirección Nacional apenas les llegaba un aviso de no moverse, de no interferencia, de resguardo y cuidado para una fecha precisa, casi siempre con escasos días de anticipación. No se decía más, ni lugar ni hora ni de qué se trataba.

Casi siempre fueron los miembros del Destacamento quienes seleccionaron sus objetivos. En esta ocasión no hubo excepción. El que dirigió el grupo que realizó la captura fue un destacado jefe de mandos medios a quien todos conocían por Dago. Había sido trabajador de la empresa Fábricas y Maestranzas del Ejército (FAMAE) y mantenía vínculos con familiares que laboraban en esa institución, donde trabajaba el coronel Carreño al momento de ser secuestrado.

El 9 de marzo de 1988, en la prensa apareció su identidad real, junto a declaraciones del fiscal Torres que lo acusaban de ser el jefe del grupo que realizó la operación.[35] Dago en realidad se llamaba Bernardo Mendoza Morales y años más tarde, en no pocas ocasiones, contó a sus más cercanos compañeros detalles de la custodia de Carreño, al cual él mismo seleccionó como un objetivo fácil de secuestrar. De imponente fortaleza física y fumador empedernido, este destacado jefe del Frente murió de un infarto masivo en 1992 en la ciudad de Sao Paulo, mientras jugaba fútbol con un grupo de sus compañeros.

El Frente hasta ese momento había realizado tres secuestros de alguna trascendencia, todos con idéntico propósito propagandístico: un reconocido periodista del diario *La Nación,* a fines de 1985; el cabo primero de carabineros Germán Obando, en abril de 1986, y el teniente coronel Mario Haeberle, jefe de protocolo de la Guarnición de Santiago, en agosto del mismo año. Ninguno estaba relacionado directamente con la represión, no tenían guardias de seguridad, ni requerían de grandes complicaciones operativas. Era exactamente igual con la

Operación Príncipe, cuyo nombre se tomó del apodo por el cual se conocía al oficial que se contempló secuestrar en un inicio. Razones operativas obligaron a desistir de ese objetivo, y fue entonces que se eligió a Carreño.[36]

En todos los casos, el Frente tuvo el mismo objetivo político y el mismo temor operativo. Por una parte, lograr la mayor resonancia de lo que se quería expresar, y hacerlo mediante una operación limpia, sin contratiempos ni bajas; por la otra, tomar todos los resguardos posibles para no ser encontrados y para garantizar que los secuestrados fueran liberados de manera segura. Pellegrin siempre estimó que los aparatos represivos podían matarlos, con el propósito de desacreditar al Frente, y por esa razón siempre se procuró liberarlos de manera notoriamente pública, con la presencia de medios de prensa, para que fueran periodistas los que aseguraran haber visto sanos y salvos a los liberados. El caso del coronel Carreño, simplemente, fue asombroso.

A las cinco y media de la tarde del 2 de diciembre, el periodista Cristián Bofill, del periódico brasileño *O Estado de Sao Paulo*, casualmente de nacionalidad chilena, no daba ninguna credibilidad al hombre que a través del teléfono le aseguraba ser el coronel Carlos Carreño, y que en ese mismo instante se encontraba en la periferia de Sao Paulo. Solo cuando el periodista recibió a Carreño en las puertas del rotativo, impecable y radiante y con una franca sonrisa que denotaba su buen estado anímico, se convenció de la increíble historia que tenía entre manos. Pocas horas más tarde, y en la misma medida en que el coronel tomaba contacto con las autoridades de la dictadura, perdía su buen semblante e iría desapareciendo la sonrisa. A todos ellos, incluyendo al fiscal Torres Silva, quien había asegurado que aparecería en pocas horas en el país, parecía irritarles sobremanera que Carlos Carreño hubiera aparecido de esa manera y tan contento.[37]

Según Pablo, miembro de la Dirección Nacional en ese momento, la idea inicial era entregar a Carreño en las oficinas

para los Derechos Humanos de la ONU en Suecia. Una falla inesperada de los encargados de llevarse a Carreño a Europa habría precipitado la liberación en Brasil. Roberto Torres, quién se mantenía en el exterior para estos menesteres, sería quién finalmente coordinaría la entrega de Carreño al conocido periódico brasileño.

Simón (también de chapa Pablo), en ese entonces jefe de la logística en Buenos Aires, que tuvo determinante participación en el apoyo de la operación en el exterior, asegura que el plan inicial era llevarlo hasta Europa, precisamente a Francia, y dejarlo en la mismísima Torre Eiffel. La falta de documentación segura habría sido la causa del cambio en los planes.

Pellegrin y Ramiro jamás imaginaron que tendrían al coronel secuestrado noventa y dos días. La experiencia era que apenas se cumplieran medianamente las expectativas propagandísticas, se liberaba al secuestrado. Múltiples factores fueron dilatando tal decisión, el principal fue la negativa permanente de la dictadura a aceptar ninguna de las demandas de la organización, y su voluntad de encontrar a Carreño a como diera lugar, para lo cual empleó miles de hombres armados que rastrearon casi toda la ciudad de Santiago.

Pablo, que participó de la planificación para la distribución de los alimentos que se entregarían en las poblaciones, asegura que el Ejército finalmente utilizó a la familia del Coronel para el intercambio y la negociación evitando aparecer "débil ante el terrorismo". En la prensa aparecería que fue la familia del coronel la que cumplió las exigencias del Frente: repartir alimentos y otros artículos en varias poblaciones de la capital y difundir por distintos medios el llamado de Carreño a sus camaradas de armas a no continuar embarcados con un régimen dictatorial. El efecto propagandístico fue mayúsculo. No solo por la espectacularidad de la operación, incluida la liberación, sino por el hambre y otras carencias existentes en los barrios populares que se evidenciaron durante los repartos.[38]

Pellegrin y un reducido equipo de hombres y mujeres dirigido por Ramiro, con la decisiva participación de la base logística de Argentina, fueron capaces de cumplir con sobrado éxito esta misión en el último trimestre de 1987. Esto posibilitó que la mayoría de la organización pudiera dedicarse a la construcción de fuerzas en la lV y V Región, en la Región de la Araucanía y principalmente en Santiago. Era el vuelco hacia "lo territorial" y al intento de crear direcciones político militares que superaran a las jefaturas tradicionales.

Fue también la época en que se reactivaron las bases de la Logística Exterior, que se habían quedado en el Frente casi en su totalidad, y se comenzó a organizar y realizar las Operaciones Caminantes, destinadas a introducir armamento y explosivos, por las más diversas vías, en vehículos preparados para tales propósitos. En esta ocasión, los pertrechos, en cantidades reducidas, se obtuvieron gracias a la colaboración de algunas organizaciones revolucionarias centroamericanas.

Patricio y Pablo, dos antiguos oficiales designados a la capital, y Manuel, un sociólogo parte de la dirección política de Santiago, son los que cuentan sobre esta etapa de vida independiente de la organización. En ese momento eran jefes de algunos territorios en los que se divide la Región Metropolitana, eran los impulsores directos de la formación de "direcciones político militares" a partir de jóvenes combatientes que se sentían mucho más cómodos en el papel de subordinados que cumplían acciones combativas.

Fueron ellos los que asaltaron los cuarteles policiales después de la Operación Albania, participaron en los hostigamientos a cuarteles policiales en septiembre y realizaron sabotajes durante el paro de octubre. No obstante, su misión principal era de carácter político. Se daban los primeros pasos como organización independiente y en la práctica se veía muy difícil lograr sustituir en poco tiempo a esa masa de militantes confiables que el PC tenía por cualquier lugar.

El sociólogo Manuel había llegado en los últimos meses de 1986

a Chile, después de cumplir por largos años diversas misiones, primero en el Partido Comunista y después en el Trabajo Político Exterior del FPMR. Su arribo al país justo en los momentos de crisis al interior del PC, le permitió ser un espectador privilegiado del nacimiento y formación del FPMR como organización independiente.

Al momento de la separación, a muchos les extrañó que siendo un cuadro eminentemente político no titubeara en quedarse en el Frente. La reincorporación reciente a Chile lo hacía estar como despojado de alineaciones políticas o afinidades grupales que con cierta naturalidad se habían ido formando al interior de la organización, tampoco contaba con las simpatías o la buena voluntad de algún jefe.

Desde el principio, chocó con la resistencia o desinterés de determinados jefes y combatientes a darle sentido político a las acciones combativas que se planificaban, o al menos discutir esa posibilidad. Otros tenían disposición, pero carecían de preparación para ello. Manuel recuerda que se realizaba una distribución cuantitativa de acciones para una campaña determinada, sin consideraciones de otro tipo. El Frente enfrentaba esa etapa con un alto espíritu combativo, con muchas ganas, pero con grandes limitaciones y sin el detalle fino que lo había caracterizado en su accionar.

En algunos casos, solo con mística y cantando el himno del FPMR se intentaba darle sentido y fuerza a todo lo que se hacía. Fue como una reacción natural a la separación del PC. En la propia estructura del mando de Santiago a la cual pertenecía Manuel, donde el jefe era Recaredo Ignacio Valenzuela, *Benito*, no se hacía ni se daba a conocer informe político alguno, era como un rechazo a todo lo que recordara al PC.

Manuel debía reunirse a la una de la tarde del 15 de junio con Benito, a quien habían asesinado una hora antes de la cita. Casi todos los jefes que murieron en la Operación Albania habían sido objeto de seguimientos y, aunque se percataron de ello,

continuaron con la misma dinámica; *no se le hacía caso,* confiesa Manuel. A Benito, en particular, lo habían seguido durante largo tiempo, y es casi seguro que fuera así como la CNI llegó a Manuel, al que detuvo en septiembre de 1987, a raíz del secuestro de Carreño, y sometió a las acostumbradas torturas. Fue otro disparo al aire de la confundida CNI ante esa operación, porque él nada sabía del oficial secuestrado.

* * *

Es probable que diversas corrientes internas se fueran incubando en el Frente desde los tiempos de subordinación al PC. Pellegrin habló de "las diversas vertientes que conforman la organización", y en lugar de considerarlo un conflicto, lo apreciaba como una virtud. Se trataba de los orígenes de los diversos grupos que en diferentes etapas le habían dado cuerpo al Frente, los mismos que han ido apareciendo a lo largo de esta historia.

Manuel dice que, paulatinamente, las posiciones se fueron decantando, y desde la misma separación del PC se estaban perfilando dos tendencias en la organización. Lo asegura por lo que observó en las estructuras de Santiago y en los rasgos que adquirió el funcionamiento del Frente al interior de la cárcel. Se trataba de una tendencia más política y reflexiva, y otra más de aparato militar, con una clara preferencia por la acción combativa como solución a cualquier conflicto.

No cabe duda que después de la muerte de Pellegrin en octubre de 1988, rápidamente surgieron grupos, sectores y contradicciones que se agudizaron hasta extremos odiosos e irreconciliables a partir de 1990. Pero esa es otra historia aún demasiado fresca en la memoria y el sentir de sus protagonistas, tanto así, que aconseja alejarse mucho más en el tiempo para un día poder abordarla sin los terribles dolores y pasiones que aún generan los desastres humanos y políticos ocurridos en este período.

Pellegrin, de la Sublevación a la Guerra Patriótica

Raúl Pellegrin comenzó a elaborar las primeras ideas para un nuevo proyecto político en el mismo instante que el FPMR se independizó "oficialmente" del PC en junio de 1987. Desde esa fecha hasta marzo de 1988, fue construyendo la teoría que dio cuerpo al proyecto de Guerra Patriótica Nacional, la misma que lo llevaría a asaltar cuatro pueblos rurales el 21 de octubre de ese año.

En numerosos documentos que en total suman unas doscientas páginas, están los argumentos principales del proyecto. Elaborados a lo largo de esos diez meses, en ellos se aprecia un proceso paulatino de negación de la política del PC de Rebelión Popular y Sublevación Nacional, hasta arribar a los conceptos claves que lo llevarían a decidirse por una Guerra Patriótica Nacional, que jamás se desató.

En marzo de 1988, esta concepción política de la guerra arribó, finalmente, a una visión abarcadora de todo el conflicto social y político en el país, logró coherencia con sus propios postulados y quedó estructurada como una línea política, y al mismo tiempo, una guía del quehacer concreto inmediato para toda la organización.

Contiene predicciones políticas para amigos y enemigos, exige una determinada construcción de fuerzas políticas y militares necesarias para comenzarla y sostenerla, y le es imprescindible un estado de conmoción popular ante el "seguro fraude" que haría el dictador en el plebiscito. El fraude iba a ser el detonante mayor para desencadenar *un imparable levantamiento popular*.

El resultado del plebiscito dejó el proyecto de guerra en una incómoda y compleja situación. Es de sobra conocido que nunca llegó a gestarse un estado excepcional de movilización en la población, ningún partido exigió la salida inmediata de Pinochet, ni menos se cumplieron las promesas y esperanzas de elecciones libres e inmediatas. El año posterior al plebiscito, en lugar de servir para sacar al dictador derrotado, fue el de las negociaciones en que quedó sellada la perpetuación del sistema político,

económico e institucional creado por la dictadura, en esencia proyectado hasta hoy.

Esa era la principal preocupación de Pellegrin cuando señaló en uno de los documentos "sea cual sea el resultado del plebiscito, este lleva implícito la continuidad del sistema", aunque siempre creyó que esa continuidad sería timoneada por el mismo dictador y el plebiscito era solamente para darle "cierta aureola de legitimidad a esta perpetuación".

Las contradicciones también eran significativas en lo interno. Lo evidencia que muy pocas de las exigencias y planes para con la organización planteadas en los documentos se cumplieron al momento de los asaltos a los pueblos rurales. En tales decisivos momentos, el Frente estaba lejos de contar con capacidad para conducir a las mayorías –que, por demás, nunca se sublevaron–, no tenía suficientes fuerzas ni cuadros, ni en cantidad ni en calidad, para "irrumpir", como se le llamó al inicio de la Guerra Patriótica.

Mucho menos se encontraba en condiciones de "sostener la guerra y darle continuidad" en distintos escenarios rurales y suburbanos de todo el país y por un período "no breve". Las formas de lucha serían todas, tal cual señalaba el proyecto del PC, pero ahora el eje principal y rector serían las armadas.

Como es conocido, a raíz de los asaltos de esta "Guerra", que nunca se desató, fue asesinado Raúl Alejandro Pellegrin, y el FPMR nunca más pudo dar continuidad al proyecto de "enfrentamiento popular en todo el territorio nacional", como lo definió su principal creador.

Pellegrin no creó en solitario ni dio forma a sus ideas entre cuatro paredes. En ese tiempo de ajustes y de elaboración, que duró poco más de un año, la jefatura efectiva y la dirección política real del Frente fueron Pellegrin y Salvador, segundo jefe de la organización desde que el FPMR se independizó del PC. Como protagonista principal de toda esta larga historia, participa en este proceso a través de intensos y permanentes intercambios con

Pellegrin. Ese debate bilateral de búsqueda también lo sostuvo el jefe del Frente, de forma permanente, con Andrés, a quien todos conocían por El Hermanito, y con el jefe del trabajo político Roberto Torres.

El método empleado para arribar al proyecto final fue la entrega de los argumentos centrales, ya redactados por Pellegrin, a la Dirección Nacional, cuyos miembros, por imperativos del trabajo clandestino, recibían la información el mismo día del debate. Cada uno tenía entera libertad para apoyar o rechazar la totalidad del contenido o parte de él, y para aportar ideas, aunque la incidencia de las opiniones de esos jefes no parece haber sido determinante en la elaboración del contenido general del proyecto de Guerra Patriótica. No obstante, la participación de los oficiales de mayor preparación teórica que integraban la Dirección Nacional fue pródiga en detalles cuando se redactaron los documentos, planes, normas e indicaciones para el desarrollo y ejecución de la GPN.[39]

En este período de intensa dinámica de ajustes y propuestas, Pellegrin no pudo ni tuvo el tiempo necesario para construir un órgano colectivo de conducción y dirección política a partir de la Dirección Nacional, que funcionaba como una jefatura militar. Los miembros de la dirección eran iguales entre sí, no existían diferencias, no habían grados militares, ni se estableció línea de mando ni jerarquía alguna;[40] Existía una percepción de mayor o menor prestigio entre ellos, pero era subjetiva, no obedecía a normas ni categorías preestablecidas.

Esta Dirección Nacional, formada por un reducido número de jefes de las principales estructuras de la organización, no podía mantener un funcionamiento regular y cotidiano. Sus integrantes eran ejecutores directos y los jefes de las distintas direcciones de trabajo que se organizaron. Era un período de cambios y nuevos diseños, en que la Dirección Nacional continuó siendo un órgano eminentemente ejecutivo.

Al estudiar el compendio de documentos de la Guerra Patriótica Nacional, se evidencia que el proyecto tuvo dos etapas de

elaboración. Una transcurrió desde la separación del PC en junio de 1987 hasta diciembre del mismo año, y la otra durante los primeros tres meses de 1988.

En el último semestre de 1987, y no de una sola vez, sino en varios momentos, Pellegrin llegó al firme convencimiento de que los sectores populares se encontraban en "un estado potencial de lucha", con "inmensa combatividad y espíritu de lucha a la espera de ser estimulado". En el pueblo habría "un vacío en la conducción popular", por no existir "una vanguardia capaz ni una alternativa de lucha clara para enfrentar a Pinochet". El pueblo estaba "como maniatado, y solo encontraba canales de expresión inorgánicos y espontáneos".

Pellegrin se afirmaba para esta apreciación en los hechos acaecidos en 1987: las manifestaciones durante la visita del Papa, los sucesos del Primero de Mayo, las acciones espontáneas después de la Operación Albania, las peleas estudiantiles, las "manifestaciones del hambre" ocurridas cuando el secuestro de Carreño, las protestas barriales del 11 de septiembre y el paro de octubre de ese año.

Aunque Pellegrin reconocía que esas movilizaciones tuvieron mucha menor resonancia y masividad que similares ocurridas en los años precedentes, lo atribuyó, en gran medida, al cambio radical y el abandono de la movilización realizado por los partidos de la burguesía, y en el último período también por los de la "izquierda tradicional", que se sumaron al proyecto electoral.

Se trataría de un estado de desmovilización creado, impuesto e impulsado por las cúpulas del partidismo burgués, que a su vez lideraban las principales organizaciones sindicales e influían o eran propietarias de los pocos medios de difusión opositores a la dictadura. En reiteradas ocasiones, Pellegrin afirmó que en Chile coexistían dos países, el que diseñaban las cúpulas partidistas y sus medios, y el real, de miserias y explotación, harto de la dictadura y sus represores.

A estos elementos básicos del análisis de Pellegrin acerca de la

realidad nacional –"capacidad latente de lucha en sectores populares, movilización popular bloqueada y ausencia de vanguardia"– se sumó en los últimos meses de 1987 la consideración de que el FPMR era una "fuerza moral [...] con un prestigio ganado en amplios sectores populares". De ese diagnóstico surgió una conclusión decisiva: "El Frente debe aspirar a constituirse en una fuerza política y militar de vanguardia, debe ser una alternativa real ante el fatalismo que impera en la oposición".

Si la capacidad de lucha estaba latente y bloqueada, para el jefe del Frente era lógico colegir que había que estimularla y desbloquearla. Para ello era imprescindible que el FPMR dejara de ser un aparato y estructura militar, como lo había sido en el PC, para "transformarse en una organización político-militar"; con esto pretendía ocupar el lugar que habría dejado vacío el partidismo tradicional.

El proceso político que llamaría "rediseño" fue el primer intento estructurado que esbozó Pellegrin para transformar el FPMR en una "organización político-militar de vanguardia". Desde el inicio explicó que se trataba de cambios imprescindibles en las estructuras y el funcionamiento del Frente, pero que era, en esencia, un "rediseño de concepción política, de línea política", en el que estaban incluidos, además, los rasgos, conductas y valores personales de sus miembros.

Muchos jefes y miembros del FPMR consideraron entonces, y lo piensan aún, que el rediseño era una cuestión únicamente de cambios orgánicos y de cualidades personales, de valores conductuales, más volcado a la moral y ética del rodriguista, que a cambios sustanciales en lo político. De esa interpretación, y sin que llegara a ser general, surgieron extremismos que llevaron a intentar modelar un tipo de combatiente intachable, sin siquiera vicios convencionales como el alcohol y el tabaquismo, entregado a la "*causa*" de tal manera, que sus únicos intereses o sentimientos personales debían ser los relacionados con la lucha misma. El

rediseño fue, en realidad, el primer paso, la antesala hacia la concepción política de Guerra Patriótica Nacional.

En medio de esta búsqueda, cualquier día del último semestre de 1987 podía ser agobiante en la vida de Raúl Pellegrin y de cualquiera de los jefes principales del FPMR. Los golpes de la Operación Albania todavía generaban múltiples medidas para intentar detener y cortar definitivamente los hilos que, con tenacidad, seguía la CNI; aún se desconocía mucho de lo que allí había ocurrido y no estaba claro de dónde la Central Nacional de Información había obtenido los datos iniciales.

El secuestro de Carreño y los millares de militares que lo buscaban por todas las comunas de la capital enrarecía aún más el clima dentro de la organización. El jefe de la infraestructura no encontraba la cantidad de casas necesarias para tantos vínculos apremiantes e imprescindibles que se suscitaban a diario. Una buena parte de ellas pertenecían a viejos militantes del PC, que más por tradición y desconfianza en la impetuosidad del joven Pellegrin, se habían quedado con su partido de toda la vida.

A pesar de toda la tensión de esos momentos, Iván, uno de los últimos jefes de Infraestructura de Pellegrin, lo recuerda cordial y tranquilo.

–Parecía desconocer el ambiente tenso que constantemente presagiaba otra caída de militantes en cadena. Tomaba medidas y daba disposiciones como todo un general del siglo XVIII que desde lo alto de un cerro mira con calma las tropas propias y enemigas dispuestas en un vasto escenario de las acciones. Es posible que estuviera lleno de dudas y temores, pero nada de ello aparecía en su trato cotidiano.

"La detención de importantes jefes en ese año fue un terrible golpe para él, pero eso jamás lo hizo dudar del camino que se había trazado, su espíritu siempre estaba por arriba. Cuando terminabas un vínculo con él, salías lleno de energía y seguridad, aunque antes hubieras sentido que el mundo se te estaba cayendo encima".[41]

Pellegrin elaboraba teorías, aclaraba las ideas básicas del proceso que llamaría rediseño y las conducía, en los mismos momentos que las fuerzas represivas detenían a importantes cuadros y miembros de la organización.

Los casos más conocidos, relacionados todos con el secuestro del coronel Carreño, son los de Max Díaz Trujillo y los hermanos Patricia y Juan Carlos Cansino, capturados en diciembre, y el de Mariela Vargas, detenida un mes antes. Esta última, estudiante universitaria y excepcional militante, contaba con toda la confianza del jefe del Frente, quien la había designado como la voz oficial de la actividad política y operativa de la organización. Por sus mismas funciones, no tenía ningún dato operativo que entregar, pero poseía vínculos con los principales jefes de la organización.[42]

Después de su captura, la CNI usó como "ratonera" la vivienda donde la detuvieron, sospechando que la visitarían otros miembros de la organización o el mismo jefe del Frente. El empleo oportuno por la dueña de casa, miembro de la infraestructura de Pellegrin, de la señal de aviso visual prevista para indicar que el lugar estaba tomado por el enemigo, impidió, entre otras razones, que la CNI llegara a varios miembros de la Dirección Nacional y, en particular, a Raúl Pellegrin.

En diciembre de 1987, en ocasión del cuarto aniversario de la organización, el FPMR circuló el *Manifiesto al pueblo de Chile*, en el cual declaraba su postura ante el plebiscito y el proceso electoral. Pellegrin nunca creyó que la dictadura organizaría un proceso electoral para perderlo. No tenía dudas de que el pueblo podía ganar el referéndum; lo que no creía es que Pinochet fuera a respetar esa voluntad popular. Ya desde entonces quedó definida la posición del Frente: en cualquier caso, el plebiscito sería un fraude, una maniobra política electoral para legitimar la perpetuación del régimen y del dictador; de cualquier manera, "el dictador haría fraude arrebatándole el triunfo al pueblo".

Días después de dar a conocer el manifiesto, el Frente sufrió otra

significativa pérdida con la detención en Temuco, el 16 de diciembre, de los principales jefes del trabajo que estaba haciendo con sectores del pueblo mapuche, el cual comenzaba a concretarse en la organización Mongelei Leftrarü (Lautaro Vive), de carácter miliciano y de masas e integrada por miembros de esa etnia, aunque contaba con numerosos grupos operativos.

Múltiples acciones combativas avalaban su trabajo en los últimos meses, desde la voladura de torres, descarrilamientos, sabotajes diversos y cortes de caminos hasta la voladura del símbolo de la "*rendición mapuche al ejército chileno*" en el cerro Ñielol.

Guillermo Díaz, el oficial mapuche que había dirigido el estudio del teatro de operaciones militares en la zona sur y central en 1986, trabajaba desde comienzos de 1987 en ese proyecto de integración del Frente en sectores de su pueblo. Con pleno conocimiento y dominio de costumbres y lengua, había logrado con tenacidad y de acuerdo a sus propios códigos y tiempos, lo que otros oficiales y jefes "wincas" del Frente no habían podido conseguir en años precedentes.

Lo asistían otros jefes mapuches de la zona y su segundo hombre era Danilo, un competente oficial graduado en Bulgaria, que sin ser un auténtico mapuche, se había integrado plenamente al proyecto gracias a sus rasgos físicos y, sobre todo, por su discreción, seriedad y extraordinaria capacidad de adaptación y mimetismo.

Según Guillermo, la CNI llegó a ellos tras una paciente y sostenida labor de investigación en la zona, que incluyó largos chequeos permanentes a los jefes, acumulación de datos y la penetración en las estructuras de dirección del trabajo mapuche, que resultó determinante. La caída de los jefes principales no significó, sin embargo, que se perdiera lo alcanzado. Otros jefes sustituyeron a los detenidos y se mantuvo el vínculo del Frente con este sector mapuche. No pocas veces, Pellegrin se refirió a este trabajo, y para 1988 estaba considerado en el proyecto de Guerra

Patriótica como una zona vital de enfrentamientos rurales y suburbanos.

Al finalizar 1987, Pellegrin realizó un pormenorizado balance político y operativo de la organización. En él aportó múltiples datos para demostrar el "estado latente" en que se encontraba la combatividad del pueblo y el "estado potencial de lucha" de este, "bloqueado por la represión del régimen, pero sobre todo por la dispersión, por la actitud pasiva de los partidos de oposición y la falta de una alternativa de lucha".

En los últimos tres meses del año, la organización había comenzado el "rediseño" de sus estructuras "a partir de un núcleo cohesionado de rodriguistas como la columna vertebral" desde donde se reconstruiría la organización. Todos los cambios estaban en función de dotar al Frente de la capacidad necesaria para lograr, según señalaba Pellegrin, "un objetivo parcial, el impedir, mediante la lucha decidida y frontal del pueblo, que el régimen lleve adelante su plebiscito-fraude y se perpetúe en el poder".

El balance de 1987, en el que se percibe la participación de otros cuadros en la elaboración de distintos aspectos, hace una evaluación descarnada de las caídas de combatientes y reconoce el golpe que había representado para la organización, aunque añade que no había indicios de que ello hubiera afectado sensiblemente su capacidad combativa. Al analizar este aspecto, examina la calidad del trabajo de inteligencia del enemigo, concebido a largo plazo, su intensidad y la gran cantidad de datos obtenidos.

En cuanto al Frente, señala la fácil incorporación y promoción de nuevos militantes y funcionarios a este, las múltiples deficiencias y deformaciones que había en la aplicación estricta de las medidas de seguridad, así como la actuación displicente y hasta de arrogante irresponsabilidad de algunos jefes y combatientes ante el chequeo.

En ese momento, ya existían en el Frente señales del combatiente pistolero, que hacía alarde del uso del arma personal y de un desprecio autosuficiente hacia el enemigo. Por otra parte,

para algunos miembros de la organización, cualquier denuncia de seguimiento de los aparatos de seguridad podía ser interpretada como una debilidad o temor infundado.

–Combatientes de pistola y pura garra podías encontrar en cualquier población –recuerda Pablito, el joven combatiente devenido en intelectual–. Lo que no podías encontrar en cualquier parte era el revolucionario integral, trabajador de la política popular y creador de organización.

"Detrás del principio del balazo hay singularidades y no proyectos. Ese exceso del fierro es muestra de carencia y delata precariedad. Creo en la sobriedad y en el silencio, lo que menos quiere el combatiente sobrio es mostrarse. El mejor perfil de esto es el ejemplo que dejó Juan Ordenes Narváez, un hombre recatado, ponderado y hasta humilde, que cumplió de manera brillante con el empleo del arma cuando fue estrictamente necesario".[43]

En el balance de 1987, Pellegrin analiza las acciones y su incidencia en el panorama nacional, y aunque concluye que la organización había elevado su presencia en sectores populares, expresa la determinación de provocar un vuelco total a su estructura y funcionamiento. Había que dejar atrás el aparato militar profesional y alcanzar la condición de organización política y militar con incidencia y vínculos estables en amplios sectores sociales y de masas. Como puntualizaría en el verano siguiente: "El Frente no puede seguir mejorando lo mismo que ya sabe hacer, no puede hacer más y mejores Carreños, seguir volando más y más torres, aumentar el número de asaltos a cuarteles".

Ese cambio de aparato a organización política militar era el propósito principal para el año 1988. Todo lo que se había hecho hasta ese minuto, hasta el mismo fin de año de 1987, era para realizar el Plan de la Sublevación Popular, que se mantenía desde la separación del PC. La concepción estratégica de cómo se podía terminar con la dictadura seguía siendo la misma concepción "insurreccional" que se había construido en tiempos de

pertenencia al PC.

Durante el verano de 1988, el jefe del Frente concretó la política que lo llevaría a participar en el asalto al pueblito de Los Queñes. En cuarenta hojas está transcrito el contenido de una conferencia que impartió en La Habana en enero de ese año, dedicada íntegramente al rediseño y las perspectivas del FPMR para 1988.

En el documento aparece la clara influencia del componente patriótico y nacional de la *Guerra de Todo el Pueblo*, la concepción defensiva estratégica de la Revolución Cubana, que desde principios de la década de los ochenta del pasado siglo incorpora de forma organizada y por territorios a todos los cubanos para la defensa de la patria ante la amenaza permanente que significa la vecindad y agresividad del imperialismo norteamericano.

Es una estrategia que parte de la inmensa desventaja numérica y tecnológica con respecto a las fuerzas de los Estados Unidos y se apoya en la participación popular masiva, el empleo del conocimiento del terreno, el uso de armas simples, como explosivos, minas y fusiles, la dispersión de la resistencia por el territorio nacional y en todos los posibles escenarios geográficos. Sobre todo, se sustenta en el carácter justo de una guerra en defensa de la patria agredida por un enemigo poderoso y extranjero.

Pellegrin hacía pocos meses que había cumplido veintinueve años cuando llegó a La Habana a mediados de enero de 1988. El representante del Frente en Cuba en esos años no podía entender su interés por tales temas. "Parecía mayor en edad por esa constancia y seriedad con que enfrentaba todas sus tareas", dice. Pedía con insistencia material sobre la *Guerra de Todo el Pueblo* y lo estudiaba en detalle. Lo mismo hacía con toda la experiencia de Vietnam y con la historia de Chile.

Durante esa larga estadía en Cuba, Pellegrin sostuvo numerosas reuniones de intercambio con casi todos los representantes de organizaciones políticas que había en La Habana, con los de las organizaciones revolucionarias latinoamericanas, en particular

las centroamericanas, tan en boga en esos años, y hasta con los de organizaciones africanas y del medio oriente. Todas fueron actividades bilaterales, en las que solo se esbozaron proyectos de intercambio y colaboración con organizaciones de Centroamérica.

Fidel recibió en esa época a Pellegrin. El proyecto de la Guerra Patriótica aún no estaba acabado en sus conceptos teóricos, ni tenía ningún plan táctico de realización para Chile. La "irrupción" y el asalto a los pueblitos fue una decisión posterior y tomada en el terreno poco tiempo antes de su realización. El entonces jefe del Frente en Cuba asegura que Pellegrin le comentó la cordialidad con que el Comandante Fidel escuchó su apreciación de la situación en Chile y su idea de transformar el Frente en una organización político militar y continuar con la lucha armada como eje de otras formas de lucha. Fidel no expresó criterio alguno ni le dio ningún consejo, solo intercambió con él generalidades.

Al parecer, fue durante su estancia en la capital cubana cuando Pellegrin tomó la determinante decisión de participar en cualquiera de las acciones que dieran inicio a esa nueva etapa que debía lanzar al Frente a un proceso de guerra popular.

Gerardo era el nombre de un oficial cubano que "atendió" al jefe del Frente mientras estuvo en La Habana. Este veterano oficial de la desaparecida dirección de Tropas Especiales del Ministerio del Interior cubano hace casi veinte años que está retirado. Se mantiene esbelto y totalmente lúcido. Pellegrin, nos confiesa, le contó su intención de realizar acciones combativas trascendentes en las que participaría personalmente, no tenía objetivo ni lugar seleccionado, solo la esencia del proyecto.

El Oficial Gerardo no recuerda los argumentos que empleó para tratar de disuadir a Pellegrin de tal decisión, pero sí le quedó grabada su respuesta: "¿Por qué ustedes respetan a Fidel y tienen plena confianza en él? –Y adelantándose al oficial, él mismo contestó–: ¡Por su consecuencia, porque siempre ha estado personalmente al frente de todas las grandes batallas de la revolución, desde el asalto al Cuartel Moncada hasta hoy!".[44]

Sustentado en el balance de 1987 y en las reflexiones expuestas en la conferencia de enero de 1988 en La Habana, Pellegrin consolidó la estrategia de Guerra Patriótica Nacional, cuyos contenidos principales aparecen en tres documentos sucesivos elaborados en el transcurso del verano de 1988.[45] El último de ellos, redactado en marzo y en el cual se resume todo lo anterior, se presentó en una reunión ampliada de la Dirección Nacional, realizada en abril, en la que participaron los principales jefes de todas las estructuras combativas, políticas y de aseguramiento del Frente. Fue la última reunión de este nivel que se convocó antes de la "irrupción" de octubre de 1988.

El cónclave de los rodriguistas recibió el nombre de *Reunión Nacional José Valenzuela Levy* y se desarrolló durante tres días consecutivos en diversas casas del litoral central y en la más estricta clandestinidad. En su introducción, el jefe del Frente señaló: "Este evento sin lugar a dudas marcará un hito histórico en el desarrollo de nuestra organización por el camino de la lucha armada de todo el pueblo hacia la revolución".

Para muchos de los participantes de la reunión, fue la primera y única vez que vieron a cara descubierta a Raúl Pellegrin, *el Comandante,* como aún lo nombra Pablito, jefe del foco territorial de La Estrella, en Santiago. Era el más novato de todos los jefes que asistieron al evento, quedó impactado por ese hombre sencillo y extremadamente cálido en el trato con todos los viejos y jóvenes que estaban allí. Recuerda con fluidez el contenido de sus palabras y detalles claves del proyecto a pesar de los más de veinte años de aquellos acontecimientos.

–Extremadamente suave, con voz hasta baja diría yo, pero de una solidez, convicción y firmeza extraordinaria. Hasta que murió no entendí por qué habló tanto del ejemplo personal de todos nosotros para con nuestros subordinados y del ejemplo de la organización para con el pueblo. Consecuencia y dignidad, eran sus palabras claves. El Comandante planteó la hipótesis del probable fraude en el plebiscito, porque estaba seguro de la

continuidad del modelo de dominación, y ese era el mayor peligro que encerraban sus predicciones... En su discurso esto quedaba perfectamente delineado, lo recuerdo perfectamente cuando precisó que cualquiera fueran los resultados del plebiscito, si no se derrotaba a la dictadura, habría continuidad en su proyecto con o sin dictador, continuidad de los grandes grupos de poder nacionales y extranjeros profundamente enquistados en el país, continuidad del partidismo tradicional que ha envilecido el concepto y ejercicio de la democracia, continuidad de un modelo que forja a un individuo consumista y enajenado".

No obstante estas consideraciones, Pablito señala un error en el quehacer de la organización que, en su parecer, fue vital.

–La irrupción debió haber sido en las poblaciones, ese era nuestro medio natural..., allí no hubiese muerto. Tuvimos al dictador un año más, habría tenido todo el tiempo del mundo para preparar los otros escenarios, para hacer política de acuerdo con todo lo que vino después. En fin, eso lo puedo decir ahora, con la incomodidad que me provoca hacer juicios veinte años después y con toda la carga argumental y cierta madurez que da el paso del tiempo.

¿Qué hizo distinto al discurso de Pellegrin este verano y determinó que se cerrara el ciclo de elaboración del proyecto de Guerra Patriótica, presentado en abril a toda la organización?

Por primera vez se negó que la "sublevación" del PC fuera la fórmula de solución a la existencia a la dictadura. La crítica era medular: la política del partido apostaba al "desmoronamiento", a la "desmoralización y quiebre" de las Fuerzas Armadas. Era la variante "más fácil", que habría llevado al PC a un "esquema insurreccional cortoplacista" y a considerar a 1986 como el "año decisivo". Muy por el contrario, en la nueva fórmula, precisaba Pellegrin, había que asumir la variante "más difícil", plantearse que las Fuerzas Armadas harían la mayor resistencia posible y estaban adiestradas para ello.

Para "situarse en la perspectiva de la revolución", era necesario

crear una "correlación política y militar favorable" para la derrota del régimen y sus Fuerzas Armadas, derrota que no significaba la destrucción física, hombre por hombre, no se trataba de crear otras fuerzas armadas y enfrentar a las del dictador de igual a igual. Era una "derrota político y militar". Por tal razón es que planteaba un "enfrentamiento como guerra de todo el pueblo y en todo el territorio nacional, con el pueblo alzado en ciudades y campos de todo el país [...] Llevar el enfrentamiento a todos lados", en "la perspectiva de la revolución".

Esa era la visión de cómo debía ser la "derrota del régimen y su aparato de poder", la cual se produciría en un período "no breve", que sobrepasaba con creces al plebiscito. Este era, en esencia, el planteamiento estratégico de Pellegrin al más largo plazo, del que surgieron las tareas y decisiones más inmediatas.

Con esta definición, Pellegrin le dio un leve giro al momento del plebiscito y lo despojó del dramatismo de acontecimiento definitivo y determinante. Las acciones del FPMR en torno al referéndum serían, únicamente, el comienzo, el inicio de este proceso aprovechando la situación que debía generarse en torno al evento electoral; "dar inicio a un período de lucha amplio y superior", dice textual el documento de la reunión de abril, "presentar a la lucha armada como un camino irreversible y viable". Esta precisión explica por qué Pellegrin realizó las acciones a pesar de la derrota del dictador en las urnas, quiso "señalar un camino para un período de lucha amplio y superior".

Era el comienzo de "un proceso paulatino de incorporación de las masas al enfrentamiento en todo el territorio nacional", se trataba de lograr "un pueblo alzado en ciudades y campos de todo el país". La actividad guerrillera del Frente el 21 de octubre sería apenas el estreno de una "guerra patriótica nacional y popular", que debía tener todo un ciclo de presentaciones en el país. De otra manera no se explica lo que a muchos conocedores del tema les parece inverosímil, grupos guerrilleros urbanos realizando acciones rurales para después desmovilizarse enseguida hacia la

ciudad.

Pellegrin no consideró oportuno lanzar la "irrupción", el inicio de la Guerra Patriótica, la noche del 5 de octubre en Santiago, en medio de la fiesta popular. Decidió hacerlo el día 21 de ese mes con el asalto a cuatro pequeños poblados rurales, cuya exploración y selección comenzó veinte o treinta días antes de esa fecha.

En dos de los caseríos seleccionados no existían fuerzas policiales y la "toma", como acción de propaganda armada, no trascendió más allá de los propios protagonistas. Uno de ellos fue el poblado de La Mora, ubicado en la V Región de Valparaíso, en el departamento de Petorca, a ciento veinte kilómetros de la capital; el jefe del grupo asaltante, Roberto Nordenflich, tiempo después confesaría su gran decepción por la intrascendente "*acción combativa*".[46]

El otro poblado fue Aguas Grandes, ubicado en el Norte Chico, en la IV Región, a treinta kilómetros al noreste de la ciudad de La Serena. La toma incruenta, ocurrida al anochecer, llenó de consignas y rayados el caserío y tuvo su anécdota tragicómica. La cuenta Patricio, el oficial que comandaba el grupo, quien desde mayo se había trasladado a esa región, donde existía un paciente trabajo de inserción territorial.

–Gritábamos consignas revolucionarias y contra la dictadura. La que más repetíamos era el nombre del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. De repente, desde la ventana de uno de los pobres ranchos que formaban el caserío, apareció una anciana y a grito pelado nos dijo que en ese lugar no vivía ningún Manuel Rodríguez.

Tres oficiales del Frente, Gerardo, José y Claudio, se quedaron vinculados al trabajo con los sectores mapuche después de la caída de Guillermo Díaz y su jefatura. Desde el verano de 1988, dos de ellos estaban basificados en la región de la Araucanía y mantenían los vínculos con los jefes operativos mapuches. Luego de la reunión de abril, se dedicaron con insistencia a la búsqueda del objetivo que se atacaría en la "*irrupción*", siempre acompañados de

los lugareños.

Después de muchas variantes exploradas, de conjunto con los jefes locales decidieron atacar el retén de carabineros que había en Pichipillahuén, pueblito situado hacia la costa, a poco más de sesenta kilómetros al norte, medidos en línea recta, de la ciudad de Temuco, en la IX Región.

Los oficiales tuvieron que convencer a los jefes mapuches de que la acción no ameritaba un gran despliegue de fuerzas y recursos militares, pues insistían en participar con numerosos hombres. Los jefes, a su vez, pasaron no poco trabajo para seleccionar la escuadra de mapuches que participaría en el ataque; todos querían ir.

Tras una larga caminata nocturna a campo traviesa desde los lugares donde vivían los combatientes, se efectuó el ataque en la noche del 21 de octubre. Fue simple y eficiente, sin bajas de ambas partes ni entre los pobladores. Uno de los oficiales lanzó sobre el cuartel un proyectil con lanzacohetes, los demás combatientes hicieron disparos de armas largas. Pocos minutos después, con el cuartel en llamas y sin que los policías hubieran opuesto resistencia, mapuches y oficiales del Frente se retiraron caminando, tal cual habían llegado.

Ni el cerco policial ni el intenso rastreo del ejército pudo detectar a la fugaz guerrilla; esta se desmanteló rápidamente y los combatientes regresaron a su normalidad. Fuerzas de la policía y el ejército buscaron durante meses a los inexistentes guerrilleros. En varias ocasiones, los militares acamparon en predios cercanos a las viviendas de los mapuches protagonistas del ataque.[47]

Otros dos acontecimientos anecdóticos ocurrieron en torno al inicio de la Guerra Patriótica. En la IV Región, más al norte de Ovalle, existía otra zona de "basificación" de miembros del FPMR, a cargo del ingeniero Antonio, el mismo jefe que participó en el desembarco de Carrizal.

Llevaban años de trabajo de inserción con cabreros y mineros de la región precordillerana. Tenían todas las condiciones en

recursos, medios y arraigo en una población local que desde principios de siglo y por generaciones luchaba contra las terribles condiciones de explotación padecidas en las minas. El pormenorizado conocimiento del terreno, el armamento que poseían y la participación de trabajadores del lugar, algunos de ellos viejos comunistas con experiencia y entrenamiento, eran garantía de éxito en la misión.

El oficial que viajó a Santiago a buscar las instrucciones y coordinar el ataque; "aún lo estamos esperando", remata el ingeniero Antonio al término de su testimonio. A los inhóspitos y lejanos caseríos de esa zona desértica solo llegaban las ondas de algunas radios comerciales nacionales, por ellas se enteraron de los ataques y de la muerte del jefe del Frente.

En la prensa de la época y en los "partes combativos" elaborados por los órganos de difusión y propaganda del Frente en el exterior, se reporta el "ataque de un comando guerrillero" a un cuartel policial en Contulmo, pequeño pueblo cercano al de Pichipillahuen, en la región de la Araucanía. La instalación habría sido "destruida" por los medios explosivos e incendiarios empleados por el Frente, aunque "el hecho no causó bajas al enemigo".[48] En realidad, y según el testimonio de los participantes en la acción de Pichipillahuén, no hubo ataque alguno a ese poblado.

Es cierto que la noche en cuestión se produjo una balacera infernal desde el cuartel, ubicado en la base de unas suaves alturas dominantes, pero esta reacción desmedida la provocaron piedras, no proyectiles. Los mapuches vinculados al Frente explicaron en ese entonces que quizás las lanzaron desde arriba de las alturas algunos habitantes de la zona, estimulados por el revuelo que causó en el pueblo mapuche el ataque al cuartel de Pichipillahuén, o tal vez algunos terrones cayeron accidentalmente sobre las instalaciones. Lo cierto es que esa noche la balacera fue infernal y desmedida. Los policías dispararon en todas las direcciones hacia la oscuridad.

* * *

La acción principal de la "irrupción" la realizaron catorce combatientes organizados en tres grupos, dirigidos por Raúl Pellegrin. El objetivo fue el pueblo de Los Queñes, en las estribaciones cordilleranas, cuarenta kilómetros al este de la ciudad de Curicó. Pasados casi veinte años, la doctora Carla Pellegrin, hermana de Raúl, y Miguel, el cazador de Pinochet, hicieron una investigación, hasta hoy insuperable, en torno al asalto y la muerte del jefe del Frente y Tamara.[49]

Los datos cardinales de la investigación no difieren sustancialmente de los contenidos en un informe, breve y preciso, elaborado por una Comisión Investigadora del Frente semanas después de los hechos. Los elementos que aparecen en ambos han servido para reconstruir la historia.

Pellegrin llegó a la zona el 11 de octubre junto a los combatientes conocedores del terreno, y exploró con ellos varios objetivos antes de decidirse por Los Queñes.

El día 20, los participantes se fueron reuniendo en un "campamento base" situado en un cerro a tres kilómetros del poblado. El jefe del Frente había decidido asaltar los tres lugares de alguna significación que había en él, los cuales tenían radios de comunicación que debían neutralizar: el cuartel de la policía, la hostería y el puesto de primeros auxilios; distribuyó a los combatientes en igual cantidad de grupos, al mando de Bigote, Braulio y Tamara, respectivamente.

Un cuarto grupo, integrado por un oficial y un combatiente,[50] debía minar el puente que permite el único acceso a Los Queñes, y tender allí una emboscada para impedir el paso de las fuerzas enemigas que llegaran. No tenían medios de comunicación para enlazarse con el grupo principal, ni este podía controlarlos visualmente porque el puente se encuentra a casi seis kilómetros del pueblo.

El copamiento comenzó a las once y media de la noche con el asalto y control simultáneo de los tres objetivos. Menos Bigote, que

iba a cara descubierta, los demás se tapaban el rostro con pasamontañas o pañuelos con símbolos de la organización. El frío era intenso, y el pueblito estaba como recogido en sí mismo.

Bigote controló sin gran dificultad a los dos policías del "retén", sorprendidos de que un grupo armado fuera a interesarse por tan alejado lugar; los demás combatientes neutralizaron el vehículo y la radio. Atraído por el ruido y el desorden, un policía de la dotación que vivía frente al cuartel salió de su casa empuñando el arma de servicio y logró realizar dos disparos en dirección a los asaltantes antes de caer abatido por una ráfaga disparada por uno de ellos.

El grupo al mando de Braulio cumplía su misión en la hostería cuando un jeep se acercó al lugar. Los combatientes neutralizaron a dos de sus ocupantes, mientras el tercero lograba escapar y uno de los lugareños resultaba herido en el forcejeo. De forma simultánea el tercer grupo comandado por Tamara controla la Posta de Primeros Auxilios, entretanto uno de sus subordinados utiliza un megáfono y a gritos les pide a los habitantes del pueblo que permanezcan en sus casas.

Cumplidas sus misiones, los integrantes de los tres grupos fueron convergiendo en el otro extremo del pueblito para desde allí emprender la retirada, según se había acordado.

Como un "momento de tensión innecesario" califica la investigación de Carla y Miguel, al instante en que Bigote aparece con los dos policías del cuartel en el lugar donde todos se reunían. Actuaba con destreza mientras lucía en su cabeza una de las gorras de los policías. "*Le quedaba pintada*", precisa uno de los protagonistas sin revelar su nombre o chapa. Era de noche y había gran tensión y nerviosismo entre los combatientes. Cuando apareció en ese ambiente extraordinario y único para muchos de los participantes, donde había escasa visibilidad, estuvo "a punto de ser tiroteados por sus compañeros". Bigote tenía fama en el Frente por una permanente sobreactuación y un manifiesto menosprecio ante las fuerzas enemigas. Los policías fueron atados

por el propio Bigote. Después que los atacantes se retiraron, estos no demorarían mucho en desatarse. Uno de ellos, utilizando un radio de un habitante de la zona, daría la voz de alarma. La demora en pedir auxilio se debió a las falsas cargas explosivas que dejaron los asaltantes en las principales vías de acceso.

Ya reorganizados, Pellegrin disparó al aire y gritó consignas, que fueron voceadas por todo el grupo. Estaban eufóricos, felices: a pesar de los contratiempos, la misión había sido exitosa y se retiraban sin ninguna baja. Al filo de la medianoche, abandonaron Los Queñes.

El único grupo que no cumplió su misión fue el de la emboscada. Estos combatientes debían permanecer e impedir el paso de las fuerzas enemigas y minar ese único acceso. Los primeros refuerzos llegan una hora y media después de la retirada de los atacantes, a la una y treinta de la madrugada. En el trabajo de Carla y Miguel dice: "No son emboscados", los responsables "han huido". "No han instalado las minas. Es la única misión incumplida". Veinte años atrás la "Comisión Investigadora" había llegado a la misma conclusión. No obstante el incumplimiento, esto no significó una persecución inmediata de los atacantes por las tropas de refuerzo. La *razzia* comenzaría al amanecer.

Como parte de la operación, se había planificado la retirada y el regreso de los combatientes a la ciudad. No había ninguna intención de mantenerse "enmontañados" después del asalto. Al menos en ese momento, el inicio de la Guerra Patriótica no tendría esa "continuidad inmediata", como lo señalan de manera textual sus contenidos teóricos.

Tres participantes del grupo que atacó el cuartel se dirigieron hacia el sur. El informe de la Comisión Investigadora dice que en el trayecto tuvieron un enfrentamiento, durante el cual uno de ellos resultó herido por numerosos perdigones en un brazo y una pierna, a causa de disparos de escopeta hechos por un lugareño, al que rápidamente neutralizó otro del grupo. El incidente no impidió que los tres se normalizaran ocho días después en la

ciudad de Molina, sin ser detectados por el intenso rastreo.

No hay testimonios de las peripecias que debieron padecer caminando de noche por huellas y senderos y con un herido a cuestas en ese trayecto de veintiocho kilómetros, medidos en línea recta. Sí se conoce que su traslado fue mucho más lento que el del grupo principal, y es una incógnita por qué las fuerzas de carabineros o del ejército no siguieron tras esta huella al sur.

El grupo de la emboscada descendió por un sendero paralelo al mismo camino que estaban custodiando. En algún momento del amanecer se lavaron en el río y escondieron el armamento en el campo; durante el día se trasladaron simulando ser campesinos. A las cuatro de la tarde del día 22 ya estaban en una carretera, donde abordaron una locomoción colectiva en el lugar conocido como Romeral. Esa misma noche llegaron a Santiago.

El grupo principal, con Pellegrin a la cabeza, se dirigió al norte, en dirección a dos caseríos cercanos entre sí, Las Peñas y La Rufina, distantes cuarenta kilómetros en línea recta de Los Queñes. Caminaron tres noches seguidas; durante el día se alimentaban, dormían y descansaban. El explorador principal, llamado Pelarco, encabezaba la columna, y la cerraba Braulio, borrando huellas y esparciendo pimienta por tramos para desorientar a los perros; Estos hombres eran los más entrenados y resistentes para el desplazamiento nocturno a campo traviesa.

En la investigación de Carla y Miguel se aprecia el agotamiento de los combatientes; el informe de la Comisión Investigadora concluye que existió "baja disposición combativa de algunos combatientes de la zona" y el cansancio era "generalizado", provocando una "marcha lenta". Al amanecer del día 24, la mayoría estaba exhausta. Descansaron, durmieron y comieron raciones frías; a las cinco de la tarde Pellegrin los convocó a todos a una reunión. Los lugares de normalización se encontraban cerca y, de acuerdo con lo previsto, debían dividirse en dos grupos, uno con Pellegrin, Tamara y cuatro combatientes más, y el otro, de cinco, al mando de Bigote.

En ese momento el grupo aún no terminaba con la misión de dar inicio a la Guerra Patriótica. Eso comenzó precisando Pellegrin rodeado de su pequeño destacamento. En sus palabras hay un convencimiento absoluto del carácter histórico de lo que hacían. Les aseguró que eran los protagonistas principales del comienzo de una nueva fase en la lucha contra la dictadura. Había en sus palabras tal convicción, tal carga emotiva e ideológica acerca de los motivos que los habían llevado hasta aquel descampado de cordilleras heladas y agrestes, que por unos instantes todos olvidaron el agotamiento, el frío y el hambre. Con el pecho henchido y el espíritu renovado, se dispusieron a continuar la marcha, impetuosos, dispuestos a enfrentar a sus tenaces cazadores. No había dudas ni margen para el abandono o la renuncia.

En ese mismo instante, centenares de miembros del Ejército y del Grupo de Operaciones Especiales de Carabineros (GOPE) rastreaban toda la zona palmo a palmo en un estado de frenética tensión, asistidos de toda la tecnología y la infraestructura que brinda el poder establecido. Las bengalas iluminaban la noche, los helicópteros sobrevolaban durante el día un amplio radio, los perros rastreadores se mareaban buscando el rastro. Braulio había esparcido más de un kilo de pimienta durante todo el traslado.

Para la desmovilización final, al atardecer del día 24 Pellegrin les ordenó a Pelarco y Braulio que exploraran hacia el caserío de La Rufina, uno de los puntos de apoyo preparados de antemano, donde los esperaba un profesor y colaborador de nombre Claudio; el otro estaba en el sector de Las Peñas, allí contaban con un suboficial de carabineros en retiro, residente del lugar y padre de Araneda, uno de los miembros del destacamento. Tres horas de ida y tres de regreso demoraron Pelarco y Braulio en el cumplimiento de su misión exploratoria. Informaron normalidad en ambos lugares.

La pequeña columna salió a la una de la madrugada del día 25, dos horas más tarde se separaron. El grupo encabezado por

Pellegrin se dirigió a La Rufina, en él iban los dos exploradores, Tamara, Daniel y Araneda; el otro, al mando de Bigote e integrado por Cristóbal, Cristian, Marcelo y Milton, fue hacia Las Peñas. Ambos sitios están separados entre sí por casi ocho kilómetros en línea recta, y toda la zona es parte del agreste paisaje cordillerano, muy similar al del lugar de la acción.

Desde Los Queñes habían andado cerca de cuarenta kilómetros, caminando hacia el norte por las faldas de la cordillera, sin apartarse nunca de ella. La ciudad más cercana del sitio donde se encontraban era San Fernando, que está en el valle central, treinta y ocho kilómetros al oeste.

En este momento comenzaron a transcurrir dos historias paralelas, que en el transcurso de las cuarenta y ocho horas siguientes tendrían un final trágico para el contingente iniciador de la *Guerra Patriótica Nacional*. Las siglas de esta, GPN, habían quedado impresas en los muros de los cuatro pueblos asaltados por los rodriguistas en esa jornada de octubre de 1988.

Pasados unos días, tal vez semanas, la consigna de las tres letras apareció esporádica e incomprensible en vallas y paredes de cualquier población periférica de la capital, cuando la tradición política y el poder ya habían olvidado a estos jóvenes quijotes entre tiras y aflojas negociadores con los representantes del dictador. La "continuidad" sería del sistema y del modelo de país, no de la GPN. En el campo solo quedaron destacamentos militares, que por meses justificaron su existencia husmeando en cerros, quebradas y a cuanto campesino sospechoso se les cruzó en su camino.

La idea para la desmovilización del destacamento era simple. Según la investigación de Carla y Miguel, el grupo de Bigote debía asearse y prepararse oculto en los cerros cerca de Las Peñas; después, los hombres bajarían desarmados y en pareja hacia la carretera en pos de la locomoción colectiva. Primero debían esperar la confirmación de que la zona estaba apta para tal propósito, tarea a cargo del explorador Pelarco, quien recibiría la

información de Araneda, encargado a su vez de revisar la zona y la casa donde vivía su padre. Antes de separarse, Bigote y Pelarco habían acordado un vínculo en un punto cerca del lugar de desmovilización de ese grupo. Por su parte Pelarco y Araneda debían encontrarse a las cinco de la tarde del mismo día 25 en un punto previsto en un puente de Las Peñas. Después de este encuentro, Pelarco debía encontrarse con Bigote para dar la señal de normalidad.

El grupo de Pellegrin continuó la marcha hacia la casa del profesor Claudio en La Rufina. En la investigación de la doctora Pellegrin y Miguel no aparece de manera explícita cómo y cuándo se normalizarían. La cercanía de la ciudad de San Fernando hace pensar que después de descansar, enterrar el armamento y componerse en casa del profesor, los combatientes se trasladarían por parejas, en locomoción colectiva, hacia esa ciudad, aunque quizás Pellegrin y Tamara serían sacados de la zona en un vehículo, tal como llegaron al área de Los Queñes. Pero una cosa era la idea de las acciones, y otra distinta fue el desarrollo de estas.

Al momento de separarse los grupos, Pellegrin les hizo creer a los integrantes del grupo de Bigote, incluido éste, que ellos tenían la salida preparada hacia la Argentina. A las ocho de la mañana, para ocultar sus pasos futuros, le ordenó a Araneda que se adelantara y explorara el área de la vivienda del padre. Este, antes de partir, precisó el encuentro para esa tarde con Pelarco, quien a su vez debía llevar la noticia al grupo de Bigote para que se desmovilizara. Araneda también se fue con la idea de que el grupo del jefe se iría hacia la Argentina.

Pellegrin y sus combatientes llegaron a la cabaña del profesor Claudio en la Rufina a las nueve de la mañana del día 25. Casi ocho horas demoraron en la misma caminata que los exploradores habían realizado en tres. Pellegrin y Tamara pasaron el día preparando la "normalización", mientras Daniel y Braulio construían un campamento muy cercano de la casa del profesor. Entre la cabaña y el improvisado campamento había "un sendero

con mucha vegetación a ambos lados"; en quince minutos de marcha se cubría la distancia que los separaba.

Al parecer Pelarco casi no descansó. Comió algo de lo que tenía preparado el profesor y Pellegrin lo envió a estudiar toda el área y las posibilidades para la desmovilización. Esa misma tarde debía encontrarse con Araneda, debía caminar desde La Rufina a Las Peñas. El explorador iba sin arma y camuflado como campesino, lo que resultaba fácil porque lo era en la vida real.

Araneda, que había descansado en casa del padre, asistió puntual a la cita con Pelarco. Eran las cinco de la tarde y el área estaba intensamente patrullada por la policía, pero como conocía la zona, no tuvo dificultad para moverse en ella. Mientras Araneda caminaba hacia el lugar del encuentro, escuchó gritos y carreras. Era Pelarco, que huía a campo traviesa después de pasar los primeros controles, en algún momento habían querido detenerlo y se les escapó entre los cerros.

El informe de la Comisión Investigadora dice que Pelarco fue abordado por la policía y este les dijo que venía de la casa del suboficial retirado Araneda, dato que formaba parte de la leyenda acordada para el grupo que se desmovilizaría por ese lugar. Ello explicaría por qué la policía llegó esa misma noche a la casa del padre de Araneda. A las nueve y media de la noche del mismo día 25, el combatiente Araneda fue detenido. Lo que no se conoce es el motivo por el cual mediaron tantas horas entre la escapada de Pelarco y la detención de Araneda.

A causa del incidente, Pelarco no llegó al encuentro con Bigote. Este cambió su campamento y preparó condiciones para efectuar la desmovilización la mañana del 26, sin esperar la confirmación de normalidad. Uno de los combatientes alertó que si bajaban al camino corrían peligro inminente de ser capturados. "Bigote impone su decisión. Es el único que está armado". Finalmente, los combatientes abandonaron en parejas el campamento en dirección hacia el camino de Las Peñas por el lugar que les indicó su jefe. Todos fueron detenidos, "todos cuentan que vienen de

casa de Araneda".

El trabajo de la doctora Pellegrin y Miguel dice textual:

> Bigote escapa. Solo queda la incógnita de cómo. En mi investigación tuve la declaración de un testigo que relata haber visto cómo bajan detenido a un hombre luego de la detención de los cuatro jóvenes. Nunca aparece esta detención en el proceso, ni Bigote lo informa a sus compañeros posteriormente. El resumen desastroso es cinco detenidos.

En el informe de la Comisión Investigadora aparece: "Alberto (Bigote) ha bajado tras los pasos de los combatientes, observa la detención, elude al enemigo por el norte. Llegará al día siguiente, 27, a la carretera 5 sur. (Aproximadamente toma bus 17:30).

El 27 de octubre, ya se filtraba a los diarios la noticia de los "*subversivos detenidos*" *y de "intensos combates de dos horas de duración el 26 en la mañana*". El día 28, Carabineros presentó a la prensa a los cinco combatientes en la ciudad de San Fernando. En los diarios del 29 y 30 se menciona a un sexto detenido, del cual nunca más se habló.[51]

La caída de Tamara y Pellegrin es inexplicable. Varias interrogantes han quedado sin respuesta. Permanecieron más de dos días en la cabaña de La Rufina, sin noticias de la situación de Pelarco. Un dato de interés: Pellegrin tenía un radio con la frecuencia de la policía que había sido ocupado en Los Queñes. No se sabe quiénes, además de los exploradores, conocían al profesor y su determinante papel como infraestructura de Pellegrin; por qué la policía llegó precisamente el 27 después del mediodía a la cabaña del profesor y no antes.

Pelarco apareció en la cabaña al mediodía del día 27 con los pies destrozados; "ha permanecido cuarenta y ocho horas fuera del campamento". Tamara lo asistió y se fue con él junto al profesor al refugio de Braulio y Daniel, donde organizó con los exploradores la salida para las siete de la noche, para lo cual acordaron un vínculo en un punto preciso cerca del río; ya no irían directamente a San Fernando, sino que cruzarían el río esa misma noche. Después,

Tamara y el profesor regresaron a la cabaña, donde solo estaba Pellegrin.

Eran cerca de las dos y media de la tarde, cuando el jefe del FPMR escuchó por la radio la inminente llegada al lugar de efectivos de Carabineros. Salió presuroso, en el mismo momento en que llegaban Tamara y el profesor. Desde la puerta de la cabaña los apuró con ademanes enérgicos y urgentes, tomó un bolso donde tenía dos pistolas, una granada y documentos, y corrió junto a Tamara. El profesor los vio alejarse en dirección al tupido sendero que conducía al campamento de los exploradores al cual nunca llegaron.

Cinco minutos después, los policías coparon el área y arrestaron al profesor. Este logró observar el movimiento de aquéllos para seguir la huella de la pareja en fuga. Después, vendado y reducido, no supo qué ocurrió.

Por la noche, tras esperar en vano que sus jefes asistieran al vínculo, Pelarco, Daniel y Braulio regresan al campamento. Después concurrieron a las citas alternativas. Al día siguiente y al anochecer resolvieron indagar lo que ocurría con sus jefes. Estaba casi oscuro cuando se aproximaron sigilosos a la cabaña y vieron que había policías por todos lados, pero ni rastro de Tamara y Pellegrin.

Salieron de noche, lograron atravesar el cerco y cruzaron el río Tinguiririca sostenidos de un cable que antaño había servido para trasladar un carrito transportador; cuando terminaron de pasarlo, tenían manos y piernas sangrando. Días después llegaron a la casa de un colaborador que les posibilitó la normalización.

En el punto nueve de sus conclusiones, la Comisión Investigadora dice textual: "La permanencia de (Pellegrin y Tamara) 47 horas en casa de Eugenio (el profesor Claudio) desde 09:00 horas del 25 hasta aproximadamente 14:30 del día 27. No tenemos antecedentes para comprenderlo".[52]

El punto final de ese informe resume: "La muerte de los comandantes Rodrigo y Tamara, que fueron vistos por última vez

saliendo de casa de Eugenio (el profesor Claudio) con sus armas individuales (14:30-15:00 del 27) no estamos en condiciones de esclarecerla".

La investigación de Carla y Miguel con antecedentes probatorios que han permitido reabrir la investigación judicial en los momentos que redacto este trabajo, arribó al firme convencimiento de que fueron apresados vivos la tarde del 27 de octubre mientras escapaban por el sendero en dirección al campamento de los exploradores, los cuales no escucharon nada, ni disparos ni gritos. Por los informes forenses aportados por la investigación, Pellegrin y Tamara fueron torturados salvajemente durante su cautiverio y lanzados al río Tinguiririca en la noche del día 28.

Ese mismo día, Raúl Alejandro Pellegrin Friedmann habría cumplido treinta años.

1 Entrevista con Pablito, Santiago, agosto 2007.

2 Con estos antecedentes comenzaría una sucesión de importantes caídas de jefes y estructuras del Frente. En las declaraciones de Joaquín aparece que Sacha y él fueron a la clínica sin medidas de seguridad. Les dijeron que "cerraran los ojos" cuando se acercaron al lugar donde estaba instalada.

3 Del grupo original de médicos mujeres graduados en Cuba de la década de los setenta, en 1985 se había incorporado a Chile Ana Flores, "La China", una de estas especialistas que por razones de salud no pudo permanecer en la clandestinidad. Otra doctora de este grupo participó activamente pero en labores de logística en el exterior. Finalmente, dos doctoras graduadas en Cuba, pero de distintas generaciones y desde su legalidad, participaron esporádicamente en la asistencia de salud a miembros de la organización clandestina.

4 Entrevista con la Doctora Elba. Santiago, julio 2008.

5 Entrevista con Marcelo y Carlos en junio del 2007 en Santiago.

6 Este antecedente aparece en un documento titulado "Elementos para el análisis del año 87 y el momento actual", elaborado por Raúl Pellegrin a fines de diciembre de 1987 o enero de 1988.

7 La Revista *Qué Pasa* del 30 de mayo de 1987 de conocida tendencia

gubernamental, en un artículo donde se relativiza la tortura como realidad, método y política de Estado, aparece parte del contenido de la declaración jurada de Pedro Martín, donde denuncia el extraordinario barbarismo de sus torturadores que justifica con creces el calificativo de "infrahumanos". Informe de "Amnistía Internacional" sobre la tortura en Chile durante 1986. Revista *Análisis* (abril-1987), dirigida por Juan Pablo Cárdenas, reconocido periodista detenido en varias ocasiones por sus denuncias y su indiscutida posición antidictatorial. En este artículo de *Análisis* aparecen numerosos casos reseñados en esta investigación.

8 Diario *Las Últimas Noticias* del 4 y 5 de marzo de 1987.

9 Después de la muerte de Raúl Pellegrin, Ramiro pasaría a conformar la Dirección Nacional (DN) y en 1990 conformaría la "Comandancia", nuevo órgano de dirección creado por los nuevos jefes del Frente. Después de la fuga del 90, Joaquín fue miembro de una DN "ampliada" subordinada a la "Comandancia".

10 Para ese año de 1990, Cuba establece una notoria diferencia en el trato con el Frente en relación con la preparación combativa. Los miembros del PC organizadores de la fuga recibirían el último curso de oficiales de dos años (1990-1992) en la Isla de la Juventud.

11 Todos los antecedentes puntuales expuestos has sido sacados de la Causa "Operación Albania", Rol Nº 39.122 con fecha 28 de enero del 2005, a cargo del ministro en visita Hugo Dolmetsch Urra. En el documento aparecen 26 funcionarios procesados y 15 condenados. A esta causa se acumulan dos procesos más, uno por el asesinato de cuatro opositores ejecutados el ocho de septiembre de 1986, como respuesta a la emboscada a Pinochet, y el otro es por la desaparición comprobada de cinco miembros de PC o del FPMR, hecho acaecido en los días posteriores a secuestro del coronel Carreño realizado por el FPMR en septiembre de 1987.

12 Datos sacados de Revista *Análisis*, del 7 al 13 de abril de 1987.

13 Diario *Las Últimas Noticias*. 7 y 12 de mayo de 1987.

14 Diario *Las Últimas Noticias*. 13 y 14 de mayo de 1987.

15 Este cuartel también sería parte de la "Operación Albania" El capitán (R) Quiroz, segundo comandante del Cuartel Borgoño, reconoció que fue testigo cuando "esa madrugada (16 junio), como a las 4 de la mañana, dieron la orden de que había que ir rápido a buscar armas al cuartel

Loyola, distintas a las que usaba la CNI, para ponerlas alrededor de los sujetos". Diario *La Nación* miércoles 14 de abril de 2004. También en el proceso por los cinco desaparecidos de septiembre de 1987 aparece este cuartel involucrado. Era un taller donde se prepararon rieles y cadenas utilizados para lanzarlos al mar. investigacion@lanacion.cl

16 Diario *Las Últimas Noticias*. 12 y 13 de junio de 1987.

17 Existen en Internet varias páginas web defensoras de la dictadura. En una de ellas encontramos los nombres de los trabajadores que habrían resultado heridos: Luis Ortiz Farías, Luis Hernández Candia, José Mellado Henríquez, Manuela Mellado y Leonor Comandari. En todas ellas existe un listado común de víctimas de las Fuerzas Armadas y de Orden por "acciones terroristas" ocurridas en los tiempos de la Unidad Popular y durante los diecisiete años que estuvo en el poder Augusto Pinochet.

18 Este oficial estaba al mando de la Brigada Azul, dedicada al seguimiento del MIR, pero como él mismo declara, ante la disminución del accionar del MIR, la Brigada Azul la unen con la Verde, concentrando fuerzas, mando y recursos contra el FPMR.

19 Según varios de los acusados, es Francisco Zúñiga, ex oficial de carabineros y empleado civil de la CNI, que muere asesinado en 1991 en circunstancias ajenas con este caso, quien habría organizado y dirigido la matanza en Pedro Donoso y quien disparó innecesariamente sobre los cadáveres. El capitán Iván Cifuentes Martínez, participante de Albania, moriría años después de la operación.

20 El capitán (R) Iván Quiroz, segundo comandante del Cuartel Borgoño de la CNI en Santiago, en sus declaraciones para el proceso aseguró que el director de la CNI, general Salas, se reunió con el general Augusto Pinochet la mañana del 15 de junio de 1987, cuando la operación ya estaba en curso.

21 A este proceso de la Operación Albania se acumula la investigación por los cuatro asesinados por la CNI después del atentado al dictador. Es el dato más fidedigno acerca de la "venganza" como conducta de la CNI. En ese proceso aparece que el director de la CNI de ese momento, el general Gordon, es quien pide aniquilar "dos por uno" de acuerdo a la cantidad de comandos caídos en la emboscada al dictador. La *vendetta* fue una práctica cotidiana de todos los órganos represivos.

22 El Informe de la autopsia de Valenzuela Levi dice "Equimosis violácea

bipalpebral bilateral", y describe técnicamente otras múltiples lesiones en el rostro, y a continuación señala: "Estas lesiones son recientes y coetáneas y están relacionadas con los disparos de proyectiles".

23 En un programa de TV Canal Nacional "Informe Especial" sobre la Operación Albania, Cecilia reconoce públicamente el papel jugado por Héctor en salvarle la vida. Héctor Figueroa actualmente vive fuera del país. Cumple pena de extrañamiento conmutada por la carcelaria en el país, por su participación en la Operación Siglo XX.

24 Moisés Marilao Pichun. Fue un oficial mapuche graduado en Cuba en la especialidad de Tanques en 1979. Participa como artillero en la guerra de Nicaragua. Es asesor en la construcción de las unidades de tanques del nuevo Ejército Popular Sandinista. Entra a Chile en septiembre de 1984 formando parte del segundo grupo de cinco oficiales que se incorporan a la lucha clandestina. Cae en la ciudad de Temuco en Mayo de 1985 en un enfrentamiento con fuerzas de carabineros.

25 Entrevista con Santiago Montenegro. Este protagonista de los hechos narrados fue uno de los artífices en la fuga de la Cárcel Pública en enero de 1990 organizada por el PC. Entrevista, Santiago, julio de 2007.

26 Todos los datos puntuales de los hechos aparecen en los diarios de la época entre los días del 17 de junio al 26 de junio de 1987.

27 Diario *Las Últimas Noticias*. Del 17 de junio al 10 de julio de 1987.

28 Revista *Análisis* del 22 al 29 de junio de 1987. Revista *Hoy* Nº 519 del 29 de junio. "Fue una masacre". Artículo de Revista *Análisis* del 13 al 19 de julio de 1987.

29 Diario *Las Últimas Noticias*. 20 y 23 de junio de 1987.

30 Fueron allanadas: La Victoria, Yungay, Lo Hermida, Santa Olga, Herminda de la Victoria, Digna Rosa, Sara Gajardo, y un amplio sector de la Comuna Macul. *Hoy* Nº 520, del 6 al 12 de julio 1987.

31 Diario *La Tercera*. 4-7-1987. En el mismo artículo el intendente metropolitano, mayor general Sergio Badiola, dice "...la mantención de los allanamientos para erradicar la violencia y el terrorismo".

32 "Las pruebas contra el general Ortega". Ricardo Ortega, jefe de la Dirección de Inteligencia del Ejército (DINE) cuando ocurrieron estos hechos. Artículo noticioso de <investigacion@lanacion.cl>. Agosto 2009.

Unos 300 estudiantes son detenidos en todo el país por incidentes en

establecimientos educacionales superiores y secundarios. Exigen créditos fiscales y reformas académicas. *Las Últimas Noticias* 26-6-87.

33 Sergio Fernández había sido ministro del Interior desde abril de 1978 a abril de 1982. En ese período su mayor éxito fue hacer aprobar la Constitución de 1980, que en esencia rige al país hasta el día de hoy.

34 Entrevista con Guillermo Díaz. Santiago agosto 2007.

35 *La Tercera*, 9 de marzo de 1988. La ubicación de "Dago" habría sido posible gracias a los antecedentes entregados por dos combatientes participantes en el secuestro detenidos en diciembre de 1987.

36 El libro *Los Fusileros*, del periodista Cristóbal Peña, revela información sacada del proceso judicial y de archivos de los aparatos policiales. Allí aparecen las declaraciones del "objetivo principal". Se había intentado secuestrar a un oficial que supuestamente era el jefe al mando del Estadio Chile, cuando este había sido convertido en un campo de concentración en 1973. Este hombre se hacía llamar "El Príncipe". Este objetivo se frustra por razones puramente operativas, el oficial se habría percatado de las intenciones de los falsos trabajadores que merodeaban su casa. No obstante, la operación mantuvo su código: "Operación Príncipe". En este mismo libro aparece "la ficha de antecedentes elaborada por la CNI" sobre "Rigoberto", "chapa" empleada por Dago en los primeros años, con la cual lo identificaban estos aparatos represivos.

37 Del libro *Operación Príncipe* de Bardini, Bonasso, Restrepo. Una excelente y amena narración de la operación, con la limitante de ser hecha y publicada aún en tiempo de dictadura. Planeta, diciembre 1988.

38 Trece poblaciones de las emblemáticas en la lucha contra la dictadura recibieron alimentos, ropas y materiales de construcción. En total, la mercadería tenía un valor cercano a los 75 mil dólares. En muchos casos se produjeron dramáticas escenas de desorden y desesperación entre los pobladores. El suceso es noticia de gran impacto en la prensa del 27 de noviembre de 1987. El Frente las llamó "manifestaciones del hambre".

39 Formas de dirección del FPMR, según antecedentes entregados por miembros de la Dirección Nacional que ocuparon cargos en distintas etapas de la organización previo a la muerte de Pellegrin. En las entrevistas realizadas acerca del nuevo proyecto del Frente, dos oficiales de los fundadores de la Tarea Militar y un jefe proveniente de los antiguos aparatos de seguridad del PC, que se quedaron con el FPMR,

manifestaron haberse opuesto ante el propio Pellegrin a la idea del proyecto de Guerra Patriótica. La oposición más radical es del oficial conocido como "Andrés", que cuestionó la concepción misma de Guerra por militarista y alejada de la realidad. Además criticó el método de dirección adoptado por Pellegrin y Salvador. Por estas diferencias, este oficial pionero de la tarea militar abandonaría la organización en los primeros meses de 1988. Entre los jefes y oficiales presos en ese entonces se dieron diversas posiciones, desde el franco apoyo hasta el rechazo político total a la GPN. Estos hombres no tuvieron la oportunidad de enviar sus críticas al nuevo proyecto.

40 En tiempos de pertenencia del FPMR al PC, se intentó dar grados militares a todos los jefes del Frente. Esta jerarquización no logró ningún arraigo y rápidamente fue olvidada.

41 Entrevista con Iván, Santiago, septiembre 2007.

42 Esta historia aparece con múltiples y escalofriantes detalles en Revista *Análisis* del 7 al 13 de diciembre y del 21 al 27 del mismo mes del año 1987. En este mes de diciembre y vinculados al caso "Carreño" son detenidos los hermanos Patricia y Juan Carlos Cansino y Max Díaz Trujillo, todos miembros y combatientes del Frente, quienes serían invariablemente torturados por la CNI.

43 Juan Ordenes fue un excepcional combatiente del FPMR, participante del atentado al dictador. Trovador aficionado. En abril de 1989 se enfrentó y neutralizó a numerosos policías en una espectacular persecución en Talca. Este combatiente moriría en un accidente automovilístico en julio del 2000 en Bruselas.

44 Entrevista con Gerardo, La Habana, diciembre 2008.

45 Los documentos: 1. "Acerca del Rediseño Político Interno". 2. "Apuntes de Nuestro Viraje Táctico", ambos del verano de 1988, y 3. "Reunión Nacional José Valenzuela Levy". Presentado a todos los jefes del Frente en abril de 1988.

46 Roberto Nordenflycht ingresa a la Tarea Militar del PC en 1975, graduado como oficial especialista en tanques; participa como internacionalista en la guerra de Nicaragua y en la lucha contra las bandas contrarrevolucionarias desde 1979 a 1984. Ingresa clandestino a Chile a comienzos de 1985 para ocupar diversas responsabilidades operativas hasta llegar a la Dirección Nacional del FPMR en 1987. En

agosto de 1989 muere mientras realizaba un sabotaje al Aeropuerto de Tobalaba.

47 Datos a partir de la entrevista con José, uno de los oficiales participantes. Junio, Santiago de 1987.

48 El "parte operativo" del FPMR en el exterior se afirma en la noticia publicada por el diario *La Segunda*, del 25 de octubre de 1988.

49 El relato aparece integro en *Mi hijo Raúl Pellegrin*, de Judith "Tita" Friedmann V. LOM 2008.

50 En este informe de la "Comisión Investigadora" existe un cuarto grupo formado por dos combatientes que debían realizar la emboscada al momento de la toma del pueblito.

51 Diarios *La Tercera* y *El Mercurio*, del 26 al 30 de octubre de 1988.

52 En realidad, son más de 53 horas las que el jefe del Frente esperó en la cabaña de La Rufina.

Bibliografía

ÁLVAREZ, ROLANDO. *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista 1973-1980*. Santiago: LOM Ediciones, 2003.

___. "La tarea de las tareas: Luchar, unir, vencer, tradición y renovación en el PC de Chile (1965-1990)", tesis doctoral, Universidad de Chile, 2007.

APABLAZA, GALVARINO SERGIO (SALVADOR). "Recuerdos del triunfo guerrillero", en <www.memoriaviva.net>, viernes 21 de julio de 2006.

ARRATE, JORGE. *Memorias de la izquierda chilena*, tomo II (1970-2000). Santiago: Javier Vergara Editor, 2003.

ARRIAGADA HERRERA, GENARO. *La política militar de Pinochet, 1973-1985*. Santiago: Edición Fernando Silva M., 1985.

___. *Por la razón o la fuerza, Chile bajo Pinochet*. Editorial Sudamericana Chilena, 1998.

AZÓCAR G., ÓSCAR: "La revolución democrática y la política de la rebelión popular", ponencia.

BARDINI, BONASSO, RESTREPO. *Operación Príncipe*. México DF: Editorial Planeta, diciembre 1988.

BRAVO, VIVIANA. *Fragmentos de una Historia. El PC de Chile en el siglo XX*. Editores: Rolando Álvarez, Augusto Samaniego y Hernán Venegas. Santiago: Ediciones ICAL, 2008.

BONNEFOY, PASCALE. *Internacionalistas. Chilenos en la Revolución Popular Sandinista*". Santiago: Editorial Latinoamericana, 2009.

CAMPERO Q., GUILLERMO. "Los empresarios chilenos en el régimen militar..." en FLACSO: *El difícil camino hacia la democracia en Chile. 1982-1990*. Santiago: Editorial FLACSO, 1993.

CASTRO, FIDEL. *La paz en Colombia*. La Habana: Editora Política, 2008.

CAVALLO, ASCANIO, MANUEL SALAZAR Y ÓSCAR SEPÚLVEDA. *La Historia oculta del régimen militar*. Santiago: Editorial Grijalbo Tercera Edición, diciembre 1997.

CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS. *El Ladrillo*. Bases de la Política Económica del Gobierno Militar Chileno. Santiago, 1992.

CORVALÁN, LUIS. *De lo vivido y lo peleado. Memorias*. Santiago: LOM Ediciones, 1999.

___. *Tres períodos en nuestra línea revolucionaria*. Edición de la República Democrática Alemana, 1982.

CORVALÁN MÁRQUEZ, LUIS. *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile*. Santiago: Editorial Sudamericana, 2001.

ECHEVERRÍA, MÓNICA. *Krassnoff, arrastrado por su destino*. Santiago: Editorial Catalonia, 2008.

FRÍAS, PATRICIO. *El movimiento sindical chileno en la lucha por la democracia*. Edición Programa de Economía del Trabajo. Santiago: PET, 1989.

FOXLEY, ALEJANDRO. *Para una democracia estable*. Santiago: Edición CIEPLAN, 1985.

FRIEDMANN, JUDITH "TITA". *Mi hijo Raúl Pellegrin. Comandante José Miguel*. Santiago: LOM Ediciones, 2008.

FUENTES, LUIS ARTURO. *Grandes grupos económicos en Chile*. Santiago: Ediciones Dolmen, 1997.

GARRETÓN, MANUEL ANTONIO. "La Oposición Política y el Sistema Partidario en el Régimen Militar Chileno. Un Proceso de Aprendizaje para la Transición", en: *El difícil camino hacia la democracia en Chile. 1982-1990*. Santiago: Ediciones FLACSO, 1993.

HERREROS, FRANCISCO. *Del Gobierno del Pueblo a la Rebelión Popular*. Santiago: Ediciones Siglo XXI, 2003.

HUNEEUS, CARLOS. *El régimen de Pinochet*. Santiago: Editorial Sudamericana, 2000.

KOROL, CLAUDIA. *Entrevista a Gladys Marín*. Edición América Libre, Colecciones, 1999.

LABBÉ, CRISTIÁN. *El triunfo de Chile. Las obras del gobierno militar*. Santiago: Editorial Hernando de Magallanes, Segunda Edición, 1993.

LJUBETIC IVÁN. *La crisis que comenzó en los años 80*. Santiago:

Edición del autor, 2002.

MARÍN, GLADYS. *Testimonios. La vida es hoy*. Santiago: Editorial Don Bosco, 2002.

___. *Derrota de la Operación Cóndor*". Edición del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz. Santiago: ICAL, 1999.

MARTÍNEZ, LUIS. "Lo militar y el FPMR en la política de Rebelión Popular de Masas: Orígenes y desarrollo", *Alternativa*, Nº 23, Ediciones Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz, ICAL.

MATUS, ALEJANDRA. *El Libro Negro de la justicia chilena*. Santiago: Editorial Planeta, 1999.

MILLAS, ORLANDO. *Memorias 1957-1991, Una Digresión*. Santiago: Ediciones Chile América, 1996.

MOLINA SANHUEZA, JORGE. *A la caza de un espía*. Santiago: Editorial Catalonia, 2007.

MOULIAN, TOMÁS. *Chile Actual. Anatomía de un Mito*. Santiago: Editorial ARCIS y LOM, 1997.

OTERO, LISANDRO. Bucarest 18.

PEÑA, CRISTÓBAL. *Los Fusileros*. Santiago: Editorial Random House Mondadori, 2007.

PÉREZ, JUSTINIANO. *EEBB, los quijotes del ocaso*. Miami: publicaciones y distribuciones ORBIS, 2008.

SALAZAR, GABRIEL. *La Violencia Política Popular en las Grandes Alamedas*. Santiago: LOM Ediciones, 2006.

SALAZAR, MANUEL. *Guzmán, Quién, cómo y por qué*. Santiago: Ediciones Bat, 1994.

SILVA, EDUARDO: "La política económica del régimen chileno", en *El Difícil Camino Hacia La Democracia en Chile 1982-1990*. Ediciones FLACSO, 1993.

TÓTORO, DAUNO. *La cofradía blindada*. Santiago: Ediciones Planeta, 1998.

VALDÉS, JUAN GABRIEL. *La Escuela de Chicago: Operación Chile*. Buenos Aires: Grupo Editorial Zeta, 1989.

VERDUGO, PATRICIA. *Interferencia Secreta*. Santiago: Editorial Sudamericana, 1998.

Documentos

COLECTIVO DE AUTORES: "La Guerra de Liberación", Documento resultado de una investigación de un grupo de oficiales del PC sobre los aspectos militares de la guerra en el Frente Sur, 1981. Managua.

Informe de la Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación, conocido por "Informe Rettig", Santiago, 1996.

PARTIDO COMUNISTA DE CHILE: Informe al Pleno del Comité Central del PC de agosto de 1977, realizado en Moscú. Ediciones Colo Colo, Hecho en México, 1978

–"Nuestro Proyecto Democrático", documento resultado del Pleno del Comité Central de abril de 1979. República Democrática Alemana, Septiembre 1979.

–"El derecho del pueblo a la rebelión es indiscutible", discurso pronunciado en Moscú el 3 de septiembre de 1980

–"La Pauta". Proyecto informe y propuesta del Equipo de Dirección Interior (EDI) del PC para el Pleno de 1981. Marzo 1981, Santiago

–"Informe al Pleno del Comité Central", realizado a fines de mayo y comienzo de junio de 1981, en la República Democrática Alemana, 1981

–"Documentación Reservada del PC de Chile, Elaborado en el Interior". Contiene una evaluación de la Protesta del PC del 24 de marzo de 1983.

Además contiene un resumen del EDI de la Jornada de Protesta Nacional del 11 de de Mayo de 1983. Documento mecanografiado en La Habana el 13 de Julio de 1983, por José Cademártori

–"Informe Central al Pleno de enero de 1985", realizado en diciembre de 1984. Es el Pleno donde se decide por la "Sublevación Nacional"

–"Cuenta Política" a los militantes del PC, diciembre de 1985. Santiago

–"Plan para la Sublevación Nacional". Grupo especial creado por el PC dirigido por encargado de organización bajo la conducción militar del Oficial Mauricio, Augusto en Nicaragua

–"Informe evaluación para el Paro Nacional del 2 y 3 de julio de 1986".Mando Zonal Santiago. Agosto de 1986
– Informe del Secretario de "Platino", Regional de Pudahuel ante la crisis con el tema militar en el PC. 25 de junio de 1987
–"Información del Partido producto de la situación producida en el Frente Militar". Documento respuesta de la Comisión Política al FPMR. Julio o agosto de 1987
–"Informe al Pleno del Comité Central del PC". Octubre de 1987. Santiago
–Documento Convocatoria al Comité Central del PC, "para analizar en especial la cuestión del Plebiscito" Junio de 1988. Santiago
–"Informe Central al XV Congreso del PC". Santiago 1989.

COMISIÓN MILITAR DEL PC

–Informe de un miembro de la Comisión Militar al primer grupo de oficiales que se integran a la lucha en Chile. La Habana, diciembre de 1982
–Informe de la Comisión Militar de octubre de 1986
–Apuntes de un miembro de la Comisión Militar. Documento titulado "Sobre el Proceso de Discusión Interna" de Diciembre de 1986. Por la forma y contenido del documento, por las correcciones manuscritas hechas al margen, presumo que pertenece a Salvador, segundo jefe de la Comisión Militar.

OFICIALES EN LA HABANA-MANAGUA

–"La Política Militar del PC", expuesto en diciembre de 1981 por un grupo de oficiales dirigidos por Aníbal Maur. La Habana
–"Trabajo Combativo Militar del Partido", elaborado entre 1980 y 1982 por un grupo de oficiales en La Habana
–Plan para un probable "Estallido Espontáneo de las Masas", del cual se conserva un ejemplar integro. Fue hecho a partir de una apreciación nacida del EDI, que planteaba en 1982 la posibilidad de un "estallido espontáneo" de las masas. La Habana, verano de 1983
–Informe central de balance del PC realizado en agosto de 1983 por los oficiales y cadetes de la Escuela Interarmas "Antonio

Maceo". Asisten representaciones de todos los oficiales en Cuba.

FRENTE PATRIÓTICO MANUEL RODRÍGUEZ

-Resúmenes de las acciones del FPMR elaborados por el FPMR en el exterior. 1983 y 1984

–"Plan del FPMR para la Sublevación Nacional", Noviembre de 1985. Santiago

–Documento sin título, 20 de junio de 1987, dirigido a los miembros del FPMR ante la crisis interna del PC

–"Carta al Partido". Es una respuesta de Raúl Pellegrin al documento del propio PC sobre "la fracción", como la Comisión Política nombró al grupo que se aglutinó tras el FPMR

–"Elementos para el análisis del año 87 y el momento actual", elaborado por Raúl Pellegrin a fines de diciembre de 1987 o enero de 1988

–"Acerca del Rediseño Político Interno" y "Apuntes de Nuestro Viraje Táctico", ambos del verano de 1988

– "Reunión Nacional José Valenzuela Levy". Presentado a todos los jefes del Frente en Abril de 1988

–Informe de una "Comisión Investigadora", creada a raíz de la muerte de Raúl Pellegrin y Cecilia Magni. Verano de 1989.

TESTIMONIOS

Rodríguez, Germán: "Relatos del Frente Sur", Relatos de este protagonista en la guerra de Nicaragua. Distribuido por correo electrónico. Santiago 2008.

"Testimonios Sobre la Guerra de Nicaragua". Elaborados a fines de 1979 o comienzos de 1980 por los siguientes participantes: La doctora en medicina Beatriz Toledo, el ingeniero militar Eduardo Farías (Pillalabala), el especialista en tanques Eduardo Acuña (Roberto Nordenflycht), el artillero terrestre Nibaldo Contreras y por los especialistas en Tropas Generales Fernando Cortázar (Garrobo), Guillermo Díaz (Indio), Evaristo Báez Vergara, Gonzalo (Pope) y Arístides Contreras.

PÁGINAS WEB

–"Nacional Security Archive" http://www.nsarchive.org. ONG en

Washington D.C. que se dedica a exigir la desclasificación de los archivos secretos del gobierno de los EEUU para después organizarlos y divulgarlos. Peter Cornbluh dirige la ONG

–Página Web de "Equipo Nizkor". Es una ONG dedicada al tema de los DDHH que pública parte de los documentos secretos desclasificados

–Página WEB sobre Derechos Humanos y crímenes de la dictadura. http://www.derechos chile.com

–Omar L. de Barros Filho, http://www.tlaxcala.es/ Periodista brasileño

–Periódico electrónico El Mostrador publica de forma íntegra el proceso judicial de la llamada "Operación Albania", Rol Nº 39.122 con fecha 28 de enero del 2005, a cargo del ministro en visita Hugo Dolmetsch Urra

–Página WEB diario *La Nación*: investigacion@lanacion.cl

REVISTAS SEMANALES Y PERIÓDICOS

Semanarios Políticos: Revistas *Hoy*, *Análisis* y *Qué Pasa*

Diarios: *Las Últimas Noticias*, *El Mercurio*, *La Tercera*, *La Nación*, *La Época*

TV

–INFORME ESPECIAL. "Operación Carrizal". Televisión Nacional de Chile. Junio del 2006

–REPORTAJE DE CLAUDIO MENDOZA. "Operación Albania". Canal 13 de la Universidad Católica de Chile. Santiago

–INFORME ESPECIAL. "La desaparición de Víctor Díaz y las direcciones del PC en 1976". Televisión Nacional de Chile, junio de 2007.

Table of Contents

Portada
Portadilla
Créditos
Introducción
I - PARTE - 1985-1996 - Los años urgentes
1 - Combatientes en la Jornada de Protesta Nacional
2 - Los clandestinos
3 - Clandestino dos - El FPMR
4 - El enfrentamiento decisivo
5 - Rebelión con Sublevación del PC
6 - Públicos y semipúblicos
7 - A qué se enfrentaban los comunistas con su Rebelión Popular
8 - Julio, agosto y septiembre de 1986
II - PARTE - El internacionalismo combativo del PC
1 - La tarea militar del PC
2 - Chilenos en la Guerra de Liberación de Nicaragua
3 - Se extiende la colaboración combativa del PC
III - PARTE - El PC
1 - Renovación capitalista
2 - Construcción de la Política de Rebelión Popular de Masas
3 - Un difícil despegue 1980-1982
4 - Los hombres y mujeres de la Rebelión
5 - Jornadas de Protesta nacional 1983-1984
6 - 1984, todos consolidan posiciones
IV - PARTE - El desenlace
1 - Adecuaciones y rupturas en el PC
2 - Operaciones contra el dictador
3 - Carrizal
4 - El PC y los nuevos rumbos
5 - El FPMR - El combate que nunca fue
Bibliografía